

PSICOLOGIA DE LA PERSONALIDAD

13: 3265

BIBLIOTECA PSICOLOGIA DE LA PERSONALIDAD

Volumen 1

LUDWIG KLAGES

LOS FUNDAMENTOS DE LA CARACTEROLOGIA

Volumen 2

F. KÜNKEL y R. E. DICKERSON

LA FORMACION DEL CHARACTER

Volumen 3

A. ADLER

EL CHARACTER NEUROTICO

Volumen 4

W. H. SHELDON

LAS VARIEDADES DEL TEMPERAMENTO

Volumen 5

WILHELM REICH

ANALISIS DEL CHARACTER

Volumen 6

G. W. ALLPORT

PSICOLOGIA DE LA PERSONALIDAD

Volumen 7

ERICH R. JAENSCH

EIDETICA Y EXPLORACION TIPOLOGICA

Volumen 8

H. J. EYSENCK

ESTUDIO CIENTIFICO DE LA PERSONALIDAD

Volumen 9

G. LINDZEY y C. HALL

TEORIAS DE LA PERSONALIDAD

Volumen 6

**PSICOLOGIA
DE LA
PERSONALIDAD**



EDITORIAL PAIDOS
BUENOS AIRES

Título del original
PERSONALITY. A PSYCHOLOGICAL INTERPRETATION

Publicado por
© Holt, Rinehart and Winston, Inc. 1974
Nueva York

Versión castellana
MIGUEL MURMIS
Diseño de la tapa
GUSTAVO G. PEDROZA
Impreso en la Argentina
(Printed in Argentina)

4ª edición, 1974

Queda hecho el depósito que previene la ley N° 11.723

©

Copyright de todas las ediciones en castellano by

EDITORIAL PAIDOS

Sociedad en Comandita

DEFENSA 599, 3er. piso

BUENOS AIRES

Impreso en Edigraf, Delgado 834, Buenos Aires, en octubre de 1974

A mi madre

INDICE

	Pág.
PREFACIO	13
PARTE I. EL ENFOQUE DE LA PERSONALIDAD	17
CAPÍTULO I. LA PSICOLOGÍA Y EL ESTUDIO DE LA INDIVIDUALIDAD	19
La ciencia y el caso individual, 19. Intentos de aproximación al individuo dentro de la ciencia psicológica, 23. Extensión de horizontes de la psicología, 35.	
CAPÍTULO II. HACIA UNA DEFINICIÓN DE LA PERSONALIDAD	41
Etimología y primeros usos de "Persona", 42. Significados teológicos, 46. Significados filosóficos, 47. Significados jurídicos, 51. Significados sociológicos, 54. Significados psicológicos, 60. Una definición para este libro, 64. Resumen final, 67. El carácter, 67. El temperamento, 70.	
CAPÍTULO III. BREVE HISTORIA DE LA CARACTEROLOGÍA	72
La caracterología literaria, 73. La psicología humoral, 80. La fisiognómica, 82. La frenología, 95. La etología y el estudio de los sentimientos, 103. El comienzo de la caracterología experimental, 110. Resumen final, 112.	
PARTE II. EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD	115
CAPÍTULO IV. LOS FUNDAMENTOS DE LA PERSONALIDAD	117
La herencia, 118. Los comienzos de la personalidad, 123. La motivación, 128. La teoría biológica de la personalidad, 130. La personalidad en el primer año, 137.	
CAPÍTULO V. LOS ASPECTOS BÁSICOS DEL CRECIMIENTO	147
La integración, 154. La maduración, 163. El "aprendizaje", 166.	
CAPÍTULO VI. EL YO Y SU INFLUENCIA	175
La conciencia del yo, 176. La sugestión, 182. La autoestima, 185. Los sentimientos de inferioridad y la compensación, 190. Los "mecanismos psicoanalíticos", 198.	
CAPÍTULO VII. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS MOTIVOS	207
La autonomía funcional, 208. Pruebas en favor de la autonomía funcional, 213. Crítica a la autonomía funcional, 219. Reorientación súbita: trauma, 225.	

CAPÍTULO VIII. LA PERSONALIDAD MADURA	231
La extensión del yo, 235. La auto-objetivación: La introvisión y el humor, 238. La filosofía unificadora de la vida, 243.	
PARTE III. LA ESTRUCTURA DE LA PERSONALIDAD	251
CAPÍTULO IX. LA BÚSQUEDA DE ELEMENTOS	253
Clasificaciones prácticas y a priori, 254. Elementos uniformes (Nomotéticos), 255. Elementos estímulo-respuesta (Especificidad), 266. Resumen de los argumentos contra la especificidad, 274. Conclusión, 276.	
CAPÍTULO X. LA TEORÍA DE LOS ELEMENTOS IDÉNTICOS	277
La identidad parcial y el aprendizaje, 280. Trabajos experimentales sobre la transferencia, 284. ¿Hasta qué punto es elemental un elemento?, 286. ¿Hasta qué punto es idéntica una identidad?, 288. El problema de la proporcionalidad, 290. Las llamadas identidades de modos de proceder, 292. La generalización, 294. La equivalencia y la semejanza, 296. Resumen final, 302.	
CAPÍTULO XI. LA TEORÍA DE LOS RASGOS	304
¿Son los rasgos biosociales o biofísicos?, 305. Rasgos y tendencias determinantes, 307. Rasgo y tipo, 313. Rasgos individuales versus rasgos comunes, 315. El problema de los nombres de rasgos, 321.	
CAPÍTULO XII. LA NATURALEZA DE LOS RASGOS	329
¿Cómo se descubren los rasgos?, 329. La naturaleza dinámica de los rasgos: ¿Los rasgos impulsan o meramente dirigen?, 336. Rasgos genotípicos, rasgos fenotípicos y pseudo-rasgos, 341. La independencia de los rasgos, 342. La coherencia de los rasgos, 346. ¿Están los rasgos normalmente distribuidos?, 349. Rasgos cardinales, rasgos centrales y rasgos secundarios, 354. Los rasgos y la personalidad total, 355. Resumen de la doctrina de los rasgos, 356.	
CAPÍTULO XIII. LA UNIDAD DE LA PERSONALIDAD	359
Recapitulación, 360. La unidad como principio filosófico, 364. La unidad como esfuerzo, 365. Estudios empíricos de la unidad, 367. La congruencia y los métodos para descubrirla, 372.	
PARTE IV. EL ANÁLISIS DE LA PERSONALIDAD	383
CAPÍTULO XIV. UNA REVISTA DE LOS MÉTODOS	385
I. Estudios del contexto cultural, 387. Análisis de normas sociales, 389. Etología, 389. Analogía sintáctica, 389. Análisis psico-lexicológico, 390. II. Registros físicos, 390. Análisis de la herencia, 390. Correlatos bioquímicos, 390. Endocrinología, 391. Tipo constitucional, 391. Fisiognómica, 391. III. Registros sociales, 391. Fuentes documentales, 391. Análisis del trabajo, 392. Estudio de la distribución del tiempo, 392. Frecuencia de las conductas, 392. Sociometría, 393. Psicología topológica, 393. IV. Registros personales, 393. Diarios, 393. Guías sistemáticas para el auto-estudio, 393. Correspondencia personal, 393. Redacción temática, 394. V. Movimiento expresivo, 394. Primeras impresiones, 394. Análisis detallado, 394. El análisis de estructuras, 395. La grafología, 395. El análisis del estilo, 395. VI. Evaluación, 396. La escala de ordenación jerárquica, 396. La escala por puntaje, 396. Psicograma, 396. VII. Tests estandarizados, 396. Cues-	

tionarios estandarizados, 396. Escalas psicométricas, 397. Escalas de conducta, 397. VIII. Análisis estadístico, 398. Psicología diferencial, 398. Análisis factorial, 398. Análisis factorial invertido, 399. IX. Situaciones vitales en miniatura, 399. Muestreo temporal, 399. Miniatura vocacional, 400. Situación trampa, 400. X. Experimentos de laboratorio, 400. Registros de funciones aisladas, 401. Los registros de funciones complejas, 401. XI. Predicción, 401. El pronóstico explícito, 401. El pronóstico de direcciones de la conducta, 401. XII. Análisis profundo, 402. Entrevista psiquiátrica, 402. Análisis de fantasías, 402. XIII. Tipos ideales, 403. Esquemas de comprensibilidad, 403. Caracterología literaria, 403. XIV. Métodos sintéticos, 404. Identificación, 404. Apareamiento, 404. Entrevista psicológica completa, 405. Estudio de un caso, 405. Sugestiones para la preparación de los estudios de casos, 406. La generalización en base a los estudios de casos, 411. Conclusiones, 414.	
CAPÍTULO XV. LOS RASGOS COMUNES: LA PSICOGRAFÍA	415
Construcción del psicograma, 417. Los factores psicobiológicos, 420. Los rasgos expresivos, 425. Los rasgos de actitud, 434. La intercorrelación de los rasgos, 443. Rasgos comunes no incluidos en el registro psicográfico, 445.	
CAPÍTULO XVI. ANÁLISIS POR MEDIO DE EVALUACIONES, TESTS Y EXPERIMENTOS	450
Principios de la evaluación, 452. Principios de la construcción y uso de tests, 463. Principios de la experimentación, 470.	
CAPÍTULO XVII. EL COMPORTAMIENTO EXPRESIVO	478
Comportamiento expresivo versus comportamiento adaptativo, 479. La génesis del comportamiento expresivo, 484. El psicodiagnóstico, 488. La coherencia de la expresión, 490. Descripción del experimento, 493. Las manifestaciones expresivas, 494. El estilo, 503. Resumen final, 507.	
PARTE V. LA COMPRENSIÓN DE LA PERSONALIDAD	509
CAPÍTULO XVIII. LA CAPACIDAD DE JUZGAR A LAS PERSONAS	511
Las primeras impresiones, 511. Primeras impresiones acerca del Profesor D., 514. Tres factores básicos en los juicios acerca de la personalidad, 518. La entrevista, 521. Breve lista de temas para una entrevista psicológica, 522. La capacidad de juzgar la personalidad, ¿es general o específica?, 523. Cualidades necesarias para ser un buen juez de la personalidad ajena, 524. Diferencias sexuales en la capacidad de juzgar a las personas, 528. ¿A quién conocemos mejor?, 529. Las fuentes comunes de error, 531.	
CAPÍTULO XIX. LA INFERENCIA Y LA INTUICIÓN	534
La inferencia, 534. Críticas a la inferencia, 537. La empatía, 541. La intuición, 545. La psicología del "Verstehen", 550. Críticas a la intuición, 553. El puesto de la intuición en el estudio de la personalidad, 555. La naturaleza empírico-intuitiva de la comprensión, 558.	
CAPÍTULO XX. LA PERSONA EN PSICOLOGÍA	560
La psicología personalística, 561. La psicología de la personalidad, 568. Perspectiva, 573.	

PREFACIO

POR REGLA GENERAL, para la ciencia el individuo es un mero accidente enojoso. También la psicología lo trata comúnmente como algo que hay que hacer a un lado para que pueda iniciarse la tarea principal: registrar la uniformidad de los sucesos. Como resultado de esta situación, vemos en todas partes a los psicólogos trabajando afanosamente en un retrato un tanto brumoso, al que dan el nombre de "mente humana generalizada". Si bien este retrato sirve adecuadamente a un cierto fin, no resulta del todo satisfactorio para quienes lo comparan con los individuos vivos que le han servido de modelo. Parece irreal y esotérico, carente de localización, de autoconciencia y de unidad orgánica, características éstas que poseen todas las mentes que conocemos.

Dentro de la ciencia psicológica se ha desarrollado un nuevo movimiento que pretende completar este retrato abstracto con otro que refleje mejor las características del modelo vivo. Este movimiento trata, de diversas formas y a partir de muchos puntos de vista, de atender a la manifiesta individualidad de la mente y a representarla adecuadamente. El nuevo movimiento es conocido (en Norte América) bajo el nombre de *psicología de la personalidad*. Sus progresos han sido notables, en especial en los últimos quince años.

Como es reciente, este nuevo movimiento encuentra dificultades para evaluar los primeros resultados que ha alcanzado. Sus investigaciones son abundantes pero fragmentarias; sus teorías son muchas pero entran en conflicto. No obstante, cada año más y más psicólogos se ven atraídos hacia él y gran número de institutos universitarios van incorporando la psicología de la personalidad en sus planes de estudio de psicología. Como resultado de esta marea creciente de interés, se hace sentir la necesidad de un manual que *defina* el nuevo campo de estudio, que articule sus objetivos, que formule sus leyes y ponga de manifiesto el progreso que hasta el momento se haya alcanzado.

Al ponerme a la tarea de escribir un libro semejante he tratado sobre todo de respetar la plurilateralidad del objeto de la nueva ciencia. Una exposición escrita de acuerdo con una sola escuela psicológica re-

sultaría demasiado insuficiente. Es mejor ampliar y reelaborar las teorías que se profesan hasta que éstas hagan alguna justicia a la riqueza y dignidad de la personalidad humana en lugar de cercenar y comprimir la personalidad hasta hacerla coincidir con un sistema cerrado de pensamiento.

En mi esfuerzo por alcanzar la corrección y el equilibrio necesarios he tratado de servirme especialmente del sentido común, que, según creo, proporciona las hipótesis e ideas que la nueva psicología de la personalidad debe verificar y, si le es posible, mejorar. Asimismo me he servido con liberalidad de muchos tipos de obras psicológicas, tanto del pasado como del presente. Pero todo aquello de lo cual me he apropiado, he tratado de integrarlo dentro de un único y coherente armazón teórico.

Al fijarme como meta la adecuación con la realidad me queda vedado, evidentemente, el aceptar decididamente todos los puntos de vista partidistas. El enfoque endocrinológico, por ejemplo, constituye una escuela que cuenta con partidarios entusiastas. Lo mismo ocurre con el psicoanálisis. El peligro que ambos presentan es su unilateralidad, su atención a un solo tipo de síntomas. Aunque tomo elementos de estos enfoques a ninguno de los dos puedo considerarlos totalmente adecuados, y por lo tanto no he de adherirme sin reservas ni a uno ni a otro.

Lo mismo sucede con las tan populares metodologías estadísticas. Muchos creen que éstas son indispensables para proporcionar la base fáctica de la ciencia de la personalidad. A veces son útiles, pero muchas veces no tienen utilidad alguna. De cualquier modo, las meras acumulaciones de estadísticas no tienen la capacidad de auto-interpretarse. Es por esta razón que en la mayoría de los casos he preferido expresar en palabras, con la mayor claridad posible, los resultados de la investigación para proceder de inmediato a la interpretación de estos resultados. Cuando se hace una afirmación correcta, la estadística no puede más que simbolizar el hecho; si lo que se afirma es algo incorrecto, la elaboración estadística nunca podrá llegar a convertirlo en algo correcto y, por el contrario, puede acrecentar la confusión. En una época en que en muchos ambientes la simbolización matemática goza de un favor exagerado, yo prefiero, en consideración a la claridad, limitarme al método verbal de exposición y prueba, especialmente porque me parece el único que permite coordinar todos los aspectos parciales y captar el campo como un todo.

Desde otro punto de vista se me puede acusar de no prestar la debida atención a la estrecha interrelación existente entre la personalidad y la cultura. Pero esa crítica sólo puede originarse en una errada interpretación de mis propósitos. No niego que la personalidad es modelada en gran medida por el impacto de la cultura sobre el individuo. Pero el interés de la psicología no se aplica a los factores que conforman la personalidad sino a la personalidad misma en tanto estructura evolutiva. Desde este

punto de vista la cultura sólo entra en consideración una vez *interiorizada* en la persona como un conjunto de ideales, actitudes y rasgos personales. Asimismo, el conflicto cultural sólo tiene significado para la personalidad cuando se convierte en conflicto *interior*. ¿Por qué en la actualidad, pese a que la cultura occidental está desorganizada, nuestras personalidades no están igualmente desorganizadas? El determinista convencido podría contestar: "Lo están. Nuestras anclas institucionales se han soltado y todos nosotros hemos quedado a la deriva, si no es que estamos ya despedazándonos." Pero tal respuesta sería totalmente ajena a la realidad. ¿Están en la actualidad las personalidades más desorganizadas que en épocas anteriores? ¿Hay alguna prueba segura de que la locura haya aumentado? Es dudoso. Evidentemente, resulta imposible sostener que en la actualidad la desorganización de la personalidad es *proporcional* a la rápida descomposición de las formas culturales. El determinismo cultural es uno de los enfoques que toma en cuenta un solo factor; tiene un punto ciego para los factores internos de equilibrio y para la tenacidad estructural que muestra la personalidad.

En algunos sectores de la ciencia social hay una tendencia a definir la personalidad como la influencia que un hombre ejerce sobre los demás, como su posición en el grupo o como su "valor de estímulo social". Si se aceptan tales definiciones, la psicología no podría posiblemente efectuar investigación alguna. Si intentara hacerlo su objeto se evaporaría y sólo quedarían las imágenes evidentemente contradictorias que los hombres tienen los unos de los otros. La psicología de la personalidad debe encarar su objeto como algo totalmente objetivo y accesible. No hay duda de que la tarea de juzgar correctamente la personalidad, de interpretar con acierto los motivos y de representar en forma adecuada el cambio y la variación de que cada persona es capaz complica el estudio enormemente, pero, sin embargo, hay que partir de la existencia de un marco biofísico estable que sirve de punto de referencia.

Desde el punto de vista psicológico lo que importa en cuanto a la personalidad es su organización relativamente persistente y única. El problema central de la psicología de la personalidad es, por lo tanto, la naturaleza de esta estructura y su composición en función de subestructuras o unidades. Los elementos y vínculos de que habla la psicología tradicional no son adecuados para representar la estructura de la individualidad. La parte III de este libro está enteramente consagrada a este tópico y en ella se encuentra la novedad fundamental de mi posición. Los capítulos XI y XII, que se ocupan de los *rasgos* (en especial si se los toma en conjunción con el capítulo VII, que trata de la autonomía de los motivos), enuncian una teoría que es concretamente aplicable a las formas infinitamente variadas de la existencia personal y que al mismo tiempo

es lo bastante abstracta para servir como principio unificador para esta nueva rama de la ciencia.

Para resumir, mi propósito es doble: 1. — reunir en una sola exposición los frutos más importantes del estudio psicológico de la personalidad y 2. — suministrar nuevos conceptos y teorías coordinadoras en aquellos puntos en que tales instrumentos capaciten a esta nueva rama de la psicología para un tratamiento más adecuado de un objeto infinitamente rico, como lo es el suyo.

Los comienzos de este libro se remontan a unas investigaciones que emprendí hace diecisiete años. Desde entonces se encuentra sometido a un proceso de desarrollo y realización. Desde el principio hasta el final, Ada L. Allport, mi esposa, ha sido mi constante y fiel colaboradora. El material ha sido presentado muchas veces en mis clases. Con su interés, discusión y espontánea participación en mis experimentos, los estudiantes han contribuido a su forma y contenido final más de lo que ellos piensan. En ciertos capítulos me ha sido de mucha utilidad el consejo y la ayuda de mis amigos. H. D. Spoerl, C. E. Mac Gill, D. M. McGregor, R. P. Casey, C. M. Harsh y H. Werner. De especial magnitud es la deuda que tengo con mi hermano, F. H. Allport, por su importante ayuda en el tratamiento de algunos puntos fundamentales de mi exposición, y con Hadley Cantril que leyó y criticó cuidadosamente todo el manuscrito. Quiero también expresar mi reconocimiento por la amable colaboración que me prestaron R. T. Fuller, que dibujó las ilustraciones, y la señorita Dorothy Telfer, que preparó el manuscrito para la publicación.

G. W. A.

PARTE I

EL ENFOQUE DE LA PERSONALIDAD

CAPITULO I

LA PSICOLOGIA Y EL ESTUDIO DE LA INDIVIDUALIDAD

Die Natur scheint Alles auf Individualität angelegt zu haben.

GOETHE

LA CARACTERÍSTICA sobresaliente del hombre es su individualidad. El hombre es una creación única de las fuerzas de la naturaleza. Espacialmente separado de todos los otros hombres, vive por doquier su propia vida en su particular forma distintiva. Ni en la célula, ni en el órgano aislado, ni en el grupo, ni en la especie centró la naturaleza su más prodigio afán, sino en la organización integral de los procesos de la vida dentro del sistema sorprendentemente estable y completo que es la criatura viviente individual.

En la vida cotidiana, en nuestros contactos con los otros hombres, se reconoce decididamente la preeminencia de la individualidad. Durante nuestras horas de vigilia y en nuestros sueños vemos a la gente como seres definidos e individuales. El hombre de la calle nunca corre el peligro de olvidar que la individualidad es la característica suprema de la naturaleza humana. Eso es algo que le parece evidente. Pero con el científico ocurre algo diferente. De todas las diversas ciencias dedicadas al estudio de los procesos vitales, ninguna reconoce con suficiente decisión como su dato central el hecho de que los procesos vitales en realidad sólo ocurren en formas unificadas, complejas e individuales. A las ciencias, la existencia real del individuo les resulta algo así como un estorbo y les molesta la intrusión de éste en sus dominios. Pretenden ocuparse de la naturaleza, pero se olvidan que la naturaleza, como dice Goethe, parece haberlo planeado todo teniendo en vista la individualidad.

LA CIENCIA Y EL CASO INDIVIDUAL

"Scientia non est Individuorum"

¿Por qué la ciencia y el sentido común no coinciden en la consideración del hecho de la individualidad humana? La respuesta es que la cien-

cia es un dogma arbitrario. Se define a sí misma como un intento sistemático de determinar el orden existente en la naturaleza por medio del descubrimiento de las regularidades y uniformidades características de toda una clase de objetos. Por lo tanto, los científicos han decidido voluntariamente ocuparse de la verdad generalizada, de los acontecimientos comunes a los hechos pertenecientes a una clase. Sin duda, el concepto de "clase" constituye un círculo vicioso puesto que, a su vez, es una abstracción que debe designar los acontecimientos que son comunes. Resulta entonces que ese "orden existente en la naturaleza" que busca el científico constituye después de todo un problema circular.

El orden que se manifiesta en el organismo singular por la interrelación de sus procesos corporales y mentales es dejado de lado; no se lo considera un objeto legítimo de la investigación científica. El individuo es mirado sólo como un *caso* o un *ejemplo* de un principio universal: la búsqueda apunta siempre a formulaciones más amplias y extensas. "La descripción de un individuo sin referencia a otros puede ser una obra literaria, una biografía o una novela. ¿Pero ciencia? Eso no".¹ *Scientia non est individuorum*.

Estamos ante un típico procedimiento que el científico se siente obligado a seguir por convención. Comienza a investigar con cierta actitud profesional respecto de la naturaleza. El hecho de que esta actitud sea sólo uno entre muchos tipos posibles de actitud demuestra que desde un principio su método de estudio se ve afectado por cierta arbitrariedad. Primeramente, hace una discriminación crítica de su objeto, aislando del individuo que se le enfrenta un segmento seleccionado de comportamiento. Este procedimiento se llama *abstracción*. Luego observa la recurrencia de este segmento y sus condiciones en muchos miembros de una clase hipotética. Si encuentra uniformidad en el hecho y en sus condiciones concomitantes, hace una *generalización* o ley, y después, si es un investigador cabal, someterá su ley a repetidas pruebas, y de tal modo la dejará establecida como cierta por medio de la *verificación empírica*.²

El descubrimiento de una ley por medio de este procedimiento es comparable al hallazgo de un hilo que uniera las diversas naturalezas individuales y sólo fuera visible a través de los anteojos mágicos de una actitud especial: la actitud teórica. En la vida cotidiana, el científico, al igual que cualquier otra persona, sólo puede tratar efectivamente con los otros hombres en tanto reconoce que sus naturalezas peculiares no están representadas en forma adecuada en el descubrimiento obtenido con los

¹ M. Meyer: *Psychol. Bull.*, 1926, 23, p. 271.

² Estos estadios del trabajo científico son descriptos frecuentemente en los tratados sobre el método científico; véase p. ej. A. Wolf: *Essentials of the Scientific Method*, 1925.

métodos de la ciencia. Las funciones aisladas que los individuos tienen en común son marcadamente eclipsadas por el uso individual a que aplican estas funciones. La acumulación de leyes de ningún modo da razón del tipo particular de individualidad que cada ser humano contiene. La *persona*, que es un fenómeno único y nunca repetido, escapa en todo momento al enfoque científico tradicional. En verdad, cuanto más avanza la ciencia tanto menos sus descubrimientos muestran alguna semejanza con la vida individual y sus continuidades, su movilidad y su recíproca penetración de funciones.

El psicólogo, que debió enfrentarse a un objeto infinitamente más complejo que el de las otras ciencias biológicas, admitió, sin embargo, los mismos supuestos que éstas y aisló elementos fragmentarios, generalizó y verificó sus descubrimientos del mismo modo y con igual austeridad que las ciencias más antiguas. Consiguió así descubrir procesos ordenados que tienen lugar en la "mente generalizada", pero el fenómeno de la individualidad, que él excluyó deliberadamente, siempre vuelve a aparecerse y a perseguirlo. Define su ciencia como el estudio de la mente o del alma, del comportamiento o de la intención, de la conciencia o de la naturaleza humana; siempre tiene que enfrentarse con el hecho persistente e indestructible de la organización en términos de individualidad. Abstractar una mente generalizada de un grupo de personas activas, llenas de vigor y de salud, es un logro de valor problemático. La mente humana generalizada es enteramente mítica; le faltan la mayor parte de las características esenciales de la mente: la localización, el carácter orgánico, la acción recíproca entre las partes y la autoconciencia.

El que el individuo quedara de este modo excluido de la psicología pura condujo a muchas anomalías. Así, por ejemplo, se ha señalado muchas veces que el psicólogo, pese a su profesión, no tiene una superior capacidad para juzgar a la gente. Tendría que tenerla, pero sus pobres y ascéticas fórmulas derivadas de la "mente generalizada" no van muy lejos en ese sentido, pues no consiguen reflejar la riqueza y el carácter único que son peculiares de las mentes orgánicas e individuales. El estudio de las leyes psicológicas no es preparación suficiente para la comprensión de las formas personales de la vida mental. Ordinariamente se considera que la ciencia da al hombre dominio sobre la naturaleza, pero en el campo de lo psicológico no existe "mente generalizada" alguna que pudiera ser dominada. Sólo se encuentran mentes individuales y concretas, cada una de las cuales presenta problemas peculiares. En la vida común no tratamos con la gente que conocemos aplicando leyes abstractas, sino estudiando sus naturalezas individuales.

Sin embargo, los psicólogos, mostrando un tesón considerable, se han conducido de acuerdo con la convención y así han abstraído de las mentes

naturalmente organizadas las propiedades que concordaban con sus conveniencias, conveniencias que están determinadas fundamentalmente por la tradición científica. Los psicólogos están absorbidos por la sombra del Método más que por los objetos individuales sobre los cuales se proyecta la sombra. Para tomar un ejemplo, el método de comparación por pares se recomienda a sí mismo como técnica objetiva y cuantitativa, aplicable en el estudio de juicios sobre el valor afectivo de los colores. Para emplear este método se lleva al sujeto al laboratorio donde, a fin de estudiar el problema del color, se controlan todas las otras variables. Se le muestran a la vez dos luces de colores puros y él dice cuál prefiere. En base a una serie completa de juicios de este tipo se determina el grado afectivo relativo que corresponde a cada color. Se estudia entonces otro sujeto y luego otro. El objetivo que se persigue es establecer cómo se ordenan los colores para la "mente generalizada" en una escala de valores afectivos. Hace mucho tiempo que hubo que abandonar este curioso intento, pues muy pronto se vio que la mente generalizada no tiene preferencias uniformes. Los individuos diferían demasiado notablemente. Ni siquiera en cada individuo por separado se da una respuesta afectiva constante respecto a un color, el verde, por ejemplo. La luz verde tiene distinto valor afectivo en la pieza oscura que es el laboratorio y en una señal de tránsito; tiene diferentes valores como propiedad de una manzana o de un arroyo, en la corbata de un amigo o en el automóvil de un enemigo. El que resulte agradable o no depende del interés del observador, de sus recuerdos, de su estado de ánimo. El verde abstracto no tiene valor afectivo. Sólo se dan experiencias *personales*, y éstas determinan el significado y el valor de la cualidad contingente de verde.

El fundador de la psicología experimental, Wilhelm Wundt, admitió que "no existe ninguna ley psicológica cuyas excepciones no sean más numerosas que los casos en que la ley se cumple".³ Reconoció además que las excepciones son una consecuencia de la permanente intrusión de la individualidad viviente en las frágiles abstracciones del experimentador. Decidió entonces, de acuerdo con una lógica irrefutable, que el estudio directo de este hecho, cuya intrusión resultaba inevitable, constituye una necesaria extensión de la ciencia psicológica.

"No se puede dudar de que en el estudio de los individuos concretos el talento original y el instinto feliz deben producir, en última instancia, los mejores resultados y que sin estas dotes el análisis psicológico... es imposible. Pero esto no significa que la consideración y la práctica científicas no estén en situación de rendir servicios esenciales... Tal combinación de métodos es la tarea de una psicología práctica, esto es, de una caracterología, que debería investigar las formas básicas y típicas del carác-

³ *Phil. Studien*, 1886, 3, 204.

ter individual con la ayuda de principios derivados de una psicología teórica general, y de un estudio de la relación e interacción de los elementos mentales. Ya Bacon había señalado la necesidad de una caracterología de ese tipo como propedéutica de la política y la historia. Desgraciadamente, no se puede afirmar que desde Bacon se haya hecho ningún progreso esencial en esta tarea. Pero sin duda se puede profetizar que la solución depende sobre todo de un pleno desarrollo del análisis psicológico y de la superación dentro de la psicología de las unilaterales tendencias metafísicas e intelectualistas."⁴

Es evidente que el fundador de la psicología experimental percibió el dilema, a pesar de que no ofreció una solución clara. Con anterioridad había empleado errónea y lamentablemente el término de "psicología individual" para lo que hoy llamamos psicología general. En consecuencia excluyó curiosamente de la psicología individual el estudio del individuo y confió este problema a la "caracterología".⁵ Si bien Wundt tenía razón en creer que la psicología general podía contribuir considerablemente al estudio de los individuos y también cuando afirmaba que hasta ese momento muy poco se había progresado, sin embargo se equivocaba por completo al sugerir que en la psicología propiamente dicha no había lugar para el individuo y que éste debía ser estudiado por una ciencia especial: la caracterología o "psicología práctica". Su creencia de que la psicología debía establecer las leyes y la caracterología debía atender a las excepciones era errónea.

INTENTOS DE APROXIMACIÓN AL INDIVIDUO DENTRO DE LA CIENCIA PSICOLÓGICA

Más importantes que los circunstanciales comentarios de Wundt son los movimientos que surgieron dentro del vasto campo de la psicología como protesta contra el desinterés predominante respecto del individuo. La *psicología diferencial*, la *psicografía*, el *psicoanálisis*, la *tipología*, la *psicología de la forma*, la *psicología del Verstehen* (de la comprensión), la *psicología intencional* y la *psicología personalística* representan movimientos que, en mayor o menor grado, han tratado de mejorar la situación y han ejercido considerable influencia. Cada una de estas escuelas merece una nota crítica.

Psicología diferencial: A comienzos del siglo XIX los astrónomos provocaron cierto interés general al descubrir accidentalmente las diferencias individuales en el tiempo de reacción. Al medir diversos sujetos el tiempo de paso de las estrellas, se puso de manifiesto que existían dife-

⁴ *Logik*, II, 4, 1, (3), (b). La opinión de Bacon a que se hace referencia se encuentra en el *Advancement of Learning*, VII, 3.

⁵ Véase también W. Wundt: *Logik*, II, 4, 2, (2), (a).

rencias innatas en la velocidad con que la impresión visual lleva a una reacción motriz simple, tal como el hacer presión sobre un botón. Los psicólogos comenzaron a ocuparse del problema, y el estudio de la "ecuación personal" en el tiempo de reacción se introdujo en el laboratorio de Wundt.⁶ Pero resultó que las diferencias individuales en el tiempo de reacción eran sólo un tipo de diferencia individual. En todos los campos se fue encontrando la influencia de la educación personal. Habiendo comenzado por el problema de los tiempos de reacción, Wundt debió admitir, si bien con cierta resistencia, el estudio de otras diferencias individuales. Su resistencia provenía, evidentemente, de su preconcepción de la psicología como una cierta ciencia que se ocupa de las características universales de la vida mental y no de sus caracteres individuales.⁷ Aparece luego Galton con una perspectiva totalmente distinta. Su interés principal se aplicaba precisamente a las diferencias entre las personas, a sus diversidades en cuanto a inteligencia, imaginación y carácter. Es en verdad Galton quien merece el título de fundador de la psicología diferencial.⁸

La psicología diferencial se ha convertido quizá en la rama más activa de la ciencia. Sin embargo, sus vínculos con la perspectiva tradicional siguen siendo muy estrechos. Su método de ningún modo es radical. Su primer paso es completamente ortodoxo. Hace lo mismo que la psicología general: selecciona un atributo singular o una función singular que puedan ser aislados convenientemente y convertidos así en objeto de estudio. Se ocupa del atributo aislado y no del individuo complejo. El segundo paso establece la amplitud y la distribución de este atributo en el grupo de sujetos que se examina. A menudo se agrega un tercer paso con el fin de descubrir el grado de co-variación existente entre dos o más de las funciones o atributos así aislados.⁹

En tres importantes sentidos la psicología diferencial no llega a ser un método adecuado para el estudio de la individualidad: 1. — Su interés, al igual que el de la psicología general, está centrado en la función o en el atributo que es aislado para convertirlo en objeto de estudio y no en los hombres que poseen esas funciones. El individuo es sólo un

⁶ E. G. Boring: *History of Experimental Psychology*, 1929, pp. 133-150.

⁷ E. G. Boring: *History of Experimental Psychology*, 1929, p. 319.

⁸ Ibid., p. 478.

⁹ La herramienta fundamental de la psicología diferencial es la estadística. La amplitud de las diferencias individuales respecto a una sola variable es expresada comúnmente en función de las desviaciones medias o estándar. La co-variación de dos variables simples es expresada por un coeficiente de correlación. Cuando se emplean más de dos variables se extiende el principio de correlación con ayuda de expedientes tan complejos como la correlación múltiple, la correlación parcial, el análisis factorial y otros métodos similares.

medio, no un fin. 2. — El enfoque es tan nítidamente elementarista como en la psicología tradicional; se hace “desde abajo” en función de los elementos de la mente y no “desde arriba” atendiendo a la combinación y organización de esos elementos. En este sentido la psicología diferencial difiere notoriamente de la caracterología.¹⁰ 3. — Resulta entonces que la suma de las marcas que un individuo registra en el ejercicio de sus funciones aisladas constituye su individualidad. El registro psicográfico, con sus diagramas aislados, es el resultado máximo que ha logrado la psicología de las diferencias individuales en lo que se refiere a la representación de la organización de la mente.

Los tests mentales son un resultado típico de la psicología diferencial. Mediante ellos se comprueba que los individuos varían “normalmente” en alguna de sus funciones (como la inteligencia, la perseverancia o la introversión), y el grado en que una persona varía por arriba o por debajo de la media se da como su marca. Resalta claramente que el interés central se aplica aquí a un atributo elemental por vez. La peculiar combinación de los atributos que tiene lugar en un individuo no es tenida en cuenta.

Pese a que la perspectiva de la psicología diferencial es tan limitada, muchos psicólogos se inclinan todavía a mirarla como el método *par excellence* para el estudio de la individualidad. Boring dice: “La psicología de las diferencias individuales, al ocuparse de lo particular y no de lo general, tiende a ser práctica.” Pero la psicología diferencial de ningún modo se ocupa de lo *particular* sino, antes bien, de las *variaciones que se dan en lo general*. Dodge aplaude el gran avance que representa la psicología diferencial sobre la antigua psicología del hombre “medio” y dice: “El tratar a cada individuo como una combinación especial de capacidades, realizaciones y tendencias ha tenido resultados mucho más positivos que el tratar a los individuos como si fueran todos iguales o como si perteneciesen a tipos que se excluyen mutuamente.” Pero de hecho la psicología diferencial no ha tratado al individuo como una combinación especial de capacidades, realizaciones y tendencias. No ha hecho más que dar por sentado que una persona es la simple suma de sus desviaciones respecto del término medio.¹¹

Las razones que hacen que la psicología de las diferencias individuales cuente con tal favor son bastante obvias. En primer término, se presta fácilmente al empleo de procedimientos experimentales generalizados con

¹⁰ W. Stern: *Differentielle Psychologie*, 3ª ed. 1921, p. 12.

¹¹ La cita de Boring ha sido tomada de su *History of Experimental Psychology*, p. 520; la cita de Dodge, de *Conditions and Consequences of Human Variability*, 1931, p. 6. Esta confusión respecto al campo que abarca la psicología diferencial es discutida por Allport y Vernon: *Studies in Expressive Movement*, 1933, p. VIII.

la sola condición de que se cuente con suficiente número de casos como para asegurar una medición confiable de la distribución de las diferencias. En lo fundamental sus requerimientos son iguales a los de la psicología general: ambas exigen que se abstraiga de la persona total compleja una función por vez y que esas funciones sean observadas y medidas con exactitud. En segundo lugar, es un método puramente cuantitativo y rara vez se ocupa de más de una o dos variables al mismo tiempo. Pese a que en los últimos años existe una tendencia a desarrollar las técnicas matemáticas de modo que se puedan tratar simultáneamente más variables, los mejores resultados logrados están todavía muy lejos de dar razón de la estructura completa de la individualidad. Aun la versión más moderna de la psicología diferencial, el "análisis factorial", sólo trata de descubrir lo que es *común*. Deja totalmente de lado la distinción individual, que resulta del ordenamiento y la organización de estos factores.

El método de la comparación de grupos es una rama de la psicología diferencial. En el estudio de las diferencias psicológicas entre los sexos, o entre razas o entre dos edades, lo corriente es que el investigador compare las marcas medias y la distribución de las marcas de los dos grupos respecto de una función aislada por vez. También en este caso el método, tanto en lo que respecta a su finalidad como en lo referente a su técnica, permanece dentro de los límites de la psicología tradicional.

La figura 1 (basada en una similar de Stern) es una representación de estos métodos. Resulta fácil advertir que tanto la psicología general como la diferencial se ocupan de atributos abstractos que se consideran comunes a todos los hombres y que están allí representados en la dimensión horizontal. Ni los métodos de la psicología general ni los de la diferencial atienden a la dimensión vertical, en la cual está representada la individualidad.

La *psicología general* sigue la dimensión horizontal, tratando de no tener en cuenta las diferencias individuales y limitando su objeto de investigación todo lo que le resulte posible hasta que la variabilidad deje de ser un factor o tome la forma de una distribución dependiente sólo del "azar".

Análogamente, la *psicología diferencial* se ocupa de la dimensión horizontal, pero atiende a la amplitud y a la dispersión de la variación. Una rama de este método es la psicología *correlacional*, otra es el *análisis factorial*, que se caracteriza por seguir dos funciones, o más a veces. Por medio de este procedimiento se puede llegar a demostrar la coexistencia de estas funciones en la vida mental humana y se puede mostrar que en una población ciertas funciones están más comúnmente interrelacionadas que otras. Pero la combinación de las funciones individuales que tiene lugar en el caso *individual* nunca es considerada directamente.

<i>Ejemplos de funciones elementales</i>	<i>Pablo</i>	<i>Pedro</i>	<i>Enrique</i>	<i>Juan</i>	<i>María</i>	<i>Lucía</i>	<i>Patricia</i>	<i>Juana</i>
inteligencia general	a							
aptitud mecánica	b							
memoria mecánica	c							
retentividad	d							
umbral auditivo	m							
agudeza rojo-verde	n							
tono muscular	o							
amplitud afectiva	u							
perseverancia	v							
gregarismo	w							
prejuicio político	x							

FIGURA 1

Esquema que permite comparar los métodos

El *método de la comparación de grupos*, otra rama de la psicología diferencial, atiende a las diferencias entre grupos o sujetos respecto de una o más funciones. La separación de los sexos en la figura 1 ilustra las posibilidades que caben a este método en el campo de las diferencias sexuales. La psicología racial emplea el mismo método.

Psicografía. Este movimiento proviene directamente de la psicología diferencial. Parte de la base de que el individuo es la suma de las marcas que le corresponden en todas las funciones psicológicas separables y mensurables. En la figura 1, por ejemplo, se obtendría la representación de Pablo registrando sus valores respecto de las funciones a, b, c, d, m, n, o, etc.¹² Este método es el último recurso de quienes creen en la psicología diferencial, pero que piensan que una sola marca definida como desviación respecto del término medio no puede representar al individuo. Después de ver que con una unidad no se logra ningún resultado aceptable intentan servirse de varias unidades.

¹² Cf. Stern, op. cit., pp. 327-371.

El estudio de Toulouse sobre Poincaré puede tomarse como ejemplo.¹³ Aunque era un psicólogo experimental, Toulouse no se satisfacía con el estudio de la mente-en-general, o como él mismo decía, con el estudio de lo que es "común a Aristóteles y a un imbécil". Por esta razón emprendió un análisis de las funciones psicológicas de un individuo basándose en sus desviaciones con respecto al término medio. Eligió como objeto de su trabajo al talentoso matemático Poincaré. Determinó que Poincaré tenía la capacidad de recordar once dígitos, que sus asociaciones con números eran muy ricas, que tenía una imaginación auditiva superior y que poseía una sinestesia (*audition colorée*) relativamente estable, que sufría de insomnio, que tenía afición por la música, mientras que carecía de afición por la caza y que parecía obsesionado por su obra. Al examinar el resultado de sus esfuerzos Toulouse admite que el genio de Poincaré quedó lamentablemente ausente de su "síntesis".¹⁴

Toulouse dejó de lado fundamentalmente los factores dinámicos que actúan en la vida mental del individuo. Los intereses, los impulsos, los valores y motivos, los complejos, los sentimientos, deseos y ambiciones fueron totalmente desatendidos. Un psicograma moderno sería más adecuado, pues incluiría este material. Pero ningún psicograma supera el supuesto según el cual el individuo es meramente la suma de funciones separadas, estudiadas de acuerdo con la desviación que muestran respecto del término medio.

Psicoanálisis. En contraste con los métodos psicográficos, el psicoanálisis no tiene una visión cuantitativa de la organización mental. Intenta establecer pautas de deseo y de conflicto. Considerando que se ocupa durante largas sesiones del examen de individuos, parecería a primera vista que es una verdadera ciencia de la individualidad. Su método es realmente eficaz para descubrir la trama de disposiciones y capacidades que muestra cada vida individual y para poner de manifiesto cómo las perspectivas presentes dependen de experiencias pasadas y cuáles son esas experiencias.

Pero pese a sus valiosas contribuciones (que han de ser consideradas en el capítulo VI) el psicoanálisis no logra cumplir todos los requisitos exigibles a una ciencia de la individualidad: 1. — Al igual que la psicología general, el psicoanálisis trata de encontrar causas universales. Así, sostiene que las propiedades de lo inconsciente son arcaicas y, en con-

¹³ E. Toulouse: *Henri Poincaré*, 1910.

¹⁴ Antes aún que Toulouse emprendiera su obra psicográfica, B. Pérez había tratado de realizar unos retratos "sintéticos" similares, en los que acentuaba las cualidades del temperamento. A diferencia de Toulouse, Pérez se ocupó de individuos ordinarios y no de genios. Sus resultados no fueron más satisfactorios. Cf. *Le caractère, de l'enfant à l'homme*, 1892.

secuencia, idénticas para todo el mundo. Los deseos del niño, sus fijaciones, sus alegrías, sus miedos y las etapas de desarrollo por las que pasa están prefijadas; la tripartición *super-yo*, *yo* y *ello* no admite variación alguna; la conducta humana sigue un modelo conceptual y, esencialmente, tiene un significado uniforme. 2. — El psicoanálisis refiere todos los hechos a la doctrina preexistente. El Sistema es sacrosanto. Su esquema explicativo es proyectado sobre el paciente y luego *mirabile dictu* — se lo encuentra en él. El peligro de la fascinación con la teoría es reconocido por los mismos psicoanalistas. Sin duda, en la práctica muchos de ellos atienden al carácter individual de sus pacientes más de lo que lo hacen en teoría. También es común que una escuela de psicoanálisis acuse a la otra de esclavitud respecto al dogma, pero no está nada claro qué escuela tiene derecho a arrojar la primera piedra. 3. — El psicoanálisis no es un movimiento ecléctico; no ha tenido virtualmente ningún contacto con ninguna otra rama de la psicología. Las metáforas un tanto fantásticas que emplea muestran qué poco ha aprovechado de los trabajos anteriores de la ciencia psicológica. La psicología general ha estudiado muchas operaciones inconscientes de la mente: los procesos del recuerdo, del olvido, del sueño, de la inhibición, del aprendizaje, del razonamiento, del autoconocimiento y aun los mecanismos de la motivación y el deseo. El psicoanálisis debería haberse servido de todos los conocimientos que resultaron de esos estudios; sin embargo, no lo ha hecho. Ninguna escuela psicológica puede permitirse semejante espléndido aislamiento. 4. — El psicoanálisis ha quedado apartado de la psicología general debido a que la escuela tiene un interés unilateral por los problemas de la psicopatología. Sus doctrinas se muestran adecuadas en el estudio de las psiconeurosis. Pero sin modificarlas se las aplica repetidamente a los procesos mentales sanos; el equilibrio es interpretado del mismo modo que la falta de equilibrio; los sanos son representados por los insanos. La idea de que la normalidad puede ser estudiada a través del lente de la anormalidad es notablemente común, pero no menos discutible. Aun si fuera correcta, la ecuación debería ser reversible y el estudio de la normalidad debería iluminar el campo de la anormalidad. Pero esta posibilidad siempre es pasada por alto. 5. — Finalmente, la mayoría de los motivos personales y rasgos del individuo no están arraigados necesariamente en lo inconsciente, pese a las afirmaciones en contrario del psicoanálisis. No se los puede entender aplicando simplemente el arte de zambullirse en las profundidades. Aun en los casos en que se reconstruyen correctamente los enlaces entre tendencias presentes y experiencias infantiles, ocurre a menudo que tales enlaces han sufrido un proceso tan largo de debilitamiento y desintegración que, pese a lo que sostienen los analistas, ya no actúan como vínculos en la estructura presente de una vida individual. Quizá lo que ellos afirman suceda en el caso de los neuró-

ticos; en la mayoría de la gente no sucede. Los rasgos y los intereses, al igual que las plantas, pueden dejar a un lado la vaina de la semilla en que nacen. La dirección de su crecimiento está arriba, en el futuro, y no abajo, en el pasado. Resumiendo, las motivaciones conscientes y la conducta manifiesta tienen tanta significación como las motivaciones reprimidas y las disposiciones latentes.

Tipologías. Toda doctrina de los tipos es, con respecto al problema de la individualidad, un intento de aproximación que se queda a mitad de camino y nada más. El tipólogo está evidentemente insatisfecho con la psicología de la mente-en-general. Quiere dar razón de la variedad de la naturaleza humana. Parece, sin embargo, que la tarea lo fatiga, puesto que se detiene en el camino, en un punto situado entre la abandonada mente "media" y el hecho aún no descubierto del carácter único de cada individuo. Resulta difícil refutar una doctrina tipológica, sobre todo si admite los "tipos mixtos", tal como sucede habitualmente. Un tipo no significa más que esto: cierta gente se parece a otra gente *en algún aspecto*. Se podría decir que existen tres tipos de personas: los que usan cepillos de dientes convexos, los que usan cepillo cóncavo y los que usan cepillo recto, tipos éstos a los que se agrega, sin duda, el tipo mixto que usa a veces una especie de cepillo y a veces otra (o que no usa ninguna especie de cepillo). Esta es una tipología válida, siempre que uno esté interesado en los cepillos de dientes. Análogamente, hay personas extravertidas, hay otras que son introvertidas y otras que tienen características de ambos tipos. También esto es verdadero, siempre que uno se interese por la extraversión y la introversión. Pero la debilidad de este método reside en la limitación del interés. Si el investigador atendiera *al mismo tiempo* a los hábitos de limpieza de dientes y a la extraversión se encontraría con que un individuo dado pertenece a más de un tipo. Y si se interesa por *todos* los aspectos de la conducta, se encuentra con que el individuo resulta ser miembro de innumerables clases incoordinadas. La combinación que se da en la persona entre las características que la convierten en miembro de las diferentes clases es pasada por alto.

La figura 2 ilustra cómo la psicología tipológica tiene una relación no directa sino tangencial con la individualidad. Supongamos que Juan ha sido clasificado correctamente como miembro de cuatro tipos. Se parece a los señores A, B, C, D en cuanto a sus rasgos físicos, se parece a otros individuos (E, F, G, H,) por su introversión, a otros por su imaginación y a otros en cuanto a sus intereses vocacionales. Todas las clasificaciones son correctas, pero Juan como individuo casi no ha sido considerado. Sus funciones mentales han sido puestas en relación con funciones similares que se dan en *otros* individuos, pero no han sido puestas

en relación las unas con las otras dentro del campo orgánico de su propia naturaleza. De tal modo, todo individuo escapa a la inclusión total: cada individuo sólo es un tipo respecto a *algún segmento* de su naturaleza. Al igual que la psicología general, la tipología se ocupa de atributos abs-

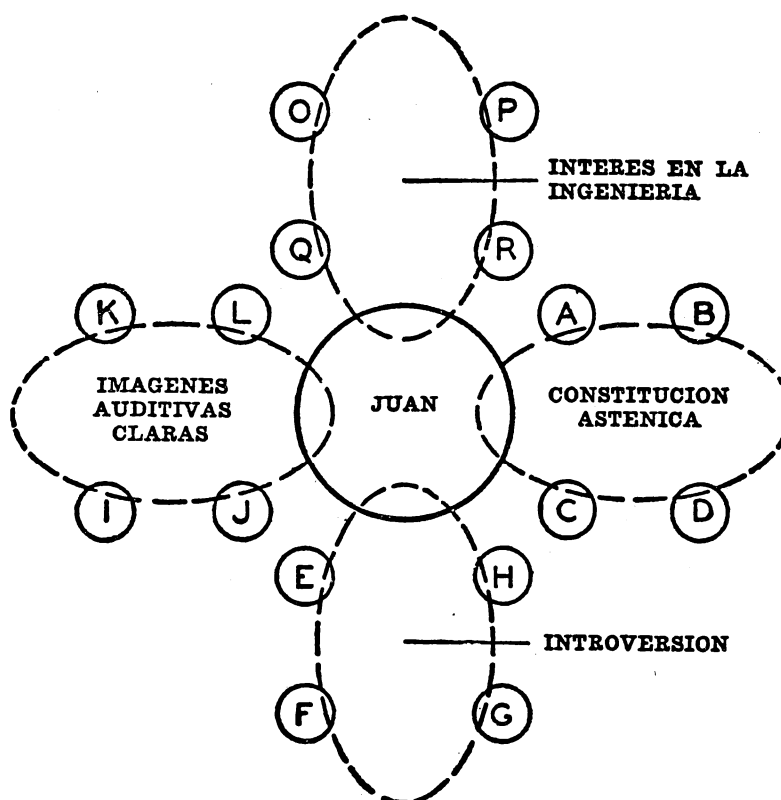


FIGURA 2

Tipología versus Individualidad

(Las elipses de línea punteada delimitan tipos, los círculos de línea llena, individuos.)

tractos. Su única ventaja consiste en que los atributos abstractos que selecciona no son vistos como universalmente distribuidos: sólo ciertas personas los tienen.

De vez en cuando algún tipólogo afirmará que *su* esquema puede abarcar realmente al individuo; dirá que si se sitúa a Juan en *su* sistema, se habrá determinado la posición de éste no sólo en lo que respecta a una función mental, sino también en cuanto a todas. Así, a veces se dice que la tipología de Kretschmer (cf. págs. 89 y sigs.) es *completa*. Si Juan

tiene tal y tal físico, debe tener tal y tal temperamento junto con una cierta visión de la vida, una forma característica de fantasía y un modo particular de adaptación al mundo. Pero lo mismo se dice de otras tipologías que de ningún modo coinciden con la de Kretschmer. Distintas tipologías que son independientes entre sí no pueden ser todas omnicomprendivas. Toda doctrina tipológica tiende a extralimitarse. En realidad los tipos sólo son válidos para una característica limitada; abarcan un segmento de individualidad, pero nunca comprenden al individuo total.¹⁵

Psicología de la forma. En los últimos veinte años aparecieron dentro de las filas de la psicología general muchos rebeldes que atacaron el supuesto persistentemente reafirmado según el cual los datos propios de la ciencia son los elementos abstraídos de la experiencia individual. Evidentemente, no todo el que se opone al elementalismo es un psicólogo de la escuela de la Gestalt, pero todos los que tienen esa actitud están de acuerdo en que ha llegado el momento de poner un nuevo acento sobre las totalidades y estructuras de la vida mental. El movimiento específico conocido como psicología de la forma tiene cuatro claras consecuencias para el estudio de la individualidad:

1. — Deliberadamente desplaza su atención del estudio tradicional de segmentos de conducta aislados de su conjunto natural al estudio de la red de funciones, tal como éstas se interpenetran en la vida del organismo. Sería instructivo, escribe Köhler, estudiar cien corazones, pero, considerado funcionalmente, un corazón tiene más en común con un par de pulmones que con otros corazones.¹⁶ Podríamos decir que tanto la psicología general como la psicología de las diferencias individuales han estudiado corazones separados de su conjunto natural. Una psicología de la individualidad estudiará las funciones de un organismo en su relación con otras funciones del mismo organismo y no en su relación con las actividades de organismos enteramente diferentes, pues si hiciera esto sólo estaría manejando abstracciones.

2. — Otra innovación fundamental de esta escuela es la distinción que estableció Lewin entre genotipos y fenotipos.¹⁷ Los genotipos son categorías causales, los fenotipos son categorías descriptivas. Cuando la conducta de diferentes individuos muestra una *apariencia* semejante, se puede decir que esa semejanza constituye un fenotipo, pero no necesaria-

¹⁵ Algunas de las doctrinas de los tipos que históricamente han tenido mayor influencia son expuestas en el capítulo III y la crítica del concepto es resumida en el capítulo XI.

¹⁶ W. Köhler: *Gestalt Psychology*, 1929, p. 351. [Hay trad. cast. *La psicología de la forma*, Buenos Aires, Ed. Argonauta, 1948.]

¹⁷ K. Lewin: *Gesetz und Experiment in der Psychologie*. Reproducción de un artículo aparecido en *Symposion*, 1927, 5, 275-421.

mente uno y el mismo genotipo. Lo que parece ser el mismo efecto puede deberse a causas radicalmente diferentes. Por ejemplo, dos individuos pueden ser de naturaleza introvertida (y pertenecer por lo tanto al mismo fenotipo) pero por razones muy diferentes: en un caso se puede tratar de una determinación hereditaria y en el otro de un resultado de ciertas experiencias desagradables. Inversamente, el mismo genotipo, un ataque de parálisis infantil, por ejemplo, dentro de la estructura de una vida puede dar lugar a timidez, a una punzante conciencia de sí mismo, y a una actitud de derrota, y en otra persona el resultado puede traducirse en compensación, vigor y auto-realización. Esta distinción permite un tratamiento más flexible de la individualidad, ya que, de acuerdo con ella, la "misma" causa, en el contexto de diferentes vidas, puede producir efectos contradictorios y no uniformidad.

3. — Tal énfasis puesto sobre la individualidad del sistema motivacional es un adelanto sobre la clasificación corriente de los impulsos realizada por el psicoanálisis y la psicología de los instintos. Corrige también la excesiva acentuación del *origen* de los rasgos. De acuerdo con la psicología de la Gestalt, la forma de la conducta puede ser determinada por objetivos cuyo logro reside en el futuro tanto como por hechos pasados. Los hábitos infantiles son, cuando más, sólo un factor dentro de un amplio sistema de fuerzas que determina en cada momento dado la forma que la individualidad ha de tomar.¹⁸

4. — Una última aportación de la teoría de la Gestalt al estudio del individuo es su doctrina de la naturaleza de la comprensión. La persona no sólo está bien estructurada, sino que también es *percibida* como bien estructurada. El elementarismo no consigue dar razón de la organización de la mente individual y tampoco del modo en que esta mente es comprendida por los otros. Este es un problema que tiene muy importantes implicaciones, pero es demasiado complejo para que podamos discutirlo aquí. Será considerado en detalle en el capítulo XIX.

La psicología del Verstehen (de la comprensión). Esta escuela de pensamiento, vinculada con la Gestalt, es aún más radical que ésta. De acuerdo con sus teorías deben existir dos psicologías distintas y separadas: una que debe ocuparse de *elementos*, al modo clásico, y la otra que sólo debe atender a *estructuras*. Entre ambas no hay ninguna base común. La

¹⁸ Esta virtud de la psicología de la Forma a veces se convierte en una limitación porque el acento que pone sobre las "fuerzas que se hallan en acción en un momento dado" es tan absorbente que le resulta difícil tratar la continuidad de un individuo a lo largo de un período de tiempo. La disposición, la latencia, la continuidad y la historia personal son problemas dejados de lado. Aun K. Lewin en su *Dynamic Theory of Personality*, 1935, se ocupa casi exclusivamente de la conducta del individuo en campos de fuerza momentáneos (contemporáneos).

psicología de los elementos "destruye las totalidades significativas de la vida", mientras que la psicología de las estructuras busca deliberadamente la relación significativa entre los actos y experiencias de la persona.¹⁹ El segundo método es el mejor, porque trata de *comprender* cada hecho mental único sin destruir su integridad.

Estamos ante un remedio drástico para los achaques de la psicología. Pero se perdería mucho al descartar de un golpe los métodos de la psicología general y la psicología diferencial. Modificados y adaptados adecuadamente pueden ser empleados en el estudio de la individualidad y sus antiguos logros en este campo no pueden ser desechados en bloque. Los problemas de la individualidad son tan complejos que ningún método legítimo puede ser excluido. Sería insensato repudiar la ayuda de la psicología de los elementos en cualquier situación en que pudiera ser aceptada con provecho. La psicología necesita una ampliación de su perspectiva, no un cisma.

Psicología intencional. Siempre que en psicología ocupa el puesto central el concepto de objetivo o intención estamos frente a un enfoque que hace entrar en juego la vida personal. Pero no es correcto dar por sentado que todas las psicologías dinámicas se interesan por el problema de la individualidad. En verdad, la mayoría de las doctrinas del instinto, el deseo, la necesidad, la propensión, la actitud o el impulso, han permanecido estrictamente dentro de la tradición de la psicología de la mente-en-general. Sin embargo, la perspectiva intencional hace más fácil la transición hacia la individualidad. R. S. Woodworth comienza en su *Dynamic Psychology* con la aceptación de la doctrina de los instintos comunes y termina llegando a una doctrina de la individualidad de la motivación. En el curso de su vida, cada persona modifica su bagaje hereditario común de impulsos, siguiendo caminos que son peculiares a ella misma, y también desarrolla intereses nuevos y autónomos. Con la aceptación de esta doctrina se prepara evidentemente la base para una psicología dinámica del individuo. Este es un punto de vista de importancia fundamental y es desarrollado extensamente en el capítulo VII de este volumen.

Psicología personalística. La culminación lógica del interés por el individuo es la creación de una psicología personalística. El principio fundamental de esta escuela de pensamiento es que toda función mental está integrada en una vida personal. En ningún sentido concreto existe algo como la inteligencia, la percepción espacial, la discriminación del color o la reacción selectiva; sólo existen personas capaces de llevar a cabo tales actividades o de tener tales experiencias. Es incorrecto hablar del desarro-

¹⁹ Spranger: *Types of Men*, trad. ingl. de 1928, cap. I.

llo de la destreza, del vocabulario o del conocimiento; no se da desarrollo alguno que no sea en la persona; que la destreza se acreciente, que el vocabulario y el conocimiento se amplíen son partes del desarrollo de la persona. Tampoco las motivaciones pueden estudiarse aparte de su marco personal; representan siempre el esfuerzo del organismo total que trata de alcanzar su objetivo.

Es un hecho interesante que el más prominente representante de la psicología personalística, William Stern, haya sido anteriormente la figura más destacada en el estudio de la psicología diferencial. Fue su percepción de las limitaciones de la psicología de las diferencias individuales, basada en una larga experiencia, lo que lo llevó a intentar una formulación más adecuada de la psicología de la individualidad.²⁰ La psicología personalística es todavía una escuela relativamente nueva. Sus líneas conductoras han sido ya trazadas, pero todavía está esperando la plenitud que sólo la investigación de los hechos puede dar. Dado que, en cierto sentido, este volumen es una contribución a la misma línea de pensamiento, podemos posponer una consideración más circunstanciada hasta el momento en que todos los testimonios estén reunidos. El capítulo final volverá sobre el problema.

EXTENSIÓN DE HORIZONTES DE LA PSICOLOGÍA

Este capítulo se ha ocupado de una paradoja. El método científico, se dice, no puede estudiar individuos. Sin embargo, durante los últimos cincuenta años, en el campo de la psicología científica varios movimientos radicales han concentrado su interés, con diversos grados de éxito, en el individuo. ¿Habrá por ello que decir que la psicología, a causa de su creciente interés por este tema, se está volviendo cada vez menos científica?

Las definiciones son siempre arbitrarias, aun las científicas. Por lo tanto, quien quiera restringir el significado de la expresión sagrada "el método científico" al triple proceso de análisis, abstracción y generalización tiene libertad para hacerlo. Si el psicólogo desea aceptar la misma estrecha definición, también él tiene libertad para hacerlo. Pero al hacer eso no debe transformar lo que es meramente un artificio metódico en una doctrina de la realidad. La memoria, la inteligencia, la reacción, la percepción, la sensación, la volición y todos los procesos similares sólo son reales en tanto son orgánicos: en verdad, no son más que *atributos* de la acti-

²⁰ W. Stern: *Differentielle Psychologie*, 3ª ed., 1921, p. 12; *History of Psychology in Autobiography* (ed. C. C. Murchion), Vol. I, 1930, pp. 360 y sig.; *General Psychology from the Personalistic Standpoint*, trad. ingl. de 1937. [Hay ed. cast.: *Psicología general desde el punto de vista personalístico*, Buenos Aires, Paidós, 1951.]

vidad personal. La psicología general puede, si quiere, tratarlos como datos, pero debe reconocer que al actuar así efectúa una abstracción. Titchener, un metodólogo sumamente ascético, definió la psicología como el estudio de la experiencia considerada como *dependiente de la persona experimentante*.²¹ ¡Sería imposible idear una definición más satisfactoria desde el punto de vista de la psicología personalística! Pero Titchener era tan fiel a las estrechas tradiciones de la ciencia, en realidad más estrechas que su definición, que no apreció las consecuencias de lo que había dicho. Buscó sólo leyes generales de la experiencia, *abstraídas* de la persona. La lógica de la naturaleza lo forzó a reconocer la preeminencia del individuo, pero las convenciones de la ciencia lo forzaron a olvidarlo.

John Stuart Mill afirmó decididamente que en la ciencia toda definición debe ser "progresiva y provisional", pues "toda extensión del conocimiento o toda alteración de la opinión corriente respecto al tema de estudio, puede conducir a un cambio más o menos extenso en los casos incluidos en la ciencia."²² En la actualidad la opinión corriente dentro de la psicología está en favor de la inclusión del fenómeno de la individualidad. Por lo tanto no se debería permitir que ninguna definición petrificada interfiriera con el progreso de la investigación. Se necesitarán métodos nuevos y algo temerarios y éstos no deben ser prejuizados. El horizonte se está extendiendo. Sin embargo, no hay razón alguna para que haya consternación en la ciencia. No es probable que los psicólogos que ahora se inclinan al estudio de los individuos, olviden las reglas destinadas a disminuir el riesgo de error en sus observaciones que aprendieron en el laboratorio. No porque deseen una concepción más liberal de la ciencia y de sus métodos quieren abolir los controles y volver al misticismo.

Consideremos un instante el método experimental. Es la técnica más útil en las ciencias exactas. A primera vista podría parecer inaplicable en el estudio de la individualidad. En efecto, para asegurar un control conveniente se acostumbra aislar para el experimento un segmento *simple* de comportamiento, mientras que la individualidad nunca puede fijarse por segunda vez del mismo modo. El organismo cambia, y cada dirección del cambio influye en todas las funciones interdependientes. Stern ha expresado dudas respecto a la aplicabilidad del experimento en el estudio de la persona:

"Cuanto más exacto [para la psicología general] es un experimento —esto es, cuanto más elemental y aislado es el fenómeno y más constantes las condiciones— mayor es su artificialidad y mayor su distancia respecto al estudio del individuo. Los métodos deben, ante todo, ser adecuados al problema que está en estudio, y los

²¹ E. B. Titchener: *Text-book of Psychology*, p. 8.

²² J. S. Mill: *System of Logic*, libro I, cap. VIII, secc. 4.

problemas planteados por la psicología general son muy diferentes de los que plantea la psicología del individuo.”²³

Como todo el mundo sabe, un experimento exige una exacta observación y tanto control como sea posible del aislamiento y de la variación de los factores condicionantes. Como resultado de estas exigencias los experimentos parecen frecuentemente *lebensfern*, esto es, muy distantes del estudio de la individualidad. *Pero esto no tiene por qué ocurrir necesariamente.* En los últimos años se han llevado a cabo experimentos satisfactorios aplicados a niveles complejos de la conducta —estudios del modo de andar y de la escritura, de la expresión vocal, del estilo personal de trabajo y de los modos individuales de pensamiento, de los juicios intuitivos (no-analíticos) y de muchos otros temas nada ortodoxos. Tal como lo mostrará el capítulo XVI, en estos estudios las normas de la experimentación se han respetado y aun así se ha conseguido elevar las investigaciones a un nuevo nivel de complejidad. Si estos experimentos no pueden ser repetidos exactamente, en rigor tampoco es posible repetir los de la psicología elementarista. Los organismos cambian continuamente y este hecho debe alterar necesariamente el comportamiento de los elementos al igual que el de las estructuras.

Seguramente algunos problemas de la individualidad escapan al método experimental. No es posible tratar experimentalmente experiencias tales como la turbación, el remordimiento, el enamoramiento o el éxtasis religioso. Siempre que el experimento sea factible debe ser preferido; donde no lo es, los problemas subsisten y deben entonces emplearse otros métodos. La psicología no es exclusivamente experimental desde el punto de vista de su método, pero en ese sentido tampoco lo es la respetable ciencia de la astronomía.

¿Podrá una ciencia que se ocupa de individuos formular leyes? La respuesta depende del concepto de ley que se tenga. Tal como comúnmente se entiende la ley, la respuesta es negativa. Si una ley es la afirmación de una asociación invariable común a toda una clase de objetos, entonces, tal como dice Stern, “la individualidad es la asíntota de la ciencia que busca establecer leyes.”

Las leyes generales tienen valor en tanto describen la base común sobre la cual se encuentran todas las mentes individuales. Pero esta base común es en realidad una tierra de nadie. Cuando el investigador vuelve su vista hacia el individuo descubre que en éste las leyes se modifican o, como diría Wundt, que siempre se producen excepciones. Pero una interpretación más liberal de la naturaleza de la ley, que considere a ésta como *una uniformidad que se observa en el orden natural*, también es

²³ W. Stern: *Differentielle Psychologie*, p. 34.

posible. En este sentido, toda persona por sí misma es en verdad una ley especial de la naturaleza y también lo es todo hecho estructural dentro de la continuidad de su vida. Aunque la individualidad nunca se repite, representa sin embargo un orden en la naturaleza. Si fuera posible captar las totalidades complejas que se dan dentro de una vida individual, comprender su formación, su acción recíproca, sus tendencias direccionales y su dinámica —aun si el descubrimiento no tuviera más amplias aplicaciones— representaría un logro casi tan significativo como el establecimiento de cualquier ley *común*.

En 1858, como se ve, hace muchos años, Samuel Bailey previó que la preocupación de la psicología por la mente-en-general tendría como resultado un abandono del individuo. De acuerdo con esto propuso que se reconociera la existencia de *dos* ciencias.

"Respecto a la división entre el carácter individual y el personal, he de señalar que por varios motivos sería ventajoso que se la mantuviera aparte de la psicología, la cual, cuando se limita a sus objetos propios, se ocupa fundamentalmente de describir, clasificar y subordinar a leyes generales los fenómenos de la conciencia comunes a toda la humanidad y sólo se ocupa del carácter individual incidental y brevemente, demasiado brevemente en comparación con la importancia del asunto."²⁴

El consejo de Bailey, según el cual la caracterología debía mantenerse aparte de la psicología nunca fue seguido en los países de habla inglesa. En el continente, en cambio, tuvo lugar una distinción semejante. A partir de la aparición en 1867 de la obra de Bahnsen, floreció la tradición de una caracterología independiente. Pero su independencia con respecto a la psicología le significó desgraciadamente una mayor dependencia respecto a las conjeturas, las metáforas y las metafísicas esotéricas. El consejo de estudiar el "carácter personal" sin la ayuda de una psicología general y experimental es en realidad un mal consejo.

La propuesta de establecer una cortante distinción entre el estudio de los principios generales y el estudio del caso individual ha tomado muchas otras formas. El filósofo Windelband, por ejemplo, propuso separar las disciplinas *nomotéticas* de las *idiográficas*.²⁵ Las ciencias nomotéticas, según él, buscan sólo leyes generales y emplean solamente los procedimientos admitidos por las ciencias naturales. En general la psicología ha tratado de convertirse en una disciplina enteramente nomotética. Las ciencias idiográficas, como la historia, la biografía y la literatura intentan com-

²⁴ S. Bailey: *Letters on the Philosophy of the Human Mind*, 1855-58, II, 265.

²⁵ W. Windelband: *Geschichte und Naturwissenschaft*, 3ª ed., 1904. [Hay trad. cast.: *Historia y Ciencia natural*, en el volumen de W. Windelband: *Preludios filosóficos*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1949.] Véase también R. Eisler: *Wörterbuch der philosophischen Begriffe*, 1904, p. 512.

prender algún hecho *particular* que se da en la naturaleza o en la sociedad. Una psicología de la individualidad sería esencialmente idiográfica.

La dicotomía, sin embargo, es demasiado aguda: exige una psicología dividida contra sí misma. Como en el caso de las dos psicologías (la analítica y la descriptiva) propuestas por Dilthey y Spranger, la división es demasiado drástica. Es más útil considerar los dos métodos como dos posibilidades que se superponen y se ayudan mutuamente. En el campo de la medicina, tanto el diagnóstico como la terapia son procedimientos idiográficos, pero ambos se apoyan en el conocimiento de los factores comunes de la enfermedad, los que han sido determinados por ciencias nomotéticas, como la bacteriología y la bioquímica. Del mismo modo, la biografía es claramente idiográfica, y sin embargo en las mejores biografías se da una hábil amalgama de generalización y retrato individual. Un estudio completo del individuo abarcará ambos modos de aproximación. Hace medio siglo la misma conclusión fue enunciada por el psiquiatra francés Azam. La ciencia del carácter, escribió, "no puede proceder por generalidades, tal como hace la psicología, ni por individualidades, tal como hace el arte. Ocupa una posición intermedia".²⁶ Hoy podríamos agregar que esta "posición intermedia" estará situada propiamente en el campo de una psicología *ampliada*.

El estudio psicológico de la individualidad continuará empleando la experimentación, tal como lo hace la psicología general; no en el nivel elemental, evidentemente, sino en el nivel de los rasgos, los intereses y las expresiones personales. Se interesará por las leyes del aprendizaje y por todos los principios genéticos, pero intentará coordinarlos en el nexo de la individualidad. Empleará normas críticas de observación, evitará el ejemplo individual, que tan fácilmente puede impresionar, y sacará provecho de todas las otras lecciones laboriosamente aprendidas que puede ofrecer la ciencia psicológica. Pero su interés será más amplio. Comprenderá el problema de la coherencia intrapersonal así como el de las uniformidades inter-individuales; no se satisfará con el descubrimiento de leyes atinentes a la mente-en-general sino que tratará también de comprender las tendencias subsumibles bajo leyes que se dan en las mentes-en-particular. Pero de ningún modo es necesario que existan dos disciplinas. La psicología puede tratar ambos tipos de temas. Su posición se habrá afianzado al ampliarse su horizonte. El individuo ha llegado a ocupar un lugar dentro del horizonte de la psicología y lo ha ocupado para quedarse. Para estudiarlo han de adaptarse los métodos antiguos y han de crearse otros nuevos, tan exactos como el objeto lo permita.

²⁶ E. Azam: *Le caractère dans la santé et dans la maladie*. 1887, p. VI.

Si hay psicólogos que frente a este creciente movimiento siguen declarando que el estudio del individuo no es ni será nunca una parte de la ciencia, lo que hay que hacer es dejarlos solos con sus ideas. El estudio psicológico de la individualidad está siendo emprendido con profunda seriedad; ninguna ciega lealtad a un ideal anacrónico puede impedir que se lleve a cabo. Se lo puede llamar ciencia o no, según nuestras preferencias. Mucho antes de que naciera la psicología, y de que la ciencia natural alcanzara su posición predominante, existió un antiguo significado de la *Scientia*. No prescribía ningún método; no establecía límite alguno: significaba simplemente *conocimiento*.

CAPÍTULO II

HACIA UNA DEFINICION DE LA PERSONALIDAD

Pero la palabra persona ha rodado y ha dado saltos sorprendentes, chocando a derecha e izquierda, sugiriendo nuevos pensamientos, provocando nubes de controversias y ocupando siempre hasta el presente un lugar prominente en todas las discusiones teológicas y filosóficas; sin embargo pocos de los que la usan saben cómo ha llegado al lugar que ocupa.

F. MAX MÜLLER

EN EL CAPÍTULO anterior el término *individualidad* fue usado para indicar el carácter separado y único de cada ser humano. Pero el mero carácter de separado y de único no es lo que interesa fundamentalmente al psicólogo. Las avispas y los ratones, los árboles y las piedras poseen esta distinción elemental. Además de ese carácter de separado y único, un ser humano muestra una individualidad psicológica, una organización sorprendentemente compleja que comprende sus hábitos distintivos de pensamiento y expresión, sus actitudes, sus rasgos e intereses y su propia filosofía peculiar de la vida. Es precisamente la multilateral individualidad psico-física total, llamada comúnmente personalidad, lo que preocupa la atención del psicólogo.¹

El término personalidad expresa admirablemente ese interés del psicólogo y sin embargo representa un peligro si se lo emplea sin tener plena conciencia de sus muchos significados. Como es notablemente elástica, rara vez se recusa su uso en cualquier contexto. Libros y periódicos la incluyen en sus títulos sin otra razón aparente que su sonido, su carácter atractivo

¹ El problema de si los animales tienen o no personalidad en el sentido psicológico probablemente debe recibir una respuesta afirmativa, porque los animales, al igual que los seres humanos, manifiestan individualidad en sus pautas de hábito y expresión. Véase F. Schwangart: *Jahrbuch der Charakterologie*, 1928, 5, 101-140; también T. Schjelderup-Ebbe en *A Handbook of Social Psychology*, cap. XX; D. Katz: *Characterology and Animal Psychology*, Univ. Maine Stud., 1930, N° 14, pp. 2-59. Sin embargo la individualidad de los animales inferiores es demasiado rudimentaria para servir como tipo primitivo de la personalidad humana y por esta razón no se la considerará en este volumen.

y su interés permanente. Tanto el escritor como el lector se pierden en su vaguedad ineficaz y todo resulta confundido por la depreciación constante de la palabra en manos de periodistas, consejeros de belleza y cuenteros que ofrecen su oro falso al grito de "progrese por sí mismo".

"Personalidad" es una de las palabras más abstractas de nuestra lengua y como toda palabra abstracta que sufre un uso excesivo², su extensión es muy amplia y su comprensión insignificante. Casi ninguna palabra es más versátil.

"Tomemos una palabra como persona. Nada puede ser más abstracto. No es masculina ni femenina, ni joven ni vieja. Como sustantivo es apenas más que «ser» como verbo. En francés hasta puede llegar a significar nadie. Pues si preguntamos a nuestra *conciérge* en París si alguien nos ha llamado durante nuestra ausencia, nos contestará: "Personne, monsieur," lo que significa "Nadie, señor".³

La única forma de revitalizar un concepto tan desgastado es reconstruir su historia. No hay ninguna definición de personalidad que sea la única correcta: el uso ha consagrado demasiadas. Algunos de los significados son psicológicos, otros no lo son. La primera tarea consiste en distinguir entre éstos y aquéllos. La segunda es seleccionar de entre las definiciones psicológicas útiles una que sea la que mejor se adecue al fenómeno que se considera en este volumen.

Probablemente no haya ninguna palabra que ofrezca mayor interés para los filólogos. El exponer en unas pocas páginas el fruto de tantas investigaciones filológicas es una empresa azarosa, pero la única alternativa posible es omitir por completo las distintas concepciones históricas y hacer de ese modo que la psicología actual de la personalidad quede aislada de la historia del pensamiento humano, práctica ésta muy común pero sin embargo indeseable.

Los términos *personality* en inglés, *personnalité* en francés y *Persönlichkeit* en alemán tienen un parecido muy cercano con la *personalitas* del latín medieval. En latín clásico sólo se usaba *persona*, pero sus significados son en muchos aspectos tan equivalentes a los de los términos modernos que nuestro bosquejo histórico puede comenzar con la *persona* clásica.

ETIMOLOGÍA Y PRIMEROS USOS DE "PERSONA"

Originalmente *persona* era la denominación de la máscara teatral usada en un comienzo en el drama griego y adoptada alrededor de un siglo

² Thorndike incluye la palabra personalidad en el octavo centenar de términos ingleses ordenados en orden de frecuencia. E. L. Thorndike: *The Teacher's Word Book*, 1921.

³ F. Max Müller: *Biographies of Words*, 1888, págs. 32 y sigs.

antes de Cristo por los actores romanos. (La leyenda sostiene que la importación la realizó un actor romano con el fin de esconder su desdichada mirada bizca.) La designación griega de la máscara era *prosopon*, palabra que tiene una vaga semejanza con *persona*. Algunas autoridades consideran que el término latino es un derivado directo del griego.⁴ Los críticos de esta teoría señalan la improbabilidad de una alteración tan marcada en la forma de la palabra. Para evitar esta dificultad otros filólogos adoptan la teoría de que *persona* deriva de *peri sóma* (alrededor del cuerpo) mientras que otros sostienen que se originó en *persum* (cabeza o rostro) palabra etrusca y del latín antiguo.⁵ Algunos retrotraen su origen al latín *per se una* (una o completa por sí misma).⁶ Pero el antecedente de *persona* al que otorgan su favor la mayoría de las autoridades es la expresión latina *per sonare* (sonar a través de).⁷ De acuerdo con esta teoría el término hacía referencia a la amplia boca de la máscara o quizá a un tubo que tenía dentro para proyectar la voz del actor. Los que sostienen este punto de vista admiten que desde el comienzo mismo, *persona*, por un cambio metonímico, se refería no tanto a los aspectos vocales de la máscara como a sus propiedades visuales.

Cualesquiera hayan sido los antecedentes de la palabra *persona*, ningún filólogo niega que en un momento dado designaba la máscara teatral. Pero el drama y la vida, el actor y su papel, el carácter real y el representado están demasiado íntimamente relacionados para que la confusión no se produzca. En rápida sucesión, sin salir de la época clásica, una serie de extensiones y transformaciones tuvo lugar hasta convertir este nombre concreto en un nombre abstracto y de múltiples significados. En los escritos de Cicerón (106-43 a.C.), probablemente no mucho después de que la palabra apareciera por primera vez, se pueden encontrar al menos cuatro significados distintos de *persona*:⁸

⁴ Véase H. Rheinfelder: "Das Wort «Persona»" *Zsch. f. roman. Philol.*, 1928, Suplemento 77, p. 22 y sigs.

⁵ Estas diversas teorías pueden ser cómodamente estudiadas en las obras citadas de Rheinfelder y Müller.

⁶ Si bien esta derivación es generalmente rechazada, es interesante observar el acento que pone sobre la naturaleza *unitaria* de la persona. Cf. S. Schlossmann: *Persona und Π πρόσωπον im Recht und im christlichen Dogma*, 1906, p. 13, nota al pie.

⁷ Entre los escritores que aceptan esta derivación se cuentan A. Trendelenburg. "Zur Geschichte des Wortes Person", *Kantstudien*, 1908, 13, pp. 4 y sigs.; Müller: op. cit.; J. B. Greenough y G. L. Kittredge: *Words and Their Ways in English Speech*, 1902, p. 268.

Sólo hay una objeción importante a esta teoría; se trata de un conflicto de cantidad vocálica. En *per sonare* la o es corta, mientras que en *persona* se vuelve larga. Semejante alteración en la cantidad de las vocales radicales es algo raro aunque, como lo señala Müller, no es desconocida.

⁸ Cf. Müller, op. cit., pp. 38 y sig.

- (a) lo que uno aparece ante los otros (pero no lo que uno es realmente);
- (b) el papel que alguno (p. ej. un filósofo) desempeña en la vida;
- (c) un conjunto de cualidades personales que capacitan a un hombre para su trabajo;
- (d) distinción y dignidad (tal como en un estilo literario).

El primer significado tiene, evidentemente, el significado original de la máscara; el segundo sugiere la idea de posición real y no la mera si-

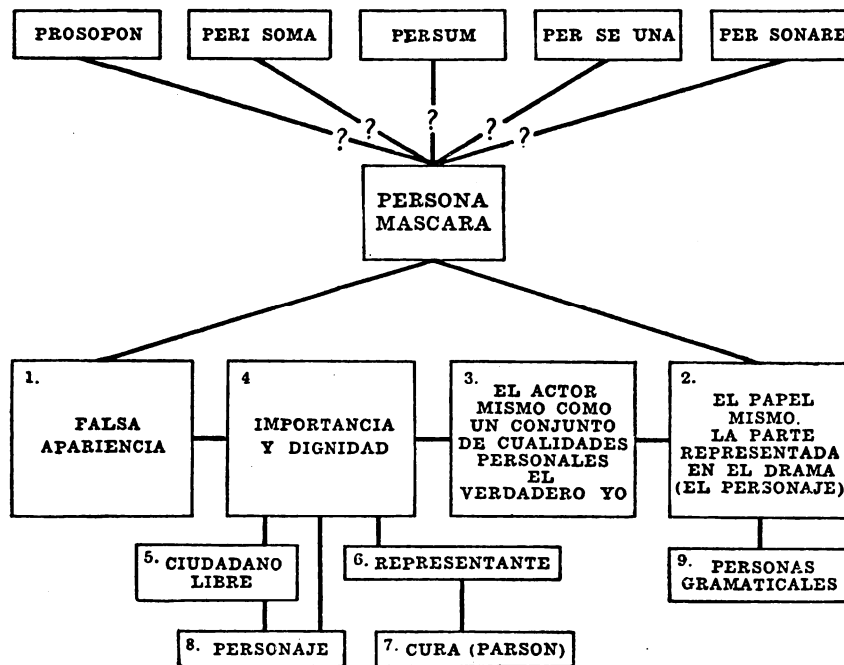


FIGURA 3

Etimología y primeros usos de *persona*

mulación; el tercero se refiere a las cualidades psíquicas internas del actor mismo y el último significado connota importancia y prestigio. Este sentido de prestigio fue transferido al término derivado *personaje*.

Estas primeras transformaciones están esquematizadas en la figura 3. A partir de *persona* como máscara, están reproducidos y numerados los cuatro primeros significados derivados. Cada uno sirve como punto de irradiación del cual parten posteriores cambios semánticos. A partir de ellos se pueden derivar los cincuenta tipos de definición enumerados en este capítulo. Casi todas esas definiciones están todavía hoy en uso y son

corrientes como significados aceptados de persona o personalidad. No pretendemos afirmar que las líneas de conexión que aquí trazaremos son históricamente correctas en todos sus detalles. Lo que queremos hacer es un mapa de relaciones semánticas más que una exacta cronología del cambio.

La primera extensión lógica de *persona* como máscara se refiere entonces a

la apariencia exterior (no el verdadero yo). (1)

El adjetivo *personatus* significa provisto de una máscara o que tiene puesta una máscara. A diferencia de *persona*, nunca toma el significado de verdadero yo. Era siempre algo ficticio, simulado, una afectación. Ese significado se mantiene hoy en día en la doctrina de la "persona" de Jung y en algunas definiciones populares de la personalidad.

La segunda raíz semántica tiene el sentido de

carácter o papel que el actor asume en el drama. (2)

En alemán se dice a veces *Er hat seine Person gut gespielt*. Este significado se mantiene también en la expresión todavía corriente *dramatis personae*. Sin embargo el espectador de teatro de nuestros días no sabe a ciencia cierta si las *personae* son los nombres que aparecen en la columna de la derecha o en la columna de la izquierda de su programa; no sabe si corresponden a los papeles de la obra o a los nombres personales de los actores o a ambas cosas. Esta confusión era posible también en la antigua Roma, porque muchas veces *persona* se refería al actor mismo considerado como

un individuo que poseía cualidades personales distintivas. (3)

Este significado, de la mayor importancia en el desarrollo de las definiciones psicológicas, corresponde al tercer uso, que se encuentra en los escritos de Cicerón.

El cuarto derivado, que también se encuentra en Cicerón, tiene el significado de

prestigio y dignidad. (4)

Este significado encontró un campo propicio dentro del sistema romano de castas en el cual algunos individuos tenían derechos y obligaciones legales y otros no. Entonces *persona* fue usado para indicar

el ciudadano nacido libre (en contraste con el esclavo). (5)

Ya en latín clásico el término llegó a significar

un representante (el que representa a un grupo o institución), (6)

de donde surge la expresión latina *persona grata*. Posteriormente, el representante de una iglesia tomó en inglés el nombre de

parson (anglo-sajón *persoun*). (7)

Las personas importantes, dotadas de prestigio y dignidad (4) llegaron a ser conocidas como

personajes. (8)

Para citar un ejemplo de nuestros días podríamos mencionar a la familia McPherson, cuyo apellido deriva del conjunto de significados enumerados en las definiciones (5), (6), (7) y (8).

El gramático latino Varrón creó muy pronto una nueva línea semántica al hablar de personas en gramática.

Estas definiciones, al igual que las que siguen, pueden ser ordenadas de acuerdo con su posición en un continuum de significados que va del modo de ser exterior (falso, similar a una máscara) al yo interno (verdadero). Esta referencia doble y contradictoria es la característica sobresaliente del término *persona* y también del término contemporáneo *personalidad*. *Personalidad denota aquello que es simulado, falso, que no es esencial y al mismo tiempo denota lo que es vital, interior y esencial*. Más adelante discutiremos cuál es el significado que el psicólogo deberá elegir.

SIGNIFICADOS TEOLÓGICOS

La elección que hicieron ciertos Padres de la Iglesia del término *persona* para designar

los Miembros de la Trinidad (10)

promovió un notable avance de la equivalencia entre *persona* y el yo interior (verdadero). Muchos escritores han hecho especulaciones acerca de la notable transformación de una palabra que originariamente denotaba un modo de ser *simulado* y llegó a tener el significado *opuesto* de naturaleza interior, de sustancia y aun de esencia.⁹

Hacia el siglo III d. C. los elementos de la Trinidad fueron designados como *Personae*. En un comienzo parecía haber en esto un peligro de error herético: ¿*persona* no significaba apariencia variable, actitud propia de una máscara? Una deidad que asume tres papeles alternativos,

⁹ Cf. Webb: *God and Personality*, 1919, p. ej. p. 20 y p. 36; A. Trendelenburg; op. cit., p. 12, R. Hirzel: "Die Person", *Sitz. d. kön. Bayer Akad. d. Wissenschaften*, 1914, 10, p. 53; P. Carus: *Personality*, 1911, p. 18; H. Rheinfelder: op. cit., p. 165.

¿no se vería forzada a abandonar dos mientras está representando el tercero? El hecho de que esta herejía no se produjera se debió sin duda a la connotación flexible del término que hacía posible *pensar* en una sustancia mientras se estaba *hablando* de máscaras; efectivamente la deidad subsistía en tres Personas, pero las tres compartían la misma esencia. Aunque de este modo la cuestión quedó arreglada en forma satisfactoria para los Padres de la Iglesia, los teólogos posteriores continuaron discutiendo durante largo tiempo la paradoja de la diversa apariencia y la sustancia única.¹⁰

SIGNIFICADOS FILOSÓFICOS

Al asociar el concepto de persona con la esencia verdadera, los primeros teólogos ayudaron a preparar el camino para la celebrada definición que dio Boecio en el siglo vi:

Persona est substantia individua rationalis naturae (11)

Dando por sentada la naturaleza sustancial de la persona, Boecio le agrega el atributo de la racionalidad, dando así el impulso inicial a una larga serie de posteriores definiciones filosóficas de la personalidad.

La definición dada por Boecio resultó satisfactoria virtualmente para todos los filósofos de la Edad Media. Santo Tomás de Aquino exaltó la persona por encima de toda otra realidad que se pudiera observar en la naturaleza; pensaba que nada era superior en dignidad a los seres que poseen una individualidad racional.¹¹ El cultivo de la personalidad no fue explícitamente recomendado en la ética medieval, pero en tanto se debía vivir una vida racional resultaba claramente que el desarrollo de la personalidad era un bien.¹² De este modo el énfasis que antes correspondía a la creencia de Aristóteles de que el individuo existía para el bien de la especie se desplazó en tal forma que pasó a acentuarse el respeto por la integridad y el valor del individuo. Esta tendencia alcanzó su culminación en la última época del romanticismo y en la ética personalista.

¹⁰ Cf. S. Schlossmann: op. cit.

¹¹ Respecto del lugar de la personalidad en la filosofía escolástica del valor véase E. Gilson: "Le personnalisme chrétien", cap. X de *L'esprit de la philosophie médiévale*, 1932. [Hay trad. cast.: *El espíritu de la filosofía medieval*, Buenos Aires, Emecé, 1952.]

¹² En latín clásico sólo se empleaban los términos *persona*, *personalis* (adj.) y *personaliter* (adv.). El sustantivo *personalitas* no se encuentra antes del latín medieval (Rheinfelder, op. cit., p. 155 y sigs.). Los nombres basados en una raíz adjetiva y formados de este modo tenían como característica el aumentar algo su carácter abstracto. No obstante, la diferencia de significado entre *personalitas* y *persona* no debe ser exagerada. La diferencia en la forma no corresponde a un cambio de significado igualmente marcado.

Christian Wolff acentuó como criterio fundamental distintivo de la persona

la autoconciencia y la memoria.¹³ (12)

Esta idea no es muy diferente de la de Leibniz, quien definió la persona como una

sustancia dotada de inteligencia.¹⁴ (13)

Locke acentuó más aún el atributo de la autoconciencia.¹⁵ Para Locke una persona es

un ser pensante, inteligente, que tiene razón y reflexión y puede considerarse a sí mismo como siendo un sí mismo. (14)

En época más reciente Windelband ha reforzado esta definición. La personalidad es

individualidad que se ha vuelto objetiva para sí misma. (15)

Los diversos individuos poseen esta capacidad en diversos grados, de modo que un hombre puede poseer más personalidad que otro.¹⁶

Rickert vuelve a la concepción puramente metafísica de la personalidad como esencia.¹⁷ La verdadera personalidad es en gran medida

el centro indivisible y los procesos de alteración sólo tienen lugar en la periferia. (16)

Ya que estas definiciones filosóficas, con sus diversos énfasis sobre la racionalidad, la autoconciencia y el núcleo subjetivo del ser de un hombre, no pueden diferenciarse de otras concepciones paralelas del yo, algunos escritores establecen explícitamente una equivalencia entre la personalidad y la

yoidad.¹⁸ (17)

En el siglo XIX Coleridge usó el término *personality* como equivalente de yoidad, pero la palabra no arraigó.

Otras definiciones filosóficas consideran la personalidad como algo ético más que metafísico. Por ejemplo, hay escritores que la consideran el atributo perfecto e ideal del ser, nunca alcanzado plenamente por la

¹³ "Persona dicitur ens, quod memoriam sui conservat, hoc est, meminit, se esse idem illud ens quod ante in hoc vel isto fuit stato." *Psychologia rationalis*, 1734, sec. 741, p. 660.

¹⁴ G. W. Leibniz: *Hauptschriften zur Grundlegung der Philosophie* (ed. por E. Cassirer), 1906, Vol. II, p. 184.

¹⁵ *An Essay Concerning Human Understanding*, Libro II, cap. XXVII, sec. 9.

¹⁶ W. Windelband: *An Introduction to Philosophy*, trad. de 1921, p. 281.

¹⁷ H. Rickert: *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, 3ª ed., 1921, p. 237.

¹⁸ Cf. Roberta Crutcher: *Personality and Reason*, 1931, p. 75.

especie humana. Para Lotze, por ejemplo, la personalidad es

el ideal de perfección (18)

alcanzado sólo por Dios, pero al que se acercan en diversos grados los hombres.¹⁹ Esta idea es similar a la de Webb: la personalidad es "sugerida por aquello que encontramos en los hombres", pero que sólo está "imperfectamente realizado en ellos".²⁰ También un psicólogo, William Stern, ha sostenido que la personalidad plenamente conformada es aquello que los hombres pretenden lograr pero nunca alcanzan por completo.²¹ La importancia de esta doctrina reside en el énfasis que pone sobre el crecimiento y desarrollo continuos de todas las características personales. La personalidad siempre está esforzándose por obtener una mayor plenitud, que esté de acuerdo con sus propios ideales. Este punto de vista puede ser expresado diciendo que

la persona está formada por ideales no alcanzados. (19)

La concepción de la personalidad como ideal es exaltada más aún en el romanticismo.²² Goethe, por ejemplo, miraba la personalidad como el

valor supremo.²³ (20)

Al igual que Goethe, Nietzsche y Wilhelm von Humboldt, que hablaron a menudo de personalidad, no aceptaban que el hombre sacrificara su yo íntegro y pleno a una parte cualquiera de su naturaleza.

Una expresión algo más sosegada de la ética de la integridad personal se encuentra en Kant. "Todo lo que hay en la creación, excepto una cosa, está sujeto al poder del hombre y puede ser usado por el hombre como un medio para un fin; pero el hombre mismo, el hombre criatura racional, es un fin en sí mismo. Es el sujeto de la ley moral y es sagrado en virtud de la autonomía de su libertad individual..."

La personalidad exhibe palpablemente ante nuestros

ojos corporales la sublimidad de nuestra naturaleza."²⁴ (21)

¹⁹ H. Lotze: *Microcosmos*, 4ª ed. 1897, p. 682.

²⁰ Webb: op. cit., p. 21.

²¹ William Stern: *Die menschliche Persönlichkeit*, 1923, p. 20.

²² Para una exposición al respecto véase T. J. McCormack: "Personality. A Study in the History of Verbal Meanings" *Ment. Hygiene*, 1931, 15, 3:44.

²³ "Volk und Knecht und Überwinder,
Sie gestehn zu jeder Zeit:
Höchstes Glück der Erdenkinder
Sei nur die Persönlichkeit."

West-östlicher Divan, Buch Suleika.

²⁴ *Kritik der praktischen Vernunft*, Kant's *Gesammelte Schriften*, Vol. V. (Reimer Verlag), 1908, p. 87.

La llamada ética de la auto-realización, al atribuir al desarrollo de la personalidad individual un valor superior al que podría tener cualquier otro objetivo, muestra un claro origen kantiano. Una definición bastará para ilustrar ese enfoque. "La personalidad es

aquella cualidad de todo hombre que lo hace valioso,
independientemente de todos los usos a que pueda ser
destinado por sus prójimos."²⁵ (22)

Comúnmente se considera que la ética kantiana es también el punto de partida de las doctrinas personalistas. Algunas de éstas toman un giro voluntarista. Así, Hetherington y Muirhead definen la personalidad como

"aquella forma de individualidad... que es posibilitada por la posesión de mente y voluntad. Ser una persona es ser uno e indivisible, pero esa unidad no se alcanza por la supresión de los instintos, del temperamento y de las capacidades naturales, sino que es algo que se logra en tanto estos datos naturales son penetrados por un espíritu común — el poder de liberarse no de ellos sino en ellos".²⁶ (23)

Las filosofías personalistas concuerdan en que a.— la personalidad es el valor supremo, b.— las personas deben ser distinguidas metafísicamente de las cosas y c.— la experiencia subjetiva es la corte suprema de apelación psicológica.— De acuerdo con Bowne la "personalidad nunca puede ser construida con un producto o un compuesto; sólo se puede tener experiencia de ella como de un hecho."²⁷

"El sentido esencial de la personalidad es la yoidad, la autoconciencia, el autocontrol y el poder de conocer. Estos elementos no tienen ningún significado corporal."²⁸ (24)

En contraste con esto, Stern, aunque personalista, no niega significación corporal a la personalidad sino que declara que la persona es "psicofísicamente neutral" y que es

una unidad dinámica multiforme.²⁹ (25)

La posición personalista tiene importancia para la psicología en tanto

²⁵ M. F. Adler en *Essays in Honor of John Dewey*, 1929, p. 8.

La ética de la auto-realización se encuentra expuesta en James Seth: *A Study of Ethical Principles*, ed. rev., 1904; J. Dewey y J. H. Tufts: *Ethics*, 1908; R. C. Cabot: *The Meaning of Right and Wrong*, 1933.

²⁶ H. I. W. Hetherington y J. H. Muirhead: *Social Purpose*, 1918, p. 104.

²⁷ B. P. Bowne: *Personalism*, 1908, p. 264.

²⁸ Ibid. p. 266.

²⁹ W. Stern: *Die menschliche Persönlichkeit*, p. 4.

centra la atención en la organización de la vida mental individual; pero su significación se vuelve metapsicológica cuando trata instituciones, naciones o a Dios, por ejemplo, como "personas". Este realismo super-individual es ilustrado por la doctrina de Kant según la cual

"Una persona es un ser racional con derechos; si también tiene deberes, es un hombre; si no, es un Dios." ³⁰ (26)

Estas diversas concepciones filosóficas de la personalidad pueden enriquecer considerablemente la perspectiva del psicólogo, si bien en muchos casos se extienden mucho más allá de la esfera profesional de éste. En particular las definiciones (11), (12), (14), (19) y (25) sugieren los atributos de racionalidad, autoconciencia, esfuerzo conativo y unicidad absoluta, que seguramente han de encontrar lugar en el pensamiento del psicólogo. Con las concepciones éticas y metafísicas tenemos menos que hacer. La figura 4 esquematiza la extensión del significado de personalidad en manos de los teólogos y filósofos. Tenemos que repetir aquí que las líneas de conexión que aparecen en el diagrama no representan necesariamente corrientes históricas de influencia, sino que sirven sobre todo para llamar la atención sobre las semejanzas y extensiones de sentido.

SIGNIFICADOS JURÍDICOS

Según estableció Justiniano, un esclavo no era una persona. A los esclavos se los tenía por a-personales. Sólo hombres que habían nacido libres tenían la dignidad de la persona; véase definición (5). Contra esta discriminación social elevaron su protesta los moralistas cristianos. Todo hombre, insistían, es una persona. Si bien luego admitió esta exigencia moral, la concepción jurídica de la persona comenzó con el código romano. Dado que, de acuerdo con el código, sólo los ciudadanos libres de nacimiento podían ser sujeto de derechos y requerir los privilegios y la protección de la ley, resultaba que una persona era

todo individuo que gozaba de estado legal. (27)

Con el tiempo las posesiones materiales del individuo, sujetas también a la ley, llegaron a ser conocidas en inglés como su *personalty*, o sea sus bienes personales.

Alcanzada la época moderna, en los países civilizados todos los individuos pudieron requerir la protección de la ley y entonces la concepción legal corriente de la naturaleza de la persona se amplió, mostrando claramente la influencia de la doctrina moral cristiana: en la actualidad es

³⁰ C. C. J. Webb: *Kant's Philosophy of Religion*, 1926, p. 181 y sig.

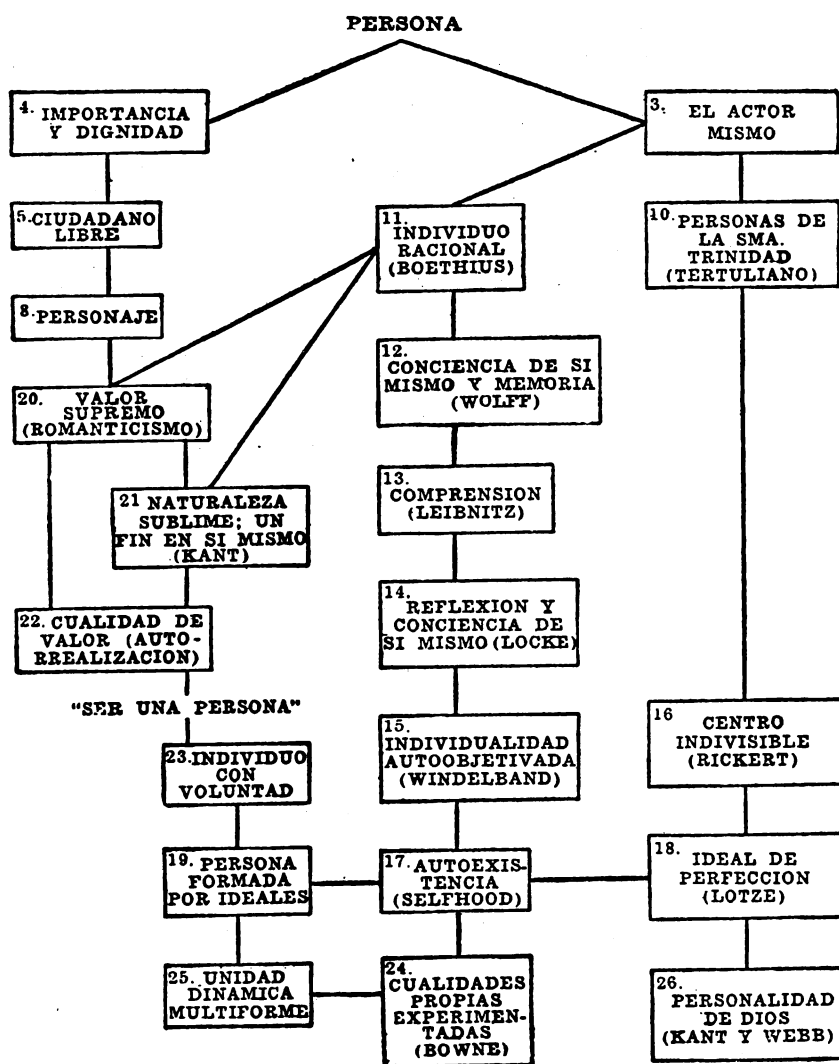


FIGURA 4

Algunas interrelaciones de los significados filosóficos de personalidad

persona legal "todo ser dotado de vida, inteligencia, voluntad y existencia individual separada, que como tal se distingue de un animal irracional y de una cosa inanimada; un ser humano, que posee cuerpo y mente; un individuo de la raza humana; una persona viva, compuesta de cuerpo

y espíritu; un hombre, una mujer o un niño; un agente moral; un ser consciente de sí mismo; el hombre total.”³¹ Esta amplia definición hace que la persona resulte equivalente al

ser humano vivo en su totalidad. (28)

En el curso de su desarrollo la ley llegó a abarcar no sólo los derechos y deberes de los seres humanos individuales, sino también de grupos completos de gente, de “corporaciones”. Surgió entonces la concepción de que una persona podía ser

un grupo corporado de individuos. (29)

Es verdad que un grupo tal es denominado “persona artificial”³², si bien hay quien afirma que los grupos corporados son suficientemente “reales” desde el punto de vista filosófico.³³

En estrecha relación con esta concepción jurídica de la “persona-grupo” se encuentran muchas de las doctrinas sobre la mente del grupo que aparecen en la filosofía idealista. Una cita de Royce puede servirnos de ilustración:

“Una comunidad unida genuina y lealmente, que vive una vida coherente es, en un sentido perfectamente literal, una persona.”³⁴ (30)

En una frase que dijo Nicholas Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia, en uno de sus discursos y que luego fue reproducida por un periódico, se encuentra una afirmación similar: “Toda nación es una personalidad moral dotada de mente, corazón y espíritu.” Las definiciones de este tipo extienden el concepto de personalidad mucho más allá de la unidad orgánico-individual de la cual quiere ocuparse el psicólogo. Sin embargo es necesario señalar estas definiciones trans-individuales porque sirven de base para las muchas concepciones sociológicas a las que a continuación hemos de pasar revista. Las precedentes definiciones jurídicas y las definiciones sociológicas que siguen están esquematizadas en la figura 5.

³¹ *Corpus Juris* (ed. por W. Mack y D. J. Kiser), 1929, Vol. 48, sec. 1, p. 1037 y sig.

³² Beals define una corporación como una “persona artificial, creada por la ley como entidad independiente de la persona o personas naturales que la componen y dotada por la ley que la crea del poder de actuar como tal persona independiente”. J. H. Beals: *The Law of Foreign Corporations*, 1904, p. 240.

³³ Cf. F. Hallis: *Corporate Personality*, 1930, p. 240.

³⁴ De una carta a Mary W. Calkins publicada en *Papers in Honor of Josiah Royce*, 1916, p. 67.

SIGNIFICADOS SOCIOLÓGICOS

Según la definición (28) persona puede significar simplemente ser humano individual. Cuando preguntamos, por ejemplo: ¿cuántas personas había? sólo pretendemos averiguar cuántos seres humanos estaban presentes en el lugar de que se trata. En este sentido persona significa entonces "unidad de masa" humana. Más particularmente, desde que la palabra personalidad entró en uso (en inglés en el siglo xiv) el término persona quedó libre de este uso simple. Extrañamente, como lo señaló Max Müller (pág. 42), en francés el mismo término no hace referencia a un ser humano individual sino también a

ningún ser humano. (31)

Éste es sin duda un caso de lo que los filólogos llaman "condensación".

El fenómeno se ha producido porque en la expresión *ne personne* el *ne* se pierde fonéticamente.

Muchas veces se pone el acento sobre la parte física del yo, tal como en las expresiones "sufrir menoscabo personal" o "exponerse personalmente". Hay que tener en cuenta, entonces, una definición en que se atiende al

yo corporal. (32)

Una variante de la misma definición acentúa especialmente la *presencia* física, como en la frase "aparecerá él en persona". En otra época esta expresión parecía redundante, pero lo es menos hoy, en tiempos del cine y de la radio en que es posible la aparición parcial o la aparición que *no* es en persona.

Entre la definición (28) —el ser humano individual— y una inversión de la definición (4) —importancia y dignidad— se ha producido una curiosa amalgama. El resultado es

una expresión de desprecio (33)

tal como en la frase "¡Qué persona!" En este caso parecería como si un individuo fuera apenas humano; si es en última instancia una persona, seguramente está privado de la dignidad y el valor que una verdadera personalidad poseería.

Al igual que persona, el término *personalidad* también tiene una connotación de menosprecio, tal como en la expresión "No caiga en personalidades." Pues personalidad significa también "alusión ofensiva a una persona" que se dice cuando se desea interrumpir a quien enuncia una calumnia o una acusación. Este significado se encuentra frecuentemente en la literatura inglesa del siglo xviii. Podría ser definido como aquello

que revela cualidades ajenas que ofenden el buen gusto. (34)

Teniendo siempre presente la definición (28) vemos que los sociólogos, como piensan siempre en la sociedad, miran la persona no sólo como un ser individual, sino, usando la expresión de Eubank ³⁵, como la partícula final del grupo humano. (35)

Es característico de todas las definiciones sociológicas de la personalidad el negar al individuo el atributo de la autosuficiencia. De un modo u otro la personalidad siempre resulta ser un reflejo o algo dependiente de la base social. Una afirmación sucinta y típica dice que la personalidad es

el aspecto subjetivo de la cultura. (36)

Esta idea, expresada por Faris ³⁶ y otros, pasa completamente por alto el papel desempeñado por los determinantes biológicos (inteligencia, temperamento y herencia física) y considera que todo se reduce a la subjetivización de las costumbres y tradiciones sociales en una vida humana individual. Evidentemente ésta es una perspectiva unilateral.

Hay otras definiciones sociológicas más equilibradas; en verdad algunas son intrincadamente sintéticas: la siguiente definición de E. W. Burgess es un ejemplo.³⁷

La personalidad es la integración de todos los rasgos que determinan el papel y el status de la persona en la sociedad. La personalidad podría definirse, por lo tanto, como la eficacia social. (37)

Esta definición parece contener residuos de todos los usos ciceronianos originales.

LA APARIENCIA EXTERIOR (DEFINICIONES BIOSOCIALES)

Las definiciones de la personalidad en función de la apariencia exterior del hombre, esto es, en base a su "valor de estímulo" para los otros son tan corrientes como inconvenientes. Tienen sin duda la virtud de la fidelidad etimológica, puesto que entre todos los diversos tipos de definiciones son los que más cerca están del significado original de *máscara* como

imitación o simulación engañosa. (38)

Cicerón, en una de sus obras, preguntaba: "¿Por qué he de andar como una *persona*?" — esto es, ¿por qué iba él a adquirir una apariencia extraña

³⁵ E. E. Eubank: "The concept of the Person", *Sociol. & Soc. Res.*, 1927, 12, p. 363.

³⁶ E. Faris: "The Concept of Social Attitudes", *J. Appl. Sociol.*, 1925, 9, 404-409.

³⁷ Contenido en *Proc. of the Second Colloquium on Personality Investigation* (Johns Hopkins University Press), 1930, p. 149.

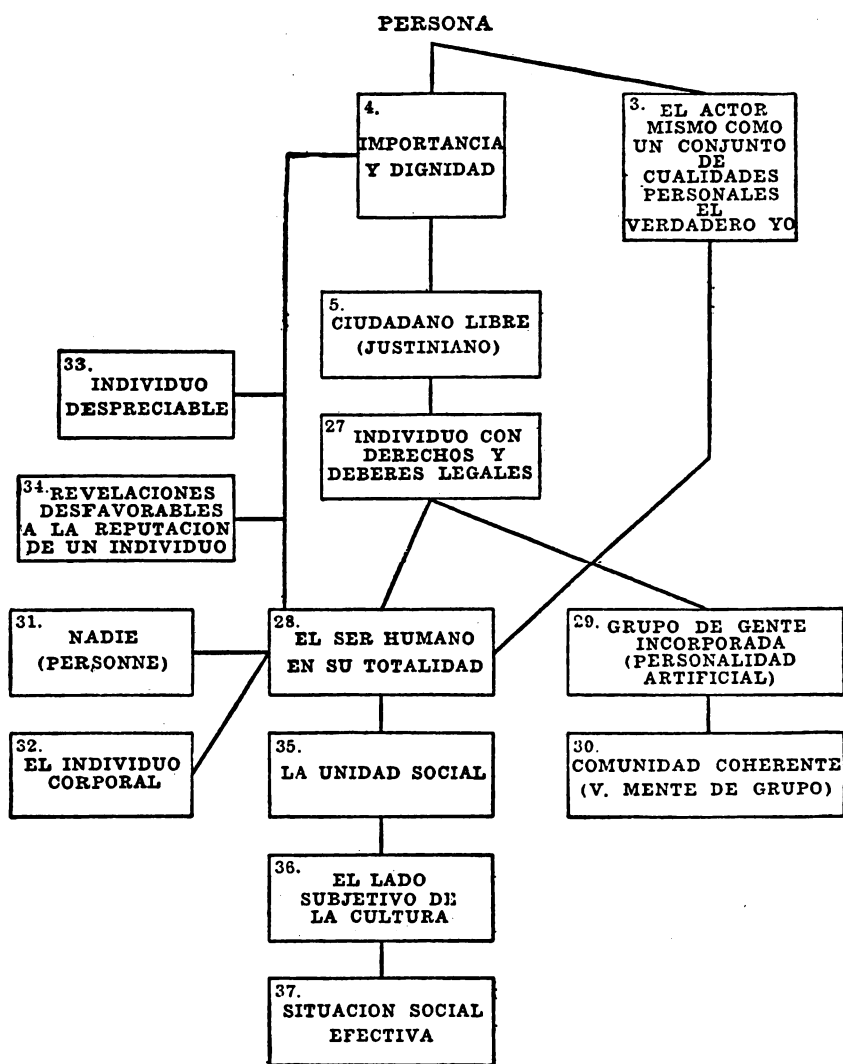


FIGURA 5

Significados jurídicos y sociológicos

a su naturaleza, pretendiendo ser lo que no era? Ya hemos señalado que *persona* no sólo significa lo que un hombre *es* (3) sino también precisamente lo opuesto: ¡lo que *no es* (1)! Esta ambigüedad nunca fue superada; ni siquiera en las definiciones modernas de la personalidad. En

latín disminuía algo en ciertos contextos gracias a la adopción del participio derivado *personatus* que tenía exclusivamente el sentido de *falsa apariencia*. En inglés existe el verbo "*to personate*"; más comúnmente "*to impersonate*". Entre nosotros se usa personificar o sea "desempeñar el papel de."

En la actualidad, en la vida de todos los días es necesario enmascarar el verdadero yo para presentar al mundo una apariencia aceptable. Para designar esta práctica corriente de llevar una máscara convencional, Jung ha conservado en su sistema de psicología el término original, esto es, *persona*, al que define como

"una máscara de la mente colectiva, una máscara que disfraza la individualidad... un papel de actor recitado por la mente colectiva".³⁸ (39)

Muchas de las definiciones populares de *personalidad* son del mismo tipo que la definición jungiana de la *persona*, y precisamente en este punto surge la confusión: ¿es la personalidad un sistema sólidamente organizado de rasgos y sentimientos o es la máscara que un *poseur* presenta a un mundo crítico? ¿Es el *moi profond et essentiel* de Bergson o es el *moi superficiel*?

Para el lenguaje coloquial, influido por los ídolos del teatro y del mercado, personalidad equivale a encanto, a "ese no sé qué", al

atractivo superficial. (40)

Una propaganda de cosméticos proclama que un cierto lápiz de labios conferirá "personalidad" a quien lo use. ¡En este caso la personalidad ni siquiera alcanza la profundidad de la piel!⁴⁰

Las definiciones populares tienen dos serios defectos. En primer término, sólo atienden a alguna porción de la intrincada estructura de la vida personal. En general se refieren a la vitalidad, a la expansividad o la expresividad del individuo. En segundo lugar, invariablemente consideran la personalidad sólo en función de su influencia sobre los otros y nunca atienden a su organización interior o subjetiva.

Esta segunda deficiencia se encuentra frecuentemente en los escritos de psicólogos que adoptan la perspectiva *biosocial* de la personalidad. La perspectiva biosocial está en agudo contraste con la concepción *biofísica* expuesta en este volumen, según la cual la personalidad, considerada desde el punto de vista psicológico, es lo que un individuo es, sin que

³⁸ C. G. Jung: *Die Beziehungen zwischen dem Ich und dem Unbewussten*, 1928, p. 64. [Hay ed. cast.: *El yo y lo inconsciente*, Barcelona, Miracle, 1936.]

³⁹ H. Bergson: *Essai sur les données immédiates de la conscience*, 19^a ed., 1920, pp. 97-106.

⁴⁰ Para una discusión de las definiciones populares véase A. A. Roback: *Personality, the Crux of Social Intercourse*, 1931, cap. 1.

interese tener en cuenta la manera en que los otros perciben o valoran sus cualidades.

Dos definiciones nos servirán como ejemplo de la concepción biosocial. Una considera que la personalidad consiste en aquellos "hábitos o acciones que influyen con éxito sobre los otros."⁴¹ De acuerdo con esta limitada definición los planes secretos, las frustraciones, las penas y aspiraciones privadas que nunca llegan a tener eficacia social no son partes de la personalidad. Otra definición habla del "efecto total ejercido por un individuo sobre la sociedad."⁴² Estas ideas negarían personalidad al eremita solitario o a Robinson Crusoe (al menos antes de la llegada de Viernes). Promoverían también una peligrosa distinción entre "más" y "menos" personalidad, puesto que es evidente que los individuos tienen diversos grados de eficacia social. Una estrella de cine, vista en la pantalla por millones de personas, tendría incomparablemente "más" personalidad que el complejo poeta torturado que vive en la obscuridad de una buhardilla. La concepción biofísica, por el contrario, sostendría que cualquier ser humano tiene "tanta" personalidad como otro ser humano. La eficacia de una vida es, sin duda, un problema (mejor tratado en psicología social), pero de ningún modo es un criterio de la existencia de la personalidad. Un habitante solitario de una isla desierta, desconocido para todos los mortales, tiene una personalidad completa (e intensamente interesante).

Las ideas biosociales están muy bien resumidas en la definición propuesta por May. De acuerdo con él la personalidad de un hombre es su valor de estímulo social. (41)

"La personalidad de un individuo se define por las respuestas que provoca en los otros."⁴³

En favor de esta concepción se argumenta a veces que nuestras personalidades sólo son conocidas a través de los juicios de los demás. Debemos ser tal como aparecemos a los otros, porque en verdad no hay otro criterio para juzgar nuestras naturalezas. La personalidad de un hombre es lo que los otros piensan de él; en resumen, es su reputación.

Si este razonamiento fuera correcto, con igual razón se podría decir que un pez, un árbol o una estrella sólo pueden ser definidos de acuerdo con su "valor de estímulo social", puesto que el científico llega a conocerlos a través de las propiedades susceptibles de actuar como estímulos, que esos objetos tienen. Con mucha frecuencia los filósofos han sostenido la misma idea al insistir en que la percepción del científico es en última instan-

⁴¹ E. G. Flemming: *J. Educ. Social.*, 1933, 7, p. 409.

⁴² H. C. Link: *The Return to Religion*, 1936, p. 89.

⁴³ M. A. May: "The Foundations of Personality", cap. IV de *Psychology at Work* (ed. por P. S. Achilles), 1932.

cia la prueba definitiva de existencia. Pero de ningún modo se puede afirmar que el científico *infiere* que el pez, los árboles y las estrellas existen fuera de su propia mente. Si a causa de errores de sus sentidos o de su juicio persistiera en ver el pez como una anguila, o en ver el árbol de un tamaño doble del que tiene o la estrella como una bola de queso, pese a todo

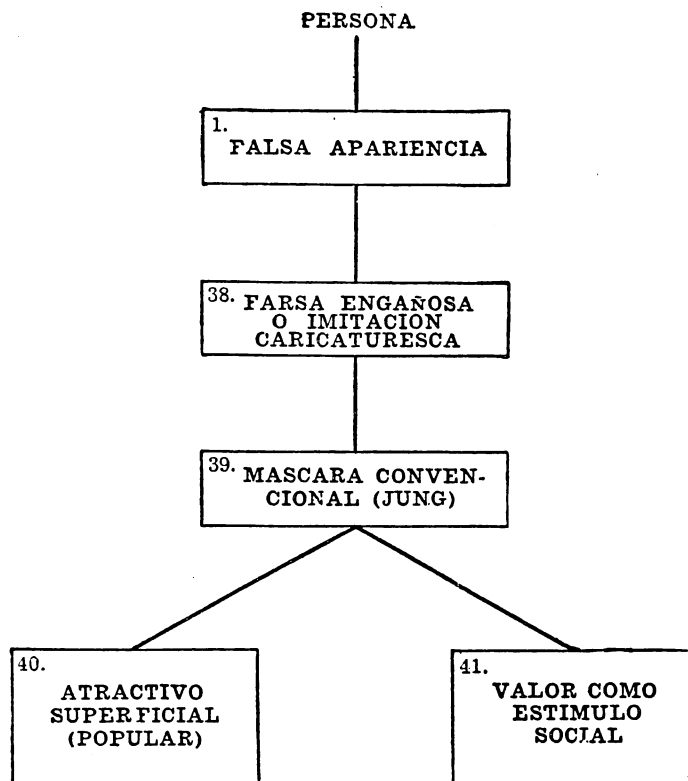


FIGURA 6

Definiciones biosociales (definiciones por la apariencia externa)

esto la naturaleza esencial de esos objetos no sufriría cambio alguno. Lo mismo ocurre con la personalidad. Nuestra única base para *conocer* a la gente son sus cualidades capaces de actuar como estímulos. Pero nuestros errores de juicio y percepción no cambian sus personalidades, del mismo modo que una estrella no se convierte en una comida porque sea percibida erróneamente por un científico con afición por el queso. Si se nos objeta que el criterio de la verdad es siempre social, que el mayor acuerdo entre el mayor número es la única prueba posible, la respuesta adecuada es recordar que lo que vale para las *estrellas* vale también para la personalidad.

La personalidad es un hecho tan objetivo como cualquier otro hecho de la naturaleza; no hay ninguna razón especial para aislarlo y hacerlo objeto de la definición biosocial.

Por ello no es útil para el psicólogo suponer que la personalidad es meramente una impresión que un individuo hace sobre los otros. A menos que el investigador se acerque a la personalidad tan directamente como lo haría en el caso de cualquier otro suceso objetivo, quedará enredado en las consideraciones de reputación, rumor, habladurías, evaluaciones erróneas y eficacia social. Si la concepción biosocial fuera llevada hasta su conclusión lógica no sería necesario estudiar las percepciones, reacciones, prejuicios e intereses de la personalidad en cuestión, sino más bien las percepciones, reacciones, prejuicios e intereses de cualquier otra persona de su círculo social.⁴⁴

SIGNIFICADOS PSICOLÓGICOS

Ya en la época clásica *persona* tiene el significado de *un conjunto de cualidades personales* (3). En inglés, alrededor del siglo xvii este uso estaba firmemente establecido. Es esta tradición, más que ninguna otra, lo que constituye la base de todas las definiciones biofísicas corrientes de la personalidad. No contiene ninguna referencia al drama, a la simulación o a la mera reputación. Representan, sin embargo, un concepto amplio que permite que el acento se cargue en muy diversos puntos. En verdad es raro encontrar un psicólogo que acepte la definición de otro, aun en el caso de que ambos estén de acuerdo en que la personalidad es un hecho biofísico. Pese a la multiplicidad de definiciones, es posible clasificarlas en cinco clases básicas.⁴⁵

1. *Definiciones aditivas.* Quizá el tipo más común de definición es el que comienza con la frase: "la personalidad es la suma de..." En lugar de "suma" a veces encontramos expresiones igualmente extrañas como "compuesto", "agregado", "conjunto", "cúmulo" o "constelación". Ejemplos típicos son: "la suma de las reacciones de un individuo en todas las situa-

⁴⁴ Advirtiéndola paradoja contenida en esta posición, May complementa su concepción biosocial afirmando que esa perspectiva "no niega el aspecto reaccional, pero insiste en que el aspecto del estímulo sea incluido en el cuadro" y agrega que "un holgado 90 %" de las investigaciones se ocupan de la personalidad como un hecho objetivo, esto es, que "toman el punto de vista de la reacción" (op. cit., p. 84 y sigs.). Parecería entonces que la posición biofísica adoptada en este libro es aceptable no sólo para la mayoría de los psicólogos sino también, en parte, para el mismo profesor May.

⁴⁵ Para un tratamiento algo más completo de estas cinco clases véase G. W. Allport y P. E. Vernon: "The Field of Personality", *Psychol. Bull.*, 1930, 27, pp. 681-687.

ciones que encuentra”⁴⁶; o “una constelación de los siguientes conjuntos estructurados de hechos —reacciones somáticas, ensueños autísticos, pensamiento adaptativo y orientaciones objetales.”⁴⁷ Una de las definiciones aditivas más conocidas es la de Prince:

“La personalidad es la suma de todas las disposiciones, impulsos, tendencias, apetitos e instintos biológicos innatos del individuo más las disposiciones y tendencias adquiridas por la experiencia.”⁴⁸ (42)

La confusión que resulta de esta idea de la personalidad como un vehículo cargado desordenadamente hasta el tope con todo tipo de bagajes puede verse en la definición de Menninger, que parece casi irónica. Dice Menninger: “Sin duda el término personalidad se usa para describir casi todas las cosas, desde los atributos del espíritu hasta los de un nuevo talco. Nosotros lo usaremos para designar al individuo total, con su altura y su peso y sus amores y odios y su presión sanguínea y sus reflejos; sus sonrisas y esperanzas y sus piernas arqueadas y sus amígdalas hinchadas. Comprende todo lo que alguien es y todo lo que está tratando de llegar a ser.”⁴⁹

Estas definiciones aditivas no rinden absolutamente ningún servicio a la ciencia. Son poco consistentes y descuidadas y en el mejor de los casos sólo definen por enumeración. Omiten el fenómeno más sobresaliente de toda vida mental, esto es, la presencia de la *organización ordenada*. El mero catálogo de ingredientes define la personalidad tanto como el alfabeto define la poesía lírica.

2. *Definiciones integrativas configuracionales.* En contraste con las definiciones aditivas esta segunda clase acentúa la *organización de los atributos personales*. Una formulación simple de este tipo es la de Warren y Carmichael:⁵⁰

la organización total de un ser humano en cualquier estadio de su desarrollo. (43)

Una definición más compleja que también hace recaer primariamente el énfasis sobre la organización pero que pone además un acento secundario sobre el carácter distintivo y único que posee la personalidad, es la de MacCurdy.⁵¹

⁴⁶ L. G. Lowrey en *Proc. Second Colloquium on Personality Investigation*, 1930, p. 151.

⁴⁷ H. D. Laswell, *ibid.*, p. 151.

⁴⁸ Morton Prince: *The Unconscious*, 2ª ed., 1924, p. 532.

⁴⁹ K. Menninger: *The Human Mind*, 1930, p. 21.

⁵⁰ H. C. Warren y L. Carmichael: *Elements of Human Psychology*, 1930, p. 338.

⁵¹ J. T. MacCurdy: *Common Principles in Psychology and Physiology*, 1928, p. 263.

una integración de pautas (intereses) que otorga una dirección individual peculiar a la conducta del organismo. (44)

Una definición similar es la de A. Gessell: "la superpauta persistente que expresa la integridad y la individualidad conductal característica del organismo."⁵²

3. *Definiciones jerárquicas.* Estas definiciones se caracterizan por la demarcación de varios niveles de integración u organización y habitualmente se sirven de la imagen de un coronamiento o yo íntimo que domina la pirámide de la vida personal y es su centro. El prototipo de las concepciones de esta clase se puede encontrar en la clásica teoría de James de los cuatro niveles del yo.⁵³ El yo es esencialmente la personalidad "vista desde dentro". (La preferencia de James por el yo no era extraña en la época introspectiva en que él escribía. Sólo empleó el término *personalidad* al referirse a los fenómenos de disociación, histeria y personalidad múltiple popularizados por la escuela francesa.)⁵⁴

En primer término se da un *yo material*, que incluye el cuerpo, las posesiones y la familia del individuo y los amigos por los que tiene aprecio. Luego existe un *yo social*, determinado por el reconocimiento que el sujeto obtiene de los que lo rodean. Respecto de este nivel James hizo su famosa afirmación según la cual un hombre "tiene tantos yos sociales como grupos de personas existan cuya opinión le interese."⁵⁵ Como si sintiera que con esto acababa de desmembrar peligrosamente la personalidad, James pasó rápido al tercer nivel, el *yo espiritual*, que unifica hasta donde es posible las tendencias discordantes del hombre. Ciertos sistemas filosóficos requieren un cuarto nivel, el *yo puro* (el conocedor, el yo de los yos), pero según James ese nivel no se puede distinguir del tercero. Con este esquema jerárquico como modelo muchos autores han tratado la personalidad en forma similar: MacDougall, por ejemplo, y también Bridges, Heider, Blondel, Martin y muchos otros.⁵⁶ Todos ellos presentan su concepción en términos de

niveles o estratos de disposiciones, acompañados habitualmente por un principio unificador o integrador que ocupa la "cúspide". (45)

4. *Definiciones en términos de ajuste.* Los biólogos y los conductistas se inclinan a ver la personalidad como un fenómeno de la evolución, como

⁵² En *Proc. Second Colloquium on Personality Investigation*, 1930, p. 149.

⁵³ William James: *Principles of Psychology*, 1890, Vol. I, cap. X. [Hay trad. cast.: *Principios de psicología*.]

⁵⁴ Cf. Th. Ribot: *The Diseases of Personality*, 2ª ed., trad. de 1895.

⁵⁵ Op. cit., p. 294.

⁵⁶ Véase G. W. Allport y P. E. Vernon, *Psychol. Bull.*, 1930, 27, p. 684.

un modo de supervivencia. Según ellos la personalidad es el "organismo-total-en-acción". Este punto de vista es desarrollado plenamente por Kempf⁵⁷ cuya concepción, en esencia, sostiene que la personalidad es

la integración de aquellos sistemas de hábitos que representan los ajustes al medio característicos de un individuo. (46)

Hay en esta concepción tanto de manifiestamente verdadero e importante que hemos de discutirla en detalle en los capítulos IV y V.

5. *Definiciones basadas en la distintividad.* Schoen afirma que "si todos los miembros de un grupo social actuaran igual, pensarán igual y sintieran igual, la personalidad no existiría", y propone entonces la siguiente definición:

"La personalidad es el sistema organizado, el todo en funcionamiento o la unidad de hábitos, disposiciones y sentimientos que caracterizan a un miembro de un grupo como diferente de cualquier otro miembro del mismo grupo." ⁵⁸ (47)

Similar a ésta es la definición de Wheeler, según la cual la personalidad es "esa estructura o equilibrio particular de reacciones individuales que distinguen a un individuo de otro." ⁵⁹

Con este sentido de distintividad la palabra recibió tempranamente un uso algo singular por parte de Mitchel, quien la aplicó a un órgano *aislado*. En el curso de un estudio sobre el viejo problema de la "ecuación personal", es decir de las diferencias individuales en el tiempo de reacción, se refirió a la "absoluta personalidad del ojo." ⁶⁰

Otra variante de las definiciones de este tipo es la de Woodworth. ⁶¹ Este autor cree que todo acto del individuo está *coloreado* por la personalidad. La personalidad no es sustantiva sino que es *adverbial*; es el estilo de vida. "La personalidad no está ligada a ningún tipo particular de actividad, tal como hablar, recordar, pensar o amar, sino que un individuo puede revelar su personalidad

en el modo en que hace alguna de estas cosas." (48)

Las definiciones psicológicas que hemos considerado hasta aquí están

⁵⁷ E. J. Kempf: "The Autonomic Functions and the Personality", *Nerv. and Ment. Dis. Monog.*, 1921, N° 28.

⁵⁸ M. Schoen: *Human Nature*, 1930, p. 397.

⁵⁹ R. H. Wheeler: *The Science of Psychology*, 1929, p. 34.

⁶⁰ Cf. E. G. Boring: *A History of Experimental Psychology*, 1929, p. 140.

⁶¹ R. S. Woodworth: *Psychology*, 1929, p. 553.

esquematisadas en la figura 7, que sirve también como punto de referencia para la definición (50) presentada como guía para el autor y el lector de este volumen.

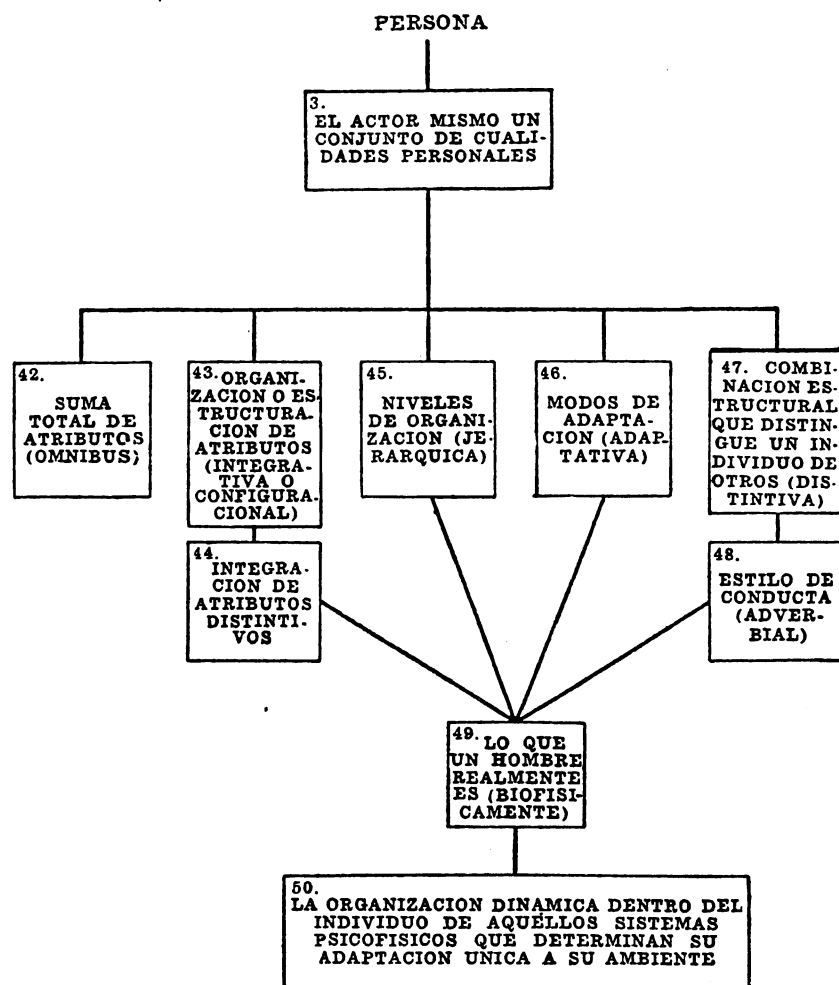


FIGURA 7
Significados psicológicos

UNA DEFINICIÓN PARA ESTE LIBRO

¿Qué podemos concluir de este largo examen del uso pasado y presente dado a este término? Como ninguna definición de un término es incorrecta si está basada en el uso, resulta evidente que nadie, ni el teólogo ni el

filósofo, el jurista, el sociólogo, el hombre de la calle o el psicólogo, pueden monopolizar la "personalidad". Sin duda, algunas definiciones parecen ser más útiles para el psicólogo que otras. Las formulaciones biosociales que atienden a la reputación social o al encanto superficial (40) y (41) resultan totalmente inutilizables. La distinción entre la reputación (eficacia social) y la verdadera personalidad será observada rígidamente en este libro. Las definiciones aditivas (42) también deben ser rechazadas. Más útiles son las concepciones que describen la personalidad como una *sólida organización* de las disposiciones y los sentimientos. Asimismo tienen valor las definiciones que se refieren al *estilo de vida*, a los *modos de adaptación* al ambiente, al *crecimiento y desarrollo progresivos* y a la *distintividad*.

¿No podríamos decir simplemente que, desde el punto de vista psicológico, la personalidad es

lo que un hombre realmente es? (49)

Esta concisa expresión enuncia la posición biofísica esencial y es bastante aceptable en principio. Sin embargo, en la forma que le hemos dado es demasiado breve y vaga. La siguiente amplificación parece servir mejor al fin perseguido:

LA PERSONALIDAD ES LA ORGANIZACIÓN DINÁMICA, DENTRO DEL INDIVIDUO,
DE AQUELLOS SISTEMAS PSICOFÍSICOS QUE DETERMINAN SUS AJUSTES
ÚNICOS A SU AMBIENTE (50)

Esta formulación contiene los gérmenes de las clases jerárquica, integrativa, adaptativa y distintiva de definición, que antes hemos examinado. En cierto sentido representa, por lo tanto, *una síntesis del uso psicológico contemporáneo*. Pero cada parte de la definición ha sido incluida por una razón particular y estas razones deben ser puestas en claro si se quiere que la definición sea entendida correctamente.

Organización dinámica. Para evitar las estériles enumeraciones de las definiciones aditivas es necesario acentuar la organización activa. El problema crucial de la psicología ha sido siempre la organización mental (asociación). Ése es también el problema fundamental de que se ocupa este libro. De ahí que el término organización deba aparecer en la definición. Pero esta organización debe ser considerada como algo en constante desarrollo y cambio, que es motivacional y se autorregula; de ahí la calificación de "dinámica". Cuando se habla de organización hay que pensar también en el proceso correlativo de *desorganización* que a veces sobreviene, en especial en aquellas personalidades que acostumbramos considerar "anormales".

Sistemas psicofísicos. Los hábitos, las actitudes específicas y generales, los sentimientos y las disposiciones de otros órdenes son todos sistemas psicofísicos. En capítulos posteriores estas disposiciones serán integradas dentro de una teoría de los rasgos. El término "sistema" hace referencia a rasgos o grupos de rasgos en estado activo o latente. El término "psicofísicos" nos

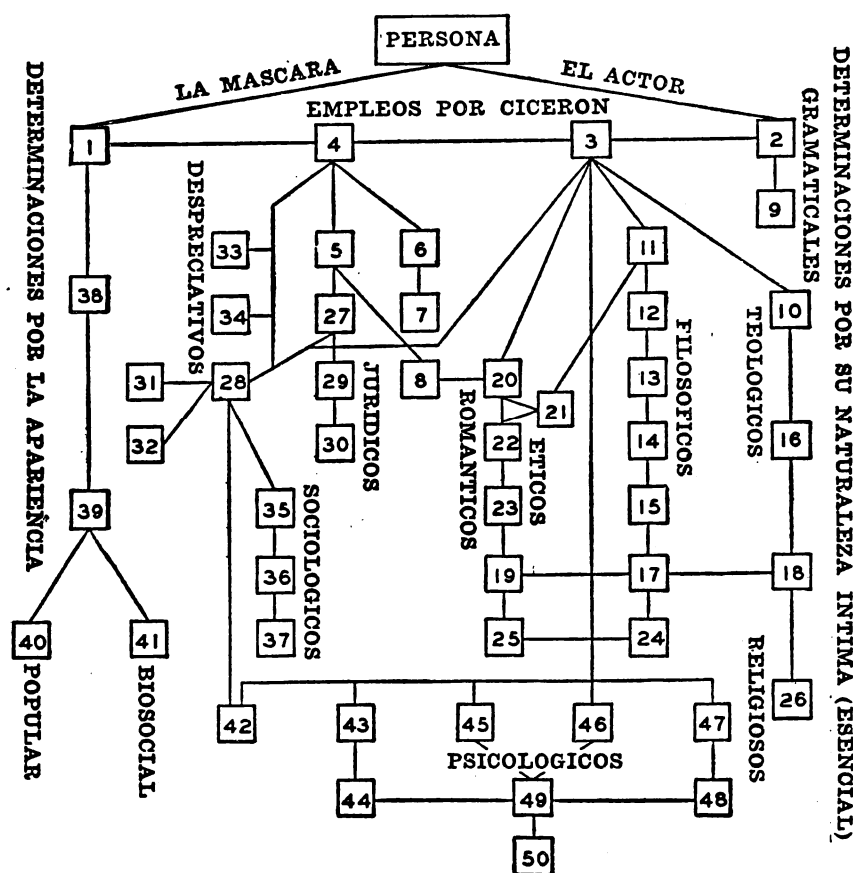


FIGURA 8

Visión sumaria de las definiciones de la personalidad

hace presente que la personalidad no es exclusivamente mental ni exclusivamente neural. La organización reúne la actividad del cuerpo y de la mente, que se dan inextricablemente unidas en una unidad personal.

Determina. Este término es una consecuencia natural de la concepción biofísica. La personalidad *es* algo y *hace* algo. No es un sinónimo de conducta o actividad; de ningún modo es meramente la impresión que esa

actividad hace en otros. Es lo que está *por detrás* de los actos específicos y *dentro* del individuo. Los sistemas que constituyen la personalidad son en todo sentido *tendencias determinantes*, y cuando son excitadas por estímulos adecuados provocan aquellos actos de ajuste y expresivos por los cuales la personalidad se vuelve observable.

Únicos. En rigor todo ajuste de una persona es único, en el tiempo y el espacio y en cualidad. En cierto sentido, por lo tanto, este criterio parece redundante. Pero, sin embargo, adquiere importancia en nuestras discusiones posteriores sobre el problema de la variación *cuantitativa* que se da entre los individuos respecto de los rasgos llamados "comunes" (véase capítulo XI); por esa razón acentuamos este atributo en la definición.

Ajustes a su ambiente. Esta frase tiene un significado funcional evolutivo. La personalidad es una forma de supervivencia. El término "ajustes", sin embargo, debe ser interpretado de modo suficientemente amplio como para que incluya las inadaptaciones, y "ambiente" ha de incluir tanto el ambiente conductal (significativo para el individuo) como el ambiente geográfico circundante.

Por sobre todo, el ajuste no debe ser considerado como la mera adaptación reactiva, tal como la que pueden ejercer los animales y las plantas. Los ajustes del hombre contienen una gran medida de conducta espontánea y creativa respecto del ambiente. El ajuste al mundo físico, al igual que el ajuste al mundo imaginativo o ideal —factores ambos dentro del "ambiente conductal"—, exige *dominio* y no sólo adaptación pasiva.

RESUMEN FINAL

En la figura 8 establecemos, empleando números, las relaciones que existen entre las cincuenta definiciones típicas contenidas en este capítulo. Las líneas de unión —hemos de repetir esto una vez más— representan sólo relaciones de sentido y no siempre corresponden a secuencias históricas. El lector observará que en general las definiciones más "exteriores", más superficiales, quedan a la izquierda, y las más "internas", más metafísicas, a la derecha. La definición a la que adherirá este libro (50) representa la convergencia de muchas direcciones de cambio semántico. Es posiblemente todo lo central y sintética en su significado que puede ser una sola definición. Representa la destilación de gran parte del pensamiento especulativo del pasado y de gran parte de la investigación científica de tiempos recientes.

EL CARÁCTER

Carácter es un término que a menudo se usa como sinónimo de personalidad. Su historia es igualmente larga y casi tan intrincada como la que

acabamos de trazar. En el uso que Teofrasto hacía de ella poseía en gran parte la misma significación adverbial que Woodworth adscribió a la personalidad. El carácter era para él la "estampa" del individuo, su estilo de vida, en tanto éste es determinado por su rasgo dominante (véase pág. 73 y sigs.). No hay ninguna razón histórica para que este término no sea usado como un equivalente de personalidad, tal como de hecho ocurre a menudo. Pero en la psicología moderna hay dos líneas divergentes de significados otorgados al término carácter y ambas le dan un sentido independiente. De ese modo se debilita la práctica de emplear ambos términos como equivalentes.⁶²

Muchos autores identifican el carácter con alguna fase especial de la personalidad y lo convierten de ese modo en una subdivisión del todo. Así, por ejemplo, se dice que la personalidad puede ser considerada igual a la inteligencia más el carácter⁶³, o a inteligencia, temperamento y carácter⁶⁴. Como la personalidad nunca es un fenómeno aditivo, ese tipo de enunciaciones no sirven para caracterizar ni la personalidad ni el carácter.

Cuando el carácter es considerado como una subdivisión de la personalidad casi siempre es identificado con alguna forma de voluntad; así, se dice que es "el grado de organización éticamente eficaz de todas las fuerzas del individuo"⁶⁵ o "una disposición psicofísica permanente a inhibir los impulsos de acuerdo con un principio regulador."⁶⁶ Esta idea se encuentra en gran número de autores; para todos ellos el carácter es el aspecto de la personalidad que engendra estabilidad y que permite que se confíe en el individuo, que hace posible el esfuerzo sostenido frente a obstáculos o trabaja para cumplir fines remotos en lugar de dejarse llevar por los que están más cerca en el tiempo, pero son de menor valor. Éste es el sentido sancionado no sólo por muchos psicólogos sino también por la iglesia, por educadores y también por el sentido común.

Con el debido respeto al predominio de este uso, resulta necesario, sin embargo, poner en duda hasta qué punto es correcto y adecuado separar la facultad volicional del resto de la personalidad. Las actividades en las que actúa la "voluntad" enanan de los más complejos sistemas de la personalidad y no de algún área especial que pudiera ser llamada arbitrariamente

⁶² Para diversos significados de carácter véase L. Klages: *The Science of Character*, trad. 1929, pág. 38 y sigs. [Versión cast.: *Los fundamentos de la caracterología*, B. Aires, Paidós, 1960.] W. McDougall: "Of the Words Character and Personality", *Char. and Pers.*, 1932, I, pp. 3-16; también J. B. Watson: *Psychology from the Standpoint of a Behaviorist*, 1919, p. 392, nota al pie.

⁶³ G. G. Fernald: *J. Abnorm Psychol.*, 1920, 15, p. 1.

⁶⁴ E. Kahn: *Psychopathic Personalities*, 1931, p. 32.

⁶⁵ W. S. Taylor: *J. Abnorm. and Social Psychol.*, 1926, 21, p. 86.

⁶⁶ A. A. Roback: *The Psychology of Character*, 1927, p. 450.

carácter. Cuando un hombre muestra tener "carácter" resistiendo una tentación o cuando se dice que el fin de la educación debe ser el "desarrollo del carácter", lo que en realidad se dice es que el hombre se ha comportado de un modo aprobado por las normas sociales y éticas predominantes, o que el niño debe ser educado para que se comporte de ese modo. El ejercicio de la "voluntad" es en cada caso un fenómeno de personalidad. *El carácter hace su aparición sólo cuando este esfuerzo personal es juzgado desde el punto de vista de algún código*. Si la conducta de un hombre pone de manifiesto una voluntad poderosa, eso quiere decir que la voluntad poderosa está en su personalidad; si la constancia, la inhibición, el respeto de sí mismo, el poder de "prolongar la antesala del deseo" o de "mantener a lo largo de toda la vida el motivo dominante escogido" caracterizan su conducta, eso quiere decir que esas capacidades son rasgos importantes de su personalidad. Cuando rotulamos con carácter una conducta de ese tipo, junto con la psicología estamos introduciendo las normas sociales.

En todos los campos se encuentra la confusión de la psicología con la ética. El profano pregunta al psicólogo: "¿cómo debo educar a mi hijo?" Y el psicólogo es suficientemente presuntuoso como para decírselo pese a que ningún psicólogo *qua* psicólogo puede decir cómo se debe educar a un chico. Lo más que puede hacer es exponer la naturaleza humana tal como es, y luego, *tras haber elegido un código moral*, descubrir medios de estímulo y preparación que permitan lograr el fin deseado. Impensadamente muchos psicólogos, en particular especialistas en higiene mental, posan de expertos en ética. ¿Acaso no hablan con seguridad sobre lo deseable que es el "ajuste mental"? Curiosamente, a menudo es el conductista, esto es el más "rígidamente científico" en lo tocante a sus ideales para la psicología, quien se introduce con menos cuidado dentro de la ética. El niño "debe" desarrollarse sin complejos ni conflictos; no "debe" tener miedos. Tal "dirección" de ningún modo es psicológica; es pura ética nacida de una aceptación acrítica del ideal normativo del "ajuste perfecto." Si el psicólogo no se guiara por este código particular (popularizado por la higiene mental) sino por una ética del perfeccionamiento, de la autorrealización o por una ética racionalista (para nombrar sólo unas pocas alternativas) tendría que cambiar completamente su consejo y sus prescripciones.

Por lo tanto, en lugar de definir el carácter como el aspecto volicional de la personalidad es más correcto admitir francamente que es un concepto ético. Sir John Adams escribe: "El carácter es la estimación moral del individuo, es una valoración." Si se lo define de este modo, carácter es un término que el psicólogo no necesita para nada; la personalidad le bastará. *El carácter es la personalidad valorada y la personalidad es el carácter privado de toda valoración*. Por ser entonces el concepto de carácter innecesario

para la psicología, el término no volverá a aparecer en este volumen, excepto en cita de otros autores o en un claro contexto histórico.⁶⁷

Los biólogos pueden todavía emplear el término con el significado de atributo distintivo, como por ejemplo en la frase "herencia de un carácter adquirido." Si no fuera por la desafortunada invasión de la psicología por la ética, este significado simple y antiguo podría utilizarse. Se podría hablar, por ejemplo, de los "caracteres de la personalidad", haciendo referencia de ese modo a tendencias determinantes distintivas. Si bien en la actualidad ese uso es lamentablemente imposible, la palabra *característica* todavía no ha sido arruinada y se puede usar en sus dos formas: como adjetivo y como sustantivo. Es una palabra admirable para expresar las notas estables de la individualidad y puede emplearse en psicología sin connotación ética. Es especialmente útil como término genérico para designar los hábitos, rasgos, actitudes e intereses en tanto son tendencias determinantes distintivas del individuo. Es curioso que el término *característica* haya conservado su significado original, utilizable en psicología, mientras que a su raíz se le agregó tan considerable monto de connotación ética.

EL TEMPERAMENTO

La doctrina clásica que adscribía las peculiaridades del temperamento a los humores del cuerpo ha persistido a lo largo de las épocas, de tal modo que el significado de este término ha variado muy poco. El término temperamento se incorporó al inglés en la Edad Media, con la doctrina de los humores. Esta doctrina suponía, y aún supone, la existencia de "un hábito o constitución de la mente, que depende especialmente de la constitución física o está conectado con ésta." En la actualidad en Norte América los autores que se ocupan de psicología ponen el acento sobre la base constitucional; para ellos el temperamento es el "clima interno" en el que se desarrolla la personalidad; es el clima subjetivo provisto por las dotes fisiológicas y cinéticas innatas. El uso del término en Gran Bretaña es algo diferente; allí se tiende a establecer una equivalencia entre temperamento y personalidad, como por ejemplo en la expresión "test de temperamento" (en lugar de "test de personalidad").

Se podría decir que el temperamento, al igual que la inteligencia y el físico, designa cierta clase de materia prima con la cual se elabora la personalidad. En rigor no existe el temperamento aparte de la personalidad, ni hay personalidad desprovista de temperamento. Simplemente es conveniente emplear este término cuando se habla de disposiciones que se mantienen

⁶⁷ En el capítulo que sigue, por ejemplo, resulta conveniente emplear el término *caracterología* en su sentido histórico amplio para referirse a la ciencia de las características de los hombres.

casi invariables desde la infancia a lo largo de toda la vida (disposiciones saturadas con una cualidad emocional constante, con una pauta peculiar de humor, vivacidad, intensidad o tono). Cuanto más arraigada en la base constitucional innata está una disposición, con más razón puede ser considerada como perteneciente al temperamento.

Es raro que alguien dude hoy en día, más raro todavía que entre los antiguos, de que el temperamento depende de algún modo de la constitución bioquímica. En trabajos cuyo tema central de estudio son las glándulas, la estructura física o la composición de la sangre (para nombrar sólo unos pocos campos populares de la ciencia contemporánea) a menudo se pretende estar investigando las bases biológicas de la *personalidad*. Sí, ése es el problema del cual tales trabajos se ocupan, pero sólo lo hacen indirectamente; en rigor y ante todo están investigando los correlatos físicos del *temperamento*. Rótulos como "Las glándulas que regulan la personalidad", "Bases biológicas de la personalidad", "Físico y carácter", corren el riesgo de la exageración. De estos títulos se desprende que los factores constitucionales son los únicos factores que es necesario considerar. El problema se clarificaría si los biólogos y los endocrinólogos renunciaran de una vez por todas al término *personalidad* y hablaran exclusivamente de temperamento. En este último campo de investigación es donde sus esfuerzos podrán unirse más directamente con los del psicólogo.

La definición de temperamento que damos a continuación concuerda con el uso psicológico corriente y satisface las exigencias de este libro. *El término temperamento designa los fenómenos característicos de la naturaleza emocional de un individuo, fenómenos entre los cuales se cuenta su susceptibilidad a la estimulación emocional, su intensidad y velocidad de respuesta habituales, la cualidad de su estado de ánimo predominante y todas las peculiaridades de fluctuación e intensidad de su estado de ánimo; todos estos fenómenos son considerados dependientes de su estructura constitucional y, por lo tanto, como de origen principalmente hereditario.*

CAPÍTULO III

BREVE HISTORIA DE LA CARACTEROLOGIA

EL TÉRMINO *caracterología*, tal como se lo emplea en este capítulo, designa los diversos esquemas propuestos en el pasado para explicar o describir formas de la individualidad humana. La palabra fue empleada por primera vez por J. Bahnsen en 1867.¹ Pese a su carácter relativamente reciente se aplica muy bien a las obras de todos los precursores de la moderna psicología de la personalidad.

El que cada ser humano sea único y distinto es algo que siempre ha causado asombro y comentarios y ha llevado a algunos de los más grandes pensadores, a lo largo de todos los tiempos, a observar el hecho y a hacer teorías al respecto. Como empleaban el lenguaje de la psicología precientífica, hoy algunas de sus formulaciones nos parecen literarias y anticuadas. Pero los esfuerzos que estamos haciendo en la actualidad son todavía bien vacilantes, y entonces ¿por qué habríamos de descartar, divertidos y condescendientes, estas venerables contribuciones?

En la *Psychology of Character* (1927) de A. A. Roback el lector encontrará una rica enumeración de las descripciones de tipos humanos hechas en el pasado y de los métodos, postulados, planes y proyectos aplicados al descubrimiento de los principios básicos del desarrollo y actividad de la personalidad.² Si bien no hay razón alguna para intentar otra historia completa nos encontramos con que de ese pasado emergen ciertos autores cuyas contribuciones deben conocer los lectores de este libro. Resulta conveniente clasificar estas figuras sobresalientes como representantes de seis escuelas distintas de pensamiento. Tres tienen sus fuentes en la Grecia

¹ La obra de Bahnsen, que comprende dos volúmenes, lleva el título de *Beiträge zur Charakterologie* y fue reimpresa en 1932. Para una discusión del término, véase W. Stern: *Differentielle Psychologie*, 3ª ed., p. 11 y E. Utitz, *Charakterologie*, 1925, p. 8.

² Asimismo se encontrará una tabla cronológica de los sucesos capitales de la historia de la caracterología en *A Bibliography of Character and Personality*, compilada por el mismo autor en 1927. Este volumen contiene también 3.000 referencias clasificadas a la literatura de ese campo. Una más breve historia de la caracterología es presentada por J. Jastrow en *Pop. Sci. Mo.*, 1915, 86, 590-615.

antigua: la *caracterología literaria*, la *psicología humoral* y la *fisiognómica*; tres son de origen moderno: la *frenología*, la *etología* y la *caracterología experimental*. Dentro de estos movimientos hemos de prestar especial atención a las contribuciones de valor perdurable y hemos de pasar rápidamente sobre sus desviaciones erróneas.

LA CARACTEROLOGÍA LITERARIA

La "etopeya", tal como se la llama técnicamente, es una forma literaria menor originada en Atenas. Algunos dicen que esa forma fue inventada por Aristóteles, y como prueba señalan la caracterización del hombre magnánimo que se encuentra en la *Ética a Nicómaco*. Otros sostienen que el creador de esa forma literaria fue Teofrasto, alumno de Aristóteles y sucesor de éste en el Liceo. Sea quien fuere el verdadero inventor, es verdad que las ágiles, brillantes, sueltas descripciones de tipos humanos que creó Teofrasto dieron a éste fama perdurable y constituyeron un modelo para innumerables imitadores durante dos mil años.

Un "carácter" que logra su objeto es una nota descriptiva que pinta tan adecuadamente a un tipo común de ser humano que éste es reconocido y apreciado por los lectores de todas las épocas y todos los países como una imagen simplificada pero esencialmente correcta. Las descripciones de individuos especiales no son caracteres, son retratos. En la realidad, los caracteres y los retratos a veces se superponen, y algunos retratos, notablemente los de La Bruyère, poseen tal universalidad de aplicación que coinciden con las producciones de Teofrasto. En rigor un carácter es un tipo, logrado por la acentuación de alguna disposición o rasgo dominante. Los 30 caracteres de Teofrasto siguen un rígido estilo de composición. Todos comienzan con una definición del rasgo dominante y continúan con ejemplos típicos de la actuación de este rasgo. Los muchos imitadores de Teofrasto se apartan en diversos grados de ese rígido formalismo, a veces tanto, que virtualmente llegan a separarse de la tradición de la etopeya.

Una peculiaridad de los caracteres de Teofrasto consiste en que todos presentan tipos de personalidad algo viciosos o al menos desagradables. Para explicar esto se pueden dar varias hipótesis: puede ser que encontrara al hombre bueno demasiado aburrido como para escribir sobre él, o que deseara mostrar a los atenienses su conducta baja y sórdida, o también que los 30 cuadros que han sobrevivido sean sólo una parte de los que escribió. El texto de la obra sufrió considerables interpolaciones bizantinas pero ha sido purificado, y en inglés existen varias buenas traducciones.³

³ R. C. Jebb: *The Characters of Theophrastus*, 1909; R. Aldington (ed. y trad.): *A Book of Characters*, E. P. Dutton and Co., 1925; C. E. Bennett y Wi-

Según la tradición bizantina, Teofrasto habría escrito sus caracteres a los 99 años de edad.⁴ No resulta difícil encontrar en las sutiles observaciones y en el lenguaje ágil de los cuadros razones para asignarlos a un escritor de edad venerable y rica experiencia. El ejemplo siguiente muestra el estilo que caracteriza a la etopeya en manos del maestro griego. Pese a estar escrito hace 2.200 años es aplicable a alguno de nuestros conocidos de hoy en día.

El Miserable

“La miseria es el hábito por el que se priva el hombre más de lo conveniente del gasto necesario. Miserable es el que pide en el mes aun medio óbolo correspondiente o caído del alquiler de una casa. El que comiendo a escote con otros, cuenta los vasos que bebe cada uno. El que separa en obsequio de Diana la menor presa entre todos los convidados. El que, comprándole a otro cualquiera cosa muy barata, dice que todo está carísimo. El que si su criado quiebra una olla o plato se lo descontará de la ración que le da; y si pierde su mujer una moneda que llega a cinco maravedíes, remudará todos los trastos, los colchones, las arcas y desdoblará (con inquietud) los tapices. Si vende alguna cosa, la da tan cara que no puede dejar utilidad al que la compra. No permitirá que ninguno coma un higo de su huerto, ni pase por su campo, ni que aun toque una aceituna ni una palma de las que están caídas en el suelo. Irá todos los días a registrar los mojones de sus tierras por ver si están en el sitio en que estaban. Es capaz de pedir las ganancias de un día que haya de más del término hasta que prestó, y aun la ganancia de la ganancia. Convidando a sus compatriotas a un convite, les arrimará la carne trinchada en pedazos muy menudos. Saldrá de su casa con designio de comprar que comer, y volverá sin haberse atrevido a comprar nada. Encargará mucho a su mujer que no preste sal, ni el candil, ni cominos, ni orégano, ni cebada, ni las coronas ni las navetas o inciensos para los sacrificios; antes por el contrario le dice: Esto poco, al cabo de un año es mucho. En suma, es cosa de ver las bolsas de estos tacaños mugrientas, y sus llaves tomadas de orín y cómo llevan las ropas mucho más cortas de lo que viene a su cuerpo, cuán pequeñas son las redomitas de ungüento con que se ungen, cómo se rapan hasta la carne viva, cómo se descalzan a media tarde, y molestan con sus

William A. Hammond: *The Characters of Theophrastus*, 1902; Francis Howell: *The Characters of Theophrastus*, 1824. (Los dos últimos tienen dibujos fisiognómicos.) [El pasaje citado más adelante es tomado por Allport de la trad. de Aldington. En esta edición nos hemos servido de la trad. de D. Ignacio López de Ayala contenida en el volumen *Obras de los Moralistas Griegos*, Biblioteca Clásica, t. CXVII, Libr. de la v. de Hernando e Hijos, Madrid, 1888.]

⁴ Pero según las autoridades modernas su vida transcurrió del 372 al 287 a.C.

instancias a los lavaderos para que den a su ropa mucho jabón o greda, y no sea necesario lavarla tan presto."

En todos los tiempos y en todos los lugares han existido miserables. La habilidad de Teofrasto consiste en su selección de esa índole de tipos universales, en su elección del incidente ilustrativo y en su economía de expresión. Por la adición de una pequeña muestra de conducta miserable tras otra ha ejemplificado el rasgo dominante y nos ha dado, al menos implícitamente, una teoría de la estructura de la personalidad. Resulta claro que para él la avaricia como rasgo personal es una fuerza dinámica y directiva y, como tal, un móvil central de la conducta. Es estable, predecible, consecuente y compulsivo. En el caso del miserable, diecinueve ejemplos de conducta ejemplifican el rasgo interno; parecen surgir directa e inequívocamente como manifestaciones motrices de una disposición interna; no son "hábitos específicos" sin relación entre sí, sino que constituyen un estilo de vida significativo y coherente que para ser entendido debe ser referido al *rasgo central*.

Tanto cuando está en sus negocios o en su hogar, como cuando está atendiendo a sus amigos o haciéndose la toilette, o cuando trata con su mujer, sus sirvientes, sus amigos, sus deudores, sus vecinos o su deidad, siempre el hombre está dominado por su naturaleza miserable. Su conducta no "depende de la situación" ni tampoco tiene este hombre "tantos yos sociales como individuos que lo reconocen". Es consecuentemente mezquino. Se puede predecir con confianza que en situaciones nuevas reaccionará del mismo modo. Y obsérvese bien esto: ese hombre no tenía meramente el "hábito" de llevar la túnica corta y además el hábito de examinar las señales de los límites de su propiedad y también el de ir al mercado sin gastar dinero. Cada una de estas actividades es simplemente una manifestación de un motivo *central*.

La persistencia de la teoría según la cual la personalidad es conocida de la mejor manera a través de su rasgo dominante se prolonga a lo largo de la extensa cadena de seguidores de Teofrasto. Una lista de los más eminentes autores de caracteres incluiría muchos nombres famosos en la historia de la literatura: John Earle, Samuel Butler, Ben Jonson, John Donne, Richard Steele, Joseph Addison, Samuel Johnson, Jean de la Bruyère, el Marqués de Vauvenargues y George Eliot. En Norte América hace poco se ha reanudado la tradición de la etopeya. Al intitular *Encaustics* (1926) [Encáusticos] a su libro de cuadros de caracteres, Stark Young ha hecho una admirable y deliberada traducción del χαρακτήρ de Teofrasto.

Si bien Jean de la Bruyère (1645-1696) se limitó a hacer retratos, éstos están tan universalizados que han llegado a ocupar un lugar entre los más grandes de los caracteres. Publicados originalmente como sátira de las maneras y personalidades de su época, estos cuadros son aplicables

a seres humanos de todos los tiempos y todos los lugares. Una ilustración mostrará cuánto menos formal que el de Teofrasto era su estilo y cómo prepara sus efectos sin nombrar explícitamente ningún rasgo dominante.

GITÓN

Gitón tiene el cutis fresco, la cara llena y las mejillas colgantes, la mirada fija y segura, los hombros anchos, alto el vientre, el andar firme y decidido. Habla con desenvoltura, hace repetir las frases a su interlocutor y no celebra sino a medias lo que éste le dice. Despliega un gran pañuelo y se suena ruidosamente; escupe bien lejos y estornuda bien fuerte; duerme de día, duerme de noche, y siempre profundamente; cuando está con otros, ronca. A la mesa y en el paseo ocupa más lugar que cualquier otro; cuando se pasea con sus iguales, ocupa siempre el medio, se detiene y los que van con él se detienen, reanuda la marcha y también los demás caminan, todos se rigen por él; interrumpe, corrige a los que están hablando; a él nadie lo interrumpe, se lo escucha durante tanto tiempo como quiera hablar, se adopta su opinión, se creen las noticias que relata. Si se sienta, lo veis hundirse en un sillón, cruzar las piernas, fruncir el ceño, bajarse el sombrero hasta los ojos para no ver a nadie, o levantarlo luego y descubrir su frente como muestra de orgullo y audacia. Es jovial, dado a la risa, impaciente, presuntuoso, colérico, libertino, político, misterioso respecto a los problemas del momento; cree poseer talento e ingenio; es rico.

En base a este cuadro, resulta difícil señalar el rasgo central de la naturaleza de Gitón y en verdad no hay por qué suponer que aquí aparece indicado un solo rasgo; si, en cambio, se pretende comprender a este hombre y reconocerlo entre nuestros conocidos, todo resulta muy fácil. Un peculiar *estilo de vida* penetra todas las actividades de Gitón. Evidentemente éste es extravertido, expansivo, dominador, vanidoso, egoísta y socialmente insensible; pero todos estos rasgos no son distintos móviles de su acción que actúan separadamente: confluyen en un *estilo* de expresión. La Bruyère no diseña un carácter sino que pone ante éste un espejo que lo refleja de cuerpo entero.

Hay otras características en este retrato que pueden interesar a la psicología moderna. Gitón tiene un físico que parece enteramente concordante con su temperamento⁵; también goza de seguridad económica, lo que aumenta su autosuficiencia. Al proporcionar estos dos datos que constituyen una información "explicativa" (genética), el autor acrecienta enormemente la comprensión de la personalidad de Gitón que el lector puede alcanzar. Teofrasto describía la pasión dominante. La Bruyère agrega a esto una pequeña cantidad de datos genotípicos y logra así un retrato más completo. Otra característica interesante es el trabajo selectivo del autor. Sin duda

⁵ La significación del físico picrosómico es discutida en la pág. 90.

Gitón tiene muchos aspectos contradictorios, muchos conjuntos de intereses y formas de conducta que en el retrato no se nos muestran. Pero todos los tipos tienen que ser simplificaciones; del mismo modo, todos los retratos que quieran simbolizar todo un conjunto de personalidades deben ser selectivos. Una pintura completa introduciría inevitablemente elementos únicos y sacrificaría su universalidad en aras del interés prestado al caso individual.

En consecuencia, la etopeya, con todas sus virtudes de brevedad y concisión y con toda la belleza de sus sonetos en prosa, es un medio limitado. En el mejor de los casos produce pinturas estilizadas y simplificadas de la naturaleza humana; cuadros universales por su significado, pero alejados, por eso mismo, de la individualidad vital de la gente que nos rodea. Y hay que agregar que pocos autores de caracteres siguen a Teofrasto y a La Bruyère en cuanto a la atención a lo psicológico; la mayoría se desvían para caer en lo burlesco, en el preciosismo o en la censura moral.

Un tesoro aún mayor para el psicólogo se encuentra en el mundo del drama, las biografías, la poesía y la ficción. Después de leer los magníficos estudios de la personalidad que han escrito los genios literarios, el psicólogo se siente incapaz y también un poco tonto. E incluso podrá estar de acuerdo con Zweig en que escritores como Stendhal, Amiel, Tolstoy, Carlyle y Proust son "gigantes en la observación y en lo literario, mientras que en psicología se aplican al campo de la personalidad hombres de menor valor, meros insectos, que cuentan con la segura base de un esquema científico dentro del cual pueden situar sus pobres perogrulladas o sus herejías menores."⁶

Dado que la literatura y la psicología constituyen los dos métodos más importantes para el estudio de la personalidad, es necesario llevar algo más adelante la comparación entre ellas. Puede ser cierto, tal como afirma Zweig, que el psicólogo es torpe y falto de imaginación, mientras que el artista capta las sutilezas de la personalidad con precisión y delicadeza. También puede ser cierto que siempre que el psicólogo, superando los clisés científicos, logra representar fielmente la personalidad, parece estar diciendo algo que algún genio literario ya ha dicho más agradable y artísticamente. La psicología parecería salir muy mal parada de la comparación ya que sólo un pedante podría preferir su propio análisis científico y no las gloriosas caracterizaciones de Dickens o Ibsen. Pero, del mismo modo, sólo un esteticista cerrado será capaz de negar que el arte indisciplinado de la literatura deja también lugar a algún complemento científico que pueda servir al intento de comprender —y aun de pintar— la personalidad.

⁶ Stefan Zweig: *Adepts in Self Portraiture: Casanova, Stendhal, Tolstoy*. Trad. de 1928. Para otra comparación algo más respetuosa hacia los méritos de la psicología véase Max Eastman: *The Literary Mind: Its Place in an Age of Science*, 1931.

El objeto de la literatura es enteramente idiográfico. Es la persona individual, la "verdad particular" que se manifiesta. Cualquier otra aplicación más amplia que se le atribuya a la literatura es algo meramente implícito y en general discutible. El psicólogo, por su parte, tiene un interés inevitable por el descubrimiento de principios generales, de leyes del comportamiento humano. Tal como explicamos en el capítulo I, en tiempos recientes algunos psicólogos llegaron a sentirse insatisfechos con la visión exclusivamente nomotética que tenía su ciencia y se acercaron a los problemas de la individualidad, que hasta ese momento habían quedado en manos de la literatura. Pero entre la actitud de este psicólogo y la del literato sigue existiendo una diferencia: el autor literario se preocupa ante todo por el caso individual, y deja al lector la tarea de generalizar la comprensión que obtenga. El psicólogo, mientras estudia el caso individual, no se satisface hasta que no llega a hacer él mismo algunas generalizaciones adecuadas. Las generalizaciones no tienen en vista (o no deben tener en vista) las operaciones de una hipotética mente "media". Pretenden más bien establecer explícitamente los principios en virtud de los cuales las personalidades únicas son creadas por la naturaleza y comprendidas por los hombres.

Otra diferencia importante la constituye el *contexto* en el cual es estudiada la personalidad. El investigador literario puede describir toda la situación social y retratar las corrientes encontradas en que se desarrolla el carácter que está pintando y limitarse a los niveles complejos de la personalidad. Desarrolla su carácter en la corriente de la vida. El psicólogo prefiere dejar de lado las complejidades de la situación social y fijar la personalidad tal-como-es para el análisis; quiere reducir todo lo posible la confusión que podrían provocar otras variables y buscar esas características elementales de la conducta que se pueden estudiar separadamente. Prefiere el laboratorio o la clínica y no la corriente de la vida. En esto reside, sin duda, un serio peligro. Demasiado análisis y control pueden destruir su objeto. Pero si se lo aplica con el debido cuidado, su método de aislamiento rinde muchos e importantes resultados.

Los efectos literarios se obtienen mediante una hábil selección y exageración. Los *petits faits vraies* son presentados como predominantes; los hechos inapropiados a los intereses del autor son omitidos. Y aun los incidentes verdaderos que hacen resaltar el carácter pueden hasta cierto punto falsificarlo. Esta distorsión es común en la ficción y en la biografía. El psicólogo, en cambio, no puede emplear la acentuación artística ni puede servirse de un incidente ilustrativo sin comprobar previamente que se trata de un hecho que se repite a menudo y que tiene un valor diagnóstico. La *exageration à propos* no le está permitida. Además, en la extensión arbitraria de una obra literaria se muestra una falta de disciplina que a la ciencia le

está vedada. El relato puede comenzar en cualquier momento y detenerse abruptamente; se lo puede simplificar todo lo que el autor quiera para asegurar un efecto. El psicólogo debe dar razones respecto a sus comienzos y sus finales, así como respecto al criterio con que incluye o excluye los hechos.

El artista se esfuerza por ser entretenido y atractivo, por comunicar sus imágenes, por expresar sus preferencias. Una medida de su éxito es la correspondencia que logra en los lectores. Al psicólogo sólo le está permitido descubrir y registrar. Su objetivo primario debe ser instruir pero nunca entretener. Su obra debe excluir sus propias preferencias, debe atenerse a la concepción científica de la verdad y su éxito es medido con criterios más severos que el aplauso del lector.

El escritor toma su material de sus observaciones casuales de la vida; el psicólogo, de investigaciones controladas. El escritor puede presentar sus observaciones en forma de epigrama y empleando bellas frases; el psicólogo debe usar una terminología exacta y uniforme. En literatura se pueden hacer inferencias rápidas y atrevidas, en psicología las inferencias requieren que se las pruebe paso por paso y por ello se hacen lenta y cuidadosamente. Una obra literaria no necesita ser "probada" o sometida a la prueba de la repetición; incluso el autor no tiene necesidad de ser completamente coherente en sus afirmaciones. No necesita adecuar sus observaciones a un sistema conceptual con el fin de probar una teoría general. El psicólogo debe satisfacer todos estos requerimientos y por ellos se encuentra limitado. "El científico debe someter al juicio de los otros, no sólo las conclusiones a que llega sino también las premisas de que partió y los métodos que usa en el curso del trabajo que desarrolla a partir de ellas; al artista, por lo menos dentro de límites muy amplios, le está permitido elegir las premisas que quiera y, en consecuencia, no existe ninguna necesidad de que todos los buenos artistas estén de acuerdo en un grado similar al que debe alcanzar el acuerdo entre los buenos científicos."⁷

Libre de la sujeción a los términos científicos, el escritor puede hablar sin atender al curso de la naturaleza. Puede adscribir causas y señalar correlaciones al azar. Uno de sus caracteres puede tener "sangre servil en sus venas", otro puede tener una "barbilla débil". Una mano puede poseer "una codicia maravillosamente cruel" y una cabeza rubia "irradiar inconstancia". Estas metáforas poco rigurosas confieren cierto ritmo e inspiran una especie de blanda credulidad, pero para la ciencia sólo son frases inútiles. Recientemente un famoso profesor de literatura escribió en su descripción de un carácter: "La nariz, que es casi invariablemente el índice del poder mental,

⁷ Joseph W. Krutch: *The Modern Temper*, Harcourt, Brace, 1929, p. 152.

era recta y poderosa y perfecta en su plenitud." Ningún psicólogo podría escribir algo semejante sin ser despedazado por sus colegas.

La psicología no ha de suplantarse a la literatura ni la grandeza de los artistas ha de ocultar el crecimiento de la psicología. Los dos métodos son distintos y complementarios. Si en la actualidad la psicología sólo está descubriendo lo que la literatura "siempre ha dicho", no obstante da a esas viejas verdades precisión y aplicación general. Es menos agradable, pero más disciplinada, menos sutil, pero más verificable; menos artística, pero más exacta.

LA PSICOLOGÍA HUMORAL

Aún más antigua que la etopeya y más cercana por su espíritu a la ciencia moderna es la doctrina de los humores y de la correspondencia de éstos con los temperamentos. Se trata de la más antigua teoría caracterológica de que tengamos noticia. Nacida de la cosmogonía de los cuatro elementos de Empédocles, tiene una historia casi ininterrumpida.⁸ Con cambios relativamente pequeños se ha mantenido desde el despertar de la historia hasta el último manual de psicología.

En la tabla siguiente sintetizamos el desenvolvimiento de la doctrina en la época clásica. El fundamento original de sus afirmaciones era la creencia de que el hombre es un reflejo microcósmico de la naturaleza. Por lo tanto, éste debía expresar en su propio ser todas las propiedades del cosmos.

<i>Elementos cósmicos</i>	<i>Sus propiedades</i>	<i>Humores correspondientes</i>	<i>Temperamentos correspondientes</i>
Empédocles (cir. 450 a. C.)		Hipócrates (cir. 400 a. C.)	
aire	cálido y húmedo	sangre	sanguíneo
tierra	frío y seco	bilis negra	melancólico
fuego	cálido y seco	bilis amarilla	colérico
agua	frío y húmedo	flema	flemático

La doctrina clásica adscribía las peculiaridades del temperamento a los "humores" del cuerpo. A la luz de la fisiología y la endocrinología, la lista de "humores" específicos propuesta por Hipócrates ha sido totalmente aban-

⁸ En conjunto las siguientes referencias reconstruyen toda esta interesante historia: Ben Jonson: *Every Man Out of His Humor*; V. Laehr: *Literatur der Psychiatrie, Neurologie und Psychologie von 1459-1799*, 3 vols., 1900; A. A. Roback: *A Bibliography of Character and Personality*, 1927; L. Klages: *The Science of Character*, pp. 144-149; W. B. Pillsbury: *The History of Psychology*, 1929, 37-44; P. Malapert: *Le Caractère*, 1902; A. A. Roback: *The Psychology of Character*, cap. III y parte II; W. Stern: *Differentielle Psychologie*, Apéndice I.

donada, pero el principio de la correspondencia psicofísica se mantiene. Se sabe ahora que ciertas sustancias químicas, especialmente las hormonas, afectan la actividad del sistema nervioso en una forma que los antiguos sólo presintieron oscuramente. La ciencia moderna ha mostrado que estas sustancias son aún más poderosas, más numerosas y más variadas en sus influencias de lo que Hipócrates supuso.

Las variaciones que sufrió la teoría después de sus primeras formulaciones consistieron en subdividir o dar nuevos nombres a los temperamentos o en modernizar la concepción de los humores. La doctrina influyó profundamente sobre la medicina, en especial hasta la época del descubrimiento de la circulación de la sangre por Harvey. Asimismo influyó en la literatura y el arte. Fue reelaborada por Kant, Wundt, Ribot, Fouillée, Ribéry, Azam, Malapert, Paulhan, por Höffding, Bahnsen, Herbart, Külpe, Ebbinghaus, Meumann, Spurzheim y Klages. Ha llamado la atención de gigantes intelectuales y de charlatanes y en nuestra nueva era de investigación sobrevive todavía bajo una forma modificada.

Hay dos razones principales por las cuales este antiguo enfoque del problema del temperamento ha ofrecido un interés tan persistente. En primer lugar, la feliz intuición de que el temperamento —la base emocional de la personalidad— está condicionado sobre todo por la química corporal ha sido confirmada cada vez más por la investigación moderna.⁹ En segundo lugar, la clasificación cuatripartita del temperamento sigue siendo útil debido a que implica ciertas dimensiones fundamentales de respuesta emocional, hecho éste que parece haber sido percibido por Wundt con mayor claridad que por todos los otros autores que se ocuparon del tema.¹⁰ Según Wundt los hombres pueden diferir en la *velocidad* característica de la excitación emocional o en la *intensidad* característica de la respuesta. Los cuatro temperamentos son esencialmente las combinaciones resultantes en una escala bidimensional de emocionalidad:

	<i>Débil</i>	<i>Fuerte</i>
Veloz Lento	colérico melancólico	sanguíneo flemático

La definición del temperamento presentada en esta página reconoce esas dimensiones wundtianas, la *fuerza* y la *velocidad*, como factores de importancia para distinguir los temperamentos. Pero la *amplitud* y la *pro-*

⁹ Una presentación interesante del asunto es la de R. G. Hoskins: *The Tides of Life*, 1933.

¹⁰ W. Wundt: *Grundzüge der physiologischen Psychologie*, 5ª ed., 1903, vol. III.

fundidad son también variables importantes y en consecuencia los tipos clásicos pueden ser también ordenados atendiendo a estas dimensiones:

	<i>Profundo</i>	<i>Superficial</i>
Amplio Estrecho	colérico melancólico	sanguíneo flemático

Y también se puede hacer otra ordenación dimensional si se atiende al tono afectivo predominante, esto es al carácter de agradable o desagradable, en combinación con las dimensiones cinéticas de excitación y calma:

	<i>Agradable</i>	<i>Desagradable</i>
Excitado Calmo	sanguíneo flemático	colérico melancólico

Resumiendo, a causa de su flexibilidad los temperamentos se adecuan a diversos esquemas dimensionales o cuantitativos y pueden de ese modo satisfacer los requerimientos de diversos investigadores. Originariamente los temperamentos tenían tan sólo una coloración cualitativa. Sólo se atendía al hecho de que el colérico es *irascible*; el sanguíneo, *despierto* y *esperanzado*; el melancólico, *triste* y el flemático meramente *apático*. Pero resulta que estas coloraciones concuerdan perfectamente con gran número de esquemas dicotómicos modernos.

Como se ve, la longevidad de la teoría se debe en parte a su naturaleza flexible y en parte a su implícito reconocimiento de los efectos del quimismo corporal. De este modo la antigua concepción del temperamento tiene todavía cierta utilidad. Pero sus resultados no han sido grandes; ahora necesitamos formulaciones más correctas y más modernas.

LA FISIOGNÓMICA

El arte de descubrir las características de la personalidad basado en la apariencia exterior y en especial según la configuración, forma o expresión de la cara, es llamado fisiognómica. Probablemente la humanidad ha practicado siempre este arte. El más antiguo tratado sobre el tema es el escrito titulado *Physiognomonica* y atribuido, según es probable, en forma incorrecta, a Aristóteles.¹¹ Pese a su antigüedad hace referencia a tres métodos, cada uno de los cuales tenía sus adherentes especiales en épocas todavía

¹¹ Este tratado, que ocupa sólo 24 páginas, ha sido traducido al inglés por T. Loveday y E. S. Forster y figura en los *Opuscula*, vol. 6 de las Obras de Aristóteles (ed. por W. D. Ross), 1913.

más distantes. El primer método buscaba las semejanzas existentes entre el aspecto de los hombres y el de los animales y afirmaba que cuando la figura de un hombre recuerda la de un animal particular, ese hombre debe estar dotado de ciertas cualidades psíquicas similares a las del animal. El hombre que se parece a un zorro debe ser astuto. El segundo método era una especie de tipología racial. El hombre que es excesivamente pálido o de piel muy oscura debe ser considerado cobarde, puesto que —pregunta el autor— ¿no son los etíopes oscuros y pálidas las mujeres y ambos igualmente cobardes? El tercer método tomaba como base las expresiones faciales provocadas por la emoción y buscaba en la cara *huellas* musculares que denotaran hábitos irritados, cobardes o sensuales de pensamiento y expresión.

El autor de este antiguo tratado da una lista —“una lista completa”— de las fuentes de los signos fisiognómicos. Se trata de “movimientos, ademanes corporales, color, expresión facial característica, el crecimiento del cabello, la suavidad de la piel, la voz, el tipo de piel, las partes del cuerpo y la estructura del cuerpo total.” Y el autor agrega: “Pero las conclusiones logradas en base a las partes del cuerpo son menos seguras que las basadas en la expresión facial del carácter y en los movimientos y ademanes. En general es necio basarse en un solo signo: habrá más razones para tener confianza en las conclusiones si se encuentran varios signos que apuntan todos en la misma dirección.” Del tratado surgen varias sugerencias de valor, y en especial la exigencia de que los signos deben concordar entre sí para servir de base a un juicio y la sugerencia de que los signos provenientes de hábitos activos de expresión merecen más confianza que las simples características estructurales, innatas e invariables. El autor manifiesta también su perspicacia al señalar que ciertos estados mentales no tienen ninguna contraparte corporal observable. El contenido específico del conocimiento o de la creencia de un hombre, por ejemplo, no se revela fisiognómicamente.

Con el renacimiento de Aristóteles en el siglo XIII, la fisiognómica volvió a ser popular y desde entonces ha tenido una historia casi ininterrumpida. La cantidad de literatura que se ha escrito sobre el tema es mucho más llamativa que su calidad, debido a que la naturaleza práctica de sus aplicaciones lo pusieron desde muy temprano bajo el patronazgo de charlatanes e infortunadamente quedó en esa situación durante largo tiempo. Tan grandes llegaron a ser sus abusos en el siglo XVIII que Jorge II estableció por un acta del Parlamento que todas las personas que pretendían tener capacidades fisiognómicas serían consideradas pordioseros y vagabundos y azotados públicamente o enviados a casas de corrección. Una ley similar había sido aprobada en el siglo XVI durante el reinado de la reina Isabel.¹²

¹² *Encyclopedia Britannica*, 11ª ed., vol. 21, p. 550.

La cruzada contra los fisiognomistas fraudulentos sigue siendo llevada a cabo hoy en día, aunque no tanto por la ley como por los psicólogos profesionales. Puede parecer extraño que el "poco práctico" psicólogo se vea forzado a proteger de estos charlatanes a los "perspicaces" hombres de negocios, pero eso es lo que sucede. Dunlap ha dado cuatro razones por las cuales los sistemas populares basados en la fisiognómica parecen tener éxito.¹³ La primera es que rara vez se trata de verificar el valor efectivo de las interpretaciones; la segunda es que algunos fisiognomistas —no muchos— hacen interpretaciones sorprendentemente buenas basadas en indicaciones que en realidad no entienden y que adscriben falsamente a sus propios sistemas.¹⁴ Otra razón es la habilidad comercial de los mismos (contra la cual ni siquiera los hombres de negocios son inmunes). Finalmente, la "experiencia" se hace a instancias de algún director que pronto pierde interés en el asunto y no atiende a los resultados. Pero el fisiognomista sigue su camino y se dirige a un nuevo trabajo con una buena paga en su bolsillo e impresiona a sus nuevos clientes con la reputación que ha ganado por haber trabajado con éxito en la primera compañía. De este modo el ciclo continúa.

La oscura historia de los sistemas de fisiognómica puede ser dejada de lado ante el hecho real de que los hombres siempre han encontrado alguna ayuda indirecta para sus juicios sobre los demás en la observación de las expresiones físicas: los ojos, los rasgos de la cara, el juego facial, la postura, la figura y el porte. Aun excluyendo todo movimiento, el cuerpo en reposo conserva huellas de sus hábitos de ejercicio, la cara parece revelar la forma de vida que uno lleva. También existe una justificación teórica para los juicios basados en la fisiognómica: el desarrollo es regulado en gran medida por las glándulas de secreción interna y lo mismo ocurre con la vida emocional. En consecuencia es lógico esperar que las características físicas revelen las peculiaridades del temperamento.

En la figura 9 reproducimos algunas representaciones tradicionales de los tipos faciales que, según se afirma, corresponden a los cuatro temperamentos. (Es frecuente la combinación de la psicología humoral con la fisiognómica.) Es notable la facilidad con que distintas personas que tienen alguna familiaridad con las características de los cuatro temperamentos los reconocen en estos cuatro rostros. El porcentaje de reconocimientos correc-

¹³ K. Dunlap: "Reading of Character from External Signs", *Sci. Mo.*, 1922, 15, 2, 153-165.

¹⁴ F. Gall, el frenólogo, dio probablemente la interpretación correcta de este hecho al afirmar que el éxito aparente de los fisiognomistas prácticos provenía de sus juicios basados en la expresión muscular, la postura y el movimiento y no de la conformación de los rasgos faciales. F. Gall: *On the Functions of the Brain*, 1835, Trad. nort., vol. V., p. 226.

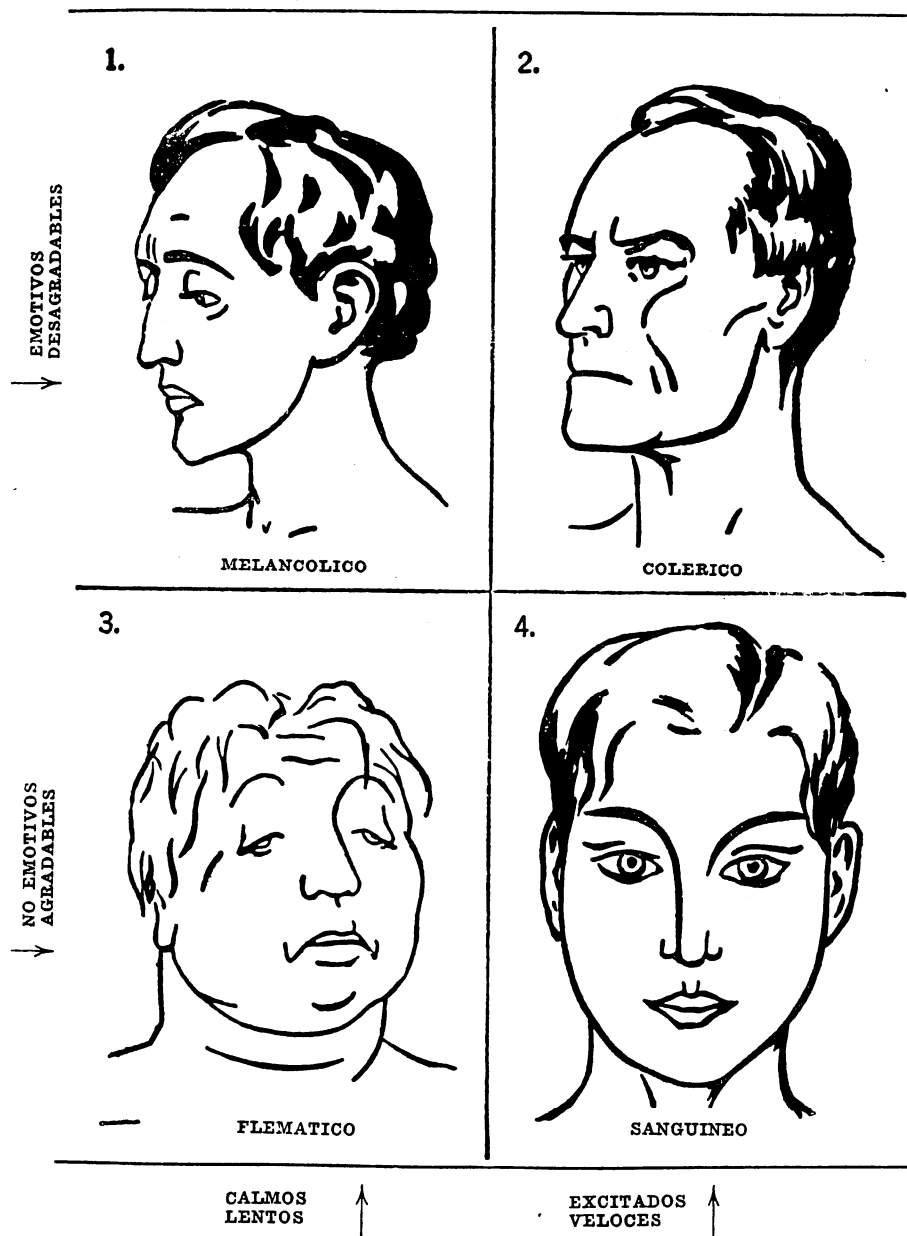


FIGURA 9
Representaciones fisiognómicas de los cuatro temperamentos

tos que se obtuvo mostrando estos dibujos a más de setecientas personas fue el siguiente:

Nº 1 Melancólico	83 %
Nº 2 Colérico	86 %
Nº 3 Flemático	81 %
Nº 4 Sanguíneo	80 %

Los errores más comunes son las confusiones entre los dos temperamentos intensos (melancólico y colérico) y entre los dos temperamentos no emocionales (flemático y sanguíneo). Se podría objetar con razón que tanto los retratos como los temperamentos son presentados en sus formas extremas y que ejemplos moderados o mixtos seguramente no serían reconocidos con tanta facilidad. También es verdad que los clisés y hábitos verbales ayudan en los juicios correctos. El dibujo Nº 1 tiene el aspecto del tradicional poeta enfermo de amor, que siempre ha tenido fama de *melancólico*. En los otros casos se pueden señalar asociaciones similares. El Nº 2 tiene el aspecto de un "boxeador" que manifiesta claramente la *cólera*; el Nº 3 es soñoliento, flácido y *flemático*; el Nº 4 es considerado *sanguíneo* a causa de su aspecto de optimismo vacío. Pero estos juicios deductivos y asociativos son, en última instancia, fisiognómicos, ya que ¿de dónde surgieron nuestros clisés del poeta melancólico, el boxeador, el pesado traga-bifes y el optimista superficial sino de haber tenido la experiencia de tales correlaciones entre características físicas y temperamentales?

Existen dos tipos enteramente diferentes de diagnóstico fisiognómico. En primer término, está el basado en la *estructura ósea* y en segundo lugar el que se basa en la *disposición muscular*. Pero la estructura ósea no puede cambiar por influjo de la experiencia y por consiguiente no parecería ser un índice aceptable de la personalidad, pues ésta es principalmente un producto de la educación, la experiencia, el conflicto y la adaptación al ambiente. Nuestra estructura ósea proviene exclusivamente de la herencia y la herencia no es la base única de la personalidad. Por lo tanto, el correlato de la estructura ósea o la figura constitucional es el *temperamento*, el factor innato de la personalidad. La disposición muscular, el segundo criterio, es el agente del movimiento y es a su vez influido por los hábitos de movimiento. El trabajo profesional del marineró, del herrero, del sacerdote, del maestro y del boxeador crean diversos tipos de tensión y flaccidez muscular, de especialización y de ejercicio. Por eso observamos la disposición muscular esperando que ella nos ofrezca información respecto a los factores adquiridos de la personalidad, esto es, respecto a los productos de la *experiencia*. Sin duda alguna, en los juicios fisiognómicos de la vida diaria no distinguimos la diferente significación diagnóstica de la estructura ósea y

de la musculatura, pero esta distinción es necesaria en la teoría fisiognómica como un primer paso previo a elaboraciones posteriores.

El efecto de las caras que aparecen en la figura 9 depende tanto de la estructura ósea como de la muscular. Si se considera en primer término la estructura muscular, se puede señalar que las líneas faciales más significativas en el dibujo 1 son los surcos verticales de la frente y los ojos dirigidos hacia abajo. El primer rasgo está presente característicamente en los estados de desagrado y mientras se piensa. Y ambos rasgos son previsibles en un temperamento que tarda en excitarse, pero que es intenso cuando llega a la excitación.¹⁵ En el dibujo 2 la naturaleza colérica es revelada por las abundantes arrugas del rostro, resultado de la frecuente tensión emocional, y por los ojos dirigidos hacia adelante, con la atención requerida por la reacción pronta. En el número 3 las líneas faciales no siguen las divisiones musculares de la cara; se deben más bien a la gordura que al sentimiento. Los ojos son desatentos y sugieren la lentitud que es característica del temperamento flemático. El número 4 tiene una cara suave, libre de huellas musculares que pudieran provenir de una intensa experiencia emocional, y con ojos muy abiertos que indican que está pronto para una rápida respuesta: éstos son dos rasgos distintivos de la persona sanguínea. El análisis que hasta este momento hemos hecho está estrictamente en la tradición psicológica de Piderit, Wundt, Boring y Titchener.¹⁶ Los fisiognomistas populares añadirían sin duda más datos basados en la altura de la frente, la forma de las orejas, el dorso de la nariz, el color de los ojos o del cabello; pero de acuerdo con lo que hoy se puede saber, esos rasgos no proporcionan ninguna correlación digna de confianza con las características de la personalidad.¹⁷

La personalidad es sólo uno de los cuatro determinantes de la expresión facial y de ningún modo es fácil "ver a través" de los efectos de las otras tres influencias y encontrar el reflejo de la verdadera personalidad. En primer término existe la limitación representada por la estructura constitucional. Las caras pueden ser chicas o grandes, con labios gruesos o finos, con ojos hundidos o salientes. El juego de la expresión está limitado por

¹⁵ Existen algunas pruebas en favor de la tesis de que las emociones agradables son más rápidamente excitables, mientras que las desagradables son de excitación más lenta y son además menos durables. F. H. Allport: *Social Psychology*, págs. 85-94. Este hecho explicaría por qué el lento temperamento melancólico debe presentar un tono sentimental característicamente negativo (desagradable) y también latencia y perseverancia de la respuesta.

¹⁶ Cf. E. G. Boring y E. B. Titchener: "A Model for the Demonstration of Facial Expression", *Amer. J. Psychol.*, 1923, 34, 471-485.

¹⁷ Cf. Cleeton y Knight: "Validity of Character Judgements Based on External Criteria", *J. Appl. Psychol.*, 1924, 8, 215-231. También Paterson y Ludgate: "Blonde and Brunette Traits: a quantitative study", *J. Pers. Res.*, 1922, 1, 122-128.

esas estructuras innatas del rostro. Aunque, como pronto lo mostraremos, la estructura innata puede tener una leve significación para la personalidad (como medio de identificación de tipos raciales o endocrinos), a menudo es al mismo tiempo una máscara que descamina al observador. Por ejemplo, una cara con rasgos groseros o repulsivos puede hacer que quien la observa quede cegado para sus expresiones mediatas o amistosas.

Otro determinante "no-personal" de la expresión facial lo constituyen las emociones primarias (tales como el miedo, el enojo, el regocijo, el disgusto), que son universales entre los hombres y esencialmente las mismas de país en país y de época en época. Esta base instintiva como subyacente a la expresión facial no está en relación con lo individual, sino que resulta de una constitución biológica común. Consecuentes con su preocupación por la mente-en-general los psicólogos han aplicado sus esfuerzos fundamentalmente a este campo.¹⁸

La tercera influencia es la presencia de tipos convencionales (raciales y regionales) de expresión, que adoptan los individuos (aun los niños) y por acción de los cuales llegan a parecerse los unos a los otros.¹⁹ Se ha señalado frecuentemente que para el ojo occidental los orientales "son todos iguales" e inversamente, por más increíble que esto resulte para nosotros, los orientales se han quejado de que los norteamericanos son difíciles de diferenciar atendiendo a sus caras. Estas semejanzas raciales se deben en parte al tipo constitucional, pero también a la *asunción* de expresiones comunes. Habitualmente resulta difícil para el extranjero reconocer el papel de lo individual dentro del modelo racial.

Existen también *costumbres* que requieren una expresión facial afectada. La dueña de casa cansada, sea cual fuere su conflicto interior, al

¹⁸ Por ejemplo, se han hecho muchas investigaciones respecto a la capacidad de reconocer en el rostro expresiones emocionales básicas y comunes. Ese tipo de trabajos tiene su origen en las doctrinas de Darwin, cuyo interés estaba evidentemente limitado a los hábitos atrofiados subsistentes, *comunes a todos los hombres* y reconocibles en todas las razas y en todos los individuos. Sin embargo los experimentos muestran un grado sorprendentemente bajo de éxitos en cuanto a la identificación de expresiones emocionales, a menos que el juez pueda ayudarse con el conocimiento del contexto y del estímulo. Landis contribuye a explicar la pobreza de estos resultados demostrando que después de todo siempre existe la variable de la *individualidad*. Para una determinada persona el modo de expresar el disgusto o la leve diversión, por ejemplo, es casi constante pero de individuo a individuo varía marcadamente (C. Landis: *J. Comp. Psychol.*, 1924, 4, 447-509). Sin duda en los estados de mayor intensidad emocional la expresión concuerda más profundamente con la norma propia del género humano. Las circunstancias imperiosas siempre logran allanar las formas personales de expresión a una forma común a la especie.

¹⁹ El papel de esta imitación inconsciente de la expresión fue reconocido por el filósofo Immanuel Kant, quien señaló el curioso hecho de que los matrimonios que se llevan bien llegan a tener un aire común. *Anthropologie*, parte I, secc. 32.

llegar sus invitados debe tomar el aspecto de "cuanto placer". Según Lord Chesterfield, un caballero "nunca debe mostrar enojo". En las antiguas culturas del oriente se exige una ocultación aún más severa. Lafcadio Hearn habla en algún lugar de su sorpresa al ver la expresión trágica y torturada que tenía la cara habitualmente plácida de su valet japonés cuando éste creía no ser observado. Todas nuestras diversas máscaras sociales ("interés", "amistad" y "ecuanimidad") pertenecen al grupo convencional de expresiones cuyo objetivo parece ser suavizar el camino de la relación social, sumergiendo tras ellas la vida a menudo turbulenta. Es necesario ser un agudo observador para distinguir en la expresión facial la diferencia entre el interés fingido y la absorción real, entre la seguridad auténtica y la pose de bravucón.

Pero por detrás de las expresiones instintivas universales, comunes a toda la humanidad, y por detrás de los clisés raciales y convencionales, existen diferencias reales en las líneas faciales y formas del rostro que sólo pueden ser atribuidas a los hábitos *individuales* de pensamiento y emoción. Para practicar el arte de la fisiognómica hay que encontrar, si se puede, medios para distinguir los efectos de cada una de estas influencias y poder así observar a través de los determinantes "exteriores" aquellos que son realmente "interiores". En la actualidad la situación es simplemente esta: *sabemos* que los rasgos faciales son reveladores de la "vida interior", pero encontramos estos rasgos oscurecidos por la influencia de accidentes "no-personales", como la pertenencia a una especie común, la estructura hereditaria, la raza y la convención.

La fisiognómica, como hemos señalado ya, no se ocupa sólo del problema de la expresión muscular, que hemos discutido hasta este momento, sino también de los problemas de la *estructura ósea* y el *habitus constitucional*, que son casi totalmente independientes del anterior. Sólo en los últimos años los psicólogos han comenzado a interesarse por esta segunda clase de problema. En novelas y dramas hace ya mucho que se admitía la existencia de diversas relaciones psicofísicas. Julio César dice:

Quiero estar rodeado de hombres gordos;
Hombres de cabeza ligera y que duerman de noche;
Ese Casio tiene una mirada extenuada y hambrienta;
Piensa demasiado: los hombres de ese tipo son peligrosos.

JULIUS CAESAR, Acto I, esc. 2.

No fue Shakespeare, sin embargo, quien dio a los laboratorios psicológicos, clínicas y otros centros psicométricos la inspiración que los llevó a trabajar en este problema. Tal crédito corresponde a un psiquiatra alemán, Ernst Kretschmer, cuyo brillante libro, *Constitución y carácter*, publi-

cado por primera vez en alemán en 1921 provocó una ola de investigaciones que confirmaron en parte sus notables afirmaciones.

Kretschmer presentó pruebas de que en los hospitales de enfermedades mentales se encontraban con suma frecuencia físicos "asténicos", frágiles y alargados, entre los pacientes de *dementia praecox*, y que los físicos "pícnicos", cortos y redondos, eran más frecuentes entre los pacientes maníaco-depresivos. Reducido a su expresión más simple éste fue el descubrimiento de Kretschmer.

Pero insatisfecho con una expresión tan escueta de la correlación, Kretschmer elaboró en base a este único descubrimiento, una teoría de la relación entre el físico y la personalidad *normal*, aceptando la premisa corriente según la cual lo anormal es una mera exageración de lo normal (cf. pág. 91). De acuerdo con esta elaboración la teoría exige que los físicos altos y delgados, de todos los tiempos y lugares, estén asociados ordinariamente con cualidades esquizotímicas como la introversión, el formalismo, el idealismo y el romanticismo (variantes "normales" del síndrome de la *dementia praecox*). Del mismo modo, los físicos redondeados, más pesados y más cortos, con cavidades corporales más amplias, han de pertenecer a individuos en lo fundamental ciclotímicos, los que, irritables a veces pero a menudo joviales, son predominantemente extravertidos, realistas y objetivos (reflejos de la constitución maníaco-depresiva).²⁰ Kretschmer distingue además otros dos tipos de constitución corporal, el atlético y el displástico, y afirma que éstos, al igual que el asténico, están asociados con el tipo introvertido de personalidad.

Una exposición más detallada de las afirmaciones de Kretschmer y de las investigaciones que han provocado estaría fuera del objeto de este capítulo.²¹ Pasando directamente a una valoración sumaria de las pruebas con que contamos, lamentablemente nos vemos obligados a concluir que la exuberancia de las afirmaciones de Kretschmer y el entusiasmo de sus muchos discípulos exige corrección y freno. En el nivel patológico las pruebas les son bastante favorables, aunque no tan favorables como Kretschmer

²⁰ En los dibujos esquemáticos de la figura 9 el lector ya ha notado el físico delgado y delicado (asténico) del temperamento melancólico (Nº 1). La correlación físico-mental aquí indicada por la teoría humoral concuerda con la doctrina de Kretschmer. De acuerdo con ambas teorías, las hormonas son la causa de la fragilidad de la estructura corporal y de la actitud introvertida, idealista y de encierro en sí mismo. Quizá con menos claridad, la representación del tipo flemático (Nº 3) muestra el físico pícnico y la concepción tradicional de este temperamento no es incompatible con la extraversión y el realismo de este tipo físico, tal como lo presenta Kretschmer.

²¹ En L. Polen: "Körperbau und Charakter". *Arch. f. d. ges. Psychol.*, 1928, 66, 1-116 se puede encontrar una revista de la literatura respecto a este tema (figura allí una bibliografía completa hasta 1928); véase también Otto Klineberg: *Race differences*, Harper, 1935, pp. 56-66.

pretende²². En cuanto al nivel normal, se han hecho muchas investigaciones cuyos resultados son totalmente negativos²³.

Lo bueno y lo malo de este tipo de fisiognómica moderna se puede entender mejor examinando sus presupuestos que citando las pruebas encontradas que se nos ofrecen. Hemos de mostrar que la hipótesis original de Kretschmer era en parte incorrecta y que por lo tanto no se puede esperar que deriven de ella resultados uniformemente positivos.

En primer lugar, la teoría de Kretschmer requiere que el "carácter" esté determinado en forma innata. ¿Pero es esto verdad? ¿No es más bien el *temperamento* (la base emocional sobre la cual se desarrolla el "carácter")

²² Según Kretschmer la distribución de los físicos entre las dos clases de psicóticos en un grupo de más de 4.000 casos recluidos en hospitales de enfermedades mentales es la siguiente:

<i>Tipo constitucional</i>	<i>Locura circular</i> (% de casos)	<i>Esquizofrenia</i> (% de casos)
Pícnico y picnoide	66,7	12,8
Leptosómico (asténico) y atlético	23,6	66,0
Displástico	0,4	11,3
Atípico	9,3	9,9

(Tomado de O. Klineberg, op. cit., p. 69)

Por su parte, los críticos han señalado que en este cuadro la edad es una influencia no controlada (p. ej. C. R. Garvey, *Psychol. Bull.*, 1933, 30, 567, 739). En general la esquizofrenia se presenta en una época temprana cuando el cuerpo todavía es delgado. La edad media de los maniaco-depresivos es mayor y con la edad muchos físicos se vuelven pícnicos.

²³ Podemos relatar brevemente un ejemplo. P. S. Cabot trató de refutar a Kretschmer en base a un grupo de 200 muchachos que se encontraban en los últimos años de la adolescencia y con cuyos datos antropométricos de crecimiento durante los doce años anteriores se contaba. ("The Relation between Characteristics of Personality and Physique in Adolescents" aparecido en *Genet. Psychol. Monog.*) Para el criterio físico empleó varios tipos de índices antropométricos que parecían representar adecuadamente los físicos asténico, pícnico y atlético; usó también evaluaciones de estos físicos hechas en base a impresiones fundadas en el aspecto de los muchachos. En cuanto a la personalidad, sus criterios consistieron en docenas de escalas de evaluación, tests y cuestionarios, preparados todos en forma de obtener el máximo de información respecto a la personalidad de cada muchacho (con especial referencia, evidentemente, a las teorías de Kretschmer sobre la introversión, el apartamiento, el autismo, el liderazgo, el realismo, la objetividad y las otras características señaladas por éste).

Los resultados de la investigación no confirman ninguna de las afirmaciones de Kretschmer. Las diferencias de personalidad mostradas por cada tipo físico resultaron, por el contrario, exactamente tal como se podría esperar de acuerdo con una teoría por completo diferente. Los muchachos que tenían físicos sólidos y fuertes (fueran pícnicos o atléticos) parecían desarrollar en general personalidades extravertidas, abiertas, realistas y dominantes. En resumen, un "buen" físico provoca en el muchacho una disposición a desarrollar rasgos enérgicos de autoexpresión. La aceptabilidad social y la vitalidad física o, en caso contrario, la compensación, parecen ser los factores determinantes. Estos factores, todos los cuales dependen de la interacción entre la constitución y el ambiente, son tan sobresalientes que arrojan serias dudas sobre la predeterminación innata de la personalidad requerida por la teoría de Kretschmer.

lo que es íntimamente controlado por el quimismo corporal y está por lo tanto asociado con la estructura física? Kretschmer no debería haber pretendido escribir sobre "físico y carácter" ni sobre físico y personalidad, sino más bien sobre físico y *temperamento*. Si hubiera hecho esto no habría llegado a la azarosa afirmación de que se puede establecer un paralelo entre los *retratos acabados* de la personalidad y tipos físicos correspondientes. Si se hubiese ocupado del temperamento habría trabajado sobre una base más segura, puesto que sin duda se puede contar con que entre la emocionalidad y el físico ha de existir una correspondencia en cierto sentido (ya que ambos son parcialmente productos de las glándulas de secreción interna). Existe una marcada diferencia entre los rasgos que son producto de *todas* las influencias formativas (tal como la extraversión, dominación, liderazgo, autismo y otras características semejantes) y las cualidades más simples y más básicas del temperamento (ciclotimia, melancolía, euforia, fleva). Kretschmer hubiera debido buscar sus correlaciones en este segundo grupo de características y no en el primero.²⁴

La fuerte inclinación nativista de Kretschmer conduce a una nueva dificultad cuando atendemos al problema de las mezclas hereditarias. El habitus constitucional no es, sin duda, una unidad mendeliana ni tampoco el carácter es un rasgo unitario. Considerando nuestras largas líneas de ascendencia mezclada resulta notable que él haya encontrado tantos tipos puros para ilustrar su teoría.²⁵ Evidentemente la mayoría de la gente no tiene rasgos extremos ni en el físico ni en el temperamento; los tipos son mixtos. Pero si Kretschmer no consiguió resolver el enigma de la herencia del temperamento y de la estructura corporal, lo mismo le ocurrió a todos los otros investigadores; en este respecto no se puede ser demasiado severo.

Todas las insuficiencias del concepto de "tipo" se manifiestan en el esquema kretschmeriano tal como hoy podemos verlo (cf. pág. 89). Por ejemplo, Kretschmer parte de las dos formas mayores de desorden mental funcional (*dementia praecox* y psicosis maniaco-depresiva). Encuentra dos

²⁴ Los únicos resultados que confirman la teoría de Kretschmer provienen de manicomios, donde cabe ver el efecto de trastornos temperamentales (emocionales) extremos sobre la psicosis. Pero no es la psicosis misma lo que corresponde al tipo constitucional sino más bien el *temperamento* subyacente a la psicosis.

²⁵ La igualación de todos los extremos de constitución física por vía de la herencia mixta es, sin embargo, impedida en cierta medida por un curioso fenómeno de formación selectiva de parejas. C. B. Davenport ha mostrado que los hombres delgados tienden a casarse con mujeres delgadas en una proporción que supera al azar en un 50 %; los hombres gordos se casan con mujeres gordas en una proporción que supera al azar en un 80 %. En consecuencia los hijos de estos matrimonios tienden, en cierta medida, a perpetuar los físicos asténico y pícnico más o menos puros. *Proc. Assoc. Res. Nerv. and Ment. Dis.*, 1934, 14, 21-27.

físicos correspondientes. ¿Pero qué hubiera hecho si a su lista básica de "tipos de carácter" le hubiese agregado otras formas clínicas de desorden de la personalidad, por ejemplo, el epileptoide, el paranoide o el psicopático inferior? ¿Y por qué en su teoría tipos físicos tan completamente diferentes como el displástico y el atlético han de ser reunidos con el físico asténico, tan opuesto a ellos, y por qué ha de existir un paralelo entre los tres y la constitución mental esquizotímica?

Hasta ahora no existen testimonios empíricos que pudieran probar que la correlación de Kretschmer existe en casos que no sean de enfermedad mental. No obstante éste cree que lo que vale para los extremos debe valer también para los términos intermedios. ¿Pero es esto verdad? ¿Es simplemente la personalidad normal una edición vulgar de la personalidad mentalmente enferma? No mantenemos esta opinión con respecto a las condiciones *orgánicas*. No existe un continuum de estados que vaya del cáncer al no-cáncer. O el paciente tiene una formación maligna o no la tiene; no existen condiciones intermedias. Análogamente, una mente enferma es en muchos aspectos funcionalmente diferente de la mente normal (y no una mera exageración de ésta).

La creencia en la perfecta continuidad entre lo normal y lo anormal, que la mayoría de los psiquiatras y psicólogos comparten con Kretschmer, ha tenido como consecuencia la rápida multiplicación de los estudios sobre la gente que sufre de desórdenes mentales. Esto ha ocurrido en parte porque al estar estos pacientes recluidos en instituciones especiales resultan fácilmente accesibles y en parte porque la naturaleza extrema de sus desórdenes los hace más interesantes y más espectaculares. En realidad el número de estudios sobre las personalidades neuróticas y psicóticas supera en mucho el número de los consagrados a la personalidad normal, aunque, evidentemente, la proporción que se da en el mundo es con mucho la opuesta. El incorrecto traslado del punto de vista del hospital de enfermedades mentales al mundo exterior ha traído consigo, tal como en el caso de Kretschmer, una seria unilateralidad en el estudio psicológico de la personalidad normal. Este cargo está justificado aun cuando ocasionalmente los descubrimientos de la psicopatología puedan ser una ayuda indirecta para la psicología de la normalidad.

Volviendo específicamente a la teoría de Kretschmer hemos de concluir que el desequilibrio glandular extremo puede afectar el físico y el temperamento, provocando importantes modificaciones, mientras que las condiciones normales de equilibrio, en cambio, permiten un mayor juego de los determinantes ambientales y experienciales. El ligero efecto que el tipo constitucional puede tener sobre la personalidad de los individuos normales parece ser totalmente superado por los determinantes más importantes representados por la educación y la experiencia social. En los

casos de anormalidad el desequilibrio es tan extremo que llega a dominar todo el cuadro.

Antes de resumir esta discusión algo extensa de la fisiognomía debemos señalar nuestra consideración por el más famoso fisiognomista de todos los tiempos: Johann Kaspar Lavater (1741-1801).²⁶ Muchos detalles de su sistema no son útiles, pues en muchos respectos se parecen a las afirmaciones de los fisiognomistas "charlatanes" de nuestros días; sin duda su tendencia a combinar sus lecturas de la personalidad con la prédica moral debe ser dejada de lado.²⁷ Sin embargo fue Lavater quien expresó con la mayor claridad la hipótesis tan importante de que todos los rasgos del cuerpo son en última instancia coherentes y concordantes entre sí. Todas las formas de expresión proceden de una personalidad central, unificada, y por lo tanto deben armonizar entre sí y deben revelar la organización de la personalidad interior. Los ojos rientes, dice, no aparecen sin una boca riente, ni tampoco, tal como veremos si somos suficientemente sagaces, sin correspondientes cualidades "alegres" en el modo de andar, en la escritura y en las posturas del cuerpo. Así, traduciendo enfáticamente esta opinión, dice: "Todo lo que hay en el hombre es progresivo; todo es concordante. La figura, la estatura, la complexión, el cabello, la piel, las venas, los nervios, los huesos, la voz, el andar, el modo, el estilo, la pasión, el odio: uno y el mismo espíritu se manifiesta en todo esto". Esta afirmación ha sido sometida recientemente a la investigación de laboratorio y se ha demostrado experimentalmente su aproximada corrección en el campo de la expresión.²⁸ Por lo tanto, en el sistema de Lavater es especialmente importante su insistencia en la radical coherencia que se da en la personalidad, tanto en los aspectos internos de ésta como en su expresión.

Podemos concluir, entonces, que la fisiognómica, pese a que tiene en parte una carrera variada y poco recomendable, es una rama importante de la psicología de la personalidad. Pero el conocimiento científico no va tan lejos como la creencia ingenua o la práctica crédula. Por ahora sólo se pueden tomar en consideración unos pocos principios, bastante seguros:

1. La estructura ósea del cuerpo (la estructura constitucional) está relacionada con la personalidad a través del temperamento, puesto que el

²⁶ Su obra capital, *Physiognomische Fragmente zur Beförderung der Menschenkenntniss und Menschenliebe*, aparecida en 1783-87 en tres volúmenes, ha sido vuelta a publicar muchas veces. Antes de esa fecha, en 1772 y 1775, aparecieron otras ediciones de la obra bajo títulos diferentes. Una buena exposición al respecto se encontrará en E. Utitz: *Charakterologie*, págs. 55-60.

²⁷ En *Gespräche mit Eckermann* y en *Dichtung und Wahrheit*, Goethe describe vívidamente la forma evangélica en que Lavater practicaba su arte entre la gente de las calles y en las iglesias.

²⁸ G. W. Allport y P. E. Vernon: *Studies in Expressive Movement*, 1933. El tema es discutido más extensamente en el capítulo XVII del presente volumen.

habitus físico y el temperamento son ambos productos del quimismo corporal.

2. En casos de desequilibrio glandular extremo, es probable que existan severos trastornos emocionales y cambios correspondientes en la personalidad. Pero las personalidades "tiroideas" o "eunucoideas" se presentan sólo en los casos serios de mal funcionamiento glandular.

3. Dentro del campo del normal funcionamiento glandular (y estructura corporal) otras influencias causales son factores mucho más importantes en la determinación del desarrollo de la personalidad que el "tipo constitucional".

4. Dentro del campo de la normalidad la estructura física está asociada sólo *indirectamente* con la personalidad. Los cuerpos fuertes, bien formados y aprobados socialmente, predisponen a los individuos (en especial en la juventud) para desarrollar rasgos de personalidad extravertidos, realistas, sociables; inversamente, físicos frágiles, malformados o marcadamente atípicos, tienden (en respuesta a las normas sociales y ambientales) a producir personalidades introvertidas, intelectuales o artísticas. Este descubrimiento atiende a muchas de las pruebas de Kretschmer, pero ofrece una teoría totalmente diferente (una teoría ambientalista más que nativista) para explicar la asociación del físico y la personalidad dentro del campo de lo normal.

5. La musculatura del cuerpo refleja mejor que su estructura ósea la influencia de las experiencias vitales y, en consecuencia, en base a las configuraciones faciales y posturales se puedan sacar conclusiones más seguras respecto a la personalidad que si se toma en consideración la estructura constitucional (por ejemplo, una persona muy educada o un degenerado pueden ser identificados más fácilmente atendiendo a las configuraciones musculares que a la estructura constitucional).

6. Al hacer inferencias en base a la configuración muscular y la expresión facial es necesario "leer a través" de determinantes no-personales tales como la pertenencia a una raza, las costumbres locales y los tipos universales de expresión emocional instintiva. La personalidad es sólo uno de los factores que afectan la conformación de las facciones, la postura o el movimiento.

7. Existe una considerable coherencia entre los caracteres expresivos del cuerpo.

Estas conclusiones son retomadas y ampliadas en el capítulo XVII.

LA FRENOLOGÍA

En contraste con las tres escuelas anteriores, la frenología es exclusivamente una doctrina moderna; no hace todavía un siglo y medio que fue

enunciada por primera vez por Franz Joseph Gall (1758-1828).²⁹ Aún más que la fisiognómica, tiene su lado poco recomendable como "negocio" lucrativo de charlatanes jactanciosos. Si bien su influencia, enorme en el pasado, en la actualidad está desvaneciéndose, cuenta todavía con devotos. Aún hoy en día hay expertos en frenología y periódicos que se esfuerzan por simplificar y tergiversar alguna de las doctrinas más antiguas —ninguna de las cuales era demasiado correcta— infundiéndoles el vigor que confieren ciertos ídolos populares, como el éxito, la riqueza y la fascinación. Pero no hemos de ocuparnos de esta perversión de la psicología. La frenología tiene otra cara menos familiar pero más significativa.

La historia del origen, las premisas, el desarrollo y la declinación de la frenología ha sido relatada muchas veces.³⁰ No es necesario repetirla aquí. Ni tampoco es necesario tratar de refutar los supuestos específicos sobre los cuales Gall fundó su excéntrico sistema: la debilidad de éstos es enteramente transparente para el lector moderno.³¹ Pero aun cuando podamos dejar a un lado los muchos aspectos espurios del sistema y también su cu-

²⁹ La popularidad de la frenología comenzó en cuanto Gall dio sus primeras conferencias en 1796. Se difundió rápidamente gracias al emprendedor talento comercial del asistente de Gall, Johann Gaspar Spurzheim, quien se separó sin embargo de su maestro en 1815, escribió varias obras independientemente y dio muchos cursos en Inglaterra y en el continente. En 1832 Spurzheim se trasladó a Norte América donde disertó ante auditorios numerosos, fue bien recibido en Harvard y murió en Boston.

La obra capital de Gall apareció en cuatro volúmenes entre 1810 y 1819 bajo el título de *Anatomie et physiologie du système nerveux en général, et du cerveau en particulier, avec observations sur la possibilité de reconnaître plusieurs dispositions intellectuelles et morales de l'homme et des animaux par la configuration de leur têtes*. En 1822-25 Gall publicó una edición revisada en seis volúmenes bajo el título de *Sur les fonctions du cerveau*, etc. La edición norteamericana en seis volúmenes, *On the Functions of the Brain*, etc., fue publicada en 1835.

El nombre de "frenología" fue inventado por el Dr. Thomas Forster y fue adoptado por Spurzheim en 1815. Gall mismo nunca usó el término, sino que se refería a su doctrina llamándola "organología", "cranioscopia", o más a menudo citándola como "la fisiología del cerebro".

³⁰ Exposiciones interesantes y valorativas se encuentran en E. G. Boring: *A History of Experimental Psychology*, 1929, cap. III; M. Bentley: "The Psychological Antecedents of Phrenology", *Psychol. Monog.*, 1916, N° 92; C. Blondel: *La psychophysiologie de Gall*, 1913; Mc. Q. de Grange: *The Science of Individuality*, 1923; H. D. Spoerl: "Faculties versus Traits: the Solution of Franz Joseph Gall", *Charac. and Pers.*, 1936, 4, 216-231.

³¹ Estos supuestos o "leyes", como muchas veces se los llama, se enuncian brevemente del siguiente modo:

- a) las facultades mentales son innatas;
- b) el cerebro es el órgano de la mente;
- c) la forma y el tamaño del cerebro se pueden conocer en base a la forma y medida de la cabeza o cráneo;
- d) la mente posee facultades separadas y el cerebro está compuesto de órganos separados y cada facultad mental se manifiesta por medio de un órgano cerebral separado;
- e) el tamaño de cada órgano puede ser estimado durante la vida, y, ante res-

riosa historia, quedan todavía en la obra de Gall tres contribuciones positivas que merecen aún hoy una consideración respetuosa.

En primer lugar, existe un postulado aceptable subyacente a la organología de Gall; se trata de la idea de que la mente y el cuerpo no son dos entidades independientes sino que están inextricablemente vinculados. De un modo u otro, virtualmente todas las obras contemporáneas sobre la personalidad comparten con Gall esta fe implícita en el paralelismo psicofísico. Además, fue Gall quien puso de moda esta concepción filosófica entre los caracterólogos. Sin duda, el sostener que los atributos psíquicos de un individuo tienen su raíz de algún modo en las funciones fisiológicas de su cuerpo no representa un gran avance para nuestro conocimiento. Esta idea, sin embargo, se vuelve importante cuando se la mira como un andamiaje sobre el que se desarrollará una más detallada actividad teórica y de investigación. Probablemente ningún investigador moderno duda de que por medio de descubrimientos científicos se ha de encontrar un paralelo entre pautas de personalidad y pautas de respuesta somática. "Engramas", "neurogramas", "vectores fisiológicos", "conductos víscero-corticales" son algunos de los términos propuestos en la actualidad para ayudar a establecer esta correlación. La intención de Gall era dar lugar por medio de sus estudios biológicos a una unificación conceptual de la relación mente-cuerpo, que sirviera como una ayuda para la comprensión de la personalidad humana. La mayoría de los investigadores de nuestros días querrían hacer lo mismo.

En segundo lugar, la frenología rindió un oportuno servicio al llamar la atención sobre el fenómeno de las diferencias individuales. La psicología de comienzos del siglo XIX se interesaba casi exclusivamente por la mente-en-general. Gall advirtió que los seres humanos difieren grandemente en sus gustos personales y cualidades mentales, aunque a pesar de esto esperaba, lo mismo que muchos psicólogos en la actualidad, descubrir variables básicas que pudieran dar razón de las variedades aparentemente ilimitadas de la personalidad humana. Luchó porfiadamente por establecer una lista final de las características esenciales, o como él las llamaba, de las "características primitivas" de la naturaleza humana.

Lo más importante en su búsqueda de estos elementos radicales (que terminaron por ser las famosas veintisiete facultades) es que Gall empleó un método empírico. Tal como él mismo pensaba, usó un procedimiento decididamente positivista. Comparó innumerables cráneos, estudió genios, trabajó en asilos para locos, razonó inductivamente y con la

f) tantas condiciones iguales, el tamaño es una medida del poder del órgano; todo órgano, si es predominantemente activo, imprime al cuerpo ciertas actitudes y movimientos, que denominamos su "lenguaje natural". (Tomado de George Combe: *Lectures on Phrenology*, 1847, p. 63.)

más honesta de las intenciones criticó y revisó constantemente su propia obra. Respetó los cánones del método científico mucho más fielmente que la mayoría de sus contemporáneos, y sin embargo cayó en absurdidades. Su fracaso debe ser para los devotos del positivismo una advertencia de que un *método*, en sí mismo, nunca es una garantía segura de verdad.

En la actualidad se está llevando a cabo con instrumentos diferentes una búsqueda similar de los elementos "primitivos" o básicos de la personalidad. En vez de ser el esfuerzo audaz de un solo investigador con la desventaja de un ayudante tan cabeza dura como Spurzheim, el intento moderno ha dado lugar a un llamado a la cooperación internacional entre todos los psicólogos interesados en aplicar métodos estadísticos al problema. El método, como el de Gall, ha de ser empírico, pero toda la ayuda que pueden proporcionar los tests modernos y la experimentación, junto con los servicios de las matemáticas, han de ser utilizados en la empresa.³² Se buscan "factores" y no "facultades", pero el propósito de la investigación es similar. Si esta moderna empresa ha de tener mayor éxito que Gall es algo que aún está por verse. La parte III de este volumen definirá algunos de los serios problemas a que hay que hacer frente en cualquier intento de descubrir los rasgos unitarios últimos de la naturaleza humana.

La tercera contribución meritoria de la obra de Gall es la más importante pero la menos comprendida de todas. Tiene que ver con la naturaleza de las unidades de personalidad (las "facultades") de que se ocupó. En la psicología contemporánea existe ciertamente un prejuicio contra la psicología de las facultades en todas sus formas. lo que constituye en verdad una circunstancia infortunada puesto que un prejuicio tan general impide una crítica equilibrada y un juicio selectivo. Es un hecho que existen muchas variedades de psicología de las facultades, y Gall es seriamente desfigurado cuando se lo identifica con otras psicologías de las facultades corrientes a comienzos del siglo XIX. Situado por sus críticos en el mismo campo que Wolff, Stewart, Reid y Hutcheson, Gall ha sido injustamente condenado junto con ellos al olvido.³³

La acusación de que Gall imitaba a los psicólogos de las facultades de su tiempo es falsa. Una y otra vez atacó a Wolff y a otros psicólogos del continente. Miraba sus listas *a priori* de facultades como totalmente des-

³² C. Spearman: *Xth. Congress of Psychology*, Copenhagen, 1932. Un informe reciente acerca de esta investigación en cooperación es el artículo de K. J. Holzinger: "Recent Research on Unitary Mental Traits", *Char. and Pers.*, 1936, 4, 335-343.

³³ Wundt, por ejemplo, sostenía que Gall había realizado simplemente una caricatura de las facultades de Wolff (*Gehirn und Seele*, 2a. ed., 1906, 145-148). Del mismo modo, James afirmó que Gall "consideró la psicología de las facultades como la última palabra en el aspecto mental y tras adoptarla no hizo ningún análisis psicológico ulterior." (*Principles of Psychology*, I, 27.) ¿Cómo pudieron estos

provistas de valor y aplicaba lo que creía que era un método estrictamente empírico y mucho más correcto para descubrir las unidades realmente radicales del carácter. Ante todo, buscó facultades que fueran independientes entre sí. Ningún otro psicólogo de las facultades pretendía que sus facultades fueran independientes y ninguno buscó, tal como lo hacía Gall, establecer las facultades inductiva y empíricamente por medio del examen directo de innumerables casos individuales. Pero la diferencia principal entre la psicología de Gall y las otras reside en el hecho de que él quería servirse de las facultades para dar razón de las *diferencias existentes entre los hombres*. "Necesitamos facultades", escribió, "cuya diferente distribución debe determinar las diferentes especies de animales y cuyas diferentes proporciones deben explicar las diferencias en los individuos".³⁴ Todos los otros psicólogos de las facultades querían establecer *facultades universales*, tales que dieran razón de las operaciones mentales de todos los hombres. No tenían ningún interés en las diferencias individuales y menos aún en el problema de la organización de personalidades únicas. Al considerar este problema Gall se anticipaba en un siglo a su tiempo.

Este punto que estamos tratando es suficientemente importante como para merecer una ilustración. La "percepción", por ejemplo, no aparece en la lista de las facultades de Gall, mientras que figura en las listas de Reid y Stewart (cf. las listas en el cuadro de la p. 101). Para estos últimos era evidente que la percepción es un placer básico de todas las mentes, lo que sin duda es verdad. Pero para Gall, la universalidad de la percepción la descalificaba como cualidad radical (diferenciador). Él hubiera argüido que tal proceso básico es común al ejercicio de *todas* las facultades; su papel es meramente atributivo; no es una unidad caracterológica. En base a esto repudió no sólo la percepción sino también muchas otras facultades universales propuestas por sus contemporáneos.

fundadores de la psicología moderna reconciliar sus cargos con el hecho de que Gall haya condenado repetidamente la psicología de las facultades bajo la forma en que ésta era familiar para él? (Cf. Gall: *On the Functions of the Brain*, vol. III, pp. 82-86).

James atribuye el descrédito de la frenología a la vaguedad y la vastedad de sus facultades que, según él, no sólo denotaban falta de fineza analítica, sino que también habían sido concebidas como otras tantas "almas" auto-activas separadas u *homunculi*. Para James, al igual que para los modernos especificistas, las facultades debían haber sido analizadas de modo de reducirlas a elementos más simples, de carácter sensorio-motor. "Una ciencia de la mente debe reducir a sus elementos las manifestaciones tales como la *filoprogenitividad*" (*Principles*, I, 27).

Es verdad que Gall no redujo sus 27 funciones a elementos más simples, pero esta omisión constituye la verdadera razón por la cual su lista de las cualidades humanas parece más en concordancia con el carácter estructurado de la personalidad, tal como ésta se nos aparece en la vida real, que el abigarrado surtido de hábitos, reflejos condicionados y otros elementos sensorio-motores en base a los cuales la psicología reciente ha tratado vanamente de crear una caracterología científica.

³⁴ Gall: *On the Functions of the Brain*, vol. I, p. 88.

Así, por ejemplo, escribió: "En ninguna parte encontramos que un hombre o una mujer sea celebrado por poseer la inteligencia, la voluntad, por la atención, la comparación, el deseo... Todo hombre, excepto un idiota, posee todas estas facultades. En cambio, no todos los hombres tienen el mismo carácter intelectual o moral."³⁵ Lo que se necesita, concluye, es encontrar unidades "primitivas" que han de dar razón de las distinciones y no meramente de las semejanzas entre los seres humanos.³⁶

La mayoría de los discípulos de Gall no percibieron la importancia de su distinción entre los atributos universales, nomotéticos, de la mente y las facultades concretas y distintivas que tan esforzadamente éste trató de descubrir. Sus seguidores, de los cuales es un buen ejemplo Spurzheim, fueron atraídos por las aplicaciones pseudo-prácticas de la frenología. Una excepción a esta regla es von Struve, quien con toda claridad volvió a poner en su punto el problema y dijo: "Cuando especifico adecuadamente cada una de las treinta y cinco cualidades frenológicas de un hombre,³⁷ he puesto el fundamento para un registro gráfico del carácter, a partir del cual se puede trazar su dirección tanto en sus aspectos más amplios como en el detalle y también en relación con factores intelectuales y morales. Pero si, con la escuela antigua, hablo en general y sólo de la vida de la experiencia, del sentimiento y otras cosas por el estilo, con todo eso arrojo poca luz sobre el asunto."³⁸ Otro perspicaz lector de Gall fue Thomas Hyde, quien como alumno del último curso en la universidad de Harvard presentó a William James una tesis de honor comparando los méritos de la frenología y la psicología, que entonces era una joven ciencia experimental. En su escrito concluía que "el establecimiento de poderes primitivos fue fundamentalmente la obra de la frenología" mientras que la psicología "parece más capaz de establecer lo general o universal que lo específico o individual." En consecuencia, concluye: "después de una cuidadosa consideración de lo que cada una pretende lograr, hemos dado nuestra adhesión a la frenología."³⁹ Según se nos informa, este ensayo fue favorablemente comentado por James, pero la fundamental

³⁵ Loc. cit.

³⁶ La oposición entre "facultades universales" y "facultades primitivas" es discutida más ampliamente en H. D. Spoerl: "Faculties or Traits: The Solution of Franz Joseph Gall", *Char. and Pers.* 1936, 4, 216-231. Este estudio muestra una excelente apreciación de la importancia de la obra de Gall para la psicología de la personalidad. La facilidad con que muchos psicólogos confunden la concepción de las facultades que tenía Gall con la de los predecesores de éste se debe al hecho de que piensan el problema en términos de la mente-en-general. No alcanzan por eso a comprender el interés último de Gall por la mente-en-particular.

³⁷ Las 27 facultades de la lista original de Gall fueron convertidas en 35 por Spurzheim y en 42 por Combe y otros de sus continuadores.

³⁸ G. von Struve: *Phrenologie in und ausserhalb Deutschland*, 1843, p. 51.

³⁹ Thomas A. Hyde: *How to Study Character*, 1884, pp. 170 y sig.

CUADRO COMPARATIVO DE LAS FACULTADES

THOMAS REID, 1780	DUGALD STEWART, 1827	FRANZ JOSEPH GALL, 1810
<i>Poderes activos</i>	<i>Poderes activos</i>	<i>Facultades determinadas</i>
Auto-preservación	Propensión a la acción y al reposo	
Mantenimiento de hábitos	Hambre y sed	
Hambre y sed	Sexo	Instinto de generación (1)
Placer	Apetito adquirido de drogas	
	Deseo de sociedad	
Instinto de imitación	Instinto de imitación	Mimetismo, imitación (25)
Lenguaje		Memoria verbal (14)
Deseo de poder	Ambición	Vanidad, ambición (9)
Autoestima	{ Amor por sí mismo	Orgullo, autoestima (8)
Deseo de conocimiento	{ Confianza en sí mismo	Educabilidad (11)
Afecciones familiares	{ Deseo de conocimiento	Amor por la descendencia (2)
Gratitud	{ Afección parental	
Misericordia y compasión	{ Afección filial	
	Gratitud	
	{ Misericordia	
	{ Simpatía	
Estima de lo sabio y bueno	Benevolencia universal	Buena naturaleza (24)
	Deseo de estima	
Amistad	Veracidad	
Afección sexual	Amistad	Amistad, afecto (3)
Espíritu público	Afección sexual	
Emulación	Patriotismo	
Resentimiento racional }	Deseo de superioridad	
Resentimiento animal }	Resentimiento	Coraje, autodefensa (4)
Bien trascendente	Interés	
Deber	Sentido del deber	
Veneración	Veneración	Teosofía, religión (26)
	Esperanza	
	Decencia, consideración a)	Firmeza de carácter
Imaginación (—invención)	carácter	
	Imaginación	Poesía (23)
	Instinto de construcción	Aptitud mecánica (19)
	Sentido de la similitud	
	y del contraste }	Ingenio (22)
	Sentido del ridículo }	
Belleza	Memoria para los colores	Sentido de los colores (16)
	Tiempo	
	Música	Música (17)
		Deseo de destruir (5)
		Astucia (6)
		Sentimiento de la propiedad (7)
		Cautela (10)
		Matemáticas (18)
<i>Poderes intelectuales</i>	<i>Poderes intelectuales</i>	
Los cinco sentidos y su facultad de percepción	Los cinco sentidos y su facultad de percepción	

CUADRO COMPARATIVO DE LAS FACULTADES (Continuación)

THOMAS REID, 1780	DUGALD STEWART, 1827	FRANZ JOSEPH GALL, 1810
Medida y novedad	Forma { Medida { Novedad Localización Lenguaje	Memoria para las personas (13) Memoria local (12) Memoria para los lenguajes (15)
Memoria Juicio y razón Abstracción	Memoria Juicio y razonamiento Abstracción	Sagacidad comparativa (20, Profundidad metafísica (21)
Concepción	Concepción	
Sentido moral	Atención Sentido moral Asociación de ideas	

(Tomado de H. D. Spoerl, op. cit., Duke University Press, p. 222. La numeración de las facultades de Gall está entre paréntesis; él fue el único que usó números.)

distinción que en él se establecía entre facultades caracterológicas y universales, en apariencia no fue apreciada por éste, ya que no la utilizó en su propia crítica de la frenología.

Por clara que fuera la intención de Gall, hay que admitir que no logró un éxito uniforme en sus realizaciones. Algunas de las facultades citadas en el cuadro de Spoerl representan evidentemente un paralelo de las facultades de los escoceses y reflejan por eso las mismas abstracciones correspondientes a la mente generalizada más bien que unidades caracterológicas bien delineadas. La *memoria para los idiomas* es un ejemplo; el *sentido del color* es otro. Sin duda Gall contestaría que incluyó en su lista esas facultades porque le parecieron representar *cualidades* cuya variación cuantitativa podía ser razón efectiva de diferencias en el carácter, ya que si estas facultades atributivas son intensas operan también como facultades caracterológicas (distintivas). Sean cuales fueren los méritos de su réplica, Gall es culpable de confundir las facultades pasivas (intelectuales), o sea las aptitudes y habilidades, por un lado, con las integraciones de carácter activas, conativas, por el otro. En verdad sólo estas últimas cumplen las exigencias que Gall señalaba para las unidades "primitivas".

Mirando hacia atrás resulta bastante fácil ver qué hubiera debido hacer Gall para cumplir su admirable propósito de construir una psicología de la individualidad. Hubiera tenido que repudiar el término "facultad", por estar éste demasiado cargado con un significado totalmente

distinto del que él pretendía darle. Luego hubiera debido ir más allá de la mera distinción teórica entre el método de análisis universal y el método caracterológico, llevando así a la práctica más coherentemente su convicción. Sólo haciendo esto habría podido mostrar que el primer tipo de facultades representa una abstracción indeseable y que el último sigue en principio las organizaciones personales concretas de la naturaleza. Habría tenido que eliminar de su lista las aptitudes y talentos intelectuales más completamente de lo que lo hizo y hubiera debido limitarse al tipo de sistemas personales-conativos, que hoy conocemos con el nombre de intereses, sentimientos, valores y rasgos. Este paso lo habría alejado de sus otros dos errores más serios, esto es, de la suposición de que cada una de las unidades que eligió es independiente de todas las otras y de la suposición igualmente falsa según la cual toda cualidad radical del carácter es innata y "resiste a la educación."

La creencia de Gall de que la personalidad está naturalmente organizada en disposiciones más o menos sistematizadas, cada una de las cuales expresa la individualidad de la conducta adaptativa, es enteramente aceptable. Liberada de sus muchos adornos falsos (el mito de los órganos correspondientes, su tendencia innatista, sus ordenamientos numéricos y sus ocasionales e incoherentes concesiones a la psicología de las facultades prevaleciente en aquella época) serviría como un admirable punto de partida para una psicología moderna de la personalidad, fundada sobre una clara concepción de la naturaleza de los rasgos.

LA ETOLOGÍA Y EL ESTUDIO DE LOS SENTIMIENTOS

Bajo el nombre de "Etología" John Stuart Mill propuso la formación de "una ciencia exacta de la naturaleza humana".⁴⁰ Ésta debería ocuparse del carácter humano y tendría que estar establecida sobre los seguros fundamentos de una ciencia general y abstracta de la psicología. Su material habría de consistir en la sabiduría empírica del sentido común, en descripciones de tipos personales de conducta, pero sus principios explicativos debían ser derivados de la ciencia psicológica. Esta distinción entre descripciones del carácter y explicaciones del carácter es de considerable importancia.⁴¹

Según Mill, sólo los principios *explicativos* de la caracterología pueden ser derivados de la ciencia de la psicología. Sus datos deben ser toma-

⁴⁰ J. S. Mill: *System of Logic*, 1843, Libro VI, cap. V.

⁴¹ La distinción es la misma que establece Lewin entre el fenotipo ("el fenómeno inmediatamente perceptible") y el genotipo ("el condicionamiento genético"). A lo largo de toda la psicología de la personalidad la oposición entre *fenómeno* y *causa* reaparece constantemente.

dos de la vida y no del experimento. La experimentación con el carácter humano es para él imposible. Para realizar tales estudios sería necesario criar y educar individuos en completa soledad, conociendo y controlando todo factor condicionante desde la infancia hasta una edad madura. (¡Las condiciones que Mill requería para un experimento eran mucho más estrictas que las de hoy en día!) Existen, en cambio, innumerables colecciones de sabiduría proverbial referente a las características humanas. Ese material puede encontrarse en máximas y adagios y en la literatura de todos los tiempos. Las generalizaciones empíricas de este tipo expresan tendencias y no hechos. Se dice, por ejemplo, que la fuerza física tiende a hacer valientes a los hombres, no que siempre los haga valientes; eso sólo ocurrirá si no intervienen contra-influencias. Y una acumulación de tal sabiduría empírica adquiere valor si se logra referirla a leyes psicológicas y se puede de este modo registrarla situándola dentro de un marco de explicaciones "causales". "A menos que se haya descompuesto la ley empírica en las leyes de las causas de las cuales ésta depende y nos hayamos asegurado que esas causas se aplican al caso que tenemos en vista, no podemos tener confianza alguna en nuestras inferencias."⁴² Las verdades realmente científicas no son, en consecuencia, estas leyes empíricas sino las leyes causales que las explican.

"Se constituye así una ciencia para la cual propondría el nombre de etología o de ciencia del carácter, de *ηθος* que es la palabra que más concuerda con el término carácter tal como yo lo uso aquí. Desde el punto de vista etimológico quizá el nombre sea aplicable a toda la ciencia de nuestra naturaleza mental y moral; pero si, como es usual y conveniente, empleamos el nombre de psicología para la ciencia de las leyes elementales de la mente, el de etología servirá para la ciencia ulterior que determina el tipo de carácter producido en conformidad con estas leyes generales por cualquier conjunto de circunstancias, físicas y morales."⁴³

Mill advierte que la psicología general no está en condiciones de ocuparse del carácter. Esta ciencia sólo proporciona un conjunto de leyes aplicables a la explicación del carácter. Estamos aquí frente a la misma idea que sostenía Wundt (p. 22), quien consideraba la ciencia de la caracterología como un suplemento de la psicología general. Mill escribía antes que Bahnsen hubiera acuñado el término "caracterología" y por lo tanto no podía servirse de él.

Refiriéndose a las muchas máximas concernientes al carácter con que se podía contar y a los grandes avances de la psicología general, Mill afirma que la creación de esta nueva ciencia ha llegado al fin a ser practicable. "Las leyes empíricas destinadas a verificar sus deducciones han

⁴² Libro VI, cap. V, secc. 2.

⁴³ Ibid., secc. 4.

sido forzadas en abundancia por todas las épocas sucesivas de la humanidad y las premisas para las deducciones están ahora suficientemente completas.”⁴⁴

¿Cuáles eran las premisas que estaban suficientemente completas? ¿Qué principios causales podía ofrecer la psicología de la época de Mill? Cuando se contesta esta pregunta queda claro inmediatamente por qué la etología no hizo ningún avance en los cincuenta años que siguieron a la publicación del programa de Mill. El asociacionismo, el principio según el cual estados fragmentarios de conciencia suscitan otros estados fragmentarios, era la única herramienta “explicativa” de la psicología y esta herramienta era desastrosamente inadecuada para dar razón de la galaxia de intereses, motivos, conflictos y pasiones humanos, que son las fuerzas esenciales en la formación del carácter. En la época de Mill la psicología era intelectualista, apolínea, y, hasta el momento en que bajo la influencia de Schopenhauer, Darwin, Freud y McDougall alteró radicalmente su punto de vista dirigiendo su visión hacia los motivos irracionales de los hombres, no existieron premisas suficientemente completas como para permitir la realización de lo que proponía Mill.

Fue Alexander Shand quien sometió el método de Mill a su única prueba adecuada. Siguiendo las instrucciones de Mill reunió innumerables proverbios, máximas y citas literarias referentes a la naturaleza humana. Pero sus “premisas para la deducción” no las estableció de acuerdo con las leyes de la asociación, sino según la teoría de los sentimientos.⁴⁵ Fuera del uso de este nuevo tipo de explicación psicológica, su método sigue exactamente el plan de Mill. Shand deduce 144 leyes para los “fundamentos del carácter” bajo la guía de su ley básica, según la cual “todo sentimiento tiende a formar un tipo propio de carácter.”⁴⁶ Las leyes individuales se refieren a los cursos típicos que los sentimientos principales toman en la vida humana. Así, por ejemplo,

(Ley 116) *La esperanza siempre tiende a hacer aparecer el futuro mejor que el presente.*

Luego “verifica” cada ley por la sabiduría común y los adagios, de acuerdo con la exigencia de Mill, según la cual la “verificación *a posteriori* debe

⁴⁴ Ibid., secc. 6.

⁴⁵ En 1896 Alexander Shand publicó en *Mind* un artículo en el que explicaba las líneas generales de su teoría, pero hasta 1915 no apareció su libro *Foundations of Character*. Entre estas dos fechas, Stout y McDougall habían hecho importantes contribuciones a la teoría de los sentimientos. Cf. W. McDougall: “Organization of the Affective Life. A Critical Survey”, *Acta Psychologica*, 1937, 2, págs. 233-346.

⁴⁶ Op. cit., p. 123.

proceder *pari passu* con la deducción *a priori*.”⁴⁷ En el caso de esta ley particular, Shand ofrece entre otras pruebas la autoridad de Shakespeare:

La verdadera esperanza es veloz y vuela con alas de golondrina,
A los reyes hace dioses y a las criaturas más humildes, reyes.

La mayor debilidad del procedimiento de Shand es su arbitraria selección de proverbios y máximas que confirmaran sus afirmaciones. Por grande que fuera el avance que representaba el insistir en los factores dinámicos y emocionales como fundamentos del carácter, el que se atendiera sólo a los sentimientos limitó indebidamente la base genotípica con la cual los psicólogos deben trabajar. En cuanto a la sabiduría proverbial, ésta es notoriamente ambigua. Todo proverbio que afirma un tipo de suceso parece engendrar otro que lo niega. Se dice que “cuando se dobla el vástago, se inclina el árbol”, pero también que “un joven monje hace un viejo demonio”. Goethe escribió: “Los débiles tienen a menudo sentimientos revolucionarios”; pero G. B. Shaw ha sostenido que “un hombre que no es revolucionario a los veinte años es un ser inferior.”

La contribución positiva de Shand reside en su reconocimiento de que las disposiciones emocionales sistematizadas son las unidades funcionales de las que está compuesta la personalidad (o como él prefiere decir, el carácter). Como Gall, Shand buscó unidades que diferenciaban a los hombres entre sí respecto a estas complejas funciones afectivas y conativas, que son los sistemas últimos de la conducta adaptativa. Sin embargo, básicamente su interés es nomotético, pues por medio de la combinación de los *mismos* sentimientos comunes en todos los hombres y con la ayuda de las *mismas* ciento cuarenta y cuatro leyes espera dar razón de todas las manifestaciones de la individualidad. Su enfoque es importante debido a la elección de una unidad dinámica, como el sentimiento; pero no es completamente personalista y su falta de atención a todas las nociones psicológicas fuera del concepto de sentimiento es muestra de falta de visión.

Una doctrina similar a la de Shand, aunque edificada sobre una base psicológica más adecuada, es la teoría de la personalidad de McDougall. Aquí también el “sentimiento” es el concepto cardinal. El sentimiento es en sí mismo una tendencia afectiva de compleja organización, que surge del instinto y de la emoción pero que se vincula por la experiencia a cierto objeto o a cierta clase de objetos. En sí mismos los diversos sentimientos pueden obstruirse los unos a los otros o entrar en conflicto entre sí, a menos que se los incluya en un solo sistema dentro del cual sus impulsos estén armonizados. Esta integración comprensiva es el “carácter” y llega a constituirse merced al desarrollo de un sentimiento superior de

⁴⁷ Mill: op. cit., cap. V, secc. 6.

“auto-consideración”, que toma la forma de una devoción auto-consciente a ciertos ideales elegidos por la persona, con los cuales ésta se identifica. Esta devoción a ciertos ideales no sólo domina y armoniza todos los otros sentimientos, sino que también es capaz de ampliación y cambio, de tal modo que queda asegurado un crecimiento continuo y coherente de la personalidad. Si no se logra organizar el sistema de unidades-sentimientos en una jerarquía, con el sentimiento de autoconsideración “en la cima”, ese fracaso conduce al conflicto mental, a la neurosis y en casos extremos a la psicosis.⁴⁸

Otros dos escritores del siglo pasado acentuaron, antes que Shand y McDougall, el papel de los intereses dominantes o “pasiones conductoras” como agentes que confieren unidad a la personalidad. Uno de ellos, Alexander Bain, conocía bien la historia de la caracterología. Se ocupó de sus predecesores haciendo una apreciación y una crítica de la obra de éstos y llegó a preparar una traducción original de los *Caracteres* de Teofrasto.⁴⁹ El sugestivo plan de Mill respecto a la etología le inspiró otro programa para la caracterología, el cual, según pensaba, estaría “más de acuerdo con el estado presente de nuestro conocimiento de la constitución humana.”

Los fundamentos de la doctrina de Bain eran las tres venerables facultades de la emoción, la volición y el intelecto, derivadas originalmente de la división tripartita del alma humana que hiciera Platón. Bain veía estas facultades como otros tantos canales para el flujo de la “energía psíquica”. Cada hombre tiene una cantidad característica de esta energía, que puede ser despilfarrada o aprovechada. Cuando no se la gasta meramente al azar (como en el juego), es dirigida intencionalmente hacia la actividad emocional, volicional (muscular) o intelectual. Resulta entonces que la naturaleza de un hombre es determinada por el predominio de uno u otro de estos tres canales. “Dado que la naturaleza humana es limitada, si la vitalidad que uno posee se dirige en gran medida a los órganos activos, sólo una pequeña proporción ha de ir a las otras partes.”⁵⁰ Esta concepción a lo “caldera de vapor” tiene como inevitable consecuencia una doctrina de los tipos en la que aparecen hombres *mentales*, *motores* (hombres de acción) y, finalmente, hombres *vitales* (sensuales).

La caracterología popular y comercial de nuestros días emplea esta triple distinción, complementando a menudo los tipos con atrevidos paralelos fisiognómicos. Por ejemplo, se dice que el tipo mental posee una cara alargada o triangular, que el tipo motor tiene rasgos cuadrados y agresivos y el tipo vital un rostro redondo y flojo.

⁴⁸ W. McDougall: *Outline of Abnormal Psychology*, 1926, esp. págs. 525 y sig.

⁴⁹ Alexander Bain: *On the Study of Character*, 1862.

⁵⁰ Alexander Bain, op. cit., p. 201.

La falacia de Bain reside en la suposición de que existe una cantidad constante de "energía psíquica", que si es absorbida por un canal fluirá necesariamente en condiciones insuficientes por los otros canales y conformará la personalidad de acuerdo con su flujo. La tipología resultante parece demasiado pobre en sus variedades y poco convincente en su selección de canales y en su teoría de la energía. Tiene sin embargo el mérito de reconocer el estudio de los motivos e intereses dominantes como el problema central de la psicología de la personalidad.

Otro caracterólogo que acentuó la importancia del interés dominante o "pasión conductora" es Charles Fourier (1772-1837). Su análisis de las pasiones humanas le sirvió como base para la compleja filosofía social y doctrina de reforma por la cual es famoso.⁵¹

Las complicaciones y excentricidades de la clasificación de los tipos humanos propuesta por Fourier son fascinantes. Estaba obsesionado por la posibilidad de distribuir a la humanidad en grupos regionales y vocacionales de acuerdo con su propio detallado esquema de los tipos de carácter. Las "pasiones" fundamentales de los hombres son de tres clases (sensitivas, afectivas, distributivas), pero éstas deben ser divididas a su vez en 12 órdenes, 32 géneros, 134 especies, 404 variedades. Si se las refunde en tipos de carácter, resultan 810. Dos tercios de estos tipos son "monogynos", esto es, individuos que sólo tienen un motivo dominante, unos pocos son "digynos" (con dos motivos dominantes). Los hombres de motivos múltiples, dotados de penetración comprensiva y sabiduría, son todavía menos y su número disminuye a medida que aumenta el número de motivos, si bien ocasionalmente (dos veces en 29.222 casos) se encuentra un "omnigyno". Y otro cómputo permite descubrir que hay una calidad de carácter que existe cuatro veces en tres billones de personas: se trata del "super-omnigyno". Hablando modestamente del logro que él mismo había alcanzado al descubrir esta clasificación, Fourier escribe: "Este excelso grado tiene la singular propiedad de descubrir, casi por inspiración, las leyes de la armonía. Yo debo ser necesariamente de este grado, puesto que he llegado a él sin ninguna ayuda"

Los hombres pueden ser clasificados no sólo atendiendo al número de motivos dominantes que poseen, sino también de acuerdo con la naturaleza de esos motivos. Los motivos son "dominantes" o "tónicos". Los primeros son los propósitos conductores y los últimos confieren color, sabor y estilo en la ejecución del propósito. Cierta rey de Sajonia, nos cuenta Fourier, acostumbraba redactar en el último día del año un plan de actividad para cada día del año siguiente. "El primero de marzo iré a cazar; el dos

⁵¹ Charles Fourier: *The Passions of the Human Soul*, trad. de 1851, dos vol. Véase también A. A. Roback: *The Psychology of Character*, cap. X.

de abril ocuparé el día en pescar; el tres de mayo reuniré el Consejo de Estado..." Según Fourier este metódico rey tenía una "dominante" de ambición y una tónica de "estabilidad". Esta extraña doctrina contiene una lección de importancia. Ninguna psicología de la personalidad puede elaborarse

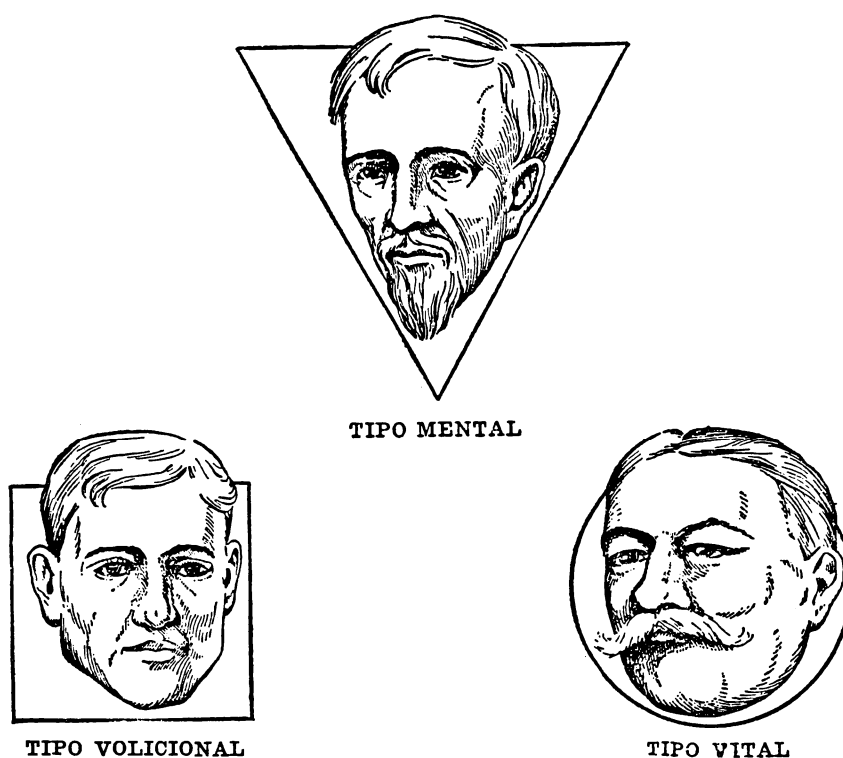


FIGURA 10

Representaciones fisiognómicas de los tipos de Bain (tal como se encuentran en las formas populares de "análisis del carácter"). La exagerada simplificación se pone de manifiesto en la elección de tipos físicos extremos y en el uso de líneas faciales y barbillas que acentúan las facciones. Por lo demás, no se ofrece ninguna prueba de la validez de estos tipos. Reproducido de *Psychology*, 1925, 4, p. 41, con autorización.

exclusivamente en términos de propósitos, fines, necesidades o instintos. Estas "dominantes" dejan por completo fuera de consideración la manera o el estilo personal de acuerdo con el cual es realizado el propósito. Los hombres tienen muchas formas de expresar la ambición. La personalidad no sólo implica intención sino también ciertos modos habituales e individuales de alcanzar los objetivos elegidos; no sólo implica los determinantes dominantes sino también los determinantes tónicos. La necesidad de tal deter-

minación dual fue vista con claridad por Fourier; la reconoce asimismo Stern al distinguir en la personalidad las *Richtungsdispositionen* y las *Rüstungsdispositionen*. La relación entre estos "rasgos conductores" y "rasgos directivos" es discutida más completamente en el capítulo XII.

Fourier pensaba que había inventado una "ciencia dotada de un atractivo concreto, aplicable a las necesidades de toda la raza humana", que habría de "poner fin a sus miserias padecidas durante tan largo tiempo." Si la sociedad estuviese organizada de tal modo que empleara los talentos de sus miembros de acuerdo con el plan de clasificación de Fourier, resultaría un gran acrecentamiento de la producción. Por ejemplo, con el producto de la venta de huevos de gallina se podría saldar en seis meses la deuda nacional de Inglaterra, siempre que la crianza de las aves de corral fuera dejado en manos de los monogynos apropiados para esta tarea.

Pese a lo excéntrico que es, este esquema de Fourier tiene tres méritos. En primer lugar, sirve como advertencia contra las tipologías excesivamente detalladas. Las divisiones y subdivisiones pronto se vuelven incontenibles y ni el autor ni el lector pueden trabajar con una tipología cuyas ramificaciones exceden la capacidad de manipulación de cualquiera. No bien se muestran las insuficiencias de una tipología, surge la tentación de completarla por la subdivisión. En última instancia el proceso lleva a los pantanos de la confusión. Una segunda contribución de Fourier, ésta más positiva, es el énfasis que, al igual que Shand, McDougall y Bain, pone sobre el *motivo dominante* al presentar éste como el factor integrador y distintivo de la personalidad.⁵² Finalmente, la distinción que establece Fourier entre "pasiones" tónicas y dominantes supone el reconocimiento de ambas como fenómenos importantes, que no son por entero independientes unos de otros pero que de ningún modo son idénticos.

EL COMIENZO DE LA CARACTEROLOGÍA EXPERIMENTAL

Durante el siglo XIX la literatura caracterológica se mostró rica en la observación y la hipótesis, pero ningún escritor anterior a 1884 propuso la aplicación al estudio de la personalidad de los métodos experimentales de la psicología, que en ese entonces estaban desarrollándose. Es verdad que los fisiognomistas y los frenólogos dedicaron mucho tiempo a examinar gente, pero para sus fines importaba poco que las personas estudiadas estuvieran muertas o vivas; en ningún caso llevaron a cabo sus exámenes bajo lo que hoy se llama "condiciones controladas".

⁵² El aforismo "Un hombre se define por sus gustos" se adecua muy bien a este tipo de teoría. Hoy en día es aceptado por muchos caracterólogos. (Cf. Havellock Ellis: *The Dance of Life*, 1923, p. 336; también E. Stern: "New Ways of Investigating the Problems of Personality", *Psyche*, 1923, 3; 358-366.)

John Stuart Mill, esto hay que recordarlo, repudió el método experimental como inadecuado para el estudio de la personalidad. Su ciencia de la etología podía haber sido desarrollada por un recluso que no dirigiera siquiera una mirada sobre otro ser humano ni tampoco sobre sí mismo, siempre que tuviera acceso a los proverbios y a los tratados de psicología teórica. Tampoco el interés rápidamente creciente por la psicología experimental, que en 1879 se materializó en un laboratorio psicológico en Leipzig, contaba a la personalidad entre sus objetos de estudio. Su más íntimo acercamiento a la personalidad consistía en la "ecuación personal", en los tiempos de reacción y en otras funciones nomotéticas igualmente simples.

Fue Sir Francis Galton, el pionero en tantos campos de la psicometría, quien por primera vez propuso explícitamente que las normas de la experimentación fuesen aplicadas directamente al estudio de formas personales, particulares, de conducta. Su trabajo sobre genios y gemelos y sus estudios introspectivos de su propia conducta, le hicieron adquirir la convicción de que todas las acciones del hombre "parecen estar incluidas claramente en el campo de la causa y consecuencia normales" y esto le permitió concluir que "el carácter que configura nuestra conducta es un «algo» definido y duradero y que por lo tanto es razonable intentar medirlo."⁵³ Uno de los métodos de medida propuestos por Galton es la evaluación de las cualidades humanas complejas. Señaló que los maestros, en especial, tenían una envidiable oportunidad para establecer la frecuencia y estimar la intensidad de las respuestas de miedo, enojo, lealtad y ambición de sus alumnos. Había que establecer pautas para el desarrollo del carácter en las sucesivas edades. Y en estas investigaciones debían ser empleados muchos métodos estadísticos, en especial los de correlación, que también fue Galton el primero en hacer utilizables. Esta decisión empirista, compartida hoy por la gran mayoría de los investigadores, por sí sola daría títulos a Galton para una posición preeminente en la historia de la caracterología. Pero su plan de emplear el verdadero experimento es aún más radical.

La observación es un proceso lento, sobre todo cuando hay que esperar que aparezcan episodios críticos en la vida. Pero "no es necesario esperar las circunstancias cruciales; éstas pueden ser provocadas; por decir así, se pueden colocar trampas". Galton da el ejemplo siguiente:

"Así, si dos personas tienen una 'inclinación' mutua, se inclinan o se desplazan visiblemente la una hacia la otra cuando están sentadas al lado —cuando se encuentran a la mesa, por ejemplo— y en consecuencia asientan su peso en las patas delanteras de sus sillas. No requiere mucha inventiva crear un aparato que mida la presión, dotado de un índice y un dial para indicar los cambios en el

⁵³ F. Galton: "Measurement of Character", *Fortnightly Rev.*, 1884, 42, 179-185.

peso, aunque es difícil darle una forma tal que cumpla la triple condición de ser eficaz, de no llamar la atención y de ser aplicable a los muebles comunes. He hecho algunos toscos experimentos, pero como estaba ocupado en otros asuntos no los llevé a cabo ni los continué tal como hubiera deseado.”⁵⁴

Este gracioso pero no menos razonable plan señala el comienzo de la caracterología experimental. El estudio del problema especial de que trata, el del movimiento expresivo, lamentablemente ha avanzado poco desde que Galton hiciera su ingeniosa sugestión. Pero en lo fundamental su fe en los procedimientos experimentales ha triunfado.

La invención y difusión de técnicas experimentales después de la época de Galton apenas alcanza a ser materia de historia. La experimentación constituye la verdadera trama de la investigación contemporánea y su historia será narrada en todos los capítulos siguientes.

RESUMEN FINAL

Del largo y variado pasado, este capítulo ha seleccionado sólo aquellas doctrinas caracterológicas que tienen alguna significación especial para el estudio contemporáneo de la personalidad. En unos pocos casos se han discutido disparates antiguos y persistentes, pero la mayoría de las veces se han señalado las contribuciones positivas.

Teofrasto vio que los pequeños actos cotidianos de los hombres manifiestan una notable coherencia interior. En su caso los “elementos” de la personalidad no eran específicos y fragmentarios; por el contrario, la única unidad de alguna importancia para él era el *rasgo dominante* del cual todo hábito del hombre recibe su significación. La Bruyère no consiguió especificar, tal como logró hacerlo Teofrasto, qué rasgos dominantes poseían sus caracteres, pero trazó retratos que reflejan un estilo de vida igualmente coherente. Las cualidades físicas, las maneras, el porte y el modo de hablar de sus sujetos constituyen una estructura compleja pero unificada.

Con mayor libertad, la poesía, el drama y la ficción retratan no sólo las coherencias sino también las incoherencias de la vida humana. Tan primorosas son sus obras maestras de caracterización, que la psicología, por contraste, parece torpe e inepta. Pero los criterios de objetividad y verificación son argumentos en favor de la psicología. La sobria exactitud es un sano antídoto contra el brillo indisciplinado. Por sí solo, cualquiera de los dos métodos es unilateral, pero juntos proporcionan un instrumento adecuado para el estudio de la personalidad.

La psicología humoral, la más duradera de todas las doctrinas de la naturaleza humana, debe su longevidad en parte a la incontrovertida afir-

⁵⁴ Op. cit., p. 184.

mación de que existe una correspondencia entre el quimismo corporal y la constitución emocional y en parte a su implícito reconocimiento de ciertas dimensiones fundamentales del temperamento.

También la fisiognómica sostiene que existen ciertas relaciones entre el temperamento y la estructura ósea. Hoy en día diríamos que esta correspondencia se debe a que tanto el desarrollo físico como la excitabilidad emocional dependen de la acción de las hormonas. En tiempos recientes Kretschmer y sus muchos seguidores han propuesto una fisiognomía nativista basada en esta última idea; pero ellos pasan por alto la influencia de la experiencia sobre el desarrollo muscular. Además de la importancia del tipo constitucional tenemos que reconocer la significación de los tipos instintivos comunes de expresión emocional, la influencia de la costumbre y la convención y el efecto de la experiencia personal en la determinación de la postura y también del movimiento. Lavater sostuvo que en última instancia todas las expresiones deben ser coherentes entre sí, porque todas proceden igualmente de la unidad y armonía de la naturaleza interna de un hombre.

La frenología acentúa aún más específicamente la correlación existente entre las cualidades personales de un hombre y su estructura corporal. Con toda seguridad, las correlaciones no son lo que Gall creía que eran. Sin embargo, el error cardinal de Gall, la "organología", impidió que sus críticos advirtieran sus contribuciones positivas y los llevó a ver su obra como una expresión de la psicología de las facultades entonces prevaleciente, a la que éste había repudiado expresamente. A Gall se le debe reconocer no sólo el mérito de haber ayudado a establecer la hipótesis del paralelismo psicofísico, de la que procede la mayoría del trabajo moderno sobre la personalidad, a más de haber creado un nuevo interés por las diferencias psíquicas existentes entre los hombres y de haber adoptado métodos positivos (por más incorrectos que sean los resultados a que llegó con ellos), sino que también hay que concederle especialmente el crédito de haber establecido la importante distinción entre facultades universales (nomotéticas) y facultades caracterológicas (primitivas). Al buscar una psicología que diera adecuada razón, no de las semejanzas que se dan entre los hombres, sino de las diferencias que entre ellos existen, llegó, sin duda en forma algo confusa, a la primera concepción sistemática de los rasgos.

Al proponer la etología como ciencia exacta de la naturaleza humana, Mill advirtió claramente la interdependencia de la psicología, la literatura y el sentido común. Al igual que Wundt, Mill quiso basar firmemente su caracterología sobre la psicología, pero dotándola de nuevos métodos y de una mayor amplitud. Shand y McDougall encontraron en los sentimientos una base adecuada para una psicología de la personalidad; éstos constituyeron un fundamento más satisfactorio que el antiguo asociacionismo. Bain

ofreció su concepción aún más simple del flujo energético, revivida y modificada por Jung y por Kempf. Gradualmente la conación y la emoción llegaron a ocupar el puesto central. En la actualidad, con el apoyo que a esta tendencia trajo Freud, es improbable que el estudio de la personalidad vuelva a caer alguna vez en las formulaciones intelectualistas del pasado.

La excéntrica doctrina de Fourier actúa como advertencia contra las tipologías complejas y detalladas. Fourier, sin embargo, llama la atención hacia la rica variedad de motivos que desempeñan papeles decisivos en el desarrollo de la personalidad. Además, la distinción que establece entre rasgos "dominantes" y "tónicos" anticipa una importante distinción moderna entre los motivos conductores de la vida y los estilos directivos o expresivos de ejecución.

Hace cincuenta años comenzó una era enteramente nueva para la caracterología cuando Sir Francis Galton abogó por primera vez en favor de la experimentación directa, al mismo tiempo que contribuía con muchas técnicas nuevas, hoy indispensables. Mill había declarado que en el campo de la personalidad la experimentación era imposible, y desde entonces muchos escépticos han estado de acuerdo con él. Sin embargo, no es la opinión de Mill sino la de Galton la que prevaleció y la que parece destinada a dominar la psicología de la personalidad durante el siglo xx.

PARTE II

EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

CAPÍTULO IV

LOS FUNDAMENTOS DE LA PERSONALIDAD

Así la Naturaleza ha creado y conformado el cuerpo del hombre de tal modo que algunas de sus partes fueran perfectas ya al nacer y otras se formaran, sin mayores ayudas externas y adventicias, al crecer éste en edad. Y en otros aspectos hizo la mente tan perfecta como el cuerpo, dotándola del sentido capaz de percibir las cosas, de manera tal que poca o ninguna ayuda resultara necesaria para complementarlo. Pero no otorgó al hombre esa facultad que es en él la más alta y excelente... de ella sólo le proporcionó los rudimentos; nada más.

CICERÓN

SÓLO CON LOS RUDIMENTOS de lo que "es más alto y excelente en el hombre" cuenta éste al nacer. El ser social y moral enteramente conformado, la personalidad adulta desarrollada, ha de esperar que se cumpla el proceso del crecimiento. La naturaleza del crecimiento es el problema crítico de la psicología de la personalidad, cuya primera exigencia es aclarar cómo el organismo biológico que encontramos en el momento del nacimiento llega a transformarse en la persona adulta, capaz de asumir su puesto en las actividades sociales extremadamente complejas propias del mundo civilizado que la rodea.

En el estado actual de nuestros conocimientos, los recursos combinados de la psicología fisiológica, genética, comparativa y social no logran darnos una respuesta completa. El material de prueba muestra claros y también contradicciones. Poco se sabe acerca de la herencia y los problemas del instinto; la maduración y el aprendizaje, pese a estar ya bastante bien formulados, aún están por resolver. Y para hacer mayores todavía las dificultades, lo que parece ser cierto en el caso de un niño no siempre lo es en otro caso; o sea que el *peso* de los factores que actúan en el crecimiento varía aparentemente de caso en caso.

Tómese, por ejemplo, un problema típico de influencia del ambiente

familiar. Si bien este factor es indudablemente poderoso, parece actuar en formas *antitéticas*. En el siguiente pasaje, el novelista Sinclair Lewis nos muestra un claro ejemplo de este fenómeno en su descripción de dos hermanos:

"Mi padre"—dijo Ora— "era un viejo vago, haragán y borrachín, y mi madre, que no sabía gran cosa aparte de cocinar, estaba además demasiado ocupada para prestarme mucha atención y todos los chicos que conocía eran un conjunto de callejeros mal hablados que andaban siempre rondando a los vagabundos por los alrededores del depósito de agua, y yo nunca tuve la oportunidad de recibir ninguna instrucción formal, y me crié abandonado a mí mismo y fui ya de chiquilín un buen pillito. Así llegué naturalmente a ser una especie de vagabundo al que no pueden preocuparle las "deudas" que tiene con una buena cantidad de honestos pequeños comerciantes, y supongo que tengo propensión a la haraganería y que no soy demasiado escrupuloso en lo referente a las damas y a las bebidas. Pero mis primeros años tuvieron un resultado favorable. Educado tan anticonvencionalmente, seré siempre un anti-puritano. Nunca negaré las alegrías de la carne y la santidad de la Belleza."

"Y mi padre"—dijo Myron— "era un hombre bonachón sin urgencias, que andaba siempre con su copa y con algún cuento para los muchachos, y a mi madre se le iba el día cuidándonos, y junto al depósito de agua oí de boca de los vagabundos muchas inmundicias. Quizá precisamente por reacción frente a todo esto he llegado a ser un maniático para el pago de las deudas, un trabajador encarnizado y un hombre que escapa al alcohol y a las mujeres. Pero mis primeros años tuvieron un resultado favorable. Justamente por contraste me convertí en un buen y genuino puritano de la Nueva Inglaterra, bien a la antigua usanza."¹

El mismo fuego que derrite la manteca endurece el huevo.

Pero pese a las variaciones entre caso y caso hay una ley sin excepciones: *toda personalidad se desarrolla en forma continua desde el estadio de la infancia hasta la muerte y durante todo este lapso, aunque cambia, persiste*. Cada nuevo estadio del desarrollo surge, por caminos muy complejos, de los estadios previamente existentes. Este proceso de transición de un estadio al otro ha sido aclarado en alguna medida por nuestros actuales conocimientos. Si bien está lejos de ser completo, este saber es bastante extenso como para requerir nuestra atención durante el presente capítulo y los cuatro siguientes.

LA HERENCIA

Los seres humanos están sometidos, al igual que todos los otros seres vivos, a las leyes de la herencia. Pero aún es tema de controversia el enunciado de estas leyes y el grado en que determinan el físico, el temperamento, la mentalidad y la personalidad de un hombre. La violencia de esta con-

¹ *Work of Art*, por Sinclair Lewis, copyright 1934, págs. 310 y sig.

troverbia queda claramente de manifiesto si se ponen en oposición dos formulaciones extremas.

"La herencia y no el ambiente es el artífice máximo de hombres... Casi toda la miseria y casi toda la felicidad que hay en el mundo de ningún modo son debidas al ambiente... Las diferencias entre los hombres se deben a diferencias en las células germinales con las cuales son engendrados."²

Podemos comparar estas afirmaciones con el célebre desafío de un conductista:

"Denme una docena de infantes sanos, bien formados y un mundo organizado por mí para criarlos, y yo garantizo que podría tomar cualquiera de ellos al azar y educarlo de modo que llegue a ser el tipo de especialista que yo desee, sea un doctor, un abogado, un artista, un comerciante, un jefe y aun un mendigo y ladrón, sin atender para nada a sus talentos, peculiaridades, tendencias, capacidades, vocaciones ni tampoco a la raza de sus antepasados."³ "No existe nada que pueda llamarse herencia de la capacidad, el talento, el temperamento o las características y constitución mentales."⁴

Pero aun un ambientalista tan extremo como el autor de esta última cita no puede negar, y en efecto no niega, la herencia de la estructura física. Si un chico se parece a sus padres en su aspecto físico, este hecho se considera una consecuencia de la acción de factores determinantes presentes en el plasma germinal; pero si el chico tiene hábitos, arranques emocionales, tipo de letra o sensibilidad estética similares a los de sus padres, nuestro autor afirma que la educación es suficiente para explicar la semejanza.

"Sí, hay diferencias heredables de forma, de estructura, pero la mera presencia de estas estructuras no nos dice nada acerca de la función."⁵

"Los conductistas creen que no hay nada interno que deba desarrollarse. Si se cuenta con el número correcto de dedos de las manos y los pies, con dos ojos y con unos pocos movimientos elementales que están presentes desde el nacimiento, no se necesita ninguna otra materia prima para hacer un hombre, se trate de un genio, de un ilustrado caballero, un bribón o un asesino."⁶

Los músculos, el corazón, las glándulas, el tejido nervioso y la corteza son todos elementos heredados, pero en tanto son normales no predeterminan la función; en consecuencia, la psicología puede dejarlos de lado.

Se trata de una doctrina notable, puesto que nos invita a admitir que

² A. E. Wiggam: *The New Decalogue of Science*, 1923, p. 42, con permiso de Doubleday, Doran and Company, Inc.

³ J. B. Watson: *Behaviorism*, W. W. Norton & Co., 1925, p. 82 [Hay trad. cast. *El conductismo*, 3ª ed., Buenos Aires, Paidós, 1961.]

⁴ *Ibid.*, pp. 74 y sig.

⁵ *Ibid.*, p. 77.

⁶ J. B. Watson: *Psychological Care of Infant and Child*, W. W. Norton & Co., 1928, p. 41.

los *grandes* defectos (los anormales) de estructura ponen límites a la función y a negar al mismo tiempo que todas las otras peculiaridades estructurales determinen la idiosincrasia de la función. Esto carece sorprendentemente de rigor lógico. Aun cuando las glándulas, por ejemplo, sean consideradas parte integrante de la estructura, es obvio que sus diferencias estructurales producen funciones diferenciales (o sea diferencias en el temperamento). Del mismo modo, la inteligencia y los reflejos adaptativos, si bien están íntimamente ligados a la estructura nerviosa heredada, representan también una herencia funcional.

La mayoría de los psicólogos, aun los que no son conductistas, tienden a acentuar siempre que pueden la acción de las fuerzas del ambiente, si bien sólo en raros casos dan a su teoría una forma tan extrema como la admitida por Watson. Hay dos razones para que esto ocurra. En primer lugar, la plasticidad del niño, la rapidez de su aprendizaje, el sutil curso del condicionamiento, la facilidad de "variación lateral", ofrecen posibilidades ilimitadas para la adquisición de hábitos de respuesta peculiarmente personales. El psicólogo, que tiende naturalmente a preferir las causas manifiestas y no las ocultas (y por lo tanto inferidas de un modo no exacto), decide en casi todos los casos atribuir las características personales al condicionamiento, a la imitación, al trauma o a alguna otra forma de *aprendizaje*. Como las variaciones posibles de la influencia ambiental son infinitas en número, pueden fácilmente dar cuenta de todas las diferencias existentes entre los seres humanos. ¿Por qué invocar una explicación en términos de herencia? A menudo esto parece superfluo.

Hay otra cuestión que preocupa seriamente al psicólogo. Este sabe que la función trae siempre consigo la integración de vías aferentes, centrales y eferentes. En este circuito hay muchas sinapsis y las sinapsis son *no celulares*. Son uniones indefinidas entre neuronas. Por otro lado, las leyes de la herencia presuponen la existencia de determinantes *materiales* que residen en una sustancia *material*. ¿Transmite también la herencia "tendencias", actuantes en las regiones sinápticas? Si esto es así, ¿cómo ocurre? Sería mucho más sencillo aceptar que sólo la estructura celular es producto de la herencia y atribuir todas las conexiones *sinápticas* a la influencia del aprendizaje o de la "neurobiotaxis".⁷ Este dilema, que constituye un problema para el psicólogo, parece no serlo, por alguna razón, para el genetista. Así, Jennings, por ejemplo, dice:

"El temperamento, la mentalidad, la conducta, la personalidad, dependen todas en diversas formas de los genes."⁸ "Se puede decir con seguridad que no hay

⁷ Según Holt, hasta los reflejos que un infante despliega al nacer son aprendidos *in útero*. (E. B. Holt: *Animal Drive and the Learning Process*, 1931.)

⁸ H. S. Jennings: *The Biological Basis of Human Nature*, W. W. Norton & Co., 1930, p. 36.

ningún tipo de características en que puedan diferir los individuos, cuyo origen no se haya encontrado en los genes." ⁹

Para ilustrar la teoría de los genes, que según él ha sido probada con un material "positivo, indiscutible, concluyente", ¹⁰ se refiere continuamente a características personales tan extremadamente complejas como la pereza, la estupidez, la lentitud, la falta de laboriosidad, la ambición, la paciencia y el genio. ¹¹

Sin embargo, Jennings no sostiene que estas complejas características personales son unidades genéticas ni tampoco que están determinadas exclusivamente por la herencia. La forma en que los genes actúan es compleja en el mayor grado. En la *Drosophila* cooperan al menos cincuenta pares de genes para producir el color rojo del ojo.

"Si se cambia uno cualquiera de los cincuenta genes de la mosca de los frutales que toman parte en la producción del color del ojo, el color se altera; resultan ojos de otro color; o un ojo sin pigmento o también un ojo estructuralmente imperfecto. La misma situación se presenta en la producción de todas las características, tanto en la mosca de los frutales como en los seres humanos. Cualquier rasgo o característica, estructural, fisiológico o mental, puede ser cambiado o convertido en defectuoso alterando cualquiera de los muchos y diversos genes que cooperan en su producción." ¹²

Un gene, se nos dice, no es una unidad hipotética dotada de propiedades místicas, sino una parte efectivamente separable de los cromosomas alargados. ¹³ Puesto que los genes entran en la producción de toda célula del cuerpo, no es imposible pensar que toda característica estructural recibe de ellos su determinación inicial. En verdad, Jennings, al sostener que la herencia influye sobre los rasgos de la personalidad, pasa de un salto desde la estructura corporal a la determinación de la personalidad efectiva, pero como no se puede dudar de que la función depende íntimamente de la estructura (pese a Watson), su tesis, aunque vaga, no es insostenible.

La doctrina de la determinación genética no afirma que la personalidad es producto de la herencia, sino más bien que *ninguna característica de la personalidad está libre de influencias hereditarias*. Esto quiere decir simplemente que si los genes se alteran, las características personales también se alteran, y no que los rasgos personales son determinados sólo por los genes. En verdad, admite que si bien toda característica es influida de algún modo por los genes, la misma característica puede ser influida también por las condiciones del ambiente, por la temperatura, por el medio físico, y en los

⁹ Ibid., p. 154.

¹⁰ Ibid., p. 36.

¹¹ Ibid., p. ej., pp. 20 y sigs.

¹² Ibid., p. 17.

¹³ Ibid., p. 61.

seres humanos, por el medio social. Incluso el *Amblyostoma* todavía no desarrollado tiene la posibilidad de seguir dos cursos diversos: puede convertirse en un animal acuático o en un animal terrestre. Que ocurra una cosa o la otra depende del medio circundante inmediato en que nazca. De igual modo, todo individuo humano tiene, en lo que depende del poder de la herencia, la posibilidad de que su vida siga muchos cursos diversos y de adquirir *muchas* personalidades diversas, cuya realización corresponderá a las exigencias de su medio físico y social.

Tenemos, entonces, que para explicar una personalidad dada se puede recurrir a una desconcertante multitud de causas. La teoría de los genes permite, por su flexibilidad, combinaciones más que suficientes para dar cuenta de los parecidos familiares y de las peculiaridades individuales. Como toda cualidad es influida probablemente por los determinantes originales inherentes al sistema genético y al mismo tiempo por el curso de la vida en un ambiente activamente estimulante, resulta por consiguiente imposible atribuir con seguridad cualquier rasgo de la personalidad a la influencia de la herencia o de la experiencia. Siempre actúan ambas. Este punto de vista podría ser expresado en forma de ecuación: *personalidad* = $f(\text{herencia}) \times (\text{ambiente})$. Los dos factores causales no se suman sino que están interrelacionados como multiplicador y multiplicando. Si uno de los dos fuera igual a cero no se podría dar personalidad.

El lector insistente quizá pregunte cuál de los dos es en conjunto más importante. En el caso de individuos determinados o de grupos dados de individuos la pregunta puede ser contestada, al menos en teoría. En una familia, donde sobre todos los miembros actúan influencias ambientales muy similares, las diferencias entre hermanos se deben probablemente, por más que parezca paradójico, a la herencia. Si de las muchísimas combinaciones posibles que los padres pueden ofrecer, los niños no heredaran genes diferentes, lo probable sería, dada la similitud del medio ambiente, que resultaran mucho más parecidos de lo que son. El mismo principio se aplica en otros grupos homogéneos. Jennings cree que la gente tonta, por ejemplo, en conjunto está determinada relativamente en mayor grado por su herencia que la gente vivaz, ya que este último tipo de personas aprende con facilidad, se ajusta variadamente y con gran finura a su ambiente, mientras que los desprovistos de inteligencia siguen su camino sin experimentar cambios, contando siempre con las cualidades y el modo de ser que surge de su naturaleza original.¹⁴

Los genes constituyen un conjunto de condiciones del desarrollo; el ambiente, otro. En un individuo dado las condiciones ambientales y genéticas pueden reforzarse mutuamente y producir un estadista preparado y

¹⁴ H. S. Jennings: *The Biological Basis of Human Nature*, 1930, p. 181.

talentoso, por ejemplo. O pueden entrar en conflicto y producir un estadista talentoso, pero sin preparación, o preparado, pero sin talento. Pueden producirse innumerables combinaciones, todas las cuales afectarán la estructura de la personalidad.

A esto hay que agregar otra circunstancia que complica la cuestión: características que resultan de los genes pueden provenir también de las fuerzas ambientales. (Pongamos un ejemplo referente a la personalidad: un individuo puede ser reservado y retraído debido a cualidades innatas, otro a causa de un conflicto con el ambiente.) Si se sacan las consecuencias que este hecho implica, se llegará a la conclusión de que algunas personalidades pueden ser en mayor grado producto de la herencia que del ambiente y otras a la inversa. En algunos casos personales quizá se pueda alcanzar una decisión acerca de este problema después de un intenso análisis de la historia del sujeto, pero sería imposible formular una regla general respecto del peso relativo de cada uno de los dos factores, que resultara aplicable en todos los casos individuales. En un caso la educación parece sobrepasar con creces la influencia de la herencia, en otro el acento parece estar invertido.

Hemos establecido entonces que en vidas diferentes la herencia desempeña papeles muy diversos; debemos ahora señalar otro hecho seguro e importante para la psicología de la personalidad: cuanto más directamente ligada a la herencia estructural está una cualidad, tanto menos modificable es. Las tres principales materias primas de la personalidad, el *físico*, las dotes de *inteligencia* y el *temperamento*, están genéticamente determinadas por la herencia estructural y sólo son ligeramente alteradas por las condiciones subsiguientes al nacimiento. Son éstos los efectivos agentes de la herencia que actúan en todas las edades influyendo sobre el desarrollo de los rasgos y actitudes. A veces aceleran la influencia estructuradora del ambiente; a veces la limitan, pero siempre su fuerza se hace sentir.

LOS COMIENZOS DE LA PERSONALIDAD

El infante recién nacido *carece* de personalidad, puesto que aún no ha tomado contacto con el mundo en el cual debe vivir y no ha desarrollado los modos distintivos de ajuste y dominio que más tarde constituirán su personalidad. Es casi completamente una creación de la herencia. En verdad, si no fuera por dos circunstancias que complican el asunto, podríamos decir que lo que el recién nacido trae consigo es coextensivo con su herencia. Las circunstancias a que nos referimos son, en primer término, la probable existencia de un *aprendizaje prenatal*, y en segundo lugar, el hecho de que algunos aspectos de la herencia están latentes y requieren cierto tiempo para su *maduración*.

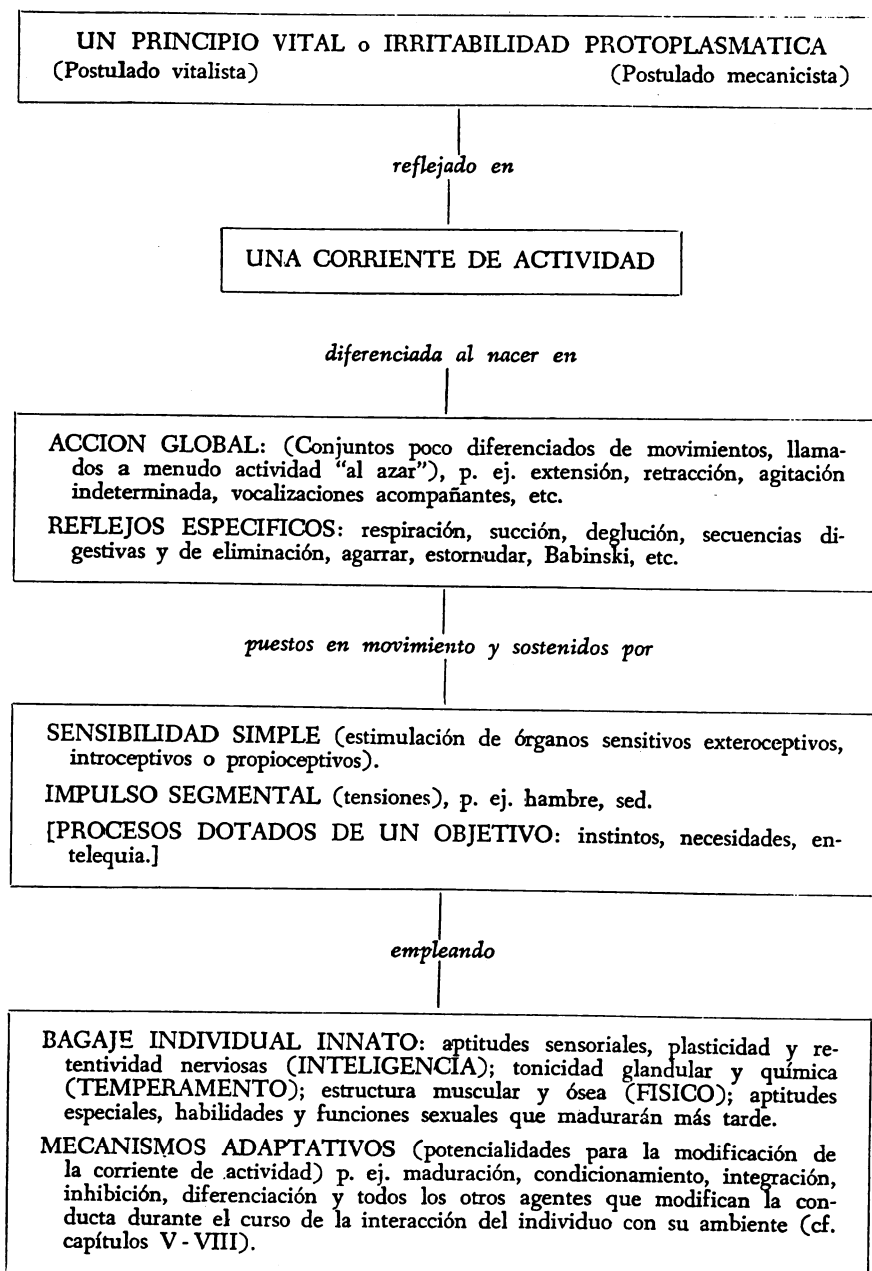


FIGURA 11

Los comienzos de la personalidad: la situación al producirse el nacimiento

Respecto del aprendizaje prenatal no es necesario decir mucho, ya que por más respuestas adaptativas que el niño aprenda *in utero* no las aprende en el ambiente en que debe vivir, y con el problema de la personalidad sólo tienen que ver los ajustes distintivos al mundo *post-natal*. En consecuencia, para nuestros propósitos podemos considerar el bagaje hereditario y el congénito, sin distinguir entre ellos, como la fuente primordial de la personalidad, observable, en parte, en la corriente de actividad presente ya desde el nacimiento.

El problema de la maduración es más difícil de resolver. No toda tendencia heredada se manifiesta desde el nacimiento. A lo largo de la vida se produce una silenciosa sucesión de maduraciones, tan veladas por los efectos del adiestramiento que nadie puede decir con precisión qué se desarrolla en respuesta a la maduración y qué proviene de la educación. Este problema será considerado más en detalle en el capítulo siguiente, pero su existencia hace que nos resulte difícil formular un balance inicial de lo "dado" en la personalidad, que nos pudiera servir de punto de partida para una teoría genética del desarrollo. Pero como pese a esta dificultad es necesario comenzar, de algún modo, ofrecemos en la figura 11 un inventario aproximado del bagaje del infante en el momento del nacimiento.

El origen de la corriente de actividad aquí descrita puede ser explicado como una manifestación de un impulso vitalista (*Hormé, Voluntad, Élan vital*) o de un principio de "irritabilidad protoplasmática", igualmente misterioso aunque de aspecto más científico. Todas las ciencias biológicas y psicológicas suponen implícita o explícitamente la existencia de alguna causa o fuente original de animación. La vida existe en formas individuales. Este hecho, no explicado y quizá inexplicable, es el punto de partida de estas ciencias.

Estudios recientes acerca de la primera infancia hacen una apropiada distinción entre dos manifestaciones de la corriente de actividad observable.¹⁵ Hay, ante todo, una especie de movimiento difuso y global que abarca extensas regiones del cuerpo. Debido a la oposición fisiológica básica entre músculos flexores y extensores (que tienen la propiedad original de inhibirse los unos a los otros mientras están en actividad) esta acción global puede ser caracterizada con frecuencia como retracción (abiencia) o como extensión (adiencia). Pero parte de la agitación al azar, como, por ejemplo, la que tiene lugar bajo la forma de movimientos en los cuales el niño se retuerce, se sacude o golpea, hace un uso tan complejo de la musculatura que no es fácil clasificarlo como retractivo o extensivo.

¹⁵ Cf. E. Dewey: *Behavior Development in Infants*, 1935; K. C. Pratt: "Specificity and Generalization of Behavior in New-born Infants: A Critique.", *Psychol. Rev.*, 1934, 41, 265-284.

Un estudio de los primeros diez días de vida dio como resultado el siguiente cuadro:

"El infante se mantiene en un continuo movimiento corporal de tal velocidad y desmesura que el experimentador, aun usando una terminología ideada especialmente para el caso, no puede dar cuenta de lo que el infante hace. El cuerpo se agita, se retuerce, se encorva y se balancea. La espalda se arquea, las caderas toman una posición inclinada y la cabeza va hacia un costado y otro o cae hacia atrás. Los brazos se vuelven vigorosamente hacia todas las direcciones y las piernas se extienden violenta y exageradamente o son bruscamente flexionadas en el tobillo, la rodilla y la cadera. Las manos, los pies, los dedos de pies y manos están en continuo movimiento. Con frecuencia se producen sonidos correspondientes al chupeteo y al regustar, mientras que fuertes gritos acompañan por lo común la actividad masiva. Toda esta actividad es más o menos simultánea y aparece y desaparece con intervalos que van de unos pocos segundos hasta varios minutos." ¹⁶

El mismo investigador señala que la actividad global de este tipo es en especial considerable inmediatamente antes de ser amamantado el infante, apareciendo también al presentarse una situación de flatulencia, durante una regurgitación, durante la defecación o la micción, o en momentos de desarreglo intestinal. ¹⁷ El hecho de que este movimiento difuso y al azar sea especialmente notable cuando hay tensiones orgánicas manifiestas constituye una circunstancia de considerable importancia para la teoría de la motivación (véase p. 128 y sig.).

Además de estos conjuntos poco diferenciados de movimientos, tan difíciles de caracterizar, hay muchas respuestas específicamente adaptativas, tales como el movimiento de los ojos hacia una luz, el chupar, el tragar, el apartar un miembro de un estímulo nocivo. El número exacto de estos reflejos específicos es difícil de determinar debido a que con frecuencia se organizan formando cadenas complejas, o estructuras o grupos tan amplios que llegan a parecerse a la acción global. El modo de actuar de estos reflejos es discutido en otros textos. ¹⁸ Su importancia para la *personalidad* consiste sobre todo en el hecho de que proveen materia prima para la actuación de dos de los principales mecanismos del crecimiento: el *condicionamiento* (págs. 167 y sigs.) y la *integración* (págs. 154 y sig.).

¿Qué es lo que pone en movimiento la corriente de actividad, lo que la sostiene hasta que se interrumpe o cambia? Este es el problema de la motivación y no hay en psicología ningún problema más difícil de tratar. La parte especial de la figura 11 dedicada a este tema ha de requerir por lo tanto una discusión más completa. Antes de detenernos en este asunto

¹⁶ O. C. Irwin: *Genet. Psychol. Monog.*, 1930, 8, pp. 59 y sig.

¹⁷ O. C. Irwin: *loc. cit.*, y *J. Comp. Psychol.*, 1932, 14, 429-445.

¹⁸ P. ej., J. B. Watson: *Behaviorism*, 1924, págs. 90-103 y F. H. Allport: *Social Psychology*, 1924, cap. III.

hemos de fijar nuestra atención en otros dos "datos" subyacentes al desarrollo de la personalidad.

En primer término, nos encontramos con el *bagaje individual innato* del físico, el temperamento y la capacidad intelectual general, que incluye aptitudes y talentos altamente complejos que más tarde se manifestarán. Ese *bagaje* constitucional tiene muchas facetas y el papel que desempeña en la personalidad, tal como ya hemos señalado, es complejo. Sin ir más allá, el problema del temperamento, que está íntimamente vinculado a las funciones químicas del cuerpo, es tan importante como desconcertante. Tómese, por ejemplo, esa sutil cualidad constitucional llamada comúnmente energía, vitalidad o vigor. En diversos estudios sobre el carisma, la popularidad y la felicidad personal se ha encontrado que esta cualidad temperamental es decididamente importante. En el lenguaje común se hace a la "personalidad" sinónimo de esa propiedad. Ahora bien, no se sabe todavía cuál es la precisa contraparte física de la actividad vital vigorosa, aunque se piensa que ciertas glándulas, en especial la hipófisis, las adrenales, las gonadas y la tiroides tienen más relación con este problema que otras.¹⁹

O tómese el caso de la velocidad normal de movimiento (que es igualmente un aspecto del temperamento o de una fase del temperamento, de la *motilidad*). Un investigador estudió el índice de golpeteo de mellizos, de hermanos y hermanas y de padres.²⁰ Los resultados mostraron una correspondencia notable entre las velocidades de golpeteo de los individuos unidos por parentesco, y entre éstos, una muy grande entre los mellizos monocigóticos, que se reducía al pasar a los mellizos dicigóticos y a los hermanos y que era menor aún entre padres e hijos, hasta llegar a convertirse en la relación normal debida al azar en el caso de los individuos no emparentados. Este resultado responde exactamente a lo que habría que esperar si es verdad que la herencia desempeña un papel apreciable en esta forma básica de actividad, que constituye una de las muchas raíces de la personalidad.

El "dato" restante de la figura 11 comprende los *mecanismos adaptativos* que hacen posible que el infante varíe sus respuestas, que aprenda y que establezca la interacción más eficaz entre su rico *bagaje* innato y los requerimientos del contorno. Estos mecanismos no son estructuras; son meramente instrumentos del crecimiento, tipos de modificabilidad de que es capaz el sistema nervioso. Éste es capaz de organizar sus respuestas segmentales para dar lugar por medio de la integración a unidades más elevadas y complejas, y de diferenciar sus respuestas masivas difusas convirtiéndolas

¹⁹ Cf. P. Richter: *Amer. J. Orthopsychiatry*, 1932, 2, 345-354; D. J. Ingle: *Psychol. Rev.*, 1935, 52, 577-579.

²⁰ Ida Frischeisen-Köhler, *Char. & Pers.*, 1933, I, 30-313.

en movimientos adaptativos más refinados y exitosos. Es capaz de madurar, de ser condicionado, de aprender. En el capítulo siguiente todos estos instrumentos del crecimiento serán considerados en detalle.

LA MOTIVACIÓN

En la parte central de la figura 11 aparece un renglón entre corchetes [Procesos dotados de un objetivo: instintos, necesidades, entelequia]. Los corchetes pretenden señalar que este "dato" es considerado a menudo una suposición superflua. Los psicólogos discuten si el bagaje del recién nacido incluye o no un sistema de propósitos latentes. ¿Contiene la corriente primordial de actividad direcciones que determinan su curso de desarrollo? ¿Hay, por ejemplo, en el infante una propensión latente que luego lo conducirá a *construir* y otra que lo llevará a *adquirir* y otras que lo harán *imitar*, *buscar pareja* y *desear la compañía* de sus semejantes? La teoría del instinto afirma que tales propensiones existen y actúan "antes de la experiencia e indepen lientemente de la educación". Un instinto "determina que su poseedor perciba (preste atención a) todo objeto dado de cierta clase y experimente en su presencia una cierta excitación emocional y un impulso a actuar, que encuentra expresión en un modo específico de comportamiento relativo a ese objeto."²¹ Como evidentemente resulta imposible discernir en el infante recién nacido ningún tipo de disposiciones propensionales tan complejas, los partidarios de la doctrina del instinto se han visto obligados a aceptar poco a poco la teoría de la maduración, según la cual este bagaje providencial de procesos dotados de un objetivo necesita cierto tiempo para llegar a madurar, de tal modo que a lo largo de la vida los instintos alcanzan uno tras otro a ser efectivos.

En los últimos años se ha vuelto corriente rechazar este retrato algo extravagante de los propósitos humanos. Para muchos psicólogos viola innecesariamente el principio de economía que debe ser respetado por toda teoría científica. ¿No hay acaso muchos individuos que durante toda su vida carecen de alguno de estos instintos; que, por ejemplo, no llegan a ser adquisitivos, constructivos, pugnaces o paternales? ¿No es más simple dar razón de estos tipos de intereses, siempre y cuando se hagan presentes, en lugar de aceptar que los "instintos" son comunes a una especie, para verse luego obligado a explicar las muchas excepciones en que los "instintos" no llegan a aparecer?

Con todo, en una forma u otra, muchas teorías contemporáneas de la personalidad son teorías instintivistas. Se trata de doctrinas que ven a la personalidad como una modificación individual de instintos universales o

²¹ W. McDougall: *Outline of Psychology*, 1923, p. 110.

necesidades comunes. Un coleccionista de jarrones es un individuo que muestra una mera modificación o extensión especial de su instinto adquisitivo; un altruista sólo sigue el instinto de auto-rebajamiento y el instinto gregario (quizá mezclados con una pequeña propensión paternal). ¿Pero los propósitos de las distintas personas no son demasiado diversos y numerosos para ser derivados de unos pocos motivos primitivos compartidos por toda la especie? Y, después de todo. ¿las direcciones en que cada individuo orienta sus esfuerzos están determinadas en forma innata? ¿No es necesario admitir la existencia del aprendizaje de *nuevos* motivos y la adquisición de intereses *nuevos* que aparecen a medida que la personalidad va madurando? Cuando distintas personas tratan de alcanzar los mismos objetivos, ¿no puede este hecho ser explicado, sin postular tantas entidades misteriosas, mediante la hipótesis de que individuos similarmente estructurados que viven en un medio ambiente similar y que son influidos por una cultura similar *podrían* desarrollar objetivos similares y emplear modos similares de obtenerlos?

En tal caso, los instintos se evaporarían. Resultarían ser sólo constelaciones de emociones, hábitos y prospecciones que mejor podrían ser llamados *sentimientos* o *intereses* y considerados adquiridos y no innatos. El aprendizaje serviría entonces no meramente como una forma de extender y modificar propósitos, sino también como un modo de *crearlos*. Y el hecho de que muchos propósitos sean en alto grado comunes a la humanidad podría ser explicado fácilmente sin recurrir a la hipótesis de la herencia racial.

El problema de los instintos en los animales no tiene por qué confundir el asunto, pues hay tal flexibilidad en el aprendizaje, en la formación y en la desaparición de hábitos, y tal grado de comprensión, de prospección y de espera en la respuesta, que los objetivos humanos deben ser considerados de índole diferente que los objetivos estereotipados de los animales inferiores.

El rechazo de la explicación por el instinto hace necesario proponer una alternativa. La teoría del impulso nos ofrece un comienzo, pero sólo un comienzo. El impulso es definido como una *pulsión* vital que conduce a la reducción de alguna tensión orgánica segmental. Tiene su origen en un estímulo orgánico interno de peculiar persistencia, que crece en intensidad hasta que el organismo actúa en un sentido tal que alivia la tensión acumulada.

La doctrina del impulso es más bien una concepción crudamente biológica empleada como un *factotum* por psicólogos dotados de una perspectiva mecanicista. La hipótesis que aquí ofrecemos es que esta doctrina, si bien es inadecuada en el caso de la motivación *adulta*, logra dar un cuadro ade-

cuado de los motivos de los infantes *pequeños* y sirve, por tal razón, como *punto de partida* para una teoría de la motivación. Después de superado el nivel de la infancia, el impulso segmental primitivo pierde importancia rápidamente y es suplantado por el tipo más complejo de motivo, característico de la personalidad madura y designado por lo común con términos como *interés, sentimiento, valor, rasgo, ambición, actitud, gusto e inclinación*. Resulta evidente que ninguno de estos motivos aparece ya estructurado en el niño recién nacido.

LA TEORÍA BIOLÓGICA DE LA PERSONALIDAD

Para situar la doctrina del impulso es necesario explicitar el fondo saturado de teoría evolucionista y biológica sobre el cual emerge. Esta teoría, fácilmente inteligible para todos los que tienen algún conocimiento de biología, puede ser presentada en una sola frase.²² *La personalidad de un individuo es el modo de ajuste adaptativo o de supervivencia que resulta de la interacción de sus demandas orgánicas (impulsos segmentales) con un medio ambiente al mismo tiempo acogedor y hostil para estas demandas, interacción que tiene lugar por intermedio de un sistema nervioso plástico y modificable.*

Así como todos los organismos toman la forma de alguna *especie*, cada una de las cuales representa un modo exitoso de supervivencia en la lucha evolutiva, del mismo modo los individuos de la especie humana alcanzan una *personalidad* por ser ésta la forma más adecuada a sus necesidades individuales dado un particular marco ambiental. En el proceso de realización de los necesarios ajustes entre las demandas orgánicas y las exigencias del ambiente, el sistema nervioso central desarrolla ciertas formaciones características: hábitos, actitudes, rasgos personales, formas de sublimación y de pensamiento. Estos modos característicos de ajuste, tomados colectivamente, constituyen la personalidad. Por lo tanto, el sistema nervioso central es, en cierto sentido, el asiento de la personalidad.

Las demandas orgánicas, único poder motivador original de la actividad, están asociadas en forma íntima con los procesos vegetativos primitivos que tienen origen en diversos segmentos del sistema nervioso autónomo. Si las funciones vitales de las vísceras son perturbadas, se producen en todo el cuerpo vastos cambios posturales y el organismo queda intranquilo y activo hasta que alcanza un estado de equilibrio. El sistema nutritivo ilustra muy bien esta situación. Cuando el estómago está vacío sus contracciones pro-

²² La exposición de la teoría biológica hecha en estas páginas sigue bastante de cerca la formulación de E. J. Kempf en "The Autonomic Functions and the Personality", *Nerv. and Ment. Dis. Monog. Ser.*, 1921, N° 28.

vocan cambios glandulares, cardíacos y respiratorios que, a causa de su acción sobre la musculatura del cuerpo, crean un estado de intranquilidad y actividad al azar que sólo puede ser aplacado por la ingestión de alimentos. Los reflejos originales de chupar y de tragar constituyen el único bagaje que otorga la naturaleza para hacer frente a este tipo de desajuste, pero a medida que el organismo crece el sistema nervioso central desarrolla formas nuevas y complejas de realización del ajuste. El individuo aprende a emplear el lenguaje (para pedir comida), a ganar dinero (para comprar alimentos), a organizar mercados para lograr una distribución barata y eficiente y a obedecer ciertos requerimientos sociales al preparar y comer sus alimentos. Todas estas elaboraciones están dirigidas en última instancia a lograr que la demanda sea satisfecha en la forma más eficiente que sea compatible con las condiciones restrictivas del ambiente.

El sistema nervioso vegetativo, en el cual se originan estas demandas, es considerado más primitivo y esencial que el sistema nervioso central, el cual es primariamente un realizador del ajuste. El sistema vegetativo es el amo, el sistema cerebro-espinal es el servidor; el primero exige el ajuste, el segundo lo lleva a cabo.

Diversas fuentes podrían proveer pruebas en favor de la primacía del sistema vegetativo. (1) Kempf, por ejemplo, llama la atención hacia los estadios inferiores de la escala evolutiva (hacia la ameba, p. ej.) donde las funciones vegetativas están todas, en lo esencial, presentes, sin que haya un sistema sensoriomotor interpuesto entre ellas y el mundo circundante. El sistema vegetativo está sumergido sin intermediarios en el medio ambiente y satisface directamente todas sus necesidades, logrando así una supervivencia satisfactoria. (2) Resulta evidente también que en el infante las funciones vegetativas están mucho más adelantadas en su desarrollo que las funciones del sistema nervioso central. En efecto, un niño con sólo siete meses de vida prenatal tiene un desarrollo autónomo completo y complejo, mientras que sólo cuenta con unas pocas funciones nerviosas centrales, las cuales, además, aún no están desarrolladas. (3) En algunos individuos el sistema nervioso secundario nunca llega a desarrollarse y sin embargo el individuo (un idiota) puede vivir largo tiempo, con la sola condición de que los requerimientos de su sistema autónomo sean satisfechos por otra persona. (4) En personas ancianas el sistema secundario puede desintegrarse al igual que en la demencia, y no obstante el individuo puede vivir hasta tanto sus funciones vegetativas no resulten afectadas y siempre que alguien desempeñe el papel de las funciones intelectuales deterioradas. (5) El estudio de los efectos del ayuno, de las lesiones cerebrales y de accidentes de la corteza confirman la hipótesis de que la vida no depende de la integridad de las funciones del sistema nervioso central, sino de que se man-

tengan intactos los segmentos autónomos y sus centros nerviosos vitales. (6) En el caso de presentarse demandas orgánicas urgentes, su satisfacción tiene primacía sobre toda otra forma de actividad. El sistema nervioso central es compelido a servirlos. La falta de oxígeno, el hambre intensa, la marcada tensión sexual, la necesidad de eliminación, son todas necesidades que logran doblegar la actividad "intelectual" del sistema nervioso y obligan a éste a encontrar la forma de satisfacerlas. Esta lista de argumentos en favor de la primacía del sistema autónomo tiene un aire muy similar a la superioridad de la Voluntad sobre el Intelecto postulada por Schopenhauer.²³ Estamos frente a una concepción anti-racionalista de la actividad humana, la que en la actualidad cuenta con mucho favor.²⁴

La figura 12 señala en forma esquemática los caracteres esenciales de esta teoría. Allí se puede ver que el impulso es en última instancia de origen autónomo, que el ambiente provee tanto satisfacciones potenciales como amenazas y obstáculos para el bienestar del sistema orgánico. El sistema nervioso central recibe noticia de los elementos perturbadores y de los elementos satisfactorios presentes en su mundo circundante y actúa en general del modo que permita obtener un máximo de gratificación para las demandas afectivas con un gasto mínimo de energía. Sin duda, el sistema nervioso central y el autónomo no son en rigor independientes por entero, constantemente intercambian impulsos y desarrollan una compleja acción el uno sobre el otro. En realidad, la doctrina que estamos exponiendo llama la atención sobre los papeles complementarios que desempeñan en el ajuste, el uno como motivacional, el otro como ejecutivo.

De acuerdo con esa teoría, las demandas orgánicas (impulsos) más importantes son la nutritiva y la sexual. De las dos la última es de una significación cardinal para la personalidad, porque en las comunidades civilizadas los obstáculos que no permiten satisfacer libre y naturalmente esta demanda son mayores que los opuestos al impulso nutritivo. La principal fuente diferenciable de la personalidad es, por lo tanto, la demanda sexual insatisfecha, que provoca esfuerzos continuos y tortuosos en el sistema nervioso central destinados a hallar algún medio adecuado para resolver las tensiones eróticas. La fuerza de esta demanda afectiva es, como hoy se sabe, la raíz de muchos ajustes neuróticos que representan intentos inconscientes, hábiles pero inútiles, mediante los cuales el sistema nervioso trata de lograr una solución para problemas personales insolubles. No siempre está a la vista cuáles son las características personales provenientes de inten-

²³ A. Schopenhauer: *El mundo como voluntad y representación*, II, apéndice, cap. XIX.

²⁴ Otros autores que además de Schopenhauer son responsables de la predominante concepción voluntarista o anti-racional de la motivación son Darwin, McDougall y Freud.

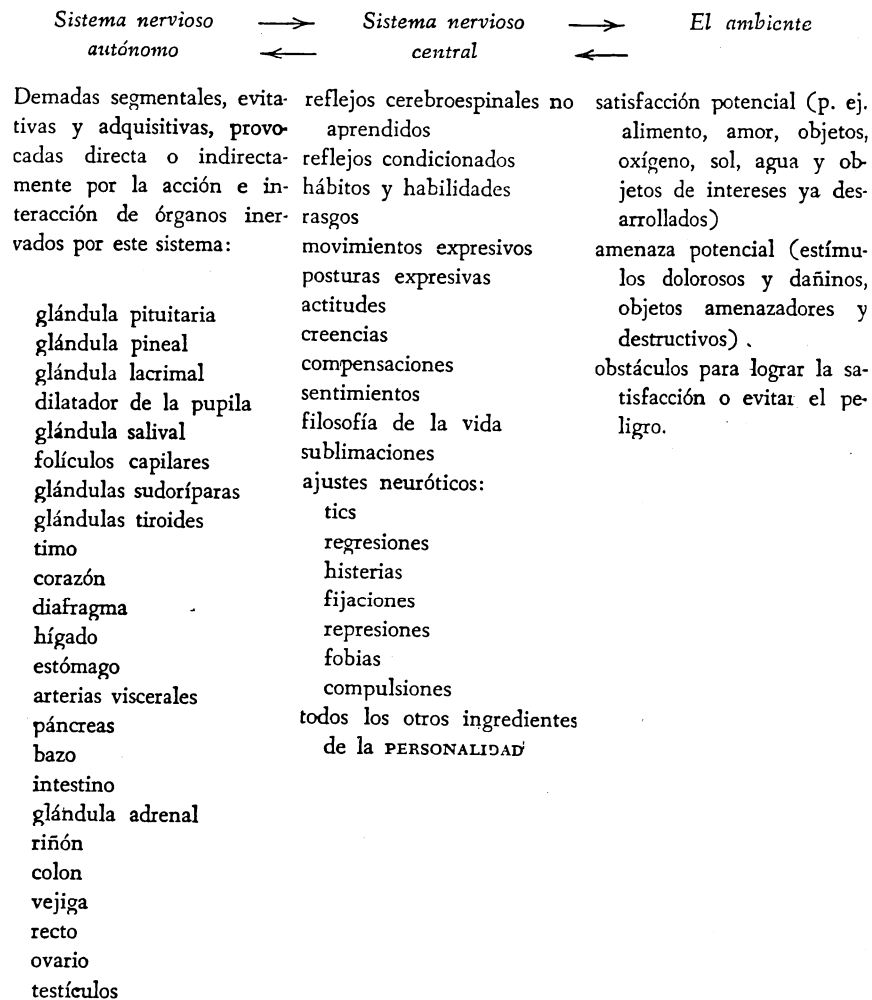


FIGURA 12
Teoría biológica de la personalidad (Kempf)

tos de resolver problemas sexuales; pero para un ojo experto (p. ej. para un psicoanalista), una manera de hablar, de sonrojarse, de trabajar, de ahorrar, de fantasear o de filosofar puede revelar el conflicto.

La tensión sexual no es, pese a su importancia, la única fuente de los rasgos. La doctrina del impulso reconoce otros factores. Así, por ejemplo, en el caso de un temor que persigue al individuo cuando éste debe hacer frente a alguna amenaza continua del medio ambiente (tal como el temor al ridículo provocado por alguna debilidad física), se producen todo tipo

de compensaciones y escapatorias distintivas destinadas a evitar las tensiones penosas resultantes (sentimientos de inferioridad). El niño débil que sufre una "herida narcisista" cada vez que los otros chicos se burlan de él y encuentra un refugio en convertirse en el favorito del maestro; el hombre de poca estatura que se deja crecer la barba, emplea grandes ademanes y adquiere un porte arrogante; el hombre que es demasiado educado para resistirse a que los otros abusen de él o lo dominen; el monje escrupuloso que pretende expiar persistentes sentimientos de culpabilidad; todos éstos son casos de ajustes nerviosos centrales (y formas de personalidad) resultantes de tensiones orgánicas persistentes a las que acompaña el temor. La personalidad resulta de los intentos que realiza el sistema nervioso central para lograr seguridad y comodidad para el individuo desgarrado entre sus demandas afectivas y las duras exigencias de su mundo circundante.

A la objeción de que, después de todo, las demandas del hombre no son exclusivamente nutritivas, sexuales, de temor o de algún otro tipo "vegetativo", los psicólogos biólogos (Kempf, por ejemplo) responden con la teoría conductista del condicionamiento. Una demanda puede ser suscitada fácilmente por diversos estímulos indiferentes en su origen, que han adquirido poder a través de su asociación con el estímulo efectivo. Tómese el caso del apego a los padres, el llamado sentimiento filial. En un comienzo las demandas del infante se limitan al bienestar corporal. La madre llega a quedar asociada a este bienestar; más tarde su mera presencia es suficiente para provocar placer y su ausencia lleva a anhelar el bienestar que su compañía representa. Esta extensión y condicionamiento puede continuar hasta que objetos, gustos e ideas asociados a la madre tengan el poder de satisfacer la tensión cuando están presentes y promuevan el deseo y el anhelo cuando faltan. Debido a este condicionamiento, las ideas maternas son aceptadas con convicción emocional y la violación de la enseñanza de los padres tiene como consecuencia, aun avanzada ya la vida, intranquilidad, remordimientos de conciencia y sentimientos de culpabilidad.

A partir de este punto la teoría biológica pasa a ocuparse de los conflictos mentales. Básicamente todos los impulsos son o *adquisitivos* o *evitativos*. Se desea tener algo que el mundo circundante provee o evitar algo presente en él que amenaza la salud y la seguridad del individuo. Esta oposición conduce a muchos tipos de conflicto, pues en el curso de la vida lo deseable está a menudo mezclado con lo indeseable; la claridad de la llama atrae, pero su temperatura rechaza; el peligro es con frecuencia atractivo. La inteligencia (una capacidad funcional del sistema nervioso central) es a veces capaz de *discriminar* con éxito y de alcanzar lo deseable excluyendo al mismo tiempo lo indeseable. Pero a menudo el conflicto no es resuelto inteligentemente, y a causa de los riesgos que traería consigo el

realizar el deseo, éste es *suprimido*. O el objeto del deseo es obtenido pero acompañado de *remordimiento y pesar*, provocados por las malas consecuencias que sobrevienen al mismo tiempo. A veces tiene lugar una solución *alternante*: el individuo va y viene de una actitud de complacencia a una actitud ascética. También es posible un *compromiso*, por el cual se admite un poco de lo deseable y un poco de lo indeseable. El método peculiar que elija el individuo para resolver los conflictos puede ser una característica importante de su personalidad. Algunas personas son casi siempre obstinadas, otras son vacilantes e indecisas, otras adoptan el camino de la supresión y algunas buscan siempre el dorado punto medio.²⁵

La teoría biológica que acabamos de resumir sólo es aceptable en sus líneas más generales. Se puede admitir que la personalidad representa el modo de supervivencia que consciente o inconscientemente ha elaborado el individuo. Es la resultante de un paralelogramo de fuerzas. Pero las fuerzas no son tan simples como las que se reduce a admitir la teoría biológica: ¡baste señalar que la personalidad misma proporciona muchas de las fuerzas a que debe ajustarse!

Para hacer nuestra crítica más específica, empecemos por observar que existe una tendencia a limitar excesivamente la lista de las demandas orgánicas primitivas. Si concedemos el primer lugar entre los motivos biológicos a las tensiones sexuales y nutritivas, no significa esto que no existan otras necesidades originales, como, por ejemplo, tensiones cuya satisfacción exige sueño, igualación de temperatura, eliminación, la libertad de movimiento de los órganos y miembros, todas las cuales pueden ser el sustrato sobre el que se desarrollen importantes características personales. En los niños se ve claramente que hay una demanda que exige un ejercicio muscular casi continuo durante las horas de vigilia. Los padres observan, a menudo con asombro, que esta necesidad vital (que no corresponde a ningún segmento autónomo) alcanza primacía sobre las exigencias de nutrición: aun cuando los chicos llegan a sentir hambre, con frecuencia prefieren la actividad física del juego y no la comida.

Además, la división de trabajo entre los dos sistemas nerviosos (en la teoría de Kempf) —el uno como amo y el otro como servidor, el uno como motivo y el otro como agente— es demasiado simple. Por ejemplo, está probado que la determinación cortical desempeña un papel decisivo en el comportamiento sexual de los animales superiores y más evidentemente, sin duda, en los motivos sexuales y también en los otros motivos del hombre.²⁶

²⁵ Cf. E. B. Holt: *The Freudian Wish*, 1915.

²⁶ Cf. K. S. Lashley: *Psychol. Rev.*, 1924, 31, 192-202; también J. F. Fulton: *Muscular Contraction and the Reflex Control of Movement*, 1925, cap. XXI.

Tan pronto como son dejados atrás los primeros estadios de la infancia, a toda tensión autonómica se unen factores intelectuales y volicionales que facilitan, inhiben o dirigen el curso del motivo. En consecuencia, la separación entre el sistema nervioso autónomo y el cerebro-espinal no puede ser mantenida estrictamente.

La importancia que es corriente atribuir a las "glándulas reguladoras de la personalidad" constituye un artículo de fe enteramente concordante con una teoría biológica excesivamente simplificada de la personalidad, pero que desde el punto de vista psicológico representa una concepción demasiado estrecha. Aun dando por aceptado que la química corporal tiene mucho que ver con la estructura del temperamento y que el acentuado *mal funcionamiento* de las glándulas trae consigo tipos característicos de desorden emocional, no por eso resulta necesario suponer que entre la constitución química y la constitución psíquica de las personas normales existe una relación *específica y proporcional*. Las tensiones producidas por la actividad glandular son absorbidas por las tensiones más integrales que representan los motivos personales. Supongamos, por ejemplo, que se produce una marcada secreción de las glándulas adrenales. Probablemente sobrevendrá una vaga excitación emocional, pero el trato que reciba esta excitación es algo que depende de hábitos y actitudes profundamente arraigados y aun de la filosofía de la vida propia del individuo. Los cambios químicos provocados por la enfermedad o la edad, la menopausia, la adolescencia e incluso el hipertiroidismo y la castración, constituyen fenómenos que son *elaborados* por el individuo en una forma característica de su personalidad preexistente.²⁷

²⁷ Los partidarios entusiastas de las endocrinas cometen su falacia de exageración sobre todo porque no distinguen entre *personalidad y temperamento*. No se dan cuenta de que existe una gran diferencia entre los simples correlatos temperamentales de la endocrina (excitabilidad, irritabilidad, apatía, fluctuación del estado de ánimo, etc.) y rasgos de la personalidad que son mucho más complejos y están bajo el dominio de la corteza (p. ej. egotismo, esteticismo, orgullo y suspicacia).

Un antídoto muy necesario contra la exuberancia de los endocrinólogos es un estudio de W. Freeman basado en 1.400 autopsias. Mediante el empleo del método de comparar el tamaño de diversas glándulas endocrinas (suponiendo que un tamaño anormal indica alguna variación en la función) con el registro de la personalidad de los pacientes, Freeman alcanza la siguiente conclusión: "El que un individuo sea un paranoide orgulloso, sensible y suspicaz o un esquizoide tímido, soñador y encerrado en sí mismo, un cicloide barullero, jovial, pronto para la amistad o un epileptoide pedante, egocéntrico e irritable, es algo con lo cual las glándulas endocrinas parecerían tener muy poco que ver." *Annals of Intern. Med.*, 9, 1935, págs. 444-450.

Una revista general de los descubrimientos de la endocrinología en relación con la personalidad se encuentra en D. J. Ingle: *Psychol. Rev.*, 1935, 42, 466-479. Este autor señala que normalmente las endocrinas están encargadas del mantenimiento de la homeostasis, careciendo del poder de producir por sí mismas diferencias significativas en la personalidad.

A todo esto debemos agregar una advertencia final contra la admisión de una teoría biológica estrecha. Esta vez nos referiremos a su concepción superficial del aprendizaje. Es demasiado fácil decir que las tensiones orgánicas primitivas se *condicionan* y pensar que por medio de este juego de magia verbal se ha dado razón de todos los motivos de la persona adulta, cuyos deseos incluyen no sólo satisfacciones nutritivas y sexuales, sino también música selecta, libros raros y la respuesta a problemas enigmáticos planteados por la ciencia, la política y la teología. En realidad, entre las necesidades orgánicas de la infancia y las necesidades culturales del adulto se interpone un complejo proceso de aprendizaje y crecimiento, que incluye toda clase de factores lingüísticos, imaginarios y racionales que terminan por transformar las demandas segmentales de la infancia en deseos que ya no tienen una conexión funcional con ellos y que ocupan por su propio derecho un lugar autónomo en la vida personal (véase capítulo VII).

Por consiguiente, la teoría biológica cumple del mejor modo su función cuando se la aplica a los motivos más simples de la infancia. Tiene razón cuando sostiene que no hay necesidad de postular un complejo sistema de propósitos latentes subyacentes al comportamiento inquieto del niño pequeño. Por el contrario, resulta imposible considerar que los toscos motivos segmentales de la infancia siguen siendo suficientes y exclusivos una vez que la personalidad se desarrolla. Aun cuando el adulto satisface no menos que el niño los requerimientos cuya solución es necesaria para su supervivencia y estructura, hábitos y actitudes que establecen una relación adaptativa entre él y el mundo en que debe vivir, ya los instrumentos que usa y los complejos papeles que cumple lo colocan más allá del alcance de la cruda concepción biológica, para la cual el impulso segmental y el condicionamiento constituyen las fuentes simples y soberanas de la personalidad.

LA PERSONALIDAD EN EL PRIMER AÑO

Volvamos al infante: el material probatorio con que contamos nos dice entonces que, al nacer, el niño está dotado de la capacidad de desarrollar una actividad difusa y al azar y también una actividad específica de tipo reflejo. Estas actividades pueden ser puestas en movimiento por diversas formas de estimulación, y en especial por tensiones provenientes de ciertos segmentos autónomo-somáticos, las que provocan un movimiento inquieto que dura hasta que las tensiones son resueltas. Está dotado además de una constitución física y nerviosa distintiva, que incluye peculiaridades de la función glandular, las cuales predeterminan en gran medida tanto su temperamento como el curso de su crecimiento físico. También forman parte de su herencia constitucional diversos talentos y defectos incipientes que a

su tiempo se manifestarán, dadas condiciones ambientales adecuadas. A más de este rico bagaje, el infante tiene una capacidad multilateral para el crecimiento mental, la cual involucra muchos mecanismos neuropsíquicos que más adelante deberemos considerar en detalle.

Pero pese a todo este bagaje, el infante recién nacido *carece* de personalidad. Aunque muchos de sus determinantes son congénitos, la personalidad como tal no es hereditaria. Los primeros hábitos, deseos conscientes y rasgos incipientes sólo aparecen una vez que la corriente de actividad entra en contacto con el mundo circundante y actúa sobre él, al mismo tiempo que sufre su acción.

Dos padres con intereses psicológicos observaron atentamente a su hijo durante los primeros meses de vida con el fin de descubrir las primeras manifestaciones de personalidad en el niño y registraron todas las observaciones en un diario. Por más extraño que parezca, pese a toda la atención de esos dos padres no hay en el diario registros ciertos acerca de la personalidad antes del cuarto mes de vida. Es verdad, sin duda, que es más difícil observar las características individuales de un infante si se lo estudia aisladamente que si se lo ve en medio de un grupo de niños de su edad (o por lo menos con otro niño). Algunos observadores (que han podido comparar la conducta de varios infantes) sostienen que los primeros signos leves de ajuste distintivo aparecen poco después del nacimiento.

Llamaremos Andrés al infante cuya conducta diaria fue registrada. Unas pocas citas ilustrarán acerca de las dificultades que trae consigo el interpretar el comportamiento de los primeros días como una expresión de personalidad. La edad del niño en meses y días es indicada antes de cada registro.

0.1 Visto por primera vez a la edad de 45 minutos, A. tiene abiertos los ojos; mucha agitación al azar, abre y cierra las manos. A la edad de seis horas, ojos bien abiertos, parpadeos, bostezos y estornudos, también rechaza el primer alimento que se le ofrece en una mamadera. A la edad de 20 horas, llevado para ser amamantado por primera vez, A. está bien despierto y chupetea claramente desde su llegada, mostrando muchos reflejos faciales y bucales; repentinamente se queda dormido por completo y no es posible despertarlo para que mame.

0.2 Por segunda vez A. es llevado para tomar el pecho y está despierto; mama a la perfección, chupando y tragando, reteniendo todo el tiempo tenazmente el pezón.²⁸ Tienen lugar movimientos de succión en contacto con la frazada y otros

²⁸ Dado que A. mama de costado, su caso no confirma la teoría de que la deglución constituye un reflejo condicionado que depende de la acción de la gravedad para la primera estimulación de los sucesivos músculos anulares. El acto de tragar es enteramente innato.

objetos o con frecuencia en ausencia de todo contacto.²⁹ A. hace girar su cabeza en forma bien coordinada de derecha a izquierda y a la inversa. Se observan toses e hipoes.

Ya hay claras muestras de actividad masiva desordenada y también de reflejos específicos adaptativos.

0.3 Se observan reflejos del pie y de la pierna; cuando se le hacen cosquillas en la planta del pie, los cinco dedos se contraen juntamente y al repetirse el cosquilleo sólo los cuatro pequeños (Babinski positivo). Un pinchazo en la planta causa un inmediato movimiento de apartamiento de la rodilla.

0.4 Se lo puede despertar con un cosquilleo pero no con movimientos más masivos. Se observan reflejos de prehensión en la posición de las manos: los pulgares hacia adentro. Los ojos se mueven en forma sincronizada, no independientemente.³⁰

0.5 Parece enfocar los ojos en un dedo que está a 12 pulgadas de su cara, pero no sigue el movimiento del dedo con los ojos.

0.6 Se sobresalta ante el sonido repentino (pero no fuerte) del botón de la luz eléctrica.

0.8 Fijación bastante definida de los ojos en la cara de la madre y en una flor sostenida frente a la cara de A. Después de la fijación en objetos se producen durante un corto tiempo muchos movimientos sincronizados de los ojos hacia todas direcciones.

0.10 Si se le golpea levemente la mejilla, los músculos se contraen como para una sonrisa; cuando estos golpecitos se repiten tres y cuatro veces, tiene lugar un movimiento corporal más difuso que produce un cambio de posición y hace eludir el estímulo.

0.12 Cuando se lo toma de los hombros para retirarlo del pecho, A. da muestras de activa resistencia, haciendo un movimiento en contrario del cuerpo (especialmente de los hombros) en dirección al pecho.

0.14 Tan pronto como se lo levanta un poco hacia el pecho, pero antes de llegar a él, A. deja de llorar y hace vigorosos movimientos de succión.

Este registro efectuado a las dos semanas es el primer ejemplo de un posible condicionamiento. El ajuste preparatorio para la alimentación que realiza Andrés parece ser el primer ejemplo visible de aprendizaje. Hasta ese momento los registros han mostrado el predominio del sueño, la actividad desordenada y los reflejos adaptativos. Al aparecer el aprendizaje la posibilidad de modos distintivos de ajuste aumenta. Antes de esta novedad, muy poco distingue a Andrés de los otros infantes de su misma edad.

²⁹ Algunos conductistas pretenden que la respuesta de succión tiene lugar sólo al producirse el contacto efectivo con el pecho o con otros objetos. Este registro ilustra la existencia de una conducta adaptativa espontánea (internamente provocada) y previene contra el conocido prejuicio de los conductistas, para quienes toda conducta es puramente reactiva.

³⁰ En algunos niños esta coordinación parece ser adquirida; en otros está presente desde el nacimiento.

0.16 La madre va a buscar a A. a su cochecito para darle de comer. Se acerca a un chico que duerme (presumiblemente A.), la enfermera le dice: "Ése no es su chico, ése es S." La madre vuelve entonces a confundir a A. con otro chico dormido. Los tres son similares en su apariencia física. Luego de una cuidadosa inspección parece que la principal diferencia visible entre A. y los otros consiste en que cuando A. llora no muestra sus encías, tal como lo hacen los otros.

Este es el primer registro de "modos distintivos de ajuste". ¡En el caso de Andrés el primer signo de personalidad parece manifestarse en sus encías!

Los primeros registros que tienen que ver inequívocamente con la personalidad aparecen a los tres y cuatro meses.

3.01 Una característica notable de la disposición de A. es lo relativamente poco que llora y lo mucho que ríe. Fácilmente se deja alegrar por sonidos, muecas, movimientos de los dedos o golpecitos en broma.

4.00 Características a los cuatro meses: sano, de buen carácter, sonríe y se alegra con facilidad, tímido (cuando se amamanta se aparta, sonríe a su madre, regresa agresivamente al pecho con una especie de atención dividida que sólo puede ser descrita como timidez). Profecía basada en las características presentes: risa pronta, bien ajustado, esto es, "normal" y "extravertido", capaz de irritarse marcadamente, activo, sensible al ritmo, adaptable, flaco, fuerte, vivaz y musculoso, alto, travieso, con superioridad lingüística.

Nótese que algunos de los registros que figuran en 4.00 entran en la categoría de la profecía. Las cualidades en cuestión no han sido observadas, pero a los investigadores les pareció notar en la conducta del niño leves indicaciones que sugerían la presencia de un comienzo de tales cualidades. Pero, ¿qué nos asegura que las mismas predicciones no podrían ser hechas también para *cualquier otro* infante de la misma edad? ¿O no podría ser que los padres estuviesen profetizando lo que desean o descubriendo en el chico las cualidades de ellos mismos? Ahondemos entonces en la consideración de estas hipótesis.

Estas profecías de los padres sugirieron un experimento consistente en controlarlas mediante registros posteriores de la personalidad de Andrés. Durante los primeros años los padres mismos continuaron con el registro "paso a paso", pero después de los cuatro años diversos maestros empezaron a cooperar, sin tener ningún conocimiento de los registros hechos por los padres o por los otros maestros. La figura 13 muestra los resultados de este estudio comparativo en diferentes estadios de la niñez.

De acuerdo con esta tabla el pronóstico efectuado a los cuatro meses fue confirmado en muchos aspectos. El ser "capaz de irritarse" parece haberse convertido en excitabilidad y su carácter "travieso" en imaginación. Vemos entonces que el énfasis de dos características dominantes en

<i>Pronóstico a los 4 meses (padres)</i>	<i>Registro a los 12 meses (padres)</i>	<i>Registro a los 2 años, 9 meses (padres)</i>	<i>Registro a los 4 años, 7 meses (maestro 1)</i>	<i>Registro a los 6 años (maestro 2)</i>	<i>Registro a los 8 años (maestro 3)</i>	<i>Registro a los 9 años (maestro 4)</i>
risa pronta y fácil	rie fácilmente imitando	feliz y alegre		casi siempre feliz y activo; ríe fácilmente	desusado sentido del humor; frecuencia término medio en la risa	
bien ajustado "normal" extraverido activo	sociable pero no afectuoso agresivo en sus amistades con otros niños	juega fácilmente con otros chicos domina a los otros niños; pide que se lo admita en grupos de niños mayores	le gusta estar con niños mayores que él conduce y domina; hay que ponerlo con niños mayores	sin complejos o conflictos; sin timidez ni vergüenza sumamente sociable; sobresale en cualquier grupo	parece sensible pero nunca deja de atender a lo que está ocurriendo actividad término medio	bien ajustado, "sano" no tiene enemigos juega vigorosamente; todos los juegos; prefiere como amigos muchachos activos de tipo masculino
activo, capaz de irritación	excitable; algo nervioso	decididamente excitable	muy excitable, demasiado en tensión; el relajamiento le resulta difícil; la excitación puede impedirle hablar	da saltos cuando está excitado; ocasionales contracciones nerviosas en el rostro; hay que cuidarlo de las situaciones excitantes		calmo y de buenas maneras en la escuela (nota de los padres: en casa sigue cumpliendo lo señalado por el maestro a los 6 años)
sensible al ritmo			sobresaliente en la escuela en lo referente al ritmo	le gusta cantar, tanto que en la escuela hay que hacerlo callar para que no tape a los otros niños	atento e interesado por la música	entre todos los miembros de la clase es el que usa los colores más fuertes y los contornos más marcados al dibujar
adaptable	mira a las personas como posibles participantes de un juego; sociable	le agradan especialmente los visitantes; natural con desconocidos	discute libremente; sabe escuchar	sus compañeros de juego son mayores que él; se entiende bien con ellos	se adecua a todos los grupos, si bien con reserva	se adecua bien a situaciones de grupos en la escuela
travieso	inventa muchos juegos	las personas que lo conocen comentan su naturaleza imaginativa más que cualquier otra, de sus cualidades	mucha originalidad en el dibujo	imaginativo en el juego; muy aficionado a los cuentos, le gustan las travesuras y las triquiñuelas	marcadamente original en el contenido de sus dibujos; detalles regocijantes; no es travieso en la escuela	
superioridad lingüística			se le ocurren ideas rápidamente	se distingue en el trabajo escolar	se distingue en el trabajo escolar	ocupa altos puestos en sus estudios - C.I. 140

FIGURA 13 — Registros comparativos de la personalidad de un niño durante nueve años

un principio se ha desplazado. En apariencia, se ha agregado a su naturaleza, en especial en la escuela, cierta reserva que lo ha hecho más reticente y menos dominante en su actuación social. Pero en conjunto el cuadro se mantiene coherente a lo largo de todas las observaciones. Aun a los nueve años, Andrés no muestra ninguna característica de importancia que no se encuentre señalada en este cuadro. Es fundamentalmente un niño vivaz, que no se enoja con facilidad, excitable, con marcados intereses masculinos, adaptable a los grupos y amistoso.

Este registro sugiere dos importantes hipótesis respecto de la personalidad en los primeros años de vida. En primer lugar, se comprueba que *a temprana edad* (en este caso a los cuatro meses) *son evidentes indicaciones vagas y variables de rasgos distintivos*. La segunda hipótesis tiene una significación especial y de gran alcance: *desde la primera infancia existe coherencia en el desarrollo de la personalidad*. Estos principios, que en las páginas siguientes estableceremos más en detalle, muestran que los determinantes innatos de la personalidad son sin duda importantes. No obstante, esto no significa que la personalidad no sea sino el despliegue de tendencias latentes, ajenas a toda influencia del mundo circundante. Al volverse el medio ambiente de Andrés más diverso y hostil, su carácter afirmativo puede ser modificado e incluso destruido y su anterior "extraversión" puede convertirse en un retraimiento y una reserva más acentuados e incluso es concebible que su temperamento alegre y excitable sufra alteraciones. Sólo se puede decir que Andrés parece haber desarrollado ciertas cualidades compatibles con su temperamento, pero que estas características han sido y continuarán siendo acentuadas o disminuidas según los requerimientos del medio ambiente.

Se han hecho muchos otros estudios biográficos de infantes, pero la mayoría se han ocupado del desarrollo de las funciones sensoriales, motoras e intelectuales. El observador, en especial si se trata de uno de los padres, a menudo se ve llevado a sobreestimar las capacidades del niño o a interpretar el comportamiento de éste a la luz de sus preconceptos de adulto.³¹ Pero aun con estas limitaciones el estudio intensivo de un niño aislado tiene sus ventajas sobre el método, en la actualidad más popular, que se sirve de la observación impersonal de masas de niños. Este procedimiento, absorbido en el manejo de una multitud de métodos mecánicos de clasificación, registro y cómputo, no puede sino pasar por alto las sutilezas de la naturaleza de cada chico. Existen, sin embargo, unos pocos estudios del desarrollo de la personalidad durante la temprana infancia con los cuales se puede comparar el caso de Andrés.

³¹ M. C. Jones ha demostrado que el 85 % de estos estudios biográficos registran un desarrollo más rápido que el normal en un grupo ampliamente representativo de niños. *Ped. Sem.*, 1925, 33, 537-585.

Algunos observadores han registrado marcadas diferencias en el volumen de actividad y en el gasto de energía no sólo en las primeras semanas sino también en la vida intrauterina. Desde el estricto comienzo, algunos niños parecen plácidos y contentos; otros agitados, inquietos y emprendedores. Específicamente, se pueden observar diversos tipos de modo de alimentación (p. ej. agresivo, intermitente, indolente o impaciente) y algunos autores creen que estos tipos prefiguran el temperamento posterior del niño.³²

Un observador pretende que hay diferencias en el tipo de "respuesta social" ya a los veintiún días,³³ pero en su estudio "respuesta social" es en verdad sinónimo de diferencias temperamentales en la vivacidad y motilidad, sobre las cuales *más tarde* pueden fundarse rasgos sociales diferenciales. Ningún comportamiento social distintivo propiamente dicho puede ser observado a edad tan temprana como los veintiún días. Pero en la segunda mitad del primer año ya existen diferencias inequívocas en la sociabilidad. Bühler encuentra que ciertos niños prestan muy poca atención a la gente, mientras que algunos otros, por el contrario, muestran dependencia social, y otros, en cambio, no son ni indebidamente inatentos ni indebidamente dependientes y tienen una cualidad a la que podría darse el nombre de "desenvoltura social".³⁴ Se podría señalar que, tal como en el caso de Andrés, las observaciones más tempranas establecen la presencia de caracteres distintivos en el temperamento, la motilidad y la inteligencia. Los rasgos, intereses, hábitos sociales y sentimentales aún no están conformados.

La segunda hipótesis, según la cual las diferencias observadas en los primeros tiempos tienden a persistir, también es de segura confirmación. Una investigación realizada por Shirley, quien siguió la actividad de veinticinco infantes desde el nacimiento hasta los dos años, mostró que ciertas cualidades (p. ej. adaptabilidad, timidez, agresividad) parecen destacarse en el niño ya desde los primeros meses.³⁵

En otro estudio se estableció que infantes de entre dos y doce meses podían ser clasificados fácilmente en tres grupos: niños que reían más a menudo de lo que lloraban, niños que reían y lloraban más o menos con la misma frecuencia y niños que lloraban aún más de lo que reían. Se comprobó también que esta característica temperamental se mantuvo en general constante a lo largo de los primeros meses de vida.³⁶

³² Cf. S. y M. Blanton: *Child Guidance*, 1927, p. 31.

³³ H. Zoepffel: *Zsch. f. Psychol.*, 1929, 111, 273-306.

³⁴ Ch. Bühler: "The Social Behavior of the Child", *Handbook of Child Psychology*, 1ª ed., 1931, cap. XII.

³⁵ M. M. Shirley: *The First Two Years*, Vol. III, 1933, p. 219.

³⁶ R. W. Washburn: *Genet. Psychol. Monog.*, 1929, 6, Nos. 5-6.

Valdría la pena continuar este estudio más allá del primer año para ver si ese temprano balance afectivo es una característica temperamental que se mantiene en la niñez más tardía y en la madurez.

Se podría citar otro estudio más para mostrar que en las primeras semanas de vida pueden observarse ya diferencias temperamentales, que persisten durante toda la infancia.³⁷ Para esta experiencia se eligieron mellizos monoigóticos, sorprendentemente iguales en su aspecto, en sus medidas antropométricas, impresiones digitales e inteligencia, que también mostraban semejanza en ciertas formas básicas de expresión emocional, en ademanes de súplica y de rechazo, en la vocalización, en su buen carácter y dócil conducta. Pero durante todo el estudio, T fue más accesible, más agresivo socialmente, más carente de temores, más animado y reactivo. Por contraste C resultó más inmóvil, más introvertido, más cauto y temeroso. Unos pocos extractos del protocolo de los examinadores muestran la persistencia de estas diferencias.

*Edad en
semanas*

- 0 T más activo inmediatamente después del nacimiento; peso, 3 onzas más que C.
- 6 T más sensible al material, però entra en agitación con más facilidad que C.
- 8 T más despierto en la fijación en objetos; más reactivo acostado boca abajo
- 16 T llora más fácilmente pero también sonríe con más facilidad.
- 24 T ligeramente más plácido durante el examen.
- 28 T vocaliza más; muestra mayor tendencia al alboroto; más activo.
- 36 La conducta emocional de T es más espontánea y vivaz.
- 38 T presta mayor atención al material de C que C al de T.
- 44 Vocalizaciones levemente mayores en C. T ligeramente más vivaz en el juego social ante el espejo.
- 63 T más activo. Leve diferencia personal, subsiste la correspondencia general.
- 79 T más móvil y activo, pero en el comportamiento adaptativo, emocional y lingüístico existe un amplio parecido.

Con la excepción de una o dos observaciones (a las 24 y 44 semanas), T fue el mellizo más reactivo en todas las ocasiones. Es probable que los tipos ligeramente distintos de naturaleza emocional tengan como consecuencia el desarrollo de personalidades cada vez más diferenciadas, tan pronto como el medio social se amplíe y al mismo tiempo los mellizos vayan tomando conciencia de sus similitudes y diferencias.³⁸

Sólo hemos de mencionar un estudio cuyo comienzo es posterior al año de vida. Está basado en la observación de 72 niños entre los dos y

³⁷ A. Gesell y T. Thompson: *Genet. Psychol. Monog.*, 1929, 6, Nº 1.

³⁸ Cf. H. von Bracken: "Mutual Intimacy in Twins", *Char. & Pers.*, 1934, 2, 293-309.

tres años de edad.³⁹ Fueron estudiados dos rasgos: negativismo y distractibilidad. Efectuaron las evaluaciones distintos examinadores, que dedicaron mucho tiempo a la observación de los chicos. Después de un intervalo de nueve semanas las marcas de todos los niños mostraron una correlación de 0.80 para el negativismo y 0.83 para la distractibilidad. Después de cuarenta y tres semanas las evaluaciones tenían una correlación de 0.60 y 0.64. Teniendo en cuenta que estas correlaciones están basadas en evaluaciones efectuadas por distintos observadores, hay que aceptar que la correspondencia es indudablemente significativa. Por consiguiente, estos dos rasgos parecen funcionar coherentemente durante la edad comprendida por este estudio. Hemos de llamar la atención sobre el hecho de que estos rasgos son primariamente del tipo motilidad-temperamento.

El material que hasta aquí hemos reunido nos permite sacar cuatro importantes conclusiones: 1.— La personalidad, definida como el modo distintivo de ajuste adoptado por cada individuo en su esfuerzo por vivir, no está formada al nacer, pero se puede decir que comienza con el nacimiento. 2.— Los más tempranos ajustes distintivos con respecto a los cuales se puede decir que los infantes difieren, residen en la intensidad y frecuencia de su actividad espontánea (*motilidad*) y en su expresión emocional (*temperamento*). Estos dos factores son primariamente productos de la herencia. 3.— Parece probable que antes del cuarto mes no se produce suficiente aprendizaje y maduración como para formar *hábitos* distintivos de ajuste o rasgos rudimentarios; pero durante la segunda mitad del primer año ciertas respuestas adaptativas al medio físico y a las personas muestran un marcado carácter distintivo. 4.— Las cualidades distintivas observadas en las primeras épocas de la vida tienden a persistir; el niño parece predispuesto a aprender ciertos modos de ajuste y a rechazar otros. Aun antes de que estas formas adaptativas estén claramente definidas, a menudo un observador puede predecir rasgos posteriores empleando el método de la "profecía". Sean cuales fueren los métodos usados para estudiar la coherencia durante las primeras etapas del desarrollo, el material de prueba es positivo virtualmente en todos los casos.

Sin embargo, no se debe suponer que la última conclusión implica que la personalidad queda fijada para siempre durante el primer año de vida. Ningún destino queda determinado tan temprano. Las circunstancias posteriores afectan la personalidad profundamente. La mala salud, un cambio marcado en las condiciones del hogar o experiencias traumáticas, pueden cambiar por completo el curso del desarrollo manifestado durante el primer año de vida. Además, en la primera infancia hay ciertas condiciones que

³⁹ F. L. Goodenough: *J. Juv. Res.*, 1929, 204-219.

impiden la formación de disposiciones tan estables como las que se han de formar más tarde. Existe, por ejemplo, un grado bajo de retentividad para las experiencias conscientes; en verdad hay un nivel tan bajo de conciencia que el niño no tiene una autoconciencia precisa. La conciencia del yo desempeña más tarde un papel primario en la organización de la personalidad. En consecuencia, aunque el infante aprende con rapidez, olvida igualmente con rapidez. Asimismo, su vida emocional no está graduada y es casi incapaz de una respuesta moderada. La propensión al tipo todo-o-nada de actividad emocional le impide el aprendizaje de respuestas afectivas discriminativas o el desarrollo de una jerarquía de gustos y aversiones. Su capacidad de concepción es débil. Por consiguiente, existen suficientes razones para que la personalidad sea menos estable, menos predecible y menos coherente en los primeros meses de vida que en toda otra época posterior. Nunca está tan desorganizada y sin estructurar como en la infancia. Pero si se piensa que aun en el primer año de vida no es completamente inestable y desorganizada, será lógico esperar que la personalidad madura mostrará una coherencia interna aún mayor.⁴⁰

⁴⁰ Este capítulo intenta interpretar los datos ofrecidos por las investigaciones modernas, situándolos de acuerdo con su importancia sistemática y teórica para el desarrollo de la personalidad. Los lectores que deseen tomar contacto con una base experimental más amplia pueden consultar un excelente resumen de la investigación realizada entre 1920 y 1935: M. C. Jones y R. S. Burks: "Personality Development in Childhood", *Monog. of the Soc. for Res. in Ch. Dev.*, 1936, Vol. I, Nº 4.

CAPÍTULO V

LOS ASPECTOS BASICOS DEL CRECIMIENTO

*Dividir lo unido, unir lo dividido, eso es la vida
de la Naturaleza.*

GOETHE

RESULTA FÁCIL DIVIDIR en estadios arbitrarios el desarrollo progresivo de la personalidad desde la infancia hasta la edad senil. Se podrían distinguir los períodos de infancia, niñez, adolescencia, madurez y senectud o hacer subdivisiones más finas de acuerdo con el criterio que se prefiera. Pero el que haya siete edades del hombre, como sostuvo Shakespeare, o tres, como afirmaría la Esfinge, o cinco o nueve o setenta, es una cuestión retórica y no psicológica. Para cada *persona* sólo hay *un* curso ininterrumpido, consecutivo, de vida.

También resulta fácil caer en otra abstracción psicológica y hablar de "mecanismos de crecimiento" separados, mediante la acción de los cuales la personalidad avanza de un estadio al otro, tal como, por ejemplo, el "condicionamiento", la "ley del ejercicio" o la "ley del efecto". Pero también de esta forma la homogeneidad del proceso de crecimiento es desfigurada. Tal como lo señala Goethe, la naturaleza continuamente une y divide, construye y destruye, organiza y desorganiza, de un modo tan complejo que no se puede hablar de ningún mecanismo aislado que actúe con independencia.

Pero si en vez de admitir mecanismos de crecimiento separados que actúan como otros tantos *dei ex machina*, el psicólogo distingue meros *aspectos* del proceso total, su análisis estará más justificado y menos sujeto a desfiguraciones. El psicólogo sólo puede ocuparse de *aspectos*. Con el fenómeno total y homogéneo del crecimiento no tiene nada que hacer. Pues en el fondo este fenómeno es simplemente una propiedad aún no explicada de todas las sustancias *vivas* y es así un problema propio del filósofo y no del psicólogo. Un análisis de aspectos y no un análisis sustantivo constituye, por consiguiente, el camino más seguro a seguir.

Pero para el plan de tal análisis de aspectos no existe ninguna guía que sea obligatoria. La lista de aspectos que nosotros distinguiremos servirá tan bien como cualquier otra.

Lista de diversos aspectos del crecimiento significativos en el desarrollo de la personalidad:

Diferenciación
Integración
Maduración
"Aprendizaje"
Autoconciencia
Sugestión
Autoestima
Inferioridad y compensación
"Mecanismos" psicoanalíticos
Autonomía funcional
Reorientación súbita: trauma
Extensión del yo
Autoobjetivación: introvisión y humor
La *Weltanschauung* personal
La diferenciación

En el capítulo anterior se ha señalado que gran parte del comportamiento inicial del infante es desordenado y difuso, mera "acción global". A partir de esta matriz de algún modo se van *diferenciando* gradualmente habilidades especializadas y respuestas adaptativas precisas. Un ejemplo simple y tosco de esto es la ameba. Este animal no tiene órganos, carece de partes diferenciadas. Mediante el cambio de su forma completa produce una boca, una mano, una pierna o un brazo cada vez que los necesita. En estadios más elevados de la escala filogenética, las diversas funciones biológicas tarde o temprano se especializan y son adjudicadas a sistemas segregados más permanentes, para los cuales se desarrollan estructuras específicas. Estas estructuras ejecutan de un modo más adaptativo las respuestas hechas originariamente por el tosco e ineficaz todo anterior a la estructuración.¹

No sólo las estructuras se vuelven progresivamente especializadas por el desarrollo de miembros y órganos ejecutivos, sino también las funciones nerviosas y las pautas adaptativas de comportamiento. Desde las inversiones productoras de retracciones o extensiones globales, propias del ce-

¹ La evolución de estas estructuras especiales en la historia de la vida de un organismo y su crecimiento y auto-reparación bajo el dominio de necesidades funcionales integrales, ha sido descrita por G. E. Coghill, *Anatomy of Behavior*, 1929.

rebrote no desarrollado del infante, y desde el desordenado agitarse y retorcerse resultante de la disipación de impulsos nerviosos, el niño va adquiriendo gradualmente un mayor refinamiento en el movimiento. Modos de conducta como los hábitos vocales, la súplica, el ruego, la expansión facial, los ademanes, el extender las manos hacia algo y más tarde el trabajar, gastar, ahorrar, coleccionar, arreglar, ordenar, disimular, combatir, adaptarse socialmente, llegan a ser sus pautas de comportamiento diferenciadas más eficientes y tienen su origen en las originales e inadecuadas respuestas globales del cuerpo total, a las cuales van sustituyendo.

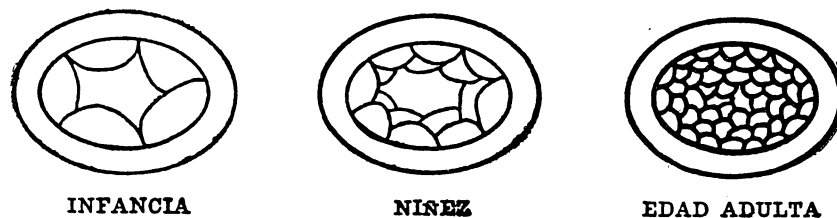


FIGURA 14

La diferenciación de sistemas funcionales

En Lewin encontramos una exposición psicológica del problema de la diferenciación.² "El niño es una unidad dinámica en un grado mayor que el adulto. El infante actúa en un comienzo con su cuerpo como un todo y sólo gradualmente adquiere la capacidad de ejecutar acciones con las partes". A diferencia de los adultos, prosigue Lewin, el niño pequeño tiene sus diversos sistemas separados por límites de reducida firmeza funcional. En el adulto, los movimientos, amaneramientos, actitudes y rasgos son más definitivos, más fijos, menos confundidos con tendencias no relacionadas con ellos. Este curso del desarrollo puede ser representado en un diagrama al modo de Lewin (figura 14). En la infancia los límites entre los sistemas funcionales son débiles y esto tiene como consecuencia que el niño reaccione como un todo; del mismo modo la barrera entre el niño y su mundo circundante es menos firme y lo deja así al alcance de todo tipo de estímulos ambientales, que en épocas posteriores de la vida serán inhibidos. La debilidad de esta barrera impide asimismo el desarrollo de una aguda autoconciencia en el primer o segundo año.

Las tensiones motrices son en el niño mucho más totales e imperativas que en un adulto capaz de autodomínio (bien diferenciado). Un niño de tres años, por ejemplo, preparado para responder de cierto modo no puede retardar su respuesta hasta el momento exacto en que se le dé

² K. Lewin: "Environmental Forces in Child Behavior and Development" en *Handbook of Child Psychology*, 1ª ed., 1931, cap. IV. Hay trad. cast.

la señal de partida.³ Y todo padre conoce la exasperante insistencia de un chico que debe esperar veinte minutos para que le lean algo o que espera salir para el circo una hora más tarde. A esa edad hay poca capacidad para la demora. Igualmente, existe poca capacidad para la respuesta graduada. Cuando el chico actúa emplea mucho más su cuerpo que el adulto. Cuando algo le gusta, salta y brinca; cuando está enojado todo él "monta en cólera". Su comportamiento emocional no es diferenciado y casi todas sus actividades son acompañadas por "sinquiesias" (movimientos auxiliares pero sin sentido).⁴ En especial cuando lee, escribe, habla o toca el piano, se menea o se mueve desordenadamente. La coordinación precisa y la aplicación paciente están más allá de sus fuerzas. Todo el desarrollo de la neurodinámica, escribe Luria, consiste en la creación de una "barrera funcional", por efecto de la cual la excitación que antes afectaba al sistema nervioso total queda reducida a ciertos sistemas limitados. De ese modo el niño moviliza exactamente la cantidad de energía y las pautas de reacción requeridas por la situación a que debe hacer frente.⁵

La diferenciación, al traer consigo la selección de movimientos adaptativos precisos en lugar de la burda e indecisa actividad del cuerpo total, depende evidentemente del funcionamiento de la inhibición. La inhibición de los movimientos antagonistas o inútiles es el primer paso hacia el logro de la capacidad adaptativa. Un cierto grado de inhibición es automático, dado que la efectiva inervación de un sistema muscular inhibirá a la fuerza al sistema antagonista. Por lo tanto, no es estrictamente correcto decir que la actividad del infante *siempre* es completamente indiferenciada. La inhibición está presente en los primeros movimientos de los miembros y en la primera expresión emotiva. El niño no puede echar su pierna hacia adelante y retraerla al mismo tiempo ni tampoco puede sonreír y llorar a la vez. Se ven efectos curiosos cuando las dos inervaciones entran en lucha para lograr la vía común final, pero en última instancia una o la otra prevalecerá o el chico quedará en un estado tenso de animación indeterminada.

Al final, merced a los refinamientos de la inhibición no sólo se suprimen mutuamente las acciones ejecutadas por sistemas musculares antagonistas, sino que las acciones auxiliares, que no vienen al caso y son un mero desgaste, también terminan por ser eliminadas. Aparece una

³ A. R. Luria: *The Nature of Human Conflicts*, trad. 1932, cap. X.

⁴ Cf. G. W. Allport y P. E. Vernon: *Studies in Expressive Movement*, 1933, págs. 16-21.

⁵ A. R. Luria, op. cit., p. 342. La doctrina de la diferenciación es en esencia una actualización del principio spenceriano que concibe el proceso vital como el paso de homogeneidad difusa a la heterogeneidad coherente.

reciente precisión; cada acto aumenta en habilidad y valor adaptativo, aun cuando decrezca en área, en expansión y en consumo de energía. Con la ayuda de la inhibición selectiva, las vocalizaciones al azar del infante se reducen en frecuencia y variedad hasta que sólo quedan las pautas más limitadas de respuesta vocal, utilizables en la comunicación y el pensamiento simbólico. La expresión emocional generalizada y violenta va siendo reducida por la inhibición hasta que en el adulto no queda manifiesto sino lo admitido: un leve gesto, una ceja levantada o una palabra bien elegida. La inhibición destruye la monotonía del comportamiento infantil, genera una mayor diversidad en la actividad y otorga mayor firmeza a los límites entre las actividades.

Los principales hechos en que se basa la teoría de la diferenciación (o *individuación*, tal como a veces es denominada) aún no han sido enumerados. Mientras trabajaba con fetos humanos producto de abortos, Minkowski descubrió que sólo en los fetos más avanzados existían signos de acción refleja segmental y que aun en éstos había un gran predominio de la actividad global, lenta, asimétrica y arrítmica. Ante una estimulación cutánea, estos organismos parecían responder con toda su musculatura.⁶ El trabajo de Coghill sobre la *Amblystoma* es bien conocido. Este estudio mostró que la actividad refleja específica de los miembros anteriores, patas y agallas, aparece después que el movimiento corporal difuso y como un derivado de éste. En el embrión del *Amblystoma*, por ejemplo, el tipo predominante de actividad es una reacción natatoria de forma parecida a una S. Este método de locomoción presiona sobre ciertos segmentos del cuerpo y esto parece tener como consecuencia que ciertos nervios invadan estas regiones, mientras que a su vez esta invasión parece determinar la posición de los miembros. Los reflejos locales de los miembros derivan por consiguiente de la reacción precedente, más unificada, del organismo total. Para formular la teoría en los términos mismos de Coghill hemos de transcribir la siguiente cita:

“Los sistemas de órganos deben ser alcanzados secundariamente por un proceso de individuación, que tiene lugar en un sistema totalmente integrado, y el desarrollo de las pautas de comportamiento debe efectuarse no por una integración de reflejos independientes, tal como por lo común se afirma, sino por un proceso de individuación que se lleva a cabo dentro de un sistema orgánico total, el cual desde el comienzo de la reacción está integrado como un todo. El principio básico del desarrollo del sistema nervioso de los vertebrados parece ser, por lo tanto, *el mantenimiento de la integridad del individuo mientras dentro de él se desarro-*

⁶ En G. E. Coghill: *J. Gen. Psychol.*, 1930, 3, 431-435, se encuentra una exposición accesible de este trabajo. La literatura sobre este campo en conjunto es resumida por L. Carmichael en *Handbook of Child Psychology*, ed. rev., 1933, cap. I.

llan sistemas independientes que, por decirlo así, al mismo tiempo entran en una lucha en la cual cada uno pretende lograr poder sobre los demás y dominio sobre el individuo." ⁷

Irwin estudió los movimientos de los infantes durante los primeros días de vida, en una situación que le permitía mantener condiciones estimulantes externas constantes. ⁸ Durante las veinticuatro horas se observaba a cuatro infantes y se registraban sus actividades. Este trabajo demuestra que las respuestas segmentales son menos prominentes que la acción más global y que toda respuesta segmental que llega a ser intensa tiende a irradiarse hasta abarcar todos los órganos visibles de respuesta, de tal modo que "literalmente todo parece estar en movimiento al mismo tiempo". De esto surge como conclusión inevitable que, al ser la actividad global el modo predominante de respuesta en las primeras épocas de la vida, el aprendizaje debe consistir, por lo menos en gran parte, en una especialización o individuación de esta actividad burda. El autor sostiene también que una teoría organísmica que interprete el desarrollo como una diferenciación es mucho más aceptable que la antigua teoría de los reflejos específicos integrados, encadenados, compuestos o sumados. ⁹

El proceso fisiológico por el cual los hábitos y disposiciones llegan a diferenciarse dentro de un hábil campo primitivo de respuesta no es de ningún modo algo claro. ¿Por qué los movimientos inútiles habrían de ser inhibidos? ¿Por qué, por ejemplo, el infante cuando trata de alcanzar un objeto extiende hacia él sus brazos, sus piernas y su cabeza, más tarde sólo los brazos y finalmente *un* brazo? El problema consiste en explicar por qué los impulsos aferentes gradualmente dejan de extenderse por todas las vías para seguir sólo algunas preferenciales. El movimiento fluido y eficaz poco a poco va eliminando el movimiento difuso y al azar, con excepción de algunas sinquiesias ocasionales o de ciertos movimientos "nerviosos", que persisten bajo la forma de amaneramientos personales. Sin duda el proceso es enormemente complejo. Algunos autores han considerado que el factor decisivo es la sucesiva mielinización de ciertos conductos

⁷ G. E. Coghill: "The Growth of Functional Neurons and Its Relation to the Development of Behavior", *Proc. Amer. Soc.*, 1936, 65, 51-55.

Coghill ha hecho aplicación específica de su teoría a la estructura de la personalidad: "La expresión más elevada y compleja de este conflicto pone en juego la integridad de la personalidad. En este punto, el asiento del conflicto entre las pautas totales y parciales de integración es fundamentalmente la corteza cerebral. De acuerdo con esta hipótesis, los diversos componentes de la personalidad, al igual que los reflejos locales espinales, se desarrollan por individuación dentro del mecanismo de la integración total y su funcionamiento normal depende de su subordinación a ese mecanismo." *J. Genet. Psychol.*, 1936, 48, p. 19.

⁸ O. C. Irwin: *Genet. Psychol. Monog.*, 1930, 8, N° 1.

⁹ O. C. Irwin: *Psychol. Rev.*, 1932, 39, 189-201.

o núcleos nerviosos sensitivos y motores u otras diferencias temporales en la maduración de segmentos motores y sensitivos.¹⁰ Algunos hablan de índices diferenciales de metabolismo, que favorecen primero una localización y luego otra, hasta que la respuesta especializada y regional llega a suplantarse a la respuesta difusa.¹¹ Otros escritores, de orientación conductista, ponen el acento sobre las intensidades y períodos diferentes en que ciertos estímulos ambientales son eficaces¹² o recurren a la "neuro-biotaxis", al "círculo reflejo" y a la "suma algebraica" de impulsos motores antagonistas que entran en competición.¹³ Es más prudente admitir que todos los recursos de la fisiología serán necesarios para dar una explicación completa de este intrincado proceso. Además habrá que tener en cuenta la ley psicológica del efecto, según la cual los movimientos adaptativos exitosos son retenidos y los frustrados desaparecen.

Entretanto, no se debe perder de vista la importancia de la doctrina de la diferenciación para el problema de la personalidad. El concepto de arco reflejo, al cual esta doctrina se opone, surgió como una consecuencia de la teoría celular de la biología. Así como la célula era considerada la unidad estructural, del mismo modo se admitió que la coordinación funcional de las neuronas motrices, centrales y sensitivas en un arco simple constituía la unidad de comportamiento. La teoría de la célula sostenía que el organismo es una suma de células intrincadamente conectadas. Cuando esta noción fue abandonada y sustituida por una teoría más atenta al todo corporal, la teoría refleja de la actividad nerviosa cayó en el descrédito. Por eso hoy en día el principio de diferenciación, pese a su vaguedad, cuenta con el favor de los psicólogos genéticos, quienes la prefieren en general a la aparente simplicidad de la integración. Incluso los conductistas han dado marcha atrás: "Los reflejos simples", escriben Lashley y Ball, "y su combinación en cadenas de arcos reflejos han mostrado ser de poco valor para la comprensión de los problemas más complejos de la psicología."¹⁴

Algunos autores temen que el entusiasmo por la doctrina de la acción global como forma original de comportamiento y la creencia en que de ella se derivan hábitos y reflejos segmentales más específicos pueda llegar demasiado lejos.¹⁵ Ya se ha iniciado una controversia. Aunque el

¹⁰ F. Tilney y L. Casamajor: *Arch. Neurol. & Psychiat.*, 1924, 12, 1-66.
O. C. Irwin: *Psychol. Rev.*, 1932, 39, pp. 189-201.

¹¹ C. M. Child: *Individuality in Organisms*, 1915 y *Physiological Foundations of Behavior*, 1924.

¹² Z. Y. Kuo: *Psychol. Rev.*, 1932, 39, 499-515.

¹³ E. B. Holt: *Animal Drive and the Learning Process*, 1931.

¹⁴ K. S. Lashley y J. Ball: *J. Comp. Psychol.*, 1929, 9, 7-107.

¹⁵ Cf. I. Pavlov: "The Reply of a Physiologist to Psychologists", *Psychol. Rev.*, 1932, 39, 91-128.

condicionamiento y la composición de reflejos simples parece ser una teoría inadecuada del crecimiento, no se puede negar que existe igualmente un proceso de *cementación o integración*. La *disociación* como ley del desarrollo no puede desalojar por completo a la ley más antigua de la *asociación*.

Esta disputa es de especial importancia para el problema de la coherencia de la personalidad. Si, tal como resulta del diagrama de la teoría de Lewin (fig. 14), la personalidad con el tiempo va teniendo divisiones más finas, más diferenciadas y más firmes, ¿no hay que concluir de esto que nunca la personalidad vuelve a estar tan unificada como en la primera infancia? ¿No sería lógico esperar que el individuo alcanzara cada vez una conducta más específica y fuera siendo cada vez menos una unidad coherente? La diferenciación, como único mecanismo, produciría una especie de entropía o disipación de la personalidad. Nadie puede negar que el movimiento, el lenguaje y la expresión emocional se van volviendo más fluidos y precisos, hecho éste de la mayor importancia para el desarrollo de la personalidad. Pero estas especializaciones, una vez adquiridas, parecen influirse mutuamente y unirse en una organización expansiva y de apretada consistencia. Como dijo Goethe, el curso de la naturaleza no consiste sólo en dividir lo que está unido, sino también en unir lo que está dividido. La integración es un principio decididamente tan importante como la diferenciación.

LA INTEGRACIÓN

La integración, al igual que la diferenciación, es a veces considerada como el principio supremo del crecimiento. La psicología genética y la higiene mental hacen amplio uso de este concepto y, en especial en el último campo, ha sido exaltado al solemne lugar de Om supremo. Cualquier condición que actúe en favor de la salud mental es llamada "integradora", cualquier condición que traiga dificultades mentales es llamada "desintegradora". Y por cierto, los devotos nunca dudan de que la integración es un bien inmaculado y la desintegración, una encarnación del mal.¹⁶ Pero no siempre está claro a qué proceso psicofísico se refiere toda esta magia.

La significación original de la integración se comprende mejor haciendo referencia a la teoría celular de la biología. El hecho inicial reside en que el cuerpo humano contiene alrededor de diez trillones de

¹⁶ Cf. W. H. Burnham: *The Normal Mind*, 1924 y *The Wholesome Personality*, 1932. Pese a su excesivo énfasis, estos libros deben ser recomendados por su profusión de aplicaciones concretas del principio de la integración al desarrollo de la personalidad.

células, más de nueve billones de las cuales se encuentran en la corteza. De este asustante conjunto de elementos, de algún modo se construye una vida personal relativamente unificada y estable. Las células están unidas de tal modo que pierden su independencia funcional. De lo múltiple emerge lo uno; el lema implícito en la integración es *e pluribus unum*.

Aun cuando una vida siempre exhibe tendencias contradictorias, aun cuando la unidad nunca es completa y final, sin embargo resulta evidente que el número de cualidades totalmente independientes no es muy grande. Probablemente sólo unos pocos reflejos segmentales específicos permanecen sin asociarse con las actividades complejas de ese gran órgano integrador que es la corteza. Dentro de este órgano, los enlaces y combinaciones son tan profusos que toda función parece estar unida de algún modo y en algún grado con casi todas las otras funciones.

Del mismo modo que quienes deciden considerar el comportamiento del niño recién nacido como consistente en lo fundamental en acción global prefieren por eso mismo adherir a la doctrina de la diferenciación, así quienes creen que el bagaje inicial del niño consiste en lo esencial en reflejos específicos prefieren la doctrina de la integración.¹⁷

La doctrina de la integración se acomoda con facilidad a una concepción jerárquica de la personalidad. La integración más simple posible sería la de dos células que funcionaran juntas, como un arco reflejo simple, a causa de alguna afinidad sináptica entre ellas. Pero en verdad no se sabe si hay o no reflejos que abarquen sólo dos neuronas. C. S. Sherrington, que es el fisiólogo a quien se debe principalmente el concepto de integración, considera este caso límite como una "abstracción conveniente aunque improbable". Análogamente, en el extremo opuesto, donde de una integración final perfecta emergería una personalidad *unificada*, encontramos otra abstracción conveniente aunque improbable. Pero entre estos dos casos límites existe un amplio campo para que opere una efectiva integración. En un orden ascendiente de complejidad se podría distinguir una jerarquía de niveles producidos por la integración, tal como sigue:

Reflejos condicionados, las formas aprendidas más simples de comportamiento adaptativo, que implican la sustitución de estímulos de eficacia congénita por

¹⁷ V. M. Bechterev (*General Principles of Human Reflexology*, trad. 1932.) [Hay trad. cast.] y J. B. Watson (*Psychology from the Standpoint of a Behaviorist*, 1919) son dos autores que consideran que la personalidad es por sobre todo una integración de reflejos separados. Bechterev sostiene que la combinación de reflejos es la única guía requerida y Watson afirma que el primer nivel que se presenta en la infancia es el nivel de funcionamiento reflejo, al que siguen, por efecto de la integración, el nivel del reflejo condicionado y el nivel del hábito. Para Watson, personalidad es sinónimo de integración de los hábitos manuales, viscerales y laríngeos de un individuo.

estímulos asociados, de tal modo que el individuo lleva a cabo actos innatos en respuesta a situaciones-estímulo alteradas.

Hábitos, sistemas integrados de respuestas condicionadas, que implican al mismo tiempo respuestas alteradas y un campo ampliado de condicionamiento eficaz, lo que lleva a formas de respuesta estereotipadas en alto grado frente a situaciones recurrentes de un tipo similar.

Rasgos [traits], disposiciones más dinámicas y flexibles, resultantes, al menos en parte, de la integración de hábitos específicos, que expresan modos característicos de adaptación al ambiente próximo. A este nivel pertenecen las disposiciones que reciben los diversos nombres de sentimientos, actitudes, valores, complejos e intereses*.

Yos, sistemas de rasgos coherentes entre sí pero que pueden variar en situaciones diferentes. (Cf. la afirmación de James según la cual un hombre "tiene tantos yos sociales como grupos distintos de personas existan cuya opinión le interese.")

Personalidad, la integración final progresiva de todos los sistemas de respuesta que representan los ajustes característicos de un individuo a sus diversos mundos circundantes. (Considerado como una integración perfecta, este nivel representa el estado final ideal, nunca alcanzado efectivamente.)

Un caso relativamente simple nos puede servir como ilustración de la forma en que se supone que actúa el mecanismo de la integración. El infante recién nacido tiene la capacidad refleja de retirar el brazo cuando su mano se pone en contacto con un objeto peligrosamente caliente. Gateando por una pieza, quizá a la edad de 10 meses, un niño llega hasta un radiador caliente y lo toca. Rápidamente retira el brazo para evitar el contacto doloroso. La próxima vez que ve el radiador se retira "por adelantado", inhibiendo el impulso de tocar su superficie brillante. Este es un ejemplo simple de condicionamiento.¹⁸ Al mismo tiempo es un caso elemental de integración: la vista del radiador, en un principio sin conexión con la tendencia a apartarse, está ahora efectivamente integrada con ella y se ha creado así un sistema funcional de alguna complejidad. Y hay algo aún más importante: por lo común el chico que se ha quemado *siempre* evitará el radiador caliente, sin que sea necesaria una periódica reconstitución o refuerzo de la integración. *Una vez establecido, el sistema que lleva a evitar ese contacto continúa actuando como un todo dinámico.* Esta *autonomía funcional* de los sistemas adquiridos se encuentra a menudo y constituye uno de los más importantes principios de la psicología de la personalidad (cf. capítulo VII).

* No se deben confundir los rasgos de la personalidad, en inglés *traits*, con los rasgos físicos, en inglés *features*. [T.]

¹⁸ La ley del reflejo condicionado puede ser enunciada del siguiente modo: Siempre que un estímulo tiene una descarga motriz, todo estímulo que ocurre simultáneamente tenderá a producir la misma descarga motriz y después de una repetición suficiente (a veces basta con una) el segundo estímulo por sí solo habrá de producir la descarga.

Habitualmente se describe la integración en términos cuasi-fisiológicos y éste es un procedimiento peligroso. Nadie puede negar que existen correlatos fisiológicos de la integración que implican complejos factores espaciales, temporales, histológicos y electroquímicos. Pero si se tiene en cuenta que la integración implica una unión *funcional* de vías nerviosas, que tiene lugar presumiblemente en la región de la sinapsis, y que el proceso total está todavía en el limbo del misterio científico, se advertirá que todas las explicaciones del crecimiento integrador en términos fisiológicos son en alto grado especulativas. Las investigaciones psicológicas proporcionan un conocimiento mucho más adecuado de las características de la integración.¹⁹

Para evitar las trampas engañosas de la pseudofisiología, será más seguro hacer desde ya un enfoque francamente psicológico del curso total del crecimiento y, en particular, del problema de la integración. Para hacer esto nos resultará útil un diagrama que resuma los diversos fenómenos que los psicólogos han clasificado como ejemplos de integración (o desintegración). Sin olvidar que se trata sólo de un aspecto del crecimiento y no de su totalidad, el estudio de este fenómeno puede proporcionar, no obstante, una ayuda considerable para la comprensión del desarrollo de la personalidad. Las indicaciones que nos ofrece la figura 15 pueden ser analizadas dividiéndolas en diez temas:

1.—*La organización jerárquica de la personalidad.* Integración significa formación de todos más amplios y de mayor contenido a partir de unidades separadas de comportamiento. El alcance funcional efectivo de estos nuevos todos puede ser estrecho o vasto. Un reflejo condicionado representa una integración de dos o más vías sensitivas (o tipos de excitación) con una vía común motriz de salida; en el otro extremo, la personalidad misma representa un todo integral que incluye en una unidad funcional todos los diversos sistemas de comportamiento que posee un individuo. Por conveniencia pueden distinguirse niveles intermedios, p. ej. *hábitos, rasgos y yos*, que representan totalidades progresivamente más amplias integradas por disposiciones generalizadas. En la realidad, sin duda, estos niveles son arbitrarios dado que una integración puede tener *cualquier* grado de amplitud.

Los reflejos innatos representan, antes y después del condicionamiento, la forma más simple de respuesta adaptativa. Con el tiempo, la mayoría de estos reflejos

¹⁹ Se puede afirmar sin duda alguna que en lo atinente a este punto el estudio de todos los aspectos del desarrollo de la personalidad está más avanzado en el nivel psicológico que en el fisiológico. "Rechazar el recurso que representa el análisis psicológico y construir la teoría de la muerte basándose sólo en los datos que la fisiología proporciona en el presente, me parece que es un grave error de principios y error aún más serio en la práctica. Por más imperfecta que sea la ciencia de la mente, no tengo escrúpulos en afirmar que está en un estado considerablemente más avanzado que la parte de la fisiología que se ocupó del mismo problema y descartar la primera por la segunda me parece una violación de los verdaderos cánones de la filosofía inductiva..." J. S. Mill: *System of Logic*, libro VI, cap. IV, sec. 2. Este juicio pronunciado cien años atrás es tan apropiado hoy como cuando fue escrito por primera vez.

llegan a unirse íntimamente y constituyen sistemas de hábitos, que aunque no son totalmente independientes tienen referencia específica a una clase de situaciones-estímulo. Pero los hábitos son aún demasiado rígidos y específicos para servir como las unidades estructurales más típicas de la personalidad. Los hábitos se agrupan funcionalmente y llegan a saturarse de caracteres comunes. El nivel resultante, el más importante de todos los niveles en la estructura de la personalidad, es el de los rasgos. A veces es posible hablar también de organización en términos de "yos".

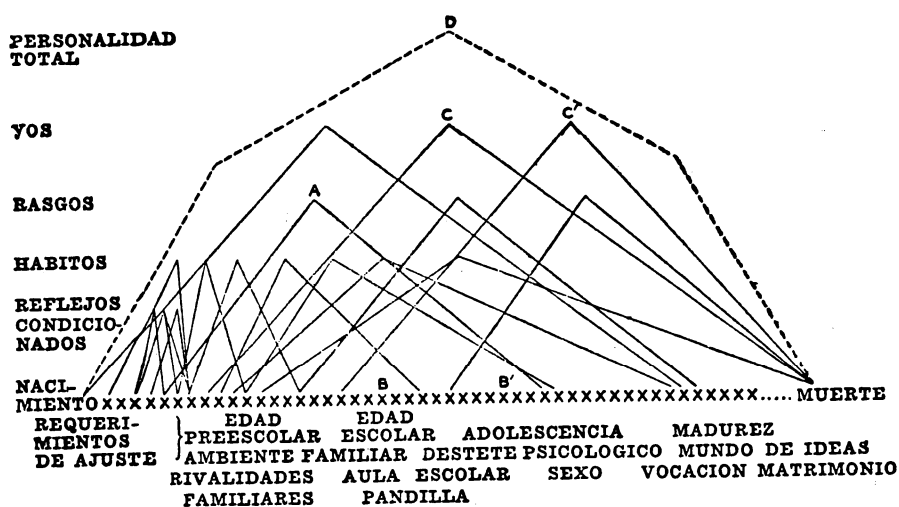


FIGURA 15

Una representación esquemática de la integración

porque en algunas oportunidades, si bien raras, sistemas completos de rasgos (cada sistema constituye un "yo") se manifiestan separadamente bajo condiciones ambientales o psicológicas diferentes. Finalmente, existe la posibilidad teórica de un sistema enteramente unificado de la personalidad en la cima de la pirámide. Más tarde hemos de discutir si esta posibilidad teórica es alcanzada.

2.— *El carácter cronológico de la integración.* La línea inferior de la figura es aproximadamente cronológica. Representa el proceso de adquisición de actos adaptativos separados que el individuo se ve obligado a llevar a cabo desde el nacimiento hasta la senectud. Allí está indicada también una división aproximada de esta línea en "edades" importantes de la vida. El ambiente pre-escolar es por lo ordinario constante y es el promotor del surgimiento de los ajustes iniciales y básicos de donde surgen algunos de los hábitos que subsisten durante toda la vida. La entrada a la escuela introduce al niño en muchas situaciones nuevas y críticas. Allí debe adaptarse a individuos ajenos a la familia. Al acercarse a la adolescencia aparece la "pandilla" y el problema de su propio status entre los niños de su misma edad. La adolescencia trae una oleada de urgencias fisiológicas y sociales. La ruptura de los vínculos del hogar, quizá el abandono del refugio del hogar para siem-

pre, precipita una nueva crisis. Una sección especial del diagrama registra el aluvión de experiencias intelectuales, emocionales y sociales que siguen a la entrada en el mundo del pensamiento abstracto o de la industria, o que acompaña a una conversión religiosa. Experiencias de este tipo, pese a ser intangibles, tienen un profundo efecto sobre la personalidad en maduración.

A medida que la madurez avanza, se va haciendo preciso realizar otros ajustes: a la ocupación, al cónyuge en el matrimonio y a la familia recién fundada. Una vez pasado este período la personalidad está virtualmente terminada. "Quien tenga un retrato adecuado del individuo común a los treinta años, tendrá ya —tal como la mayoría de las vidas son vividas— un retrato que será válido para el resto de la vida de ese individuo."²⁰ Alrededor de los treinta años el "carácter" se ha "endurecido y nunca volverá a ablandarse."²¹ Este veredicto es quizá demasiado pesimista y exagerado, ya que algunas personalidades parecen cambiar en alto grado después de alcanzada esa edad. Pero en principio la afirmación es correcta y en el diagrama se la acepta en tanto en la línea de base se deja relativamente poco espacio para la integración de nuevas cualidades después de los treinta años.

3. — *Riqueza de la personalidad.* La longitud de la línea de base sirve como medida de la extensión de las experiencias vividas. Indica la variedad de ajustes que el individuo se ve forzado a realizar. Algunos individuos superan las crisis con facilidad; éstas no les traen tensión alguna ni les dejan ninguna marca. En muchos casos, por ejemplo, un hecho de tanta importancia como la introducción en el mundo abstracto de las ideas nunca tiene lugar. A algunas personas les resulta más fácil mantener una visión integrada de la vida porque ésta ha puesto pocas exigencias en su camino. La abuela campesina, por más cariñosa que sea, no posee sino unos pocos hábitos y rasgos. No se preocupa ni de los dictados de la moda ni del colapso del capitalismo; para ella tiene menos importancia el que el universo esté desgastándose que el arreglo que necesita su cocina. Unas pocas actitudes y reglas para la vida le alcanzan. Realiza sus deberes cotidianos, cree en Dios y toma té de hierbas recogidas por ella misma. Comparada con un culto ciudadano del mundo, agitado por doctrinas discordantes, desgarrado por conflictos personales y cósmicos, la personalidad de la abuela no es plurifacética ni rica, aunque con toda seguridad ha de estar mejor integrada.

4. — *Parcialidad de la integración.* En virtud de la integración, las formas rudimentarias de ajuste, propias de la infancia, comienzan a entrelazarse, a formar unidades de un grado cada vez más elevado a medida que pasa el tiempo. Pero el proceso es muy irregular. El peso de los diversos ajustes que entran en las unidades superiores varía marcadamente. Un amargo desengaño o pesar, o un éxito oportuno pueden convertirse en el punto focal de toda futura organización y servir así para fijar un hábito o un rasgo. Por el contrario, muchas experiencias (quizá la mayoría) nunca llegan a integrarse en forma adecuada: suceden, se produce un ajuste pasajero, y luego el asunto desaparece y es olvidado. La experiencia asimilada (*Erlebnis*) no va al mismo paso que la experiencia momentánea y pasajera del individuo (*Erfahrung*).

²⁰ J. B. Watson: *Behaviorism*, 1934, p. 223. [Hay trad. cast.: *El conductismo*, Buenos Aires, Paidós, 1961]

²¹ W. James: *Principles of Psychology*, 1890, I, p. 121.

Bergson ha dicho que la personalidad es el filo de un cuchillo que está haciendo presión sobre el futuro. Constantemente encontramos nuevos sucesos a los cuales debemos responder, pero al responder no siempre incorporamos la acción a la estructura permanente de nuestras personalidades. Más bien dejamos que nuestros hábitos anteriores o nuestras actitudes y rasgos formados previamente resulten suficientes y no nos molestamos en alterar nuestras integraciones para abarcar los nuevos caracteres del mundo circundante o la nueva verdad que hemos encontrado. En el diagrama esto es expresado por las innumerables \times de la línea de base que nunca contribuyen a ampliar una integración preexistente o a crear una nueva y más adecuada.

Este hecho es de una enorme importancia. Es bien sabido que por lo común los hombres dirigen su comportamiento sirviéndose de hábitos inapropiados, ideas estereotipadas y vacíos símbolos verbales. La mayoría de la gente no aprende tanto de sus experiencias como cree aprender. Parece existir una inercia en el proceso de integración. Unos pocos hábitos convencionales, algunos fósiles de creencias político-económicas ancestrales, un puñado de supersticiones, un vocabulario de clisés, una *Weltanschauung* simple, satisfacen a la mayoría de las personas.

La regla parece ser que a menos que exista un fuerte deseo de alterar un hábito o rasgo insatisfactorio, o a menos que las exigencias del mundo sean tan insistentes que no resulte posible seguir empleando el bagaje anterior, o a menos que por alguna otra razón un individuo sea realmente maleable y de espíritu abierto, su personalidad continuará haciendo uso de los toscos pero siempre prontos recursos con que ya cuenta para hacer frente a las exigencias de la vida y evitará de este modo la necesidad de efectuar una integración.

5. — *Regresión y disociación.* Dos tipos de desintegración reflejan la dificultad de mantener un conjunto cada vez más unificado de actitudes y rasgos, sensibles a las sucesivas exigencias de la vida. A veces, cuando un individuo debe enfrentar experiencias duras, a las que le es difícil o imposible ajustarse, su personalidad retrocede o regresa a niveles más tempranos de integración. Esta *regresión* tiene manifestaciones normales y anormales.²² No es raro que una mujer a quien le resulta imposible satisfacer las exigencias de su vida matrimonial vuelva transitoriamente al hogar protector de sus padres, o que un adulto vencido en algún combate emocional se entregue al ruego o a los arrebatos de cólera, o que el ex-alumno o el Legionario traten de recuperar por un momento durante una reunión la perspectiva y los hábitos más despreocupados de la juventud, o que una persona de edad, pero parcialmente infantil, recupere los recuerdos y aun los hábitos de sus primeros años. En los casos anormales, que por lo común se presentan después de una severa derrota traumática, hay a veces una regresión completa: una personalidad se derrumba como una casa hecha de naipes y deja a la víctima tan impotente como si fuera un infante.²³

El proceso de *disociación* ocurre cuando algún sistema dotado de coherencia no consigue integrarse con el resto de la vida personal y se convierte entonces en un "complejo" independiente, en una organización a prueba de toda exigencia lógica

²² Un tratamiento muy completo del tema es el de F. L. Wells: "Social Maladjustments: Adaptative Regression", en *Handbook of Social Psychology*, 1935, cap. XVIII.

²³ Un caso dramático y altamente instructivo de este tipo es el caso 24 en W. McDougall: *Abnormal Psychology*, 1926, págs. 285-289.

que resiste la influencia curativa del sentido común y también otras experiencias que podrían neutralizarlo. Esos sistemas separados afectan indirectamente los sistemas normales y primarios que controlan la vida personal, causan serios conflictos y dan lugar a síntomas neuróticos suficientemente familiares en estos tiempos post-freudianos.²⁴ Actúan a menudo como cánceres mentales. En el diagrama se ha hecho un intento de representar un sistema disociado e independiente de este tipo mediante la integración menor señalada con la letra A.

6. — *Infantilismo*. En ciertas ocasiones podemos conocer individuos que se niegan a crecer, a ser de su edad. Habiendo encontrado un nivel de integración emocionalmente adecuado o quizá temiendo por alguna razón (probablemente inconsciente) asumir las cargas del estado adulto, esa persona se retrasa en su desarrollo. Este fracaso en el crecimiento es la contraparte de la regresión, en la cual se renuncia a la madurez ya alcanzada. En el infantilismo, en cambio, no se llega a la madurez.

Hace unos pocos años, un estudiante recién ingresado a la universidad, hijo único de un hombre hecho por su propio esfuerzo, un "self-made man", fue citado ante el decano debido a su fracaso en el trabajo del curso. El decano le preguntó si era del 28. El muchacho contestó: "¡Oh no, señor!; sólo tengo 18 años". De acuerdo con la teoría freudiana esto podría ser visto como un significativo error de comprensión, como un presagio. Y, por cierto, ese error puso de manifiesto que el muchacho, que por su aspecto no aparentaba más de quince años, estaba tratando de desenvolverse recurriendo a una sonrisa atractiva, al ruego, a mover infantilmente a la simpatía, en vez de aplicarse al ejercicio mental y al estudio. Una consulta a los padres reveló que este modo de ajuste era usado siempre por el muchacho en su casa, con marcado éxito. Para representar en el diagrama esta personalidad, podemos decir que se ha desarrollado hasta el punto B en lugar de haber alcanzado el punto B', que es el correspondiente a su verdadera edad. Siguiendo el consejo del decano, los padres mandaron al muchacho a ganarse la vida fuera de su casa y a hacerse su propio camino, con el resultado de que en pocos años su personalidad se había puesto a la altura de sus años. Este es un ejemplo menor y no espectacular de infantilismo. Pero son precisamente las desviaciones tan leves como éstas las que dan lugar a las variantes de la personalidad normal.

7. — *La naturaleza de los rasgos*. La figura 15 da también una indicación acerca de la naturaleza de los rasgos. En el diagrama se puede observar que los rasgos son más amplios y comprensivos que los hábitos, ya que están compuestos por éstos y por los otros modos subyacentes y todavía más específicos de ajuste. Los rasgos aparecen gradualmente en la vida y se amplían o se remodelan a medida que la línea de base se va extendiendo. No son por completo independientes el uno del otro. En verdad, cualquier caso específico de conducta puede resultar de la acción conjunta de varios rasgos, y puede, por su parte, contribuir a la reorganización de estos mismos rasgos. Los rasgos son simplemente puntos nodales en la estructura de la personalidad, regiones de tensión adaptativa, focos de ajuste (cf. capítulos XI y XII).

8. — *Múltiples yos*. Tal como lo señaló William James y como constantemente lo reiteran los sociólogos, situaciones diferentes pueden poner en juego diferentes

²⁴ Un excelente caso de un sistema fóbico disociado aparece en la autobiografía de W. E. Leonard: *The Locomotive God*, 1927.

combinaciones y proporciones de rasgos. En su casa, un hombre puede parecer mandón, malhumorado y de cólera fácil; en el trabajo, considerado, lleno de tacto y hasta obsequioso. Sus dos principales ambientes acentúan diferentes combinaciones de rasgos en la misma personalidad.

Cuando el caso es muy extremo, cuando, como en el caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, el mismo individuo tiene integraciones absolutamente incompatibles y funcionalmente separadas, se puede hablar de *doble personalidad*. En casos raros, han sido observados clínicamente más de dos sistemas independientes de este tipo; se trata de *personalidades múltiples*. En la figura 15 la posibilidad de "yos" que puedan convertirse en personalidades múltiples está indicada por las pirámides C y C'.

Sin embargo, la situación es en general la inversa. Aun el hombre del ejemplo anterior muestra en sus dos ambientes más características similares que disímiles. El empeño en demostrar la existencia de yos separados y distintos puede llevar con facilidad a la exageración. James es en parte responsable de esta exageración, a causa de su aforismo, tan propicio para la cita, según el cual un hombre "tiene tantos yos sociales diferentes como *grupos* distintos de personas existen cuya opinión le interesa", ²⁵ frase ésta que decididamente exagera la situación real.

9. — *Rigidez versus flexibilidad*. ¿Es capaz la persona bien integrada de variar su comportamiento cuando la ocasión lo exige o su carácter ha adquirido realmente la dureza del cemento? Algunos autores ven la integración como sinónimo de petrificación: "Al perfeccionarse las pautas de reacción a medida que pasan los años, la personalidad se vuelve mejor integrada, pero por esto se paga un precio elevado: la imaginación decae y surge la esterilidad intelectual." ²⁶

Es verdad que es propio de la integración reducir la naturaleza irregular y desordenada del ajuste, proporcionando sistemas conductores definidos dentro de los cuales se preparan las respuestas. No se puede atribuir una personalidad firmemente integrada al hombre que se deja llevar por los acontecimientos, al soldado de la fortuna, al individuo que se adapta sin esfuerzo a todos los ambientes. Como observó William James, nadie puede ser al mismo tiempo "bon vivant", filósofo, autor de poemas sinfónicos, asesino de mujeres y santo; tan diversas integraciones no pueden alojarse juntas en el mismo cuerpo mortal. Aun si estas fases se *sucediesen* en el curso de la vida, ofrecerían un cuadro de desunión patológica.

Pero integración no significa necesariamente rigidez de la personalidad. Puede existir flexibilidad junto con integración. Todo depende de la naturaleza de la integración. Si se han desarrollado y fijado sistemas inmaduros, endurecidos e intolerantes, éstos no se inclinarán ante nuevas experiencias ni serán modificados por ellas. Pero si un sistema es mantenido como algo en cierto modo a prueba o es amplio y de vastos alcances, la integración no excluirá la adaptabilidad de la conducta y el cambio progresivo de la personalidad.

10. — *La unidad de la personalidad*. Resulta raro encontrar una persona que parezca estar completamente integrada y tenga una sola filosofía dominante de la vida, de la cual toda actitud, rasgo y acto individual *debe* derivar, y cuya conducta

²⁵ *Principles of Psychology*, 1890, I, p. 294.

²⁶ J. T. MacCurdy: *Common Principles in Psychology and Physiology*, 1928, p. 263.

pueda ser pronosticada perfectamente. De vez en cuando se encuentra algún literato que argumenta en favor de la existencia de tal tipo de personalidad.²⁷ Y hay algunos psicólogos que sostienen que si una personalidad es comprendida en forma correcta siempre se comprobará que está dominada por un objetivo prevaleciente, por una pasión conductora o (como podríamos decir empleando una expresión del Prof. Wertheimer) que posee una *radix*. Para dejar abierta la posibilidad de tal integración suprema y omnicomprendiva, la pirámide de la figura 15 se cierra con una línea de puntos (D). Pero el problema de la unidad de la personalidad no puede ser liquidado con tanta facilidad. En el capítulo XIII volveremos a él.

LA MADURACIÓN

La maduración puede ser definida como el proceso por el cual tendencias innatas de conducta alcanzan su forma acabada y activa sin intervención de la educación ni la experiencia. La maduración puede acarrear un proceso innato de diferenciación o de integración, o ambos fenómenos a la vez. El hecho de que al nacer el bagaje visible del infante sea relativamente reducido (fig. 11) y constituya sólo una demostración parcial de la existencia de dotes hereditarias, hizo que la teoría de la maduración debiera ser admitida por los partidarios de los factores innatos del crecimiento. Es evidente que cuanto más se apoya un autor en la herencia tanto más depende de la maduración. Los psicólogos del instinto son un buen ejemplo de esto: como el infante recién nacido no muestra signos visibles de propensiones parentales, adquisitivas o gregarias, los psicólogos de esa escuela deben basar su argumentación sobre los poderes latentes de la maduración. Los contrarios a esta teoría replican que ciertos tipos sutiles y socializados de aprendizaje explican la aparición de estos "instintos" en épocas posteriores de la vida.²⁸ El tema requiere una consideración más detallada.

Desde el comienzo hay que aceptar que existen pruebas indiscutibles en favor de dos tipos de maduración, si bien ninguno de los dos tiene relación específica alguna con los rasgos de la personalidad. En primer lugar, no hay duda de que el sistema nervioso como totalidad madura en su capacidad de retención de experiencia y de adaptación inteligente

²⁷ Véase, por ejemplo, esta afirmación de un diario de Londres: "Einstein es un hombre de una pieza... Su conducta social, sus ideas políticas, sus intereses generales, todo parece ser en él una manifestación espontánea de una naturaleza profundamente integrada. No hay en él división alguna." Otro ejemplo es la aguda caracterización de Tolstoy hecha por Chesterton y que citamos en la pág. 207.

²⁸ Una exposición de las razones favorables a la maduración desde el punto de vista de la psicología de los instintos se encuentra en W. McDougall: *Outline of Psychology*, 1923, caps. IV y V. La argumentación adversa es desarrollada en F. H. Allport: *Social Psychology*, 1924, págs. 44-48. Una crítica de la oposición en R. S. Woodworth: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1925, 20, págs. 94-98.

a situaciones nuevas. Con toda seguridad la inteligencia no está completa en el momento del nacimiento. Normalmente crece en "poder" durante la adolescencia y es probable que después también. Asimismo hay que admitir que ciertas capacidades intelectuales, tales como el talento para el arte, la música, la matemática u otras dotes similares, son innatas y están sujetas a maduración. Este tipo de crecimiento desde dentro es paralelo, aproximadamente, al crecimiento físico. Hay también una evidente maduración de las funciones glandulares, notable en especial en las glándulas reguladoras del desarrollo sexual. Aceptada la existencia de esta maduración física, intelectual y sexual, seguimos sin pruebas de que exista un despliegue de instintos determinados en forma congénita o de rasgos pre-constituidos de personalidad. Por más importantes que puedan ser la capacidad intelectual y el impulso sexual para el desarrollo de los rasgos, no obstante ningún rasgo adaptativo está nunca dado por adelantado. Los impulsos sexuales en maduración, por ejemplo, se manifestarán dentro de un marco de actitudes y temores preexistentes y serán afectados por rasgos adquiridos mucho antes de la llegada de la pubertad.

El otro tipo de maduración cuya existencia es indiscutible y que en los últimos años ha sido objeto de muchas investigaciones, es la de las capacidades y coordinaciones motrices tales como el arrastrarse, caminar, trepar, nadar, reír y vocalizar. El ingenioso desarrollo del método de control de co-gemelos ha contribuido al éxito de esta investigación. Gemelos idénticos (con herencia presumiblemente equivalente) son preparados para realizar la experiencia. Uno recibe una intensa preparación durante los primeros meses de la infancia, destinada, por ejemplo, a enseñarle a caminar o a trepar; el otro no es entrenado o incluso puede ocurrir que se le impida, hasta donde es posible, el aprendizaje. Los resultados muestran por lo común que a una edad dada ambos infantes llevan a cabo las funciones objeto de la experiencia con igual perfección; la capacidad habrá sido desarrollada por el crecimiento desde dentro y no por la preparación desde fuera.²⁹ Parecería que hasta que ciertos conductos nerviosos se mielinizan o ciertos centros nerviosos maduran, estas actividades son imposibles, pero que, una vez que los procesos internos del crecimiento han preparado los mecanismos nerviosos apropiados, estas funciones motrices aparecen sin que influyan la experiencia o el entrenamiento.

Las mismas conclusiones que resultan del método de control de co-gemelos se alcanzan también mediante la observación cuidadosa de infantes.

²⁹ Estudios experimentales ilustrativos de esta índole son: M. B. McGraw: *A Study of Johnny and Jimmy*, 1935; L. C. Strayer: "Language and Growth: The Relation of Early and Deferred Vocabulary Training", *Genet. Psychol. Monog.*, 1930, 8, Nº 3; A. Gesell y H. Thompson: *Infant Behavior, Its Genesis and Growth*, 1934.

Las pruebas son de dos tipos.³⁰ En primer lugar, todos los infantes parecen pasar por los mismos estadios de desarrollo (p. ej. en la locomoción y la vocalización), sin que los esfuerzos por cambiar el orden de aparición de estos estadios ejerzan influencia alguna. La duración de un estadio dado puede ser larga para unos niños y corta para otros, pero el orden es el mismo. En segundo lugar, el desarrollo de este tipo de funciones aparece de una forma súbita que de ningún modo es común en el aprendizaje motor. Esta subitaneidad es distinta de la que caracteriza la aparición de la conducta "comprensiva" (por *insight*), pues se presenta tan pronto existe un desarrollo mínimo de la estructura anatómica apropiada y en ausencia de toda ejercitación.

De acuerdo con las pruebas con que contamos, resulta entonces que la maduración es un fenómeno limitado a las estructuras somáticas y nerviosas en general y a unas pocas funciones específicas, en especial locomotrices y vocales, y en consecuencia no es posible verla como uno de los factores que moldean directamente la personalidad. Gesell corre el peligro de exagerar cuando afirma que a la "maduración debe atribuírsele un papel básico incluso en la estructuración de la personalidad y del curso de la vida."³¹ La personalidad y el curso vital de un individuo no dependen primariamente de lo que madura en él, sino de la manera en que éste se hace cargo de las funciones que alcanzan la madurez y las incorpora a lo que ya ha aprendido.

Se dice a veces de una persona ya madura que a medida que va siendo mayor se va pareciendo cada vez más a su padre. Gustos, amaneramientos y actitudes repiten el molde paterno, aun cuando la influencia directa del padre ha desaparecido hace ya muchos años. ¿No podría ser que esos rasgos heredados yacieran latentes, hasta que despertaron para tomar forma en la personalidad muchos años después de la infancia y pasado ya el período de maduración general?

Sin duda existe la posibilidad de que el proceso sea ese, pero con todo hay dos fuertes argumentos contrarios a tal hipótesis. (1) ¿Cómo se sabe que no ha tenido lugar un sutil aprendizaje, que ideales implantados tempranamente no han tomado su forma definitiva al aparecer situaciones apropiadas? Por su propia educación la hija aprende cómo criar a los chicos pero no pone en práctica este conocimiento hasta que ella misma tiene hijos; ni tampoco ningún hijo o hija puede seguir el ejemplo de sus padres en el manejo del hogar, en los problemas cívicos o de su club hasta que se les presente la oportunidad de hacerlo. (2) Cuando el físico y sus defi-

³⁰ M. Shirley: *The First Two Years*, 3 vols., 1931-1933.

³¹ A. Gesell: *The Guidance of Mental Growth in Infant and Child*, 1930, p. 292.

ciencias hereditarias alcanzan su forma madura deben producirse ciertos modos apropiados de ajuste, pero lo que madura es el físico y sus deficiencias y no las formas de ajuste. Una inclinación a la obesidad o a la calvicie puede ser una consecuencia tardía de la herencia y su aparición hace que un individuo llegue a tener un físico más parecido al de su padre. Es probable que entonces tales exigencias físicas similares, *siempre que el ambiente sea similar*, conduzcan a esa persona a adoptar un modo de actuar también más parecido al de su padre. "A tal padre, tal hijo" es un proverbio que no sólo ilustra los efectos de la herencia y la maduración, sino también los del ejemplo y el aprendizaje.

La maduración contribuye al desarrollo de la personalidad sacando a luz todas las características heredadas (págs. 131 y sigs. y fig. 11). Estas características incluyen la estructura física, peculiaridades del temperamento y del talento, la capacidad general de modificar inteligentemente la conducta, peculiaridades del crecimiento y la decadencia físicos, las funciones sexuales latentes y numerosas pautas específicas locomotrices y vocales. Todos estos factores se desarrollan en virtud de una capacidad de maduración que les es inherente. Pero ninguna de estas cualidades es por sí misma una unidad independiente de personalidad. Todas *contribuyen* a la formación de disposiciones personales, pero su influencia debe combinarse con las exigencias que el mundo circundante hace al individuo. Los objetivos y los propósitos no se heredan, a menos que se acepte esa vaga necesidad primordial de vivir de la que muchos hablan. Los intereses especiales y los llamados "instintos" se desarrollan, al igual que los rasgos y las actitudes, movidos por el esfuerzo múltiple del individuo, empeñado en encontrar una posición de equilibrio en el mundo en que tiene que vivir. La maduración le presenta nuevas situaciones internas a las cuales debe ajustarse, pero más allá de un nivel motor rudimentario no lo provee de instrumentos ya preparados para esta tarea.

EL "APRENDIZAJE"

Tomado en su sentido general, el campo del aprendizaje incluye toda forma de adquisición y modificación que ocurre en el curso del crecimiento. Todo tipo de aprendizaje es al mismo tiempo un modo de construir o de cambiar los rasgos personales y de ahí que a primera vista parezca razonable hacer coincidir el problema del desarrollo de la personalidad con el problema del aprendizaje. Pero lo que tradicionalmente se llama "aprendizaje" en psicología constituye un problema más limitado, aun cuando también en este sentido limitado representa uno de los capítulos más largos y sujetos a controversia de nuestra ciencia. Dado que nuestra exposición debe mantenerse dentro de ciertos límites, sólo hemos de pasar revista a tres de las

aplicaciones más pertinentes del "aprendizaje" a la personalidad: el *condicionamiento*, la *modificación eferente* y la *imitación*. Los tres capítulos siguientes, que estudian el aprendizaje tomado en un sentido más vasto, han de ampliar esta exposición.

Condicionamiento. A veces este concepto es empleado del modo más indefinido posible, como pseudo-explicación de todo aprendizaje. Pero en su empleo correcto se refiere sólo a la extensión de la serie de estímulos que provocarán una respuesta dada. La ley del reflejo condicionado, enunciada en la p. 155, se refiere sólo al hecho de que una respuesta relativamente simple, provocada originalmente por un cierto estímulo A, llega a ser provocada por otro estímulo B que se presentó repetidas veces en conexión con A. Es importante observar que la *respuesta* no es alterada por el condicionamiento, sino que simplemente pasa también a producirse ante una serie de estímulos secundarios (condicionados). Por lo tanto, el condicionamiento es, cuanto más, una teoría del aprendizaje "aferente"; explica por qué el individuo reacciona ante una serie cada vez mayor de estímulos, pero no explica cómo la reacción misma llega a modificarse, a hacerse más precisa y adaptativa.

Toda teoría de la personalidad requiere algún principio que explique la ampliación de los gustos, intereses, deseos y aversiones durante el curso del crecimiento. El *condicionamiento* sirve en parte para ese objetivo, aunque sería razonable discutir si significa un gran progreso sobre su antecesora, la venerable doctrina de la asociación de ideas, o si más bien lo probable es que sea reemplazado por una teoría más sutil de la organización mental.

En la discusión de la teoría biológica de la personalidad (págs. 130/7) este principio fue aplicado para explicar la rápida ampliación de la serie de estímulos capaces de suscitar *impulsos*. Según esa teoría, las tensiones segmentales primitivas se condicionan fácilmente, de tal modo que la conducta adaptativa es provocada no sólo por unos pocos estímulos poderosos a los cuales el infante responde en forma refleja, sino también por una amplia serie de objetos deseables presentes en su mundo circundante. Recíprocamente, las valencias negativas del mundo circundante, esto es, la serie de objetos rechazados y evitados, se extiende de acuerdo con el mismo principio.

Un caso ilustrativo simple podría ser el proceso por el cual se adquiere el gusto por un cierto color. Supóngase un hombre que decora su pieza de azul, que también es desusadamente aficionado al azul en sus ropas y que planta muchas flores azules en su jardín. Este gusto es una característica muy arraigada de su personalidad; ese hombre tiene una disposición adquirida para percibir, buscar y responder a este color de un

modo favorable. Se podría dar aquí una explicación hipotética en términos de condicionamiento afirmando la existencia de dos o tres conexiones que asocian este color con alguna causa *original* promotora de una conducta adiente o favorable. En la figura 16 se sugiere cómo se establecerían esas conexiones. Tal proceso de condicionamiento o de asociación por contigüidad temporal podría explicar también el gusto de una persona por ciertos poemas, iglesias, canciones, pinturas, vocaciones, filosofías de la vida o rasgos de personalidad e igualmente su aversión a ciertas comidas, tipos de personas o doctrinas filosóficas y morales.

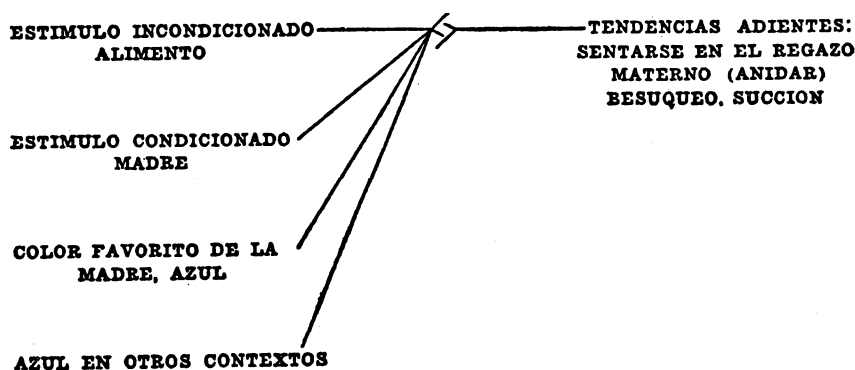


FIGURA 16

Una simple mirada a la figura 16 nos hace ver que el condicionamiento no constituye la totalidad del aprendizaje, ya que indudablemente el individuo maduro no responderá del *mismo* modo que respondía durante su infancia. Frente a fábricas azules o a flores azules no comenzará a succionar, besuquear o a refugiarse en el regazo materno, pese a que este tipo de respuesta es todo lo que la doctrina del condicionamiento por sí sola permitiría esperar. Decididamente, el proceso del aprendizaje involucra no sólo una extensión de la serie de *estímulos* efectivos sino también una alteración en la respuesta: no sólo existe un aprendizaje *afere*nte sino también un aprendizaje *eferente*.

Pero la doctrina del condicionamiento presenta también varias dificultades como teoría del aprendizaje aferente. Ante todo, implica que cualquier estímulo que ocurra simultáneamente con un estímulo eficaz

preexistente adquirirá el poder de provocar la misma descarga motriz. Esta inferencia es manifiestamente falsa, ya que innumerables estímulos concurrentes del mundo circundante no llegan a actuar como condicionadores. La fuerte emoción o el esfuerzo deliberado del sujeto parecen acrecer las probabilidades de condicionamiento exitoso, pero la mera continuidad temporal, que según la ley bastaría, es insuficiente. Además, el reflejo condicionado, tal como se presenta en el laboratorio —único lugar en que es conocido en su forma estricta—, es un fenómeno caprichoso. Se extingue con facilidad, desaparece si no se lo refuerza por medio de la periódica acción del estímulo original incondicionado. No es raro que estímulos condicionados que entran en competencia provoquen en el animal experimental del laboratorio una situación que lo hace quedar dormido. Hasta donde la observación es posible, ninguno de estos fenómenos caprichosos existe en las respuestas condicionadas de la vida humana normal.

Por todo esto, es mejor por ahora ver el condicionamiento como un principio amplio, formulado sin las necesarias precisiones y demasiado burdo para una aplicación precisa en el campo de la personalidad. Por sí solo no hace justicia a las muchas funciones selectivas de la mente humana, que tienen el poder de limitar y dirigir el curso del condicionamiento. En cambio, como aproximado equivalente moderno del indispensable principio de asociación, tiene ciertos usos y parece expresar en forma más dinámica que la antigua ley el hecho de que los estímulos asociados a sistemas activos forjan a menudo un vínculo funcional entre esos sistemas.

Modificación eferente. Dos de las leyes familiares y tradicionales del aprendizaje son las de *frecuencia* y *recencia*. La primera reafirma meramente el adagio según el cual “la práctica hace la perfección” y la segunda llama la atención sobre el hecho evidente de que tendemos a recordar mejor los hechos recientes y las habilidades adquiridas poco tiempo atrás que los hechos y habilidades lejanos en el tiempo. Aunque indudablemente válidos, estos principios no pueden explicar el cambio en la conducta. Por sí solos producirían una completa estereotipia de la conducta; ¡un acto realizado recientemente habría de ser repetido y cuanto más fuera repetido tanto más fuerza adquiriría la tendencia a insistir en él!

En la psicología tradicional del aprendizaje, el progreso en la conducta adaptativa se explica mediante la *ley del efecto*, de acuerdo con la cual los modos exitosos de respuesta son retenidos, mientras que los que fracasan se pierden. Como el éxito es por lo común acompañado por el placer y el fracaso por el dolor, a menudo se da a esta ley una formulación hedonista: *el placer fija, el dolor suprime*. Troland, a su vez, formuló esta teoría en términos más bien fisiológicos. Según él, los actos

exitosos tienen como consecuencia general una estimulación de los beneceptores, que proporcionan al organismo sensaciones placenteras y envían a la corteza excitaciones aferentes características, dotadas de la propiedad de acrecentar la conductividad de las vías motrices que están en acción en ese momento. De este modo los actos exitosos se "fijan". Recíprocamente, los nociceptores son estimulados por actos que traen malas consecuencias para el organismo, o por lo menos consecuencias inmediatamente desagradables. Los impulsos aferentes que vuelven de estos órganos sensibles tienen la propiedad de elevar la resistencia de los centros motores, a consecuencia de lo cual resulta menos probable que el mismo acto se repita por segunda vez.³²

De acuerdo con esta formulación hedonista, la personalidad resulta de la retención de los modos de ajuste que han producido placer y del rechazo habitual de los sucesos que suscitan displacer. "Las personalidades fuertes son las que han sido construidas firmemente sobre un fundamento coherente, son aquellas en las que la atracción que ejerce el placer y el rechazo que provoca el dolor están orientados hacia la misma dirección, siempre que esa dirección sea la que conduce al éxito."³³ Dado que para la mayoría de las personalidades la atracción y el rechazo no van hacia la misma dirección, el individuo sólo puede obtener el mejor balance hedonístico posible, el máximo de placer con el mínimo de dolor. Se piensa que la acción de la ley del efecto es siempre automática. Las respuestas que producen placer son retenidas, las que traen dolor son abandonadas. La personalidad crece por la producción de actos de prueba del tipo de "ensayo y error", algunos de los cuales son elegidos por el Gran Dios Placer para ser mantenidos y algunos por el Gran Dios Dolor para ser desterrados. Si este cuadro fuera verdadero, los mortales tendrían que estar más contentos con sus personalidades de lo que están, ya que todos los hábitos y rasgos insatisfactorios y molestos serían eliminados automáticamente.

La falta capital del hedonismo reside en que confunde el *resultado lateral* de un complejo proceso con el proceso mismo. El placer *acompaña* por lo común al esfuerzo exitoso, pero no es necesariamente el objetivo del esfuerzo. Más a menudo es un *indicador* de que un modo exitoso ha sido descubierto. No hay pruebas de que este modo sea siempre seleccionado en forma automática para ser retenido. La explicación hedonista de la personalidad, según la cual ésta es resultado de la fijación de hábitos placenteros, es demasiado simple.

³² L. T. Troland: *Fundamentals of Human Motivation*, 1928.

³³ L. T. Troland: *Mystery of Mind*, 1926, p. 171.

Una interpretación más amplia de la ley del efecto es ofrecida por la doctrina de la *comprensión* (*insight*) que atribuye a los seres humanos la capacidad de examinar y organizar el campo confuso que enfrentan y de comprender en forma inteligente la relación potencial entre los diversos factores presentes en él para adoptar finalmente el curso de comportamiento más útil a sus fines. En virtud de esta capacidad se comprende que una línea de conducta es más útil que otra y en consecuencia se la adopta. (Se da por supuesto, sin duda, que todo individuo está siempre esforzándose por alcanzar una relación más eficaz entre sí mismo y su campo conductual.) Aun cuando el *insight* puede *fracasar* en sus intentos por cambiar los modos de ajuste o puede hacerlos *menos* útiles, con todo la existencia efectiva del comportamiento comprensivo presupone que el esfuerzo inteligente y la evaluación constituyen la base de los fenómenos de cambio en la personalidad.

Esta doctrina tiene la ventaja de neutralizar las leyes meramente mecánicas del aprendizaje con el reconocimiento de la capacidad humana de prever, planear y resolver problemas, que a menudo es olvidada. Pero por sí solo da un cuadro algo racionalista del desarrollo de la personalidad y necesita ser atemperado con el reconocimiento de que no todas las estructuras formadas en la personalidad son configuraciones inteligentes del campo. Muchas de ellas, tal como antes observamos, son clisés, complejos y hábitos estereotipados, mediante los cuales el individuo se abre camino por la fuerza a través de un medio psicológico, que es para él demasiado sutil como para que pueda hacerle frente en forma verdaderamente comprensiva.

Imitación. La personalidad de un niño, y en menor grado la de un adulto, es modelada en parte por la imitación. Esto significa que muchos modos de ajuste son tomados con poca o ninguna modificación de otras personas, que sirven consciente o inconscientemente de modelos para la conducta del imitador. En la última parte del siglo pasado se concedió tanta importancia a esta forma de aprendizaje que se llegó a postular la existencia de un "instinto de imitación" simple y soberano, subyacente a todas las disposiciones mentales y motrices. Se recurría a la imitación para explicarlo *todo* (y con esto sin duda se pretendía hacerla rendir mucho más de lo que está a su alcance). En la actualidad, en lugar de aceptar la existencia de un *poder* especial de imitación, que operaría inevitablemente en todas las ocasiones, es mejor distinguir por lo menos tres procesos diferentes, todos los cuales son imitativos en sus efectos, pero independientes en su modo de actuación.

El primero es una especie de imitación por reflejo condicionado, a

la que a veces se le da el nombre de "principio del eco".³⁴ Tiene importancia sobre todo en el primer año de vida, ya que a su acción deben atribuirse las primeras formas lingüísticas que adopta el niño, como también muchos ademanes convencionales de temprana aparición (de rechazo, aceptación, adiós, etc.). El proceso muestra tres estadios: (a) un infante realiza un acto (p. ej. una vocalización) casi "accidentalmente" (o sea sin referencia social); (b) un adulto que ve en ese acto alguna referencia social lo realiza al mismo tiempo en presencia del niño (en realidad el adulto imita al niño); (c) más tarde, por el principio del condicionamiento, el niño puede repetir el acto cuando oye o ve al adulto llevar a cabo ese acto. Sin duda alguna, las primeras palabras que un niño aprende a decir son adquiridas precisamente pasando por estos tres estadios.³⁵ Incluso en épocas posteriores de la vida, algunas formas simples de imitación parecen poder explicarse del mismo modo (p. ej., reír cuando otro ríe o bostezar cuando otro bosteza).

Una segunda forma temprana de imitación ha sido establecida con menos seguridad e incluso podría ser reducible a la primera, aunque esto es más bien improbable. Como ilustración ha de servir el siguiente cuadro: "un infante de unos pocos meses, a quien su madre tenía en brazos, mostraba signos de inquietud y ansiedad y lloraba calladamente cuando la madre era molestada por algo durante la conversación." Los mismos autores de quienes tomamos este ejemplo dicen más adelante: "un chico mayor que el anterior mostraba ansiedad (timidez) cuando la madre era perturbada por la presencia de un extraño en su puerta. En tales situaciones parece existir cierto método directo de traducción de actitudes, sin necesidad de experimentarlas. Como hipótesis de trabajo, aunque sólo en ese carácter, podemos aceptar que una capacidad mimética es estimulada en el individuo por la visión o el contacto directo y que, a consecuencia de esta estimulación, el sujeto asume con sus propios músculos las posturas y tensiones de la persona observada o percibida, traduciéndolas en forma de actividad muscular y glandular."³⁶ Esta imitación inconsciente de "tensiones musculares" sufridas por otros no ha sido todavía bien comprendida y exige una mayor investigación. Se ha afirmado que desempeña un papel importante en la comprensión de la personalidad ajena (capítulo XIX) y también se ha dicho que explica la semejanza creciente entre personas cuya vinculación es constante (p. ej. marido y mujer).

³⁴ E. B. Holt: *Animal Drive and the Learning Process*, 1931, enuncia el principio del siguiente modo: "Un niño aprenderá a reproducir (a hacer eco a) toda acción de otra persona, siempre que la ejecución de ese acto por esa persona estimule alguno de los órganos de los sentidos del niño en un momento en que éste está empeñado en una ejecución (al azar) del mismo acto" (p. 112).

³⁵ F. H. Allport: *Social Psychology*, 1924, págs. 181-188.

³⁶ S. y M. Blanton: *Child Guidance*, 1927, p. 26.

La tercera forma de imitación es la copia consciente y deliberada de la conducta ajena. Aparece hacia fines del primer año. Unos pocos ejemplos del diario psicológico del pequeño Andrés aclararán el tema.

8.28 A. observa atentamente a su padre que está fumando en pipa. Cuando el padre ofrece a A. la pipa (previamente limpiada), éste pone la boquilla en su boca y *sopla* vigorosamente.

De acuerdo con la teoría del condicionamiento, Andrés debería haber chupado la boquilla (como habría hecho con la mamadera o con un chupete). Sin embargo, Andrés imitó al padre, que sopla y arroja el humo. La semejanza de su acción con ese acto de *echar bocanadas* de humo que había estado observando en el padre, requiere una explicación en términos de comprensión, o sea que se debe considerar esa conducta como un intento deliberado de reconstruir o reproducir la situación-estímulo en tanto situación *comprendida*. Resulta evidente que el niño no podía saber que el fumar exige chupar tanto como soplar. Este es el primero de una serie de ejemplos similares en la historia de Andrés.

14.8 A. se opone siempre a que le limpien la nariz, pero toma el pañuelo del bolsillo de su madre, lo pone sobre la nariz y sopla.

20.0 El doctor causó una gran molestia a A. al hacer presión sobre su lengua con una espátula para revisarle la garganta. A. se retorció, lloró y rechazó el objeto. Quince minutos más tarde A., una vez que lo han dejado solo, toma la espátula y la mete hasta la garganta, tal como había hecho el doctor.

En estos ejemplos se ve como Andrés repite deliberadamente situaciones que en un principio le causaron molestia o dolor. En vez de rechazar los estímulos asociados a esta molestia, A. vuelve a examinarlos y a repetir en parte la situación desagradable, obrando así al revés de lo que debería ocurrir de acuerdo con la teoría del condicionamiento y con la ley hedonista del efecto. El deseo de comprender, de ejecutar un acto significativo, muestra que el aprendizaje por imitación comprensiva puede superar los principios mecánicos con que se pretende explicar el aprendizaje y puede ir más allá de la imitación por reflejo condicionado.³⁷

A medida que se avanza hacia los años posteriores de la niñez, la copia deliberada se va volviendo un factor cada vez más importante en la personalidad en desarrollo, en especial, por ejemplo, en la adopción de prejuicios, creencias y actitudes de los mayores.

³⁷ No es raro encontrar esta imitación comprensiva combinada con la forma mimética inconsciente de imitación, descrita más arriba. Tal imitación inconsciente ocurre a menudo en las relaciones personales; así, por ejemplo, es frecuente entre dos amigos que cada uno imite al otro más de lo que cree.

A. (ahora de nueve años) oyó muchas discusiones sobre política en la época previa a una elección presidencial. Con el deseo de conocer los méritos de los distintos partidos políticos, se dirigió a su padre y le preguntó: "Papito, ¿qué somos?"

Vemos aquí cómo el muchachito, que en gran parte de su conducta es muy independiente, se muestra totalmente ajeno a la idea de que este asunto podía decidirlo por sí mismo. Había aprendido que la asunción de las actitudes de sus padres era un procedimiento bastante seguro cuando necesitaba una guía. Solicitaba que en una situación difícil se le tuviese preparada una solución, deseaba imitar las opiniones políticas de sus padres. Al hacer esto, el niño está plantando la semilla de muchas cualidades posteriores de su personalidad. Puede continuar siendo un mero "heredero" acrítico de las ideas de sus padres, o, pasada la niñez, puede rebelarse y adoptar ideas diferentes, para volver quizá después de la rebeldía a los puntos de vista de sus padres. En cualquiera de estos casos, toda su vida es afectada por la imitación conservadora de los padres durante la niñez. La historia puede repetirse en la vida de todo niño, no sólo en cuanto a la adopción de las ideas políticas, sino también en la filiación religiosa, en las lealtades ocupacionales y raciales, en los códigos morales y estéticos.

Este tipo de imitación comprensiva se prolonga durante toda la vida. Cuando nos parece que otra persona ha elaborado una solución feliz para un problema al cual debemos hacer frente, a menudo tratamos de adoptar *in toto* esta solución y a veces copiamos inclusive las cualidades de personalidad que la hacen posible. Esta imitación es un expediente que nos permite ahorrar trabajo, un atajo en el desarrollo de nuestra propia personalidad. Y por cierto que es una sincera aunque involuntaria lisonja para el individuo que imitamos.

CAPÍTULO VI

EL YO Y SU INFLUENCIA

NUNCA tenemos conciencia directa de la totalidad de nuestras propias naturalezas y ni siquiera de una amplia porción de esa totalidad. En cada momento dado el campo de conciencia es notablemente limitado. Parece reducirse a un punto de luz en movimiento, insuficiente para iluminar el edificio de la personalidad. Sin embargo, pese a toda su debilidad, proporciona a cada uno de nosotros el único criterio seguro de nuestra existencia e identidad personal. Captamos nuestro pasado por el recuerdo de una sucesión de momentos conscientes, que se superponen y andan hacia atrás veinte, treinta o cuarenta años hasta llegar a los primeros tiempos de la niñez; el futuro se extiende, vaga pero íntimamente, ante nosotros en cada momento de planeamiento e imaginación, que a su vez se integra en una serie que le precede. Este ensamblaje de los sucesivos momentos de conciencia, con su imbricación de contenido y referencia temporal, es lo que nos lleva a la convicción de que de algún modo poseemos una personalidad coherente que envuelve al núcleo momentáneamente consciente. Si no postuláramos para nosotros una permanencia de la personalidad, posiblemente no podríamos dar razón de los muchos hilos idénticos que circundan nuestros estados conscientes.¹

¹ Hoy en día está de moda desconfiar de las pruebas provenientes de la experiencia inmediata. Los conductistas, los positivistas lógicos y los psicoanalistas se han unido al coro que proclama el descrédito. Cada individuo —dicen— sabe tan poco, su introspección es tan imperfecta, está tan sujeto al auto-engaño, que la conciencia directa no debe ser admitida como dato científico de importancia. Precisamente siguiendo esta línea de razonamiento se llegó a proponer el inconsciente o la constitución corporal físico-química como verdadera matriz de la personalidad y única región que valía la pena explorar. Este razonamiento tiene cierto fundamento, pero aún así la médula del método objetivo es siempre la confianza que cada científico tiene en el testimonio de sus propios sucesivos y fugitivos estados conscientes. Puede trabajar con el inconsciente o con la constitución corporal sólo tal como éstas se manifiestan en su conciencia. Y lo que es más importante, sus criterios para la aceptación y rechazo de las pruebas, su devoción por las normas que sigue, están siempre ligados al núcleo, aún más subjetivo, de su personalidad, esto es, a su *autoconciencia*.

LA CONCIENCIA DEL YO

Conciencia y autoconciencia no se identifican. No toda experiencia posee referencia al yo.² Algunas ocurren simplemente, sin que el sujeto sienta que la experiencia está ligada de algún modo a sus intereses, sus recuerdos y su vida personal (aunque un leve cambio de actitud puede convertir casi cualquier estado de conciencia en un estado de autoconciencia). Genéticamente este hecho es de considerable importancia. En efecto, los psicólogos concuerdan en que en el infante la conciencia del yo es un logro gradual y difícil, mientras que la conciencia de un orden menos personal está sin duda presente desde el nacimiento. Resulta difícil imaginar a qué se parece la primera conciencia, desprovista de referencia a un yo. Quienes leen a William James están convencidos de que debe ser una "gran confusión, abigarrada y ruidosa"; pero, en verdad, no tiene por qué tener ese carácter sino que puede ser más bien una conciencia de figuras nítidamente segregadas sobre fondos oscuros, tal como pretendería la teoría de la Gestalt. De cualquier modo, el infante pequeño parece carecer por completo de conciencia de sí mismo como de un yo. Trata su propio cuerpo como si fuera algo extraño; sus dedos son sus juguetes y puede arañar su propia cara hasta que llega a sangrar. No tiene yo "corporal" ni yo "social" ni yo "material". El límite entre yo y no-yo, entre mío y no-mío no está establecido. Como diría Koffka, hay en él poca o ninguna organización yoica.

Hasta que el niño no tiene una concepción bien definida de sí mismo como persona independiente, no puede conceptualizar su relación con el mundo circundante y por consiguiente carece de un núcleo subjetivo para el desarrollo de su personalidad. Al traer sólo lentamente a escena la conciencia del yo, a lo largo de un proceso que dura los primeros tres o cuatro años de vida, la naturaleza parece mantener apartada del individuo la verdadera base de la estructura de su personalidad.

² K. Koffka: *Principles of Gestalt Psychology*, 1935, p. 328. [Hay trad. cast.: *Principios de psicología de la forma*, Bs. As., Paidós, 1954.]

Koffka trata el Ego a la vez como objeto fenomenal (el objeto directo del conocimiento) y como el fondo fenomenal sobre el cual ocurren muchas de nuestras percepciones. El término "autoconciencia" tiene la misma doble referencia y puede ser considerado esencialmente sinónimo del Ego de Koffka. Pero hay dos razones para preferir el primer término: (1) La filosofía ha hecho al Ego equivalente al *conocedor*, mientras que Koffka, no atendiendo a la forma nominativa del pronombre latino, lo hace equivalente de lo conocido, del *yo empírico*; (2) en el núcleo del Ego, así concebido, Koffka coloca el sí-mismo (*self*), un subsistema en el que están localizados los estratos más profundos del Ego junto con estados fuertemente emocionales con referencia personal (p. 342). Esta división no parece ser necesaria. La diferencia que refleja es sólo de grado y, por consiguiente, puede ser descartada en favor de una visión coherente de la génesis de la conciencia del yo, cualesquiera sean sus estratos.

Esta falta de autoconciencia que muestra el infante depende de varias condiciones. En primer término, está su conocida deficiencia en lo atinente al desarrollo de la memoria. El reconocimiento, que aparece mucho antes que el recuerdo, no se hace claramente presente hasta la última parte del primer año y todavía entonces falla si el intervalo involuclado es mayor de tres o cuatro semanas. En cuanto a la memoria, es verdaderamente raro encontrar recuerdos accesibles que se refieran a épocas anteriores a los tres años y nunca hay recuerdos de momentos previos al año de vida.

¿Por qué los recuerdos tempranos carecen hasta tal punto de permanencia? Una de las respuestas que se han dado es que las experiencias infantiles no son verbalizadas y por lo tanto no pueden mantenerse como conceptos en la conciencia. Otra respuesta invoca la maduración, sosteniendo que las áreas de la corteza involucradas en la memoria consciente no están desarrolladas (o sea no están mielinizadas) y por lo tanto no pueden retener "huellas" de la experiencia. Las áreas motrices, por el contrario, están en un avanzado estado de desarrollo durante los primeros meses de vida y es bien sabido que los hábitos motores una vez aprendidos son fácilmente retenidos. Una tercera respuesta sostiene que el recuerdo depende de la capacidad del niño de situar un suceso en algún contexto familiar para él y que en los primeros tiempos de vida éste cuenta con demasiado poco contexto aperceptivo que pudiera servirle para retener experiencias tempranas. Una cuarta teoría, la psicoanalítica, sostiene que el infante, al chocar con "el principio de realidad", reprime en lo inconsciente todos los recuerdos de su vida auto-complaciente, previa a ese momento. Como quiera que suceda, este estado fugitivo que presenta la memoria durante la primera infancia es, con toda seguridad, una desventaja para el desarrollo de la autoconciencia.

Otra desventaja surge del carácter indiferenciado y sin gradaciones de las respuestas emocionales del infante. En lo afectivo, éste actúa totalmente o no actúa. No evalúa el estímulo de acuerdo al grado de importancia que éste tiene en relación con sus necesidades y deseos. Ríe y llora excesivamente, casi como un autómata. Esa conducta sólo puede ser explicada aceptando la existencia de una forma virtual todo-o-nada de respuesta a los estímulos, desprovista de los efectos graduantes de la inhibición que tendría lugar si cada estímulo fuese evaluado de acuerdo con su importancia para el yo.

Otro inconveniente más es la deficiencia del niño en cuanto al lenguaje. Sus conceptos, que expresan la relación entre él mismo y su mundo circundante, tienen todavía una forma confusa, ya que hasta ese momento el infante carece de la capacidad de modelar nítidamente el pensamiento con palabras. Una ilustración: en sus "monólogos colecti-

vos" el niño de dos años a menudo confunde lamentablemente la primera, la segunda y la tercera persona. Es posible oírlo decirse a sí mismo: "Sé cuidadoso, Guillermo se lastimará. ¡No, no me lastimaré!" ¡El niño es primera, segunda y tercera persona al mismo tiempo! Le resulta especialmente difícil aprender el uso correcto de los pronombres; no puede aprender por imitación, puesto que tiene que darse cuenta de que cada pronombre tiene referencia distinta cuando es usado por él. Aunque no sería correcto datar el despertar de la autoconciencia por el uso correcto de los pronombres personales (alrededor de los dos años y medio), sin embargo la confusión en ese campo es hasta cierto punto una manifestación de la dificultad en que se encuentra el niño respecto a su sentido de la propia individualidad.

Aún después que la autoconciencia está ya parcialmente establecida, el niño pierde con facilidad su identidad en el juego. Puede perderla tan completamente que llega a enojarse con sus padres si ellos no reconocen sus transformaciones.³ Todavía a la edad de cuatro o cinco años, el yo no está de ningún modo firmemente diferenciado. El chico sigue confundiendo a sí mismo con lo que lo rodea, continúa tomando el papel de los otros en el juego e identificando sus fantasías privadas con hechos objetivos. A diferencia del adulto, no acostumbra sentirse separado frente a todo lo que le es ajeno, distinguiendo en acto y en pensamiento lo que es él mismo de lo que no lo es.⁴

³ Esta despersonalización del yo que efectúan los niños es llamada *autoscopie* por J. Pères, *J. de Psychol.*, 1926, págs. 58-566.

⁴ Pero incluso los adultos se comportan en ciertos aspectos como el niño. En los pueblos primitivos son en alto grado notables las prácticas que indican una fusión del sentido del yo con una conciencia del mundo circundante. El hechicero primitivo siente que por efecto del encantamiento "se convierte" en lluvia; el padre en "covada" se identifica con su esposa parturienta; el daño a la propiedad causa en el dueño un sentimiento de enfermedad; el mantener en secreto el nombre propio y el del animal totémico sagrado es un medio de protección. Partes del yo corporal, p. ej., el cabello o las uñas, también son tratadas a menudo como equivalentes a todo el yo. Todas estas prácticas de identificación, proyección y magia simpática indican que el hombre primitivo, como el niño, se siente extensible, variable y capaz de fundirse con sucesos que transcurren fuera de su cuerpo físico. Cf. H. Werner: *Einführung in die Entwicklungspsychologie*, 1926, libro II, parte 4.

Y aun entre la gente civilizada parece haber diferencias en el grado en que cada individuo se adhiere a su medio ambiente. Lewin señala una diferencia peculiar en este aspecto entre el alemán típico y el norteamericano típico. El alemán sólo en sus estratos más superficiales se expone a su ambiente libremente y sin una aguda conciencia de sí mismo. Asocia sus actividades cotidianas con su propio Ego mas corrientemente que el norteamericano, es presa de excitación emocional si sus teorías son atacadas, confía poco en sus compañeros y hasta llega a dejar cerrada la puerta de su oficina y a hacer esperar a quienes lo buscan para aumentar su sentimiento de orgullo y valor. El norteamericano típico, en cambio, no se preocupa si los diarios se exhiban sobre su vida privada, si la gente lo ve trabajando en su oficina, si

Los factores que contribuyen al crecimiento de la autoconciencia han sido discutidos muchas veces.⁵ Durante el siglo XIX, para explicar este proceso se recurría casi siempre a las sensaciones. El infante recibe, presumiblemente, una corriente de sensaciones orgánicas provenientes de los órganos internos de su cuerpo, de sus músculos, articulaciones y tendones. Este núcleo cenestésico va siendo elaborado por efecto de su unión con los impulsos sensibles del tacto, el gusto, el olfato, la vista y el oído. La fusión de impresiones sensibles, en especial alrededor del sentido cinestésico de posición y tensión postural, es lo que origina el sentido del yo. Esta teoría comparte con el empirismo la creencia de que al nacer el infante es una *tabula rasa* sobre la cual debe ser grabado el sentido del yo, al igual que toda otra formación psíquica. William James encontró una prueba para esta teoría sensualista al observar que para el adulto la experiencia comunicable de la yoidad se reduce por lo común a una referencia a presiones y tensiones posturales, centradas especialmente en la cabeza.⁶ Comprobó que algunas personas localizan el yo en las arrugas faciales situadas entre las cejas; el yo introspectivo residiría entonces en el punto medio entre los ojos. Koffka, con una concepción menos sensualista, sugiere una localización más abstracta. El yo (o Ego) es lo que está entre la *derecha* y la *izquierda*, entre el *adelante* y el *atrás*. El yo es también el punto de referencia en toda experiencia temporal, puesto que está igualmente en el momento exacto de unión del *pasado* y el *futuro*.

El reconocimiento consciente de experiencias *recurrentes* (el sentido de la familiaridad) contribuye al desarrollo de la autoconciencia. Cada vez que se vive una experiencia como *similar* a otra experiencia precedente, siempre se da al mismo tiempo una vaga sensación de unión temporal y el individuo siente que la persona que tiene esta experiencia conjunta de un *entonces* y un *ahora* sólo puede ser él mismo.

Hay además ciertos símbolos que suministran *puntos de fijación* pa-

interrupciones inesperadas lo apartan del objetivo que tiene en ese momento o si algún conocido casual se dirige a él sin citar sus títulos ni atender a formalismos. Los sistemas yoicos del norteamericano no llegan a excitarse fácilmente, éste no tiene una conciencia inmediata e intensa de sí como el alemán. Se permite a sí mismo doblegarse y adaptarse ante las presiones del ambiente sin sentir tan pronto como el alemán que esas presiones son intrusiones. Este último es más marcadamente autoconsciente. (K. Lewin: "Some Social-Psychological Differences between the United States and Germany", *Char. & Pers.*, 1936, 4, 265-293).

⁵ Amplias y completas exposiciones pueden encontrarse en H. Taine: *On Intelligence*, trad. de 1889, II, libro 3, cap. I; W. Preyer: *Mental Development in the Child*, trad. de 1893, cap. IX; P. Janet: *L'évolution psychologique de la personnalité*, 1929.

⁶ W. James: *Principles of Psychology*, 1890, II, p. 301. Cf. también E. L. Horowitz: "Spatial Localization of the Self", *J. Soc. Psychol.*, 1935, 6, 379-387.

ra la yoidad. El más importante de éstos es el nombre propio. Un nombre propio es una marca que se le pone al individuo al nacer y que comienza a adquirir significación para éste en el segundo año de vida. El nombre se convierte en un punto de contacto cada vez más estratégico entre el yo y el mundo exterior. El nombre trae consigo la formalidad de recibir saludos y mensajes de otros y con esta formalidad se desarrolla una sensación de importancia personal y de ocupar una posición dentro de la jerarquía social. La importancia de este símbolo del yo se revela en las prácticas mágicas de los pueblos primitivos, en las cuales la mera articulación del nombre de una persona unido a maldiciones se considera suficiente para infligir un daño efectivo a ese sujeto. Incluso en las sociedades civilizadas el apellido es para los individuos una posesión sagrada.⁷

El poseer un nombre es sólo un paso en el camino hacia el logro de un status social. Todas las personas se sienten más en su casa (esto es, menos autoconscientes) en ciertos grupos que en otros; esto se debe a que el status habitual en un grupo proporciona un punto familiar de referencia. El profesor que dice un discurso en una reunión de trabajadores se siente mucho más autoconsciente que en su aula; análogamente, el granjero que se encuentra en una sala en la ciudad se siente poco seguro. Una persona sólo se abandona en un ambiente familiar o en grupos en que el papel que desempeña le es habitual o también en ciertas situaciones (una multitud, por ejemplo) donde cada participante alcanza un anonimato invisible y seguro.

En la niñez, el vestido, la ornamentación y el arreglo cuidadoso tienen su parte en la constitución de la autoconciencia. Algunos investigadores han observado que los niños pequeños hablan más francamente y con menos inhibiciones cuando no están arreglados. La autoconciencia parecería ser una cubierta que se puede quitar tan fácilmente como un par de zapatos. En apariencia, los nudistas, al abolir el uso de vestidos, desean recuperar algo de la libertad del niño, ajena al peso opresivo de la autoconciencia. Antes que Hitler instituyera en forma oficial la "moralidad" las colonias nudistas eran en Alemania más numerosas que en cualquier otro país, quizá a causa de que la autoconciencia es allí, como lo observó Lewin, una opresiva característica nacional. Pero si para el niño es difícil

⁷ Una investigación experimental sobre el problema de la justificabilidad del homicidio reveló que en la consideración de los sujetos interrogados el honor de un hombre (esto es, la consideración en que su nombre es tenido) sólo cede en importancia frente a la seguridad física inmediata del sujeto y de otras personas íntimamente asociadas a él. La violación del honor es considerada una causa mucho más justificable de homicidio que la invasión de la propiedad y de las posesiones materiales (Cf. G. W. Allport y R. L. Schank, *Char. & Pers.*, 1936, 2, 195-205).

asumir el peso de la autoconciencia, más difícil aún es para el adulto hacerla a un lado.⁸

Finalmente, todas las experiencias de dolor, frustración y en especial las de ridículo social engendran estados agudos de autoconciencia que dejan efectos permanentes. Siempre que una persona no puede alcanzar un estado de relación amistosa con el ambiente o, si lo alcanza, no logra mantenerlo, debe por fuerza prestar atención a sus propios defectos y por lo tanto toma aguda conciencia de la incompatibilidad entre ella misma y el mundo físico y social exterior, y de su propia soledad. En el placer, cuando todo anda bien, esta separación no se siente; el dolor, en cambio, siempre está referido al yo.

El advenimiento de la autoconciencia en la niñez es gradual y su crecimiento es continuo, pero alrededor de los dos años se alcanza un cierto estadio crítico. Su síntoma es el período de negativismo, que tanto aflige a los padres y que tan interesante resulta para los psicólogos.⁹ En este período, los niños por lo común se resisten a la persuasión, desobedecen más de lo que obedecen y en general protestan contra toda interferencia con sus propios designios. Dicen "no" mucho más a menudo que "sí". Un chiquilín, que aún no había llegado a los tres años, hacía una visita diaria a la casa de su abuela, situada en frente de la suya, para anunciar (sin causa inmediata alguna) "Abuelita, ¡no lo haré!" Esta oposición impulsiva aumenta el sentido de la yoidad por efecto del ejercicio agresivo de la autodeterminación. El niño mira a los extraños como amenazas para su iniciativa, su decisión y su libertad de acción. Y, movido por su nueva e inquietante sensación de integridad personal, se rebela contra todo esto. Una contra-sugestibilidad similar aparece a veces en personalidades adultas. En apariencia están por principio en inmediato desacuerdo con toda propuesta o afirmación. Espontáneamente dicen no; más tarde pueden reflexionar sobre el asunto y encontrar que hubieran preferido decir sí. Como modo de preservar la integridad personal ese negativismo es mucho más apropiado para un chico de dos años que para un adulto.

⁸ La autoconciencia en su sentido popular de embarazo es una hipertrofia de la conciencia natural del yo, intensificada por frecuentes fracasos y por las consiguientes experiencias de vergüenza. En muchas personalidades es un estado común y crónico. En un estudio se comprobó que un tercio de los adultos interrogados consideraban este estado como su máxima desventaja en la vida y su fuente principal de preocupación.

⁹ A veces se sitúa la aparición de este período más temprano para las niñas y más tarde para los niños. (D. M. Levy y S. H. Tulchin, *J. Exper. Psychol.*, 1923, 6, 304-322; 1925, 8, 209-224.) Un estudio experimental de los estadios del negativismo infantil es expuesto por M. M. Reynolds: "Negativism of Pre-School Children", *Teach. Coll. Contrib. to Educ.*, N° 288, 1928.

Hay también tipos patológicos de regresión y disociación de la autoconciencia, casos de pérdida psicógena de la identidad personal. En algunos casos la pérdida toma la forma de una disgregación de la autoconciencia en regiones independientes, tal como en las fugas y en otras amnesias. Al renunciar a su continuo sentido de la identidad, el paciente parece cometer una especie de suicidio psicológico para escapar por entero al peso opresivo de alguna característica intolerable de un sistema voico.¹⁰

LA SUGESTIÓN

Sería imposible estimar qué amplitud alcanza en cada personalidad lo adquirido por efecto de la sugestión, pero se debe tratar de una parte bastante considerable, como se advierte con sólo pensar que existe una relación notablemente estrecha entre la sugestión y el aprendizaje a través del lenguaje.

El lenguaje representa el principal medio en el proceso por el cual el niño toma sus creencias y normas de conducta de los adultos. Así, por ejemplo, tan pronto como puede comprender y obedecer oye de su madre una serie de reglas imperativas: a) "debes tomar esta medicina", b) "debes quedarte quieto mientras yo hablo", c) "no debes hablar sobre estas cosas fuera de tu familia", d) "debes asistir a la escuela dominical". Suponiendo que el chico ya ha aprendido la significación obligatoria de las proposiciones introducidas por el mandato "debes", en cada caso obedece por la simple razón de que esta palabra tiene un carácter misteriosamente imperativo. Quizá la palabra es pronunciada en un tono enfático de voz y también puede haber sido acompañada originariamente por la coerción física. Cualquiera sea su historia, adquiere con el tiempo una sanción irracional e indiscutida.

El niño es incapaz de ver que hay muchas razones diferentes por las cuales "debe" comportarse de ciertos modos prescriptos. En el caso de la primera de las prescripciones arriba enunciadas, la pena por la omisión hubiera sido un castigo natural: la mala salud; en el segundo, la sanción resulta de una mera prerrogativa de los padres, basada en la fuerza y el status superiores; en la tercera, la pena es el *ostracismo social*; en la última, el *desagrado divino*. A menos que —o hasta que— el niño asuma una persistente actitud interrogante y pregunte "¿por qué?" cada vez que se le dice que debe hacer esto o aquello; a menos —o hasta— que descubra la respuesta y la considere una razón suficiente para aceptar el modo de

¹⁰ Cf. M. Abeles y P. Schilder: "Psychogenic Loss of Personal Identity: Amnesia", *Arch. Neur. Psychiat.*, 1935, 34, 587-604.

comportamiento que se le ha indicado, a menos —o hasta— que ese momento llegue, sus hábitos de respuesta serán modelados por la sugestión. Si obedece estas cuatro reglas estará adquiriendo sin duda los rudimentos de sus hábitos y sentimientos higiénicos, filiales, convencionales y religiosos, pero los adquirirá sin autodeterminación, meramente en virtud de su propia sugestibilidad. Más tarde, cuando alcanza una edad más crítica, y decide guiar desde ese momento por sí mismo su destino, ya ha sido modelado por innumerables formas convencionales de conducta y perspectivas adquiridas por sugestión, de las cuales nunca podrá liberarse por completo.

Hasta ahora no hemos definido la sugestión. Para hacerlo en forma sencilla podríamos decir que es la adopción de un modo de conducta o creencia por un individuo que no toma parte en los procesos de pensamiento y juicio que deberían preceder a la aceptación de tal modo de conducta o creencia. Más brevemente, la sugestión es *la aceptación de una propuesta para creer o actuar en ausencia de una completa autodeterminación*.

En un nivel rudimentario, la mayoría de las respuestas condicionadas pueden ser vistas como sugestiones elementales. Un infante al que se le da un chupete separado de la mamadera a que corresponde, lo chupando muestras considerables de satisfacción. En un comienzo sólo la leche en la botella provocaba satisfacción, pero luego de una frecuente asociación, el signo o símbolo exterior basta (al menos hasta que el hambre se vuelve más urgente). En un nivel más complejo, todas las manifestaciones verbales aceptadas como verdad indiscutible simplemente porque se tiene la costumbre de juzgar las palabras por su valor aparente, sin prueba o razón suplementaria, constituyen también un caso de sugestión. Los profesores universitarios encuentran a menudo que sus clases, sus consejos y aun sus *obiter dicta* son adoptados sin crítica alguna como modelos de conducta o creencia por estudiantes ante cuyos ojos gozan de prestigio personal. Por más beneficiosa que esa influencia sea para el estudiante no deja de ser un resultado de la sugestión.

Pero, sin embargo, no todas las funciones del lenguaje son al mismo tiempo ejemplos de sugestión. Las palabras pueden ser, efectivamente, sutiles instrumentos para el razonamiento y como tales pueden representar una ayuda en la formación de conceptos *auto-determinados*. Con todo, aun usada con el máximo de discriminación crítica, una palabra lleva consigo inevitablemente el peso de formas socializadas preexistentes de pensamiento. De esto resulta que el pensador, cuando llega a depender de conceptos verbalizados, tiende más y más a guiar su conducta y a construir su personalidad dentro de moldes convencionales. Quizá una razón

fundamental por la cual las personalidades pertenecientes a una misma cultura se parecen tanto entre sí es la posesión común de símbolos lingüísticos que dan significados comunes, evaluaciones comunes y una guía común al pensamiento y a la conducta de los diversos miembros de todo grupo cultural.

No podemos decir a qué edad la sugestión desempeña su papel más significativo en el desarrollo de la personalidad. El niño de pocos años, pese a su negativismo, es en verdad incapaz de resistir el peso de la autoridad de los que le enseñan y asume su primer comportamiento social casi enteramente en virtud de su sugestibilidad inconsciente. Los niños algo mayores, de alrededor de ocho o nueve años, son especialmente sugestionables debido al período rápidamente creciente de desarrollo lingüístico; a esta edad ya se configura un vocabulario de conceptos morales, religiosos, políticos y estéticos, todos ellos en extremo significativos para el desarrollo de la personalidad. La edad de los estudios universitarios es en algunos aspectos todavía más sugestionable, ya que en esa época la capacidad de sumisión al prestigio y a la obra impresa ha alcanzado, por obra del largo período de instrucción, tal intensidad que a veces los estudiantes parecen carecer por completo de opiniones propias. Y tampoco los adultos y sus personalidades maduras están libres de los efectos de la sugestión: sirva de testigo el papel de la propaganda en la formación de la conducta política y moral y en los esparcimientos y también en sus efectos sobre los hábitos y formas de comprar, de alimentarse, de viajar, de vestirse, de hacer inversiones, de hacer la guerra y de vivir en el hogar.

Dado que la sugestión es un aspecto tan significativo del desarrollo personal, resulta importante determinar si ciertas personas son por naturaleza más sugestionables que otras, esto es, si la sugestibilidad es un rasgo que cada personalidad posee en una cantidad fija. Se trata de un problema que ha sido objeto de muchas investigaciones y, en conjunto, el material logrado conduce a una conclusión negativa. Sin duda, unos pocos individuos parecen aceptar crónicamente toda sugestión que se les hace, cualquiera sea ésta. Carentes del poder de resistir propuestas discordantes con sus propios planes autodeterminados de acción, se entregan a la situación, confiando en que si actúan así las cosas han de ir bien, como quizás les ocurrió ya en alguna ocasión anterior en que la misma entrega fue puesta en práctica. Pero en el caso de la mayoría de las personas, las sugestiones, si fuesen aceptadas corrientemente, resultarían ruinosas para la integridad de sus rasgos e ideales ya establecidos. Por lo común, cada uno de nosotros es sugestionable en ciertos sentidos: nos dejamos llevar cuando ya tenemos el fuerte deseo de creer o actuar en el sentido sugerido o cuando carecemos de conocimiento y convicción. Es propio de la sugestión comprender sólo *parte* de la personalidad: es

una especie de disociación que actúa únicamente cuando las resistencias son débiles. Es una capacidad que todas las personas poseen, pero sólo en unos pocos es una disposición permanente a ajustarse de un modo *positivo* a algún control exterior, dejando de lado toda decisión propia. En otras palabras, rara vez es un rasgo.

Una respuesta similar debe darse a la pregunta: ¿El negativismo es un rasgo? En unas pocas personas, sí. Antes hemos mencionado que ciertos adultos, al igual que el infante típico de dos o tres años, parecen estar siempre en guardia y resisten siempre, por principio, toda propuesta, llevados por el miedo de pensar o actuar en forma contraria a lo que es natural en ellos. Tales individuos *contredisants* poseen sin duda un rasgo de negativismo. Pero, por lo común, cada uno de nosotros es negativista sólo en formas específicas. No sentimos ninguna urgencia positiva que nos conduzca a contradecir toda propuesta que llegue hasta nosotros: sólo rechazamos las proposiciones que ofenden sentimientos o creencias firmemente establecidos o que violan rasgos maduros.

LA AUTOESTIMA

Todas las filosofías basadas en el egoísmo, y también muchas otras, acentúan la exigencia de auto-exaltación que existe en la naturaleza humana.¹¹ Se afirma que nada es en última instancia sagrado salvo el amado Ego. Aquellos motivos que de ordinario consideramos conducentes a un auto-sacrificio y movidos por la consideración hacia los otros son en el fondo meramente egoístas. Ráspese muy levemente la cubierta de hipocresía, de barniz social, y el hombre de las cavernas aparecerá ante nosotros. El único instinto importante es el deseo de poder, de "masculinidad", y aunque se cubra de dulces protestas de simpatía y altruismo, este deseo fundamental es biológicamente predominante y último. Todo hombre es ineludiblemente un *Machtmensch*, su experiencia más ambicionada es el aumento de su auto-estima y su rasgo más imposible de desarraigar es la vanidad.

Esta doctrina de la naturaleza humana contiene tanta verdad evidente que a menudo es aceptada críticamente como una interpretación enteramente adecuada de la personalidad. El próximo capítulo ha de mostrar que la socialización no es un simple barniz depositado sobre la personalidad, sino que trae consigo, al menos la mayoría de las veces, una genuina transmutación de intereses que pasan de una forma egoísta a otra altruista. La criatura biológica que encontramos en la primera infancia no posee instintos, hábitos ni sentimientos que estén, siquiera en el

¹¹ Por ejemplo, F. Le Dantec: *L'Egoïsme*, 1918 [Hay trad. cast.: *El egoísmo*, Buenos Aires, Ibérica, 1946]; asimismo las filosofías de F. Nietzsche y M. Stirner.

más remoto grado, socializados o civilizados. El egoísmo es la filosofía incontrovertible de la primera infancia. Pero en el proceso de crecimiento y extensión de los intereses, los nuevos códigos y maneras aceptados representan alteraciones genuinas y no superficiales de la personalidad. Tampoco se puede decir que la transformación consista en el paso de un auto-interés no ilustrado a un auto-interés ilustrado. La demostración de este punto se debe todavía esperar. En la presente sección se concederá la debida importancia y consideración a la auto-estima como conductora del desarrollo de la personalidad.

Cuando un adulto se decide a emprender una tarea, en general elige un objetivo que no esté en un nivel tan por encima de sus capacidades, que deba sufrir perturbación y humillación si fracasa, ni tampoco tan por debajo de sus capacidades, que deba sentirse ineficaz y poco valioso al realizar su tarea. Asume la cantidad y el tipo de trabajo que mantenga su auto-estima al máximo.¹² Es verdad que algunas personas prefieren estar *ciertas* del éxito y por consiguiente no emprenden más que lo que pueden lograr con seguridad. Otros, más arriesgados, se meten en camisa de once varas y mantienen su auto-estima por este acto de coraje o por el grado en que su logro se acerca a su ambición.¹³ Pero en todos los casos el nivel de aspiración pone de manifiesto de algún modo la "tendencia ascendente del Ego".

Asimismo, es sabido que los niños de poca edad por lo común prefieren repetir tareas en las que ya han tenido éxito, mientras que los niños mayores y los adultos prefieran trabajar en tareas hasta el momento inacabadas. Las personas mayores sienten que sufrirían una humillación si no lograran cumplir su objetivo y entonces perseveran; los chicos pequeños, en cambio, evitan la humillación demostrando una y otra vez su éxito en un bajo nivel de realización y dejan inacabadas las tareas difíciles sin mostrar signos de molestia. La persona mayor lucha contra la realidad exterior para mantener su auto-estima; el niño pequeño, en su mundo de placer, prefiere mantener sus éxitos anteriores, que ya son seguros.¹⁴

Todos los estudios experimentales realizados en este campo parecen confirmar los dichos tradicionales de los filósofos: "El más profundo principio de la naturaleza humana es el deseo de ser apreciado", "La auto-defensa es la ley más antigua de la naturaleza", "Cualquiera sea el nombre que demos al tirano gobernante, el yo es todo en todo". Que la vida humana se centra sobre su propio sentido de integridad y auto-im-

¹² F. Hoppe: *Psychol. Forsch.*, 1930, 14, 1-63.

¹³ J. D. Frank: *Amer. J. Psychol.*, 1935, 47, 119-128.

¹⁴ S. Rosenzweig: *J. Genet. Psychol.*, 1933, 42, 423-441.

portancia es algo universalmente reconocido. En psicología, el concepto freudiano de narcisismo ha alcanzado un lugar prominente. Koffka postula como un principio fundamental de la psicología dinámica "una fuerza que impulsa al Ego a ascender"¹⁵. McDougall ha encontrado en el núcleo de toda personalidad el sentimiento central de *auto-consideración*, que desempeña el "papel más poderoso y ubicuo en la vida superior del hombre".¹⁶

Pero, a fin de cuentas, ¿con qué nos estamos enfrentando? ¿La auto-estima es una fuerza, un instinto, un sentimiento o qué? ¿No es quizá un principio obvio, una redundancia psicológica, equivalente a esa vaga aunque indiscutible "voluntad de vida" primordial, a la que nos hemos referido en la página 183? Encarada de este modo, la auto-estima no puede ser empleada por el psicólogo como principio explicativo. Hacerlo sería caer en un círculo. Es necesario penetrar en ella y estudiarla en sus múltiples modos de actuar. No se puede tratar la auto-estima o la auto-consideración como una entidad, ya que 'por ser básicamente coextensiva con la vida misma está presente en *todos* los sentimientos y rasgos, los que después de todo resultan ser meras canalizaciones del principio vital primordial (no-psicológico).

Debemos adoptar una visión más específica del problema. Admitamos el egoísmo, con su acompañamiento consciente de auto-estima, como un principio inicial de vida, manifiesto en especial en el comportamiento del niño pequeño. Aceptemos que los diversos aspectos del crecimiento discutidos en estos capítulos representan distintas formas de concentrar, canalizar y dar una dirección radicalmente nueva a este flujo "metafísico" original. Luego, para no exagerar el alcance de la transformación, admitamos que a pesar de todas las alteraciones que el egoísmo pueda sufrir en el curso del desarrollo, queda frecuentemente en el núcleo de la autoconciencia un fuerte elemento de búsqueda de la propia satisfacción y de vanidad, que puede ser señalado en muchos, y quizá en la mayoría de los sentimientos y rasgos del individuo. La tarea de la psicología de la personalidad ha de consistir en caracterizar todos los variados e innumerables contextos en los cuales el elemento de auto-estima se hace presente, *incluyendo* aquellos en que ya no es un factor puro, sino que ha

¹⁵ *Principles of Gestalt Psychology*, 1935, pp. 670 y sig.

¹⁶ *Energies of Men*, 1933, p. 234. Véase también *An Introduction to Social Psychology*, 1908, cap. VII, y *Outline of Psychology*, 1923, págs. 426-434. Este autor cree que "auto-consideración" es el mejor nombre para ese sentimiento, mientras que auto-respeto, auto-estima, orgullo, ambición, son los nombres de tipos distintos de auto-consideración. "Egoísmo, egotismo, vanidad, presunción, humildad, megalomanía, engreimiento, envanecimiento, empuje, auto-afirmación, agresividad, son algunas de las cualidades de la personalidad que son determinadas en lo fundamental por la composición y modo de acción de ese sentimiento." *Energies of Men*, p. 233.

sido alterado y transformado decididamente, y también aquellos en que actúa en su forma aún no socializada y primitiva.

Cualquiera sea el carácter último de este principio, sus formas más puras de expresión traen consigo extraordinarias estrategias de la conducta. Es él la causa de esa gran superestructura de enmascaramiento que toda vida se construye. Siempre en interés de la auto-estima, el individuo puede ocultar sus verdaderas emociones, adoptar un aspecto falso y evitar a toda costa la exposición de la propia debilidad. La *persona*, que resulta de este desarrollo, protege al sujeto de desagradables heridas narcisistas.

Lo más espectacular es la capacidad que tienen los hombres de engañarse a sí mismos en interés de la auto-estima. A primera vista, la aptitud de engañarse a sí mismo parecería ser una invención fatal de la naturaleza, ya que la vida parecería requerir una evaluación correcta de los propios motivos y capacidades. ¿Por qué una persona inteligente habría de inventar patrañas destinadas a sí misma? Porque una patraña, si bien no es una solución profunda, trae inmediato alivio; así, impide que los conflictos se desarrollen, favorecidos por la sensación de estar en el error. Y además engendra una cierta bravuconería, necesaria para la vida y para el mantenimiento de los propios derechos frente a la oposición inmediata. El auto-engaño permite también que el sujeto postergue por el momento la admisión de verdades desagradables y pueda esperar hasta que esté preparado para recibirlas.

Las técnicas del auto-engaño son muchas.¹⁷ El uso psicológico las agrupa todas bajo la denominación general de racionalizaciones, término que significa, por cierto, precisamente lo opuesto a razón. La razón puede ser definida como la capacidad que tiene el sujeto de configurar su propia conducta y sus creencias de acuerdo con su conocimiento del mundo, y en caso de que ese conocimiento sea insuficiente, la capacidad de aplicarse a adquirir mayor conocimiento referente al asunto en cuestión. La razón adecua los impulsos y creencias al mundo de la realidad, la racionalización adecua, en cambio, la concepción de la realidad a los impulsos y creencias del individuo. O, como dice el aforismo, el razonamiento descubre las razones *reales* de nuestros actos y la racionalización encuentra *buenas* razones para justificarlos.

Las racionalizaciones van de lo trivial a lo grandioso. No pocas veces hacemos algo llevados por el impulso y luego lo designamos con el mejor de los nombres. Como dijo Emerson: "Lo que en otros llamamos pecado, en nuestro caso es una experiencia". En el otro extremo encontramos

¹⁷ Una buena clasificación y discusión se encuentra en R. C. Cabot: *The Meaning of Right and Wrong*, 1933, págs. 283-347.

complejos sistemas de "absolutos metafísicos", contruidos para justificar firmes convicciones. Como estas convicciones serían sostenidas aun frente a pruebas suficientes en contrario, la racionalización interviene para hacerlas parecer tan razonables como resulte posible. Según Lotze, las creencias filosóficas de un hombre son, la mayoría de las veces, un mero intento de justificar una visión fundamental de las cosas adoptada para siempre en épocas tempranas de la vida. El mismo pensamiento está en la base de la doctrina de las *derivaciones* de Pareto. Pero hay que ser cuidadoso. La reducción de toda la actividad filosófica a la mera racionalización es peligrosa, pues esta afirmación debe estar basada sobre una ontología del ser que racionaliza y sobre una lógica capaz de distinguir la racionalización del razonamiento verdadero. No se llega a ningún lado diciendo que toda filosofía es una racionalización de lo que la vida privada del filósofo guarda secretamente. Pues para alcanzar esa cínica conclusión es necesario confiar en la propia *razón* y en los cánones de la lógica.

Un ejemplo completamente diferente de racionalización es la forma especial conocida como proyección. Puede ser definida como un tipo de auto-engaño por el cual una persona adscribe sus propios secretos pensamientos, deseos y defectos a otra persona. Si uno castiga a otros, se salva de ese modo del penoso deber de castigarse a sí mismo. "No es difícil observar", escribe Goethe, "que en este mundo un hombre se siente tanto más libre de sus pecados y tanto más libre de culpa cuando más puede hablar de los mismos defectos presentes en otros". Existe también una forma complementaria de proyección por la cual una persona no atribuye su propia estructura mental a otros, sino que más bien les atribuye una conformación que explica y justifica su propio tipo psicológico. Así, el niño excesivamente tímido piensa que los otros tienen intenciones agresivas para con él y el paranoico cree que los otros están planeando destruirlo. Por medio de esta proyección complementaria las extravagancias personales en el temperamento y en los rasgos reciben una explicación "racional" y no aparecen como infundadas y disparatadas, como en verdad son.

Hay así muchos, muchos métodos, unos directos y otros indirectos, para mantener el auto-respeto y la auto-estima en el más alto nivel posible. En las tareas corrientes, el nivel de aspiración se ajusta automáticamente por sí mismo para servir a este propósito. Cuando el logro directo de un alto nivel de auto-respeto no es posible, se recurre a argucias indirectas: se asume la *persona*, surgen *defensas*, las *racionalizaciones* se vuelven corrientes e inconscientemente se elaboran las *proyecciones*. Pero el más interesante de todos los astutos servidores de la auto-estima no ha sido descripto hasta ahora: es el principio de *compensación*.

LOS SENTIMIENTOS DE INFERIORIDAD Y LA COMPENSACIÓN

Los ritmos sucesivos de desajuste y ajuste constituyen el pulso del desarrollo. Algún nuevo factor, quizá el hambre, un cambio de temperatura o alguna exigencia social, trastorna un equilibrio establecido en forma insegura. De ahí resultan una tensión y un desasosiego que, por la acción de las funciones mentales superiores, son seguidos de un intento de restaurar el equilibrio. Si un ajuste directo es posible, el problema es enfrentado y resuelto, por lo menos transitoriamente. Y si una solución directa no tiene éxito y las variaciones en el método de ataque tampoco son satisfactorias, el fracaso a veces es minimizado, reprimido o racionalizado, y de ese modo se lo hace a un lado.

Sin embargo, a menudo, cuando los fracasos se repiten y son serios, no se pueden manejar con tanta facilidad. Una tensión no satisfecha se mantiene presente en estado latente y está siempre lista para causar trastornos en el momento en que vuelva el deseo de lograr el objetivo inalcanzable. Como consecuencia de esto puede desarrollarse y crecer sin cesar una sensación profundamente arraigada de deficiencia. La sensación de deficiencia puede deberse a diferentes causas: incapacidad física, mala salud, baja vitalidad, impotencia sexual, aspecto desagradable; puede deberse a la inadecuación social: pobreza, falta de educación, torpeza o falta de ingenio y de auto-dominio; a una mala inteligencia: mala memoria, vocabulario pobre, desarrollo deficiente; o a conflictos morales: sensación de desvalor, de pecado o de culpa. Al multiplicarse los fracasos, la fuente de dificultad se convierte en el foco central de la atención y de la preocupación. El afectado siente inseguridad o miedo habituales frente a las situaciones que amenazan revelar ante sí mismo o ante los otros su debilidad e ineficacia. Esta situación es el famoso *complejo de inferioridad*. Si resultara necesaria una definición, podríamos decir que el complejo de inferioridad es la tensión fuerte y persistente que surge de una actitud emocional algo mórbida frente al fracaso en el logro de un ajuste directo satisfactorio al medio, fracaso éste debido a alguna deficiencia sentida en el bagaje personal.

Pocas personas necesitan que se les explique en qué consisten las molestias que causan los sentimientos de inferioridad. Contamos con un estudio en el cual se consignan los datos dados por estudiantes universitarios acerca de los cuatro tipos de sentimientos de inferioridad arriba citados.

Menos del diez por ciento de los estudiantes declaran no saber qué es sufrir mordientes sentimientos de inferioridad. El cuadro muestra que a medida que los estudiantes van alcanzando mayor edad muestran una tendencia a sufrir menos la sensación de inferioridad. En conjunto, las

CUADRO DE "COMPLEJOS DE INFERIORIDAD"
EN ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Tipos de sentimientos de inferioridad	Hombres 175		Mujeres 100	
	Porcentaje que declaró tener sentimientos persistentes de inferioridad			
	Antes	En el presente	Antes	En el presente
físicos	60	48	56	55
sociales	60	58	65	65
intelectuales	58	29	25	64
morales	37	17	25	18
de ningún tipo	8	10	2	9

mujeres parecen estar en peor situación que los varones: no sólo declaran un mayor número de tales sentimientos, sino que muestran también una reducción menos marcada de los conflictos con la edad. En una de las categorías, la intelectual, los sentimientos de inferioridad de las mujeres *crecieron* marcadamente con la edad y son mucho más frecuentes que entre los varones.¹⁸ En ambos sexos el sentimiento de inadecuación social parece ocupar el principal lugar, pero esta categoría no es definitiva, pues casi todos los tipos de inferioridad se reflejan en la inadecuación social. La mitad de los estudiantes se mostraron afectados por una sensación de inferioridad física, y en efecto, el reconocimiento del papel de esa deficiencia *orgánica* fue lo que condujo a que Adler advirtiera, por primera vez en psicología, la existencia de este complejo.¹⁹ Las inferioridades morales son menos frecuentes, probablemente no a causa de la superior virtud de los estudiantes, sino debido al decrecimiento en su generación del énfasis que recibían antes los deslices morales y el pecado.

En este cuadro se encuentra oculta una conclusión de gran importancia. *Los sentimientos de inferioridad no pueden ser tomados como índice de una inferioridad real.* Se puede ver, por ejemplo, que más de

¹⁸ Puede ser que este curioso resultado tenga sólo significación local. Las mujeres interrogadas eran estudiantes de una universidad femenina vecina a una gran universidad a la que asistían sólo hombres. En la universidad femenina, que en sus actividades dependía de la masculina, la instrucción era impartida íntegramente por profesores de la universidad vecina y el hecho de que todos los profesores fueran hombres parecía minar la confianza de las mujeres en las capacidades intelectuales de su sexo y de ellas mismas en particular.

¹⁹ A. Adler: *Organminderwertigkeit und ihre psychische Kompensationen*, 1912; también trad., 1917, *Nerv. & Ment. Dis. Monog. Series*, N° 24.

la mitad de los estudiantes han sufrido en un momento u otro un sentimiento de inferioridad intelectual, situación ésta que es absurda desde el punto de vista objetivo. Más de la mitad del grupo no puede estar *por debajo* del término medio de inteligencia; estadísticamente todos esos individuos no pueden ser *inferiores*. Más aún, es sabido que los estudiantes universitarios son en verdad *superiores* en inteligencia a la población media. Sin embargo, sufren por sus deficiencias en cuanto a capacidad mental. Es sabido también que los estudiantes universitarios son en todo sentido superiores en cuanto al físico y a la salud y que tienen ventajas económicas y sociales superiores al término medio. Y no obstante todo eso, sufren. Evidentemente, los sentimientos de inferioridad no están basados en una inferioridad objetiva, sino que son fenómenos subjetivos engendrados enteramente por la relación entre *éxito* y *aspiración*. El segundo jugador de ajedrez del mundo puede sufrir miserablemente de sentimientos de inferioridad y lo mismo puede ocurrirle al mejor alumno de una Universidad, cuyas aspiraciones sobrepasan su gran capacidad. Y en el caso de la inadecuación física, ¿quién, que no sea esa *rara avis* que es un millonario biológico, no es candidato a un complejo de inferioridad? Pero aun un millonario biológico podría tener sentimientos de inferioridad de orden moral, debidos al hecho de que, a diferencia de sus compañeros menos favorecidos, nunca ha experimentado sufrimiento físico.

Volvamos al problema de las diferencias sexuales. El hecho de que entre las mujeres exista una proporción más alta de sentimientos de inferioridad refleja sin duda la desventaja que éstas sienten en "un mundo masculino". Por encima y además de todas las desventajas que tienen como individuos, deben soportar también restricciones adicionales, en especial en las esferas moral y económica de actividad. El cuadro siguiente echa alguna luz sobre este problema. Está basado sobre respuestas anónimas de cuatro grupos que suman en total 300 casos.²⁰

En todos los grupos, la mayoría considera que la posición de los muchachos en desarrollo es más envidiable que la de las chicas. Casi tres veces tantas chicas como muchachos han deseado alguna vez ser del sexo opuesto. Aunque la mayoría de las mujeres jóvenes han llegado a estar satisfechas de su papel, el deseo de ser varón de ningún modo es raro entre ellas, en especial en las chicas que trabajan. El deseo correspondiente parece no existir entre los muchachos. En verdad, no se puede saber hasta qué punto ese último resultado refleja la victoria del super-yo que impide una confesión honesta, como tampoco hasta qué punto el

²⁰ Los resultados fueron obtenidos con la amable ayuda de la Srta. Theresa Larkin y del Sr. W. H. Clark.

CUADRO DE ACTITUDES HACIA EL SEXO OPUESTO

		Porcentaje de respuestas			
		Chicas		Muchachos	
		Chicas que trabajan	Chicas universitarias	De la escuela preparatoria	Universitarios
¿Tienen los muchachos en conjunto una vida más fácil que las chicas?	Sí	77	53	63	81
	No	23	47	37	19
¿Deseó Ud. alguna vez ser del sexo opuesto?	Sí	58	70	26	19
	No	42	30	74	81
¿Desearía en estos momentos ser del sexo opuesto?	Sí	30	7	0	0
	No	70	93	100	100

conflicto general por parte de las mujeres refleja una "protesta masculina" en el sentido sexual. Pero cualquiera sea el papel que éstos u otros factores inconscientes desempeñen en los resultados, la significación de éstos para nuestros fines no resulta afectada: a las chicas les resulta más difícil lograr posiciones satisfactorias en el medio ambiente y por esta razón sufren más corrientemente sentimientos de inferioridad.²¹

¿Qué hace una persona con su complejo de inferioridad aparte de sufrirlo? La tensión que éste engendra desafía, por su naturaleza, los métodos paliativos simples y directos. No se puede reprimirlo permanentemente ni tampoco huir de él "saliéndose del campo". Es necesaria una forma más sostenida de combate y a esta forma Adler le dió el nombre de compensación.²²

²¹ En el hogar, único lugar que en épocas anteriores les estaba asignado, las mujeres no tenían sentimientos tan exagerados de inferioridad. Era el mundo de ellas, que los hombres les habían concedido libremente. Pocas mujeres abandonaron ese lugar para competir en el "mundo de los hombres". Hoy en día muchas mujeres están viviendo y compitiendo en ese mundo de los hombres, un mundo con normas intrínsecamente extrañas a ellas. Lentamente esas normas están siendo modificadas para incluir a las mujeres. A medida que esto vaya ocurriendo, a medida que las mujeres sean admitidas en iguales condiciones, la proporción de sentimientos de inferioridad puede llegar a igualarse. Sin duda el cambio influirá también sobre el porcentaje de muchachas que prefieren ser varones.

²² La significación psicológica de este término es mucho más limitada que la de su uso corriente. No es el principio cósmico que sería para Emerson, no es sinónimo de todo logro de equilibrio y ajuste. Cuando, por ejemplo, una persona de baja estatura camina más rápido para ir a la misma velocidad que una persona alta, en el lenguaje común se dice que está compensando su inferior estatura, mientras que desde el punto de vista psicológico es probable que sólo esté ajustando su andar. Pero si al mismo tiempo está contando a su compañero relatos exagerados de sus proezas, probablemente estará compensando un complejo crónico de inferioridad, que ha resurgido ante el contraste de estaturas.

Muchas formas de compensación han sido descritas en la literatura psicológica.²³ Aquí sólo es necesario dar una breve caracterización de cada una.

La *acción directa* u *homocompensación* ocurre cuando por medio de un ataque persistente a la fuente de una inferioridad efectiva se logra finalmente hacerla desaparecer. Cuando, tal como a veces sucede, la fuente de la deficiencia no sólo desaparece sino que llega a convertirse en una fuente de fuerza, se habla de sobre-compensación. La leyenda sostiene que Demóstenes trabajó con tanta persistencia para superar su tartamudeo, que no sólo fue un correcto conversador sino que llegó a ser un gran orador. Teodoro Roosevelt, a quien su constitución débil hizo sufrir sentimientos de inferioridad, perfeccionó su físico por medio de un entrenamiento sistemático, de tal modo que llegó a una sobre-compensación y se convirtió en cazador de leones y domador de caballos (no meramente en cazador de perdices y en jinete). Todos sabemos de inmigrantes que al llegar a los Estados Unidos se sintieron despreciados e inferiores socialmente, pero que al atacar directamente sus dificultades se levantaron hasta alturas notables por sus éxitos. La historia del clásico *self-made man* norteamericano es casi siempre la historia de una homocompensación. Ni siquiera sería necesario decir que el médico mental considera tal compensación como la forma más deseable, tanto desde el punto de vista personal como desde el punto de vista social,

Sustitución. A menudo no es posible hacer desaparecer la fuente de la dificultad por medio de la homocompensación. Resulta necesario buscar una satisfacción en una dirección completamente diferente. El jorobado no puede corregir su deformidad, pero puede, por aplicación o astucia, llegar a ser la eminencia gris. La muchacha feúcha puede desarrollar una gracia y un ingenio compensatorios, o el muchacho que carece de un físico atlético puede con diligencia destacarse en sus estudios. Cuando joven, el filósofo Immanuel Kant no podía resignarse a su pecho hundido, que limitaba la libre acción del corazón y los pulmones. Él mismo relata cómo esta condición lo predestinó a la hipocondría, mal del que sufrió grandemente. Poco a poco, a medida que fue dándose clara cuenta de que nada podía hacer para cambiar su físico, centró su atención cada vez con mayor tesón sobre sus capacidades más poderosas. Para decirlo con sus propias palabras, se enseñó a sí mismo a alcanzar "la calma y la claridad con la mente, aunque el pecho estuviera oprimido"²⁴.

²³ La idea central de la doctrina de Adler pasó rápidamente de los institutos de psicología al dominio del saber popular, paso éste en que colaboraron los psicólogos. Cf. R. Dodge y E. Kahn: *The Craving for Superiority*, 1931 y W. F. Vaughan: *The Lure of Superiority*, 1928.

²⁴ Se podría, aunque ya con menos seguridad, ir más allá y señalar que no sólo

Los *mecanismos de defensa* son compensaciones destinadas a engañar a los otros. Muchos de ellos son de orden más bien trivial, meros hábitos o mañas, calculadas para despistar a los otros. A menudo se puede reconocer la presencia de una defensa en el exagerado apretón de manos del adolescente con una punzante conciencia de sí mismo que trata de ocultar su embarazo, o en la jactancia de un bravucón que levanta una pantalla de humo alrededor de su debilidad, o en las barbillas, zapatos de suela alta, sonrisas que desarman o maneras que congracian, trucos todos éstos que pretenden ocultar algún defecto físico de estatura o de conformación. Mecanismos de defensa más altamente organizados son los típicos del matón, del mentiroso patológico y de la persona que "protesta demasiado".

La *auto-justificación* y la *racionalización* son formas de compensación elaboradas inconscientemente, no sólo para engañar a los otros sino también para engañarse a sí mismo. Cuando se produce un fracaso, por pequeño que sea, la primera reacción toma a menudo la forma de la auto-justificación. Hay que permitirle al Ego amado que triunfe; si esto no puede ocurrir en un enfrentamiento real es necesario que ocurra a posteriori. Con cuanta frecuencia oímos en los vehículos conversaciones que se reducen a la simple fórmula: "Él me dijo... pero, ¡yo le dije!" obsérvese el cabeceo de asentimiento que sigue a esta declaración. Nunca se hace ninguna pregunta sobre quién tenía razón. En las personalidades cultas, capaces de fina comprensión o socialmente educadas, esta auto-justificación impulsiva se encuentra con menos frecuencia (capítulo VIII).

Cuando un sujeto actúa constantemente por debajo de una norma de conducta que había adoptado para sí (en la moralidad o en el despliegue de fuerza, ingenio o gracia) de ordinario encuentra circunstancias atenuantes para minimizar la magnitud de su fracaso. A veces la atenuación toma la forma de una racionalización protectora permanente. Un joven pálido y carente de formas atléticas se defendía (y engañaba) a sí mismo con este reconfortante sentimiento: "Estoy cansado de oír hablar de atletas llenos de vida. Ya he decidido qué significa llenos de vida: es la vida que nunca tiene nada que ver con el cerebro." Un hombre que admitía que era lento por naturaleza agregaba para su propia satisfacción: lento, "pero seguro". Otra persona de rostro notablemente

el hecho de convertirse en filósofo sino también la *naturaleza* de las doctrinas filosóficas de Kant muestran huellas de esta necesidad de compensación. Había fracasado en el campo emocional, es decir, la mayoría de sus emociones habían sido emociones desagradables de sufrimiento y de derrota. Por eso las sustituyó, acentuando la *razón*, pura y práctica, en la cual él mismo se destacaba en tan alto grado, reconfortándose con la convicción de que, después de todo, las emociones son "enfermedades del intelecto".

cadavérico, pensaba que eso no debía afligirlo, ya que lo hacía de aspecto distinguido "como Savonarola o Ramsés". El joven que decidió que lo que él no tenía era algo que no valía la pena estaba incurriendo en una racionalización del tipo *uvas verdes*; el hombre que tenía aspecto parecido al de Ramsés y el otro que aunque lento era seguro, estaban convirtiendo en virtudes sus respectivas necesidades y realizaban así una racionalización del tipo *limón dulce*.

Acusarse a sí mismo, o ser acusado, de dejado e incompetente causa tensión y molestia. Si es posible, resulta mejor encontrar un *alibi*, una excusa inmediata, y terminar así con el problema. Muchas veces esa escapatoria resulta adecuada: se logra calmar la sospecha de incompetencia, la tensión desaparece. Sin duda, ésta es sólo una solución *pars pro toto* y, al igual que la acción directa, no puede derrotar en forma permanente al sentimiento de inferioridad. Tarde o temprano algún tipo más completo de compensación puede llegar a hacerse necesario.

La racionalización tiene su aspecto institucional. Muchas personas con sentimientos de inferioridad intelectual y social encuentran alivio en las actitudes *uvas verdes* y *limón dulce* que les ofrecen los diarios. Leen noticias reconfortantes sobre la estupidez del "trust de los cerebros", sobre el mal camino por que va la élite y sobre la falta de educación de los estudiantes universitarios. En las revistas y en la pantalla encuentran exaltadas las virtudes hogareñas de la pobreza y el semianalfabetismo. Prover estas racionalizaciones listas para el uso es un deber del cuarto estado, dedicado, como lo está, a dar al público lo que éste requiere. Este fenómeno de racionalización institucional constituye uno de los problemas principales de la psicología social.

El *pensamiento autístico* (*fantasía*) es la compensación que ocurre cuando un individuo desatiende por completo las exigencias de su medio físico y social y se recluye en sí mismo, entregándose a una ensoñación en la que logra un éxito imaginario. Cierta joven de físico delicado, que era perseguido por compañeros de escuela, más fuertes que él, se escapaba a su habitación todas las tardes después de las clases para jugar a sus dos juegos favoritos. En uno era un maestro, cabeza de una gran clase (en la que los alumnos eran sus torturadores de la vida real). Como maestro imponía severas tareas y administraba azotes a placer. En el otro juego era un caballero rural inglés. Vivía en un imaginario pabellón de caza, donde alojaba a huéspedes nobles y hacía cheques fabulosamente abultados para sus favoritos.

Las personalidades que tienen una rica vida de la fantasía son *introvertidas*. Cuando el proceso llega más lejos, hasta el punto de que la vida exterior, conducida en forma rutinaria, tiene poca conexión con la vida interior de la memoria, la imaginación y el deseo, se habla de una per-

sonalidad *esquizoide*.²⁵ Mientras que el introvertido corriente puede parecer a sus compañeros meramente imaginativo, un individuo en quien la división es tan marcada resulta decididamente extraño. Casos aún más extremos son los *esquizofrénicos*, patológicos hasta tal grado que nadie puede decir qué formas curiosas están tomando en ellos la imaginación y a qué irrealidad delirante se han entregado.

Compensación neurótica. De una persona que está enferma no se puede esperar que trabaje enérgicamente, que se exponga a emprender tareas sociales desagradables, que obtenga éxitos en competencias deportivas. En general, la persona enferma tiene una excusa aceptable y a la vez una protección ante todo fracaso. Esta circunstancia hace que existan estados de invalidez puramente psíquica (por lo común neurasténica o histérica), que representan el último recurso para superar complejos de inferioridad de otro modo insalvables. Una pseudo-enfermedad es la última línea de defensa y representa un desequilibrio tan serio, una derrota tan completa para el modo normal de vida, que pertenece más bien al campo de la psicología anormal.

Vemos, en consecuencia, que las formas de compensación constituyen una gama de recursos que va desde los intentos más deliberados y perseverantes por hacer desaparecer la *fuerza* de la dificultad por medio de la homocompensación, pasando luego por toda una serie de argucias que se sirven de la auto-justificación y los enmascaramientos defensivos, para llegar finalmente hasta el abandono decididamente patológico. Los objetivos que no pueden ser alcanzados por medio de las formas directas de ajuste, se tratan de lograr por medio de uno u otro recurso compensatorio.

Al igual que la sugestibilidad, la compensación es una potencialidad básica de la mente humana. Toda persona es capaz de usarla. Al igual que la sugestibilidad, no es frecuente que sea un rasgo distintivo. Sin duda, unas pocas personalidades están tan penetradas por su esfuerzo penosamente evidente y sistemático dirigido a superar las propias desventajas a cualquier costo y por cualquier método, que en ellas se puede hablar de un rasgo de compensación.²⁶ En esos casos, la compensación resulta extrañamente tenaz y positiva. Pero, como sucede con la sugestibilidad, sólo en raras ocasiones la compensación puede ser identificada como un rasgo de la personalidad, mientras que con gran frecuencia es un *recurso* por medio del cual se desarrollan los rasgos.

²⁵ Un caso desacomunadamente bueno de este tipo es el de M. S. en G. H. Green: *Psychoanalysis in the Class Room*, 1923, págs. 33-40.

²⁶ Un caso de este tipo es descrito en *J. Abnorm. Psychol.*, 1921, 16, 6-40.

LOS "MECANISMOS PSICOANALÍTICOS"²⁷

La tremenda boga de las interpretaciones psicoanalíticas de la personalidad quizá puede ser explicada en cierta medida como sigue. Siempre que hay una notable falta de proporción entre un acto y las razones manifiestas que deberían dar razón de él, existe la presunción de que ciertos impulsos ocultos e incontrolados han guiado la ejecución de ese acto. Toda doctrina psicológica que ofrece una explicación coherente de estos impulsos y de su acción aparece como capaz de corregir todos los defectos de la psicología intelectualista tradicional. Antes de Freud existía en general un desprecio fatal por la emoción impulsiva y su acción subterránea. Lo que hizo Freud fue insistir en que los hechos desatendidos de la emoción son los más importantes para la psicología. La solución inmediata que tal doctrina dinámica hacía esperar atrajo a médicos, a profanos y a los mismos psicólogos, insatisfechos con la antigua perspectiva intelectualista. Los que buscaban una psicología dinámica que les sirviera de guía no tenían otra alternativa: se trataba de una cuestión de psicoanálisis o nada. Sin duda, se han producido desviaciones menores y aún mayores de la doctrina inicial de Freud; pero, hablando en general, desde su trascendental formulación, el psicoanálisis sirvió como el único eje de toda psicología dinámica integral.²⁸

²⁷ Los devotos del psicoanálisis se sentirán sin duda decepcionados al encontrar aquí una exposición tan incompleta y tardía de las contribuciones de Freud y sus muchos discípulos, tanto ortodoxos como disidentes. Hay tres razones para que esta revista sea tan crítica y tan breve. 1) Los conceptos psicoanalíticos son derivados exclusivamente de material neurótico y patológico, esto es, de casos en que el desequilibrio predomina sobre el equilibrio, y por esta razón su aplicabilidad a la personalidad normal es en muchos aspectos discutible. 2) Los aspectos de la doctrina psicoanalítica más válidos para la personalidad normal están incorporados en diversas partes en estos capítulos, en contextos no familiares para la teoría psicoanalítica, pero más útiles. 3) La historia del psicoanálisis es demasiado conocida para que sea necesaria otra exposición detallada. No es posible superar las hechas por Freud en *A General Introduction to Psychoanalysis*, trad. de 1920, y en *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, trad. de 1932, y por G. Murphy y F. Jensen en *Approaches to Personality*, 1932, o por I. Hendrick en *Facts and Theories of Psychoanalysis*, 1934.

Una obra como *The Psychoanalysis of the Total Personality* de F. Alexander (trad. de 1930) parte del supuesto erróneo de que el psicoanálisis puede ocuparse del todo de la personalidad. La verdad es que sólo se ocupa de una parte de los fenómenos que descubre un estudio amplio del tema. Pero pese a la limitación de este punto de vista, la mayor parte de la literatura sobre la psicología de la personalidad está escrita desde esa perspectiva. ¡Ya es tiempo de que el tema sea considerado en forma más ecléctica!

²⁸ Otra explicación de la difusión de la teoría psicoanalítica es su carácter dramático e imaginativo. En ella aparece el problema del bien y del mal dramatizado en nuevos términos. Por su simplicidad puede ser entendida por el profano; éste puede participar en el drama objetivado de sus propios conflictos, lo que tiene una gran ventaja terapéutica. Es una perspectiva nueva, libre de términos religio-

Pese a sus sutiles elaboraciones secundarias, el retrato freudiano de la personalidad es esencialmente simple. Freud hace precisamente lo mismo que Platón y una multitud de psicólogos de las facultades habían hecho: divide a la personalidad en tres partes concebidas en forma arbitraria. Los nombres especiales de estas tres divisiones son los de *id* (ello), *super-ego*, (super-yo) y *ego* (yo), que en forma más o menos aproximada pueden ser traducidos como *impulso emocional*, *conciencia* y *autoconciencia cognoscitiva*. Esta última carece de energía; desde el punto de vista dinámico es débil. En su calidad de mero principio pasivo de la yoidad consciente sufre continuamente el embate de tres "tiranos" que la llevan de aquí para allá: el mundo objetivo, el super-yo y el ello.

No es raro que el yo, al percibir su propia debilidad, caiga en la desesperación y sufra sentimientos vagos o específicos de miedo, p. ej., una "neurosis de ansiedad". (La ansiedad, si bien evidentemente no es un rasgo universal de las personas normales, es una característica corriente en los neuróticos y se puede decir que es la *raison d'être* de toda la teoría psicoanalítica.) La misión del psicoanálisis consiste en fortalecer el yo dándole un mayor conocimiento de las fuerzas del super-yo (la conciencia socializada de la cual ya tiene en parte conocimiento) y del ello (el almacén inconsciente de los impulsos instintivos). Si el psicoanálisis logra ampliar el campo de visión del yo, de tal modo que consiga introducir en la región unificada de la conciencia muchas porciones hasta entonces ocultas del ello, reconciliándolas con las exigencias del super-yo y del mundo exterior, el paciente podrá entonces enfrentar la vida con mayor serenidad y sus dificultades neuróticas probablemente desaparecerán. El psicoanálisis, dice Freud, aspira ante todo a la domesticación del ello por el yo.²⁹ Si bien su objetivo es terapéutico, la doctrina se extiende más allá del dominio práctico para penetrar también en la región de la psicología teórica.

Su significación teórica reside en gran medida en los mecanismos específicos que postula para explicar las diversas relaciones que se dan

sos, y hay cierta probabilidad de que la persona con conflictos que se siente atraída por el psicoanálisis haya repudiado esos términos (probablemente a causa de que sus crecientes problemas morales han estado asociados y entreverados con sanciones y restricciones religiosas). Puede aceptar estos nuevos términos sin desprestigiarse ante sí mismo o ante los que lo rodean. Sirva de testimonio la frecuencia con que la conversación de un "convertido" al psicoanálisis está saturada de términos de la doctrina, al igual que las cartas de nuestras abuelas estaban llenas de vocabulario bíblico. Se podría plantear el problema de hasta qué punto un niño educado en el riguroso molde y terminología del psicoanálisis, enfrentado en su madurez con severos conflictos, no llegaría a encontrar un fresco y reconfortante vigor en la dramática terminología del bien y del mal que ofrecen las religiones más antiguas, así como hoy se produce la situación inversa.

²⁹ S. Freud: *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, 1933, p. 112.

entre el ello, el super-yo y el yo. Estos mecanismos son descriptos por el psicoanálisis con gran detalle. Y sin embargo, al lector imparcial le parece a menudo que esas explicaciones se aplican sólo a casos decididamente excepcionales, o que, si pretenden ser más generales, son terriblemente exageradas. Es que tales mecanismos han sido derivados del estudio de personalidades desequilibradas (ansiosas) y no pueden, tomados en conjunto, proporcionar una explicación correcta del curso *normal* del desarrollo. Con todo, *algunos* de ellos, siempre que se los tome en perspectiva y no se los mire como el alpha y omega de la psicología genética, tienen valor para el estudio de las vidas normales. En diversas partes de este volumen empleamos algunos de esos mecanismos en contextos en que son aplicables a la personalidad normal (así, por ejemplo, hablamos de *racionalización, proyección, fantasía, infantilismo, regresión, disociación, trauma, complejo, ideal del yo*, y recurrimos también a los *métodos* únicos de investigación utilizados por el psicoanálisis). En este lugar sólo debemos agregar algunos otros conceptos.

El *principio del placer* acentúa el hecho de que la gratificación inmediata, indiferente a las consecuencias futuras, es la exigencia normal de los impulsos que no son controlados por un yo maduro y organizado. El principio del placer se manifiesta con la mayor claridad en la conducta hedonista y no socializada del niño pequeño. El *principio de realidad*, un concepto complementario, es el control que el yo adquiere sobre el principio del placer, restringiendo hábitos y sentimientos como producto inevitable de la adaptación al medio físico, social y moral. El principio de realidad es simplemente una designación sintética del proceso enormemente complejo de la *maduración* de la personalidad, de su adecuación a un ambiente socializado y civilizado. Los dos capítulos siguientes ofrecen un análisis más detallado de este proceso.

El *inconsciente* es una abstracción de amplio contenido, que incluye todos los procesos que modelan la personalidad sin el conocimiento directo del individuo. El psicoanálisis tiende a atribuir al inconsciente un bagaje más o menos común de mecanismos y contenidos. Su función primaria es servir como depósito de los impulsos rechazados por el yo. Estos impulsos son rechazados por la represión, proceso por el cual el individuo niega una salida inconsciente y abierta a deseos incómodos o no socializados. "Todo lo que sea contradictorio con las tendencias dominantes de la personalidad consciente, con sus deseos, anhelos e ideales, y todo lo que perturbaría la buena opinión que al sujeto le gusta tener de sí mismo, es propenso a ser reprimido."³⁰ La represión no es sólo el resultado de un conflicto consciente (cf. p. 132), sino que a su vez engendra

³⁰ F. Alexander: *The Medical Value of Psychoanalysis*, 1932, p. 79.

conflictos inconscientes, con síntomas temibles que se deslizan sin ser advertidos en el lenguaje y la conducta. Uno de los síntomas de la emoción reprimida es la *simbolización*, esto es, la representación de pensamientos inconscientes que toman formas aceptables en los sueños, el arte, la metáfora, el ingenio o el folklore. Un fenómeno similar es el *desplazamiento*, por el cual el inconsciente desea ser admitido a la conciencia después de someterse a alguna deformación aceptable, de tal modo que el objeto verdadero y original del impulso es suplantado por un objeto sustituto (el padre odiado, quizá, se convierte en un ogro o un verdugo).

En la base de todos estos mecanismos se encuentra el hecho primario del conflicto. Los impulsos pueden ser antagonistas entre sí (p. ej., los deseos de "vida" y de "muerte") o el deseo puede estar en conflicto con normas represivas (el super-yo) o con requerimientos directos del ambiente. La *ambivalencia* es una consecuencia frecuente del conflicto: se presenta cuando el mismo objeto recibe amor y odio, debido a su capacidad de despertar al mismo tiempo un impulso favorable y otro de rechazo. El conflicto inconsciente puede conducir también a una conducta *compulsiva* y *obsesiva*, sintomática de la lucha del individuo por liberarse del conflicto. Pero, pese a su lucha, el sujeto no comprende la verdadera naturaleza de su conducta hasta que conoce la interpretación del psicoanalista. Y éste es el *point d'appui* de la teoría y la terapia analíticas.

Si bien la importancia del conflicto en la evolución de la personalidad individual no debe ser negada bajo ninguna circunstancia, parece que sólo en casos excepcionales el énfasis psicoanalítico sobre la acción inconsciente de ese factor está enteramente justificado. Pese a la oposición de la teoría psicoanalítica, la mayoría de los conflictos son conscientes en todos sus aspectos esenciales, y por esa razón, un cuadro menos esotérico del conflicto parece más adecuado.

La guerra constante entre los deseos impulsivos (el psicoanálisis los llama "instintos") y diversos agentes inhibitorios (sobre todo el super-yo) es resuelta a veces por la *sublimación*, merced a la cual los impulsos son expresados en formas social y personalmente aceptables (p. ej., en el trabajo, el juego o el arte) sin eventuales sufrimientos. Esos deseos *inhibidos deliberadamente* (p. ej., el cuidado de niños en lugar de la maternidad, o la homosexualidad "latente" en vez de la "abierta") desempeñan un papel importante en la socialización de la personalidad. El psicoanálisis ve esto como una sustitución enteramente transparente, que, en tanto es exitosa, protege al individuo de la neurosis.

Según los psicoanalistas, la sublimación es el recurso que más emplean las personalidades normales para hacer aceptables sus impulsos antisociales. Si esto fuera verdad, la sublimación sería el mecanismo genético más importante para el estudio de la personalidad; pero, como lo mostrará

el capítulo siguiente, la personalidad normal en maduración representa un proceso mucho más complejo que la simple reorientación de deseos originariamente inaceptables.³¹

Otro concepto útil es el de *identificación*, que se aplica cuando una persona desarrolla un vínculo emocional con alguna otra persona en tal grado que llega a comportarse como si *fuera* esa persona. Las características del segundo individuo son reproducidas a través de la imitación consciente o inconsciente por el primero. Se considera a la identificación como un factor importante en el desarrollo de la personalidad del niño, pero tampoco es nada rara en los adultos. Por ejemplo, los padres pueden identificarse con sus hijos casi tanto como sus hijos con ellos. Se puede dudar sobre si este concepto designa algún proceso psicológico realmente distinto, pues la imitación de orden intensamente emocional parece coincidir con este fenómeno.

La identificación hace surgir el problema de la *imagen de los padres*. Es evidente que el factor principal en el desarrollo de toda personalidad es la influencia de otras personalidades. De todas las personas que afectan este desarrollo, en general los padres son quienes ejercen una influencia más intensa. Los estudios psicológicos no han logrado encontrar en

³¹ Rara vez se ve con claridad cuál es el significado exacto de la sublimación en sus diversas aplicaciones concretas. El concepto se mantiene igualmente confuso en las mentes de los psicólogos y de los profanos. El siguiente análisis, en el que se distinguen cuatro sentidos distintos, puede resultar útil. 1) Referido a tensiones orgánicas altamente específicas (hambre, necesidad de oxígeno o procesos sexuales fisiológicos), el concepto de ningún modo puede ser aplicado. No se puede sublimar la inanición ni una glándula sexual distendida. (Cf. W. S. Taylor: "A Critique of Sublimation in Males: A Study of Forty Superior Single Men." *Genet. Psychol. Monog.*, 1933, 13, N° 1.) Las tensiones locales segmentales sólo pueden ser satisfechas en formas específicamente apropiadas a ellas. 2) Aplicada al hecho de distraer la atención de un interés desagradable, manteniéndola ocupada en otra cosa, en realidad es una designación inadecuada. Se reduce el enojo abandonando la escena en que se produjo la irritación y emprendiendo una tarea absorbente; no se lo vence por la sublimación sino por una reorientación de la atención y el interés. 3) Aplicada a la fatiga calmante resultante de tensiones concurrentes generalizadas que acompañan un estado específico de inquietud, la doctrina tiene más mérito. La inquietud somática difusa producida por la sed, el deseo sexual y otras tensiones similares, a menudo puede ser reducida por una actividad sin vinculación con esas tensiones, que fatiga el organismo total. (Sin embargo la tensión segmental *específica* no es satisfecha directamente por esa actividad.) 4) Como concepto aún más complejo, que implica que un individuo puede privarse sin serio conflicto de alguna gratificación específica siempre que encuentre otras fuentes de igual satisfacción, la sublimación resulta útil. En tales casos, el individuo simplemente pasa por alto sus deseos insatisfechos, dejando que se atrofien o reprimiéndolos sin desastre, en interés de otro plan de vida, que si bien no satisface estos deseos logra en cambio satisfacerlo a él como hombre total. Pero en esta aplicación se viola la definición psicoanalítica original del término, puesto que el individuo no está sublimando de ningún modo la energía original. Está ocupado en hacer algo bien diferente, en conducir una vida satisfactoria pese a la falta de satisfacción de un cierto deseo.

los niños ninguna tendencia significativa a preferir el padre del sexo opuesto (como supone la teoría freudiana). Más bien, tanto los niños como las niñas, tienen por lo regular mayor apego por sus madres, sin duda a causa de la asociación más estrecha con ellas y de la devoción de las madres por el bienestar y la comodidad de sus hijos. Según parece, un niño nunca es por entero indiferente a sus padres, en especial a medida que va creciendo. Y sea esta actitud hacia ellos negativa o positiva, de cualquier modo la imagen de los padres lo afecta enormemente y nunca se libera de ella. Si un huérfano no tiene recuerdos de uno o de ninguno de sus padres, toma los sustitutos que tiene más cerca o también, si le resulta necesario, crea padres imaginarios para su propio gobierno y satisfacción.

Tenemos entonces que la imagen de los padres es un factor muy concreto en la experiencia, de un carácter tan individual como lo es el padre mismo. Un chico no conoce otro padre o madre sino los suyos. Un padre puede ser severo o suave: la imagen del niño corresponde durante toda la vida a este tipo; una madre puede ser del tipo doméstico y sentimental de mujer o del tipo nervioso, artístico o profesional: para el chico es siempre *mamá*. De ordinario el niño no se problematiza con respecto a la aceptación de sus padres tal como son. Sin duda, después de la primera infancia puede comparar sus padres con otros padres, pero aun cuando comprueba que los suyos quedan en desventaja, no desea por lo general cambiarlos. Un muchachito de ocho años decía a su madre: "No quiero que cambies, porque eres *mi mamá*." Por lo común, la influencia de los padres es, en consecuencia, *positiva*, lo que significa que probablemente las normas, gustos y características de los padres han de ser imitados. El efecto es tan sutil como profundo. Se ha comprobado, por ejemplo, que la mayoría de los padres aplican a sus hijos las mismas normas y prácticas que sus padres les aplicaron a ellos. Así resulta que un hogar perpetúa sus costumbres internas por generaciones. Si tiene lugar una reacción contra los códigos y costumbres de la vieja generación, se trata en realidad de una imitación negativa, de una protesta, que muestra de igual modo la potencia de la imagen de los padres.

La imagen (y por lo tanto los padres) desempeña un papel especialmente importante en las actitudes hacia el sexo opuesto. Muchas veces los hombres eligen esposas parecidas de algún modo misterioso y sutil a sus madres o, en algunos casos raros en que la madre es objeto de una relación ambivalente, eligen esposas notable y significativamente diferentes de la imagen materna. Las mujeres, si es que tienen libertad de

³² Cf. K. V. Francis y E. A. Fillmore: *Univ. Iowa Studies in Child Welfare* 1934, 9, Nº 2.

elección, eligen esposos parecidos, de modo igualmente misterioso y sutil, a sus padres. A menudo a los hombres les molesta cualquier característica de su mujer que se aparte de la imagen materna. Es más fácil que un hombre cuya madre era de tipo doméstico, ama de casa, se sienta molesto ante intereses no domésticos o profesionales de su mujer; en cambio un hombre acostumbrado a ver a su madre desempeñando un papel intelectual prefiere que su esposa sea igual, o por lo menos acepta sin problema alguno que ella asuma tal papel. A su vez, la mujer está igualmente inclinada a medir a su esposo con criterios provenientes de su imagen paterna.

Finalmente debemos dirigir nuestra atención a la concepción psicoanalítica de la *psicosexualidad*, que desempeña un papel fundamental en todos los campos. Comprende este principio "todos los aspectos del amor y de la búsqueda de placer y sus relaciones mutuas; pone el acento sobre los deseos inconscientes de gratificación sensual y sus derivados conscientes deserotizados, normales y anormales, así como sobre los deseos que culminan en la unión heterosexual madura y completa."³³ Esta es una definición típica de la psicosexualidad que, como se ve, es un concepto muy vago y amplio. Se lo puede interpretar, en efecto, como incluyendo todo impulso útil a la vida del ser humano: es Eros, y Eros es Vida (y a él sólo se oponen los "instintos de muerte"). Una postulación tan generalizada de una libido dinámica, no específica, no es sino la inocente hipótesis de una voluntad de vivir básica, poco distinta de la doctrina del *egoísmo* que antes discutimos en este capítulo.

Pero esta concepción de la psicosexualidad, tan amplia y tan desprovista de valor psicológico, no es, después de todo, la que ocupa verdaderamente la atención del psicoanalista. En la teoría y en la práctica, éste la convierte en una doctrina de la sexualidad en sentido estricto. En realidad el psicoanálisis logra realizar la tarea casi imposible de exagerar el papel de la motivación y el interés sexuales en la persona humana. Este no es un logro insignificante, ya que, por lo menos en la cultura occidental, las tensiones sexuales son efectivamente el factor independiente más importante en el desarrollo de la mayoría de las personalidades; o diríamos, más bien, que *el sexo sería el factor independiente más importante si existiesen factores independientes, lo que en la personalidad no ocurre*.

Los motivos biológicos nunca actúan en forma independiente. En las vidas normales, el sexo nunca se presenta aislado; está vinculado a todo tipo de imágenes, sanciones, gustos, intereses, ambiciones, códigos e ideales personales. Para decirlo en la forma más cortante que sea posi-

³³ I. Hendrick: *Facts and Theories of Psychoanalysis*, 1934, p. 299.

ble, la sexualidad en su pura simplicidad biológica es segmental en el organismo y si bien a menudo se muestra persistente, nunca está desprovista de ramificaciones mentales. En esas ramificaciones está fuertemente presente, pero ya no es más mera sexualidad. Se difunde así por los más importantes sistemas de intereses y rasgos que constituyen los sistemas estructurales y funcionales *fundamentales* de la personalidad.

Un procedimiento notablemente ilógico parece ser el culpable de la exagerada acentuación del sexo por los psicoanalistas (en especial por los freudianos). El que una forma de comportamiento o de pensamiento se encuentre *alguna vez* asociada al sexo en *alguna* vida, parece bastar para que ellos afirmen que *siempre* existe esa conexión en *toda* vida. Este procedimiento lleva a absurdos tales como la interpretación de la mala memoria del infante (p. 177) como la represión de una culpa (esto se justifica por el hecho de que adultos neuróticos *a veces* disocian de su conciencia recuerdos sexuales dolorosos de culpa) o como el dogma de que todos los individuos sienten normalmente atracción erótica por el padre del sexo opuesto (a causa de que ciertos neuróticos declaran tener impulsos incestuosos). Es verdad, en efecto, que la extrema labilidad de la vida sexual hace *posible* todo tipo de asociaciones y todo tipo de conflictos, pero no todo conflicto o atracción libidinales que muestre una persona debe ser considerado como una característica psicosexual de todas las personas. Las ramificaciones del interés sexual son suficientemente vastas y profundas en toda vida. Es, pues, innecesario exagerar su importancia haciendo de la historia sexual de ciertos neuróticos un prototipo de la personalidad en general.)

Nunca la sexualidad parece desempeñar el mismo papel en dos personalidades. Sus atracciones, su significación y la conducta asociada a ella se cuentan entre los fenómenos más individuales de toda la vida mental. Pese a sus aspectos biológicamente uniformes, en su organización psicológica tiene características en extremo personales.

Y es por esto que el sexo como tal no puede ser considerado como un factor independiente de la motivación ni tampoco como el elemento básico de la personalidad. Una vida no es una simple variación dentro de un molde uniforme de psicosexualidad, sino que, por el contrario, la sexualidad de una vida sólo puede ser comprendida si se la mira como una de las variaciones dentro del molde completo y total de la personalidad. Excepto en el sentido más infra-personal, no existe el hecho concreto del sexo. Cuando se habla de hábitos sexuales y ajustes sexuales, sólo se puede estar haciendo referencia a hábitos *personales* y ajustes *personales*, que tienen una vinculación parcial pero no exclusiva con las funciones biológicas segmentales del sexo. La personalidad, en consecuencia, no es un sistema de formaciones dentro de la matriz del sexo.

Lo que es verdad del sexo es verdad de todo otro presunto instinto. Los motivos humanos son siempre altamente individuales. Decir que sólo son variaciones sobre temas universales es desfigurarlos. Los motivos son siempre formaciones dinámicas de mentes—en—particular y sólo pueden ser comprendidos si se conoce el curso de sus transformaciones individuales. El capítulo siguiente está dedicado a probar esta importante afirmación.

CAPÍTULO VII

LA TRANSFORMACION DE LOS MOTIVOS*

*El yo, como todo agregado,
cambia a medida que crece.*

WILLIAM JAMES

En el proceso de maduración, las múltiples potencialidades y disposiciones de la niñez se unen de algún modo para constituir sistemas más definidos, más distintivos. *Pari passu* con su aparición, estos sistemas toman sobre sí el efectivo poder conductor, operando como motivos maduros y autónomos, enteramente diferentes en pretensiones y en carácter de los sistemas motivacionales de los años juveniles y muy diferentes por cierto de las tensiones puramente orgánicas de la infancia.

Una de las características principales de la personalidad madura es la posesión de intereses complejos y estables y de un estilo de conducta característico y predecible. Las convicciones y los hábitos de expresión están definitivamente centrados. Las valoraciones son seguras, las acciones son precisas y los objetivos de la vida individual están bien definidos.

G. K. Chesterton hace un retrato breve, pero desde el punto de vista psicológico muy significativo, de una personalidad decididamente madura, León Tolstoy, en quien toda motivación parece centrada en un sentimiento rector.

Tolstoy, además de ser un magnífico novelista es uno de los muy pocos hombres hoy con vida que tienen una visión real, sólida y seria de la vida... Es uno de los dos o tres hombres que en Europa tienen una actitud hacia las cosas tan enteramente personal, que podríamos aplicar su visión inevitable a todo, a un sombrero de copa, a una ley de autonomía, a un poema índico o a una libra de tabaco. Existen en la actualidad tres hombres que tienen tal actitud: Tolstoy, Bernard Shaw y mi amigo Hilaire Belloc. Los tres son diametralmente opuestos entre sí, pero todos tienen un parecido esencial, consistente en que dadas sus bases de pensamiento, dado el

* Parte de este capítulo es reproducción de un trabajo publicado en *The Golden Jubilee Volume* del *American Journal of Psychology*, Vol. 50, 1937.

fondo en que arraiga su convicción, sus opiniones sobre todo problema terrenal crecen allí naturalmente, como las flores en el campo. Hay ciertos modos de ver ciertas cosas que ellos deben adoptar; ellos no se forman opiniones, las opiniones se forman a sí mismas. Tómese, por ejemplo, en el caso de Tolstoy, la simple lista de objetos que antes elegí al azar: un sombrero de copa, una ley de autonomía, un poema índico, una libra de tabaco. Tolstoy diría: "Creo en la mayor simplificación posible de la vida; por consiguiente, un sombrero de copa es un aborto siniestro". Diría: «Creo en la mayor simplificación posible de la vida, por consiguiente esta ley de autonomía es un mero compromiso inútil; no es bueno desintegrar en naciones un imperio centralizado, hay que desintegrar la nación en individuos». Diría: «Creo en la mayor simplificación posible de la vida; por consiguiente, me interesa este poema índico, ya que la ética oriental, bajo toda su aparente suntuosidad, es mucho más simple y más tolstoiana que la occidental». Diría: "Creo en la mayor simplificación posible de la vida; por consiguiente, esta libra de tabaco es algo malo; a sacarla de aquí». Todas las cosas del mundo, desde la Biblia hasta un calzador, pueden ser, y son, reducidas por Tolstoy a este fundamental principio tolstoiano: la simplificación de la vida" ¹.

Sin duda, hay que descartar como exageración literaria la pretensión de Chesterton de que sólo hay "dos o tres hombres en Europa" tan bien integrados que se podría aplicar su visión a todas las cosas. Entre nuestros conocidos podemos encontrar varios más. En principio, sin embargo, si no estadísticamente, Chesterton tiene razón, ya que la mayoría de las vidas personales no están ni de lejos tan integradas como la de Tolstoy; en pocos casos el *leit motiv* es tan enteramente persistente. La diferencia es de grado. Ya que en casi todas las personalidades maduras existen sentimientos rectores y, por más difícil que sea esta tarea, los psicólogos están obligados a dar cuenta de ellos.

LA AUTONOMÍA FUNCIONAL

Para comprender la dinámica de la personalidad normal madura es necesario introducir un principio nuevo y algo radical que complemente los conceptos genéticos más tradicionales que hasta ahora hemos considerado. Para facilitar la discusión, este nuevo principio puede ser bautizado como la *autonomía funcional de los motivos*.²

¹ De G. K. Chesterton y otros: *Leon Tolstoy*, 1903, págs. 3 y sig.

² La autenticidad de este principio ha sido admitida en psicología por muchos autores, pero todos han omitido hasta ahora el darle un nombre. Su enunciado más familiar es la tan citada frase de R. S. Woodworth: "los mecanismos pueden convertirse en impulsos". Otro claro reconocimiento está contenido en la cita de E. C. Tolman que haremos a continuación. Pero ni Woodworth ni Tolman han adoptado una designación sustantiva para el proceso psicológico en cuestión.

«Todo el conjunto de lo que los antropólogos encuentran bajo la forma de pautas culturales específicas y de lo que los psicólogos encuentran bajo la forma de idiosincra-

Ahora bien, se llama *psicología dinámica* toda psicología que se ocupa de los *motivos* y trata de explicar de tal modo el problema de *por qué* los hombres se comportan como lo hacen. Por su naturaleza esencial no puede ser una psicología descriptiva que se satisfaga con pintar el *qué* y el *cómo* del comportamiento humano. La audacia de que da muestras la psicología dinámica al buscar causas está en marcado contraste con la perspectiva tímida y "más científica" que sólo pretende establecer una función matemática que exprese la relación entre algún estímulo artificialmente simple y alguna respuesta igualmente artificial y simple. Si la psicología de la personalidad ha de ser más que una cuestión de coeficientes de correlación, debe ser una psicología dinámica y emprender ante todo la búsqueda de una teoría correcta y adecuada de la naturaleza de las disposiciones humanas.

Por desgracia, el tipo de psicología dinámica casi universalmente practicada, por más suficiente que pueda parecer desde el ángulo de los motivos *abstractos* de personalidades *abstractas*, no logra proporcionar una base lo bastante correcta y lo bastante flexible para sostener el peso de toda personalidad *singular*, viviente y real. La razón de esto reside en que todas las doctrinas dinámicas predominantes refieren todo motivo maduro de la personalidad a instintos, deseos o necesidades originales subyacentes, compartidos *por todos los hombres*. Así, la devoción del concertista por su música podría ser explicada como una extensión de su "instinto de autoafirmación", por la "necesidad de sensaciones" o como "un síntoma de alguna tensión reprimida de la libido". En la psicología hórmica de McDougall, por ejemplo, se afirma explícitamente que sólo los instintos o propensiones pueden ser los móviles primeros. Aunque capaces de extenderse (tanto en el aspecto receptivo como en el aspecto ejecutivo), siempre son pocos, comunes a todos los hombres y establecidos desde el nacimiento. El entusiasta coleccionista de chucherías deriva su entusiasmo del instinto parental y lo mismo ocurre con el viejo filántropo bondadoso y con toda madre. No importa lo diferentes que estos tres intereses puedan parecer, todos derivan su energía de la misma fuente. Se acepta el principio de que unos muy pocos motivos básicos bastan para explicar las infinitas variedades de los intereses humanos. Y el psicoanálisis admite una teoría igualmente supersimplificada. El número de intereses humanos que para esta teoría sólo representan meras canalizaciones de un instinto sexual básico supera todo cómputo.

sias individuales parece consistir, en su mayor parte, psicológicamente hablando, en especificaciones adquiridas de objetivos últimos o en adhesiones adquiridas a ciertos tipos específicos de objetos-medios, los cuales a menudo quedan luego establecidos por sí mismos. Y estas especificaciones y establecimientos, una vez estructurados, adquieren un dominio completo». *Phil. Science*, 1935, pág. 370.

Ante el caso de Tolstoy, Adler hubiera señalado que el estilo de vida que éste adoptó era una consecuencia de su esfuerzo compensatorio por lograr poder, salud o integridad personal frente a un medio desfavorable. Freud podría decidir que la "simplificación de la vida" era un mero ritual creado para liberarse de sentimientos de culpa derivados de un amor infantil pecaminoso, o quizás la atribuiría a un deseo de muerte. Rank vería el principio tolstoiano como un deseo de retornar a una tranquila vida prenatal. Kempf podría decir que representaba una demanda sublimacional, sostenida por una tensión resultante de un amor insatisfecho o de algún peligro no abandonado con éxito. McDougall podría atribuirlo a los efectos combinados de las propensiones a la sumisión y a la comodidad. H. A. Murray podría decir que se trataba de una necesidad de sumisión y de integridad. Y en el lenguaje de W. I. Thomas la causa sería el deseo de seguridad o de reconocimiento, o quizá ambos deseos a la vez. Sin duda, cualquiera de estos autores admitiría que el motivo original había llegado a extenderse en alto grado, tanto en lo que se refiere al número de estímulos que lo provocan como en la variedad de sus expresiones. Pero el factor común a todas estas explicaciones es la reducción de todo motivo, por más individual y elaborado que sea, a un número limitado de intereses básicos, compartidos por todos los hombres y presumiblemente innatos.

Los autores de este tipo de psicología dinámica en verdad sólo se ocupan de la mente-en-general. Buscan una clasificación de los motivos comunes y básicos de los hombres, que les permita explicar el comportamiento normal o neurótico en todo caso individual. (Esto es verdad aun cuando ellos puedan considerar que su propia lista es heurística e incluso sólo una ficción útil.) Realmente este plan no puede dar buenos resultados. El hecho efectivo de que las listas sean tan diferentes en su composición sugiere —y esto es evidente para cualquier observador desprevenido— que los motivos varían casi infinitamente de unos hombres a otros, no sólo en su forma sino también en sustancia. Ni cuatro deseos, ni dieciocho propensiones, ni ninguna, o la totalidad, de sus combinaciones, incluidas sus extensiones y variaciones, parecen adecuados para dar razón de la infinita variedad de objetivos perseguidos por una variedad infinita de mortales. Y para colmo de paradoja, en ciertos casos esas pocas y simplificadas necesidades o instintos, que serían la base común de toda motivación, resultan estar ausentes por completo.

Antes de exponer el principio de la autonomía funcional, su significación teórica debe quedar claramente definida. En esta obra acentuamos constantemente la unicidad última e irreductible de la personalidad. "Pero ¿cómo es posible?" —gritan todos los científicos tradicionales, incluidos los psicólogos dinámicos de tipo clásico— "¿cómo se ha de lograr una *ciencia*

de los sucesos únicos? La ciencia debe generalizar." Quizá sea eso lo que la ciencia debe hacer, pero lo que los autores de la objeción olvidan es que una *ley general puede ser una ley que señala cómo lo único llega a producirse*. Es un error manifiesto suponer que un principio general de la motivación debe involucrar la postulación de motivos abstractos o generales. El principio de la autonomía funcional que hemos de exponer aquí es lo bastante general como para satisfacer las necesidades de la ciencia, pero es lo bastante particularizado en su acción como para dar razón de la unicidad de la conducta personal.

La psicología dinámica que aquí proponemos considera que los motivos adultos son infinitamente variados y representan sistemas contemporáneos sustentados en sí mismos, que surgen de sistemas antecedentes pero son funcionalmente independientes de éstos. Así como un niño gradualmente repudia su dependencia con respecto a sus padres, desarrolla una voluntad propia, llega a actuar y a determinarse por sí mismo y finalmente sobrevive a sus padres, así también ocurre con los motivos. Cada motivo tiene un punto de origen definido que puede estar en los hipotéticos instintos o, más probablemente, en las tensiones orgánicas y en la irritabilidad difusa descritas en el capítulo IV. Teóricamente se puede establecer el origen de todos los propósitos adultos en estas formas germinales infantiles. Pero al madurar el individuo, la vinculación se rompe. El enlace es histórico, no funcional.

Resulta evidente que esta teoría es opuesta al psicoanálisis y a todas las otras explicaciones genéticas que dan por sentada la inflexibilidad de los propósitos e impulsos originales de la vida (Freud dice que la estructura del ello nunca cambia). Nuestra teoría no acepta el supuesto de que las energías de la personalidad adulta son de naturaleza infantil o arcaica. La motivación siempre es contemporánea. La vida de la Atenas actual es una continuación de la vida de la ciudad antigua, pero no *depende* de ella en su actividad presente. La vida de un árbol tiene continuidad con la de su semilla, pero la semilla no sustenta y alimenta el árbol ya desarrollado. Los propósitos de las épocas tempranas de la vida conducen hasta los propósitos posteriores, pero son abandonados en favor de éstos.

William James sostuvo una curiosa doctrina, que siempre ha sido un objeto de incrédula diversión, la doctrina de la *transitoriedad de los instintos*. De acuerdo con esta teoría, no tan extravagante como a veces se ha creído, un instinto no aparece más que una vez en la vida, para desaparecer muy pronto transformado en hábitos. Si es que existen instintos, no se puede dudar de que éste sea su destino, ya que ningún instinto puede mantener intacta su fuerza motivacional después que ha sido absorbido y remodelado bajo la influencia transformadora del aprendizaje. Ése es el razonamiento de James y ésta es la lógica de la autonomía funcional.

La psicología de la personalidad debe ser una psicología del comportamiento post-instintivo. Si, como en esta obra, se pasan por alto desde un comienzo los instintos, el efecto es decididamente el mismo ya que cualesquiera sean los impulsos o "irritabilidades" originales del infante, durante el curso del crecimiento esos factores llegan a transformarse por completo en sistemas contemporáneos de motivos.

Woodworth ha hablado de la transformación de los "mecanismos" en "impulsos"³. Para Woodworth es *mecanismo* todo curso de comportamiento del cual resulta un ajuste. *Impulso* es todo proceso neural que pone en actividad mecanismos especialmente vinculados con reacciones consumatorias. En el curso del aprendizaje deben estructurarse muchos mecanismos preparatorios para lograr la consumación de un propósito original. Estos mecanismos son la causa efectiva de la actividad de cada mecanismo subsiguiente y constituye el impulso para cada estadio sucesivo de la serie. Originalmente todos estos mecanismos eran meramente instrumentales, eran simples eslabones de una larga cadena de procesos necesarios para la satisfacción de un propósito *instintivo*; con el tiempo y el desarrollo, con la integración y la elaboración, muchos de estos mecanismos llegaron a entrar en actividad directamente, configurando un estado de deseo y tensión, ya sin conexión con el instinto original. Actividades y objetos que antes eran medios para un fin, se convierten en fines por sí mismos.⁴

Aunque la terminología de tipo neurológico que emplea Woodworth no es la más apropiada, su doctrina, u otra semejante, es indispensable para explicar el número infinito de motivos eficaces que pueden darse en la vida humana y para diferenciarlos de los deseos rudimentarios de la infancia. Una más amplia discusión del modo de actuar de este principio y una crítica de la posición de Woodworth serán más oportunas después de examinar el material de prueba favorable a la autonomía funcional.

³ R. S. Woodworth: *Dynamic Psychology*, 1918. Afirmaciones equivalentes se encuentran en W. Stern en su teoría de la transformación de los "fenomotivos" en "genomotivos" (*Allgemeine Psychologie*, 1935, p. 569) y en E. C. Tolman cuando éste habla del "dominio completo" que los "objetos-medios" adquieren al "establecerse por sí mismos" (véase nota 2 de este capítulo).

⁴ "El impulso fundamental hacia un cierto fin puede ser el hambre, el sexo, la belicosidad o tantas otras cosas, pero una vez que la actividad se ha iniciado, el medio para un fin se convierte en objeto de interés por sí mismo." (Woodworth, op. cit., p. 201). "Las fuerzas primarias del hambre, el miedo, el sexo y las otras similares mantienen su vigor pero de ningún modo, ni siquiera con sus combinaciones, explican el total de impulsos que activan al individuo desarrollado" (*Ibid.*, p. 104).

PRUEBAS EN FAVOR DE LA AUTONOMÍA FUNCIONAL

Comencemos apelando a nuestra experiencia cotidiana. Un ex-marino siente atracción por el mar, un músico anhela retornar a su instrumento después de una ausencia forzosa, un habitante de la ciudad suspira por sus colinas nativas y un avaro continúa aumentando su inútil fortuna. Ahora bien, el marino puede haber adquirido su amor por el mar incidentalmente en su lucha por ganarse la vida. El mar era un mero estímulo condicionado asociado con la satisfacción de su "demanda nutritiva". Pero ahora el ex-marino es quizá un rico banquero; el motivo original ha quedado destruido y sin embargo el hambre de mar persiste invicta y aun crece en intensidad a medida que se aleja más del "segmento nutritivo". El músico puede haber sido aguijoneado en un comienzo por un rechazo o una broma sobre sus ejecuciones de baja calidad, pero ahora ya está seguro y más allá del poder de estos insultos; no tiene necesidad de continuar, sin embargo ama su instrumento más que nada en el mundo. Sin duda en otras épocas el habitante de la ciudad puede haber asociado las colinas que rodeaban su hogar montaños con satisfacciones nutritivas y orotogénicas, pero ahora estas satisfacciones las encuentra en su hogar de la ciudad, *no* en las montañas; ¿de dónde proviene entonces su hambre de colinas? El avaro quizá aprendió sus hábitos de economía en medio de una dura necesidad o quizá su avaricia era un síntoma de perversión sexual (tal como pretendería Freud) y sin embargo la avaricia persiste e incluso se vuelve más fuerte con los años, aun después que la necesidad o las raíces de la neurosis han desaparecido.

El cuidado en la terminación de los trabajos, la artesanía, es un buen ejemplo de autonomía funcional. Un buen obrero se siente obligado a hacer trabajos bien terminados aun cuando su seguridad o el elogio de los otros ya no dependa de la alta calidad de su obra. En verdad, en una época de chapucería, su primoroso acabado puede redundar en su desventaja económica. Ni siquiera ante esa situación, puede ese obrero hacer un trabajo descuidado. El empeño en realizar un buen trabajo, no es algo instintivo, pero el dominio que puede adquirir sobre un hombre es tan firme que no sorprende demasiado el que Veblen lo tomara por un instinto y hablara así del instinto de artesanía. Un hombre de empresa, que hace ya mucho tiempo ha logrado su seguridad económica, trabaja estando enfermo y a veces puede volver a caer en la pobreza a fuerza de querer realizar sus planes. Lo que en un principio era una técnica instrumental se convierte en un motivo rector.

Ni la necesidad ni la razón pueden hacer que un individuo adaptado a la vida enérgica y activa de la ciudad llegue a contentarse para siempre en una isla solitaria o en algún aislado establecimiento de campo. Los

hábitos adquiridos parecen tener suficiente poder como para empujar al individuo a una existencia frenética, aun cuando la razón y la salud exijan una vida más simple.

La práctica de la literatura, el desarrollo del buen gusto en el vestir, el uso de cosméticos, los paseos por los parques o un invierno en Miami, pueden servir en un comienzo a los intereses del sexo, por ejemplo. Pero cada una de estas actividades instrumentales puede convertirse por sí misma en un interés, mantenido durante toda una vida, mucho después que el motivo erótico ha sido dejado de lado. Son muchas las personas que advierten que han dejado de ser fieles a sus deseos originales llevadas por una deliberada preferencia por las muchas formas de satisfacerlos.

El sostenimiento maternal ofrece una excelente ilustración final. Muchas madres jóvenes tienen sus hijos a disgusto, desanimadas ante el pensamiento del pesado trabajo futuro. En un comienzo, el hijo puede resultarles indiferente e incluso pueden odiarlo; el instinto maternal parece faltar por completo. Los únicos motivos que llevan a esa madre a atender al niño pueden ser el miedo a lo que sus vecinos dirán, el miedo a la ley, el hábito de hacer bien cualquier trabajo o quizá un profundo sentimiento de que el niño le proporcionará seguridad cuando ella sea anciana. Por más burdos que sean estos motivos, bastan para llevarla a realizar su trabajo, hasta que, con el tiempo, por la práctica de la devoción su carga se convierte en una alegría. A medida que su amor por el niño se desarrolla, sus primeros motivos prácticos son olvidados. Más tarde, puede que ninguno de estos motivos conserve influencia. El chico puede ser incompetente, criminal, puede convertirse en una desgracia para ella y, lejos de servir como un apoyo para sus últimos años, quizá continúe drenando sus recursos y su vitalidad. Los vecinos pueden criticarla por consentir al niño, la ley puede liberarla de sus obligaciones; seguramente esa madre no siente ningún orgullo por su hijo; con todo sigue apegada a él. La tenacidad del sentimiento maternal frente a la mayor adversidad es proverbial⁵.

Este tipo de ejemplos tomados de la experiencia cotidiana podría multiplicarse *ad infinitum*. La fuerza probatoria, sin embargo, resalta más claramente cuando las pruebas provienen de estudios clínicos o experimentales. En cada uno de los ejemplos siguientes surge alguna nueva función como unidad estructurada independientemente a partir de fun-

⁵ Sin duda, la mayoría de las madres dan a sus hijos una recepción algo más cálida desde un comienzo, pero aún así hay pocas pruebas de que el instinto maternal sea una posesión ya lista y acabada de todas las mujeres. Incluso las que aprendieron desde temprano a tener afición por los niños, encuentran que con la práctica y la experiencia el interés crece en intensidad constantemente, no exigiendo para sí más satisfacción que su funcionamiento autónomo. Algunas mujeres llegan a estar tan absorbidas en la tarea de ser buenas madres que olvidan ser las buenas esposas que antes fueron.

ciones precedentes. La actividad de estas nuevas unidades no depende de la continuidad de la actividad de las unidades de que provienen.

1. *El reflejo circular.* Todos hemos observado la repetición casi interminable de actos que se da en los niños. El padre de buen carácter que levanta repetidamente una cuchara que su hijo tira al suelo se cansa de esta ocupación mucho antes que el infante. Ese comportamiento repetitivo, manifiesto igualmente en las primeras vocalizaciones (balbuceos) y otras formas tempranas de juego, es adscripto de ordinario al mecanismo del reflejo circular⁶. Éste es un ejemplo elemental de autonomía funcional, ya que toda situación en que la realización de un acto suscita un estímulo adecuado para la repetición del mismo acto no requiere que se busque una raíz motivacional remota. El acto se perpetúa a sí mismo hasta que es inhibido por nuevas actividades o por la fatiga.

2. *La perseverancia conativa.* Muchos experimentos muestran que las tareas inacabadas provocan tensiones que tienden a mantener al individuo en el trabajo hasta que son resueltas. Este fenómeno no requiere ninguna hipótesis sobre la existencia de una necesidad de autoafirmación, rivalidad o de cualquier otra necesidad básica. La realización misma de la tarea se ha convertido en una cuasi-necesidad dotada de fuerza dinámica propia. Se ha demostrado, por ejemplo, que las tareas inacabadas son mejor recordadas que las acabadas⁷; que un individuo al que se lo interrumpe durante la ejecución de una tarea volverá a esa tarea aun frente a una oposición considerable⁸; que incluso tareas triviales emprendidas en forma casual adquieren un carácter casi obsesivo hasta que se terminan⁹.

La perseverancia conativa de este tipo es más fuerte si al período de trabajo sigue un intervalo de tiempo libre. Esto demuestra que *librado a sí mismo*, sin el efecto inhibitorio de otras obligaciones o actividades, el motivo adquiere cada vez más fuerza. El experimento de Kendig, y también el de C. E. Smith¹⁰, prueban este punto. Este último investigador demostró que se logra mayor éxito en el intento de hacer desaparecer un miedo condicionado si se comienza el proceso de descondicionamiento inmediatamente después del condicionamiento. Veinticuatro horas después de establecido, el miedo resulta más difícil de desarraigar. Es precisa-

⁶ Como agente que fija hábitos tempranos y proporciona un fundamento para el aprendizaje posterior, este mecanismo ha recibido una detallada atención por parte de E. B. Holt: *Animal Drive and the Learning Process*, 1931, esp. cap. VII y VIII.

⁷ B. Zeigarnik: *Psychol. Forsch.*, 1927, 9, 1-85.

⁸ M. Ovsiankina: *Psychol. Forsch.*, 1928, 6, 302-379.

⁹ I. Kendig: "Studies in Perseveration" (en cinco partes), *J. Psychol.*, 1936, 3, 223-264.

¹⁰ C. E. Smith: *Change in the Apparent Resistance of the Skin as a Function of Certain Physiological Factors*, Harvard College Library, 1934.

mente el reconocimiento de este hecho lo que hace que a los conductores de auto o avión que han tenido un accidente se les aconseja, con razón, volver a manejar de inmediato para superar el shock causado por el accidente, pues de otro modo el shock se convertiría en una fobia permanente. La regla parece ser que a menos que se los inhiba específicamente, todos los shocks emocionales, si se les da tiempo, tienden a adquirir un carácter compulsivo autónomo.

3. "*Reflejos condicionados*" que no necesitan ser reforzados. El reflejo condicionado puro desaparece con facilidad a menos que el estímulo secundario sea reforzado ocasionalmente por el estímulo primario. El perro no continuará salivando siempre que oiga una campana, como no sea que, por lo menos de vez en cuando, algún comestible acompañe a la campana. Pero en la vida hay innumerables ejemplos en que una sola asociación, nunca reforzada, trae consigo el establecimiento de un sistema dinámico que dura toda la vida. Una experiencia asociada sólo una vez con una pérdida, un accidente o una lucha puede convertirse en el centro de una fobia o complejo permanente, que no depende en lo más mínimo de la repetición del shock original.

4. *Correspondencias en el comportamiento animal*. Si bien la validez de un principio de la psicología humana nunca depende de que éste tenga correspondencia en la psicología animal, con todo es interesante hallar la autonomía funcional en organismos inferiores. Por ejemplo, las ratas, que en un comienzo aprenden un cierto hábito sólo bajo el incentivo de alguna tensión específica, tal como el hambre, después del aprendizaje a menudo pondrán en ejercicio el hábito aun estando alimentadas al máximo.¹¹

Otro experimento muestra que ratas a las que se ha adiestrado para que sigan un camino largo y difícil, continuarán usando ese camino por un tiempo, aun cuando se les ofrezca un camino más fácil hacia el objetivo y aun después que el camino más fácil haya sido aprendido.¹² Entre las ratas, al igual que entre los seres humanos, los hábitos antiguos e inútiles tienen un poder considerable por sí mismos.

Olson estudió la persistencia en las ratas del hábito de rascarse, artificialmente inducido. La aplicación de colodión en las orejas del animal provocó movimientos dirigidos a limpiar y a quitar la sustancia molesta. Cuatro días más tarde se hizo una nueva aplicación. A partir de ese momento los animales mostraron un número considerablemente mayor de movimientos de limpieza que los animales de control. Un mes después

¹¹ J. D. Dodgson: *Psychobiology*, 1917, 1, 231-376. Esta obra ya ha sido interpretada por K. S. Lashley como favorable a la teoría dinámica de Woodworth, en tanto ésta se opone a la de Freud. (*Psychol. Rev.*, 1924, 31, 192-202.)

¹² H. C. Gilhousen: *J. Comp. Psychol.*, 1933, 16, 1-23.

del comienzo del experimento, cuando las orejas de las ratas estudiadas al microscopio ya no mostraban señal alguna de irritación, el número de movimientos era todavía muy grande. El experimentador no dice si el espasmo habitual inducido quedó permanentemente establecido.¹³

5. *El ritmo.* Una rata cuya actividad mantiene una relación definida con sus hábitos de alimentación (es mayor justo antes de un período de alimentación y a mitad de camino entre dos de esos períodos) mostrará, aun privada de todo alimento, la misma periodicidad y actividad. El ritmo adquirido persiste sin depender de la estimulación original periódica del alimento.¹⁴

Incluso un molusco cuyos hábitos de excavación de refugios en la arena y de reaparición dependen de los movimientos de la marea, llevado de la playa al laboratorio, mantendrá durante varios días el mismo ritmo pese a la ausencia de la marea. Igualmente, ciertos animales con ritmos nocturnos ventajosos para evitar enemigos, obtener alimento o impedir una excesiva evaporación corporal pueden exhibir tales ritmos aun mantenidos en un laboratorio con condiciones constantes de iluminación, humedad y temperatura.¹⁵

Hay asimismo ejemplos de la vida humana en que ritmos adquiridos han tomado un carácter dinámico. Los neuróticos compulsivos emprenden fugas o cometen actos licenciosos en apariencia no a causa de una estimulación específica sino sólo porque "el momento ha llegado". Un dipsomaniaco sometido a confinamiento y privado durante meses de su alcohol describe la violencia con que una y otra vez volvía su apetito (evidentemente adquirido):

"Esos paroxismos de deseo ocurren en intervalos regulares, cada tres semanas, y duran varios días. No se trata de melindres y flojeras, buenos para que algún chistoso se burle. Si no se los calma con alcohol, esos accesos se convierten en períodos de enfermedad física y mental. Mi boca babea, mi estómago y mis intestinos parecen acalambrados y me pongo bilioso, con náuseas y quedo trémulo de nervios y de terror".¹⁶

En tales estados de entrega a la bebida, así como en estados de hambre, placer, fatiga, hay sin duda un apetito físico, pero los ritmos del apetito son en parte adquiridos y siempre son acentuados por los hábitos mentales asociados a él. Por ejemplo, en nuestro modo civilizado

¹³ W. C. Olson: *The Measurement of Nervous Habits in Normal Children*, 1929, págs. 62-65.

¹⁴ C. P. Richter: *Comp. Psychol. Monog.*, 1922, 1, Nº 2.

¹⁵ S. C. Crawford: *Quar. Rev. Biol.*, 1934, 9, 201-214.

¹⁶ Inmate Ward Eight (Paciente de la sala ocho): *Beyond the Door of Delusion*, Macmillan, 1932, p. 281.

de vida, el comer tiene lugar no a causa de que el hambre física se despierta en forma natural tres veces al día, sino porque tenemos ritmos de expectación. El hábito de fumar no es un apetito por los efectos narcóticos específicos del tabaco; es en igual grado un apetito de distracción motriz, ritual y periódica.

6. *Las neurosis.* ¿Por qué los tics adquiridos, el tartamudeo, las perversiones sexuales, las fobias y la ansiedad son tan tenaces y tan a menudo incurables? Incluso el psicoanálisis, con sus más profundos sondeos, rara vez logra efectuar curas completas en esos casos, aun cuando el paciente después del tratamiento pueda sentirse aliviado o por lo menos reconciliado con sus dificultades. La razón parece residir en que lo que de ordinario llamamos "síntomas" son en realidad algo más. Se han establecido por sí mismos como sistemas independientes de motivación. El mero descubrimiento de sus raíces no altera su actividad.¹⁷

7. *La relación entre la capacidad y el interés.* Estudios psicométricos han mostrado que la relación entre la capacidad y el interés es siempre positiva y con frecuencia lo es en alto grado. A la gente le gusta hacer lo que puede hacer bien. Una y otra vez se ha demostrado que la habilidad adquirida por alguna razón exterior, se convierte en interés y se impulsa a sí misma, aun cuando la razón original para ponerla en práctica haya desaparecido. Un estudiante que en un comienzo se aplica a un campo de estudio porque debe hacerlo, porque así satisface a sus padres o porque ese curso se dicta a una hora conveniente, a menudo termina descubriéndose absorbido, quizá para toda la vida, por el tema mismo. No es feliz sin él. Los motivos originales han desaparecido por completo. Lo que era un medio para un fin se ha convertido en un fin por sí mismo.

Y está también el caso del genio. Una habilidad toma posesión del hombre. No se necesita ninguna motivación primitiva para explicar su actividad duradera y absorbente.

Un ejemplo mucho más modesto es el descubrimiento hecho por la investigación industrial de que cuando se ofrecen incentivos especiales y se logra así un aumento de la velocidad en el trabajo, *esta velocidad se mantiene* una vez eliminados esos incentivos. El hábito de trabajar a un ritmo más veloz persiste sin sustento exterior.

¹⁷ El caso de W. E. Leonard: *The Locomotive God*, 1932, p. 281, es instructivo en este aspecto. La intensa fobia que padecía no fue aliviada reconstruyendo su historia hasta los comienzos de su vida. Aun cuando Leonard puede explicar por qué una vez se aterrorizó con una causa muy justificada (una locomotora), es por completo incapaz de explicar por qué sigue aterrorizándose *sin ninguna causa particular*. Este tipo de neurosis, así como también los sistemas psicóticos ilusorios, adquieren con frecuencia un "dominio completo" y la tarea de desalojarlos está, por lo común, más allá de la capacidad terapéutica.

8. *Sentimientos versus instintos*. Cada vez que por medio de un riguroso análisis se logra demostrar que un supuesto instinto no es innato sino adquirido, esa demostración provee pruebas en favor de la autonomía funcional. Es verdad, sin duda, que la conducta maternal, la gregaridad, la curiosidad, la laboriosidad y otras características similares tienen la tenacidad y el poder compulsivo que se consideran propios de los instintos. Si no son instintos deben ser sentimientos autóctonos de un carácter tan dinámico como el que se atribuye a los instintos. No resulta necesario pasar revista aquí a todos los argumentos que aconsejan considerar esos supuestos instintos como sentimientos adquiridos; el problema fue discutido ya en el capítulo IV.

9. *El carácter dinámico de los valores personales*. Una vez que se ha formado un sistema de interés, éste no sólo crea una situación tensional que puede ser suscitada con facilidad y conducir a una conducta manifiesta que de algún modo satisfaga ese interés, sino que también actúa como un agente silencioso que selecciona y dirige todo comportamiento vinculado a él. Tómese el caso de personas con intereses estéticos fuertemente marcados. Experimentos con el test de asociación verbal han demostrado que ese tipo de personas responden con mayor velocidad a palabras estímulo conectadas con ese interés que a palabras relacionadas con intereses de los que ellos carecen.¹⁸ Asimismo, al examinar un diario observarán y recordarán más noticias que tengan que ver con el arte; también se interesan más por los vestidos que las personas no estéticas y cuando se les pide que evalúen las virtudes de otras personas sitúan en un alto lugar las cualidades estéticas. En resumen, la existencia de un interés adquirido bien establecido ejerce un efecto directivo y determinante sobre la conducta, tal como corresponde a todo sistema dinámico. Y se pueden ofrecer pruebas similares acerca de muchos otros intereses.¹⁹

CRÍTICA A LA AUTONOMÍA FUNCIONAL

Objeciones al principio de autonomía pueden esperarse desde dos direcciones. Los psicólogos de tendencia conductista continuarán prefiriendo su concepción del impulso orgánico con su capacidad de condicionamiento múltiple. Los psicólogos instintivistas de tipo tradicional no podrán aceptar un principio pluralista que parece establecer una estrecha dependencia de la finalidad respecto del aprendizaje.

¹⁸ H. Cantril: "General and Specific Attitudes", *Psychol. Monog.*, 1932, N° 192.

¹⁹ H. Cantril y G. W. Allport: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1933, 28, 259-273.

El conductista se encuentra ampliamente satisfecho con la motivación en función del impulso y el condicionamiento orgánicos porque siente que de alguna manera éste tiene un firme anclaje en la estructura neurológica. (Por alguna razón extraña, el conductista se siente más contento cuanto más se aproxima al tejido nervioso.) Pero lo cierto es que la fisiología nerviosa del impulso y el condicionamiento orgánicos no está mejor establecida, ni es más fácil de imaginar, que la fisiología del tipo de unidades autónomas complejas, que hemos descrito.

Podría argumentarse que hay dos principios conductistas que explican adecuadamente los casos de autonomía funcional que citamos antes, a saber, el reflejo circular y el condicionamiento cruzado. El primer concepto, aceptable cuando se lo aplica a la conducta infantil, meramente dice que cuando más actividad realiza un músculo, tanto más actividad se produce a través de un circuito que se autoabastece y se sostiene a sí mismo²⁰. Se trata aquí, desde luego, de un caso claro de autonomía, aunque en un nivel primitivo, y sobresimplificado en relación con la conducta adulta. La doctrina del condicionamiento cruzado se refiere a una desviación sutil de estímulos en el proceso de condicionamiento, y a la complicada posibilidad de conexiones cruzadas en el mismo. Por ejemplo, estímulos externos ubicuos como la humedad, la luz solar, la gravedad, pueden alimentar colateralmente otros canales de actividad, provocando misteriosa e inesperadamente una forma de conducta a la cual han sido inconscientemente condicionados. Por ejemplo, el aficionado a la pesca cuyas excursiones de pesca se han realizado en días soleados, o ventosos, o calmos, puede sentir el deseo de ir a pescar cada vez que el barómetro, el termómetro, o el calendario de su ciudad le anuncien que esas condiciones prevalecen²¹. Puede considerarse que muchísimos de tales estímulos cruzados explican la manifestación de pautas de actividad anteriores.

Esta teoría es mecanicista en alto grado. Hereda, en primer término las dificultades que presenta el principio del condicionamiento siempre que se lo aplica al comportamiento en general (cf. pgs. 167/9). Además, si bien puede ser que el círculo reflejo y el condicionamiento cruzado existan efectivamente, en realidad son principios más bien triviales. Dejan la formación de los intereses y su entrada en acción librados a factores casuales de estimulación. No dan descripción alguna de los aspectos espontáneos y variados de los rasgos, intereses o sentimientos. Se atribuye a estas disposiciones una naturaleza meramente *reactiva*, el estímulo es lo único importante. La verdad es que tales disposiciones seleccionan estímu-

²⁰ E. B. Holt, *op. cit.*, p. 38.

²¹ *Ibid.*, p. 224.

los concordantes con ellas y esta actividad no se parece en nada a la rigidez de la respuesta refleja.²²

Una variante del principio del condicionamiento cruzado es el principio de la integración.²³ Este concepto admite la existencia de disposiciones altamente integradas de orden neuropsíquico. Estas disposiciones pueden ser movidas a la actividad *como un todo* por cualquier estímulo que antes hubiera estado asociado a su funcionamiento. También en esta teoría la disposición es vista como un fenómeno más bien pasivo, que está a la espera de ser reactivado por alguna parte del estímulo original. Además, tampoco aquí se explica la variabilidad de la disposición y su carácter perentorio. Se piensa que todo se limita a que el estímulo restablezca una tendencia compleja determinante. Nada se dice sobre cómo los estímulos mismos son *seleccionados* ni sobre la razón por la cual, una vez puesto en actividad, un motivo se vuelve insistente, capaz de superar obstáculos, de subordinar hábilmente impulsos en conflicto y de inhibir cursos de pensamiento ajenos a su objetivo.

En ciertos aspectos, el principio de la autonomía se encuentra a mitad de camino entre la perspectiva conductista y la psicología enteramente intencional de tipo hórmino. Está de acuerdo con la primera en acentuar la *adquisición* de motivos, en evitar un conjunto *a priori* e invariable de necesidades originales y en reconocer (como principios limitados) la acción de la respuesta circular y del condicionamiento cruzado. Está de acuerdo con el psicólogo hórmino, sin embargo, en considerar que el empuje desde adentro es una característica mucho más esencial del motivo que la estimulación desde afuera. Está de acuerdo también en desconfiar de la excesiva importancia atribuida a las contracciones del estómago y a otros "estímulos por exceso o por déficit" como "causas" de la conducta madura. Esas fuerzas segmentales de energía, aun condicionadas, no pueden explicar posiblemente la puesta en marcha de la conducta. Pero la autonomía funcional no se funda como la teoría hórmino sobre el instinto modificado, que después de todo es un principio tan arcaico como el condicionamiento de tensiones segmentales autónomas, sino sobre la capacidad de los seres humanos para restablecer su energía por intermedio de una pluralidad de sistemas constantemente cambiantes de disposiciones dinámicas.

El psicólogo hórmino, en cambio, no aceptará la autonomía de nue-

²² El hecho básico de que los centros complejos "superiores" tienen el poder de inhibir, seleccionar e iniciar la actividad de respuestas segmentales más simples es algo demasiado bien establecido como para que sea necesario tratar de probarlo aquí. Constituye el verdadero fundamento de las teorías fisiológicas de Sherrington, Herrick, Dodge, Köhler, Troland y muchos otros.

²³ Cf. H. L. Hollingworth: *Psychology of the Functional Neurosis*, 1920.

vos sistemas motivacionales. Si los mecanismos pueden convertirse en impulsos, ¿por qué, —nos dirá— los hábitos y habilidades, al alcanzar en su ejercicio la perfección, no adquieren una fuerza impulsiva siempre creciente?²⁴ No es posible afirmar que los mecanismos del hablar, el caminar o el vestir proveen su propio poder motivacional. Se habla, se camina o se usan vestidos para satisfacer un motivo por completo externo a esas habilidades aprendidas.²⁵ La crítica es suficientemente convincente para poner en cuestión la forma en que Woodworth enuncia este principio, esto es, "los mecanismos se pueden convertir en impulsos". Ese enunciado no describe en forma adecuada la situación.

Si se observa más atentamente la cuestión, parece notarse que el poder impulsivo conductor no lo tienen ni el talento que ha alcanzado su perfección ni el hábito automático, sino más bien el talento imperfecto y el hábito que se está constituyendo. El niño que está *aprendiendo* a hablar, a caminar o a vestirse emprenderá probablemente estas actividades por ellas mismas, al igual que un adulto que tiene entre manos una *tarea inacabada* y la recuerda, vuelve a ella y sufre un sentimiento de frustración si se le impide realizarla. Los motivos son siempre una especie de tensión en busca de alguna forma de acabamiento; son una tensión sin resolver y exigen una "conclusión" para la actividad en marcha. (Los motivos latentes son disposiciones que entran fácilmente en este estado de tensión activa por la acción de un estímulo o de un curso de asociaciones.) El motivo activo se apacigua cuando su objetivo es alcanzado o, en el caso de una habilidad motriz, cuando por fin ha llegado a ser automática. El novicio en el manejo de autos tiene un impulso indiscutible a adquirir esa habilidad. Una vez adquirida, esa capacidad cae en el nivel de disposición instrumental y sólo se vuelve activa para entrar al servicio de algún otro motivo conductor (insatisfecho).

En el caso de los intereses permanentes de la personalidad, la situación es la misma. Un hombre cuyo motivo es aprender algo o perfeccionar algo que ya sabe hacer, nunca puede quedar satisfecho juzgando que ha alcanzado el fin de su empeño, pues sus problemas nunca llegan a solucionarse por completo, su habilidad nunca es perfecta. Los intereses persistentes son fuentes recurrentes de descontento y de su inacabamiento reciben su ímpetu hacia adelante. El arte, la ciencia, la religión, el amor, nunca alcanzan la perfección. Pero las habilidades motrices a menudo llegan a la perfección y más allá de ese estadio es raro que sean el origen del poder que las motiva. Sólo las habilidades en proceso de perfeccio-

²⁴ W. McDougall: *Mind*, 1920, N. S., 29, 277-293.

²⁵ Si bien esta objeción es de ordinario válida, no siempre lo es, ya que existen casos en que el gusto por las caminatas, por la conversación, por vestirse, por practicar diversos juegos, etc., parecen ser sistemas motivacionales auto-sustentados.

namiento (mecanismos en trance de constituirse) sirven como impulsos. Con esta enmienda se corrige el enunciado de Woodworth y se responde a la objeción de McDougall.²⁶

Si el psicólogo dinámico encuentra en este sistema pluralista una desagradable falta de unidad, puede, sin perjuicio del principio de autonomía, volver a la hormé elemental. Todos los motivos, por más diversos que sean, *pueden* ser mirados como distintas canalizaciones de la "voluntad de vida" original. (Este acoplo monista a la teoría de la motivación es preferible a una lista de propensiones o instintos arbitrariamente diferenciados.) Pero tal como señalamos antes (p. 123) la voluntad de vida, por más aceptable que sea para una subyacente metafísica de la personalidad no representa ninguna ayuda para la tarea del análisis psicológico.

Sólo un principio como el que estamos discutiendo puede dar una explicación lo bastante flexible de la pluralidad de motivos y de sus innumerables expresiones en la vida humana. Sus ventajas específicas se ponen de manifiesto en la siguiente enumeración sumaria:

1. Abre el camino a una psicología completamente dinámica de los *rasgos, actitudes, intereses y sentimientos*, que pueden ser considerados como las últimas y verdaderas disposiciones de la personalidad madura.

2. Evita el absurdo de considerar la energía actual, *presente*, de la vida como consistente de algún modo en formas arcaicas tempranas, presentes ya al comienzo de la vida (instintos, reflejos predominantes o el invariable ello). El aprendizaje hace nacer nuevos sistemas de intereses así como crea nuevas habilidades y destrezas. En cada estadio del desarrollo estos intereses son siempre contemporáneos; lo que actúa como impulso director, siempre dirige en el *momento presente*.

3. Destrona al estímulo. Un motivo deja de ser considerado como un reflejo mecánico o un fenómeno de reintegración, dependiente por completo de la actuación caprichosa de un estímulo condicionado. En un sentido bien real, las disposiciones seleccionan el estímulo al que responden, aun cuando siempre se requiere *algún* estímulo para ponerlas en movimiento.

4. Admite cómodamente la validez de todos los otros principios del crecimiento ya establecidos. La autonomía *funcional* utiliza los productos de la diferenciación, integración, maduración, ejercicio, imitación, sugestión, condicionamiento, trauma y de todos los otros procesos del desarrollo y deja lugar para la *estructuración* de los diferentes procesos en pautas motiva-

²⁶ En esta teoría tienen fácil cabida los trabajos de K. Lewin y sus colaboradores sobre la naturaleza de las "cuasi-necesidades". La urgencia que muestran estas necesidades alcanza la mayor intensidad inmediatamente antes de que un objetivo desaparezca por completo.

cionales significativas, cosa de la que ellos por sí mismos no pueden dar razón.

5. Pone en una perspectiva adecuada los problemas del origen de la conducta, al destruir el fetiche del método genético. No es que la visión histórica del comportamiento carezca de importancia para una comprensión completa de la personalidad, pero en lo que se refiere a los *motivos*, es más importante el análisis dinámico de cortes transversales. Y como los motivos son siempre contemporáneos, deben ser estudiados en su estructura presente. El omitir esto es lo que hace que el psicoanálisis sufra tantas derrotas, al igual que todas las otras terapéuticas que confían demasiado exclusivamente en el descubrimiento de los motivos de las primeras épocas de la niñez.

6. Explica la fuerza de las ilusiones, la neurosis de guerra, las fobias y todos los tipos de comportamiento compulsivo e inadaptado. Sería lógico esperar que esos modos irreales de ajuste fueran abandonados tan pronto como se mostrara que son formas pobres de hacer frente al medio. La comprensión y la ley del efecto deberían hacerlos desaparecer. Pero con gran frecuencia esas conductas han adquirido un dominio completo por sí mismas.

7. Por fin permite explicar en forma adecuada la conducta socializada y civilizada. El principio trae consigo la necesaria rectificación de la falsa verdad del *bellum omnium contra omnes*. El niño comienza su vida como un ser completamente egoísta y pasaría toda su existencia entregado a la voracidad y la rapacidad si no tuvieran lugar genuinas transformaciones de motivos. Al ser los motivos enteramente alterables, el dogma del egoísmo se convierte en una apresurada y superficial filosofía de la conducta o bien en una redundancia inútil.

8. Explica también por qué a menudo una persona llega a ser lo que en un comienzo sólo simulaba ser. Por ejemplo, la camarera de sonrisa profesional que llega a cobrar tal apego a su papel que en un comienzo le era fastidioso, que se siente desgraciada al tener que abandonarlo, o el hombre que ha aparentado durante tanto tiempo un aspecto de confianza en sí mismo y optimismo que siempre se ve llevado a asumirlo, o también el prisionero que llega a gustar de sus cadenas. Esas *personas* a menudo se transforman, según observa Jung, en el yo real. La máscara se convierte en el *ánima*.²⁷

9. Se logra explicar el impulso que sustenta al genio. Las personas dotadas sienten necesidad de ejercitar sus talentos, aun cuando no tengan en vista ninguna recompensa. En menor grado, los diversos hobbies, los inte-

²⁷ C. J. Jung: *Psychological Types*, 1924, p. 593. [Título del original *Psychologische Typen*] [Hay trad. cast.: *Tipos psicológicos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1943].

reses artísticos o intelectuales de cualquier persona muestran la misma significativa autonomía.

10. En resumen, el principio de la autonomía funcional es una declaración de independencia de la psicología de la personalidad. Aunque en sí mismo es una ley general, sirve al mismo tiempo para explicar los motivos viables y concretos de cualquier mente-en-particular a diferencia de los otros principios dinámicos, que sólo dan razón de la motivación abstracta de una impersonal y puramente hipotética mente-en-general.

REORIENTACIÓN SÚBITA: TRAUMA

Un caso especial de autonomía funcional la encontramos en los efectos que provocan los shocks abruptos en la personalidad en desarrollo. Por lo común el proceso del crecimiento es gradual. Es como la lenta extensión de tentáculos en muchas direcciones, que ocurre de tal forma que algunos movimientos son detenidos cuando se manifiestan contrarios a una buena adaptación mientras que otros continúan en direcciones que resultan favorables para una supervivencia exitosa. Todos los procesos del crecimiento descritos hasta ahora, con la posible excepción de la maduración, *por lo regular* ejercen su acción en esta forma gradual. No obstante, a veces esta acción se altera abruptamente. Se da una dirección por entero nueva a los fines, perspectivas y estilo de vida de la persona. En ese momento el crecimiento deja de ser gradual y por un tiempo pasa a producirse a saltos.²⁸

Nadie puede decir qué sucesos catastróficos puede encontrar un individuo en el curso de su vida o cuál será la impresión de esos sucesos sobre él. Algunas vidas parecen centradas en un hecho decisivo, la visión de San Pablo, por ejemplo, o la enfermedad de San Francisco, el viaje a Italia de Goethe o el contagio de Nietzsche por una prostituta. Sin embargo, experiencias similares no tienen en otras vidas efectos en igual grado radicales.

²⁸ Hace cien años, Charles Fourier, el auto-titulado "super-omnigino", cuyas novedosas teorías sobre la personalidad fueron presentadas en el capítulo III, ideó el siguiente esquema rítmico para representar las fases alternantes de desarrollo gradual y a saltos. Pese a ser excesivamente simplificadora, la lista tiene algún valor por sus sugerencias.

Ascendente	{	crisis inicial — nacimiento
		1ª fase de crecimiento — niñez
		crisis ascendente — pubertad
Descendente	{	2ª fase de crecimiento — adolescencia
		climax de la vida — virilidad
		3ª fase de movimiento — madurez
		crisis descendente — esterilidad
		4ª fase de movimiento — declinación
		crisis final — muerte

No debe sorprender mucho el que William James haya escrito: "Por más estrechamente que los cambios físicos se ajusten a leyes, se puede decir con seguridad que las historias individuales y las biografías nunca serán escritas por adelantado, sin que pueda influir en esto el grado de evolución que alcance la psicología".²⁹

En cada uno de los períodos de la vida (cf. p. 147) ocurren ciertos hechos cruciales a los que el individuo debe hacer frente en sus luchas por el ajuste. Aunque estos sucesos no siempre tienen como consecuencia traumas físicos, a veces sirven para interrumpir abruptamente un curso de desarrollo y para suscitar la iniciación de una pauta decididamente nueva de hábitos y rasgos.

En la infancia se da ante todo la posibilidad de un trauma de nacimiento, si bien teniendo en cuenta la inmadurez del sistema nervioso al comienzo de la vida resulta difícil comprender cómo es posible atribuir a esta posibilidad tanta importancia como le otorgan ciertos psicoanalistas.³⁰ Sea cual fuere el destino de este trauma, hay innegablemente otros que tienen lugar durante la infancia y dejan efectos permanentes en la personalidad, como por ejemplo accidentes o enfermedades (p. ej. la encefalitis o la epilepsia jacksoniana). En cualquier momento de la vida los efectos traumáticos de accidentes o enfermedades pueden alterar la dirección anterior del desarrollo y sustituirla por otra completamente diferente, que esté de acuerdo con el nuevo estado físico.

El niño en edad preescolar por lo regular no encuentra crisis fuera del círculo del hogar, pero dentro del hogar pueden ocurrir muchas experiencias críticas que otorguen una nueva dirección a todo el curso del desarrollo: la llegada de un nuevo hijo, con los consecuentes sentimientos de celos; experiencias tempranas de vergüenza; pérdidas sensibles o quizá la adopción por una familia ajena.

Cuando alrededor de los seis años el niño abandona el amparo del hogar para entrar en el ambiente más duro de la escuela y la plaza, le esperan experiencias de fracaso, ostracismo y ridículo, que pueden provocar de manera casi súbita nuevas formas de ajuste o bien acentuar rasgos antes carentes de importancia. El crecimiento del niño sensible puede tomar un curso definitivamente mórbido. De un día para otro pueden crearse complejos de inferioridad que afectarán el curso subsiguiente de la vida. En el desarrollo de la mayoría de los niños varones hay una crítica "valla del afeminamiento" que debe ser salvada. Quizá alguna pelea a puñetazos, una carrera, un corte de cabello a lo "persona mayor" o algún acto de arrojo permitan salvar el obstáculo. Si eso ocurre, el niño tendrá ante sí una vida

²⁹ *Principles of Psychology*, 1890, II, nota al pie de la pág. 576.

³⁰ Cf. O. Rank: *The Trauma of Birth*, trad. de 1929. (Versión cast.: *El trauma del nacimiento*. B. Aires, Paidós, 1961.)

de "muchacho normal". Pero puede ser que la valla no sea pasada con éxito y a consecuencia de esto el plan de vida se altera radicalmente; nuevas compensaciones y nuevas ideas se desarrollan.

Pronto llegan las exigencias de la pandilla, las relaciones con el sexo opuesto, los intereses religiosos. Las experiencias de éxito o fracaso, de remordimiento o culpa, de conversión o de amores adolescentes pueden ser de suprema importancia. En la adolescencia se produce también la experiencia frecuentemente traumática del abandono del hogar, del destete psicológico con respecto a los padres. Aparecen también nuevos mundos para conquistar, exámenes a los que hay que hacer frente, una vida que hay que ganarse, y todas éstas son ocasiones de experiencias traumáticas de éxito o fracaso.³¹

En los años adultos los shocks provocados por fracasos en los negocios, enfermedades, pérdida de seres queridos, por una conversión religiosa,³² por la "crisis descendente", pueden causar alteraciones rápidas y profundas. Pero, por lo regular, después de los treinta años la personalidad está mucho menos sujeta a trastornos súbitos que antes de esa edad. Los cambios críticos y abruptos nunca son tan numerosos como en la adolescencia.

La biografía es un género lleno de ilustraciones y entre las más interesantes que nos ofrece se cuentan algunas referentes a la súbita intrusión de una idea en un pensamiento antes estacionario. Gibbon data la primera aparición de su anhelo de escribir acerca de la declinación y caída del Imperio Romano en el atardecer del 15 de octubre de 1764, mientras estaba meditando, sentado sobre las ruinas del Capitolio.³³ Alice James describe la importancia de una idea que le comunicó su hermano Henry, el escritor, siendo ella una niña de sólo ocho años.

"Recuerdo tan nítidamente la primera vez que tuve conciencia de un proceso puramente intelectual... Nos habían llevado al jardín para jugar... Harry de repente exclamó: «¡Por cierto a esto podría dársele el

³¹ En L. S. Hollingworth: *The Psychology of the Adolescent*, 1928, se encuentra un interesante tratamiento de las crisis de la adolescencia. Pero por combatir "el difundido error de que todo niño es un ser enteramente variable, que en la pubertad aparece como una personalidad diferente" el autor parece correr el riesgo de caer en el error opuesto, subestimando la frecuencia con que ocurren alteraciones radicales de la personalidad en el período de *Sturm und Drang*.

³² Por lo regular, las conversiones, si bien son más numerosas en la adolescencia, dejan un huella más profunda en la personalidad si se producen en una época posterior. Un ejemplo bien conocido es el caso del Conde Tolstoy. Una profunda experiencia religiosa a la edad de cincuenta años trajo consigo un cambio radical de todo su plan de vida y fue la causante del nuevo y firmemente estructurado motivo director descrito por Chesterton (págs. 207-208).

³³ G. B. Hill (editor): *The Memoirs of the Life of Edward Gibbon*, 1900, p. 167.

nombre de placer con dificultades!» La conmoción de todo mi ser en respuesta a la forma original y exquisita de esta observación casi hace latir ahora mi corazón con el orgullo de hermana que entonces despertó en mí. En un relámpago se me puso de manifiesto la naturaleza superior de este llamado a la mente, comparado con las solitaciones rudimentarias que de ordinario eran causa de mis explosiones infantiles de risa, y también puedo sentir nítidamente la sensación de satisfacción que me produjo el hecho de poder no ya percibir sino también apreciar esta sutileza, tal como si hubiera adquirido un nuevo sentido, un sentido con el cual medir las cosas intelectuales, que me permitía advertir la diferencia entre el ingenio y la broma fácil.”³⁴

A veces observaciones casuales hechas por otras personas, en especial por personas cuyo prestigio nos hace sugestionables respecto a ellas, tienen una influencia perdurable. Un cierto alumno recién ingresado a la universidad, que provenía de un hogar inculto con aspiraciones exclusivamente económicas, tenía una marcada actitud arrogante hacia todas las actividades intelectuales. Mal ajustado a la vida universitaria, con hábitos escasos de estudio y casi tan letrado como puede serlo un muchacho de la universidad, tenía especiales dificultades con su curso de composición inglesa. Un día en que su ya cansado profesor le estaba dando uno de sus retos periódicos, el muchacho contraatacó con una de sus defensas habituales: “No me gusta el inglés y nunca me gustó y nunca me gustará.” El profesor cansado, pero todavía didáctico, le contestó: “En este momento no le estoy hablando del inglés, le estoy hablando de su vida.” El efecto de estas palabras fue totalmente imprevisible. El golpe dió en el blanco. El muchacho no sólo reformó sus precarios hábitos sino que tomó apego por esos temas, realizó estudios avanzados, ingresó en la sociedad Phi Beta Kappa y finalmente ¡llegó a ser profesor de inglés!

Una mujer mayor afirma que su devoción de toda la vida por la poesía deriva en gran medida de un episodio ocurrido durante una clase sobre Virgilio en el colegio secundario. Estaba haciendo una traducción de Virgilio, difícil y pesada. El profesor, intentando por milésima vez dar algún significado a la monótona tarea, preguntó cómo ese pasaje sería expresado en la Biblia. Por suerte, la muchacha captó la alusión y espontáneamente revisó su traducción: “Inclina tu oído hacia mi súplica.” Su éxito artístico, en esta ocasión fue una experiencia traumática, una aurora de belleza poética, a la que antes ella nunca había sido aficionada.

A estos “recintos de pensamiento virgen”, como los llamó Keats, se llega por lo común, si se llega, cuando la personalidad va acercándose a la

³⁴ Alice James, *Her Brothers — Her Journal*, Dodd, Mead, 1934, p. 166.

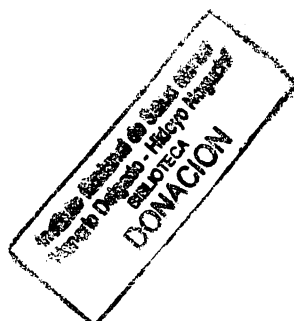
madurez. La experiencia puede deberse a libros, a sermones o clases, a la influencia de amigos, de los padres o maestros, y puede conducir a los recintos del pensamiento abstracto o la investigación científica. Sin duda, esta experiencia no siempre es de naturaleza traumática, sino que también puede desarrollarse bajo la forma de un crecimiento gradual o resultar meramente abortiva. Sin embargo, una vez que se penetra en el mundo de las ideas —si es que se penetra— éste constituye un factor que modela las más complejas facultades de la personalidad y no pocas veces es el más importante de todos los factores.

Ocurren entonces en la personalidad cambios rápidos que luego dominan la escena en forma permanente. El próximo paso es explicarlos. Probablemente la respuesta debe ser dada en función del proceso adaptativo.³⁵ Una crisis es producida por un estímulo emocional excepcionalmente intenso. Por qué ese estímulo es intenso para un individuo particular es algo que depende casi por entero del estado presente de la susceptibilidad de ese individuo (una confluencia de su propio temperamento y las experiencias previas significativas). La crisis da un nuevo realce a los factores actuantes en una situación que, quizá inconscientemente, era ya de alguna importancia para él. Pero si bien el cambio ocurre sobre alguna base familiar preexistente, los viejos hábitos y los rasgos familiares preformados ya no satisfacen las necesidades presentes. La crisis exige en forma imperativa sistemas nuevos y más concordantes. Es tan urgente que no puede ser puesta a un lado y, como no puede ser admitida dentro del marco antiguo, rápidamente debe prepararse un nuevo marco. A veces, como en el caso de la conversión religiosa o moral, es posible que la mayoría de los hábitos y actitudes previos deban ser alterados en forma radical. Como resultado de esto la “nueva” personalidad parece por entero diferente de la antigua.

Es propio de las experiencias traumáticas el que siempre sean específicas, es decir, que puedan ser datadas y definidas, pero sus efectos son

³⁵ Un tipo de interpretación psicológica, el *dialéctico*, no encuentra ninguna dificultad para explicar el fenómeno de la reorientación súbita. Sostiene que todo el curso de la vida no es sino conflicto, que la personalidad está siempre urdida por tendencias a actuar y por negaciones de esas tendencias y que su objetivo es la síntesis de los impulsos en conflicto, siempre que ésta sea posible. A veces la síntesis es gradual, pero a menudo se produce como cambio súbito. En especial cuando uno de los factores en conflicto es introducido *súbitamente*, es normal que se produzca una *Katastrophenreaktion* (Künkel) a consecuencia de la cual tiene lugar una convergencia de lo nuevo y lo viejo. Buenos ejemplos del método dialéctico aplicado a la personalidad se encuentran en F. Künkel: *Vitale Dialektik*, 1929; K. N. Kornilov: “Psychology in the Light of Dialectical Materialism” en *Psychologies of 1930*, cap. XIII; W. Stern: *Allgemeine Psychologie auf personalistischer Grundlage*, 1935. [Hay trad. cast. *Psicología general desde el punto de vista personalístico*, 2ª ed., Buenos Aires, Paidós, 1957]. La dialéctica corre el peligro de sobreestimar el predominio del cambio súbito y de quitarle así importancia a la transformación gradual.

siempre generalizados, se difunden por muchos, o a veces todos, los rincones de la personalidad. Los intereses recientemente creados se cargan pronto de poder dinámico, desplazan formaciones más antiguas y sirven de ahí en adelante como sistemas funcionalmente autónomos que guían el desarrollo posterior de la personalidad, hasta que a su vez se transforman en forma gradual o súbita.



CAPÍTULO VIII

LA PERSONALIDAD MADURA

Nada requiere un heroísmo intelectual menos frecuente que la voluntad de ver escrita la propia ecuación.

SANTAYANA

No ES FÁCIL DESCRIBIR la riqueza distintiva y la coherencia de una personalidad completamente madura. Hay tantos modos de desarrollo como individuos en crecimiento y en cada caso el producto final es único. Pero si se buscan criterios generales para distinguir una personalidad completamente desarrollada de otra inmadura, existen tres características diferenciadoras que parecen indispensables y universales.

En primer lugar, la persona desarrollada tiene una variedad de intereses autónomos: esto es, puede entregarse al trabajo, la contemplación, la recreación o la lealtad para con los otros. Participa con calor y vigor en toda empresa que ha adquirido valor para él. El egocentrismo no es una señal de personalidad madura. Compárese el bohemio parlanchín, egotista, que se tiene lástima a sí mismo y se la pasa hablando de auto-expresión, con el hombre de segura dignidad que se ha identificado con la causa que ganó su devoción. Paradójicamente, la "auto-expresión" requiere la capacidad de olvidarse de sí mismo en el esfuerzo por alcanzar objetivos *no* referidos en primera instancia al yo. Toda vida parece deficiente e inmadura a menos que esté dirigida hacia afuera, hacia fines socializados y culturalmente competibles, a menos que esté absorbida en causas y objetivos superiores al egoísmo y la vanidad.

Una vez que se ha alcanzado una orientación objetiva definida, los placeres y penas del momento, los reveses y derrotas y el impulso de auto-justificación pasan a un segundo plano y de tal modo no oscurecen los objetivos elegidos. Estos objetivos representan una *extensión del yo*, fenómeno que se puede considerar el primer requisito para la madurez de la personalidad.

El segundo requisito es un factor curiosamente sutil que complementa al anterior. Podemos llamarlo *auto-objetivación*. Se trata de ese peculiar

desprendimiento que muestra la persona madura cuando examina sus propias pretensiones en relación con sus habilidades, sus objetivos presentes en relación con los objetivos posibles para él, sus propias dotes en comparación con las dotes de los demás y su opinión sobre sí mismo en relación con la opinión que los otros tienen sobre él. Esta capacidad de auto-objetivación supone una comprensión de sí mismo que podemos llamar *introversión* y está ligada de modo complejo y sutil con el sentido del humor. Nadie ha de poner en duda que el humor es, de una forma u. otra, una posesión casi invariable de una personalidad madura y culta.

Como hay una antítesis obvia entre la capacidad de entregarse en vigorosa participación y la capacidad de destacarse, contemplándose a sí mismo, quizá con aire divertido, la personalidad madura debe incluir un tercer factor, un factor integrador: una *filosofía unificadora de la vida*. Tal filosofía no es necesariamente algo articulado, por lo menos no siempre está articulada en palabras. El predicador, debido a su práctica, la tiene por lo común más articulada que el ocupado médico de campo, el poeta más que el ingeniero, pero cualquiera de estas personalidades, si es ya madura, actúa y medita, vive y ríe, de acuerdo con alguna abarcadora filosofía de la vida, desarrollada de acuerdo con sus propios requerimientos y que le muestra su lugar entre todas las cosas.

Estas son las tres condiciones para el desarrollo óptimo de la personalidad. Todas requieren una consideración más detallada y por separado. Pero antes de entrar en esta discusión hay que examinar la competencia de la psicología para tratar estados mentales tan complejos como los aquí involucrados.

Cuando el psicólogo académico intenta dar razón de formaciones tan complejas como éstas se ve ante un dilema. Él mismo vive y trabaja fundamentalmente en círculos profesionales, entre personas acostumbradas a usar su mente y sus habilidades. Resulta demasiado fácil dar por supuesto que esos hombres son representativos de la mayoría de las personalidades y pasar por alto a los individuos con limitaciones importantes, que se encuentran con más frecuencia en una población no seleccionada. Podría fácilmente idealizar la situación componiendo una personalidad representativa situada en un nivel mental y emocional demasiado alto y sutil. Llevado por su interés por las personalidades maduras no debe caer en la irrealidad y olvidar las restricciones al desarrollo de la personalidad resultantes de la baja inteligencia, la emoción incontrolada, el infantilismo, la regresión, la disociación, los estereotipos, el autismo, la sugestibilidad y muchas otras condiciones enteramente humanas, pero que no por eso dejan de causar deficiencias e interrupciones del desarrollo.

Por otra parte, aun cuando el número de personalidades completamente maduras que responden a estos tres criterios pueda ser escaso, es necesario

no obstante, dar razón *en forma adecuada* de las que existen y de la multitud de otros casos que ya están en camino a la madurez. Esta necesidad nos conduce al segundo cuerno del dilema, en el que están fijados sin advertirlo la mayoría de los psicólogos.

Están fijados allí debido a que aplican las (hasta ahora) toscas herramientas de la psicología a un material demasiado delicado para ser cortado y modelado con ayuda de ellas. Por ejemplo, métodos y conceptos bien concebidos para interpretar las reacciones automáticas de gatos privados de corteza o bien para explicar los reflejos cutáneos simples, a menudo son aplicados a la vasta estructura de la personalidad madura y se afirma que coinciden exactamente con ella. Se obtienen así resultados ridículos, que son los culpables de que tanta gente educada piense que la psicología es una ciencia inmadura.

Incluso los psicólogos que desean honestamente no subestimar las complejidades de la personalidad se encuentran limitados por la tosquedad de las herramientas de su bagaje profesional. A consecuencia de esto terminan por hacer recaer todo el peso de su investigación sobre unos pocos instrumentos inadecuados, cuando sería mejor forjar otros nuevos.

Para demostrar que el bagaje disponible de conceptos y métodos es efectivamente insuficiente, basta con hacer una revisión superficial de las limitaciones mayores de las diversas ramas de la psicología que se ocupan de la personalidad. Aquí no ponemos en cuestión la validez de los conceptos ni su aplicabilidad a problemas especiales, sino más bien su adecuación al estudio de las sutiles características de las personalidades genuinamente maduras.

La *psicología fisiológica* indudablemente no logra especificar equivalentes neurales de las funciones personales complejas, como, por ejemplo, de procesos sutiles tales como la ambición, la lealtad, la auto-crítica o el humor.

El *conductismo* de tipo clásico da en el mejor de los casos una reproducción a un solo color de cursos independientes y de movimientos sin sentido de un organismo sin mente. Sus conceptos se adaptan mejor a las respuestas segmentales que a las estructuras bien integradas. Todavía está por demostrarse si el nuevo "conductismo operacional" puede mejorar esa situación.

La *psicología estructural* del antiguo tipo introspectivo, al no interesarse por la conación, no puede dar razón de un solo hecho dinámico en toda la esfera de la personalidad.

La *psicología funcional*, al igual que la estructural, se ocupa de la mente-en-general y aunque trata problemas como el de los instintos, la adaptación, la corriente de pensamiento y otras funciones vitales, no lo hace de un modo personalizado, concreto.

La *psicología de la forma*, pese a todo el adelanto que significa su énfasis sobre la totalidad, hasta el momento se ha ocupado sobre todo de pautas de conducta momentáneas y tiende a pasar por alto los problemas de la estructura permanente.

La *psicología matemática*, con la ayuda de mentes notablemente preparadas y sutiles, produce sólo una caricatura de tales mentes al sostener que todas pueden

ser reducidas a unos pocos factores básicos o comunes o que pueden ser consideradas como desviaciones mensurables con respecto a un modelo tipo.

La *psicología diferencial* que se ocupa también de la distribución de cualidades aisladas en una población, no puede tratar el problema de los diversos modos en que estas diferencias se combinan y constituyen formaciones dinámicas individuales.

La *psicología freudiana* nunca mira al adulto como a un verdadero adulto.

La *psicología dinámica* a menudo comete el error del freudismo y por lo común considera que los motivos adultos son variaciones de un monótono molde uniforme.

La *psicología hórmica*, si bien resulta prometedora por su reconocimiento de los sentimientos, está inmovilizada por su dedicación a los presuntos instintos uniformes, subyacentes a esos sentimientos.

La *psiquiatría* y otras formas prácticas de tratamiento que se ocupan de hombres *completos* se acercan más al modo adecuado de encarar el problema, pero hasta ahora son deficientes en su formulación conceptual y no promueven el avance de la psicología teórica de la personalidad. Sus formulaciones en general derivan más del estudio de la enfermedad que del de la salud.

La *psicología personalística* también pone el acento sobre la totalidad, pero hasta ahora sus teorías son vastas y filosóficas, y no logran proporcionar instrumentos específicos para el estudio de las complejidades concretas de personalidades individuales. (Cf. cap. XX.)

La *psicología de la comprensión* (*Verstehende psychologie*) es la única escuela psicológica que *adula* a la personalidad humana, encontrándola tan sublime como los tipos ideales producidos por las mentes de los profesores alemanes de la época pre-hitleriana. De ese modo debilita su eficacia. Comete además el error de bifurcar la psicología, rehusándose a utilizar los resultados de investigaciones ajenas a las propias.

Este desfavorable balance no pretende negar que cada una de estas ramas de la psicología tiene su propio mérito distintivo en el estudio de la personalidad, pero niega que en la actualidad haya alguna de ellas que se encuentre equipada para tratar los problemas de la personalidad madura, tal como los hemos definido en este capítulo. La psicología de la personalidad no puede hoy en día dejarse guiar por ninguna de estas escuelas. Con el tiempo algunas podrán desarrollarse y mostrar un mayor grado de adecuación (existen signos prometedores en especial en las cinco últimas y en la teoría de la forma). Pero el progreso necesario sólo vendrá si las críticas referentes a su *inadecuación* son tomadas en serio. Entretanto hay que proclamar nuevos rumbos. Puede emprenderse un comienzo volviendo ahora a una consideración más detallada de los tres atributos de la personalidad madura, de los que hasta el momento se ha ocupado en forma tan inadecuada la psicología.

LA EXTENSIÓN DEL YO

El sentido del yo, elaborado tan trabajosamente en la infancia (cf. págs. 175 y sigs.), aguzado y fortalecido en especial durante el período del negativismo, no debe considerarse formado por entero a los tres años, ni siquiera a los diez. Continúa desarrollándose con la experiencia, con las complicaciones emocionales, las frustraciones, los ajustes discriminativos y la comprensión. Debido al especial aislamiento psíquico típico de la adolescencia, el sentido del yo es en esa época sumamente agudo. Pero tampoco aquí se detiene el desarrollo. La introversión del yo en este período de la vida lo prepara para una mayor expansión posterior.

Tómese el período del enamoramiento, el más celebrado de todos los períodos de la vida. Es una época en que tanto la organización como el sentido del yo se extienden. El enamoramiento condensa en un sentimiento agudamente personalizado todo tipo de disposiciones antes sin relación entre sí: tonicidad sexual específica, tendencias a la afirmación y a la sumisión, hábitos, ambiciones, intereses estéticos, sentimiento familiar y a menudo también el interés y la emoción religiosa. De la mayor importancia es el hecho de que esta oleada interior involucra a *otra* persona. Lo que es de interés para otro se convierte en vital para uno mismo. El enamorado, que hasta ese momento era auto-suficiente, siente que ha dejado de serlo. El bienestar de otro es más importante que el propio. De este modo el yo se extiende.

Y el proceso continúa. Posesiones, amigos, hijos, otros niños, intereses culturales, ideas abstractas, problemas políticos, hobbies, recreaciones y, como influencia más sobresaliente, el *trabajo*, son todos factores que conducen a la incorporación de intereses antes alejados del yo, introduciéndolos en la yoidad misma. Lo que uno ama se convierte en parte de uno mismo. Y todo lo que se puede admirar o que puede inspirar simpatía, aprecio, reverencia, todo lo que puede ser imitado deliberadamente o convertirse en objeto inconsciente de identificación, todo eso puede ser *introceptado* en la personalidad y quedar para siempre como una parte vital de ella.¹ Desde el punto de vista introspectivo, el yo se ha extendido y ampliado; objetivamente, una personalidad ha evolucionado y madurado.

¹ El término *introcepción*, original de W. Stern, designa la adopción por un individuo de normas culturales (convenciones, costumbres, ideales), que pasan a formar parte de su sistema personal de motivos y deseos, o la incorporación a su vida de intereses y valores de otros seres humanos. La persona socializada introcepta las normas de su grupo, el devoto sacerdote introcepta las enseñanzas de su fe. Lo que en un comienzo fue exterior y quizá ajeno se convierte en interior y dinámico (Cf. *Allgemeine Psychologie*, 1935, p. 102).

Estrictamente hablando, el concepto de introcepción no es un concepto psicológico sino ético, que designa la transformación de la *heterotélesis* en *autotélesis*.

En la conversación de una personalidad verdaderamente madura, lo que ésta dice parece surgir no tanto de disposiciones determinadas por lo biológico como de sus intereses autónomos adquiridos. Se ha dicho crípticamente que el signo de cultura en un hombre es su capacidad de hablar durante medio día sin poner de manifiesto de qué se ocupa. Pero la pose de persona de educación superior no es necesariamente una demostración de que se posee un amplio campo de intereses; como lo señaló McDougall, es fácil advertir si se trata de una simulación. Un sistema de sentimientos sólidamente construido tiene, aun para un observador poco práctico, un aspecto muy diferente al de la máscara del *poseur*.

Pero, como era lógico esperar, Freud da una interpretación muy distinta de los intereses más maduros de los hombres: "El super-yo es en todo sentido el responsable de lo que se atribuye a la naturaleza superior del hombre." Aceptemos que una persona no es madura a menos que conceda el debido respeto a los códigos de la sociedad en que vive, actúe con buen gusto y de acuerdo con la ley y sufra problemas de conciencia cuando viola los derechos de los otros o no cumple sus propios deberes. ¿Pero es esta actividad del super-yo todo lo que constituye la "naturaleza superior" de un hombre? De ningún modo, ya que abandonado a sí mismo el super-yo produciría una personalidad completamente dominada por la costumbre y sujeta por entero a la moralidad tribal. Ser convencional no es lo mismo que ser maduro.

La personalidad genuinamente madura tiene, además del super-yo, un ideal del yo. Éste establece un objetivo que conduce a una forma creadora de vida, mientras que el primero por sí solo lleva a la vida convencional, estúpida y estática. La frecuente confusión de estos conceptos traiciona una característica profunda de la ideología freudiana. En la teoría psicoanalítica, el pobre yo no tiene otro recurso que someterse a uno de sus dos tiranos, el super-yo o el ello, o establecer con ambos un compromiso tan satisfactorio como le sea posible. El ideal del yo, por el contrario, es el plan que la personalidad desarrollada es capaz de poner en práctica para vencer, trascendiéndolas, tanto las urgencias aún sin socializar del ello como la pesadez del super-yo y para dirigirse así hacia un nuevo nivel de libertad personal y de madurez.

El *planeamiento* inteligente y perspicaz del futuro es siempre una característica importante de toda vida madura. El individuo imagina cómo podrían ser las cosas e incluso cómo le gustaría que fuese su personalidad. Este planeamiento del futuro determina el desarrollo subsiguiente de la

Las contrapartes psicológicas de la introcepción son muchas. Entre ellas se cuentan la imitación y todas las otras formas de aprendizaje, los efectos traumáticos, la sugestión, la identificación, la imaginación y por sobre todo (dado que los valores introceptados se convierten en motivos) la autonomía funcional.

personalidad tan efectivamente como las fuerzas del pasado. No sólo las *vires a tergo* crean un estilo de vida, sino que también los planes, ambiciones, ideales e imágenes, introducen objetivos proyectados hacia el futuro. De toda personalidad madura se puede decir que viaja hacia un puerto de destino elegido por adelantado, o hacia varios puertos sucesivos, viaje durante el cual el ideal del yo se encarga de mantener a la vista el camino elegido. El porvenir que se extiende ante la vida está tomando forma dinámicamente en todo momento, no sólo por el mero empuje de este hábito o de aquel estímulo sino también debido a que el curso de desarrollo está siendo dirigido en cierta dirección por el ideal del yo.

La importancia de este concepto de *direccionalidad* en la personalidad madura es claramente puesto de manifiesto por las investigaciones de la Dra. C. Bühler y sus colaboradores.² La conclusión más definida que resultó del estudio de alrededor de doscientas historias personales fue que cada vida parecía claramente ordenada y orientada hacia algún objetivo elegido. Cada persona mostró que tenía algo especial por lo cual vivir, cada una tenía una *intención* y una *Bestimmung* características. Sin duda, había estilos diversos: algunos arriesgaban todo para realizar un único objetivo, otros cambiaban sus objetivos de tiempo en tiempo, pero nunca los objetivos estaban ausentes. Un estudio suplementario acerca de personas que querían suicidarse mostró que la vida se vuelve intolerable para quienes no encuentran nada a que aspirar, ningún objetivo por el cual esforzarse.

En la niñez los objetivos faltan al comienzo por completo; en la adolescencia están muy vagamente definidos; la primera madurez trae la definición del plan de vida y el resto de los años activos son empleados en el intento de realizarlo. La *Bestimmung* no es, por cierto, incesantemente eficaz. A veces pierde fuerza y a menudo es derrotada por factores incontrolables. Vidas perseguidas por la mala suerte pueden verse forzadas a alterar sus objetivos y a elegir una meta más modesta (para bajar sus niveles de aspiración). A veces, en cambio, se insiste con inflexible perseverancia frente a obstáculos insuperables, sirviendo así a una decisión de continuar en el camino elegido, *quand même*. Algunas personalidades derrotadas parecen ligadas a la vida meramente "por la indignación", pero aun este foco emocional sirve como un objetivo por el cual combatir.

Quizá sea un defecto del estudio de la Dra. Bühler el que se ocupe de genios que necesariamente se caracterizan por su *Bestimmung*. Son personas que no hubieran podido llegar a ser lo que fueron a menos de estar

² C. Bühler: *Der menschliche Lebenslauf als psychologisches Problem*, 1933 [Hay trad. cast.: *El curso de la vida humana como problema psicológico*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1950]; también E. Frenkel: "Studies in Biographical Psychology", *Char. & Pers.*, 1936, 5, 1-34. En el cap. XIV se dan más detalles acerca de estos estudios.

dotadas de propósitos, persistencia y vigor superiores a lo corriente. Pero en las vidas más ordinarias de la gente común se puede verificar también la acción de este principio, disminuida sólo en ligero grado con respecto a los casos extraordinarios. Las vidas modestas giran alrededor de focos modestos de interés: un hogar confortable, una vocación rutinaria, quizá la búsqueda de la salud o, más aún, la consagración al culto de la salud. En estos casos el grado de madurez puede no ser tan marcado como en los genios, pero sin objetivos persistentes de algún tipo, una personalidad no pasará del nivel infantil.

LA AUTO-OBJETIVACIÓN: LA INTROVISIÓN Y EL HUMOR

Vivir libre del auto-engaño ha sido el ideal de muchos. Cuando Fedro, caminando con Sócrates, le hizo a éste una pregunta acerca de cierta leyenda local, Sócrates respondió: "Mira, no tengo tiempo para tales estudios. ¿Te diré por qué? Antes debo conocerme a mí mismo, como dice la inscripción de Delfos, y veo claramente el ridículo que significaría que yo, que aún carezco de ese conocimiento, me entregara a examinar cosas ajenas a él".³

El conocimiento de sí mismo es llamado *introvisión* (*insight*). El empleo de este término constituye una extensión del uso psiquiátrico según el cual a un paciente mental que sabe que él (y no otra persona) está sufriendo de desorientación y aberración se le adjudica esa capacidad. También en el dominio de la personalidad normal, poseer *introvisión* significa estar más allá del auto-engaño⁴. Es el rasgo que Lord Chesterfield reclamaba para sí cuando escribió a su hijo: "Me conozco a mí mismo (y he de decirte que éste es un conocimiento nada corriente). Sé de qué soy capaz y qué está fuera de mis posibilidades, y en consecuencia sé qué debo hacer."

Cuando escribió estas líneas llenas de confianza en sí mismo, Chesterfield no advirtió probablemente que la mayoría de los seres humanos se sienten igualmente seguros de su superioridad en cuanto a este "nada corriente" conocimiento. Puede que otros carezcan de comprensión de sí mismos, ¡pero no yo! En un estudio de que fueron objeto estudiantes de diversos cursos de psicología se comprobó que el 96 % pensaba que poseía una *introvisión* igual o superior a la media y sólo el 4 % admitió una posible deficiencia. A diferencia de Sócrates, no estaban dispuestos a confesar ignorancia con respecto de sí mismos. Uno siente que el vivir con uno

³ Platón: *Fedro*, 229.

⁴ En inglés el término *insight* tiene también otros dos significados psicológicos enteramente diferentes de éste. Se trata del *insight* como aprendizaje súbito ("aprendizaje por comprensión, por *insight*") y del *insight* como clara comprensión ("esa persona está dotada de una buena comprensión, *insight*, de la naturaleza humana").

mismo necesariamente trae un conocimiento completo. Pero esa familiaridad puede también traer consecuencias opuestas, puede volver insensible al sujeto para sus defectos de memoria e inteligencia, para sus defensas y racionalizaciones y para sus justificaciones impulsivas de sus propios actos.

Sin duda, algunas personas parecen proponerse y hasta considerar una virtud el admitir los propios defectos, y llegan quizá a escribir "objetivamente" sus confesiones para entregarlas a la lectura de todo el mundo. Pero es probable que guarden algunos secretos entabernáculos apartados de toda mirada escudriñadora, aun de la propia. Quizá lo que se oculta no es nada de gran importancia, quizá es sólo un incidente de bajeza o vergüenza, pero resultaría demasiado humillante ponerlo a la vista e incluso enfrentarlo.⁵

El *valor* de la introvisión parece no ser puesto nunca en cuestión. Nadie defiende el auto-engañó. No pocas veces la comprensión de sí mismo es exaltada hasta el puesto más alto entre las virtudes o, en el campo de la terapéutica, es considerada una panacea para todas las enfermedades mentales. Ahora bien, aun si se admite que la introvisión es un *requisito previo* para casi cualquier cambio inteligente de la personalidad, de esto no resulta que auto-conocimiento sea sinónimo de virtud, tal como Sócrates quisiera hacernos pensar. La transformación de la personalidad no tiene lugar *automáticamente*. Lo que hace la introvisión es volver inteligibles los errores del pasado, de tal modo que el sujeto no se ve condenado a repetirlos por ignorancia. Además, la introvisión elimina preocupaciones innecesarias al mostrar que, en verdad, carecen de fundamento (a menos que por la autonomía funcional éstas hayan llegado a establecerse firmemente). Pero para cualquier cambio básico, la introvisión debe ser complementada por una nueva orientación, por un vigoroso plan para el futuro, por una nueva y efectiva motivación.

¿Cómo puede un psicólogo saber si un individuo está dotado o no de introvisión? Según un viejo adagio: "Todo el mundo tiene tres caracteres:

1. — el que tiene,
2. — el que piensa que tiene,
3. — el que los otros piensan que tiene."

Teóricamente, la introvisión ha de medirse por la relación existente entre el segundo carácter y el primero, pues lo que un hombre piensa que es en relación con lo que en realidad es, representa una definición perfecta de la introvisión; es, en consecuencia, un índice admirable del grado en que se posee esa cualidad. Prácticamente, sin embargo, es difícil de obtener una

⁵ Una discusión interesante de los defectos de las confesiones y de otras auto-revelaciones como documentos psicológicos se encuentra en Stefan Zweig: *Adepts in Self Portraiture*, 1928, págs. XVI-XVIII.

prueba positiva de lo que es un hombre en el sentido biofísico; en última instancia, por lo tanto, el índice más practicable para establecer qué grado de introvisión posee un hombre es la relación entre el segundo carácter y el tercero: la relación entre lo que un hombre piensa que es y lo que los otros (en especial el psicólogo) piensan que él es. Si el hombre en cuestión objeta que todo el mundo, incluyendo al psicólogo, está equivocado respecto de él, en verdad no puede ser refutado, pero en tal caso resulta virtualmente imposible evaluar su introvisión.

Los psicólogos saben que existen ciertos correlatos de la introvisión, cualidades que posee la gente que tiene una buena comprensión de sí misma. Por ejemplo, es mucho menos probable que quienes tienen conciencia de sus propias cualidades objetables las atribuyan a otras personas, esto es, este tipo de personas está menos sujeto a realizar proyecciones que aquellos que carecen de introvisión.⁶ Asimismo, es sabido que las personas dotadas de buena introvisión son más inteligentes que el término medio.⁷

Pero el correlato más notable de la introvisión es el sentido del humor. En un estudio en el cual cierto número de sujetos se evaluaron mutuamente en cuanto a un amplio número de rasgos, la correlación entre evaluaciones de la introvisión y del humor resultó de $+0.88$, la más elevada de toda la serie. Un coeficiente tan alto significa o que las personalidades con una marcada introvisión se distinguen también por su humor o que los que evaluaban no eran capaces de distinguir entre estas dos cualidades. En cualquiera de los dos casos el resultado es importante. Nuevamente surge el recuerdo de Sócrates y la legendaria asociación de estas dos cualidades en su personalidad. Es conocida la anécdota que narra cómo, durante una representación de *Las Nubes* de Aristófanes, Sócrates se quedó de pie para que el regocijado auditorio pudiera comparar mejor su rostro con la máscara destinada a ridiculizarlo. Por haberse objetivado a sí mismo, era capaz de ver la caricatura de su grotesco físico como un suceso estético e independiente y de colaborar en la broma riendo de sí mismo.

El sentido del humor debe ser distinguido en forma cortante del sentido de lo cómico, que es más tosco. Este último es una posesión común de casi todas las personas, de los niños, tanto como de los adultos. Lo que de ordinario se considera gracioso —en el escenario, en las historietas cómicas, en la radio o en la vida cotidiana— consiste por lo común en absurdos; barullos o retruécanos. La risa que brota en estos casos tiene una explicación muy diferente que el goce surgido de las sutilezas del verdadero humor. En su mayor parte, lo cómico consiste en la degradación de algún oponente imaginario, como ya lo señalaron Aristóteles, Hobbes y muchos otros. O

⁶ Cf. R. R. Sears: *J. Soc. Psychol.*, 1936, 7, 151-163.

⁷ P. E. Vernon: *J. Soc. Psychol.*, 1933, 4, 42-57.

consiste en la eliminación abrupta e insinuante de alguna represión, como en el caso de los cuentos *risqué*. Hay otros elementos temáticos (miedo, agresión, odio) que causan risa cuando por medio de la broma las personas pueden descargar alguna tensión penosa o semiconsciente.⁸ Existe también la risa de quien está de buen ánimo, fácilmente provocada en niños o en adultos durante el juego. Pero ninguna de estas formas de causar gracia corresponden al humor de que estamos hablando. Ninguna de ellas está vinculada con la introvisión.

El verdadero humor ha sido definido por el novelista Meredith como la capacidad de reír de las cosas que uno ama (incluyendo sin duda a uno mismo y todo lo que pertenece a uno mismo) y seguir amándolas. El verdadero humorista percibe por detrás de algún suceso solemne, de sí mismo por ejemplo, el contraste entre la pretensión y el hecho. Lo que él valora se vuelve por un momento apariencia vana. Se produce un súbito desplazamiento del acento; por un momento todo el mundo es un escenario en el cual nada en realidad importa y donde los actores, inclusive uno mismo, pueden ser vistos con un desapego olímpico.

El humor de este tipo parece tener un desarrollo enteramente paralelo al de la introvisión. Un niño pequeño carece de ambos. No puede verse a sí mismo como los otros lo ven y es raro que el objeto de su risa sea él mismo. Ríe con gran facilidad, pero por lo común frente a las desgracias menores de los otros. En este estadio se aplica claramente la teoría de la risa como una degradación. En la adolescencia, es raro que se alcance la introvisión, no porque el joven atienda tan poco a sí mismo como el niño, sino por la razón opuesta: su intensa seriedad lo hace carecer de perspectiva. El adolescente tiene sentimientos de aguda y embarazosa auto-conciencia y de inferioridad, en gran parte porque en él aún no se ha desarrollado el sentido de la proporción. Sus fracasos y excentricidades no lo divierten. Es mucho más probable que tales sucesos lo hagan llorar y no que lo hagan reír. Seguramente, en algunos adolescentes este estado de tormenta y violencia es mucho menos marcado que en otros.

La niñez, entonces, se caracteriza por la carencia de auto-examen, por un implícito "no me importa". En la adolescencia, cuando los valores personales se tornan profundos y adquieren importancia, aparece una honda actitud de "sí, me importa". Pero en la madurez se alcanza un equilibrio sensible y complejo, peculiar a cada vida, entre el preocuparse y el no preocuparse, entre la valoración y el reconocimiento de la vanidad del valor. Sólo en este estadio maduro puede el individuo seguir su camino

⁸ Cf. H. A. Wolff, C. E. Smith y H. A. Murray: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1934, 28, 341-365.

diligentemente y aplicar al mismo el consejo del *Mysterious Stranger* de Mark Twain:

"Vuestra raza, pese a toda su pobreza, tiene sin duda alguna un arma realmente eficaz: la risa. El poder, el dinero, la persuasión, la súplica, la persecución, todo esto puede quitar del medio una patraña colosal, empujarla un poco, debilitarla un poco siglo a siglo, pero sólo la risa puede hacerla pedazos y reducirla a átomos en un soplo. Contra el asalto de la risa nada puede resistir. Ustedes siempre están moviéndose y peleando con las otras armas. ¿Alguna vez usan esa? No, la dejan enmohecerse abandonada".

El poseer sentido del humor requiere, al igual que el poseer introvisión, un alto nivel de inteligencia. Sólo los más inteligentes prefieren que su humor sea objetivo y realista, basado en las relaciones exactas prevalecientes en sus vidas. La gente menos inteligente prefiere el humor derivado de sus propias represiones y que refleja marcados elementos temáticos.⁹ La comprensión hace desaparecer, en gran parte por lo menos, el poder dinámico de esos elementos temáticos. Si uno conoce las propias inferioridades, celos y deseos antisociales, es menos probable que encuentre placer en el triunfo autístico de esos motivos por medio de una mera broma. Se requiere inteligencia para verse a sí mismo en perspectiva y para divertirse, como Sócrates, con la propia pomposidad y las propias pretensiones.

La razón por la cual el logro de la introvisión y del humor van mano a mano reside probablemente en que en el fondo son desde el punto de vista psicológico un solo fenómeno: el fenómeno de la *auto-objetivación*. El hombre que posee el sentido más completo de la proporción en cuanto a sus cualidades puede percibir sus incongruencias y absurdos en contextos diferentes de los habituales. Sin embargo, perspectiva no quiere decir arrogancia. Los valores tienen su lugar, aun cuando pueden ser vistos a veces en contextos extraños e incongruentes, donde sus incongruencias y pretensiones falsas se ponen de manifiesto.

Ocurre con el humor lo mismo que con la introvisión: todo el mundo cree ser un poseedor especial y peculiar del sentido del humor. Los mismos estudiantes a quienes se pidió que evaluaran su introvisión en comparación con la del resto de la gente (cf. p. 238) fueron invitados a estimar su sentido del humor. ¡El 94 % contestó que el suyo era igual o mejor que el término medio! Stephen Leacock observó también la misma vanagloria y a ello se refiere en *My Discovery of England*:

Siempre se concede un interés especial al humor. No hay cualidad del espíritu humano respecto de la cual su poseedor sea más sensible que el sentido del

⁹ Cf. C. Landis y W. H. Ross: *J. Soc. Psychol.*, 1933, 4, 156-175.

humor. Un hombre confesará sin inconvenientes que no tiene oído para la música, o gusto para la ficción o incluso que carece de interés por la religión. Pero hasta ahora no he encontrado al hombre que diga que no tiene sentido del humor. En realidad, todo hombre tiene cierta tendencia a pensar que está dotado de dotes excepcionales en ese aspecto..."

Pero, después de todo, es perfectamente natural que todos pensemos ser superiores en cuanto a la introvisión y al humor. No es fácil admitir en uno mismo deficiencias que uno no puede observar, ni es fácil conceder que un suceso está más allá del propio sentido del humor si uno no ve nada gracioso en él. Si pudiera advertir la gracia del asunto, estaría ya dotado de introvisión y, sin duda, la situación total le resultaría divertida.

LA FILOSOFÍA UNIFICADORA DE LA VIDA

En un aspecto, pero sólo en un aspecto, el humor se parece a la religión. Al establecer un contexto diferente del ordinario contexto mundano, ambos tienen la capacidad peculiar de precipitar las preocupaciones e infortunios ordinarios en moldes nuevos y sanos. El humor, como la religión, destroza la rigidez de la sumisión completa a los hechos. El ver los propios problemas con humor es verlos como triviales y sin mayor importancia; verlos religiosamente es verlos en relación con un plan divino que les da un sentido distinto. En el humor las cosas dejan de ser serias y dotadas de finalidad para convertirse en pomposas y discordantes; en la religión, en cambio, no hay lugar para la incongruencia. Así, al establecer nuevos criterios, tanto la religión como el humor, si bien de modos muy diferentes, introducen la perspectiva.

Como posiblemente los sucesos de la vida no pueden ser vistos en un momento dado como de gran importancia y como triviales a la vez, resulta que una personalidad no puede ser *al mismo tiempo* reverente y bromista. Sin embargo, en el fondo la persona madura puede ser profundamente religiosa y tener con toda capacidad para el humor. Puede incluso bromear y orar sobre los mismos sucesos perturbadores de su propia vida, si bien nunca al mismo tiempo. En el fondo la persona religiosa es absolutista, pero un cierto delicado equilibrio de intereses le permite ser también en ocasiones tan amante de lo gracioso como cualquier pluralista. Max Eastman pinta la situación del siguiente modo:

"Mahoma se jactaba de que con fe y oración podía hacer que una montaña se levantara y fuera hacia él. Y cuando, reunida una gran multitud de sus seguidores, todos sus encantamientos fallaron, dijo: "Bueno, si la montaña no ha de venir hacia Mahoma, Mahoma irá hacia la montaña." Y de igual modo nos esforzamos nosotros con toda nuestra energía en hacer que el curso de las cosas sea el

que nos gusta y como el curso de las cosas continuamente nos decepciona, decimos: "Muy bien, encontraré un placer especial en la decepción". "Ese es nuestro sentido del humor. Humor es Mahoma yendo hacia la montaña."¹⁰

Pero lo que impide a la persona religiosa volverse un cínico, como debe ser todo humorista íntegro, es la convicción de que en el fondo hay algo que es más importante que la risa, y esa cosa más importante es el hecho de que él, el hombre que ríe, al igual que la risa misma, tienen lugar, en el plan de las cosas, de acuerdo con los decretos de la Divina Inteligencia. Una vez decidido este asunto, que es el más importante de los asuntos, queda todavía bastante espacio para bromear. En verdad podría sostenerse la superioridad potencial del humor de la persona religiosa, que ya ha decidido de una vez por todas qué cosas tienen un valor último, sagrado e intocable, por lo cual para él ninguna otra cosa en el mundo necesita ser tomada en serio. La persona religiosa puede conceder que la mayor parte de los sucesos del mundo son risibles, que los hombres y mujeres, inclusive uno mismo, están entregados a cómicas vanidades, actores en un escenario levantado con artificios humanos. Para él nada en el ir y venir de las personas tiene importancia, *excepto* la salvación última de sus almas. La mayor parte de las cosas que hacen son meramente risibles. Sólo queda más allá del alcance del humor un fin serio ante el cual debe ceder el humor siempre que ambos entren en conflicto.¹¹

La religión es la búsqueda de un valor subyacente a todas las cosas y, como tal, es la más abarcadora de todas las filosofías de la vida. Una profunda experiencia religiosa no es fácilmente olvidada y, más aún, es probable que subsista como un foco de pensamiento y deseo. Muchas vidas no tienen ese foco; para ellas la religión es algo indiferente o, si no, un interés puramente formal e independiente. Pero la personalidad auténticamente religiosa une el presente tangible con alguna visión comprensiva del mundo que le hace inteligible y aceptable este presente tangible. La psicoterapia reconoce la función integradora de la personalidad que desempeña la religión, pues es sabido que la posesión de una teoría de la vida completamente abarcadora favorece la salud mental.

Además de la religiosa, hay muchas otras filosofías unificadoras. Aunque de alcance menos abarcador, sirven también como sistemas autónomos

¹⁰ *The Sense of Humor*, Charles Scribner's Sons, 1922, p. 25 y sig.

¹¹ Sólo el núcleo y el propósito de una fe religiosa están más allá del alcance del humor. Todas las flaquezas humanas relacionadas con las prácticas religiosas son posibles fuentes de diversión. Ejemplos de ésta pueden ser las incongruencias debidas a la falibilidad humana que se ponen de manifiesto durante el acto de adoración. En la iglesia ocurren muchos episodios divertidos. Es sólo el propósito último de los actos de adoración lo que, para la persona religiosa, está más allá del humor.

dentro de los cuales cada detalle tiende a corroborar todo otro detalle bajo una concepción fundamental del valor. Tómese, por ejemplo, la filosofía *estética* de la vida. El poeta dice de sí mismo:

En pos de la belleza he combatido
Mi sangre fluye en mi canción.

Para él todas las otras cosas están subordinadas a este valor y de este valor derivan su importancia. El poeta no pretende decir que siempre logra alcanzar la belleza, que nunca crea fealdad ni tampoco que no puede reír ante sí mismo y sus fracasos. Quiere decir que ni la incompetencia, ni la apostasía ni la alegría, pueden vencer permanentemente a esta idea unificadora. Lo que unifica su vida es la idea dinámica, no su capacidad, a la que, como es propio de un mortal, no pueden ser ajenos los fracasos.

Esta perspectiva contrasta en forma aguda con el exagerado énfasis sobre lo genético de otras psicologías dinámicas, para las cuales la motivación está basada directamente sobre las raíces del pasado. Tómese, por ejemplo, la consagración a la belleza poética. Un psicoanalista afirma que, lejos de ser un interés autosuficiente, el amor a la poesía es una simple expresión de erotismo oral, "un mascar y chupar bellas palabras y líneas".¹² En consecuencia, el poema que hemos citado no es una descripción honesta y directa de la filosofía del autor. Su verdadera filosofía está oculta para él; consiste nada más que en el deseo de asegurarse una gratificación oral chupando. La misma disputa está en juego respecto a la naturaleza de los intereses religiosos. Freud declara estar "perfectamente seguro" de que esta clase particular de "ilusiones" provienen de un infantilismo mental.¹³

¿Cuál es la interpretación correcta? ¿Se deben las filosofías *estética* y *religiosa* de la vida a un estado flatulento del ello que "nunca cambia" o son precisamente lo opuesto: sentimientos rectores autónomos que dan coherencia objetiva y sentido subjetivo a todas las actividades de las vidas de sus poseedores? En este momento el lector ya está en condiciones de decidir por sí mismo.

En todos sus aspectos la psicología ha hecho poco para dar un marco sistemático a estas diversas formaciones dinámicas que representan el ápice del desarrollo en la personalidad madura. Sin duda con el tiempo, cuando los errores del excesivo elementarismo y geneticismo desaparezcan y el principio de la autonomía funcional los sustituya y desempeñe el papel de guía general, la situación mejorará.

Entretanto la única escuela psicológica que se ha ocupado en forma exclusiva de estos fenómenos y logró efectivamente *adular* a la naturaleza

¹² A. A. Brill: *Imago*, 1933, 19, 145-167.

¹³ S. Freud: *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, 1933, p. 225.

humana (cosa que la psicología rara vez hace) es la escuela de la *Verstehendepsychologie* de Dilthey, Spranger, Jaspers y otros autores alemanes.

El método de esta escuela es sorprendentemente original. Consiste en la postulación de tipos *ideales*, que representan tipos de valor últimos y absolutamente coherentes, unificadores de toda personalidad que sea capaz de seguir uno de ellos en forma consecuente. Si bien la *Verstehendepsychologie* admite que ningún individuo es perfectamente coherente (ya que los tipos representan meros "esquemas de comprensibilidad" auxiliares de la comprensión), el método, el pintar sólo tipos ideales, tiene empero un efecto adulatorio.

Cada uno de los diversos autores de esta escuela presenta diferentes tipos ideales. Los más conocidos son los seis de Spranger.¹⁴ Dos de estas direcciones de valor, la *religiosa* y la *estética*, han sido ya mencionadas como ejemplos comunes de filosofías unificadoras de la vida. Las otras cuatro que completan la lista son la *teórica*, la *económica*, la *social* y la *política*. La lista es puramente *a priori*, pero proporciona una de las pocas hipótesis de que puede disponer el psicólogo empírico interesado en el problema de los sentimientos rectores.¹⁵ El siguiente resumen describe los seis tipos ideales tal como los ve Spranger ¹⁶:

1. *El tipo teórico*. El interés dominante del hombre teórico es el descubrimiento de la *verdad*. En su esfuerzo por alcanzar este objetivo toma una actitud "cognoscitiva", una actitud que busca identidades y diferencias, que se desnuda de juicios respecto de la belleza o la utilidad de los objetos y sólo quiere observar y razonar. Como los intereses del hombre teórico son empíricos, críticos y racionales, es necesariamente intelectualista y con frecuencia es científico o filósofo.¹⁷ Su designio fundamental en la vida es ordenar y sistematizar su conocimiento.

2. *El tipo económico*. El hombre económico se interesa fundamentalmente por lo que es *útil*. Este interés por lo útil basado en su origen, en la satisfacción de necesidades corporales (auto-preservación), se desarrolla hasta incluir los aspectos prácticos del mundo de los negocios: la producción, la distribución y el consumo de bienes, la elaboración del crédito y la acumulación de riqueza tangible. Este tipo es enteramente "práctico" y concuerda con la concepción corriente del hombre común de negocios norteamericano.

La actitud económica con frecuencia entra en conflicto con otros valores. El hombre económico quiere que la educación sea práctica y considera que el cono-

¹⁴ E. Spranger: *Types of Men*, trad. 1928.

¹⁵ La validez empírica de estos tipos es discutida en el capítulo XV.

¹⁶ E. Spranger: *op. cit.*, págs. 109-246, 37-106, 319-347. La descripción condensada de los tipos que damos aquí está tomada de P. E. Vernon y G. W. Allport: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1931, 26, 231-248.

¹⁷ No hay que pensar que para ser incluido en este o en cualquier otro tipo una persona debe tener un alto grado de talento o de realización. Aun las personalidades más vulgares han de ser conocidas no por sus logros sino por sus intereses e intenciones.

cimiento no aplicado es pura disipación. De las demandas que los hombres económicos hacen a la enseñanza resultan grandes realizaciones de la ingeniería, de la administración científica y la "psicología aplicada". El valor de utilidad entra asimismo en conflicto con el valor estético, excepto cuando el arte sirve fines comerciales. Sin sentir que está haciendo algo inapropiado, un hombre económico puede desnudar la bella ladera de alguna colina o ensuciar un río con residuos industriales. Es probable que en su vida personal confunda el lujo con la belleza. En sus relaciones con las otras personas es más probable que se interese por superarlas en riqueza que en dominarlas (valor político) o en servirles (valor social). En algunos casos se puede decir del hombre económico que adopta como religión el culto de Mahoma. En otros casos, sin embargo, puede que venera al Dios tradicional, pero se incline a considerarlo como el dador de buenos dones, de riqueza, prosperidad y otras bendiciones tangibles.

3. *El tipo estético.* El hombre estético ve su más alto valor en la *forma* y la *armonía*. Juzga toda experiencia desde el punto de vista de la gracia, la simetría o la propiedad. Ve la vida como una multiplicidad de sucesos y goza cada impresión particular por sí misma. Para corresponder a este tipo no es necesario ser un artista creador ni tampoco un fracasado; pertenece al tipo estético el individuo que encuentra su mayor interés en los episodios artísticos de la vida.

El valor estético es, en un sentido, diametralmente opuesto al teórico: el primero atiende a la diversidad, el otro a las identidades de la experiencia. El hombre estético decide, como Keats, que verdad equivale a belleza o, si no, está de acuerdo con Mencken en que "hacer encantadora una cosa es un millón de veces más importante que hacerla verdadera". En la esfera económica, el esteta ve en los procesos de manufactura, propaganda y comercialización una destrucción en gran escala de los valores más importantes para él. En el campo de los problemas sociales, se puede decir que se interesa por las personas, pero no por el bienestar de las personas; tiende hacia el individualismo y la autosuficiencia. Las personas de tipo estético gustan a menudo de las bellas insignias del poder y la pompa, pero se oponen a la actividad política, cuando ésta tiende a la represión de la individualidad. En el campo de la religión, es probable que confundan belleza y experiencia auténticamente religiosa.

4. *El tipo social.* El más alto valor para este tipo es el *amor* al prójimo, sea a una o a muchas personas, sea amor conyugal, filial, amistoso o filantrópico. El hombre social estima a las otras personas como fines y es en consecuencia bueno, simpático y desprovisto de egoísmo. Es probable que las actitudes teórica, económica y estética le parezcan frías e inhumanas. En contraste con el tipo político considera al amor en sí mismo la única forma adecuada de poder o, si no, repudia la concepción toda del poder, como algo que pone en peligro la integridad de la personalidad. En su forma más pura el interés social llega al olvido de toda conveniencia del sujeto y tiende a acercarse estrechamente a la actitud religiosa.

5. *El tipo político.* El hombre político está interesado ante todo en el *poder*. Sus actividades no se desarrollan necesariamente dentro del estrecho campo de la política, pero cualquiera sea su vocación se revela como un *Machtmensch*. Los hombres que actúan como conductores en todos los campos de la actividad humana

conceden en general un alto valor al poder. Como la competencia y la lucha desempeñan un amplio papel en toda vida, muchos filósofos han visto en el poder el más universal y el más fundamental de los motivos. Sin embargo, existen ciertas personalidades en las cuales el deseo de una expresión *directa* de este motivo alcanza una intensidad suprema; son personas que desean por sobre todo adquirir renombre, influencia y poder personal.¹⁸

6. *El tipo religioso.* Al valor más alto que existe para el hombre religioso se lo puede llamar *unidad*. Este tipo de hombre es místico y trata de comprender el cosmos como un todo y de ponerse en relación con esta totalidad abarcadora. Spranger define al hombre religioso como una persona "cuya estructura mental está dirigida permanentemente a la creación de la experiencia del valor más alto y absolutamente satisfactorio". Algunos hombres de este tipo son "místicos immanentes", esto es, personas que encuentran en la afirmación de la vida y en la activa participación en ella su experiencia religiosa. Un Fausto, con todo su gozo y entusiasmo, ve algo divino en todo suceso. El "místico trascendental", en cambio, busca unirse con una realidad superior y por el apartamiento de la vida; es el asceta y, como los hombres sagrados de la India, encuentra la experiencia de la unidad en la auto-negación y la meditación.

Una ventaja de este tipo de retratos (aun cuando son demasiado perfectos en su coherencia para existir en la vida real) es el antídoto que representan contra el excesivo énfasis sobre los factores genéticos y sobre el análisis segmental. La clasificación de Spranger ofrece un *punto de partida* para investigaciones empíricas de las complejas filosofías de la vida que sirven, más que nada, para conferir unidad a la personalidad madura.

Existen varias razones por las cuales no se puede seguir en todos los aspectos la dirección señalada por esta escuela de pensamiento. En primer lugar, el ocuparse del ideal la lleva a exaltar demasiado la naturaleza humana; evidentemente los tipos son exageraciones. Para lograr un mayor equilibrio hay que traducir toda la doctrina a términos empíricos. Como los diversos autores no están de acuerdo sobre el número o la naturaleza de estos tipos, sólo se los puede considerar, en el mejor de los casos, como representativos de *algunas* filosofías de la vida características. Se podrían señalar otras, en especial de un tipo más terrenal. Los valores hedonistas, sensuales y vitales son los focos de desarrollo de muchas personalidades, pero han sido dejados de lado por Spranger. Además, estas *Lebensformen*

¹⁸ El siguiente telegrama, enviado por Mussolini al embajador norteamericano en ocasión del vuelo de Lindbergh a Francia, muestra el modo en que los actos de rutina de una persona son influidos por sus valores dominantes. Nótese el número de expresiones reveladoras del interés de Mussolini por el *poder*. "Ruégole acepte las aclamaciones de entusiasta admiración que en este momento brotan de los corazones de todo el pueblo de Italia, regocijado ante el soberbio vuelo oceánico de Lindbergh. Una soberbia voluntad humana tomó por asalto el espacio y lo subyugó. Una vez más la materia se inclinó ante la mente y el poder mágico de los hombres, para gloria de Lindbergh y su pueblo."

son, cuanto más, sólo categorías de valor. Dentro de ellas hay muchos modos individuales posibles, muchos tipos de intereses sociales, por ejemplo, cada uno de los cuales produce un curso diferente de desarrollo de la personalidad. En una clasificación tan poco específica, la individualidad se pierde.

Finalmente, esta escuela de las *Geisteswissenschaften* es irreconciliablemente antagónica a las contribuciones de todas las otras ramas de la psicología, rehusándose no sólo a admitir las teorías divergentes sino también el empirismo corrector de otro tipo de investigaciones. Este apartamiento es fatal. Aunque cada rama de la psicología considerada en sí misma tiene limitaciones, sus recursos combinados deben ser sumados en forma crítica para lograr una visión siquiera aproximadamente adecuada del desarrollo de la personalidad.

PARTE III

LA ESTRUCTURA DE LA PERSONALIDAD

CAPÍTULO IX

LA BUSQUEDA DE ELEMENTOS

EL PROGRESO DE toda ciencia, se dice, depende en gran parte de su capacidad para identificar *elementos*, los cuales, tal como aparecen combinados en la naturaleza, constituyen el fenómeno que la ciencia ha decidido examinar. Sin su tabla de elementos, la química no podría existir; sin el descubrimiento de la célula, la biología sólo habría superado en muy poco al animismo primitivo; la física, si bien ha descartado un conjunto de elementos tras otro, con la teoría de los quanta vuelve a postular otro tipo de elemento.

La desconfianza con que muchos investigadores de la ciencia natural miran la psicología surge en parte de la creencia (enteramente correcta) de que los procesos elementales de la mente no han sido identificados hasta el presente. No se trata de que la psicología haya descuidado la búsqueda de unidades básicas con que trabajar. Ha abrazado esperanzada muchas posibilidades: facultades, ideas, instintos, reflejos, sensaciones, imágenes, afectos, factores, dimensiones y tantas otras más, pero el cambio de las listas según las predilecciones de los diversos investigadores ha impedido que se estableciera una base común. En parte como consecuencia de este fracaso en lograr un acuerdo, se ha producido una reacción contra la búsqueda de "átomos mentales". La doctrina del *todo* ha ganado popularidad. Sin embargo, la búsqueda de unidades no ha sido en verdad abandonada. Sólo ha ocurrido un cambio en la concepción que se tiene de la naturaleza de los elementos. Se niegan los átomos psíquicos, pero se afirma la existencia de *estructuras* psíquicas y estas estructuras obedecen a ciertos principios de organización y están compuestas a su vez de subestructuras, que pueden ser descubiertas por medio de un proceso de análisis metódico. Resulta entonces que, incluso en su moderna fase configuracional, la psicología está empeñada como siempre en la misma difícil búsqueda de estructuras unitarias. Pues si no se cuenta con alguna hipótesis conductora respecto del nivel más adecuado de análisis, sólo pueden lograrse resultados ambiguos y poco estables.

El presente capítulo, el primero de una serie consagrada a este fundamental problema científico, examina los principales tipos de elementos que han propuesto hasta ahora los psicólogos como métodos para "descomponer" la personalidad en unidades adecuadas a los propósitos de la comparación, la medida y la descripción.

CLASIFICACIONES PRÁCTICAS Y A PRIORI

Un psicólogo o psiquiatra enfrentando la tarea práctica del asesoramiento (counseling) o la terapia, a veces idea una lista de componentes de la personalidad para que le sirva como guía en el trato con sus clientes o pacientes. El resultado es una lista de los aspectos diferenciables de la personalidad que él considera fundamentales. Al usar la misma lista para todas las personalidades, ese psicólogo se está sometiendo a una serie *uniforme* de elementos; en todos los casos aplica las mismas subdivisiones. Pero tales clasificaciones son de ordinario híbridas, ya que consisten en un *pot-pourri* de unidades sin que se haya reflexionado antes sobre cuál debe ser la naturaleza esencial de una unidad. La conveniencia y la utilidad práctica son las únicas guías; no hay otros principios que decidan la selección. Unas pocas citas representativas ilustrarán este tipo de clasificación.

El Archivo de Eugenesis ha publicado un *Libro de rasgos* que contiene una lista de aproximadamente 3.000 características que se podrían concebir como hereditarias de acuerdo con el principio de las características unitarias.¹ Pero la naturaleza no comparable de los ítems muestra la carencia de una teoría genética o psicológica que sirviera de base al trabajo. ¿Qué tienen en común y como podrían combinarse los elementos que aparecen en esa mezcla de *albinismo, eczema, amor a la pesca, agresividad, religiosidad y uñas encarnadas*?

De un tipo diferente, pero también híbridas en su composición, son las tantas guías para el auto-estudio o los cuadros auxiliares para la descripción de la personalidad.² Todos y cada uno de estos esquemas tienen un fin práctico: ponen de

¹ Eugenics Records Office (N. Y.: Cold Spring Harbor): *The Trait Book*, 1919.

² Se han publicado muchas guías de este tipo, decididamente útiles para el estudio descriptivo de la personalidad, pero carentes hasta de coherencia interna en su modo de concebir la naturaleza de la estructura de la personalidad. G. S. Amsden: *A Guide to the Descriptive Study of the Personality*, 1924 (N. Y.: Bloomingdale Hospital Press); F. H. Allport: *Systematic Questionnaire for the Study of Personality*, 1925 (Chicago: Stoelting Co.); J. O. Chassel: *The Experience Variables Record*, 1928 (Rochester: Univ. of Rochester Medical School); F. L. Wells: "The Systematic Observation of Personality", *Psychol. Rev.*, 1914, 21, 295-332; W. Baade, O. Lipmann, W. Stern: "Fragment eines psychographischen Schemas", *Zsch. f. ang. Psychol.*, 1909, 3, 191-315; G. Heymans y E. Wiersma: "Beiträge zur speziellen Psychologie auf Grund einer Massenersuchung", *Zsch. f. Psychol.*, 1906, 42, 81-127, 253-301; 1919, 80, 76-89; A. Huth: *Exakte Persönlichkeitsforschung*, 1930; A. Lasurski: *Über das Studium der Individualität*, 1912.

manifiesto aspectos de la personalidad que un contacto más casual probablemente no descubriría. Pero son tan diversos, coinciden en tan pocos puntos y es tan raro que estén basados en alguna teoría sobre la relación mutua entre las unidades elegidas, que no contribuyen en nada a la búsqueda de un conjunto adecuado de elementos.

En un nivel más alto de complejidad encontramos ciertos esquemas que establecen supuestas divisiones principales de la personalidad. Así para McDougall, la personalidad está constituida por cinco componentes principales: *disposición, temperamento, ánimo, carácter e intelecto*.³ Como se parte de la base de que cada uno de estos factores varía independientemente de los otros, ésta resulta ser una doctrina que afirma la existencia de cinco unidades complejas iniciales. Una concepción similar en principio, pero por completo diferente en la selección de los componentes, es la de Klages, quien sostiene que los principales constituyentes de la personalidad son *la sensación, el movimiento, la aprehensión, la voluntad, la contemplación y la expresión*.⁴ Cada uno de estos elementos puede ser estudiado por sí mismo, pues todos son fundamentales. Un nivel similar de análisis se encuentra en S. Beck, en su concepción de los cuatro factores de la personalidad que pueden ser estudiados con ayuda del test de Rorschach: *percepción de la forma, energía organizadora, impulso afectivo y actividad creadora*.⁵ Juntos, estos factores constituirían el todo de la personalidad. La curiosa característica de estos superficiales análisis es que en cada caso se afirma que las subdivisiones elegidas comprenden toda la personalidad. ¡Sin embargo entre las distintas listas no hay casi ninguna coincidencia!

Boven hace un intento similar. Distingue tres vastas divisiones o *assises* de la personalidad.⁶ Se trata de las *disposiciones* (factores temperamentales innatos), los *rasgos* (actitudes emocionales adquiridas) y los *linéaments* (actitudes filosóficas adquiridas). Las dicotomías implicadas en esta sucesión de lo innato y lo adquirido, lo emocional y lo intelectual, hace artificial el esquema desde un comienzo.

Estas concepciones prácticas y *a priori* muestran que gran parte de la búsqueda de elementos de la personalidad es un producto del pensamiento solitario. Cada autor bucea en las profundidades de su mente y saca lo que para él es un esquema útil para el análisis, pero por completo distinto del de otros autores. Las unidades elegidas por cualquiera de los autores son ya bien híbridas, pero cuando se las compara con las unidades elegidas por otros autores, el resultado es la completa oscuridad y confusión.

ELEMENTOS UNIFORMES (NOMOTÉTICOS)

La justificación de cualquier esquema analítico ha de encontrarse siempre en el fin para el cual el análisis se hace. Un sistema de elementos es "verdadero" en tanto satisface la intención declarada por el analista. La

³ W. McDougall: *Energies of Men*, 1933, cap. XXIV.

⁴ L. Klages: *The Science of Character*, trad. 1928.

⁵ S. J. Beck: *Amer. J. Orthopsychiatr.*, 1933, 3, 361-375.

⁶ W. Boven: *La Science du Caractère*, 1931.

principal razón por la cual las listas de los psicólogos no concuerdan entre sí reside en que cada investigador está animado de una intención ligeramente diferente. Si el propósito de un análisis y el fin del psicólogo no están especificados con claridad (claridad que rara vez se encuentra), no es posible discutir sobre la adecuación de un conjunto u otro de elementos. Para ciertos fines es conveniente ver la mente como un cúmulo de ideas; para otros, como una red de arcos neurales o como un sistema de vectores o como una jerarquía de sentimientos. La mente es capaz de ser todas las cosas para todos los psicólogos, de acuerdo con las distintas líneas personales de intereses.

Pero cuando se trata de la *personalidad* (mente-en-particular) los criterios empleados para la selección de elementos disminuyen en número. Esto ocurre en especial si los investigadores suscriben una definición que limita de algún modo la personalidad. Supóngase, por ejemplo, que están de acuerdo con este volumen en considerar que la personalidad es siempre distintiva y única, está dotada de sistemas motivacionales fuertemente individualizados y representa un sistema individual de ajuste y dominio dentro de su campo conductal. Si el investigador busca pintar con la fidelidad máxima la estructura de la personalidad tal como la hemos definido, entonces ciertas clases de elementos serán mucho más adecuados que otros. Pasemos a considerar algunas de las posibilidades.

Facultades. Las más antiguas teorías sobre la composición de la personalidad recurrían todas a las facultades. Ya entrado el siglo XIX, las diferencias entre los hombres eran atribuidas a la diversa fuerza de los "Poderes de la mente" (atención, voluntad, sagacidad y otros por el estilo). Les parecía a estos primeros psicólogos que el mero acto de dar un nombre a estos poderes de algún modo los dejaba fijados y los volvía activos por sí mismos.

Ha de observarse que toda doctrina de las facultades da por supuesto que los elementos de la personalidad son los mismos que los elementos de la mente-en-general. Se parte de la convicción de que por combinación estas facultades universales producirán todas las expresiones posibles de la personalidad. Incluso Gall, quien buscó deliberadamente facultades caracterológicas que reemplazaran las facultades más intelectualistas de sus antecesores, se mantuvo en esta convicción. Para él las facultades eran uniformes en todos los hombres. Eran también innatas e independientes las unas de las otras. En estas afirmaciones están involucrados tantos supuestos indefendibles que no resulta posible aceptar la guía de Gall ni de ningún otro psicólogo de las facultades.

Los elementos de la psicología general. Cuando en el siglo XVIII los sensualistas franceses concebían a la persona como la suma de sus sen-

saciones, estaban postulando las unidades de la personalidad en términos de psicología general. Hoy en día la mayor parte de los psicólogos hace precisamente lo mismo. Para algunos, la personalidad es un manojito de reflejos condicionados, para otros es la suma de los hábitos de un hombre, o su estructura de imágenes y sentimientos, o la configuración de algunas otras dimensiones o factores convergentes en un organismo. De acuerdo con sus propios hábitos de pensamiento, cada psicólogo tiende a concebir a los individuos como una combinación del tipo de abstracciones que se le ocurra adoptar para el análisis psicológico.

Este modo de proceder, que es muy común, resulta totalmente inadecuado para la psicología de la personalidad. Ante todo, esas unidades abstractas no son distintivamente *personales*. Y además, tampoco dan ninguna clave respecto a qué tipo de organización las une en la estructura concreta de una vida individual.

Elementos dinámicos de tipo nomotético. Desde que se reconoció plenamente la fuerza irracional del "instinto" y del impulso en la actividad mental, los elementos de la personalidad comenzaron a ser buscados entre las impulsiones o deseos. Pero aunque de este modo la complejidad de los elementos cambió, el principio seguía siendo el mismo. La personalidad era considerada la pauta individual de instintos y anhelos, de fuerzas del ello y del super-yo o de deseos y necesidades. Todas estas doctrinas tienen en común la creencia de que todos los hombres están formados según el mismo molde. Se parte del supuesto de que debe existir un número finito de formas estables de motivación, así como existe un número finito de elementos químicos. Estas teorías niegan la posibilidad de que exista un número infinito de objetivos hacia los cuales las personas pueden tender y un número limitado de formas en que estos objetivos son alcanzados.⁷

Si no fuera posible acercarse en forma aún más íntima a las sub-estructuras únicas de la personalidad individual, esta clase de teorías constituiría el mayor progreso posible. La doctrina nomotética de las necesidades tal como ha sido desarrollada por Murray, es especialmente prometedora.⁸ Este autor sostiene, en forma por completo correcta, que "ningún terapeuta ni nadie que tenga que tratar en un sentido práctico con seres humanos puede arreglarse sin alguna noción de fuerza motivacional (instinto, necesidad, impulso, pulsión, apremio, inclinación, anhelo, deseo o cualquier otra semejante)." Entre estas alternativas, Murray elige la *necesidad*, a la que considera como una fuerza direccional que actúa dentro del organismo. Cuando una necesidad entra en actividad, debe sobrevenir de ordinario

⁷ Cf. G. Murphy: *Amer. J. Orthopsychiatr.*, 1932, 2, 315-334.

⁸ H. A. Murray: *J. Psychol.*, 1936, 3, 27-42.

una dirección característica de conducta, aun en ausencia de los estímulos habituales. Inversamente, a menos que esté presente una necesidad, no se producen respuestas a estímulos específicos. Las necesidades son recurrentes y siempre que están en actividad producen una tensión hacia el equilibrio. Si se las suprime, dan lugar a los fenómenos de desplazamiento y fantasía descriptos en el capítulo VI. En algunos aspectos esta doctrina se parece a la más familiar psicología del instinto, aunque tiene la gran ventaja de estar libre de compromisos nativistas.

"Dado que el comportamiento es una parte importante de la personalidad, la ciencia de la personología no puede avanzar mucho más lejos sin una clasificación de las más importantes direcciones del comportamiento o necesidades. Al elaborar tal clasificación, sin embargo, no es necesario limitarse a las necesidades que aparecen como heredadas. Cuáles de las necesidades son innatas y en qué grado, es otro problema, y es un problema que exige mayor observación y experimentación"⁹.

Murray enumera varias necesidades básicas, con respecto a las cuales cree que todas las personas pueden ser comparadas provechosamente. Las siguientes son ilustrativas de la lista que él ofrece:

adquisición	dominio
afiliación	exhibición
agresión	sensaciones
aislamiento	realización
apoyo	rebajamiento
autonomía	reconocimiento
construcción	retención
deferencia	sexo

Una clasificación provisoria de este tipo tiene un valor considerable. Es heurística, provee hipótesis ordenadas que pueden ser examinadas una a una. Centra la investigación y da coherencia a la interpretación de los datos. Aunque libre de la rigidez de las doctrinas del instinto, el enfoque es dinámico y pone un adecuado énfasis sobre la orientación hacia un objetivo, que es propia del comportamiento. Conduce a descripciones flexibles y penetrantes de la personalidad.¹⁰

Sin embargo, hay que hacer ciertas críticas a este esquema analítico, en tanto se pretende hacerlo servir como una teoría de la *estructura* de la personalidad. Las necesidades son elementos uniformes y escasos en número; de ellas deben derivarse todos los motivos de los hombres. En

⁹ H. A. Murray: *J. Psychol.*, 1936, 3, p. 42.

¹⁰ Véase la obra H. A. Murray et al: *Explorations of Personality*, Harvard University Press.

efecto, esta teoría afirma que los objetos del deseo pueden variar de persona a persona, pero los *tipos* de deseo no. Los hombres pueden desear cosas diferentes, pero sólo hay pocas razones por las cuales puedan desear esas cosas. Dos hombres, por ejemplo, pueden estar animados por una fuerte necesidad de rebajamiento; quizá uno se convierta en masoquista sexual mientras el otro llega a ser un disciplinado monje. ¿No parece innecesariamente abstracto aceptar que en estos dos casos contradictorios actúa una necesidad común? Sin duda los dos hombres desean rebajarse a sí mismos, pero con todo hay un mundo de diferencia entre las disposiciones de ambos. Tampoco la admisión de que otras necesidades pueden estar simultáneamente presentes y alterar los deseos de cada hombre proporciona una pintura concreta y real de sus motivos. Las necesidades universalizadas no logran pintar con exactitud los focos de organización existentes en cada vida individual. El deseo es siempre inseparable de su objeto y sus formas resultantes son mucho más variadas de lo que una lista limitada de necesidades podría permitir. En resumen, las necesidades postuladas por Murray están *des-corporizadas y des-personalizadas* en mayor grado de lo que se puede justificar en elementos que deben servir como raíces de la personalidad.

Las necesidades no sólo son concebidas como separables de los objetos hacia los que tienden, sino también como separables de las capacidades puestas en juego para alcanzar estos objetos e incluso como separables de esas gradaciones de gusto y predilección que en la vida real son inseparables de toda motivación. También en este punto son demasiado abstractas. No es posible, sin considerable violencia, distinguir la *dirección* del motivo, por un lado, y el bagaje de habilidades y hábitos que pone en juego, las actitudes y gustos concomitantes y su vinculación con el objeto por el otro. Según Murray, la necesidad emplea diversos "actones" (*modi operandi* de ajuste, peculiares al individuo o a la ocasión específica). ¿Pero es posible tal separación entre fines y medios? ¿Tiene alguna persona una necesidad abstracta de rebajamiento? ¿No es más probable que una persona se vea empujada por un deseo integral de servir tal o cual causa, de obtener una forma especial de gratificación masoquista o de entregarse a un cierto tipo de experiencia religiosa? La necesidad no es una necesidad de rebajamiento en abstracto, sino una fuerza especial y personalizada de auto-entrega, en la cual los actones son una parte integral del deseo. (Sin duda, a veces la necesidad sentida es vaga en cuanto a su objeto, el individuo siente que querría entregarse a algo, pero no sabe precisamente cómo y por qué. Pero aun ese deseo vago está personalizado. Los actones, imágenes y objetivos concomitantes, en el estado en que están, si bien no están definidos con claridad, son parte integrante de la

necesidad. Y después de todo, que un motivo sea vago no significa que sea abstracto.)

Murray parece admitir esto cuando escribe: "Toda necesidad está asociada con huellas (o imágenes) que representan movimientos, caminos, recursos, objetivos, que tomados en conjunto constituyen una *necesidad integrada*".¹¹ Esta necesidad integrada es un gran adelanto sobre la necesidad desnuda. Satisface bien nuestra exigencia de una unidad de análisis concreta, real y personal, siempre que la necesidad integrada sea entendida no como una mera organización momentánea sino como una estructura mental que persiste y constituye una característica constante de la persona. Es verdad, sin duda, que sobre la base de necesidades integradas individuales no es tan fácil hacer comparaciones entre individuos como cuando se recurre a necesidades comunes, pero la comparación es sólo un objetivo secundario de la psicología de la personalidad. El objetivo primario es la representación de la vida individual con el máximo de fidelidad.

Factores. Durante la década pasada los factores fueron elementos que contaron con el amplio favor de los psicómetras. Aplicado por primera vez por Spearman en la búsqueda de componentes de la inteligencia, el enfoque factorial ha variado y ha progresado y ahora es aplicado con frecuencia al problema de la composición de la personalidad. Nadie parece haber puesto seriamente en cuestión si la inteligencia, un concepto evidentemente artificial de índole nomotética, podría, en principio, constituir un tipo diferente de problema científico que la personalidad vital e integrada. Ninguna duda semejante ha sido expresada; se parte simplemente del supuesto de que si es posible identificar factores especiales y generales como constituyentes de la inteligencia (esto es, si se encuentra que ciertos factores comunes explican la intercorrelación de varios tests que implican una medida de la inteligencia) entonces ha de hacerse un intento de reducir también la personalidad a unos pocos componentes básicos y uniformes compartidos por todos los hombres. La búsqueda ha sido hecha en muchas direcciones. Se ha intentado aislar los tipos básicos de intereses vocacionales, por ejemplo, y descubrir unos pocos adjetivos descriptivos que pudieran aplicarse a la personalidad como designaciones de los modos fundamentales en que los hombres pueden diferir, para sustituir así los miles de términos descriptivos aplicados actualmente sin precisión alguna. El tipo de trabajo más corriente en este campo consiste en la aplicación del análisis factorial a baterías de diversos "tests de personalidad" con el fin de ver qué factores "unitarios" pueden aislarse en ellos.

¹¹ H. A. Murray: *J. Psychol.*, 1936, 3, 37.

Las fórmulas técnicas que se emplean en el análisis factorial y sus formas de aplicación son demasiado especializadas para ser discutidas aquí.¹² Es necesario, sin embargo, considerar el *tipo* de elemento que este análisis ofrece como raíz de la personalidad.

Un factor es un concepto o generalización empírica, a posteriori. Es definido completamente por su modo de derivación. Se comienza siempre con una batería de tests o evaluaciones, que, según se admite heurísticamente, abarcan por entero la función objeto de estudio. La descripción factorial de estos tests reduce las marcas de todos los diversos ítems al menor número posible de variables independientes. Se reúne toda la superposición y se afirma entonces que el número de factores no correlacionados que han sido descubiertos suministra una lista de elementos básicos de la función.

Para poner una ilustración, supongamos que el investigador quiere estudiar el tema de la irritación o molestia. Para eso suministrará a una vasta cantidad de sujetos un cuestionario con una larga serie de ítems pertinentes, centenares de ítems, que se supone son de algún modo diagnósticos de la "irritabilidad". Un individuo puede informar, por ejemplo, que no puede soportar a la gente que hace ruidos con la nariz y que también lo molestan las ropas cubiertas de caspa desprendida, los cuentos obscenos, los dientes torcidos y los vendedores agresivos. Del mismo modo otros individuos indican sus aversiones personales. Una vez aplicado un adecuado tratamiento estadístico se pone de manifiesto que cuando todas las molestias de todas las personas están correlacionadas entre sí, se constituyen ciertos grupos principales de molestias. Estos grupos son definidos operativamente por los ítems mismos que los componen. Como es normal y conveniente dar un nombre a estos grupos, al final el investigador los bautiza con cualquier término genético que le parezca el más adecuado para abarcar todos los ítems componentes. En el caso de las molestias, un investigador encuentra que los factores básicos parecen ser la irritación ante irregularidades en el aspecto personal, ante violaciones de las costumbres, ofensas contra el ego y molestia ante contratiempos menores.¹³

Se afirma que los méritos de este procedimiento, extendido a todas las áreas de la personalidad, son grandes. En seguida hay que señalar que quienes afirman esto tienen la convicción de que se llegará a descubrir un número finito de variables, de tal modo que al final la personalidad podrá ser reducida a una lista similar a la tabla de los elementos

¹² Instructivas explicaciones acerca de los fines y técnicas del análisis factorial se pueden encontrar en L. L. Thurstone: *The Vectors of Mind*, 1935 y J. P. Guilford: *Psychometric Methods*, 1936, cap. XIV.

¹³ C. M. Harsh: *An Inventory Study of Categories of Annoyance* (Univ. Calif. Library), 1935.

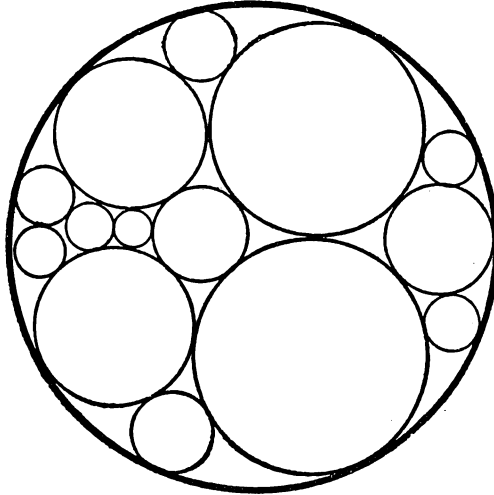
de la química. Si llegan a descubrirse elementos básicos de esta índole, entonces y sólo entonces podrán ser inventadas escalas para la medición adecuada de la personalidad. En vez de emplear recursos caseros desarrollados por la ingenuidad solipsista, se desarrollarían escalas para el uso común de todos los psicólogos, aptas para medir los mismos componentes en todas las personalidades. Por fin se llegaría a contar con un patrón psicológico común. El psicograma de un individuo sería directamente comparable con el de cualquier otra personalidad. Finalmente, sin duda en forma algo especulativa, se dice que quizá los factores que han de descubrirse, dado que serán comunes a todos los hombres, se corresponderán de algún modo con las unidades genéticas que gobiernan la herencia y con las estructuras básicas y uniformes del sistema nervioso.

Pero esta concepción de los elementos presenta dificultades, en verdad tantas dificultades como para descalificarla de acuerdo con la teoría de la personalidad expuesta en este volumen.

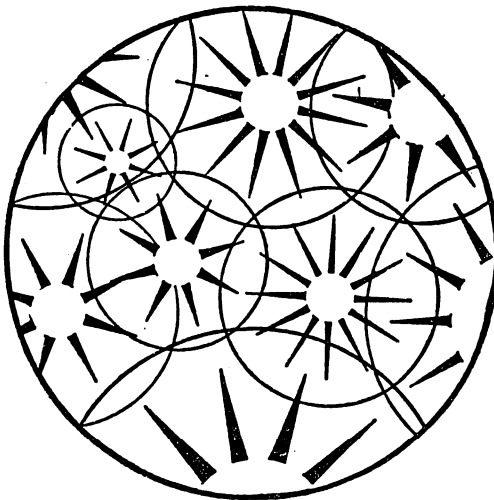
1. El supuesto inicial del análisis factorial, compartido por todas las otras teorías nomotéticas, está expuesto a diversos ataques. ¿Es razonable admitir que todas las personas (o al menos las pertenecientes a un tipo) poseen efectivamente la misma constitución básica de la personalidad? ¿Deben los focos de organización ser los mismos en todas las vidas? ¿Deben los factores ser idénticos, excepto en lo que se refiere a su importancia diferencial?

Se pone en el molinillo una población entera (cuanto más amplia mejor) y la mezcla es tan perfecta que se obtiene una cadena de factores en la que todos los individuos han perdido su identidad. Las disposiciones de un individuo son mezcladas con las de todos los demás. Los factores así obtenidos sólo representan tendencias *promedio*. De ningún modo se demuestra si un factor es una disposición orgánica en alguna vida individual. Todo lo que se puede decir con seguridad es que un factor es un componente empíricamente derivado de la personalidad *promedio* y que la personalidad promedio es una completa abstracción. Esta objeción gana en peso cuando se reflexiona sobre el hecho de que rara vez los factores derivados de este modo se parecen a las disposiciones y rasgos identificados por medio de métodos clínicos, cuando el *individuo* es estudiado intensivamente.

2. Una segunda dificultad es la denominación de los factores. Una vez aislados los grupos no-correlacionados, a menudo se comprueba que contienen una curiosa mezcla de ítems, desprovistos de toda coincidencia psicológica de sentido. ¡Uno de esos grupos contiene por ejemplo la siguiente mezcolanza: agudezas especiales y pulcritud combinadas con impulso pero con cierta relación negativa hacia la empatía y la facilidad espacial! ¿Puede encontrarse en esto algún sentido psicológico concebible?



a) La concepción factorial de la personalidad única como sistema de elementos independientes. Los elementos son los mismos en diferentes personalidades, pero varían en prominencia.



b) La concepción de los rasgos de la personalidad única como un sistema de subestructuras focales pero independientes. Las unidades son esencialmente diferentes en cada personalidad.

FIGURA 17

Dos concepciones opuestas de la naturaleza de los elementos de la personalidad

Es verdad que no siempre se obtienen tales mezclas sin sentido, pero la composición de todo factor creará probablemente algún problema para la elección de un nombre adecuado. El investigador de ningún modo soluciona el problema recurriendo al compromiso de una inicial, *w*, *p*, *o*, *s*, *e*, o *m*, como si no se atreviese a pronunciar en voz alta el nombre de sus factores. Parece más fácil y más elegante defender un símbolo abstracto que argumentar abiertamente en favor de elementos sustanciales como *voluntad*, *perseverancia*, *apartamiento social*, *emocionalidad* y *masculinidad*. Y sin embargo, si esta moderna versión de la psicología de las facultades tiene alguna virtud, esa virtud debe residir en su capacidad de identificar los componentes verdaderos y fundamentales de la personalidad, que afirma encontrar. Hasta ahora se ha probado que es difícil traducir los seguros productos de la derivación matemática a un lenguaje igualmente seguro de la psicología teórica. En resumen, a menudo los factores parecen estar lejos del hecho psicológico y en ese sentido son pasibles de la acusación de ser primariamente artefactos matemáticos.

3. Otra razón para el desacuerdo reside en el supuesto de que el desiderátum de toda teoría de los elementos es el hallazgo de factores *independientes*.¹⁴ No sólo se admite que todos los hombres tienen exactamente los mismos elementos básicos en sus personalidades, sino que también en cada vida estos elementos deben ser considerados independientes ("libres de la influencia de") todos los otros elementos.

Este supuesto es en alto grado artificial. La trama de la personalidad muestra tal entrelazamiento que parece casi imposible pensar en estructuras sin ninguna vinculación mutua.¹⁵ En la figura 17 sugerimos la diferencia que existe entre la pintura de los elementos de la personalidad ofrecida por la teoría de los factores "puros" o independientes y el cuadro opuesto ofrecido por una teoría de rasgos focales pero que se superponen.

4. Finalmente hay que señalar que ninguna reconciliación es posible entre la doctrina de la *autonomía funcional* desarrollada en el capítulo VII y la doctrina de los factores. Según la primera, el curso de la indivi-

¹⁴ Cf. la afirmación de I. Lorge: "Para que un rasgo sea útil en psicología debe ser considerado libre de la influencia de otros rasgos." *J. Educ. Psychol.*, 1935, 26, p. 278. Si se requiere una estricta independencia, Lorge tiene en efecto razón al aplaudir el método de análisis factorial ya que ningún otro método alcanzará ese objetivo.

¹⁵ Se dice que el admitir la estricta independencia de los factores no es indispensable para la teoría del análisis factorial. (J. P. Guilford: *Psychometric Methods*, 1936, p. 512. Véase también del mismo autor: *Am. J. Psychol.*, 1936, 48, 673-685, donde se encuentra una defensa general del método de análisis factorial.) Hasta el momento, sin embargo, se han buscado en forma casi exclusiva "rasgos unitarios" independientes, entre los que no existiera correlación, y se afirma que el mérito principal del método es precisamente el descubrimiento de unidades que no se correlacionan.

dualidad consiste en una divergencia cada vez mayor con respecto al molde relativamente común de la infancia. Las subestructuras dinámicas de las cuales está compuesta una personalidad son integraciones únicas formadas en un curso individual de experiencia y herencia. A medida que cada subestructura se desarrolla, se convierte en un sistema *sui generis* de energía y obtiene, como dijo Tolman, un "dominio completo" por sí misma. Puede ser que en la ciencia de la lucha haya unas pocas tomas *primarias* con las cuales un luchador puede alcanzar un dominio completo sobre su oponente, pero en la ciencia de la personalidad pronto se descubre que las formaciones que logran un dominio completo son únicas, propias sólo de un individuo determinado. El enfoque factorial admite erróneamente que son uniformes, si bien en las distintas vidas varían en importancia.¹⁶

Una variación de la técnica factorial establece correlaciones entre "individuos" y no entre "cualidades" (cf., pág. 397). Resulta entonces un cuadro tipológico. Así, en un estudio del gusto estético se comprueba

¹⁶ En el fondo, sin duda, este desacuerdo —como siempre ocurre cuando se producen distintas concepciones de los mismos datos— se debe a diferentes *intenciones*. Diferentes teóricos tienen en vista fines completamente diferentes. En una defensa de los factores, Thurstone escribe: "La elección final de un conjunto de facultades o rasgos primarios de referencia debe ser hecha en función del descubrimiento de que un conjunto particular de rasgos de referencia es el que permite comprender una gran variedad de rasgos humanos con el máximo de economía." (*The Vectors of Mind*, p. 48.)

Pero el *designio* de encontrar el marco de referencia bajo el cual pueda ser ordenada la gran variedad de cualidades humanas con el máximo de economía es por sí mismo una decisión arbitraria. Desde el punto de vista dinámico es también un objetivo desacertado, o al menos así lo cree R. C. Tryon, quien escribe:

"Nadie puede objetar que los factoristas matemáticos empleen la regla de economía para simplificar su problema. Sin embargo hay que advertir que los factores que resultan del análisis han sido *elegidos* de entre muchos conjuntos posibles y que la regla de elección es *arbitraria*. En efecto, sucede que la ley de economía no es una ley natural sino una ley acordada entre los hombres para simplificar el pensamiento. Con referencia a las causas psicobiológicas de las diferencias individuales, la naturaleza no parece, sin embargo, actuar de acuerdo con esta regla, sino, por el contrario, con la mayor prodigalidad. Como mostraremos más tarde, las pruebas experimentales provenientes de laboratorios genéticos y psicológicos indican que un gran número de causas determinan las diferencias mentales. En consecuencia el empleo de esa ley para seleccionar un conjunto económico de factores tendría como resultado una ficción si se pretendiera que ese resultado es una representación de causas psicobiológicas." (*Psychol. Rev.*, 1935, 43, 437 y sig.)

El deseo del presente volumen, que difiere tanto del propósito de Thurstone de descubrir un conjunto económico de componentes matemáticos como del intento de Tryon de descubrir componentes genéticos de infinita multiplicidad, consiste en descubrir un tipo de elemento (rasgo) que ha de dar razón sin artificialidad ni indebida multiplicidad de la coherencia interna de cada personalidad individual. Éste no es tanto un problema de tener razón o no. Se trata más bien de seleccionar unidades que representen del mejor modo la estructura de la personalidad tal como ésta es definida en este libro.

que ciertas personas prefieren siempre tonos pastel, más suaves, mientras que otras prefieren colores saturados, más brillantes.¹⁷ El encontrar que sólo cierta gente tiene el mismo gusto, el mismo interés o la misma pauta de cualidades es un adelanto sobre la afirmación de que todas las personas deben ser comparadas en relación a variables idénticas. Pero los "tipos" todavía no son individuos y el método no ofrece ninguna solución real al problema de cuáles son los elementos neuropsíquicos de una personalidad individual.¹⁸

Las diversas técnicas factoriales indudablemente tienen valor para ciertos tipos de problemas psicológicos y sociológicos. Pero no están calificadas para distinguir los elementos de la personalidad humana de acuerdo con los criterios establecidos más arriba. Los factores no llegan a satisfacer nuestra exigencia de elementos que ofrezcan una aproximación tan cercana como sea posible a las fisuras naturales y a los ordenamientos estructurales individualizados de cada vida individual. La búsqueda debe continuar.

ELEMENTOS ESTÍMULO-RESPUESTA (ESPECIFICIDAD)

La doctrina de los elementos estímulo-respuesta no es necesariamente nomotética: sostiene que "la personalidad está compuesta de miles de hábitos independientes y específicos." No está estipulado si estos hábitos son considerados comunes a todos los individuos o no. Un especificista puede pensar que son comunes; otro, que no lo son. La diferencia no es grande. El punto que ahora está en cuestión es diferente de los que examinamos antes. Pues tanto si piensan que los hábitos son comunes como si los consideran únicos, todos los especificistas por igual *pulverizan* la personalidad en diminutos elementos componentes. Las siguientes citas ponen de manifiesto el espíritu de la especificidad:

"Una difundida concepción errónea de la personalidad es la que la considera una expresión de los rasgos. Se admite que toda personalidad está compuesta de rasgos que son característicos de esa personalidad. Estos rasgos son la causa de que

¹⁷ W. Stephenson: *Char. & Pers.*, 1935, 4, 17-24.

¹⁸ Es posible que el futuro traiga un método de factoreo de los componentes de la personalidad individual considerada en sí misma. De ocurrir eso se haría un gran avance, pues sería posible determinar separadamente el factor cardinal de cada vida. Se reuniría toda la superposición de los rasgos focales y quedaría así de manifiesto el factor saturador primario. Entonces resultaría posible decir en qué grado la vida individual ha sido influida por este factor central y en qué medida está disociada de él y organizada alrededor de factores subsidiarios.

Para lograr este fin cada individuo tendría que ser considerado como una "población" y el acuerdo de sus actos entre sí tendría que ser determinado con referencia a algún "continuum intra-individual" postulado al efecto. (Cf. F. H. Allport: *Char. & Pers.*, 1937, 5, 202-214.)

el sujeto actúe de ciertas maneras definidas... Se ha comprobado que nadie actúa en forma perfectamente coherente con respecto a un rasgo, tal como debiera ocurrir si la conducta fuese una expresión de rasgos internos".¹⁹

"Una y otra vez, una batería de tests destinada a medir rasgos tales como la agresividad, la persistencia o la honestidad, muestra resultados tan poco firmes y tan inciertos (si se los compara con otros criterios) que uno se ve llevado a poner en cuestión la existencia efectiva de los rasgos generales."²⁰

"Debido a todos estos factores que complican el estudio de la personalidad, éste se vuelve extremadamente difícil y el análisis de los rasgos de la personalidad debe limitarse a la situación y condiciones particulares bajo los cuales éstos son observados."²¹

"Un rasgo es una tendencia específica de conducta que debe ser definida en términos de un estímulo particular y una respuesta también particular."²²

El especificista sostiene, en resumen, que el elemento esencial de la estructura de la personalidad es el hábito y que no existe ninguna organización en un nivel superior (tal como lo sugiere el uso ordinario del término "rasgo").

Esta doctrina, virtualmente inexistente en otros países, tiene amplia circulación en Norte América. ¿Por qué? Hay una respuesta histórica: en este país la reacción contra la psicología de las facultades fue particularmente violenta. Específicamente, fueron las enseñanzas de William James y E. L. Thorndike las que llevaron a una concepción de la conducta que da la primacía a los hábitos. Los experimentos parecieron confirmar esas enseñanzas: los niños no mostraron poderes generales de la mente que pudieran ser educados *in toto*. Se descubrió, por ejemplo, que los niños pequeños no podían aprender limpieza si ésta se les enseñaba como principio abstracto, sino que sólo aprendían hábitos definidos de limpieza, tales como limpiarse los dientes, cambiarse la ropa sucia o lavarse detrás de las orejas. Puede ser trabajoso inculcar los hábitos de uno en uno, pero sólo de esta forma —según los educadores— puede aprender el niño. (Este problema es tan complejo y tiene implicaciones de tan largo alcance que será tratado en forma más amplia en el próximo capítulo.) A partir de este principio educacional, a los psicólogos del hábito les resultó fácil llegar a la conclusión de que la personalidad está compuesta de "innumerales hábitos específicos". La aceptación de la especificidad también fue facilitada por su concordancia con el conductismo, la teoría prevaleciente entonces en el ethos psicológico norteamericano, con sus circuitos reflejos

¹⁹ P. M. Symonds: *The Nature of Conduct*, 1928, p. 320; reproducido con permiso de The Macmillan Company, sus editores.

²⁰ H. L. Lehmann y P. A. Witty: *Am. J. Psychol.*, 1934, 46, p. 490.

²¹ F. L. Goodenough: *Developmental Psychology*, 1934, p. 444.

²² F. A. Perrin y D. B. Klein: *Psychology, its Methods and Principles*, 1926, p. 363.

y su respuesta condicionada, su objetividad, su simplicidad y su carácter práctico.

Como la doctrina de la especificidad sostiene que el individuo hará en cada situación lo que el adiestramiento le ha enseñado a hacer en tal situación y no otra cosa, muchos sociólogos norteamericanos han otorgado igualmente su favor a esta perspectiva, ya que también ellos ponen decididamente el acento sobre la *situación*. Si la conducta es determinada por hábitos ligados en forma inflexible a los estímulos del medio, queda entonces abierto el camino para la determinación ecológica y cultural de la personalidad. Un sociólogo que desea "explicar" la personalidad en términos de causación cultural tiene un trabajo mucho más fácil si se sirve de la simple teoría del hábito que si sigue una doctrina partidaria de elementos más complejos, con predominio de intrincados factores internos y subjetivos.

Estas son las razones históricas de la doctrina. Pero sus exponentes, devotos del método experimental, requieren pruebas de la especificidad. Al alcance de la mano encuentran bastantes ejemplos de que los hombres no son perfectamente coherentes en sus rasgos. Un hombre puede ser pulcro en su persona y desaseado en su escritorio, santo el Sabath y diabólico los restantes días de la semana, tímido en la oficina y tiránico en su casa. Parecería en estos casos que en verdad es la situación el único determinante de la naturaleza de la conducta. Los elementos son hábitos ligados a estímulos y no rasgos. Pero este tipo de prueba casual tiene un inconveniente y es que hay muchos hechos similares que la contrapesan y contradicen. Todos conocemos personas que son casi *siempre* pulcras, tímidas, desprovistas de tacto, cínicas u oficiosas, y predecimos correctamente su comportamiento en situaciones nuevas para las cuales no cuentan con hábitos específicos.

En consecuencia, los especificistas no pueden basar su argumentación meramente sobre la observación corriente. Invocan entonces el experimento. Lo más corriente es que invoquen el monumental estudio *Character Education Inquiry* (Investigación sobre la educación del carácter) dirigido por H. Hartshorne y M. A. May. Esta investigación es famosa con justicia por su método ingenioso, su extensión (es probablemente la empresa experimental más amplia que haya sido puesta en práctica en el campo de la personalidad), por su tratamiento adecuado y cuidadoso de los resultados. Los informes comprenden tres gruesos volúmenes.²³ Los in-

²³ H. Hartshorne y M. A. May: Vol. I, *Studies in Deceit*, 1928; Vol. II, *Studies in Service and Self-Control*, 1929; Vol. II (con F. K. Shuttleworth), *Studies in the Organization of Character*, 1930. Una útil exposición secundaria de los métodos y resultados se encuentra en P. M. Symonds: *Diagnosing Personality and Conduct*, 1932, cap. IX.

vestigadores pusieron a centenares de niños ante tareas concretas en las cuales tenían oportunidad de reaccionar de manera individual y, de este modo, en los informes sobre el comportamiento de estos niños se pudieron buscar pruebas a favor y en contra de la existencia de supuestos rasgos tales como *persistencia, autocontrol, servicialidad o inclinación al trabajo en común o al engaño*. La conclusión final fue que este tipo de cualidades son "grupos de hábitos específicos más que rasgos generales."²⁴ Esta imponente investigación tiene tanta influencia y es citada tan a menudo como prueba en favor de la posición especificista que sus resultados e interpretaciones deben ser examinados con cuidado.

1. Nuestro primer descubrimiento es que las bajas correlaciones halladas entre los tests empleados prueban sólo que los niños no son coherentes *del mismo modo* y no que son incoherentes *consigo mismos*. Este es un descubrimiento extremadamente importante.

Para estudiar la deshonestidad, por ejemplo, se ponía a los niños ante tareas que les ofrecían repetidas oportunidades para engañar, como, por ejemplo, para robar unos centavos, corregir los errores de sus deberes de la escuela, hacer trampa en el juego, mentir sobre sus trampas. Cuando se estudiaron los registros de todo el grupo de niños se encontró que había en ellos escasa tendencia a ser uniformemente honestos o deshonestos en todos los tipos de comportamiento. Por ejemplo, la correlación entre las marcas sobre robo de monedas (que resultó ser por sí mismo un hábito bastante coherente) y las marcas sobre mentiras acerca de trampas (que por sí mismo era otro *hábito* más bien coherente) fue de sólo +.132. Se ve claramente que el hábito deshonesto que una de estas situaciones pone en acción es por completo independiente del hábito deshonesto propio de la otra. Los niños que roban no mienten necesariamente. No hay ningún rasgo común que exista en todos los niños *del mismo modo*. Pero, en cambio, el hábito de robar monedas puede, en la vida de cada niño, ser parte integrante de *algún* rasgo, aun cuando es raro que tenga relación con el hábito de mentir. La figura 17 muestra esa posibilidad.

Puede ser que el niño A robe monedas a causa de que tiene un rasgo personal coherente de *bravuconería*, basado en su admiración por los gans-
ters que conoce de las revistas y del cine; el niño B roba porque tiene un *interés persistente por las herramientas y la mecánica* que lo impulsa a comprar más material del que puede conseguir honestamente; el niño C, que sufre de un profundo *sentimiento de inferioridad social*, roba monedas para conseguir caramelos con los cuales puede comprar la aceptación de sus camaradas. El niño D no roba monedas, pero miente acerca de sus trampas, no a causa de un rasgo general de deshonestidad sino debido a

²⁴ *Op. cit.*, Vol. III, p. 1.

que tiene un rasgo general de *timidez* (miedo a las consecuencias); el niño E miente porque tiene miedo a lastimar los sentimientos de la maestra a la que adora; el niño F miente porque *desea ardientemente* que lo elogien. Cada uno de estos niños se comportó como lo hizo hacia estos tests, no porque tuviera hábitos específicos sino debido a algún rasgo profundo y característico. Todo lo que esta investigación descubrió fue que el rasgo particular de honestidad, tal como es definido en los términos éticos corrientes, probado en diversas situaciones convencionales, demostró no ser una característica que los niños poseyeran en grados individuales

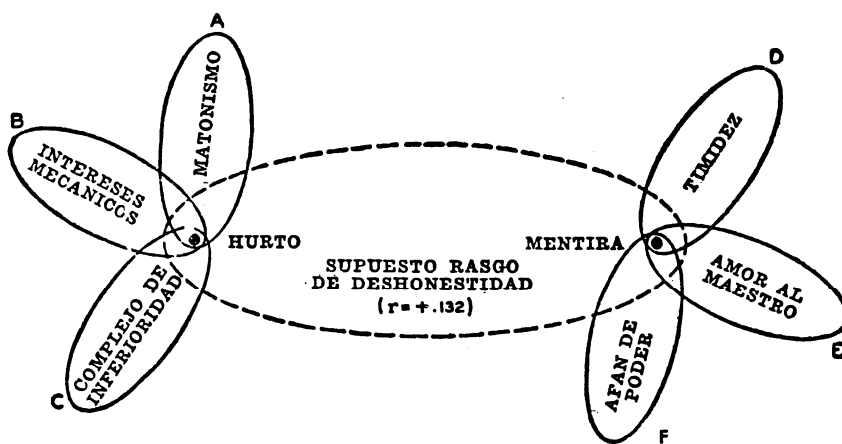


FIGURA 18

Crítica de la concepción estadística de los rasgos

(La elipse de línea punteada representa el rasgo tal como es concebido por los investigadores en los estudios sobre la educación del carácter; las elipses de líneas llenas representan posibles rasgos pasados por alto por esos investigadores.)

constantes, en especial frente a una tendencia quizá más fuerte de cada niño a expresar algún rasgo distinto de la honestidad por medio de la mentira y el robo. Los niños no tenían todos el *mismo* rasgo, pero tenían sin embargo sus propios rasgos.

2. Los investigadores basaron su trabajo en conceptos *sociales* y *éticos*. Los métodos usados no fueron concebidos desde el punto de vista de la psicología infantil sino desde el punto de vista de la sociedad y sus valores. Nuestra cultura valora positivamente la honestidad, la servicialidad y el autocontrol, pero estos valores del código social rara vez corresponden exactamente a la forma de organización mental que se encuentra en los adultos, y menos aún a las disposiciones sin socializar de la niñez. Si nos servimos de la distinción hecha en el capítulo II, podemos decir que los investigadores confundieron su trabajo desde el comienzo al elegir conceptos *caracterológicos* como punto

de partida. Un estudio de *buenas* y *malas* cualidades no es lo mismo que un estudio de cualidades naturales. El estudio de la personalidad es por sí solo bastante difícil, sin que sea necesario complicarlo desde el comienzo con valoraciones éticas.²⁵

3. Siempre que están involucradas normas éticas, el problema de la edad de los sujetos es de la mayor importancia. Los niños mayores y los adultos aprenden gradualmente a conocer los requerimientos de la moralidad social; llegan a saber qué significa honestidad en su cultura, qué se entiende por servicialidad y por autocontrol. Lo que es más, *introceptan* en sus vidas estos ideales prevalecientes y, guiados por estas normas, pueden desarrollar disposiciones integradas que correspondan más o menos a los ideales. Éste es el proceso de socialización. De acuerdo con el principio de autonomía funcional, esos rasgos adquiridos pueden volverse con el tiempo sumamente dinámicos y ocasionar agudos problemas de conciencia cada vez que sus dictados sean violados. Pero no hay que contar con la presencia de esos rasgos en el niño pequeño. Gran parte del material de esta investigación demuestra precisamente el desarrollo gradual de esos rasgos con la edad. El niño mayor guía su conducta de acuerdo con el ideal social con mucha mayor frecuencia que el más pequeño.

El material reunido muestra asimismo que los niños aumentan cada vez más su coherencia en cuanto a los ideales sociales *positivos* pero no respecto de los vicios o la conducta antisocial.²⁶ En otras palabras, la presión del ambiente lleva gradualmente a una *conformidad* con el código social y esta conformidad es flexible y generalizada. Sólo el actuar en forma incorrecta es específico. Es justo esta conducta la que previsiblemente debe aparecer en el curso de la socialización normal cuando en la educación se pone el acento sobre los ideales virtuosos y sólo se permiten deslices ocasionales.

4. Toda interpretación de resultados estadísticos complejos siempre involucra cierta arbitrariedad. Al examinar la enorme cantidad de intercorrelaciones entre las marcas de los niños en muchos tests, uno se siente impresionado ante la predominante asociación positiva que se revela en el conjunto. Los coeficientes son bajos, pero, aún así, ¿por qué han de ser positivos? Si se consideran las diversas insuficiencias de los métodos empleados y el hecho de que se atendió a la conducta común a toda una población de niños, con exclusión de la conducta característica de cada niño, resulta sorprendente que los resultados hayan sido positivos, aún en pequeño grado. ¿Qué significan

²⁵ Habría que señalar que los investigadores obtuvieron sus resultados más coherentes con el rasgo de persistencia que mostró, por ejemplo, la mayor integración progresiva con la edad. Este rasgo es el único de la lista que parece enteramente libre de una definición extraña derivada del código social: es un auténtico concepto psicológico.

²⁶ *Op. cit.*, Vol. III, p. 375.

estas bajas correlaciones positivas? Algunos investigadores dicen que prueban la especificidad, otros que son muestra de generalidad. Nadie lo sabe, en verdad. Hartshorne y May eligieron "seguir las pruebas de la especificidad hasta su conclusión lógica".²⁷ Esto, frente al hecho (señalado en la misma página) de que "los veintitrés tests empleados para obtener nuestra marca total del carácter mostraron, por ejemplo, una intercorrelación promedio de + 0.30." En vez de deducir de aquí la especificidad, Maller, un colaborador de la investigación, encuentra que este promedio es una prueba adecuada para postular un factor "c" del carácter que está presente en todo comportamiento, saturándolo con una cualidad general y una fuerza común.²⁸ La hipótesis de la existencia de un factor general del carácter (derivado de los mismos datos!) es evidentemente la completa antítesis de la doctrina de la especificidad. Ésta es una ilustración categórica de que los métodos correlacionales *per se* no resuelven ningún problema, por la simple razón de que todos los coeficientes (quizá con la excepción de 0 y 1.00) son intrínsecamente ambiguos y necesitan ser valorados.

5. Finalmente, el que en la estructura de la personalidad se encuentre especificidad o generalidad depende en gran medida no sólo de la interpretación de las pruebas cuantitativas sino también de los métodos empleados. Emplear grupos numerosos de niños y una gran cantidad de tests es un procedimiento muy diferente que el de estudiar más intensivamente el comportamiento de menos sujetos a una edad más madura. Es sorprendente comprobar qué resultados diferentes produce este último método aplicado al mismo problema de la coherencia de los rasgos de *honestidad e inclinación al engaño*.

En la Clínica psicológica de Harvard, D. W. MacKinnon presentó a 93 sujetos una serie de difíciles problemas. Se dejaba a los individuos a solas y se les daba una hora para buscar las soluciones.²⁹ A su alcance quedaban folletos que contenían las respuestas a estos problemas. Si el sujeto así lo deseaba, podía consultar ciertas respuestas. En cambio, le estaba prohibido mirar el resto de las respuestas. El experimentador podía ver sin ser visto, a través de una pantalla, todos los casos en que los sujetos violaban la prohibición. Aproximadamente la mitad de los sujetos cometieron violaciones.

La primera prueba de los rasgos proviene de predicciones hechas por el experimentador después de un entrevista de aproximadamente cinco minutos con cada sujeto. Sobre la base de sus primeras impresiones decidió cuáles sujetos violarían, según él, la prohibición y cuáles no. Este método fue empleado con 74 de los

²⁷ *Op. cit.*, Vol. III, p. 364.

²⁸ J. B. Maller: *J. Soc. Psychol.*, 1934, 5, 97-101. "C." es definido como la disposición a pasar por alto una ganancia inmediata para poder obtener una ganancia lejana pero mayor.

²⁹ D. W. MacKinnon: "The Violation of Prohibitions in the Solving of Problems" que será publicado en *Explorations in Personality* (H. A. Murray et al.).

sujetos. La profecía resultó correcta en el 69 % de los casos. El éxito fue mayor en el caso de los no violadores (hecho que parece concordar con la observación de Hartshorne y May de que la integración —o extensión de un rasgo— es mayor en los sujetos honestos que en los deshonestos.)

Respecto a los 34 violadores, sólo hicieron predicciones correctas en un 62 %. ¿Y qué sucedió con los violadores acerca de los cuales se hicieron predicciones falsas? Se vio que el error se debió principalmente al hecho de que los violadores inesperados eran también violadores atípicos. Esto quiere decir que eran sujetos que más tarde mostraron signos inequívocos de que se sentían culpables (signo no mostrado por los violadores *típicos*). Excepto en cuanto al hecho mismo, los violadores atípicos se comportaron igual que los no violadores. Según parece, eran personas realmente honestas, que bajo la presión de la situación experimental habían cedido a la tentación, violando sus normas habituales. El hecho indudable de que se sintieran culpables, y mostraran remordimiento y represión sugiere que en general tenían un rasgo efectivo de honestidad, en cuya coherencia se podía confiar.

Los violadores típicos, en cambio, eran coherentes consigo mismos. Mentían al experimentador con mayor frecuencia que los no violadores o los violadores atípicos. ¡Mentían aún acerca de respuestas que les estaba permitido consultar! Estos sujetos negaron también que de ordinario llegara a afectarlos un sentimiento de culpa (sólo un 29 % admitió sentimientos de culpa en la vida cotidiana comparado con el 75 % de los no violadores). Sostuvieron que no se sentirían culpables “¡ni siquiera si hubiesen hecho trampa!”

Los sujetos honestos también presentaron un cuadro coherente. No sólo fueron reconocidos como tales (en la mayoría de los casos) en el primer contacto, sino que no mintieron respecto a sus consultas de las respuestas permitidas. Mostraron también poca tendencia a quejarse del experimentador por haberles propuesto problemas tan difíciles, o a ser indebidamente agresivos (características ambas que mostraron los violadores). Admitieron que sufrían a causa de su culpa cada vez que en la vida cotidiana violaban sus normas de conducta.

Estos resultados contradicen por completo la hipótesis de la especificidad. Hay gente honesta, gente deshonesto y gente atípica, honesta en muchos aspectos pero incapaz de resistir la tentación. ¡Un estudio intensivo de este tipo lleva al descubrimiento de que en la mayoría de los casos el rasgo de honradez está dotado de generalidad, mientras que el estudio extensivo (estadístico) de la Investigación sobre la educación del carácter concede el triunfo a la especificidad! Murphy y Jensen tienen quizá razón cuando dicen: “La honestidad puede ser una característica general o un conjunto de hábitos específicos; la decisión en uno u otro sentido depende del interés y la orientación del intérprete”.³⁰ Podrían haber agregado “y también del método y del individuo particular que se estudie.”

³⁰ G. Murphy y F. Jensen: *Approaches to Personality*, 1932, p. 385.

RESUMEN DE LOS ARGUMENTOS CONTRA LA ESPECIFICIDAD

La doctrina según la cual toda conducta (y por lo tanto toda personalidad) está compuesta enteramente de innumerables hábitos específicos es inaceptable por diversas razones.

1. En primer lugar, las pruebas principales presentadas en favor de ella provienen de procedimientos probablemente incapaces de descubrir unidades superiores de organización de la personalidad. El estudio de las cualidades morales es uno de esos casos. ¿Son esas cualidades el lugar adecuado para buscar el máximo de integración personal? Con la creciente socialización, la constitución psicológica de una persona puede llegar, sin duda, a quedar centrada de tal modo que se corresponda en algún grado con normas sociales, pero las transgresiones a esas normas no prueban que toda conducta sea específica. Esas transgresiones pueden ocurrir debido a disposiciones profundamente coherentes y persistentes, más fundamentales para la persona que los códigos convencionales. Veamos un ejemplo:

Un chico de diez años, acostumbrado a ser respetado por sus compañeros de juego, se encontró en el verano entre muchachos mayores que lo miraban como un extraño y un cobardón. Se sintió frustrado y mortificado. Un día un miembro de la pandilla propuso robar unas cuantas barras de chocolate del negocio de la esquina. En un principio los hábitos de honestidad del muchacho lo impulsaron a rechazar la sugestión, pero cuando la pandilla lo ridiculizó, entró en acción su deseo de admiración y reputación social, más fuerte que toda su honestidad. Decidió encargarse él solo de la operación y pocos momentos después salió del almacén con una abundante provisión de barras de chocolate. Los hábitos menos estables de honestidad fueron destruidos por un rasgo más fuerte y más organizado. El chico fue bien coherente consigo mismo, pero su coherencia no resultó coincidente con el ideal social.

El error de intentar poner a prueba la coherencia en un lugar inadecuado (y al no lograr encontrarla pronunciarse en favor de la especificidad) ha sido comparado por G. B. Watson al absurdo de preguntar si una persona que usa la biblioteca pública tiene un rasgo que la lleva a elegir solamente libros de tapas rojas o azules. Sin duda, no tendrá ese rasgo. Pero si se investigaran los temas que tratan los libros elegidos se pondrían de manifiesto rasgos de interés bien organizados.⁸¹ A menos que se busque la coherencia en la dirección correcta, nunca se la ha de hallar.

2. Un error vinculado al anterior consiste en emplear exclusivamente los resultados de la *investigación de masas*. De ordinario los métodos estadísticos sólo son aplicados a aquellas variables con respecto a las cuales se puede clasificar a todo el mundo. Si resulta que mucha gente no satisface la variable, se produce entonces la ilusión de la especificidad. Bajas correlaciones entre

⁸¹ G. B. Watson: *Char. & Pers.*, 1933, 2, p. 69.

hábitos de conducta (tal como lo demostramos en la figura 18) significan cuanto más que individuos diferentes no son coherentes *del mismo modo*; nunca pueden probar que el individuo no es coherente consigo mismo *a su modo*.

3. El peligro de basar la teoría de la especificidad sobre estudios de niños pequeños ya ha sido mencionado. Por lo regular los niños muestran menos integración que los adultos. Las pruebas presentadas por los especificistas por lo común muestran efectivamente que los niños mayores son más coherentes que los más pequeños.

4. Las pruebas derivadas de los "tests de personalidad" no son de ningún modo favorables a la doctrina de la especificidad, tal como algunos autores pretenden (cf. cita de Lehmann y Witty, p. 267). Si una escala posee confiabilidad (coherencia interna), este hecho sólo puede significar una cosa: que las personas responden de un modo individual característico a ítems diagnósticos interrelacionados; sus respuestas muestran que son, en diversos grados, habitualmente *dominantes, extravertidas, perseverantes o radicales*. La confiabilidad de una escala compuesta por muchos ítems es, *prima facie*, una prueba en favor de la existencia de cierta generalidad en la conducta.

Este hecho resulta tanto más llamativo cuando se considera que una escala estandarizada requiere, para alcanzar confiabilidad, que todos los sujetos sean coherentes consigo mismos respecto de la *misma variable común*. La figura 18 mostró que la coherencia respecto de una variable común puede ser insignificante sin que esto constituya una prueba en favor de la especificidad, ya que cada individuo tiene sus propios rasgos peculiares con respecto a los cuales es coherente. Pero cuando, como ocurre con estas escalas, también se encuentra una alta confiabilidad en variables *comunes*, la prueba en favor de la existencia de unidades complejas de organización se hace aún más considerable.

5. Si tomamos deliberadamente una actitud ingenua y preguntamos si algún especificista puede creer en la vida cotidiana en su teoría y dejarse guiar por ella, descubrimos en seguida que eso no puede ser. Si actuara de conformidad con su teoría nunca podría aplicar adjetivos descriptivos a las personas. No podría decir que su amigo es honesto, afable o divertido; que su hijo es vivaz, dominante o sociable; que su mujer es buena o llena de tacto. En medio de una argumentación en favor de la especificidad, en un pasaje en que comenta la forma en que fueron llenados los cuestionarios, un autor hace una observación fatalmente contradictoria: "A la persona veraz le resulta muy difícil mentir", afirmación ésta que, sin lugar a dudas, sólo es aplicable a rasgos y no a reflejos específicos. Nadie puede vivir o pensar por mucho tiempo siguiendo estrictamente el concepto amplio de especificidad.

6. Todo lo que se sabe respecto de la acción integradora del sistema nervioso es incompatible con la doctrina de la especificidad. La creencia en un "surco neural", en el cual se suponía antes que residía un hábito específico, ha sido abandonada. Aunque se sabe bastante poco acerca de los equivalentes nerviosos de las disposiciones generalizadas, la tendencia actual del material de prueba favorece una teoría generalizadora y no una doctrina partidaria de hábitos aislados.

CONCLUSIÓN

Hasta el momento nuestra búsqueda de componentes psicológicos básicos de la personalidad no ha parecido muy rendidora. Ha sido examinado cierto número de esquemas, y aunque cada uno de ellos mostró tener méritos para fines determinados, ninguno sirve a nuestros fines. Ninguno se ocupa de las unidades estrictamente individualizadas de la personalidad, que son las verdaderas portadoras de la individualidad en la conducta. En su mayor parte, han sido concebidos nomotéticamente, ya que tenían como fin facilitar la comparación entre una persona y todas las demás respecto a algún aspecto común de la personalidad. Otros esquemas que no son necesariamente nomotéticos son en su mayor parte de concepción especificista o constituyen una mezcla desprovista de valor teórico. Sea como fuere, ninguno de los esquemas considerados en este capítulo define el nivel de disposiciones personales complejas, pero bien estructuradas, que es el que puede servir como el instrumento más adecuado para el análisis.

Más prometedora es la doctrina de los sentimientos, en la cual se deja más lugar para la individualidad de la organización afectiva. También son útiles ciertas concepciones derivadas de la psicología de la forma, como, por ejemplo, la de la *radix* de Wertheimer o la de los *sistemas yoicos* de Koffka, la de Lewin con sus *regiones*, *sistema de tensiones*, *estratos personales internos* y sus otros conceptos similares. De un modo u otro estas diversas concepciones sugieren mejores unidades de análisis. Los méritos especiales de algunos de estos conceptos serán considerados más tarde y al mismo tiempo serán discutidas sus aplicaciones. Entretanto, nos queda por realizar una tarea más crítica antes de que podamos contar con una base lo bastante despejada como para edificar una teoría constructiva de los rasgos.

CAPÍTULO X

LA TEORIA DE LOS ELEMENTOS IDENTICOS

EL PROBLEMA DE la organización y estructura de la *personalidad* no está separado del problema más amplio de la *organización mental*, sino que es meramente una fase de él. La única diferencia real reside en que, siempre que el interés se centra en la personalidad, el acento recae sobre las características *duraderas* o *permanentes* de la organización mental, mientras que en la antigua psicología asociacionista y en el estudio moderno de la percepción, el aprendizaje y el pensamiento, se atiende a la organización del contenido mental en secuencias y constelaciones más pasajeras. Pero si fuera posible decir con precisión cómo se producen en la mente humana los ordenamientos temporarios, probablemente se contaría con la clave de los ordenamientos más permanentes y viceversa. En todo caso, en el estado presente del conocimiento psicológico es imposible tratar el problema de la organización de la personalidad aparte del problema más amplio de la organización mental. A medida que pasan los años, este problema es formulado con menos frecuencia en los antiguos términos de "leyes de asociación"; pero, cualquiera sea el aspecto que tome, la solución sigue siendo la misma, y ésta es la solución básica de toda la ciencia psicológica.

La teoría predominante en Norte América en cuanto al problema de la organización mental es la doctrina de los elementos idénticos o, como muchas veces se la llama, la doctrina de la "identidad parcial". Según esta teoría la coherencia de una conducta individual se debe a su capacidad de distinguir diminutos elementos o aspectos de una situación ya encontrada antes y dar una respuesta similar siempre que estos elementos se presenten. A esta llamada "*transferencia*" de conducta, Symonds le ha dado el nombre de "confacto" (un término análogo a "concepto". Según la doctrina de la identidad parcial también el concepto surge debido a la capacidad que tiene la mente de descubrir identidades perceptuales diminutas). Conceptos y confactos "son respuestas a un elemento singular que puede ser común a una cantidad de situaciones, diversas en otros aspectos... Un concepto es una

respuesta mental o verbal, mientras que un confacto es una respuesta conductal".¹

La honestidad, el coraje, la lealtad, la frugalidad, la generosidad, la bondad y otros supuestos rasgos deben ser explicados por la capacidad de un individuo para responder con la misma secuencia de hábitos a elementos idénticos presentes en situaciones que en otros aspectos son diversas. Por ejemplo, nunca se debe pensar que un muchacho está desarrollando un *rasgo* de cortesía. Más bien, éste "aprende a sacarse una gorra específica al traspasar una puerta específica y en presencia de su madre. Pero con el tiempo puede llegar a sacarse su gorra o sombrero o cualquier cosa que tenga en la cabeza al entrar por cualquier puerta, en cualquier casa y en presencia o no de una persona".² La cortesía no es, entonces, nada más que la repetición de los mismos hábitos una y otra vez, repetición que se produce debido a la presencia de estímulos asociados antes a estos hábitos, o cuando existe identidad parcial en diferentes campos de estímulo, o cuando los hábitos mismos están ligados por algún vínculo común. Un principio tan débil de organización lleva naturalmente a concluir que "la generalización de la conducta no se extiende tanto como la mayor parte de la gente cree, de tal modo que en el grueso de las personas la conducta queda desorganizada y constituye un conjunto más bien suelto de hábitos disociados y sin relación entre sí".³

Un diagrama hará más clara la teoría. El niño de nuestro ejemplo ha aprendido, a fuerza de ejercicio, que cuando pasa por una puerta de entrada (a) de su propia casa (campo de estímulo I) debe sacarse la gorra (hábito 1), limpiar sus zapatos (hábito 2), saludar a los ocupantes (hábito 3). Ahora bien, las puertas de entrada tienen algo en común (elementos idénticos en diferentes campos de estímulo): todas hacen que el niño lleve a cabo estos tres hábitos (como, por ejemplo, cuando traspone la puerta de su (a') de su vecino, campo de estímulo II). Un observador mal informado podría señalar que es un muchachito cortés. De ningún modo; el niño no tiene ningún rasgo general; sus tres hábitos son automáticamente puestos en movimiento cada vez que encuentra elementos idénticos en diferentes campos.

Ahora bien, los hábitos mismos también pueden tener características idénticas, de tal modo que la puesta en acción de uno puede traer la de otro (en virtud de la acción reintegradora). De esta manera, el saludar a los ocupantes de la casa (hábito 3) podría, por mediación de algunos componentes verbales que por lo común están asociados a él —por ejemplo las palabras ¿qué tal? ¿cómo están? poner en movimiento otra pregunta respecto de la salud (hábito 4), que a su vez en virtud de alguna expresión facial asociada de ordinario a ella podría sugerir una sonrisa amistosa (hábito 5).

¹ P. M. Symonds: *The Nature of Conduct*, 1928, p. 167.

² P. M. Symonds: *The Nature of Conduct*, 1928, p. 294.

³ *Ibid.*, p. 325.

Finalmente, una sonrisa amistosa, a través de alguna otra asociación específica, lleva a algún otro acto de "cortesía", tal como invitar al amigo a salir a jugar (hábito 6).

De este modo resulta que elementos idénticos presentes en el campo de estímulo o en la estructura neuropsíquica son la causa de la cuasi-coherencia de la conducta del niño. Lo que esta teoría niega es que exista ninguna disposición generalizada a la cual, en rigor, se pudiera aplicar el nombre

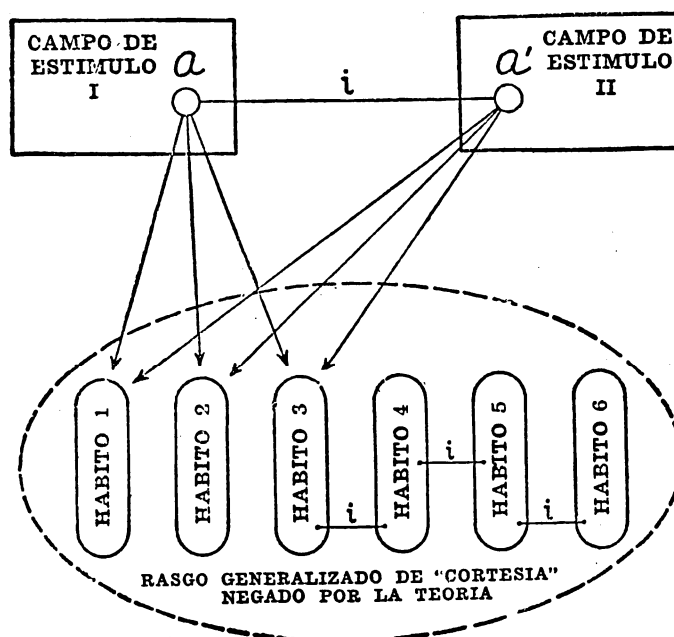


FIGURA 19

La teoría de los elementos idénticos

La identidad puede residir en elementos análogos presentes en el campo de estímulo o en algunos componentes neuropsíquicos de los hábitos. Las líneas de conexión llenas (i) indican esas identidades. Las flechas señalan líneas de estimulación y la elipse de línea punteada representa el rasgo hipotético "cortesía", negado por esta teoría.

de "cortesía". El niño es, básicamente, un producto de los hábitos específicos. Cualquier relación que pueda haber entre los seis hábitos aquí enumerados se debe por entero a algunos componentes aún más diminutos y específicos de estos hábitos; en resumen, a algunos elementos idénticos.

Ésta es, en consecuencia, la pintura de la estructura de la personalidad de acuerdo con la teoría de la identidad parcial. Constituye un serio problema el saber si los términos de "generalización" e "integración" pueden en verdad

aplicarse a tal conexionismo filiforme. Y constituye un problema aún más serio el saber si la cohesión interna de la estructura de la personalidad puede ser explicada de este modo.

LA IDENTIDAD PARCIAL Y EL APRENDIZAJE

Toda ley del aprendizaje es al mismo tiempo una ley del desarrollo de la personalidad. Ahora bien: sin duda, uno de los problemas más importantes en la psicología del aprendizaje es la *transferencia del adiestramiento* y, como sería lógico esperar, este mismo problema resulta igualmente importante para la psicología teórica de la personalidad.

Supóngase que, tal como lo afirma la psicología de los elementos idénticos, fuera verdad que:

"Adiestrar la mente supone el desarrollo de miles de capacidades independientes particulares, la formación de innumerables hábitos particulares, pues el funcionamiento de toda capacidad mental depende de los datos concretos con que ella trabaja. El perfeccionamiento de cualquier función o actividad mental hará progresar otras sólo en tanto éstas posean también elementos comunes con las anteriores. La cantidad de elementos idénticos en diferentes funciones mentales y el grado de influencia general que ejerce el adiestramiento especial son mucho menores de lo que la opinión corriente supone."⁴

Supóngase que esto sea verdad. ¿Cuál es entonces el cuadro de la personalidad en desarrollo? Es un cuadro en el cual los ajustes específicos a estímulos específicos son el hecho sobresaliente y que nos muestra entonces la recurrencia del mismo movimiento en situaciones-estímulo parcialmente iguales, la puesta en acción de hábitos estrechamente relacionados y el predominio en todo el proceso de una marcada rigidez. Al educar a un niño no resultaría de ningún valor enseñarle principios generales e ideales abstractos, ya que sus modelos de conducta no pueden ser sino específicos.⁵ Las situaciones nuevas habrían de dejar al niño perplejo e impotente o lo arrojarían en manos del "instinto", a menos que algún detalle familiar presente en la situación nueva lo salvara del dilema poniendo otra vez en acción algún hábito disponible o alguna secuencia de hábitos. Este cuadro se caracteriza por la no variación de los estímulos, la no variación del bagaje mental y la no variación de la respuesta.⁶

⁴ E. L. Thorndike: *Principles of Teaching*, Seiler, 1906, p. 248.

⁵ El movimiento moderno de la "educación del carácter" ha sido muy influido por esta creencia. En su literatura se encuentran máximas notables; por ejemplo, las destinadas a que a ningún niño se le enseñe la virtud si no es "haciendo cosas específicas en situaciones específicas". Como ejemplo de esta literatura véase Hartshorne: *Character in Human Relations*, 1932.

⁶ Pero de ordinario un hábito que se repite sin variación alguna resulta meramente inapropiado y ridículo. Hay un cuento muy conocido sobre un viejo soldado

Supóngase que esta teoría del aprendizaje sea falsa. Supóngase que sólo en la enseñanza del niño pequeño o del no desarrollado mentalmente resulta necesario limitarse a los hábitos y esto sólo porque su capacidad de generalización no ha llegado a madurar. Supóngase que con el tiempo estos hábitos específicos pueden llegar a generalizarse auténticamente y a ser reemplazados entonces por disposiciones dinámicas mucho más fluidas y flexibles del tipo de los rasgos. Supóngase que el individuo en maduración se forma una representación subjetiva de tales rasgos como *ideales* de conducta. Un joven, por ejemplo, que acepta la cortesía como un ideal digno de guiar su conducta, no será conducido entonces por seis ni por sesenta hábitos ni tampoco por los hábitos que tengan entre sí identidades parciales. Si de repente se trasladara a China, donde la cortesía requiere la inversión de la mayoría de sus hábitos, los reajustaría con rapidez y se comportaría de un modo que invertiría sus hábitos específicos y no obstante sería coherente con su ideal general. Los hábitos no serían persistentes cadenas sino formaciones capaces de atrofiarse con facilidad o incluso de invertirse, siempre que así lo exigieran las disposiciones estables generalizadas de la personalidad.⁷

Volvamos al problema de la transferencia. Se puede decir que la psico-

que volvía del almacén del pueblo. De un carro le gritaron ¡atención! y el viejo soldado adoptó de un salto la posición correspondiente, dejando caer su canasta de huevos. En esta conducta todo pone de manifiesto la acción de una transferencia a través de elementos idénticos. La orden fue el elemento común a los dos contextos; por sí misma hizo entrar de nuevo en acción un hábito ya formado. Pero este tipo de conducta es tan cómico como raro. (Bergson basó toda su teoría de la risa en esta "inelasticidad mecánica").

⁷ Hace algún tiempo se introdujo en las prisiones la educación de los hábitos, partiendo del supuesto de que buenos hábitos hacen buenos ciudadanos. Se les enseñaba a los presos a tener hábitos higiénicos, hábitos vocacionales, etc., y se les pagaban sueldos que debían compartir con sus familias. Durante un largo período de encarcelamiento, los presos recibían una cantidad impresionante de este tipo de educación de los hábitos, concebida de tal modo que elementos idénticos presentes en el mundo de fuera de la prisión habrían de poner en acción estos saludables hábitos después que el preso recuperara su libertad.

Esta política no resultó. El estudio de S. y E. T. Glueck (*500 Criminal Careers*, 1930) mostró que el 80 % de los hombres salidos de un reformatorio en el que se empleaban muchos métodos de los considerados buenos no se habían reformado de cinco a quince años después y seguían llevando una vida de criminales. La educación gradual de los hábitos y el reacondicionamiento, basados en elementos idénticos presentes dentro y fuera de los muros de la prisión como factores de transferencia, produjeron pocas reformas, si es que produjeron alguna. Para un preso con una perspectiva antisocial dominante o con otros rasgos antagonistas, tal educación de los hábitos carece de valor, ya que no está en un estado de ánimo propicio para aplicarlos. En cambio, en los raros casos en que la actitud y los objetivos dominantes llegan a alterarse, la educación de los hábitos es de importancia secundaria. El preso que se reforma encontrará formas de aprender a vivir más higiénicamente, de ocuparse de su familia, de cumplir con sus responsabilidades, bajo la sola condición de que sus intereses e ideales se hayan alterado. Y esos intereses e ideales no se alterarán por la mera fuerza de la rutina.

logía ha pasado por dos períodos distintos respecto a este importante problema y ahora está entrando lentamente en un tercer período. El primer período se caracterizó por una fe ciega en una ilimitada transferencia; se suponía que todo tipo de adiestramiento mejoraba el poder mental en general o al menos el poder de alguna vasta facultad de la mente, tal como la capacidad de raciocinio o la memoria. Aún en la actualidad, en escuelas menos "progresivas", los maestros creen, y así lo aseguran a sus alumnos, que el estudio de la geometría o el latín; si bien es desagradable en sí mismo, tiene valor debido a que automáticamente educa el "poder lógico" o la "memoria" o quizá la "fuerza de voluntad".⁸

Thorndike fue quien, siguiendo las sospechas de James, Himsdale y otros,⁹ hizo un ataque devastador contra esta difundida teoría de la "disciplina formal" e instituyó la segunda época. En 1901 publicó en colaboración con R. S. Woodworth una de las primeras investigaciones experimentales sobre el problema.¹⁰ Según Gates, este estudio

"tuvo como consecuencia el completo derrocamiento de la antigua teoría educacional de la disciplina formal. En lugar de esta doctrina se ofreció la teoría de la transferencia del adiestramiento, que, en resumen, afirma que el progreso en el pensamiento, el razonamiento, la limpieza, la honestidad y las otras cualidades del mismo tipo debe hallarse en el desarrollo de innumerables hábitos particulares y que estos hábitos permanecerán probablemente adheridos a la situación en la cual se han desarrollado. Un corolario de esta teoría es que esos hábitos se transfieren desde una situación en la cual fueron desarrollados a otras situaciones, aproximadamente en proporción al grado en que los dos conjuntos tienen elementos en común".¹¹

Thorndike mismo vio que de su temprana obra experimental se desprendían las siguientes conclusiones:

"Duplicando el poder de razonamiento de un niño en problemas aritméticos no se duplica ese poder para la gramática formal o el ajedrez, la historia económica o las teorías de la evolución. Triplicando la justeza de los movimientos en ejercicios de digitación no se la triplica para la dactilografía, el billar o la pintura. La adquisición de coraje en el partido de fútbol no tiene una equivalencia en el aumento de coraje moral o de resistencia ante obstáculos intelectuales. El verdadero problema no

⁸ Ejemplos de la antigua literatura pedagógica de este tipo son C. Aiken: *Methods for Mind Training*, 1889 y J. Payot: *The Education of the Will*, trad., 1909. [Título del original: *L'éducation de la volonté*.]

⁹ Cf. W. James: *Principles of Psychology*, 1890, I, 666-668; B. A. Hinsdale: "The Dogma of Formal Discipline", *Proceed. N. E. A.*, 1894.

¹⁰ *Psychol. Rev.*, 1901, 8, 247-261, 384-395, 553-564. Todas las citas de la obra de E. L. Thorndike hechas en este capítulo son por fuerza de sus primeras publicaciones. Ni en *Human Learning*, 1931, ni en *The Fundamentals of Learning*, 1932, hay una defensa (o repudio) explícita de la teoría de los elementos idénticos.

¹¹ A. I. Gates, cita del cap. III de *Psychology at Work* (ed. por P. S. Achilles), McGraw-Hill Book Company, 1932.

está en si altera el progreso de una función las otras funciones, sino en qué extensión y cómo se produce esa alteración."

"La respuesta que trataré de defender es que un cambio en una función altera cualquier otra función en la medida en que las dos funciones tienen como factores elementos comunes... Para tomar un ejemplo concreto, el progreso en la suma alterará la destreza en la multiplicación porque la suma es absolutamente idéntica a una parte de la multiplicación y porque algunos otros procesos, como movimientos oculares y la inhibición de todos los impulsos salvo los aritméticos, son en parte comunes a ambas funciones."¹²

La influyente teoría de Thorndike puede ser resumida como sigue. Cada operación mental es por naturaleza un proceso distinto. Todo el proceso comienza con un estímulo que traza una vía neural hasta que se logra un ajuste motor. La vía neural recorrida queda en un estado de resistencia reducida y funcionará con mayor facilidad cuando sea estimulada nuevamente. Las diversas situaciones-estímulo de la vida tienen con frecuencia caracteres comunes, de tal modo que en lo que parece ser una situación nueva en realidad están presentes elementos que ya han estado presentes antes. Esta repetición de elementos en dos situaciones-estímulo es la causa de todo progreso que pueda manifestarse en la segunda respuesta. La segunda respuesta se producirá con mayor velocidad o en forma más adecuada, esto es, mostrará efecto de transferencia, en proporción a la magnitud de la coincidencia.

En el caso de la aritmética, la práctica de la suma mostrará una mayor transferencia al aprendizaje de la multiplicación que al aprendizaje de la división, por la razón de que los primeros dos procesos tienen más elementos en común (*c*, *d*, *e* y *f* en la figura 20) mientras que la suma y la división tienen menos factores en común (sólo *e* y *f*).

En seguida se ve que este diagrama tiene un defecto, que consiste en que los "elementos" componentes de cada operación matemática de ningún modo son verdaderos elementos (a pesar de provenir del análisis de las operaciones que hizo el mismo Thorndike). Pero, como más tarde mostraremos, esta incertidumbre acerca de la índole de los elementos es inherente a la teoría misma. Por el momento todo lo que necesitamos es captar cuál es el propósito de esta teoría y apreciar su influencia sobre doctrinas referentes a la estructura de la personalidad. Las siguientes citas servirán como ejemplos de esta influencia:

"Los rasgos de carácter no son rasgos generales de que se dispone para responder a todo tipo de situaciones, sino más bien lo inverso, una cosa específica en cada situación... La psicología ya no considera que la honestidad, por ejemplo, es un rasgo general que una vez adquirido ha de hacer honesto al sujeto en todos sus actos, sino que la verdad es más bien que llegamos a ser considerados honestos por

¹² *Educational Psychology*, Teachers College, 1903, págs. 80 y sig.

la forma en que respondemos a situaciones individuales... Nuestro interés se ha desplazado desde el ser bueno al actuar bien, desde el ser honesto como abstracción intangible al actuar honestamente en las situaciones concretas o del ser delicado al actuar delicadamente en acción.¹³

"Todos sabemos que los individuos pueden ser corteses, buenos y generosos en compañía o en sus relaciones de negocios y ser al mismo tiempo rudos, crueles y

Suma	{	a. actitud mental de sumar
		b. atención a la columna vertical larga
Multiplicación	{	a. actitud mental de sumar
		d. proceso de llevarse números
		e. actitud de inhibir ideas no-matemáticas
		f. tensión necesaria para lograr exactitud
		g. actitud mental de multiplicar
		h. tablas de multiplicar
Suma	{	i. manejo de los ceros del multiplicador
		j. manejo de los ceros del multiplicando
		a. actitud mental de sumar
		b. atención a la columna vertical larga
		c. tabla de sumar
		d. proceso de llevarse números
División	{	e. actitud de inhibir ideas no matemáticas
		f. tensión necesaria para lograr exactitud
		w. tablas de restar
		x. pedir unidades
		y. referencia constante al divisor
		z. actitud mental de dividir

FIGURA 20

Algunos elementos hipotéticos involucrados por diferentes operaciones matemáticas

egoístas en su hogar. Un inescrupuloso hombre de negocios puede ser el mayor ejemplo de honestidad en sus relaciones con sus amigos, con su club o con su iglesia. El padre bueno y cariñoso puede ser en su industria un explotador de niños. La bondad, la honestidad, la generosidad no son entonces rasgos que se transfieren de un conjunto de circunstancias a todos los otros."¹⁴

TRABAJOS EXPERIMENTALES SOBRE LA TRANSFERENCIA

Un problema tan central de la teoría y la práctica educacional naturalmente ha sido sometido una y otra vez a investigación experimental.

¹³ Tomado de un memorándum publicado por una de las más importantes organizaciones de "formación del carácter" de Norteamérica.

¹⁴ R. Pintner: *Educational Psychology*, 1929, p. 265.

Desde el clásico experimento de William James (1890), se han publicado más de trescientos informes de trabajos experimentales dedicados a este tema. James estaba interesado en la posibilidad de educar la memoria. Para probarlo, memorizó¹⁵ 158 líneas del *Sátiro* de Hugo y luego para practicar memorizó todo el libro primero del *Paraíso Perdido*. Después de este adiestramiento intensivo volvió al poema de Hugo; otras 158 líneas requirieron 151 ½ minutos, en comparación con los 132 minutos requeridos por las 158 primeras líneas. Evidentemente no se había producido ninguna transferencia, pero James dudó de los resultados ya que estaba fatigado cuando hizo el segundo ensayo. Repeticiones posteriores del experimento justificaron por completo sus dudas.¹⁵

El procedimiento corriente en todos los experimentos modernos sobre la transferencia consiste en comparar el progreso de un grupo adiestrado de sujetos con el progreso de un grupo de control, el cual es en todos los aspectos igual al grupo experimental y al que como a aquél se le registran las marcas al comienzo y al final del experimento, pero sin ningún adiestramiento específico durante el intervalo. Tenemos entonces:

Grupo en adiestramiento: prueba en función 1; adiestramiento en f 2; nueva prueba en f 1.

Grupo de control: prueba en función 1; ningún adiestramiento en f 2; nueva prueba en f 1.

Cuando se comparan entre sí los tantos experimentos publicados se encuentra poca concordancia entre sus resultados, sin duda debido a las muy diferentes condiciones bajo las cuales los experimentos fueron realizados, a los diferentes tipos de material empleados y a las diferentes funciones mentales estudiadas. Pese a este desacuerdo, son pocas las voces que disienten con la conclusión de que la transferencia *tiene* lugar, en medidas diversas dependientes de las circunstancias. La transferencia sólo deja de producirse cuando la impide alguna condición extraña (tal como la fatiga de James) o cuando las funciones investigadas y las adiestradas guardan entre sí alguna forma de relación antitética, por lo cual en vez de la ayuda esperada se produce una interferencia; este último caso es conocido bajo el nombre de "transferencia negativa". Las *explicaciones* acerca de los resultados de los experimentos son casi tan numerosas como las investigaciones mismas. Orata presenta un resumen de estas interpretaciones, la mayor parte de las cuales suscriben de un modo u otro la teoría de los elementos idénticos, si bien algunas la rechazan por completo.¹⁶

Un resumen detallado no cumpliría ningún fin útil. La mayoría de los investigadores caen en dos serios errores. Ante todo, a menudo em-

¹⁵ H. A. Peterson: *Psychol. Rev.*, 1912, 19, p. 491.

¹⁶ P. T. Orata: *The Theory of Identical Elements*, 1928, pp. 47-51.

plean para el adiestramiento tareas absurdamente incoherentes, desprovistas de sentido. Tachar las *p* o las *q* de un renglón o dibujar algunos cientos de diseños sin sentido sólo pueden ser una pobre base para pronunciarse respecto del aprendizaje de tareas con sentido. Un segundo defecto de la teoría es la brevedad de los experimentos. Por lo común éstos se basan en unos pocos días de adiestramiento o unos pocos meses en el mejor de los casos. Bajo tales condiciones no se puede esperar una transferencia óptima, ni siquiera un grado normal de transferencia. En la vida real, el desarrollo de capacidades y la construcción de la personalidad llevan tiempo; el proceso continúa durante años. Pero cualesquiera sean los defectos del enfoque experimental, siempre es necesario recurrir a las pruebas de este tipo, tales como son, cuando se quiere establecer qué grado de verdad corresponde a la teoría de la identidad parcial.

Si es que en algún sentido ha de ser defendida la doctrina de los elementos idénticos, sólo debe ser defendida en su significado *literal*. Esta doctrina sostiene que la vida mental está compuesta de un cierto número de hábitos bien definidos y que estos hábitos funcionan en forma independiente, excepto cuando algunos "elementos idénticos" tangibles, identificables, comprobables, los conectan. Esta insistencia sobre vínculos "tangibles, identificables, comprobables" es necesaria para impedir que los partidarios de la teoría se deslicen disimuladamente fuera de los límites de lo que en un comienzo sostenían. Con demasiada frecuencia algunos campeones de la teoría cambian el sentido de "identidad" o de "elemento" en la mitad de su exposición.

Podríamos agregar de paso que, en rigor, el término "transferencia" nunca debería ser usado por quienes creen en la identidad parcial. Ese término sugiere la presencia de un *cambio* de vehículo, mientras que la hipótesis de los elementos idénticos debe significar nada más que lo que dice, o sea, vehículos *idénticos*. Si se viaja en el mismo vehículo a través de diversos territorios no hay ninguna "transferencia". La unidad de transporte es siempre la misma. Si se trata de los mismos hábitos que actúan en diferentes contextos, no hay en rigor transferencia alguna. Pero esta dificultad terminológica puede dejarse de lado. Es más importante señalar la debilidad central de la teoría que evitar el uso incorrecto de un término.

¿HASTA QUÉ PUNTO ES ELEMENTAL UN ELEMENTO?

Thorndike gusta pensar el elemento como verdaderamente muy específico. Dice, por ejemplo: "Se entiende por elementos idénticos procesos mentales que tienen la misma acción celular en el cerebro, que constituye su correlato físico".¹⁷ O también: "La teoría general de los elementos idénticos, según la cual una capacidad mejora por el ejercicio de otra sólo

¹⁷ *Educational Psychology*, 1913, II, p. 359.

cuando las neuronas cuya acción representa la primera son efectivamente alteradas en el curso del ejercicio de la última, es una doctrina correcta y útil para guiar nuestro pensamiento. Sin embargo, se sabe tan poco acerca de cuáles neuronas entran en juego en el ejercicio de cada capacidad que esta teoría general no nos lleva muy lejos".¹⁸ Lo que aquí se tiene en vista es la acción de neuronas idénticas.

Nos dice Thorndike que la capacidad de una persona para estimar el largo de líneas de 100 milímetros es esencialmente independiente de su capacidad para estimar el largo de líneas de 50 milímetros.¹⁹ Como en investigaciones experimentales se comprueba que el adiestramiento en una de estas capacidades no afecta en forma apreciable a la otra, se considera entonces que ambas no contienen un número apreciable de elementos en común. A uno se le ocurre en seguida pensar si las capacidades involucradas en la estimación de líneas de 100 y 75 mm. también están separadas y, más aún, se pregunta qué sucederá con las capacidades que permiten estimar líneas de 100 y 99,999 mm. En otra parte se nos dice que hay "tantas memorias como hechos a ser memorizados"; cada memoria es mirada como constituyendo un elemento por sí sola. ¿Pero qué es un hecho a ser memorizado? ¿Es una sílaba, una palabra, una oración, una sucesión de oraciones, un poema completo *verbatim* o el sentido general del poema?

Al mismo tiempo, procesos mentales más amplios tales como "fines", "estados de ánimo", "ideales", "conocimiento de modos de proceder" y funciones tan enormemente complejas como la "estima por la verdad en todo tiempo y lugar" también son considerados elementos.²⁰ Si la transferencia se produce por intermedio de componentes tan generalizados como éstos, el término elemento debe perder su referencia a la "acción celular común en el cerebro". Proponer que un sentimiento generalizado tal como la "consideración por el método científico" o la "estima por la verdad en todo tiempo y lugar" tiene una localización específica y rígida en el sistema nervioso es proponer un absurdo. Tales presuntos elementos no son de ningún modo específicos: son extremadamente generales. En verdad, corresponden por entero a la psicología de los rasgos.

En este punto, la concepción de un elemento verdaderamente elemental está perdida sin esperanza de salvación y se la sustituye entonces por la doctrina de que la transferencia se debe a actitudes generales, a conceptos o rasgos, aunque no se llega a reconocer esta sustitución. Se admite, sin advertir la consecuencia de ello, que siempre que una disposición generalizada es significativa y tiene importancia para dos situaciones, pasa de

¹⁸ Ibid., II, p. 417.

¹⁹ J. Phil.: *Psychol. & Sci. Meth.*, 1909, 6, págs. 239 y sig.

²⁰ *Educational Psychology*, 1903, p. 81 y *Educational Psychology*, 1913, II, pp. 419 y sig.

la una a la otra y ejerce en ambos casos una influencia determinante sobre la conducta, debido a la cual la pauta de ajuste a una situación se corresponde en forma dotada de sentido con la pauta de ajuste presente en la otra. Esto es todo lo que la psicología de los rasgos sostendría.

¿HASTA QUÉ PUNTO ES IDÉNTICA UNA IDENTIDAD?

Surge ahora el problema de saber en qué punto de la serie de los sucesos que van del estímulo hasta la respuesta ocurren las identidades. Sería lógico pensar que las identidades podrían ocurrir en los sucesivos campos de estímulo, o en procesos neurales, o en la actividad ideacional (presumiblemente reducible a procesos neurales), o en las contracciones musculares finales o, si no, en todas estas fases de la situación de transferencia.

La mayor parte de los campeones de esta teoría ponen el acento sobre las identidades presentes en el campo de estímulo. Reaccionar ante identidades situadas en medio de diversidades es la clave de la transferencia (cf. fig. 19, a y a') Pero, ¿una a es efectivamente idéntica a una a'? ¿Una puerta es idéntica a todas las otras puertas? ¿Estas puertas no toman más bien su carácter perceptual de la situación total en que están incluidas? Una pantera dentro de una jaula es un estímulo muy distinto que una pantera delante de la misma jaula. Lo mismo ocurre con las puertas. La puerta de la casa de un vecino nunca puede ser *idéntica* a la puerta de la propia casa, ni objetiva ni subjetivamente. Aun los hechos más persistentes de la naturaleza, por ejemplo, el sol naciendo por el este o la forma del número 8, nunca son los mismos en todos los aspectos. Y en especial son distintos en sus efectos sobre el organismo en diferentes momentos, ya que tales efectos dependen de estados orgánicos de fatiga o deseo y de los contextos en que los hechos se hacen presentes.

Lo más que se podría argumentar en favor de elementos objetivamente "idénticos" es que a veces parecen ser *equivalentes* para los propósitos del organismo, esto es, que funcionalmente pueden sustituirse el uno al otro. Un amigo puede reemplazar a otro como confidente o como miembro de una partida de bridge. Pero en estos casos la continuidad de la misma conducta no se debe a la identidad objetiva sino más bien a las necesidades, actitudes y rasgos de la persona. Estas disposiciones generales son las que pasan de una situación a la otra pese a la falta de elementos idénticos en las dos situaciones-estímulo.

Aun si fuera posible encontrar identidades en los dos campos de estímulo, de ningún modo se podría considerar que son esas identidades las que provocan la transferencia. Según la teoría, las identidades presentes en el campo de estímulo deberían *por sí mismas* poner en movimiento los hábitos a que están ligadas. Sin embargo, los hombres necesitan siglos

para descubrir el "elemento idéntico" presente en el comportamiento de la manzana que cae y las mareas. Por lo común, a los estudiantes de psicología les lleva años el ver los caracteres evidentemente comunes que existen entre las diversas escuelas de pensamiento. Rara vez el individuo es afectado en forma espontánea por las llamadas identidades. El científico debe *buscar* identidades en medio de la diversidad. Sólo tras un duro trabajo y un hábil análisis puede encontrar identidades (o equivalencias) que le permitan transferir su conocimiento, adquirido en el estudio de un objeto, a otros objetos similares. No hay en las identidades nada compulsivo; de ningún modo causan automáticamente la transferencia. Sólo son efectivas bajo la guía de conceptos generales y disposiciones volicionales.

Y las identidades del sistema nervioso son todavía más evasivas. Sin embargo, la creencia de que la idéntica *acción celular* supone elementos idénticos es básica para toda esta teoría. "En el mismo organismo", escribe Thorndike, "la misma acción neural producirá siempre el mismo resultado..."²¹ Y el cuadro que nos ofrece es el de un conjunto de surcos neurales definidos, capaces de reexcitación en diferentes pautas de respuesta. Hoy en día ese cuadro es totalmente insostenible. Su falsedad desde el punto de vista de la fisiología cerebral y su completa inaplicabilidad al fenómeno de la transferencia, son puestas de manifiesto por Lashley:

"La doctrina de la conducción por reflejos aislados ha tenido gran influencia sobre las teorías psicológicas corrientes... Si el aprendizaje se restringe a sinapsis particulares, no puede haber influencia alguna del adiestramiento sobre actividades distintas de las que efectivamente son sometidas a la práctica; ningún progreso en funciones no practicadas puede ser el resultado de conexiones nerviosas que esas funciones tengan en común con las actividades practicadas. El rechazo de las doctrinas de la disciplina formal parece haberse basado mucho más sobre este razonamiento que sobre pruebas experimentales convincentes."

"No hay pruebas que puedan servir de base a esta creencia en la identidad de los elementos nerviosos. Por el contrario, es dudoso que las mismas neuronas o sinapsis entren en acción en dos reacciones similares ante el mismo estímulo. Nuestros datos parecen probar que los elementos estructurales carecen relativamente de importancia para la integración y que los elementos dinámicos deben ser algún tipo de estructuras dinámicas determinadas por las relaciones o proporciones entre las partes del sistema y no por la activación de neuronas específicas. Si esto es verdad, basados en nuestro conocimiento presente del sistema nervioso no podemos poner ningún límite a los tipos o cantidades de transferencia posibles o al tipo de relaciones que pueden ser reconocidas en forma directa."²²

En cuanto a las identidades de contracción muscular, éstas son todavía menos adecuadas para servir como base para la transferencia. Hay muchas

²¹ E. L. Thorndike: *Educational Psychology*, I, 1913, p. 7.

²² K. S. Lashley: *Brain Mechanisms and Intelligence*, University of Chicago Press, 1929, págs. 172 y sig.

maneras de llevar a cabo el mismo acto; es posible que todas estas maneras sean *equivalentes* entre sí, pero es evidente que las contracciones musculares involucradas no son *idénticas*. Cuando se está escribiendo con un lápiz que se tiene en la mano derecha, la mano izquierda, los dedos o los dientes muestran efectos de transferencia, pero los músculos que actúan en estos casos son por completo diferentes.²³ Además, la adquisición de una destreza muscular específica nunca ayuda a resolver problemas nuevos en los cuales esa habilidad sería útil, a menos que el sujeto *vea la pertinencia* de la habilidad para la nueva situación (cf. pág. 296). Es más probable que el empleo de los mismos movimientos musculares sea una consecuencia de la transferencia, y no una causa.

Parece entonces imposible descubrir "identidades" lo bastante definidas, lo bastante tangibles, lo bastante idénticas (!) como para justificar esta teoría de la transferencia. La teoría es enteramente explícita: *dice* identidades y *quiere significar* identidades, pero las identidades parecen eludir siempre el descubrimiento. Thorndike mismo se siente algo perturbado por esta dificultad y habla de "identidades que están más allá de nuestro alcance", pero cree que no presenta muchos inconvenientes alcanzar una "decisión aproximada" en los casos en que el adiestramiento es de importancia práctica. Esta "decisión aproximada" no se alcanza con tanta facilidad como cree Thorndike. Además, una decisión aproximada no basta. Si es que la teoría ha de ser defendida en algún sentido, las identidades deben ser especificables en lugar de desvanecerse cada vez que el investigador se les acerca.

EL PROBLEMA DE LA PROPORCIONALIDAD

La influyente teoría de Thorndike sostiene no sólo que la transferencia depende de la presencia de elementos idénticos sino también que el *grado* de transferencia depende del *número* de elementos idénticos presentes en dos o más situaciones en las que se produce la transferencia. Es relativamente simple someter esta afirmación a la prueba experimental, si bien

²³ En G. W. Allport y P. E. Vernon: *Studies in Expressive Movement*, 1933, se encuentran abundantes pruebas de que la continuidad motriz en la *expresión de la personalidad* no puede deberse al empleo de contracciones musculares idénticas o a vías nerviosas idénticas correspondientes a esas contracciones. Citemos una comprobación típica: "Entre el largo de los pasos que se dan al caminar y el área de la escritura corriente del sujeto existe una correlación $r = +.46$. Por tratarse de campos de la conducta tan diferentes resulta claro que no puede tratarse aquí de procesos nerviosos idénticos. Parece comprobarse que cada sujeto mantiene simplemente lo que para él es un nivel adecuado y coherente de actividad. En algún punto entre la extensión mínima y la máxima posible, existe una extensión de movimiento natural para el sujeto y este punto permanece proporcionadamente constante en situaciones muy diversas, cualquiera sea la musculatura empleada. La teoría de los elementos idénticos no está en condiciones de tratar un caso en el que deba hacer frente al mantenimiento de una proporcionalidad coherente en el movimiento" (p. 156).

para determinar el número de factores comunes presentes vuelve a ser necesario confiar en la "decisión aproximada" aceptada por Thorndike. Si, por ejemplo, hay que decidir si el aprendizaje de dos poemas involucra o no más procesos en común que el aprendizaje de un poema y de un conjunto de sílabas sin sentido, probablemente todos darían una respuesta afirmativa. Sin embargo, precisamente en esta situación Sleight no encontró ninguna prueba de transferencia proporcional. Un grupo entrenado en la memorización de poemas mostró un progreso igualmente grande en su capacidad de memorizar sílabas sin sentido y en su capacidad de aprender nuevas poesías.²⁴ Estos resultados son típicos representantes de lo que ocurre en los experimentos sobre la transferencia.

Incluso el experimento original de Thorndike y Woodworth mostró una perturbadora ausencia de transferencia proporcional.

"Algunos individuos hicieron prácticas de estimación de áreas de rectángulos de 10 a 100 cm² hasta que alcanzaron un marcado progreso. Luego de este entrenamiento, el progreso en la estimación de áreas de igual medida pero diferente forma representó un 44 % del alcanzado con áreas de la misma medida e igual forma. En el caso de áreas de la misma forma pero de 140 a 300 cm², el progreso fue de un 3 %, pero para áreas de diferente forma y diferente medida (140-400 cm²) alcanzó un 52 %."²⁵

¡La mayor transferencia se logró con áreas que diferían de las áreas con que se había practicado *tanto en tamaño como en forma!* Resultados tan contradictorios con lo que parecería previsible constituyen un fracaso completo en el intento de justificar la hipótesis de la transferencia proporcional.

Las pruebas contrarias a esta hipótesis son abundantes. Coover, después de excluir en todo lo posible los elementos idénticos de las dos situaciones, encontró todavía una transferencia que osciló entre el 25 y el 75 %; en otros experimentos comprobó que la transferencia entre datos distintos fue mayor que entre datos similares. También en los trabajos de Cole, Coover y Angell, McKinney y muchos otros se puso de manifiesto la ausencia de la transferencia proporcional requerida por la teoría.²⁶

²⁴ W. G. Sleight: *Brit. J. Psychol.*, 1911, 4, 386-457.

²⁵ Cf. E. L. Thorndike: *Educational Psychology*, 1913, II, p. 397.

²⁶ L. W. Cole: *J. Educ. Res.*, 1928, 18, 32-39; J. E. Coover y F. Angell: *Am. J. Psychol.*, 1907, 18, 328-340; F. McKinney: *J. Exper. Psychol.*, 1933, 16, 854-864.

L. W. Webb observa con razón que la semejanza objetiva de pautas de estímulo puede no implicar semejanza de las actividades nerviosas involucradas, pero agrega: "A mi parecer aquí reside la debilidad de la teoría de Thorndike. Su validez nunca puede ser probada adecuadamente. Todo acuerdo general acerca del grado de identidad neural entre dos problemas complejos cualesquiera es imposible." (*Psychol. Monog.*, 1917, N° 104, p. 57.)

No sólo en el aprendizaje sensorio-motor se comprueba que la cantidad de transferencia es casi independiente de la proporción de elementos idénticos presentes en los dos campos de estímulo, sino que también en otras formas de aprendizaje se ve claramente la misma falta de proporción. Tómese, por ejemplo, el trauma, en el cual un episodio ejerce una influencia que llega hasta los últimos rincones de una vida y no sólo hasta los hábitos a los cuales ese suceso pudo estar vinculado antes. Un cambio traumático de un pequeño aspecto del medio ambiente de un hombre, puede significar para este individuo el cambio más grande que sea posible imaginar, acaso susceptible de transformar su felicidad en desesperación. Lo que sucede en el trauma es que una experiencia satura toda la vida y compele violentamente a efectuar una reestructuración de la personalidad toda. No hay aquí huella alguna de transferencia proporcional.

LAS LLAMADAS IDENTIDADES DE MODOS DE PROCEDER

Un experimento clásico en el campo de la transferencia es el de E. Ebert y E. Neumann.²⁷ Estos investigadores encontraron un progreso tan extendido de la capacidad de memorizar todo tipo de material después de efectuar prácticas con material sin sentido que se vieron llevados a postular una *Mitübung* (una expansión o ejercicio simpático) en todas las capacidades de memorización a consecuencia del adiestramiento de un tipo especial de memorización. G. E. Müller objetó esta interpretación calificándola de extravagante y afirmando por contraste que diversas identidades (de *Lernstoff*, *Lernmittel* y *Lernweise*) explicarían igualmente bien los resultados.²⁸ A partir de esta controversia ha sido habitual que los defensores de la identidad parcial siguieran a Müller afirmando que, cuando las identidades de contenido están "más allá de nuestro alcance", ciertas identidades de procedimiento deben ser la causa de los resultados. Entre estas supuestas identidades de modo de proceder se incluyen estados mentales tan complejos como el "tener conciencia de que uno tiene un problema", la "desconfianza de la opinión", la "disposición a pasar por alto las cosas sin importancia" o el considerar deseables, bellas o falsas ciertas conductas.²⁹

Pero estas extensiones de la teoría de la identidad parcial son fatales; significan nada menos que su completo abandono. Tómese el "modo de proceder idéntico", tan a menudo mencionado, de "ir directamente al centro del problema". Esta compleja actitud mental varía enormemente de acuerdo con la índole del problema. Las cosas sin importancia que deben ser excluidas al dirigirse al centro de diferentes problemas no son idénticas. "El

²⁷ Arch. f. d. ges. Psychol., 1905, 4, 1-232.

²⁸ Zsch. f. Psychol., 1905, 39, 111-125.

²⁹ E. L. Thorndike: *Educational Psychology*, 1913, II, págs. 418 y sig.

habituarse a la incomodidad y la fatiga", la "atención" y la "disposición a mantener la actitud científica" no hay dos casos en que sean exactamente iguales. El único factor común es una actitud o interés por entero generalizado, versátil en su expresión, que emplea en un momento este mecanismo neural y en otro momento aquél y se caracteriza por una flexibilidad mayor que la que la teoría de los elementos idénticos puede admitir si quiere ser coherente con su posición.

La inclusión de actitudes generales y disposiciones volicionales en la lista de "identidades" es un subterfugio necesario, pero fútil, destinado a salvar la teoría. La tesis explícita de esta doctrina es la siguiente:

"Educar la mente implica el desarrollo de miles de capacidades particulares independientes, la formación de innumerables capacidades particulares, pues el funcionamiento de cualquier capacidad mental depende de los datos concretos con que trabaja".³⁰

Esta es la tesis y sus proponentes deben persistir en ella. La actitud científica, o una disposición a buscar lo bello, o un respeto general por la verdad, que según Thorndike son identidades en el modo de proceder, evidentemente no constituyen "capacidades independientes particulares" específicas con respecto a los datos concretos a los cuales se las aplica.

El modo de proceder durante el aprendizaje es sin duda un factor capital en la transferencia, pero el modo de proceder depende ante todo de una *actitud, un interés, un fin, un concepto, un ideal*, o de una *comprensión de principios*. Todas estas formas de organización mental tienen como resultado la transferencia. Pero ninguna de ellas está constituida por elementos invariables o vínculos específicos.

Thorndike encontró cierta vez que algunos alumnos a quienes se les enseñaba a elevar al cuadrado $x + y$, sufrían una gran interferencia cuando se les indicaba que sacaran el cuadrado de $b_1 + b_2$. De esto concluyó que elevar al cuadrado $x + y$ es una capacidad específica e independiente del cuadrado de $b_1 + b_2$.³¹ ¿No sería quizá que el método de enseñanza era incorrecto? Muchas veces un niño no logra captar el *principio* de un cómputo, pero por lo común la culpa la tiene la forma de instruirlo. Incluso es posible enseñarle a un niño pequeño de tal modo que su capacidad de contar tres monedas no se extienda a la tarea de contar tres manzanas, pero esta pedagogía dañina sólo prueba que bajo condiciones *desfavorables* la generalización no se producirá.

El tan conocido experimento de H. A. Ruger demuestra la importancia que tiene la formación de un concepto general para que se produzca la

³⁰ E. L. Thorndike: *Principles of Teaching*, 1906, p. 248.

³¹ *J. Exper. Psychol.*, 1922, 5, 33-38.

transferencia y asimismo hace patente la inutilidad de la ciega recurrencia de elementos idénticos:

Cierto rompecabezas mecánico podía ser presentado de diferentes formas. Las manipulaciones necesarias en estas diferentes formas podían ser todas comprendidas en una sola fórmula. Esta fórmula general podía ser deducida de cualquiera de las formas especiales. Un cierto número de sujetos fue sometido a pruebas con este rompecabezas. Tan pronto como se adquiría destreza para resolverlo en una de sus formas se lo presentaba con otra. Los sujetos que desarrollaron la fórmula general durante la solución de la primera forma pudieron usar para resolver la segunda forma los hábitos especializados estructurados en la primera. Aquellos que formaron meramente hábitos especiales sin desarrollar el principio intentaban emplear esos hábitos sin modificación en las otras formas y eran perturbados en alto grado por el cambio.³²

En otro experimento, a un grupo de estudiantes se les enseñó geometría con los métodos corrientes y a otro grupo empleando una técnica más adecuada, destinada a acentuar los principios lógicos. Los grupos eran iguales en inteligencia. Después de algunos meses, el grupo experimental mostró mayor persistencia, desarrolló más métodos útiles para la solución de nuevos problemas, obtuvo mejores resultados en sus exámenes e incluso mostró un progreso en tests de razonamiento no geométricos.³³ Este experimento muestra que la geometría tal como es enseñada de ordinario no lleva al progreso del razonamiento en general, pero muestra también que puede ser enseñada de tal modo que ese fin se logre. Muchas otras investigaciones conducen a conclusiones esencialmente iguales.³⁴ Un estudio mostró que el adiestramiento en la pulcritud puede transferirse o no a actividades distintas de aquellas en las cuales se establecieron por primera vez hábitos pulcros. Todo depende del modo en que se efectúa el adiestramiento.³⁵ La transferencia no es automática, sino que depende de la comprensión de principios generales. Los buenos maestros saben que esto es verdad.³⁶

LA GENERALIZACIÓN

La doctrina diametralmente opuesta a la doctrina de la identidad parcial es conocida, en forma algo indefinida, como teoría de la *generaliza-*

³² "The Psychology of Efficiency", *Arch. of Psychol.*, N° 15, 1910, 18 y sig.

³³ E. P. Johnson: *Mathematics Teacher*, 1924, 17, 191-201.

³⁴ P. ej., H. Woodrow: *J. Educ. Psychol.*, 1927, 18, 159-172; G. P. Meredith: *Forum of Educ.*, 1927, 5, 37-45; W. W. Cox: *J. Educ. Res.*, 1923, 7, 244-247.

³⁵ W. C. Ruediger: *Educ. Rev.*, 1908, 36, 364-371.

³⁶ "Resulta inevitable concluir que cuando un individuo es educado en forma rutinaria o por la mera repetición, adquiere hábitos fijos y mecánicos que no se transfieren. En cambio, cuando se le enseña conscientemente a organizar su conocimiento o su modo de proceder en tal forma que se llegan a formular principios generales, el resultado no es un hábito mecánico sino la generalización o una forma adaptativa y flexible de conducta, que en virtud de su flexibilidad se transfiere." P. T. Orata: *The Theory of Identical Elements*, 1928, p. 99.

ción. Las pruebas en su favor son bien abundantes pero su formulación detallada crea más dificultades.

El experimento de C. H. Judd, que condujo a este investigador y a otros a negar la teoría de los elementos idénticos y a ofrecer en su lugar la teoría de la generalización, es bien conocido. Dos grupos de muchachos recibieron la orden de arrojar flechas a un blanco situado en el agua a doce pulgadas de profundidad. Después que un grupo recibió instrucción respecto de los principios de la refracción, el blanco fue colocado a cuatro pulgadas de profundidad y el experimento se repitió. En esta nueva prueba el grupo no instruido cometió errores mayores y más persistentes, mientras que los muchachos que habían aprendido la teoría se ajustaron con gran rapidez a las nuevas condiciones.³⁷ Más tarde, Alpert, trabajando con niños en edad preescolar, comprobó que la comprensión (*insight*) de una solución traía consigo una mejora en la solución de tareas similares, mientras que las soluciones por ensayo y error no tenían ese efecto.³⁸ Ruger (cuyos experimentos ya fueron citados) concluyó que "en general, el valor de los hábitos específicos tras un cambio de condiciones dependió directamente de la presencia de una idea general que pudiera servir para controlarlos".³⁹ Pear, empleando tareas que suponían un grado bajo de habilidad motriz y en las cuales la generalización consciente resultaba imposible por las condiciones fijadas, encontró poca transferencia. Concluye de esto que el término transferencia designa dos procesos distintos: (a) la transferencia resultante del ejercicio de alguna función particular en dos contextos (teoría de Thorndike) y (b) la resultante de la extensión de actitudes, sentimientos, ideales o del conocimiento de métodos, en la cual la función particular adiestrada es un vehículo de estos poderes mentales. Escribe entonces: "Hoy parece seguro que (a) es rara y que (b) decididamente puede ocurrir".⁴⁰

No es necesario multiplicar las pruebas. Una y otra vez se pone de manifiesto que los elementos idénticos no tienen poder por sí mismos para efectuar la transferencia. Sólo cuando un principio general es *comprendido como aplicable* a dos o más campos, el adiestramiento en uno de ellos se traslada a los otros. Con frecuencia esta transferencia se produce aun cuando el sujeto ignore la presencia de caracteres específicamente idénticos en las diversas situaciones. Sólo se necesita tener presente un principio conceptual válido. Cuando se realizan introspecciones sucede a menudo que el sujeto descubre caracteres idénticos entre sus problemas sólo *después* que la transferencia ha tenido lugar y en ese momento los encuentra meramente porque está buscando algún medio de racionalizar su primera generalización válida.

³⁷ C. H. Judd: *Educ. Rev.*, 1908, 36, 28-42.

³⁸ A. Alpert: *T. C. Contrib. to Educ.*, Nº 323, 1928.

³⁹ H. A. Ruger, *op. cit.*, p. 19.

⁴⁰ T. H. Pear: *Nature*, 1928, 122, 611-614.

Una forma de generalización que ayuda a la transferencia, pero que contradice por completo la hipótesis de los elementos idénticos, es el traslado de una *relación abstracta* de una situación a otra. Por ejemplo, en los experimentos de Köhler, verificados muchas veces, un animal al que se adiestra para responder al más claro de dos grises dándole su comida cuando reconoce entre los dos tonos el más claro, si es enfrentado con un *nuevo* par de grises desecha el mismo gris (el elemento específico) al cual antes se asoció la comida para elegir otro gris aún más claro.⁴¹ Lo que provoca la selección no es el elemento *idéntico*; el elemento idéntico, al cual el alimento había sido asociado, es dejado de lado. También se ha comprobado que los monos eligen el más claro, el más cuadrado, el más pesado, el de tono más alto o el mayor de dos objetos cuando el método que emplea el experimentador para alimentarlos les exige realizar ese tipo de selección. Es imposible, por cierto, argumentar que la relación entre dos estímulos es ella misma un elemento idéntico con respecto a la relación entre dos estímulos *diferentes*, puesto que en cada uno de esos casos entran en juego procesos sensibles por entero diferentes.⁴²

LA EQUIVALENCIA Y LA SEMEJANZA

Es importante probar que la transferencia no ocurre por la reactivación de vínculos específicos, sino por la percepción de relaciones, por la comprensión y por la formación de conceptos generales, pero no basta con eso. Hay limitaciones en los poderes de generalización de todo individuo y hay condiciones y principios que gobiernan su funcionamiento, todos los cuales deben ser conocidos antes que sea posible comprender la naturaleza de la transferencia o de las unidades estructurales de la personalidad.

De gran utilidad para esto resulta el concepto de *equivalencia de los estímulos*, proveniente del campo experimental. Este concepto proviene del descubrimiento de que cambios en la situación del ambiente, a veces incluso pronunciados, no alteran esencialmente la naturaleza de la respuesta.⁴³ Por ejemplo, monos (Aotes) adiestrados para responder en forma

⁴¹ W. Köhler: *Abhandlungen der Preuss. Akad. d. Wissenschaft*, 1918, Phys. Math., Kl. 2; también H. Klüver: *Behavior Mechanisms in Monkeys*, 1933.

⁴² La defensa de la identidad parcial parece aún más imposible a la luz de la comunicación de Lashley sobre la transferencia de la capacidad de discriminar la claridad. Esta capacidad se transmite de un ojo al otro, que no había sido usado durante el adiestramiento. En este experimento existe la seguridad de que no fueron estimuladas las mismas células sensitivas que participaron antes en la formación del hábito. Más notable aún es el hecho de que esta transferencia tuvo lugar en animales desprovistos de corteza visual, lo que además demostró que difícilmente la "acción celular idéntica" pueda ser la base de la transferencia. (*The Foundations of Experimental Psychology*, ed. por C. C. Murchison, 1929, p. 543.)

⁴³ H. Klüver, *op. cit.*, p. 4. El mismo autor ha hecho una exposición histórica del método de los estímulos equivalentes y ha señalado su valor para la investigación de la personalidad: *Char. & Pers.*, 1936, 5, 91-112.

favorable (buscando comida) a la forma A (figura 21) y a eludir la forma B, si se los enfrenta con A' y B' elegirán la primera y eludirán la otra. Para ellos A y A' y B y B' son equivalentes.

La teoría de los elementos idénticos no nos da ninguna ayuda si queremos explicar estos efectos de transferencia. No se puede pensar en la presencia de ningún tipo de elementos o identidades, a menos que se hable de

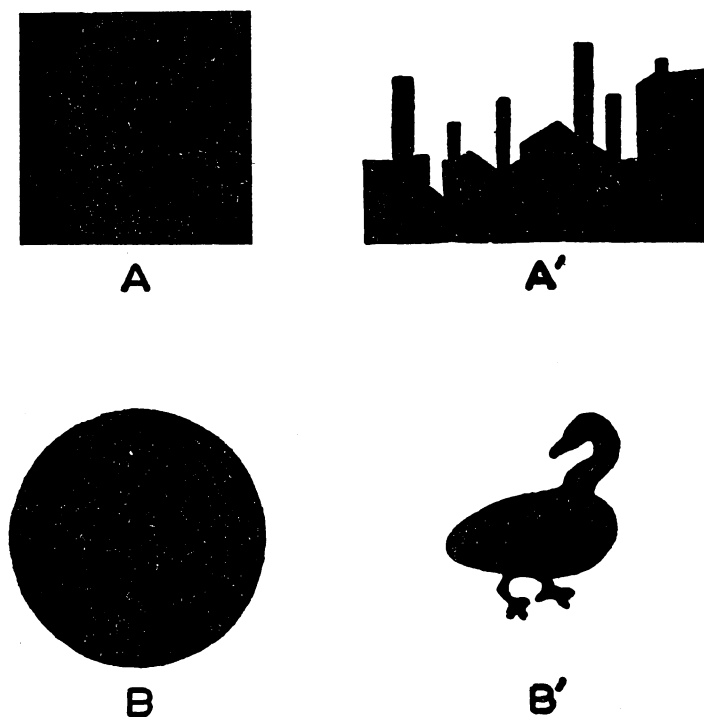


FIGURA 21

Estímulos equivalentes y no equivalentes

Monos adiestrados de tal modo que responden en forma positiva al cuadrado y evitan el círculo, transferirán estas respuestas a una amplia serie de relaciones equivalentes. Estos dibujos son reproducidos por cortesía del experimentador, H. Klüver.

curvilineidad o angularidad, pero éstas son *relaciones* más que elementos. Además, el mono no responde a ninguna de las dos cualidades como independiente de la otra sino a una característica altamente generalizada: *la mayor curvilineidad*. Y la prueba de que efectivamente la transferencia se debe a un grado tan alto de generalización se logra mediante el uso de un gran número de pares de figuras-estímulo, sin nada en común entre sí salvo

su mayor o menor grado de curvilineidad. El fenómeno que Klüver llama equivalencia es, por lo tanto, un caso de generalización.

El mismo principio puede aplicarse a las unidades disposicionales de la personalidad. Supóngase, por ejemplo, que se está estudiando la personalidad de un "super-patriota". Pronto se descubre que para este hombre muchos aspectos diferentes de la experiencia son *equivalentes* en cuanto a la respuesta que provocan: una bandera roja, una obra de Marx, una agrupación de maestros, los esfuerzos en favor de la paz de un profesor de Yale o la formación de una cooperativa vecinal. Todas y cada una de estas cosas excitan su fobia al comunismo. La equivalencia de estos aspectos sólo puede ser explicada si se admite que existe una disposición subyacente de algún tipo, cuyo umbral de excitación es bajo y que puede ser atravesado por todo este diverso conjunto de estímulos. ¿Cómo puede explicarse el hecho de que estímulos tan diversos sean equivalentes (esto es, que no se responda a ellos de diferente modo) a menos que se postule una disposición personal generalizada que *los hace* equivalentes? Esta inferencia se vuelve tanto más necesaria cuando se descubre que diversas *respuestas* a estos estímulos son también equivalentes. El super-patriota en cuestión puede, en una ocasión, escribir una carta de protesta al periódico local; en otra, limitarse a ponerse rojo de rabia y furia; o, también, puede entrar a formar parte del comité de vigilancia. Lo que evidentemente permanece constante es la *actitud*; es la actitud la causa de que muchos estímulos y muchas respuestas sean equivalentes. Ni en los estímulos que ponen en actividad la actitud, ni en las respuestas consecuentes, ni en la "acción celular de la corteza" es posible encontrar elementos idénticos. El *carácter significativo* de la disposición, su importancia para la estructura vital del super-patriota es la única característica estable.

El grado de generalización de tal tipo de disposición (que aquí puede ser llamado tanto rasgo como actitud) es mensurable por la extensión de la *equivalencia*. Alguna gente con una actitud anticomunista no trata como equivalente una serie tan amplia de experiencias (con tan poca discriminación). Asimismo, en algunas personas la serie de *conductas* que pueden actuar como respuestas equivalentes es mucho más limitada. El grado de generalización, que es diferente en diferentes personas, varía en proporción inversa al grado en que se discriminan los estímulos y las respuestas. Una disposición finamente discriminada, que sólo es puesta en movimiento por una clase limitada y especial de estímulos, promotores de un tipo especial de comportamiento motor o verbal, es también una estructura unitaria de la personalidad, pero mucho más específica que la actitud ampliamente generalizada antes descrita.⁴⁴

⁴⁴ Si bien tanto las actitudes generales como las específicas deben ser reconocidas como verdaderas disposiciones, las generales son de ordinario superiores en

El torbellino de estímulos a los que un individuo está expuesto se organizan, por decirlo así, en *constelaciones*, cada uno de cuyos miembros tiene el poder de producir alguna respuesta. Análogamente, las respuestas que da un individuo, aunque variadas casi hasta el infinito, no son tan diversas como parecen a primera vista, ya que muchas de ellas son también equivalentes en su significación personal. Así, para un hombre con una disposición a ser *cortés*, innumerables ocasiones que le presente su ambiente son equivalentes por su poder de poner en acción este rasgo particular determinante y, al mismo tiempo, el caballero cortés encuentra innumerables *formas* de expresar su rasgo dominante (respuestas equivalentes).

La aplicación de la doctrina de la equivalencia al problema de la transferencia es fácil de efectuar. La transferencia tiene lugar cada vez que para un individuo dado un nuevo campo de estímulo es equivalente, en cualquier grado, a otro campo más familiar. Un chico que aprende a ser pulcro trasladará este comportamiento metódico de la situación en que se efectúa el adiestramiento a una nueva situación, en la medida en que las dos situaciones sean equivalentes *para él*. Si para él los campos son no-equivalentes, no ocurrirá la transferencia. Y si de algún modo los campos están en conflicto o son antitéticos, se producirá una transferencia negativa o una interferencia.

El concepto antiguo de *semejanza* está vinculado a ese concepto moderno de equivalencia. Durante siglos la "asociación por semejanza" fue considerada una ley primaria de la organización mental. En épocas recientes, bajo el ataque de la especificidad, la identidad parcial y otras cruzadas elementaristas por el estilo, esta ley perdió su crédito y fue reducida a identidades y contigüidades. Si, tal como hemos sostenido, esta reducción es imposible, el concepto de semejanza puede levantar otra vez su golpeada cabeza.

Sería imposible entrar aquí a examinar en detalle este difícil problema. Con ayuda de los muchos experimentos sobre la equivalencia y la constancia de los estímulos y sobre la equivalencia y coherencia de las respuestas, está teniendo lugar ahora gradualmente una nueva formulación de este concepto. Todavía es prematuro, sin embargo, considerar que la semejanza ha recuperado una posición central en la explicación de la transferencia o en el análisis de la personalidad. Pero su *status* está mejorando.

Las formulaciones en términos de *equivalencia* son esencialmente conductistas y operacionales. El investigador determina el campo dentro del

duración y en poder motivacional. Cf. H. Cantril: "General and Specific Attitudes", *Psychol. Monog.*, Nº 192, 1932.

cual los estímulos resultan equivalentes. Pero la exposición en estos términos operacionales no es completa si no se le agrega una formulación en términos fenomenológicos, ya que la *experiencia* de la semejanza, considerada desde el punto de vista subjetivo, es notablemente sutil y su papel en la organización mental por ahora no puede ser enunciado en términos de pura equivalencia operacional.

La capacidad de la mente humana para percibir semejanzas es, por cierto, sorprendente. Siempre que a una mente percipiente dos campos de estímulo (por más novedosos y diferentes que puedan ser) se le presentan como vinculados debido a la pertinencia que ambos tienen para determinados propósitos de esa mente, resulta una sensación de semejanza. Es éste un fenómeno en alto grado individual y se muestra a veces bajo la forma de las más extrañas metáforas. La voz de una persona puede ser captada como similar a papel secante, los ojos de alguien como semejantes a ceniceros recién vaciados, la fibra moral de algún otro como parecida a una esponja. La capacidad que tiene la mente de formar analogías de este tipo es casi ilimitada. No debe asombrarnos que William James llegara a hablar de la "orgia sin ley de la semejanza".

Por toda su individualidad de forma y por toda su imprevisibilidad, el sentido de semejanza es el estado subjetivo *par excellence* de la transferencia. Si un estudiante ve una semejanza entre la gramática griega que tiene que aprender de mala gana y su gusto por la lógica, se produce una transferencia mutua; si no, no hay transferencia. Si para él existe algún vínculo significativo entre las críticas del profesor a sus errores en composición inglesa y su conducta desordenada fuera del aula, también ocurre la transferencia (cf. p. 228).

Para *algunos* estudiantes el estudio del inglés, la psicología e incluso el tan despreciado latín, puede tener algunas semejanzas valiosas con la vida. Para *otros*, estos temas son algo vacío, no porque carezcan de elementos que coincidan específicamente con la vida fuera del aula, sino *porque esas personas no pueden ver semejanza alguna*. Para este grupo, temas más prácticos, como inglés comercial o propaganda, pueden avivar la llama inmortal.

Se ve entonces que la semejanza es un fenómeno en alto grado individual. Su actuación es difícil de predecir y no puede ser estandarizada para su empleo en la educación.⁴⁵ Sin duda, un maestro señala a menudo las semejanzas existentes entre las experiencias de sus alumnos dentro y fuera del aula, pero los resultados son imprevisibles. Algunos permanecen impermeables al esfuerzo; otros, que tienen lo que James llamó "la aptitud

⁴⁵ Y bajo ciertas condiciones especiales de conflicto y de confusión, la semejanza puede llevar a una transferencia negativa.

eléctrica para las analogías", pueden percibir las semejanzas que el maestro señala y muchas otras más.

¿Pero esta orgía de la semejanza es en realidad sin ley? Está condicionada por el temperamento y el aprendizaje previo y, mirada desde el punto de vista de la historia individual, se ve que está ciertamente sujeta a ley. En vez de decir que es sin ley sería más correcto decir que la semejanza es *personal*. Y precisamente porque es personal, el valor de transferencia de cada aspecto del *curriculum* escolar no puede ser previsto ni establecido para todos por igual. Las semejanzas no son *uniformes* ni para los niños en edad escolar ni para los adultos. Sólo se puede decir que la semejanza es sin ley en el sentido de que su valor de transferencia no puede ser estandarizado para un grupo; en cambio, en el sentido de que siempre está en armonía con la historia individual, siempre está sujeta a ley.

Como la semejanza es esencialmente el correlato subjetivo de la equivalencia, desempeña un papel análogo en el ordenamiento estructural de la personalidad. Para una persona de tipo artístico, una puesta de sol, un paisaje, un soneto, una máquina trilladora, un buque abandonado en las arenas, pueden ser todas cosas semejantes en el sentido de que todas para él significan belleza. Cuanto más amplia es la extensión de tales semejanzas, tanto más generalizado es su interés estético.

No es necesario demostrar otra vez más que esas semejanzas no parecen reductibles a una identidad parcial. Los *parecidos* nunca son identidades, ni siquiera *en ciertos aspectos*. Si yo digo que usted me hace acordar a algún amigo y usted me pregunta por qué, puede ser que yo limite el parecido a un aspecto semejante o a un tono semejante de voz. Pero aun en estos aspectos usted no es idéntico a mi amigo, su aspecto o su voz son sólo *semejantes* a los de él. La búsqueda de la identidad parcial involucra un regreso al infinito. Aun cuando llegáramos tras un análisis a alguna diminuta característica que pareciera virtualmente intercambiable entre usted y mi amigo, nos veríamos entonces obligados a admitir que esta característica residual no representa la experiencia original, que consistió en la captación de un parecido entre él y usted como seres humanos *totales*.

Toda experiencia de semejanza implica una paradoja. Hay en esa experiencia *igualdad* y *novedad* al mismo tiempo. Dos campos de estímulo son comparados, y si bien para ciertos fines pueden ser subjetivamente equivalentes, se sabe no obstante que son distintos y no idénticos. Siempre hay una sensación de doble presencia y no de unicidad idéntica. La sensación de novedad y de separación en las experiencias de semejanza nos pone en condiciones de salvarnos de la respuesta literal y estereotipada. El que reduzcamos los ilimitados y confusos sucesos de la vida a un número manejable de hechos, observando para ello una analogía aquí y un parecido

más allá, no impedirá de ningún modo que estén dotados de originalidad y discriminación.

Los principios de equivalencia y de semejanza (aspectos objetivo y subjetivo del mismo proceso mental) constituyen un gran progreso sobre la teoría de los elementos idénticos. Esta última representa un principio rígido, mecánico, que sólo deja lugar para respuestas "reactivas" invariables; la equivalencia y la semejanza hacen justicia al mismo tiempo a la *estabilidad* y la *flexibilidad* de la conducta. A medida que el individuo se desarrolla aprende a economizar sus respuestas; un amplio conjunto de exigencias ambientales toman para él el mismo significado (llegan a ser equivalentes y semejantes). Se forman conceptos y también actitudes y rasgos: éstos son para él *modi vivendi* estables, que le sirven como principios seguros de supervivencia en un mundo poblado de confusión. Sin embargo estos conceptos, actitudes y rasgos no están ligados en forma rígida a un estímulo, tal como sostendría la teoría de los elementos idénticos. Si ocurriera eso, tendría lugar una mera estereotipia de la conducta y la personalidad sería mucho más parecida a una máquina de lo que en verdad es.

El lector puede ver ahora por qué esta discusión ha sido un prelude necesario para una nueva y más adecuada teoría de la estructura de la personalidad. Las verdaderas unidades de la personalidad deben ser útiles para la supervivencia. Deben hacer justicia tanto a la *estabilidad* como a la *flexibilidad* de la conducta. Aun cuando por medio del adiestramiento el individuo aprende a comportarse frente a una amplia serie de estímulos de un modo esencialmente igual (percibiéndolos como semejantes), al mismo tiempo debe enfrentar y dominar sin descanso nuevas exigencias. En consecuencia, las unidades de la personalidad son, en verdad, bien estructuradas, pero no pueden ser fijas e invariables.

RESUMEN FINAL

La solución del problema de la organización de la personalidad dependerá en alto grado de la solución que se encuentre para el problema de la *transferencia*. En ambos nos encontramos ante la difícil cuestión de cómo el individuo hace frente a los sucesos de su vida empleando su experiencia *previa* en lo que ésta tiene de pertinente.

Durante la generación pasada, la visión predominante de la transferencia se servía de hipotéticos elementos idénticos y, al mismo tiempo, esta doctrina era aceptada en amplios círculos como una teoría adecuada sobre la estructura de la personalidad. Se decía que el hábito es lo que dirige todo lo que es mental, y los hábitos eran concebidos como vínculos estímulo-respuesta independientes, capaces de afectarse unos a otros y de combinarse en estructuras mayores sólo en la medida en que pudieran tener elementos aún más específicos en común.

Tal concepción debe ser rechazada. O, por un lado, la búsqueda de elementos se convierte en un regreso al infinito, llevada a buscar siempre entidades más y más diminutas (y que escapan más y más al empeño del investigador), o se toma la dirección contraria y se termina sacrificando el sentido estricto de la teoría por la aceptación de elementos altamente generalizados, tales como el "deseo de verdad" o "una actitud que va al centro de los problemas". En este último caso no es posible encontrar ningún tipo de identidades específicas. Pese al requerimiento explícito de la teoría, sus sostenedores nunca pueden llegar a especificar la naturaleza precisa o la localización de ninguna identidad.

En el campo experimental no existe ninguna prueba en favor de la proporcionalidad de la transferencia, esto es, de la doctrina de que la transferencia se produce en proporción al número de identidades aproximadas existente entre dos campos de estímulo. La falsedad de esta afirmación se pone especialmente de manifiesto en todos los casos en que se produce un trauma o una forma emocional de aprendizaje. En estos casos, la transferencia supera los límites de lo esperado. Se trata de situaciones en que no puede haber identidades involucradas, ya que el todo de la vida personal es saturado por los efectos de esas experiencias. En fin, los datos experimentales, los descubrimientos de la moderna neurofisiología, los cánones de la psicología teórica y el simple sentido común se unen todos para rechazar este modo de ver la organización mental.

El material con que contamos favorece una teoría de índole opuesta, una teoría en la cual la integración y la generalización desempeñan el papel conductor. Según esto, la transferencia depende fundamentalmente de la equivalencia de sentido que presentan para el individuo los campos que enfrenta. Si son semejantes, la transferencia tiene lugar. La equivalencia y la semejanza no son uniformes para todos; son un fenómeno personal y por eso es imposible predecir el valor de transferencia que una experiencia determinada puede tener para un grupo o estructurar un programa de estudios que asegure efectos uniformes de transferencia para todos los niños.

Para explicar la equivalencia y la semejanza es necesario aceptar la existencia de disposiciones focales subyacentes dentro de la organización mental latente de cada individuo. Estas disposiciones deben ser de índole tal que expliquen tanto la estabilidad como la versatilidad de la respuesta. Sobre un terreno así desbrozado es posible ahora edificar una teoría detallada y constructiva de la estructura de la personalidad.

CAPÍTULO XI

LA TEORIA DE LOS RASGOS

Tenemos el derecho y la obligación de desarrollar un concepto de rasgo como doctrina definitiva, ya que en toda la actividad de la persona hay, además de una porción variable, una porción intencional constante ya esta última la aislamos mediante el concepto de rasgo.

WILLIAM STERN

DIFÍCILMENTE ALGUIEN haya pensado nunca poner en cuestión la existencia de los rasgos como disposiciones fundamentales de la personalidad. En el lenguaje corriente todos presuponemos los rasgos cuando nos caracterizamos a nosotros mismos o caracterizamos a nuestros conocidos. Este hombre, decimos, es *áspero* y *reticente*, pero muy trabajador; ese hombre es *descontentadizo*, *charlatán* y *tacaño*. Por lo común el psicólogo también se expresa en esos términos. Pero es probable que tan pronto como entre en su laboratorio o en su aula deje tras de sí el sentido común y abraza una u otra de las teorías científicas discutidas en los últimos dos capítulos. Piensa, y con razón, que el sentido común es un guía imperfecto. Sin embargo, en el problema de los rasgos humanos el sentido común está notablemente bienazonado por la experiencia y es difícil que merezca en verdad el rechazo completo de que es objeto.

Por lo menos, el camino del sentido común nunca habría conducido a los matorrales de la especificidad ni se hubiera internado en los vericuetos azarosos de la teoría de los elementos idénticos. Estas teorías no focales de la organización le son por completo extrañas. Por otra parte, el sentido común tampoco llegaría al extremo opuesto de considerar la personalidad como una perfecta unidad, impecable en su integración. El sentido común localiza los focos naturales de la personalidad entre el nivel del hábito específico y el de la unidad completa. Es allí donde los psicólogos deben situar su búsqueda.¹

¹ Y también los fisiólogos. Hasta el presente poco se ha hecho fuera de la especulación más gruesa acerca de la dinámica de las "huellas", de las "tensiones corticales" y los "neurogramas", todos los cuales son definidos como disposiciones multifocales organizadas por adelantado para actuar de algún modo integrador con

¿SON LOS RASGOS BIOSOCIALES O BIOFÍSICOS?

Hay un problema metafísico que surgirá probablemente desde el comienzo de toda discusión sobre los rasgos y si cedemos a su influjo trastornará toda la cuestión. Cuanto antes nos deshagamos de él, mejor. El problema en resumen, es éste: ¿Son los rasgos *bona fide* disposiciones verídicas o no son más que ficciones nominales, meras palabras, que oscurecen más de lo que clarifican la estructura de la personalidad? Algunos autores sostienen la primera posición, otros la segunda y unos pocos ocupan un lugar intermedio algo incierto. Las citas siguientes son típicas de estas tres posiciones:

"Mi opinión es que los rasgos son sólo nombres convenientes dados a tipos o cualidades de conducta que tienen elementos en común. No son entidades psicológicas sino más bien categorías para la clasificación de los hábitos." ² (Posición biosocial.)

"Un rasgo es una fuerza física directiva *constante* (Richtkraft) que determina la conducta activa y reactiva del individuo." ³ (Biofísica.)

"Se dice que un individuo posee o es caracterizado por un cierto rasgo de personalidad cuando exhibe una forma, un modo o tipo de reactividad (conducta) generalizada y coherente y difiere (se desvía) de otros miembros de su medio social, tanto en la frecuencia como en la intensidad de este comportamiento, lo suficiente para que este carácter atípico pueda ser advertido por observadores relativamente normales e imparciales, miembros ellos mismos de este medio... La definición intenta expresar la noción de que un rasgo es una relación entre el individuo y sus observadores." ⁴ (Mixta.)

La primera cita es compatible con la hipótesis de los elementos idénticos. Si los hábitos, conectados por sus vínculos comunes, son los verdaderos elementos de la personalidad, se sigue entonces, tal como afirma ese autor, que los nombres de los rasgos son meras designaciones de categorías de hábitos. Según él, los rasgos no son algo que resida en el individuo mismo, sino más bien *formas de percepción* que puede emplear un observador.⁵

alta o baja tensión. (Cf. E. B. Holt: *Animal Drive and the Learning Process*, 1931; véase en especial págs. 167, 261, 263, donde se encuentran sugestivas afirmaciones acerca de este nivel intermedio de análisis.) Pero en general se sabe tan poco sobre las divisiones y gradientes del proceso neural que por ahora una explicación neurofisiológica de los rasgos humanos difícilmente sea posible. Con el tiempo el proceso desarrollado aquí desde un punto de vista psicológico encontrará sin duda su correlato fisiológico.

² M. May: *J. Soc. Psychol.*, 1932, 3, p. 133.

³ F. Baumgarten: *Die Charaktereigenschaften*, 1933, p. 15; también *Brit. J. Psychol.*, 1936, 26, p. 290.

⁴ P. E. Vernon: *Psychol. Rev.*, 1933, 40, 542 y sig.

⁵ La sugestión del mismo autor de que la personalidad total también puede ser definida en términos biosociales, como "el valor de estímulo social de un hombre" fue rechazada en el capítulo II.

Sin duda los rasgos *tienen* valor de estímulo, pero esto no significa que sean sólo "categorías para la clasificación de los hábitos". El hecho de que la gente pueda percibir, apreciar, dar un nombre a la conducta de otras personas y reaccionar ante ella no es una razón legítima para que debamos concluir que estas otras personas están *desprovistas* de rasgos. La percepción o inferencia de los rasgos por observadores exteriores es un problema independiente, que requiere mayor discusión (capítulos XVIII y XIX); pero no tiene importancia esencial para el problema de la existencia de los rasgos.

La visión biosocial de la personalidad es también expresada artísticamente por Pirandello, quien nunca se cansa de señalar que la personalidad varía según lo que esperen del individuo los que lo rodean y de acuerdo con los prejuicios que éstos tengan. Para una persona un hombre puede ser un santo, para otra un pecador, un odiado enemigo o un aliado de confianza. Quien elige ver un carácter de un modo particular, en cierto sentido tiene razón (si piensa que la tiene). ¿Pero dónde reside la multiplicidad? Seguramente no reside dentro de la persona misma. La variabilidad reside más bien en el hecho de que en sus juicios sobre esa persona mucha gente proyecta sus propios deseos e inclinaciones. Lo que resulta más digno de notarse en la investigación de la personalidad, es que diferentes observadores estén de acuerdo, como en realidad ocurre, al juzgar a alguna persona. Este solo hecho prueba que *allí* debe haber *realmente* algo, que en la naturaleza del individuo mismo debe haber algo objetivo que obliga a los observadores, pese a sus prejuicios, a verlo esencialmente del mismo modo.

Otra versión del punto de vista biosocial es el "ficcionalismo". Uno de sus primeros representantes fue Jeremías Bentham, quien siempre estaba cuidándose de no confundir las entidades ficticias con entidades reales. A los rasgos de la personalidad los incluyó en la primera categoría:

"Ahora bien, la disposición es un tipo de entidad ficticia, ideada por la conveniencia de la exposición, para expresar lo que se supone que es permanente en el ánimo de un hombre."⁶

Bentham llevó una valiente lucha contra las hipóstasis provenientes del uso descuidado de los nombres y nadie negará que este uso desconsiderado puede llevar al oscurantismo. Pero este peligro no es por sí solo una base suficiente para negar en forma absoluta la existencia de los rasgos. Indica únicamente la necesidad de discriminación. Bentham mismo establece las condiciones bajo las cuales la existencia de las disposiciones puede ser inferida con seguridad.

⁶ Jeremías Bentham: *Principles of Morals and Legislation*, ed. de 1879, cap. IX, p. 131.

Un compromiso algo pragmático con el ficcionismo ha sido propuesto por Thurstone, quien acompaña sus dudas respecto a la existencia de los rasgos con la admisión de que los seres humanos se comportan sin duda "como si" tuvieran rasgos.⁷ No se puede hacer ninguna objeción real a esta teoría del conocimiento que sólo reconoce el "como si", siempre que se la aplique por igual a todos los datos de la psicología. Sólo se vuelve objetable si se pretende usarla como una temerosa defensa de los rasgos, como si por alguna razón estos debieran ser considerados menos genuinos que otras formas de estructura mental.

La segunda cita de la pág. 305 representa una típica concepción *biofísica*. Un rasgo, dice, tiene más que una existencia nominal: es independiente del observador, está *realmente allí*. Si bien admite inequívocamente que existen rasgos u otras disposiciones neuropsíquicas análogas, deja librado el problema de los criterios de la existencia de los rasgos y su descubrimiento en casos particulares a los procedimientos críticos de la psicología. En otras palabras, este punto de vista no sostiene que todo nombre de rasgo implica necesariamente un rasgo, sino más bien que detrás de toda la confusión de términos, detrás del desacuerdo de los jueces y aparte de los errores y fracasos de la observación empírica, no deja de haber en cada personalidad estructuras mentales *bona fide* que explican la coherencia de su conducta. Este punto de vista, el más merecedor de adhesión, será desarrollado más extensamente en las páginas siguientes.

La tercera cita comienza reconociendo claramente que existen cosas tales como formas de reactividad "generalizadas y coherentes", pero termina en la insignificante zona del juicio y la percepción social. Es una mezcla de los puntos de vista biosocial y biofísico. La primera parte de esta definición es enteramente satisfactoria, pero los agregados biosociales no lo son. ¿Por qué es necesario que un hombre pueda ser percibido como atípico para que se le atribuyan rasgos? ¿Una persona que en ningún sentido es sobresaliente o atípica no posee rasgos tan auténticos como los de las personas evidentemente diferenciadas? La distintividad no es el criterio de los rasgos. El autor de esta cita se equivoca también al suponer que un rasgo debe ser percibido por los otros, que debe representar algún tipo de relación entre dos personas. ¿Carecía Robinson Crusoe de rasgos antes de la aparición de Viernes? ¿El último hombre que quede con vida en la tierra perderá de repente sus rasgos al morir sus compañeros?

RASGOS Y TENDENCIAS DETERMINANTES

La psicología nunca ha sido capaz de moverse sin alguna concepción acerca de tendencias determinantes (que implican una disposición a la

⁷ L. L. Thurstone: *The Reliability and Validity of Tests*, 1932, p. 101.

respuesta). Sin tal concepción nunca podría pretender explicar la manifiesta estabilidad y coherencia de la conducta y la experiencia. Las tendencias determinantes no son, sin duda, objeto de observación directa sino sólo de inferencia. Pero es una inferencia que se impone a la fuerza, pues no sólo los datos observados conducen inevitablemente en esa dirección sino que sin ella la psicología no podría avanzar más allá del estadio de la recolección de actos discretos ininteligibles y estados separados de conciencia. Para aceptar la existencia de los rasgos no se requiere una revisión radical de las creencias fundamentales del psicólogo, ya que los rasgos son biofísicos en el mismo sentido en que las tendencias determinantes, las actitudes y otras influencias dinámicas han sido siempre consideradas biofísicas por la psicología.

La expresión "tendencia determinante" tiene un sentido amplio y uno estricto. En su sentido más estricto designa específicamente una actitud mental que facilita la solución de un problema especial o de un cierto acto. En su sentido más amplio, es *toda* tendencia directiva o estado de disposición a la respuesta. La doctrina de los rasgos tiene que ver con esta concepción amplia. Todos los rasgos son tendencias directivas, pero, inversamente, no todas las tendencias directivas son rasgos. Algunas tendencias directivas son demasiado estrechas y específicas en su acción y demasiado fugaces en el tiempo para satisfacer los criterios que caracterizan a un rasgo. Sin duda, aun una actitud mental transitoria también puede depender de algún modo de rasgos personales, ya que a menudo por debajo de la tendencia determinante del momento hay rasgos subyacentes. Pero en sí mismos los rasgos son más generalizados y más duraderos y tienen que ver menos con actitudes mentales fugaces que con estructuras mentales persistentes tales como los intereses, gustos, complejos, sentimientos, ideales y otras formaciones del mismo tipo.

Hay dos clases muy conocidas de tendencias determinantes, el hábito y la actitud, que deben ser comparadas en detalle con los rasgos.

Rasgo y hábito. Por lo común el término *hábito* designa un tipo invariable e inflexible de respuesta, consecuente a la repetición de una situación-estímulo con la cual está ligada por la experiencia y la práctica. Los dos capítulos anteriores han explicado con cierto detenimiento por qué este tipo de unidad no puede ser aceptado como la esencia de la organización mental. Las unidades de la personalidad deben ser más versátiles tanto con referencia a las situaciones que las ponen en movimiento como respecto de las respuestas que provocan.

En años recientes algunos autores han tratado de liberarse de la caracterización (legada por William James) del hábito específico, según la cual éste es un estricto distribuidor de tareas y han querido sustituirla por una perspectiva distinta: la doctrina del hábito generalizado. Se trataría

entonces de una disposición que ya no es invariable en su modo de excitación ni en sus formas de expresión.⁸ Esta doctrina es apadrinada por Dewey. Si bien sigue empleando el término corriente de hábito, Dewey designa con éste una disposición mucho más flexible que el hábito de que hablaba la generación posterior a James.

"En ningún sentido la repetición es la esencia del hábito. La tendencia a repetir actos es un concomitante de muchos hábitos pero no de todos. Un hombre que tiene el hábito de dar rienda suelta a su enojo puede poner de manifiesto este hábito atacando sanguinariamente a alguien que lo haya ofendido. Su acto no se debe menos a un hábito porque haya ocurrido una sola vez en su vida. La esencia del hábito es la predisposición adquirida a emplear ciertas formas o modos de respuesta y no la predisposición a realizar actos particulares, excepto cuando, bajo condiciones especiales, estos actos expresan una forma de comportarse. Hábito significa especial sensibilidad o accesibilidad para ciertas clases de estímulos; más que una mera repetición de actos específicos, los hábitos representan predilecciones o aversiones estables".⁹

Hasta este punto, la caracterización que hace Dewey del hábito generalizado coincide en todos sus detalles con la de los rasgos. Dewey no niega la existencia de algunos hábitos independientes y específicos, pero ve que éstos en general deben ser subordinados a disposiciones más amplias. Tal grado de organización y coherencia en la vida mental no deja otra opción que reconocer la existencia de grandes sistemas de hábitos interdependientes, que comprenden disposiciones generalizadas cuya flexibilidad aumenta al ir desarrollándose esos sistemas.

Puede considerarse que un niño pequeño está formando un hábito específico cuando aprende (con dificultad) a limpiarse los dientes por la mañana y por la noche. Durante algunos años este hábito puede mantenerse aislado y ser puesto en acción sólo por órdenes apropiadas o por la situación ambiental apropiada. Pero con el paso de los años, la limpieza de los dientes se vuelve no sólo algo automático (como les sucede a los hábitos) sino también algo firmemente entramado en un sistema más amplio de hábitos, esto es, en un rasgo de *limpieza personal*. (Si se desea una designación más conductal del rasgo, se puede hablar con bastante corrección, pero menos convenientemente, de una tendencia generalizada a eliminar todo tipo de suciedad de la propia persona.) El adulto se siente incómodo si en su programa diario no llega a incluir la limpieza de dientes, no sólo porque ha frustrado un hábito particular sino porque la omisión viola un requerimiento general de limpieza.

Este ejemplo da a entender, bastante correctamente, que un rasgo surge, en parte por lo menos, por la integración de muchos hábitos espe-

⁸ Cf. S. S. Colvin: *The Learning Process*, 1921, págs. 49 y sig.

⁹ J. Dewey: *Human Nature and Conduct*, 1922, p. 42.

cíficos que tengan en común no ya elementos idénticos sino el mismo significado adaptativo para la persona. Además de esta integración y conceptualización gradual no hay que pasar por alto la influencia del temperamento personal sobre la formación de los rasgos. Tal como señalamos ya en el capítulo IV, para cierta gente algunos estilos de generalización son mucho más fáciles de aprender que otros, dependiendo esto de influencias innatas del temperamento, la inteligencia y la constitución. Pero aunque adquirido, un rasgo es siempre una fusión de hábitos y bagaje innato y no una reunión o cadena de hábitos exclusivamente.

Si rehacemos la historia hipotética de otro hábito generalizado, la sociabilidad, podremos ver el proceso con mayor claridad. Un niño pequeño que encuentra que su madre está casi siempre presente para satisfacer sus necesidades, desarrolla muy pronto un apego afectivo hacia ella (condicionamiento). Pero más tarde otros contactos sociales también se muestran favorables para su ajuste fácil y exitoso: compañeros de juego, por ejemplo, o reuniones familiares o las multitudes que encuentra en el circo. A menos que sea marcadamente timorato por su temperamento, o miedoso y tímido debido a experiencias de castigo o ridículo público, el niño gradualmente comienza a buscar a la gente más que a evitarla. Se desarrolla así un rasgo (no un instinto) de gregarismo. El niño se vuelve más deseoso de relación social; encuentra placer en estar con gente. Cuando se lo aísla por un tiempo, extraña a la gente y se vuelve inquieto. A medida que va siendo mayor, encuentra cada vez más formas de expresar su interés gregario. Trata de unirse a grupos de gente en los lugares públicos, en el teatro, en la iglesia; se granjea amigos con los que se mantiene en contacto, invitándolos a menudo y escribiéndose con ellos. Estas actividades separadas no son hábitos. Son aspectos diversos (pero equivalentes) de un rasgo de sociabilidad. A veces este rasgo puede volverse dinámico hasta el punto de llegar a ser compulsivo, conduciendo a tal exceso de sociabilidad que la persona cae en un estado de morbilidad o infelicidad si no está con gente.

Bajo la guía de este rasgo pueden encontrarse expresiones nuevas y eficaces para satisfacer el deseo de relación social. Los hábitos ya no dominan el rasgo; es más bien el rasgo el que obliga a la formación de nuevos hábitos, útiles para el rasgo y concordantes con él. La transformación de los motivos desde las simples respuestas condicionadas de la infancia es completa. El rasgo ha trascendido sus focos específicos de origen. Ni las respuestas condicionadas, ni los hábitos específicos ni los instintos representan el estado que prevalece. La sociabilidad ha llegado a ser una cualidad profunda y característica de la personalidad de este individuo. La expresión del rasgo es variable, una vasta serie de estímulos lo ponen en movimiento. Además su estructura ha cambiado con el tiempo, ya que no

sólo ha llegado a ser un estilo omnipotente de comportamiento, sino también un sistema motivacional básico de la estructura de esta personalidad. El rasgo se ha vuelto autónomo.

Rasgo y actitud. Un rasgo es una forma de disposición a la respuesta; también lo es una actitud. Un rasgo es siempre individualizado, distintivo de su poseedor; también puede serlo una actitud. Un rasgo guía el curso de la conducta y muchas veces puede volverse también dinámico y compulsivo; también puede ocurrirle eso a la actitud. Ambos deben ser considerados de naturaleza biofísica y ambos combinan, en alguna proporción, los frutos de la herencia y los frutos del aprendizaje. ¿El concepto de rasgo y el de actitud son, en consecuencia, conceptos equivalentes?

Hay por cierto una gran semejanza y hay casos en que es indiferente llamar actitud o rasgo a una cierta disposición. Tómese, por ejemplo, la *introversión* y la *extraversión*. Ambas han sido consideradas ya *rasgos* de la personalidad ya *actitudes* frente a la realidad y tanto una como otra designación puede ser aceptada.

1. Sin embargo existen tres distinciones. En primer lugar una actitud tiene un objeto de referencia bien definido, sea material o conceptual, mientras que los rasgos no tienen esa referencia definida a objetos. El punto de vista de un sujeto sobre bebidas o sobre patas de rana, acerca de las exploraciones árticas, el divorcio o el fascismo son actitudes, pero la *manera* de comportarse, conservadora, radical, indulgente, reservada o expansiva, es un rasgo. Cuanto mayor es el número de objetos que ponen en acción una actitud, tanto más se parece ésta a un rasgo. Cuanto más específica y ligada a un estímulo es una actitud, tanto menos se parece a un rasgo.

2. Como se deduce de esta última afirmación, las actitudes pueden ser específicas y generales, mientras que un rasgo sólo puede ser general. De acuerdo con el uso psicológico, una actitud puede ser un estado estrictamente limitado de disposición para la respuesta. La *determinierende Tendenz*, la *Bewusstseinslage*, la *Aufgabe*, como estados sensorio-motores del momento, son todas actitudes específicas. No son rasgos. En cambio, en el caso de una actitud más vastamente extendida, p. ej., de una actitud hacia el mundo en general (*Weltanschauung*), no hay ninguna diferencia real entre actitud y rasgo.

3. Además, el término significa de ordinario la aceptación o el rechazo del objeto o concepto de valor a que la disposición está vinculada. Por lo común las actitudes son favorables o desfavorables, bien dispuestas o mal dispuestas, conducen al sujeto a acercarse o a apartarse, a afirmar o a negar. Los rasgos por lo general no tienen semejante dirección bien definida. A menudo son meramente estilísticos y su significación es muchas veces adverbial más que proposicional. Pero en este sentido hay

también casos en que los términos son intercambiables. Un rasgo bien integrado de patriotismo podría ser de igual modo una actitud favorable, generalizada en alto grado, hacia todos los objetos y valores subsumidos bajo el concepto de nacionalidad que tenga el individuo. En este caso la única base para la preferencia es el contexto en que se dé la discusión.

Tanto el de *actitud* como el de *rasgo* son conceptos indispensables. Entre los dos abarcan virtualmente todos los tipos de disposiciones de que debe ocuparse la psicología de la personalidad. De ordinario, el término *actitud* debería ser empleado cuando la disposición está ligada a un objeto o un valor, esto es, cuando es puesta en acción por una clase bien definida de estímulos y cuando el individuo siente hacia esos estímulos una atracción o repulsión definidas. En algunos casos, cualquiera de los dos términos (rasgo o actitud) es correcto, como, por ejemplo, en el caso de la extraversión o el patriotismo, antes mencionados, o en el del conservatismo o el radicalismo. Si en los últimos dos casos el objeto o valor contra el cual la persona se rebela o que pretende conservar puede ser especificado, entonces el término actitud es preferible. Si, en cambio, el radicalismo o el conservatismo es crónico y "temperamental" y se expresa en casi todas las esferas del comportamiento de la persona, entonces el término de rasgo se adecua más a la situación. Las actitudes estrechas o específicas nunca son rasgos. Un hombre tiene apego por su perro: tiene entonces una actitud bondadosa hacia ese animal. Pero si en general es considerado y simpático con hombres y animales, tiene entonces un rasgo de bondad. Cuanto más generalizada es una actitud (tanto más difícil resulta especificar su objeto o su polaridad de afecto), tanto más se parece a un rasgo.¹⁰

Los rasgos y otras formas de disposición. Es innecesario repetir aquí las distinciones establecidas en capítulos anteriores entre rasgos y factores, necesidades, instintos y todo el conjunto de elementos, tanto nomotéticos como prácticos, propuestos por diversos autores como unidades básicas de la personalidad. Ni tampoco necesitamos decir nada acerca de la oposición existente entre los rasgos y los hábitos específicos o los elementos idénticos. Todas las delimitaciones ya han sido hechas. Nos queda entonces un concepto de rasgo entendido como un *sistema neuropsíquico (peculiar al individuo) generalizado y focalizado, dotado de la capacidad de convertir muchos estímulos en funcionalmente equivalentes y de iniciar y guiar formas coherentes (equivalentes) de comportamiento adaptativo y expresivo.*

¹⁰ Esta comparación entre actitudes y rasgos es un resumen de una exposición más completa sobre la significación de las actitudes para la psicología social y la psicología de la personalidad que se encuentra en G. W. Allport: "Attitudes", en *Handbook of Social Psychology* (ed. por C. C. Murchison), 1935, cap. XVII.

Esta concepción no es por entero novedosa. Tal como antes hemos indicado, tiene muchas correspondencias aproximadas en la teoría psicológica. Algunas de las disposiciones incluidas en la lista siguiente son virtualmente idénticas a los rasgos, algunas representan sub-clases especiales de rasgos y otras son prefiguraciones de los rasgos, propuestas por autores que tienen un punto de vista similar, al menos en parte, al presentado aquí.

Conceptos psicológicos equivalentes o subordinados al concepto de rasgo o que coinciden parcialmente con éste:

<i>Charakterzug</i>	modo de ajuste o adaptación
complejo	región motriz-perceptual (Lewin)
tendencia direccional	necesidad integrada (Murray)
sistema yoico (Koffka)	<i>Neigung</i> (Lazurski)
<i>Eigenschaft</i> (Baumgarten, Stern)	fobia
focos de desarrollo	<i>Richtungsdisposition</i> (Stern)
actitud general	<i>Rüstungsdisposition</i> (Stern)
hábito generalizado (Dewey)	sentimiento (McDougall)
ideal	estilo de vida (Adler)
región intrapersonal (Lewin)	valor subjetivo (Spranger)
interés	gusto
<i>linéament</i> (Boven)	<i>Triebfeder</i> (Klages)
modo de adaptación	tendencia

RASGO Y TIPO

Otra vez hemos de referirnos al agudo contraste existente entre la teoría de los rasgos y la doctrina (toda doctrina) de los tipos. A diferencia de los rasgos, los tipos siempre tienen una referencia biosocial. Se puede decir de un hombre que *tiene* un rasgo, pero no se puede decir de él que *tiene* un tipo. Más bien se *adecua* a un tipo. Esta forma de expresión revela el importante hecho de que los tipos existen no en las personas o en la naturaleza sino más bien en los ojos del observador. Un tipo incluye más de lo que hay en el individuo. Por el contrario, todo lo que toman en consideración los rasgos está situado por entero dentro de los límites del individuo. Lo decisivo de la distinción reside en que en el tipo, el punto de referencia es siempre algún atributo o grupo de atributos correlacionados, abstraídos de diversas personalidades, o sea una referencia biosocial definida por el interés del investigador de que se trate.

Hoy florecen gran variedad de tipologías. Hay tipos literarios, tipos patológicos, tipos constitucionales, tipos eidéticos, tipos estadísticos y tipos ideales. De cualquier clase que sea, una tipología es siempre un recurso para exaltar el interés especial del autor a expensas de la individualidad

de la vida que éste desmiembra sin piedad. Toda tipología está basada sobre la abstracción de algún segmento de la personalidad total, al que se le otorga por la fuerza una posición de preeminencia antinatural. Todas las tipologías establecen límites donde no tiene por qué haber límites. Todas son categorías artificiales.

Este juicio riguroso resulta inevitable frente a las exigencias contradictorias de las diversas tipologías. Muchas de ellas pretenden abarcar la personalidad total y reproducir las diferenciaciones que ocurren en la naturaleza. Pero todas las tipologías concretas que se han proclamado a sí mismas básicas se contradicen entre sí. Compárense, por ejemplo, los tipos supuestamente básicos de Kretschmer, Spranger y Jaensch. Por cierto ninguna de estas tipologías, tan diversas en su concepción y alcance, puede ser considerada final, pues ninguna de ellas coincide con alguna de las otras. Cada teórico desmiembra la naturaleza del modo que le parece mejor y sólo a sus cortes los encuentra dignos de admiración.

Echemos una mirada a los populares tipos dicotómicos: extravertido—introvertido, mentalidad rígida—mentalidad flexible, sensorial—motor, masculino—femenino, subjetivo—objetivo, apolíneo—dionisiaco, filisteo—bohemio, estético—astético y tantos otros por el estilo. ¿Qué se ha hecho del individuo? Se lo hace pasar de tipo en tipo, dejándolo a veces en un compartimiento y otras veces en otro, y a menudo en ninguno. Todo este enfoque es externo, dirigido hacia similitudes abstractas entre los hombres y no hacia la constitución neuropsíquica integral de algún hombre individual.

La actual boga de la tipología proviene en gran medida de la influencia de la psiquiatría, ciencia esta que durante mucho tiempo siguió a Kraepelin y tuvo gran interés en la clasificación de las enfermedades mentales. Hoy en día, precisamente cuando muchos psiquiatras están abandonando las clasificaciones para entregarse al estudio de las perturbaciones mentales en el caso individual, este enfoque desacreditado está infestando la psicología normal. Se nos dice ahora que podemos clasificar a una persona como cicloide, esquizoide, melancoloide, manioide, paranoide, hipocondroide, histeroide, imbeciloide, neurastenoide o epileptoide. Y efectivamente, podemos hacerlo si estamos interesados en adecuar ese individuo a las categorías de la enfermedad mental. Con igual corrección la misma persona puede ser clasificada como perteneciente al tipo motor o al sensorio si estamos interesados en su estilo de reacción; o al tipo visual, kinestésico o auditivo si estamos interesados en sus imágenes; o al nórdico, alpino o mediterráneo si nos interesa su raza. Pero si, como psicólogos, nos interesamos por él como individuo, su múltiple pertenencia a estos tan diversos tipos representa otras tantas notas artificiales. Es mejor estudiarlo en su vida, observar sus rasgos individuales en acción y ver qué significan estos rasgos en su vida, aun cuando por este método no siempre podamos situarlo ele-

gantemente en nuestro archivo favorito. Si algún valor tiene la información indirecta que puede lograrse situando al individuo en una tipología u otra, esos datos sin duda se manifestarán también, de modo mucho más significativo, cuando se analicen sus rasgos.

RASGOS INDIVIDUALES VERSUS RASGOS COMUNES

En rigor no hay dos personas que posean precisamente el mismo rasgo. Aunque dos hombres sean *agresivos* (o dotados de una disposición estética), el estilo y la magnitud de la agresión (o del esteticismo) es en cada caso manifiestamente diferente. ¿Qué otra cosa podría esperarse si se piensa en el bagaje hereditario único, en la diferente historia del desarrollo y en las nunca repetidas influencias externas que determinan cada personalidad? El producto final de la determinación única no puede ser sino único.

Este hecho evidente es algo que a la mayor parte de los psicólogos les resulta difícil admitir. Si los individuos no pueden ser comparados entre sí con respecto a los mismos rasgos, ¿qué ocurrirá con la psicología de la personalidad como disciplina "científica" (es decir, nomotética)? Ofendido ante esta perspectiva, un psicólogo exclamó: "Pienso que es un sin sentido decir que no hay dos hombres que tengan el mismo rasgo. En realidad, sé que eso es verdad, pero es una de esas verdades que no pueden aceptarse." El psicólogo nomotético a muerte siente que para ser cabalmente fiel a su ciencia no *debe* buscar sino variables comunes y básicas, por más grande que sea la distorsión de la estructura individual que resulte de eso proceder. Pero si llega a hacer a un lado estos fetiches metodológicos, que convierten en inaceptables las verdades manifiestas, y adopta una concepción más liberal de su ciencia, verá que el dilema no es fatal. La argumentación en favor de la individualidad *última* de todo rasgo es sin duda invencible, pero hay sin embargo una cierta lógica que justifica la búsqueda de unidades comparables y mensurables.

Frente a todas sus diferencias últimas, las personas normales formadas dentro de una determinada área cultural tienden a desarrollar un número limitado de modos de ajuste *aproximadamente comparables*. El bagaje original de la mayor parte de los seres humanos, sus estadios de crecimiento y las exigencias de su sociedad particular son lo bastante uniformes y comparables como para llevar a ciertos modos básicos de ajuste que son de individuo en individuo *aproximadamente* los mismos. Para tomar un ejemplo, pensemos que la naturaleza de la lucha por la supervivencia en una sociedad competitiva tiende a forzar a todo individuo a buscar su propio nivel más adecuado de *agresión*. Como dice el refrán: cada uno *debe* ser o bota o felpudo. A medida que va madurando, un niño encuentra que para él la forma más exitosa de vida consiste en el esfuerzo constante por do-

minar a sus compañeros; otro niño encuentra que para él hay más satisfacción en la complacencia o la sumisión. En algún punto entre los extremos de la exagerada dominación y la completa pasividad, se encuentra para cada individuo normal un nivel de adaptación que se adecua a sus requerimientos íntimos. El psicólogo hace bien en reconocer todas estas posibles gradaciones y en postular una variable común (en este caso dominio-sumisión) que, si bien ruda y aproximada, permite una ordenación cuantitativa. No llega así a medir el rasgo individual encarnado, que sólo existe como una disposición neuropsíquica y como la unidad irreductible de la personalidad. Lo que hace es medir un *aspecto* común de este rasgo, la parte de éste que toma formas culturales comunes de expresión y significa esencialmente la misma forma de ajuste dentro del grupo social.

Para hacer más concreta nuestra argumentación, supóngase que el investigador desea una escala que le permita comparar individuos con referencia al rasgo común (continuum) dominio-sumisión, mencionado más arriba. Reconoce que sólo está atendiendo a un aspecto de disposiciones neuropsíquicas que difieren en cada persona. (Hay una variedad sin fin de conductores, dominadores, agresores, seguidores, consentidores y almas tímidas). Lo que hace es cerrar los ojos a la unicidad de cada caso y buscar entonces una lista uniforme de ítems de prueba que forzarán a cada individuo a entrar en el mismo continuum. Selecciona ítems plausibles tomados de situaciones culturales comunes¹¹, determina la significación diagnóstica de cada ítem para la dimensión que a él le interesa, estandariza y comprueba la validez de su escala en conjunto y emerge al final con un "test de personalidad".

Médida de este modo, la característica de dominio-sumisión no es en rigor un rasgo. Es más bien una escala direccional bipolar o un continuum común con referencia al cual se mide un cierto aspecto común de rasgos en verdad individuales.

En el sentido estricto de la definición de los rasgos (pág. 313) sólo el rasgo individual es un verdadero rasgo: (a) porque los rasgos están siempre en individuos y no dispersos en la comunidad y (b) porque los rasgos se desarrollan y generalizan hasta llegar a ser disposiciones dinámicas de modos únicos que varían de acuerdo con las experiencias de cada individuo. El rasgo común (continuum) no es de ningún modo un verdadero rasgo, sino meramente un aspecto mensurable de rasgos individuales complejos.¹²

Surge aquí naturalmente el problema de si los rasgos comunes deben ser llamados *rasgos* en algún sentido. A primera vista parece prestarse a confusiones el designar

¹¹ Una selección de ese tipo de ítems "aspectuales" se da en las págs. 425 y sigs.

¹² Esta interpretación de los rasgos concuerda en todos sus puntos esenciales con la de F. H. Allport: "Teleonomic Description in the Study of Personality", *Char. & Pers.*, 1937, 6, 202-214. Hay sin embargo una diferencia de terminología. Este autor entiende por rasgo lo que aquí llamamos rasgo común y para el rasgo individual propone la denominación de "tendencia teleonómica".

con el mismo nombre disposiciones biofísicas (verdaderos rasgos) y continuos empíricos (productos del análisis abstractivo). Y sin embargo por tres razones parece mejor dejar que el término se aplique tanto a la dimensión individual como a la común.

1. — En primer lugar, el término tiene un uso genérico vastamente establecido. Hasta ahora no se ha limitado a designar un rasgo individual (como en la definición de la p. 313). En la jerga psicológica los continuos empíricos son llamados de ordinario escalas de rasgos, y este uso debe ser respetado. Hablar de esos continuos como "escalas de rasgos comunes" es un simple paso hacia la precisión. Hacer esto no requiere un cambio radical en el uso.

2. — Los conceptos de rasgo individual y rasgo común son complementarios en el estudio de la personalidad. Tanto lo único como lo universal debe ser explorado. Si bien el primer enfoque es el más fundamental, el otro constituye un amplio capítulo de la investigación (cf. capítulo XV). De este modo, si se conserva el término rasgo con sus adjetivos calificativos adecuados ("común" o "individual") se abarcan al mismo tiempo los dos métodos principales de enfocar la personalidad y se obtiene un útil concepto genérico. La psicología de la personalidad es, en este sentido, el estudio científico de los rasgos humanos.

3. — Hay un argumento aún más fuerte en favor de la expresión "rasgo común". Aunque es innegable que no hay dos personas que tengan precisamente el mismo rasgo, hay sin embargo ciertos aspectos de la personalidad con respecto a los cuales todas las personas de una cultura determinada pueden ser comparadas razonablemente. Se ha mostrado más arriba que el dominio y la sumisión, para tomar dos rasgos comunes típicos, representan formas de ajuste que por razones de necesidad biológica y presión cultural deben adoptar en diversos grados todos los individuos. Lo mismo puede decirse de muchas otras formas comunes de ajuste: gregarismo, locuacidad, tacto, radicalismo, interés por el dinero. Toda *persona* es también un *socius*. Debe llegar a un acuerdo, si bien en diversos grados, con las exigencias de su cultura. Sus rasgos básicos son siempre individuales pero tienen un aspecto social que puede ser separado con facilidad para el análisis. Los rasgos comunes, entonces, no son variables enteramente arbitrarias. Se basan en la acción de las circunstancias evolutivas y culturales. *Los rasgos comunes son aquellos aspectos de la personalidad con respecto a los cuales pueden ser comparadas la mayor parte de las personas maduras que viven dentro de una cultura dada.*¹³

La trampa que hay que evitar es el erróneo supuesto de que el rasgo común siempre corresponde exactamente a la disposición neuropsíquica de los individuos. Quizá en casos ocasionales pueda existir una estrecha correspondencia accidental, pero siempre es peligroso medir los rasgos comu-

¹³ En un nivel superior, la distinción entre el rasgo individual y el rasgo común se refleja en la distinción entre la *persona* y el *socius*. El primero es un hombre completo, un producto biofísico único en el cual las influencias culturales han sido incorporadas, en diversas formas individuales, a una base biológica. El *socius* es el hombre visto con referencia a su condición social. Sus creencias, actitudes y rasgos son considerados desde el punto de vista de su conformidad o desviación con respecto a las normas societales. El punto de referencia en el primer caso es la persona misma; en el otro, las normas sociales externas.

nes creyendo que se están efectuando medidas directas de disposiciones personales. Un test tiene diferentes significados para diferentes sujetos y sus respuestas pueden tener un sentido por entero diferente. Repetidamente, sujetos que se someten a algún test de personalidad se quejan de que el test no se adecua a ellos. Parecen sentir que la escala pasa por alto sus rasgos individuales. No hay respuesta convincente a estas críticas. Lo mejor que el psicólogo puede hacer es asegurarles que el test es sólo una "medida aproximada" y que en casos individuales puede sin duda resultar demasiado indefinido.

Como los rasgos comunes en el mejor de los casos son sólo aproximaciones convenientes, el psicólogo debiera emplear todo tipo de técnicas auxiliares para hacer su escala tan útil como sea posible. Por medio del uso de fórmulas estadísticas puede determinar la confiabilidad de la escala; puede estandarizarla para diferentes clases de personas, haciéndola más apropiada para la orientación vocacional u otros usos prácticos. Si el análisis estadístico le señala que su escala no posee confiabilidad, puede descartar los ítems que no estén en correlación con el resto. Al hacer esto sin duda alterará en cierta medida su concepción inicial del rasgo común en cuestión. De tal modo, al elaborar su escala combina una concepción inicial del rasgo con diversos controles empíricos, para lograr al final un producto mixto que a menudo gana en aplicabilidad a todo un conjunto de sujetos lo que pierde en sensibilidad para el caso individual.

En este proceso, el análisis factorial es uno de los recursos estadísticos que pueden colaborar en el ajuste de los rasgos comunes para una medición eficaz. El método de los factores "puros" y "básicos", si bien injustificado desde el punto de vista de la estructura orgánica de la personalidad, tiene una indudable utilidad para ciertos fines prácticos. Ocasionalmente el análisis factorial puede ser una solución eficaz para ciertas complicaciones de una concepción *a priori* y echar nueva luz sobre problemas atinentes a la definición del rasgo común en cuestión.¹⁴ Pero hay que tener cuidado de que el resultado último no sea peor que el punto de partida, pues algunos productos factoriales están desprovistos de todo sig-

¹⁴ Un ejemplo de esto es la reducción de la introversión a ciertos rasgos comunes que la compondrían, hecha por los Guilford. Dos de estos componentes (los principales factores) son el *apartamiento social* y la *emocionalidad*. Cada uno de ellos es un rasgo significativo, indudablemente susceptible de medida. En este caso un concepto que era dificultoso para los psicólogos recibe clarificación. La interpretación inicial de la introversión que hizo Jung, sugeridora como era, resultó ser pasible de mejoramiento, al menos a los fines de la medida. Dos, o quizá más, escalas independientes, una para el apartamiento social y la otra para la emocionalidad, han de reemplazar probablemente las escalas únicas, poco elaboradas, en las que hasta ahora se confiaba para medir la algo amorfa variable común. (J. P. y R. B. Guilford, *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1934, 28, 377-399).

nificado psicológico. Nunca hay que permitir que las técnicas auxiliares disminuyan la exigencia básica de inteligibilidad psicológica.

Una buena ilustración de la diferencia entre rasgos comunes e individuales la encontramos en el estudio de las evaluaciones hecho por Conrad. Se pidió a tres maestros que evaluaran una cantidad de niños en edad preescolar con referencia a 231 rasgos comunes, obligándolos así a admitir que todos los niños poseían exactamente estas mismas cualidades en diferentes grados. Aceptado este falso supuesto hubo entre los maestros un bajo grado de acuerdo, que varió entre $+0.14$ y $+0.78$, con una mediana de $+0.48$. Muchos de los chicos, según parece, fueron evaluados sobre la base de meras conjeturas, porque la investigación requería que los niños fueran evaluados en cuanto a todas las cualidades. Pero en el curso del mismo estudio se indicó a los maestros que marcaran con un asterisco las cualidades que fueran según ellos de "importancia central o dominante en la personalidad del niño". En esta parte de su trabajo los maestros estuvieron muy de acuerdo en sus juicios; sus evaluaciones marcadas estaban en una correlación de $+0.93$ a $+0.96$.¹⁵ Este resultado muestra que la baja confiabilidad de las evaluaciones puede deberse muchas veces al hecho que se fuerza a los sujetos a entrar en una escala a la que no pertenecen. En unos pocos casos (las cualidades marcadas), el concepto del rasgo común pareció corresponder bastante bien a algunos rasgos individuales sobresalientes, pero la mayoría de las veces las designaciones comunes no encontraban aplicación en los casos concretos.

Consecuente con su tradición nomotética, hasta hoy la psicología se ha interesado más por los rasgos comunes que por los individuales. (El clínico y el terapeuta son excepciones a esta regla.) Sin embargo, nada es más esencial en todo el campo de la personalidad que un reconocimiento adecuado de los rasgos individuales. Los métodos adaptados al estudio de variables comunes no pueden ser transferidos tal cual al estudio de los rasgos individuales. Se necesitan nuevas técnicas. Traduciremos por escalar el verbo inglés "to scale" que significa establecer la distribución de una población con respecto a una variable dada, construyendo así una escala de distribución. Aparecerán más adelante los derivados escalable, escalado. Será escalable una variable con respecto a la cual pueda ser medida toda una población. Ningún investigador, por ejemplo, emprenderá la tarea de escalar la *paranoia* en la población general; sin embargo, la *paranoia* puede ser en alguna ocasión el verdadero núcleo de la personalidad. Ni tampoco intentaría establecer la escala correspondiente al *exhibicionismo melindroso*, rasgo por el cual fue famoso el Bello Brummell. Goethe, que pensaba que siempre hay un sentido en el que todas las cosas son verdaderas, tenía el encantador rasgo de oír a todas las personas sin contradecirlas. Este no es

¹⁵ H. S. Conrad: *J. Educ. Psychol.*, 1932, 23, 671-680.

un rasgo lo bastante común como para que sea posible calibrarlo, pero es importante para la comprensión de la personalidad de Goethe. Ni tampoco es común su antítesis, el negativismo de los que como Benvenuto Cellini o Samuel Johnson son manifiestamente *contredisants*. Cuando este rasgo poco común existe, es extremadamente importante, porque toda propuesta, toda afirmación, casi cualquier palabra suscita un rechazo. Dickens inmortalizó este rasgo en Mr. Grimwig, pero los Grimwig se encuentran raramente.

Hay muchos otros caracteres, tanto en la ficción como en la historia, conocidos por un solo rasgo sobresaliente: Uriah Heep por su adulonería, Rose Dartle por sus peculiares insinuaciones, Oblomov por sus dilaciones, Mrs. Jellyby por su filantropía de prósbito, Micawber por su optimismo vacío, Chesterfield por su autoconsciente buena educación, el Marqués de Sade por su crueldad sexual. Nuestro vocabulario se ha enriquecido con nuevos *nombres* de rasgos individuales después de la aparición de estas celebridades. ¿Qué mejor prueba podría haber de la existencia de rasgos fundamentales demasiado raros para ser medidos como rasgos comunes en una población?

Lista parcial de designaciones de rasgos derivadas de los nombres de caracteres históricos o de la ficción

Bello Brummell	Don Juan	narcisista
boswelliano	Edipo	Nerón
byroniano	emersoniano	oblomovismo
Calibán	Falstaff	pantagruélico
calvinista	fáustico	pickwickiano
Casandra	homérico	quijotesco
ciceroniano	Jantipa	rabelaisiano
Cristo	John Bull	sádico
chauvinista	lesbiana	sáfico
chesterfieldiano	maquiavélico	Scaramouch
dantesco	miltoniano	Shylock
dionisiaco	napoleónico	tolstoiano

El psicólogo ortodoxo (nomotético) preguntará: "¿Pero qué puede hacer la psicología con tales rasgos individuales? No pueden ser medidos y desafían la comparación de hombre a hombre". En verdad se puede hacer mucho. Los rasgos individuales son susceptibles, no menos que los rasgos comunes, de estudio genético, analítico e incluso experimental, en el laboratorio y en cualquier otra parte.¹⁶ Casi todos los métodos de estudio de la personalidad (cf. capítulo XIV), con excepción de los tests y las escalas comunes, se adaptan al estudio de los rasgos individuales. Después de todo,

¹⁶ Quizá alguna vez lleguen a ser susceptibles de medida, pero en un sentido más bien novedoso. F. H. Allport sugiere la posibilidad de desarrollar un

la comparación de individuos es sólo uno de los objetivos de la psicología de la personalidad. Comprender el caso individual y determinar las leyes del desarrollo del individuo son objetivos igualmente legítimos e incluso más importantes.

EL PROBLEMA DE LOS NOMBRES DE RASGOS

Hay en inglés aproximadamente 18.000 términos (principalmente adjetivos) que designan formas distintivas y personales de comportamiento.¹⁷ A primera vista esta vasta multitud de símbolos verbales parece caótica y por entero fuera del campo de intereses del psicólogo. Pero cuanto más se estudian estos términos, más instructivos y pertinentes llegan a ser.

No se puede negar que los nombres de rasgos tienen una relación muy compleja con las unidades estructurales subyacentes de la personalidad. Como un primer paso para aclarar cuál es esta relación consideremos el origen de estos vocablos. Parecen haber llegado a existir en respuesta a dos necesidades humanas enteramente diferentes.

continuum intraindividual para cada personalidad por separado, con respecto al cual podría ser medido un rasgo conductor en su intensidad y coherencia interna sin ninguna referencia a otros individuos.

El ejemplo siguiente sugiere cómo podría llevarse a cabo ese modo de aproximación: "Había cierto niño cuyo comportamiento en la escuela era calificado por su maestro de ejemplar, mientras que su conducta en el hogar era causa de grave preocupación para sus padres. En la escuela era ordenado, trabajador y atento, mientras que en su casa era ruidoso, revoltoso y agresivo con los niños más pequeños. Fue evaluado con respecto a un continuum socialmente estandarizado de grados de un rasgo, p. ej., el rasgo de «tratabilidad», y se obtuvieron resultados que a primera vista evidencian ser ambiguos. La distribución intraindividual para ambas esferas (hogar y escuela) juntas resulta bi-modal más que normal. El enfoque basado en los rasgos comunes fracasa. Pero cuando describimos su comportamiento teleonómicamente, esto es, en función de lo que el niño está tratando en realidad de hacer (y no queremos decir que está tratando de hacer conscientemente), podemos encontrar una coherencia básica subyacente a la contradicción entre estos dos campos de su conducta. Por ejemplo, el niño podría, en ambas líneas de conducta, estar actuando de modo de ganar la atención de sus mayores. Resulta así una ley acerca de la conducta general de este individuo, ley que puede ser sometida a verificación empleando un muestreo más amplio y más mediciones." (*Char. & Pers.*, Duke University Press, 1937, 5, pp. 206 y sig.).

Lo que en este texto se propone es que cada aspecto del comportamiento de este niño sea estudiado de acuerdo con su aproximación a un hipotético rasgo central de su vida, por ejemplo, "el tratar de ganar la atención de sus mayores". Si muchos actos caen claramente dentro de este continuum teleonómico, el rasgo deja entonces de ser algo hipotético para convertirse en algo establecido en forma empírica y su extensión e intensidad pueden ser determinadas estadísticamente.

¹⁷ Cf. G. W. Allport y H. S. Odbert: "Trait-Names: a Psycho-lexical Study", *Psychol. Monog.*, 1936, N° 211. Esta monografía estaba destinada originalmente a ser un apéndice del presente volumen, pero su extensión hizo necesaria la publicación por separado. Los pasajes reproducidos aquí representan un resumen abreviado del estudio, pero el original debe ser consultado para conocer la exposición completa de problemas que aquí han sido insuficientemente desarrollados, así como la lista de 17.593 términos.

En primer lugar los hombres experimentan un deseo de representar con un nombre los procesos mentales o las disposiciones de sus semejantes tal como esos procesos y disposiciones pueden ser determinados por la observación o la inferencia. Existe una exigencia de pintar la personalidad tan adecuada y fielmente como sea posible, porque si se cuenta con un término adecuado, que corresponda a auténticas disposiciones psicológicas, la capacidad de entender y dominar a los semejantes aumenta en alto grado. Hay por eso razones para suponer que los nombres de rasgos no son por completo arbitrarios, y que en cierta medida se van corrigiendo solos, ya que es poco ventajoso conservar por intermedio de los nombres una creencia errónea en entidades meramente ficticias o fabulosas y en cambio es decididamente ventajoso usar términos que designen verdaderas estructuras psíquicas. Si esta consideración fuera la única base subyacente a nuestro vocabulario de nombres de rasgos, tendría que existir una correspondencia muy estrecha entre la convención lingüística y la verdad psicológica, una correspondencia mucho más estrecha de la que efectivamente existe.

Pero hay una segunda influencia que determina nuestro léxico de nombres de rasgos: la tendencia de cada época social a caracterizar las cualidades humanas a la luz de las normas e intereses peculiares a esos tiempos. Históricamente, la introducción de nombres de rasgos aparece siguiendo este principio de determinación cultural (no psicológica) hasta un grado sorprendente.

La superstición astrológica produjo los términos *lunático*, *jovial*, *saturnino* y *mercurial*. La medicina de Galeno, que prevaleció en Inglaterra hasta la época de Harvey, introdujo el término *temperament* (temperamento) y con él naturalmente los vocablos *sanguine* [sanguíneo], *choleric* [colérico], *melancholic* [melancólico], *phlegmatic* [flemático], *good-humored* [de buen humor], *bad-humored* [de mal humor] así como también *cold-blooded* [de sangre fría], *hearty* [de buen corazón], *heartless* [sin corazón] y *cordial* [cordial] derivados de la creencia de que el corazón es el asiento del intelecto y el sentimiento. Tras la Reforma protestante aparecieron algunos de nuestros más indispensables adjetivos que designan rasgos, reflejo de la introspección dominante durante ese período. Entre ellos se cuentan *sincere* [sincero], *pious* [piadoso], *fanatic* [fanático], *precise* [escrupuloso], *bigoted* [beatón], y también los sustantivos *self-regard* [auto-consideración], *self-confidence* [confianza en sí mismo], *self-esteem* [auto-estima]. *Selfish* [egoísta] es un término acuñado por los presbiterianos alrededor de 1640. Al aristocrático siglo xvii corresponden *fatuous* [fatuo], *callous* [insensible], *contrified* [rústico], *disingenuous* [simulador]. De los trastornos políticos provienen términos como *tory*, *demócrata* y *radical*.

Con la creciente subjetividad de la literatura, en el siglo xviii surgieron muchos términos derivados del auto-análisis: *day-dream* [ensueño], *depression* [depresión], *ennui*, *chagrin*, *apathy* [apatía], *diffidence* [falta de fe en sí mismo], y se atribuyeron nuevos significados, más subjetivos, a viejos términos: *reverie*, *excitement* [excitación], *constraint* [coacción], *embarrassment* [embarazo], *disappointment* [desengaño] y otros. En los círculos cortesanos del siglo xviii se describía a las personas como *prim* [afectado], *demure* [grave], *gawky* [torpe], *enthusiastic* [entusiasta], *interesting* [interesante] y *boresome* [aburridor]. A los últimos años corresponde un número sorprendente de nuevas expresiones, que en su mayor parte pertenecen aún al *slang*: *booster* [promotor], *rooter* [partidario entusiasta, "hincha"], *knocker* [crítico], *hoodlum* [pillo], *climber* [trepador], *yes-man* [hombre sin carácter], *four-flusher* [bluffista], *eake-este*

[dado al placer y la comodidad], *gigolo*, *flapper* [chica despreocupada], *raketeer* [extorsionista], *Babbitt*. A este vocabulario, siempre en aumento, de características humanas, la psicología ha hecho su contribución: *introvertido*, *extravertido*, *neurótico*, *regresivo*, *psicasténico*, *eidético*, *ciclotímico*, *esquizoide* y tantos otros vocablos.

Es en consecuencia seguro que los nombres de rasgos no son símbolos unívocos que correspondan a lo largo de los siglos a variedades fijas de disposiciones humanas. Pese al hecho de que los nombres probablemente no hubieran sido inventados a menos que realmente hubiera algo en la constitución psíquica de los individuos que promoviera las nuevas designaciones, los símbolos mismos son, no obstante, cambiantes y hasta pueden desaparecer. Son inventados en concordancia con intereses culturales corrientes; su significado varía a menudo y algunos caen rápidamente en desuso. (Aunque algunos nombres de rasgos llegan a desaparecer, existe, en inglés al menos, una tendencia a una rápida multiplicación de términos que designan cualidades humanas, reflejo sin duda del interés siempre presente por los problemas psicológicos.)¹⁸

La lista de términos que aquí discutimos está basada en los 400.000 términos y derivados incluidos en el *Webster's New International Dictionary* (edición de 1925). El número exacto de términos incluidos en la lista es de 17.953 palabras (excluidos los términos arcaicos) o sea un cuatro y medio por ciento de todo el vocabulario inglés.

El criterio para la inclusión de un vocablo en la lista es la capacidad de cada término de distinguir el comportamiento de un ser humano del de otro. Los términos que designan el comportamiento común (no distintivo) han sido excluidos, p. ej. *caminar* y *digerir*, mientras que términos más diferenciados y estilísticos aplicados a estas mismas actividades, como *de andar afectado* y *dispéptico*, son incluidos. En muchos casos, la aplicación de este criterio involucró un grado considerable de arbitrariedad. Para decidir en los casos dudosos se siguió la definición del diccionario: si en alguna de sus acepciones un término podía ser empleado en forma diferencial para caracterizar el comportamiento personal, era entonces admitido.

Las formas adjetivas y participiales han sido preferidas siempre; los sustantivos y adverbios aparecen sólo cuando no existe un adjetivo o un participio correspondientes o, si no, en casos en que su significado es distintivo; p. ej., se incluye tanto *Quaker* [cuáquero] como *Quakerish* [el adjetivo correspondiente].¹⁹

Una vez definidos ciertos principios para la selección de los términos, la tarea siguiente consiste en determinar si se puede encontrar una base para una clasificación de los términos dotada de sentido *psicológico*. Una división de la lista en cuatro columnas paralelas parece llenar esta necesidad.

Columna I. En esta columna aparecen los nombres que simbolizan más claramente rasgos "reales" de personalidad. Designan tendencias determinantes generalizadas

¹⁸ G. W. Allport y H. S. Odbert, *op. cit.*, pp. 1-3.

¹⁹ G. W. Allport y H. S. Odbert, *op. cit.*, p. 24.

y personalizadas, esto es, modos coherentes y estables de ajuste individual al medio. Ejemplos evidentes son *agresivo*, *introvertido*, *sociable*. Estos términos no implican meramente un comportamiento temporario y específico, tal como los términos de la columna II (véase p. 326); son más neutrales y menos críticos que los de la columna III y son menos metafóricos y lejanos en su aplicabilidad a la personalidad que los de la columna IV. Por otra parte, como la decisión es a menudo arbitraria, *al investigador que use esta lista le advertimos que no debe depender de la columna I exclusivamente, sino que debe consultar las columnas paralelas buscando en ellas otros términos que satisfagan sus necesidades e intereses*. La primera columna pretende meramente proporcionar una lista mínima de nombres de rasgos y no una lista final. El número de términos incluidos en esta columna es de 4.504 o sea el 25 % de la lista total.

Columna II. Esta columna contiene términos que designan la actividad presente, el humor y estados transitorios de ánimo. El criterio para la inclusión en este apartado es el siguiente: "¿Podría la cualidad en cuestión caracterizar el estado de ánimo, la emoción, la actitud presente o la actividad presente de una persona (pero no sus modos de ajuste duraderos y recurrentes)?" Términos típicos de esta columna son *avergonzado*, *balbuciente*, *regocijado*, *frenético*. La mayoría de estos términos son participios presentes derivados de verbos que designan un comportamiento distintivo. Esta columna contiene 4.451 palabras, alrededor del 25 % del total.

Columna III. Esta lista es la más larga de las cuatro y contiene valoraciones características. Ejemplos típicos son *insignificante*, *aceptable*, *meritorio*. El paradigma para la inclusión dice lo siguiente: "¿Podría juzgarse (meritorio) a un hombre sin que ese hombre posea un rasgo biofísico correspondiente que pueda ser simbolizado con el mismo nombre?" Es evidentemente imposible pensar que el *mérito* es algo que reside en la estructura de la personalidad misma; éste depende por completo de un juicio social. En ese aspecto difiere decididamente de la *benevolencia*, la *tolerancia* o la *paciencia*. Una persona con esos tres rasgos biofísicos sin duda será juzgada meritoria, pero nunca podrá tener una disposición neuropsíquica de "mérito". Algunos de los términos de esta columna no implican un profundo juicio moral sino más bien un efecto social sobre las emociones o estados de ánimo de otra persona, como, p. ej., *desconcertante* o *irritante*. Estos términos presuponen que el hombre posee algunos rasgos, pero en sí mismos son estimaciones acerca del valor y no simbolizan disposiciones psicológicas del individuo que constituyan la causa de que éste tenga un efecto desconcertante o irritante sobre los demás. Esta columna contiene 5.226 o sea el 29 % del total.

En rigor, en el sentido fijado en el presente volumen, la columna III no es de ningún modo una lista de nombres de rasgos. Con todo, hay buenas razones para incluirla. En primer lugar, hay autores que consideran que la personalidad es esencialmente la influencia social que ejerce un individuo, y desde ese punto de vista estos términos adquieren especial significación: son palabras que no representan las reacciones del individuo en cuestión, sino más bien su "valor de estímulo social". Además, este vocabulario de impresiones sociales y juicios caracterológicos tiene un cierto interés intrínseco para la psicología social, la sociología y la ética.

Columna IV. Hay muchos términos que pueden tener valor para caracterizar la

personalidad, aun cuando no tengan un lugar adecuado en las tres primeras columnas. Dado que de un modo u otro contribuyen al vocabulario total de términos útiles, son incluidos en esta columna miscelánea. Un examen más hábil podría haber hecho posible la asignación de estas palabras a las tres primeras columnas. También se podría hacer una subdivisión. Un subgrupo podría contener los términos explicativos del comportamiento, en su mayor parte participios pasados (p. ej.: *mimado*, *enloquecido*, *malformado*). Otro subgrupo podría estar constituido por cualidades físicas que por lo común se consideran asociadas directa o indirectamente con rasgos psicológicos, p. ej.: *gordinflón*, *flaco*, *pelirrojo*, *ronco*. Un tercer grupo podría reunir las capacidades y talentos tales como *capaz*, *dotado*, *prolífico*. Hay luego muchos términos de aplicación alegórica y dudosa a la personalidad humana, y aun otros que por varias razones son la desesperación de los recopiladores. En total, esta columna miscelánea incluye 3.682 palabras o sea alrededor del 21 % del conjunto.²⁰

Esta clasificación es necesariamente aproximada y en cierta medida arbitraria. La experimentación prueba, sin embargo, que diferentes jueces concuerdan bastante bien en el uso de estos grupos clasificatorios.²¹ La característica más significativa de este método es la separación entre los nombres de rasgos neutrales incluidos en la columna I y los términos valorativos o críticos que fueron asignados a la columna III. Hay que mantener la psicología de la personalidad libre de la confusión con los problemas de valoración (carácter). Pero la atribución de un término dado a una de estas categorías y no a otra no siempre es algo sencillo.

Conceptos originados en el juicio social, como, por ejemplo, *honesto*, *desprendido*, *respetuoso de la ley*, pueden convertirse, y a veces de hecho se convierten, en ideales o principios conductores adoptados por los individuos. En este sentido la introcepción de un ideal ético, que llega a ser así una actitud subjetiva, hace que una designación caracterológica se convierta en un verdadero nombre de rasgo. El principio seguido en la clasificación consiste en situar esos términos en la columna I si el ideal social parece convertirse con frecuencia regular en un ideal personal y por lo tanto en un verdadero rasgo de la personalidad. Pero es evidente que ciertos conceptos normativos, como *fino*, *chiflado* o *perfecto* son demasiado generales o demasiado ajenos a la psicología para que puedan corresponder alguna vez con precisión a algún verdadero rasgo personal.

Pese a nuestros esfuerzos por situar en la columna I sólo términos neutrales, algunos de los términos que figuran allí parecen implicar un juicio crítico. En Norte América, decir que Juan es seguro de sí mismo, dotado de inventiva o decidido, es elogiarlo; en algunas sociedades eso significaría condenarlo. Pero en casos como éstos resulta claro que el objeto de referencia es algún rasgo psicológico definido, por más que el término empleado conserve algún "sabor" a juicio.²²

²⁰ *Ibid.*, pp. 25-27.

²¹ *Ibid.*, pp. 34-36.

²² *Ibid.*, pp. 28 y sig.

Muestra de términos que caracterizan la conducta personal y la personalidad.

Columna I	Columna II	Columna III	Columna IV
<i>Términos neutrales que designan rasgos personales</i>	<i>Términos primordialmente descriptivos de estados de ánimo o actividades temporarias</i>	<i>Términos que trasmiten juicios sociales o caracterológicos de la conducta personal, o que designan influencia sobre otros</i>	<i>Varios: designaciones del físico, capacidades y condiciones evolutivas. Términos metafísicos y dudosos</i>
abrupto	confundido	absurdo	quemante
distráido	excitado	aceptable	parecido al ajenjo
abstemio	absorto	aclamado	abstracto
académico	acusador	realizado	abismal
complaciente	aterrado	estúpido	accidental
exacto	afrentado	admirable	descentrado
condescendiente	en llamas	adorable	aquilino
adquisitivo	abochornado	adúltero	mordaz
activo	agitado	desarrollado	adepto
intrépido	anheloso	afectado	adiposo
estético	afligido	agradable	diestro
afable	horrorizado	sin objeto	esópico
afectuoso	agitado	hábil para todo	afligido
lento de entendede- ras	atormentado	seductor	agitabile
agresivo	alarmado	sorprendente	à la mode (fr.)
ágil	alcohólico	ambiguo	viviente
agnóstico	en altercado	ambicioso	solo
à la militaire (fr.)	pasmado	amable	alterado
alarmista (sust.)	andante	amoral	ambidextro
vivaz	enojado	entretenido	ambivalente
amoroso	con vivacidad (adv.)	angélico	ameboide
anarquista	fastidiado	fastidioso	amorfo
apático	espantado	anticuado	anfíbio
deseoso de aplauso	apaciguador	antisocial	anglicano
dado a reunir bienes	apreciativo	aterrador	anguloso
arbitrario	receloso	inequívoco	apache
argumentador	excitado	atrayente	apolíneo
artístico	acusador	accesible	apoplético
dominante	avergonzado	apto	aquilino
ascético	pálido	árido	ártico
afirmativo	mitigador	aristocrático	arrítmico
astuto	pomposo	claro en la expresión	asténico
atávico	ansioso	natural	astringente
ateo (sust.)	atento	asno	atlético
atrabiliario	renuente	asocial	au fait (fr.)
austero	fatigado	asombroso	otoñal
autocrático	aterrado	atroz	propio de las aves
ávido	presa de terror	atractivo	despierto

Una lista como ésta no es sólo un tesoro de términos sino también de *problemas*. Cada palabra es un registro en que han quedado depositadas observaciones del sentido común acerca de la conducta humana. Como tal, cada término constituye un auténtico problema para la psicología. Con esta lista en sus manos, el investigador no se dejará seducir muy fácilmente por alguna teoría excesivamente simplificada de la personalidad.

La lista que aquí presentamos está tomada de la clasificación total y sólo constituye una muestra ilustrativa de términos. Si el lector llega a captar el "sabor" de los términos de cada columna, comprenderá por qué sólo la columna I puede considerarse como una lista de nombres de rasgos en el sentido estricto en que el término es usado en este volumen.

Queda todavía el profundo problema metafísico de la relación de cada nombre con las unidades estructurales de la naturaleza. Durante siglos se ha discutido este problema. La historia es demasiado larga para narrarla aquí, pero la solución sugerida a continuación es por entero compatible con el punto de vista biofísico expuesto en este volumen.

La teoría que presentamos sostiene, en consecuencia, que los nombres de los rasgos son símbolos creados socialmente (a partir de una mezcla de intereses éticos, culturales y psicológicos) para designar y valorar las cualidades humanas. Algunos de estos términos son obviamente críticos y como tales son de poca utilidad para el psicólogo. Pero los términos no críticos son realmente significativos, ya que su uso común implica la presuposición de que algún ser humano posee disposiciones o rasgos efectivos que corresponden más o menos a esos símbolos. Hay, sin embargo, muchos más rasgos que nombres registrados en lista alguna, y así a menudo encontramos neologismos, expresiones y metáforas nacidas cuando los nombres de rasgos resultan insuficientes.

En el trabajo científico ningún nombre de rasgo puede ser aceptado con seguridad como aplicable a una personalidad dada antes que se establezca clínica o experimentalmente la correspondencia de ese nombre con algún verdadero rasgo. No se pueden hacer surgir los rasgos por un *fiat*, deben ser descubiertos.

El uso del mismo nombre de rasgo para disposiciones de dos individuos diferentes significa meramente que a los rasgos de ambos se les pueden aplicar juicios comparables.

Aunque en algunos aspectos esta teoría sigue la posición de los nominalistas no está de ningún modo de acuerdo con los extremistas, que, como niegan la perfecta correspondencia entre los nombres y los rasgos, piensan que deben negar también la existencia real de los rasgos. Los rasgos existen exactamente en el mismo sentido en que existe cualquier disposición o predisposición a la respuesta. El dar un nombre a esos estados mentales intangibles es algo azaroso, pero por desgracia es también una tarea necesaria. Sería absurdo permitir que las dificultades que implica este problema nos llevaran a la posición nihilista, por completo insostenible, de negar toda disposición y organización mental.

Un nombre de rasgo es un nombre serial. Aunque los rasgos son entidades decididamente reales, los nombres de rasgos son, esencialmente, etiquetas que cubren

un rasgo en una persona y otros rasgos (similares) en otras personas. Aun percibido como similar y designado con el mismo término, el rasgo, en rigor, nunca es exactamente lo mismo en dos seres humanos diferentes.²³

Por más inadecuado que pueda ser el lenguaje corriente para representar la estructura compleja de la personalidad, es bastante más adecuado que los símbolos matemáticos y los neologismos que a veces emplean los psicólogos. La naturaleza de nuestro problema nos obliga a aislar, a identificar, estructuras y sub-estructuras mentales dinámicas y a darles un nombre. Y esto es necesario, aun cuando el léxico de todos los idiomas esté lejos de ofrecer un catálogo perfecto de los elementos de la vida mental. Usar nombres de rasgos, pero usarlos con cautela, es entonces nuestro sino. Y tampoco tenemos que temerlos simplemente porque cuenten con la sanción secular del sentido común.

²³ *Ibid.*, p. 20 y sig.

CAPÍTULO XII

LA NATURALEZA DE LOS RASGOS

La constancia de un rasgo es meramente un ideal o un concepto límite, y esto por dos razones. Una es que en ningún momento de su existencia es el hombre un ser meramente adaptativo y entregado a su propia conservación; siempre hay en su comportamiento una chispa de auto-desarrollo y de crecimiento. Por esta razón sus rasgos terminados nunca están terminados por completo. Además, un rasgo nunca es por entero independiente del mundo exterior, sino que está siempre en constante relación con él. El rasgo indica la manera en que la persona reacciona ante el mundo, pero nunca los estímulos que provocan la reacción son completamente los mismos y por lo tanto nunca las diversas expresiones de uno y el mismo rasgo concuerdan completamente entre sí. El rasgo es cada vez ligeramente diferente porque enfrenta otras condiciones determinantes y estas condiciones no sólo producen una especial coloración de cada acto promovido por un rasgo, sino que también pueden influir sobre el rasgo mismo en forma permanente.

WILLIAM STERN

EN EL ÚLTIMO capítulo presentamos una visión general de la teoría de los rasgos. Empeñados en esa tarea, pasamos allí por alto muchas complicaciones y problemas especiales que ahora requieren una consideración a fondo. Como señala Stern, la naturaleza siempre cambiante de los rasgos y su estrecha dependencia con respecto a las fluidas condiciones del mundo circundante rechazan toda concepción excesivamente rígida y simple.

¿CÓMO SE DESCUBREN LOS RASGOS?

El peligro principal que presenta el concepto de rasgo reside en que, por el uso habitual y descuidado, puede llegar a representar un conjunto de facultades separadas y activas por sí mismas que gobernarían la conducta por sí solas, sin interferencia alguna. Debemos desechar esta perezosa interpretación de nuestro concepto. Ya que, por no decir otra cosa, tales *dei ex*

machina psicológicos están más de un siglo pasados de moda. El principio básico de la conducta es su flujo continuo, dentro del cual cada acto representa una movilización convergente de toda la energía disponible en ese momento. Ningún rasgo aislado, ni todos los rasgos juntos, determinan el comportamiento por sí solos. Las condiciones del momento también son decisivas: el carácter especial del estímulo y la distribución temporaria de presiones y tensiones dentro del sistema neuropsíquico exigen una forma especial de respuesta adaptativa, que quizá nunca volverá a ser requerida precisamente del mismo modo.

Sólo una actividad integrada al máximo grado tiene lugar en un momento dado, y esta actividad es el producto de una vía convergente final por la cual se canaliza toda la energía disponible, aunque no toda la energía potencial, para satisfacer la exigencia presente. De momento en momento se produce una redistribución de esta energía disponible, con la consecuencia de que los actos consumatorios son siempre cambiantes y representan el producto de la interacción de todo tipo de factores determinantes, de los cuales los rasgos son sólo uno.

A menos que se reconozca decididamente este carácter continuo, variable y convergente del comportamiento, la teoría de los rasgos se convierte en una doctrina puramente fantástica acerca de "hombrecillos interiores" que poseerían, por hipótesis, un control exclusivo sobre cada actividad separada. Un hombrecillo bondadoso será el responsable de la promoción de actos de bondad y a otros homunculi se atribuirán los actos agresivos, vulgares o de avaricia. En principio, éste es el error de la antigua psicología de las facultades, con su lista de "poderes activos de la mente". Es asimismo un peligro siempre presente en toda psicología dinámica que conceptualiza las "fuerzas" que promoverían y guiarían el comportamiento, sea como fuerzas nomotéticas, tales como instintos, impulsos, deseos, necesidades, o como disposiciones más individualizadas, tales como los rasgos.

Si el peligro se reconoce y se admite, puede ser más fácil evitarlo. Una precaución a tomar es el regreso constante a *la corriente observable de la conducta*, único dato básico con que la psicología de la personalidad tiene que trabajar. En ese campo la regla suprema son los principios de continuidad, redistribución y convergencia. Los rasgos como tales no son observables en la corriente de la conducta. Lo observable son los actos adaptativos específicos que se siguen los unos a los otros en cerrada sucesión. Si bien los rasgos mismos nunca son observados en forma directa, son inferidos *necesariamente*. Puesto que sin alguna inferencia acerca de una estructura subyacente flexible de la personalidad, resultaría imposible explicar el carácter recurrente de los actos separados observables. Pero para evitar una personificación de los rasgos separados siempre es necesario, antes de admi-

tir su presencia, volver al dato conductal básico y demostrar que la inferencia es justificada por una estricta adherencia a los datos.¹

Los rasgos, en consecuencia, no se descubren por medio del razonamiento deductivo, ni por un fiat, ni tampoco dándoles un nombre; además, nunca son observados en forma directa. Se los descubre en la vida individual —el único sitio en que pueden ser descubiertos— sólo por una inferencia (o interpretación) que se vuelve necesaria por la coherencia demostrable de los actos separados de conducta observables.

Hay muchas técnicas auxiliares que pueden ser empleadas en el descubrimiento de los rasgos, pero todas esas técnicas no son sino un refinamiento del método usado por todo el mundo en la vida cotidiana. Los refinamientos reducen la probabilidad de error, pero el procedimiento es básicamente el mismo. En la vida ordinaria un juicio que sostiene que un hombre es un "fanático de la justicia" está basado en la observación de su conducta en situaciones en que se manifiesta activo y agresivo en demanda de equidad o como campeón de los indefensos. Sin duda, el juicio puede ser erróneo, puede estar basado en una sola situación muy impresionante que, divorciada del conjunto habitual de circunstancias, no es de ningún modo típica de la conducta de ese hombre. Como el sentido común no tiene ningún criterio establecido para la inferencia de un rasgo, a menudo de sus observaciones resultan primeras impresiones erróneas. Si bien el psicólogo también se basa en la observación y la inferencia, nunca se da por satisfecho con las primeras impresiones no verificadas. Su labor consiste en exigir una demostración más exacta.

Los métodos para establecer la existencia de un rasgo dependen del tipo de rasgo que sea objeto de investigación, esto es, de que se trate de un rasgo común o de uno individual. En este último caso, el llamado método clínico es el usado habitualmente, en especial por psiquiatras, psicoanalistas, psicólogos asesores y autores de historias de casos. El investigador hace un prolongado estudio de un individuo particular y sobre la base de su contacto personal con el caso decide que tales y tales rasgos son sobresalientes.² Ahora bien, la objeción que se hace a este método es

¹ Esta concesión al criterio *operacional* en cuanto a la convalidación de los conceptos puede hacerse sin suscribir por eso enteramente el dogma del operacionalismo, que descartaría como "desprovista de sentido" toda hipótesis o inferencia psicológica que no fuera definida al instante por pruebas objetivas. Los rasgos se definen en términos operacionales más fácilmente que ciertos otros conceptos indispensables en igual medida para la psicología de la personalidad, como auto-conciencia, semejanza, intencón, intuición y otras formas de actividad mental pertenecientes al campo de la experiencia inmediata.

² Éste es también el método de la biografía. Cf. la caracterización de William James que hizo R. B. Perry: "Pasando a los rasgos benignos de James, encuentro cuatro peculiarmente influyentes en todos sus actos: sensibilidad, vivacidad, humanidad y sociabilidad." *The Thought and Character of William James*, 1935, Vol. II, p. 682.

que se basa en última instancia sobre la "intuición" del investigador y es ajeno a toda verificación objetiva. El método clínico es pariente cercano del sentido común por su confianza en los juicios subjetivos. Pero en defensa del método clínico puede afirmarse que la prolongada prueba crítica de un material multilateral, aun cuando sea efectuada por una sola persona sin controles externos, tiende a validarse por sí misma. Las primeras impresiones erróneas son superadas y con el mayor conocimiento se pone de manifiesto la verdadera estructura. Esta defensa no justifica, por cierto, todas las afirmaciones dogmáticas acerca de los rasgos ni niega tampoco el peligro inherente al diagnóstico subjetivo. Se limita a sugerir el hecho (discutido más en detalle en los capítulos XIV y XIX) de que a los juicios directos, sintéticos, les corresponde un lugar incluso en los estudios científicos de la personalidad.

También la experimentación provee pruebas en favor de la existencia de rasgos individuales. Siempre que a diversos conjuntos de tareas se responde en forma uniforme en el laboratorio, siempre que muchos estímulos y muchas respuestas resultan equivalentes, se infiere con seguridad la presencia de un rasgo.³ La evaluación es otro método, valioso en especial cuando se emplean varios jueces y se los controla entre sí. El método de las evaluaciones con ítems sobresalientes señalados por los jueces (cf. página 319) es particularmente útil para el establecimiento de rasgos individuales.

Un método útil en especial para el estudio de los rasgos de niños pequeños es el del muestreo temporal. Dos o más observadores independientes observan durante cortos períodos de tiempo las actividades naturales y libres de los niños. Cada observación puede durar no más de un minuto. Por medio de la repetición de las observaciones, por ejemplo, a intervalos de una hora durante varios días, se logra una acumulación de datos que dan una muestra significativa de la conducta. Cuando diferentes observadores concuerdan acerca de la frecuente repetición de ciertas formas de conducta, existe una base excelente para la inferencia de un rasgo.⁴

El muestreo temporal puede usarse tanto para el descubrimiento de rasgos individuales como para el descubrimiento de rasgos comunes (continuum). En la mayor parte de las investigaciones destinadas a establecer la coherencia de un niño dentro de un grupo, el estudio fue realizado con referencia a la misma variable común. Pero no hay nada en el método que

³ Pero estas demostraciones de laboratorio acerca de la existencia de rasgos sólo pueden tener lugar cuando las tareas presentadas al sujeto son lo bastante diversas como para permitir el descubrimiento de la equivalencia de muchos estímulos y muchas respuestas. Cf. G. W. Allport: *Chur. & Pers.*, 1933, I, 259-264.

⁴ Cf. el trabajo de F. L. Goodenough sobre cualidades como el liderazgo, el juego dramático y la reticencia en la edad del jardín de infantes. *J. Juv. Res.*, 1928, 12, 230-235.

impida su uso en el estudio de rasgos individuales. A un niño al que la observación intermitente muestra siempre perdido en sus fantasías, o vigorosamente activo, o leyendo un libro, se le puede atribuir con seguridad un cierto rasgo o interés aun cuando no se lo compare directamente con otros niños.

Como auxiliares para el descubrimiento de rasgos *comunes* pueden emplearse una gran variedad de recursos estadísticos. Quizá los más familiares sean los diversos métodos de determinar la *confiabilidad* de los tests aplicables a algún rasgo. Si se comprueba que un test, compuesto por muchos ítems es confiable, este hecho prueba que los sujetos responden a los distintos ítems en forma coherente. Si, por ejemplo, un test destinado a medir el *apartamiento social* es confiable, eso muestra que sujetos que se "apartan" en una situación (p. ej., que dicen llevar un registro diario de su vida interior) probablemente se "apartarán" también en otras (p. ej., admitirán que sienten embarazo cuando encuentran extraños). Si cada respuesta tiene una correlación positiva con todas las demás, eso demuestra que el test tiene coherencia interna, lo que a su vez significa que los sujetos responden coherente y uniformemente a toda la escala.

Las contribuciones del método estadístico a la demostración de la existencia de rasgos comunes, son muchas. La aplicación de esos métodos permite obtener todo tipo de medidas de correlación, contingencia y asociación. Empleadas de acuerdo con las necesidades del problema especial y con la naturaleza del material que se tiene entre manos, cada una permite al investigador determinar el grado de covariación de diferentes formas de conducta. Una demostración de la persistencia de la asociación es siempre el primer paso hacia la inferencia de un rasgo común.⁵

Se puede ilustrar el procedimiento empleado para reunir y examinar el material de prueba en favor de la existencia de un rasgo, así como algunas de las dificultades que esta tarea presenta, tomando como ejemplo el estudio de la puntualidad realizado por Dudycha.⁶

Los datos para este estudio consistieron en más de 15.000 observaciones sobre el momento de llegada de alrededor de 300 estudiantes a diversas actividades y

⁵ Sin duda, toda medida de la asociación debe ser interpretada. El que una magnitud dada de asociación se considere o no prueba de la existencia de un rasgo es algo que frecuentemente depende de las preferencias del investigador que interpreta la medida. Muchas veces, por ejemplo, los coeficientes correlacionales entre diversos índices (presumiblemente del mismo rasgo) no son mayores de $+ .35$ ó $+ .45$. Atendiendo al bajo valor predictivo de esos coeficientes un investigador dirá que de esos datos no se puede inferir ningún rasgo; otro, consciente de la introducción de variables no buscadas en su experimento o atendiendo a otras pruebas suplementarias, puede considerar que esos bajos coeficientes son probatorios. No hay ningún criterio cierto.

⁶ G. J. Dudycha: "An Objective Study of Punctuality in Relation to Personality and Achievement", *Arch. of Psychol.*, 1936, N° 204.

reuniones universitarias (tan diversas como partidos de basket, clases de ocho, vísperas, conferencias privadas y clases obligatorias). Estamos ante un material típico para comenzar un amplio estudio de rasgos. En este caso particular, el problema consistía en determinar si la puntualidad (o el llegar tarde o temprano) era un rasgo característico en cada estudiante.

Después de transformar en marcas estándar los registros de adelanto y de retraso para cada estudiante y para cada ocasión en que éste fue observado, se aplicó el método usual de correlación producto-momento (Pearson). Los resultados no fueron decisivos. Parecía haber sólo una ligera tendencia en cada estudiante a mantener la misma posición de adelanto o retraso en sus llegadas. Once de los doce coeficientes de correlación resultaron positivos, pero el mayor (entre la llegada a entretenimientos y la llegada a clases obligatorias) fue de sólo $+ .44$. En base a este material el autor, inclinándose a una posición cautelosa, concluye: "Difícilmente podamos decir que existe un rasgo general de puntualidad —o su opuesto de retraso— que actúe en todo el grupo."

Sin embargo, los coeficientes de correlación tienen una propensión a acentuar las ligeras variaciones que se dan en la conducta individual, reduciendo así engañosamente las pruebas en favor de la existencia de rasgos, que por cierto no requieren tal perfecta correspondencia de medidas. El autor señala esto y explica del siguiente modo el remedio que ha encontrado: "Los r de Pearson no revelan claramente rasgos de comportamiento porque con ese método las variaciones que se dan en la conducta resultan acentuadas. En verdad, en las situaciones de la vida no nos interesamos por diferencias leves de unos pocos minutos sino más bien por el hecho de que una persona llegue con retraso o con adelanto, y por eso, para los fines prácticos, las diferencias muy finas en un sentido o en otro son de poca importancia. En consecuencia debemos emplear métodos estadísticos que hagan uso de categorías amplias, como el Ji cuadrado (χ^2) que no es una medida del grado de asociación sino de la probabilidad de que la asociación sea o no significativa. Hay que señalar además que las variaciones que hacen disminuir el valor de las r , tal como ya hemos hecho notar, están comprendidas en medida considerable dentro de las categorías amplias seleccionadas y por lo tanto no tienen efecto alguno sobre los Ji cuadrados. Como el Ji cuadrado revela si existe coherencia en un área bien amplia de comportamiento y como los valores indicados indican una asociación promedio importante, debemos concluir que hay pruebas en favor de la existencia de un rasgo general de puntualidad, siempre que la puntualidad no sea concebida como algo referido sólo a sucesos específicos aislados sino como un rasgo que varía dentro de ciertos límites". ¡Resulta entonces que un instrumento estadístico diferente conduce a conclusiones opuestas!

El autor continúa su análisis. Señala la inevitable debilidad de toda concepción de rasgos comunes (continuum): "Las características distintivas de los individuos quedan decididamente ocultas cuando el investigador se ocupa de todo un grupo, distribuido de acuerdo con las medidas correspondientes a un cierto rasgo. En otras palabras, dado que la mayor parte de todo grupo normalmente distribuido se agrupa alrededor de una tendencia central y dado que los individuos que componen esta parte del grupo no son distintivos en cuanto al rasgo medido, los individuos que constituyen los extremos de la distribución y que son distintivos en cuanto al rasgo

medido son dejados de lado porque constituyen una minoría. Un error demasiado común que resulta de esta falta de discriminación es la conclusión de que, dado que la mayoría carece de distintividad, no hay nadie que posea un rasgo general. Esta trampa se evita si se usa el método de los grupos contrastados, que está siendo usado cada vez más generalmente en este tipo de estudios".

Si se usa el método de grupos contrastados, el cuadro vuelve a cambiar y esta vez el cambio favorece aún más decididamente la existencia de los rasgos. El examen de casos de estudiantes cuyas marcas corresponden al 20 % extremo de casos de adelanto y al 20 % extremo de tardanzas muestra una notable coherencia en el comportamiento. El pájaro temprano casi siempre llega temprano, y el tardío por lo común llega tarde (aunque las pruebas en favor de un rasgo bien integrado de adelanto son mayores que las referentes al de *retardo*, fenómeno debido sin duda al énfasis positivo que la educación social pone sobre el adelanto. El que llega siempre temprano está *tratando* de estar presente a tiempo en todas las situaciones, pero el que llega tarde no está *tratando* de llegar con retraso. Es meramente la víctima de mil y una distracciones. De ahí que el retraso esté menos bien integrado que el adelanto).

Según Dudycha, "la conclusión inequívoca es la siguiente: los estudiantes que llegan con adelanto difieren marcadamente en puntualidad de los estudiantes retrasados, tanto en situaciones generales como en situaciones específicas; además difieren en la *extensión* y en la *frecuencia* del adelanto y del retraso... Asimismo, como los grupos contrastados incluyen un 40 % de los estudiantes observados, la puntualidad o el retraso se manifiestan como una actitud general o rasgo de por lo menos dos quintos de los estudiantes, que en el restante 60 % está menos bien organizado y exhibe menos coherencia".

Este estudio ilustra muy bien el procedimiento que emplea el psicólogo para descubrir los rasgos y también algunos de sus dilemas. Es especialmente instructiva la comprobación de que alrededor de dos quintos de los estudiantes tienen en sus vidas personales hábitos bien integrados de llegar temprano o tarde. Como el tiempo de llegada tiene que ver sobre todo con las normas sociales, sin duda resulta interesante ver que en un porcentaje tan amplio de casos se ha formado alrededor de estas normas, un hábito de comportamiento.

¿Cuál es entonces la dimensión de la puntualidad que abarca el estudio de Dudycha? ¿Se ocupa de rasgos comunes o de rasgos individuales? De acuerdo con la terminología empleada en este volumen nuestro autor ha estudiado un rasgo común. Ha probado que la coherencia en el comportamiento no es bien marcada en un 60 % de sus sujetos y por lo tanto que no podría crearse ninguna escala confiable para la medida del adelanto-retraso en grupos enteros. (Hay que señalar, sin embargo, que muchas escalas existentes para la medida de rasgos comunes se muestran igualmente mal adaptadas para la mayoría de los sujetos). Como rasgo común (continuum), en consecuencia, la puntualidad deja algo que desear, si bien quizá no sea más débil que otros rasgos del mismo género.

En el curso de sus investigaciones Dudycha encontró que alrededor del 20 % de los sujetos examinados eran en un aspecto de su comportamiento coherentes en alto grado y marcadamente semejantes entre sí: todos llegaban siempre temprano. Sin embargo, no por eso podemos afirmar que todos los individuos de este grupo tenían precisamente el mismo rasgo; no todos los que por lo común llegaban temprano lo hacían por la misma razón. Tenían sin duda hábitos uniformes en cuanto a esto, pero tales hábitos pueden haber "pertenecido" a estructuras de rasgos por entero diferentes. En un estudiante el hábito de llegar temprano puede haber sido un concomitante de un rasgo de *ambición*, en otros de un rasgo de *deferencia*, de *orgullo*, de *emulación* o aun de *timidez*. Dudycha no se ocupó de estos rasgos individuales, más básicos. Pero su trabajo demuestra con toda claridad el hecho de que influencias culturales comunes pueden producir hábitos con referencia a los cuales muchos individuos pueden ser comparados con provecho (por el análisis de aspectos). En resumen, Dudycha definió un rasgo común (continuum) y estableció su campo de aplicabilidad: todas las personas *pueden* ser ordenadas con respecto a ese continuum, pero con certeza y utilidad práctica, sólo se aplica al 40 % extremo de la población. Esta es frecuentemente la situación que presentan los rasgos comunes.

LA NATURALEZA DINÁMICA DE LOS RASGOS: ¿LOS RASGOS IMPULSAN O MERAMENTE DIRIGEN?

Una característica del sistema nervioso, dice la neurofisiología, es su ordenación en niveles, los más complejos y elevados de los cuales desempeñan el doble papel de impulsores y restrictores de los más bajos y simples.⁷ En consecuencia, como los rasgos, en su aspecto fisiológico, son sin duda disposiciones neurales de índole compleja, es lógico esperar que muestren efectos motivacionales, inhibitorios y selectivos sobre la conducta. Pese a su brevedad, en esta última enunciación está expresado todo lo que hoy puede ofrecernos la neurofisiología como ayuda para nuestro problema. Sugiere que la actuación de un rasgo es dinámica, y esto en dos aspectos: en tanto gobierna la recepción del estímulo y en tanto dirige la respuesta. Pero hasta este momento nuestros datos son demasiado escasos para garantizar una explicación fisiológica del modo de actuar de los rasgos.

En el capítulo VII nos hemos referido a dos tipos de psicología dinámica. Uno sostiene que los motivos radicales de los hombres deben ser buscados en la estructura *subyacente* a los rasgos de personalidad, esto es, en los instintos, en el ello, en ciertos impulsos, deseos o necesidades originarios. Los partidarios de esta teoría no pueden ver los rasgos como dota-

⁷ Cf. C. S. Sherrington: *Mental Hygiene*, 1923, 7, p. 13.

dos de poder impulsor. Para el psicoanálisis, por ejemplo, los rasgos no son sistemas motivacionales sino *síntomas* del poder impulsor situado en el ello que se hacen presentes en el yo. También para McDougall son sólo ornamentos individuales de las propensiones comunes a todos los hombres. Incluso Morton Prince, para quien los rasgos son "características obstinadamente persistentes, duraderas, de la personalidad" y que reconoce la influencia determinante de éstos sobre la conducta, comparte la opinión de que la energía del rasgo en última instancia siempre proviene de los instintos.⁸ De acuerdo con estos puntos de vista, la acción instintiva o impulsiva tiene lugar bajo la guía general de la "habituación cooperante" de los rasgos. Los rasgos mismos son meras tendencias determinantes formales (directivas), *estilos de adaptación*, pero no la fuente principal de las acciones.⁹ Este tipo de teoría insiste en hacer de la naturaleza personal un mero incidente dentro del molde universal de la naturaleza humana. Los atributos de la mente-en-particular no son dinámicos, sino que el dinamismo es una posesión de los atributos de la mente-en-general.

El otro tipo de psicología dinámica, por la que abogamos largamente en el capítulo VII, rompe por completo con la tradición nomotética y considera que los motivos son sistemas personalizados de tensiones, en los cuales el núcleo del impulso no está divorciado de las imágenes, de la idea del objetivo, de la experiencia pasada, de las capacidades y del estilo de conducta empleado en la obtención del objetivo. El sistema entero constituye un todo. Si el impulso biológico desempeña un papel (sed, hambre, sexo) en el proceso, ese papel no es el de motivo sino el de mero estado irritable de tejidos corporales, integrado dentro de un sistema psicofísico intrincado y personalizado.

Por ejemplo, los motivos llamados de ordinario sexuales suponen, sin duda, una capacidad biológica común, pero el funcionamiento concreto de esta capacidad en cada vida es muy diferente. No se puede hablar de una única fuerza que actuaría en todas las personalidades. No se trata de un motivo concreto aislado sino de un factor, cuya influencia puede señalarse en muchos otros tipos de disposiciones. Ni siquiera una minuciosa sub-clasificación de tipos de interés sexual basta para diferenciar el caso individual. Decir, por ejemplo, que un cierto hombre o mujer es *homosexual*, de ningún modo significa caracterizar su motivación. Hay muchísimas formas de homo-

⁸ M. Prince: *Clinical and Experimental Studies in Personality*, 1929, págs. 123, 127.

⁹ Una variante de este modo de ver acentúa el carácter reintegrador de los rasgos. Siempre que un estímulo o una necesidad interna es eficaz para excitar cualquier *porción* de una tendencia determinante, el rasgo todo es activado, pues se produce una reintegración. Así activado, dirige la respuesta requerida hacia determinados cruces característicos. El rasgo *conduce*, pero sigue considerando que los motivos eficaces son tensiones emocionales enteramente independientes del rasgo.

sexualidad: abierta, oculta, activa, pasiva, compulsiva, sublimada, difusa, específica, altruista, apacible, sádica, protectora, adulatoria, superficial, inconsciente, temporaria, duradera, estética, intelectual; en última instancia habrá tantas formas de homosexualidad como individuos homosexuales haya. Las distintas formas no son directamente comparables, pues no hay dos casos en que la significación de la homosexualidad en las personalidades individuales sea la misma. Lo que en cada persona actúa como motivo no es algún elemento común a todos los individuos sino la *particular configuración* de tensiones *propia de esa persona*. Quizá el estudio de la capacidad biológica común pueda enseñarnos algo acerca de esta configuración particular, pero no hay que cometer el error fatal de creer que lo que actúa como motivación es la capacidad abstracta misma.

Sólo las configuraciones individualizadas de motivos tienen la capacidad de seleccionar estímulos, controlar y dirigir tensiones segmentales, promover respuestas y volverlas equivalentes, en formas coherentes con la persona misma y las características de cada persona.

¿Pero el rasgo personalizado es dinámico en el sentido de que es fuente de su propia actividad? ¿El rasgo por sí mismo *inicia* conductas? En rigor, no; toda disposición debe ser *excitada* antes de que se vuelva dinámicamente activa. De acuerdo con los principios de convergencia antes citados, en todo momento se movilizan las energías que son necesarias para los fines del ajuste. Ningún sistema motivacional se encuentra en todo momento en una fase cinética. Las exigencias sucesivas de la vida excitan primero una región de presión y luego otra. Sólo tras un complejo curso de estimulación y asociación pasan las tendencias determinantes (inclusivo los rasgos) de un estado de potencialidad a un estado de actividad. Pueden ponerlas en acción los estímulos externos o las tensiones segmentales de índole orgánica; pero esa estimulación antecedente no es en sí misma el motivo.

En otro sentido, los rasgos *inician* conductas. No es por cierto el timbre del teléfono ni el sonido de una voz amiga en la línea lo que hace que un egotista hable durante media hora sin parar sobre sus últimas hazañas o que un chismoso cuente con pelos y señales lo que hacen sus vecinos. En estos casos la respuesta surge de rasgos profundos de la personalidad y no de un llamado del timbre del teléfono seguido por el sonido de una voz amiga. Los rasgos pueden estar dotados de mayor iniciativa aún que la que implican estas ilustraciones. El egotista y el chismoso, si están a solas, pueden sentirse muy intranquilos hasta que encuentran una oportunidad para descargar. *Buscan* una excusa para hablar y se ponen *en el camino* de estímulos que den libre curso a la corriente. Una persona sociable, si es tan inclinada a escuchar como a hablar, puede sentirse inquieta hasta que se encuentra en medio de otras personas. Un autor, un ama de casa, un conferenciante, un reformador, un artesano, un músico, privados de su ocupación favorita pueden "estar

ansiosos" por volver a su trabajo. En muchos de estos casos de motivación "espontánea" parece imposible encontrar el origen preciso de la estimulación o asociación que provoca el aumento de tensión en un campo dado. Los rasgos muestran poder de iniciativa, al menos en los momentos en que no están específicamente inhibidos por cursos contrarios de conducta.

Cierto hombre, conocido por todo el mundo como generoso y dadivoso, estaba una vez en un picnic, tratando, concentrado, de encender fuego. Alguien sugirió que para la cena se necesitaba medio litro de crema y que ésta probablemente podría conseguirse en una granja cercana. Siempre concentrado en su fuego, el hombre generoso puso la mano en su bolsillo y entregó dos billetes de un dólar. No había ninguna razón para que fuera él y no cualquier otro miembro del grupo quien cargara con el gasto y por cierto tampoco había razón alguna para dar tanto dinero: ni siquiera una granja yanqui podría llegar a cobrar más de un dólar por medio litro de crema.

¿Qué ocurrió en esta situación tan simple? Tomado de sorpresa, el hombre del fuego reveló plenamente su rasgo de dadivosidad. En circunstancias normales, las exigencias específicas de la situación y un rápido cálculo aritmético hubieran dado como resultado una moneda de plata o, a falta de ella, uno de los billetes de un dólar. Preocupado con otras obligaciones, la sugestión oída a medias cruzó el umbral siempre bajo de su generosidad. La respuesta estaba en perfecta concordancia con la disposición, si bien resultó algo excesiva y mal adaptada con referencia a las exigencias de la ocasión. El hecho de que ofreciera el dinero y el hecho de que lo ofreciera en una cantidad extravagante muestra la influencia decisiva del rasgo, tanto más decisiva cuanto que no estaba específicamente controlada.

¿Fue el rasgo el que inició esa conducta o fue la sugestión semiconsciente que llegó a su mente preocupada? Sin duda, la sugestión fue anterior en el tiempo y era necesaria para hacer pasar a la acción un sistema latente. Pero las mismas palabras dichas a una persona tacaña o no sociable no hubieran tenido ningún efecto. Se podrá decir que lo que inició ese comportamiento fue el rasgo o que fueron las palabras, pero de lo que no hay duda es de que el rasgo desempeñó el papel decisivo.

Los intereses, las ambiciones, las fobias, las compulsiones, las actitudes generales, las inclinaciones, los hobbies, los valores, los gustos, las predilecciones y tantas otras formaciones similares son todos rasgos y al mismo tiempo motivos. No obstante, no es correcto decir que todos los motivos son rasgos. Las exigencias de alguna estimulación especialmente intensa, tal como el dolor, la sed o alguna otra semejante, conducen a adaptaciones inmediatas, y a menudo reflejan que no están bien integradas con otras tendencias. Tales motivos son numerosos y completamente específicos, sin parecido alguno con los rasgos, que son siempre sistemas complejos y recurrentes de presión.

Tampoco es correcto pensar que todos los rasgos son motivos, ya que a menudo parecen tener una influencia definitoria o directiva sobre la conducta, sin poseer verdadera significación motivacional. Algunos rasgos tienen menos que ver con la *presión* que con el *estilo*. Excepto en raros casos, la urbanidad, por ejemplo, no parece ser un rasgo motivacional. Nadie sale de

su casa y busca otras personas para ser urbano y cortés con ellas. Un individuo puede tratar de encontrar otras personas porque es sociable y se siente inquieto sin compañía; después de buscarlas y una vez que está en la compañía deseada, ese sujeto puede comportarse con ellas de un *modo* educado. Y tampoco un hombre es *enérgico* sólo por ser enérgico, sino que más bien emplea un estilo enérgico de conducta cuando por otras razones se ve llevado a actuar. Tales rasgos "directivos" ha sido vinculados por Troland a los praxiogramas, configuraciones corticales que no inician la respuesta sino que regulan el carácter de ésta.¹⁰ Así, algunos rasgos parecen tener significación *motivacional* (direccional) y otros una mera significación *instrumental*. Estos últimos son primariamente expresivos en cuanto a su significación y parecen ser todo motores en su organización. Representan estilos de conducta, y a diferencia de los rasgos impulsores, rara vez están vinculados a las profundidades de la vida emocional. Esta distinción es claramente establecida por Stern, quien llama a los rasgos impulsores *Richtungsdispositionen* y a los instrumentales *Rüstungsdispositionen*.

"Los dos factores de *Richtung* y *Rüstung*, si bien estrechamente entrelazados, tienen sin embargo una cierta independencia mutua y las relaciones más variadas entre sí. Nos vemos por eso obligados a distinguir entre las disposiciones que tienen un carácter predominantemente direccional y aquellas que son principalmente de un carácter instrumental. Las primeras son intencionales, tienen una "tendencia", las últimas son capacidades y tienen una "potencia para".¹¹

Esta distinción es útil. Pero no debe ser exagerada. No hay una clara línea divisoria entre rasgos motivacionales y rasgos estilísticos, entre *dirección* y *modo de expresión*. Con gran frecuencia un rasgo en un comienzo motivacional (p. ej., el interés por la mecánica) se convierte en un mero instrumento de la expresión (una habilidad útil para ganarse la vida) o lo que en su origen era instrumental (p. ej., la destreza en los trabajos náuticos) llega a ser un interés apasionado. Esta transformación continua de los motivos que pasan desde el nivel del mecanismo al nivel de los impulsos o *viceversa* ha sido discutido largamente en el capítulo VII.

El que un rasgo sea dinámico o directivo es, entonces, cuestión de grado. En un extremo se encuentran los rasgos compulsivos, aparentemente espontáneos, desenfrenados, obsesivos, de los neuróticos y psicóticos.¹² A

¹⁰ L. T. Troland: *Cerebration and Action* (Vol. III de *The Principles of Psychophysiology*), 1932, p. 321.

¹¹ W. Stern: *Die menschliche Persönlichkeit*, ed. de 1923, p. 83.

¹² Puede ser bueno recordar al lector que tales rasgos no pueden ser considerados meros *síntomas* de un conflicto inconsciente. La tacañería, la escrupulosidad, la pulcritud compulsiva y otros rasgos similares son más que expresiones modificadas del erotismo frustrado, infantil o de cualquier otro tipo. Incluso en casos en que es posible señalar la presencia de esos componentes inconscientes, éstos no deben ser

partir de estos sistemas compulsivos se van escalonando los intereses de las personas normales, que a su vez varían desde las pasiones absorbentes hasta las suaves predilecciones. Aún menos dinámicos son los rasgos directivos; sin embargo, dado que tienen cierta capacidad conductora, no pueden ser separados por completo de los motivos. La presión dinámica de estos rasgos expresivos muchas veces pasa inadvertida hasta que el individuo se ve obligado por una coacción exterior a actuar en forma contraria a su estilo habitual. El malestar y la mala adaptación resultantes muestran hasta qué punto su conducta expresiva tenía carácter dinámico. Encuentra entonces que su bagaje personal, sus capacidades y su estilo no son meros instrumentos; ellos también tienen un cierto *Drang*. En resumen, la distinción entre rasgos impulsores y directivos, útil para ciertos propósitos, no puede ser mantenida con excesiva rigidez.

RASGOS GENOTÍPICOS, RASGOS FENOTÍPICOS Y SEUDO-RASGOS

Es evidente que lo que parece ser el *mismo* rasgo puede tener en diferentes personas orígenes por completo diversos. Por ejemplo, en una persona la timidez puede deberse a influencias hereditarias que la presión contraria del ambiente no ha sido capaz de neutralizar; en otra persona, la timidez puede provenir de un sentimiento de inferioridad producto de un medio anormalmente exigente. Pese a sus historias, diferentes en apariencia y en realidad, la timidez de estas dos personas puede ser muy parecida. Inversamente, dos jóvenes que sufran la misma experiencia intensa de dolor o amargo desengaño, objetivamente igual, pueden ser afectados de un modo muy distinto. Uno de ellos se vuelve malhumorado e ineficaz, queda perdido en su aflicción; el otro se endurece y se vuelve más realista y agresivo. El mismo fuego que derrite la manteca endurece el huevo.

Lewin ha mostrado que este problema general de apariencia versus causa subyacente tiene considerable importancia en la investigación de la personalidad. Las descripciones en términos de atributos aquí-y-ahora son *fenotípicas*, las exposiciones explicativas, que buscan motivos y presiones subyacentes son *genotípicas*.¹³

Esta distinción, si bien es valiosa, tiene sus límites, implícitamente señalados en la discusión anterior acerca de la naturaleza de los rasgos. Ante todo, los rasgos comunes (continuum) son concebidos evidentemente en

considerados como la esencia y el todo del motivo en el momento presente, sino simplemente como una parte integrante de él. Haya tenido lugar o no alguna represión inicial, se han producido elaboraciones y transformaciones que han afectado de tal modo el carácter focal de la disposición que no se puede sino considerarla arraigada en la vida total y no en algún rincón del inconsciente.

¹³ K. Lewin. *Gesetz und Experiment in der Psychologie*, 1927.

términos fenotípicos. Cuando se mide la ascendencia, la perseverancia, la sociabilidad, el radicalismo, la puntualidad o el neurotismo en todo un grupo con la intención de comparar todos los sujetos con respecto al mismo rasgo, resulta obvio que no se puede obtener dato alguno acerca de las diversas razones por las cuales diferentes personas son dominantes, perseverantes, sociables, etc., y que tampoco se puede prestar atención a las variedades individuales de estos rasgos. Los rasgos estilísticos (directivos) corresponden a los fenotipos de Lewin, porque están más estrechamente vinculados a la conducta externa que a los motivos profundos. A su vez, los rasgos impulsores deben ser identificados con los genotipos de Lewin, pues son la verdadera fuente de la conducta. La psicología de la personalidad debe ocuparse de los rasgos de *ambos* tipos, aunque más no fuera porque en el curso del desarrollo los genotipos se transforman muchas veces en fenotipos y los fenotipos en genotipos. El capítulo VII es un registro de esas transformaciones.

Otra distinción valiosa es la establecida por Baumgarten entre rasgos genuinos y "seudo-rasgos".¹⁴ Este autor señala que cuando se observa la conducta en forma superficial y se la interpreta sólo por sus manifestaciones aparentes se hacen a menudo inferencias erróneas. Una persona que hace muchos regalos puede no ser, pese a todas las apariencias, una persona verdaderamente generosa. Una persona casta en su conducta puede no ser casta en su corazón. Muchísimas "virtudes" pueden ser simuladas y es posible que el observador incauto las confunda con verdaderos rasgos. Los "seudo-rasgos" son, entonces, errores de inferencia, juicios erróneos que provienen de fijar la atención sólo en las apariencias. La mejor forma de evitar tales errores es encontrar el genotipo subyacente a la conducta en cuestión. ¿Qué está *tratando de hacer* el individuo cuando lleva regalos? Si su motivo básico es conocido, se comprende su conducta lisonjera y el seudo-rasgo deja paso en el diagnóstico al verdadero rasgo. La distinción de Baumgarten nos recuerda otra vez que para diagnosticar rasgos personales es necesario recurrir a los métodos más correctos y al máximo de agudeza crítica. Pues sólo su aptitud para distinguir los rasgos verdaderos de los seudo-rasgos es lo que hace que la psicología supere en algo al sentido común.

LA INDEPENDENCIA DE LOS RASGOS

Probablemente no haya nada en la estructura de ninguna mente humana que se mantenga encapsulado, constituyendo sistemas completamente independientes. Los reflejos segmentales parecen estar muy cerca de esta situación pero aun el funcionamiento de estos reflejos puede ser alterado en alto grado por la actividad concurrente o por el tono predominante en otras regiones

¹⁴ F. Baumgarten: *Brit. J. Psychol.*, 1936, 26, 289-298.

psicofísicas. Tampoco los tan citados "complejos disociados" y "compartimientos lógicamente incongruentes" existen en forma enteramente separada; sus límites son por lo menos *semi*-permeables. Por todo esto, las influencias que determinan la conducta son múltiples y fluidas. Un acto puede resultar, y de ordinario resulta, de la movilización de la energía disponible a través de muchos canales. Considérese la lectura de una carta, por ejemplo. Para esa tarea se requiere la convergencia de actitudes mentales, hábitos, motivos del momento, habilidades, rasgos estilísticos, así como también de las más profundas convicciones y valores. Semejante comportamiento adaptativo exige siempre la convergencia efectiva de muchas influencias determinantes, de los rasgos entre otras. Si generalizamos lo que hemos visto en esta ilustración, podemos decir sin equivocarnos que ningún acto es un producto unívoco de un rasgo aislado.

Al mismo tiempo, como muchos actos adaptativos separados en el tiempo muestran repetidamente el mismo carácter expresivo y el mismo objetivo, resulta necesario admitir la acción de algunas influencias estables y continuas. Una persona marcadamente locuaz, que habla largo rato ante la menor provocación, debe tener alguna tendencia psicofísica que promueva la estabilización de su conducta en esa dirección. La locuacidad provocada con tanta facilidad (por una equivalencia de estímulos) lleva a una conversación fluida en la que todo tipo de ideas y expresiones pueden ser empleadas (equivalencia de respuestas). Aunque esto no es algo tan fácil de concebir en términos neurales, debe haber algún sistema con un bajo umbral de excitación, que puede ser atravesado por muchos estímulos y por muchas corrientes asociativas. Sin duda, en cada momento distinto, la forma de la locuacidad es determinada no sólo por la disposición, sino también por el funcionamiento espontáneo del contenido ideacional, por actitudes especiales hacia el tema en discusión y hacia el interlocutor y por otras innumerables condiciones concurrentes, tanto internas como externas.

La denominación de disposición "focalizada", antes introducida, describe en forma adecuada la naturaleza de esta presión interna. Cuando se encuentran en estado latente, al igual que cuando están en actividad, las barreras entre estas disposiciones no son rígidas, por lo cual un impulso que excita un rasgo puede excitar al mismo tiempo otros. En verdad la excitación de varias disposiciones en diversos grados parece ser la regla. Cada una de esas disposiciones contribuye a la conducta convergente en proporción a su grado de excitación. En sentido figurado podemos decir que los rasgos se "superponen". No actúan de acuerdo con un principio de "todo o nada". Esta situación la representamos gráficamente en la figura 17 de la pág. 263, donde se establece un contraste entre los rasgos *interdependientes* y los factores *independientes*.

En consecuencia, el rasgo es identificable no por tener contornos o lími-

tes claramente recortados, sino más bien por una cualidad nuclear, por su *foco*. Este foco constituye esencialmente la significación *télica* del rasgo, esto es, su significado para el individuo como modo de supervivencia y dominio. La disposición locuaz del hombre charlatán es para él un *modus vivendi*. Lo mismo sucede con los otros sistemas focalizados (e interdependientes) de su personalidad: con sus intereses estéticos, su frugalidad, su timidez, su pulcritud, sus afecciones cariñosas y su conservatismo político; todas estas características de su personalidad son *modi vivendi*. En este mismo sentido, las actitudes, al igual que los rasgos, son disposiciones focalizadas.

Al llegar a este punto ya hemos puesto en claro por qué tanto en el caso de la población en general como en el caso individual es imposible, en rigor, clasificar rasgos. Dado que los focos significativos de dos vidas nunca son precisamente iguales, lo más que se puede esperar de un estudio de la población total es un inventario de algunos de los rasgos *comunes* con respecto a los cuales es posible una comparación aproximada entre las personas. (Seguiremos este procedimiento en el capítulo XV, donde se pondrán de manifiesto su valor y sus limitaciones.) En el caso del *individuo*, resulta imposible hacer una enumeración de sus rasgos diferenciándolos como unidades que se excluyen mutuamente, pues los rasgos nunca son independientes unos de otros.¹⁵

Este problema de la independencia de los rasgos tiene consecuencias importantes para la construcción e interpretación de *tests*. Como los tests están destinados a la medición de rasgos comunes, la interpretación de las marcas de cualquier sujeto individual es una tarea delicada. Cuando el sujeto responde a las preguntas o realiza los actos correspondientes al test, está llevando a cabo un comportamiento adaptativo específico. Si la tesis desarrollada en este capítulo es correcta, es difícil que ese comportamiento adaptativo sea el producto de una y sólo una disposición determinante. El test no medirá un rasgo y sólo uno. Es más bien un recurso aproximado por medio del cual el investigador espera entrar en contacto con el rasgo en cuestión junto con otras variables que, en verdad, aún no sabe cuáles son. Su creencia en que la mera longitud de la escala conducirá en cierta medida a la eliminación de las variables intrusas e indeseadas, está en algún grado justificada. Además, si su test tiene validez y confiabilidad comprobadas, el investigador puede decir con alguna seguridad que cualesquiera sean las razo-

¹⁵ Lo que habitualmente sucede cuando se intenta catalogar los rasgos básicos de un conocido es que se emplea un *grupo* de nombres de rasgos. Se dice de una amiga: "Ella es una de las personas más simpáticas, más sociables y con más tacto que conozco." ¿Se está indicando aquí una sola disposición focal, o dos, o tres? Si se hace referencia a más de una, probablemente se trate de disposiciones que no son independientes entre sí sino de aspectos de una tendencia que las agrupa. A causa de estos agrupamientos resulta imposible analizar una vida individual reduciéndola a unidades enteramente independientes.

nes ajenas a la disposición estudiada que puedan mover al sujeto en la selección de sus respuestas, en el conjunto probablemente sea el rasgo mismo el factor más influyente en la selección y en las marcas.

Pero el problema se vuelve más seriamente complicado cuando un test está destinado (como muchos tests) a medir no un rasgo sino *varios*. Se asignan valores diagnósticos diferentes para los diferentes rasgos basándose en el supuesto, en sí mismo correcto, de que una respuesta no es determinada por un solo rasgo sino por muchos. El simple test de un rasgo se contenta con una marca final, admitiendo que muchos otros determinantes pueden haber quedado *sin medir*. La escala multi-rasgo (quizá por aumentar la eficiencia o por influencia de esa ingenua esperanza siempre renovada de encontrar una solución para todos los misterios) espera diagnosticar al mismo tiempo esos otros determinantes (en la medida en que éstos involucren otros rasgos comunes).

Tómese, por ejemplo, la prueba de Bernreuter, *Personality Inventory*, un conjunto de 125 preguntas, tomadas en su mayor parte de tres escalas "lógicas" preexistentes; cada pregunta está destinada a medir un rasgo común y sólo uno.¹⁶ Con la ayuda de estas 125 preguntas la escala intenta medir simultáneamente cuatro rasgos comunes de la personalidad: *dominio*, *autosuficiencia*, *introversión* y *neurotismo*. A cada respuesta corresponden cuatro marcas (algunas de las cuales pueden ser de cero), de acuerdo con su valor diagnóstico empíricamente (esto es, estadísticamente) determinado para cada uno de los cuatro rasgos. Así, por ejemplo, una pregunta dice: ¿Se siente usted a menudo miserable? Si la respuesta es "?", lo que puede significar tanto que el sujeto no sabe cómo se siente como que el sujeto no entiende a qué se refiere el test, le corresponden las marcas de 3 en introversión, 1 en dominio y 0 en neurotismo y en autosuficiencia. Pero en verdad semejante respuesta a semejante pregunta parece tener una relación lógica muy tenue, si es que tiene alguna, con cualquiera de esos cuatro rasgos. ¿Por qué una persona que pone un signo de interrogación en ese ítem debe ser considerada introvertida y sumisa, pero neutral respecto al neurotismo y la autosuficiencia?

Para evitar tal confusión psicológica es mucho más inteligente limitarse al tipo simple de escalas, en las que cada respuesta sólo es evaluada en su significación diagnóstica para *un* rasgo mientras se dejan deliberadamente sin medir todas las otras influencias determinantes que afectan esa marca. De este modo disminuirá la tentación de salirse de la región de la inteligibilidad psicológica.

Un ataque diferente al dilema creado por las escalas multi-rasgos es el que se basa en el análisis factorial, tal como hizo Flanagan en su tratamiento

¹⁶ R. G. Bernreuter: *J. Soc. Psychol.*, 1933, 4, 387-405.

de la escala Bernreuter.¹⁷ Bernreuter encontró muy pronto una correlación tan alta entre las marcas correspondientes a la introversión y al neurotismo que no pudo considerarlos rasgos comunes distintos; en consecuencia, por razones de comodidad redujo sus medidas de cuatro a tres. Flanagan va aún más lejos; eliminando las correlaciones entre todas las marcas, propone como sustitutos de los cuatro rasgos originales *interdependientes*, dos nuevos factores *independientes*, que bautiza con los nombres de *confianza en sí mismo* y *sociabilidad*. Después de esta ceremonia, resulta que si el sujeto "se siente miserable" su marca es de 4 en el factor I y de 0 en el factor II. A medida que la estadística va progresando cada vez más, la inteligibilidad va siendo cada vez menor. La contaminación con artefactos estadísticos no es rara en las escalas del tipo multi-rasgos. (De una escala empírica altamente elaborada proviene este caso: niños que dan la palabra-respuesta "verde" a la palabra-estímulo "pasto" obtienen la marca de + 6 en "lealtad a la pandilla". Estamos ante un ejemplo de empirismo enloquecido.)

El admitir, como hacen algunos investigadores, que los factores *independientes* deben ser preferidos a los rasgos *interdependientes* (cf. Cap. IX) trae consigo complicaciones innecesarias. ¿Qué sucede si algunas escalas muestran correlación entre sí? (Es frecuente encontrar correlaciones que van de + 0.20 a + 0.40.) No obstante eso, cada escala puede representar un rasgo común mensurable y bien concebido (siempre que tengan confiabilidad y validez comprobadas). La superposición no causa daño alguno; en verdad, el modo de aproximación poco estricto que caracteriza todo este procedimiento y que, más aún, lo define (y también la tendencia a agruparse que tienen ciertos rasgos) hace muy probable que se produzcan superposiciones. Escalas bien estudiadas pero con cierta superposición son preferibles a escalas mal constituidas ajenas a toda superposición. El buscar unidades *inteligibles* es un objetivo psicológico más adecuado que el buscar unidades *independientes*.

En el capítulo XV, donde discutiremos la lógica de la medición de rasgos comunes, se han de ofrecer sugerencias constructivas para evitar dificultades como las que acabamos de exponer. Entretanto es suficiente decir que los rasgos interdependientes pueden ser medidos con tanto éxito como los *factores* independientes y, por regla general, con mucho mayor sentido.

LA COHERENCIA DE LOS RASGOS

La prueba científica de la existencia de un rasgo proviene siempre de la demostración, por medio de algún método aceptable, de la coherencia del comportamiento (coherencia que no se define por la actuación de hábitos

¹⁷ J. C. Flanagan: *Factor Analysis in the Study of Personality* (Stanford Press), 1935.

estereotipados sino por la presencia de respuestas equivalentes). Es bien fácil probar la coherencia interna de algunas personas: por ejemplo, son casi siempre *decididas* o casi siempre *melindrosas*. Pero en otros casos las pruebas son menos concluyentes. El grado de coherencia que exigirán diferentes investigadores antes de inferir la existencia de un rasgo es algo más bien subjetivo. Consciente de las dificultades encontradas en la elaboración de tests, experimentos y escalas de evaluación adecuadas y consciente de los errores de medición y de la interacción no mensurable e incontrolable de tendencias determinantes dentro de los sujetos mismos, un investigador puede contentarse con medidas relativamente bajas de coherencia; mientras que otro, que no atiende a esos problemas o a quien semejantes dificultades no lo llegan a impresionar, puede exigir una correspondencia casi perfecta entre sus medidas antes de inferir la existencia de un rasgo.

Argumentar contra esta última posición no significa necesariamente debilitar las exigencias de las normas propias de la investigación psicológica. Nunca se encontrará una coherencia perfecta y tampoco hay que esperar encontrarla. Hay muchas razones para que esto sea así. Sin ir más lejos, pensemos que en la misma personalidad, los rasgos a menudo se contradicen entre sí. Las personas pueden ser al mismo tiempo dominantes y sumisas, quizá sumisas sólo frente a los individuos portadores de los símbolos tradicionales de la autoridad y el prestigio y agresivas y dominantes frente a todas las demás personas. El llamado comportamiento de culpa puede mostrar rasgos contradictorios: la virtud manifiesta puede ser una compensación del vicio oculto. La ambivalencia en los sentimientos de lealtad y afección produce también contradicciones en los rasgos. Toda persona tiene conflictos que se expresan frecuentemente en disposiciones antagonistas. El medio siempre cambiante pone en un estado de tensión activa ya un rasgo, ya otro.

Igualmente perjudicial para la coherencia perfecta es el omnipresente principio de convergencia. Ningún rasgo actúa sólo. Cada acto adaptativo es sólo parcialmente función de un rasgo. Está determinado también por muchos otros rasgos (incluso por rasgos contradictorios si la situación tiene "valencia" dual) y por todo tipo de actitudes específicas, por el estado de ánimo y por condiciones del momento. La persona excesivamente metódica puede volverse descuidada y desarreglada en su apuro por no perder el tren, la persona escrupulosamente veraz puede mentir si su vida está en juego. Más aún, en cada personalidad existen hábitos disociados particularmente específicos. Una persona, en todo lo demás educada y considerada, puede, a causa de prejuicios especiales, ser ruda con los judíos, con los pelirrojos o con los conductores de taxi.

Una incoherencia aislada en la conducta puede querer decir muy poco. Un hombre ejecutivo y vigoroso que en su oficina, en su casa o en cualquier lado en que esté da órdenes, toma decisiones rápidas y categóricas, puede

quedar reducido a virtual inmovilidad en un restaurante ante una bandeja de masas. ¿Por qué? Quizá porque está fatigado al final del día o por la molestia que le causa el verse obligado a decidir en un problema tan trivial (en esos casos el rasgo de decisión no es excitado) o su duda puede representar una vuelta a alguna experiencia infantil en que el castigo había impedido el robo de tortas. Puede ser que entren en acción inhibiciones específicas de ese tipo o quizá la decisión habitual quede bloqueada en esta ocasión por otros rasgos profundos funcionalmente dominantes en ese momento, tales como la hipochondría o la frugalidad.

O tómese el caso del Dr. D., siempre pulcro en su persona y en su escritorio, puntilloso en cuanto a sus notas de lectura, sus reseñas y sus archivos; sus posesiones personales no sólo están en orden sino también cuidadosamente bajo llave. El Dr. D. está también a cargo de la biblioteca departamental: en su trabajo es descuidado, deja la puerta de la biblioteca sin llave y se pierden libros, no se preocupa y el polvo se amontona. ¿Significa esta contradicción en su conducta que D. carece de rasgos? De ningún modo. D. tiene dos rasgos estilísticos opuestos, uno de orden y otro de desorden. Investigando el caso más a fondo, esta dualidad se explica por el hecho de que D. tiene un rasgo cardinal (motivacional) del que proceden estos dos estilos contradictorios. El hecho sobresaliente en su personalidad es que es un egotista centrado en sí mismo que nunca actúa en beneficio de los intereses de otras personas sino siempre en el propio. El rasgo cardinal de estar centrado en sí mismo (en favor de cuya existencia hay pruebas abundantes) exige orden para sí mismo pero no para los otros.

En consecuencia, por diversas razones la simple *correspondencia* estadística de medidas no constituye el único tipo posible de prueba acerca de un rasgo. Las más profundas *congruencias* de la conducta sólo aparecen después de un estudio intensivo de la organización de cada personalidad.

Sin embargo, el afirmar que la coherencia interna de los rasgos es a menudo mayor de lo que indican las exploraciones superficiales no debe llevarnos a cometer el error opuesto de presumir que todo rasgo está dotado orgánicamente de coherencia interna bajo todas las circunstancias. Tal como ya hemos señalado, los rasgos a menudo entran en acción en un tipo de situación y no en otras; no todos los estímulos son equivalentes en eficacia. La adaptación exitosa y el dominio de las situaciones requieren que un rasgo goce de cierta libertad de movimiento, de tal modo que su influencia determinante pueda ser modificada o refrenada de acuerdo con las exigencias especiales del momento. Para servir como un *modus vivendi* exitoso un rasgo debe mantenerse plástico; en caso contrario perderá su utilidad.

De todo esto concluimos que la coherencia de un rasgo es una cuestión de grado.¹⁸ Para que se pueda inferir la existencia de un rasgo debe existir

¹⁸ El lector podrá notar con qué frecuencia se ha debido hablar de diversas características atributivas de los rasgos como de una "cuestión de grado". Primero se mostró que la fuerza impulsora o directiva de un rasgo varía de un caso a otro (así

antes una relación demostrable entre actos separados. No obstante, la presencia de actos disociados, específicos o aun contradictorios no es necesariamente fatal para la inferencia. Nadie debe esperar que se dé una tolerancia interna perfecta y rígida.

¿ESTÁN LOS RASGOS NORMALMENTE DISTRIBUIDOS?

El problema de la distribución de los rasgos sólo surge, en verdad, con referencia a los rasgos comunes. Por su naturaleza, los rasgos individuales no pueden estar distribuidos en una población.

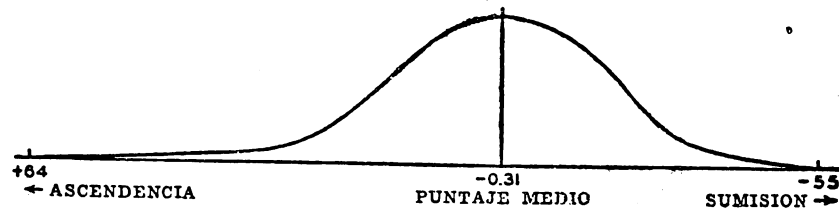


FIGURA 22

Distribución de puntaje en un test destinado a medir la variable ascendencia-sumisión. Esta curva ha sido construida en base a la distribución decil de marcas publicada en el Manual of Directions, ed. rev., para el "A-S Reactions Study", forma masculina.

Ahora bien, el investigador *necesita* pensar todo rasgo común como variable continua con marcas ordenadas de acuerdo con una curva normal de distribución, correspondiente a la curva normal de la probabilidad (curva de Gauss), pues de este modo le resulta posible tratar los puntajes de cualquier rasgo común según principios estadísticos convenientes. El contar con tal distribución facilita el establecimiento de normas, la comparación de un individuo con otro, los cálculos de correlaciones con otras variables y muchos otros procedimientos cuantitativos, caros al psicólogo especialista en tests. Sin duda, los rasgos comunes más útiles son aquellos cuya distribución cumple con la mayor aproximación esta exigencia. La figura 22 ilustra la situación con una escala, el continuum ascendencia-sumisión, construido en base a un par de rasgos y concebido inicialmente de acuerdo con la lógica de la adaptación biológica y la culturación (cf. págs. 314 y 421). A los ítems destinados a

como de un momento a otro); luego se vio que un rasgo común sólo es común en cierta medida y en cierto sentido; más tarde se vio también que la independencia resultó ser sólo un atributo relativo de los rasgos y ahora llegamos a que la coherencia interna de un rasgo parece ser una característica de una intensidad variable. Asimismo, pronto veremos que la importancia de un rasgo en una vida individual puede variar de una posición cardinal a una posición menor y de poca influencia. Finalmente, la unidad misma de la personalidad, como lo mostrará el próximo capítulo, no es ni perfecta ni totalmente mítica; también es una cuestión de grado. No es posible hacer distinciones más agudas ni enunciados más decisivos, por la simple razón de que la organización mental es en todas sus fases ¡una cuestión de grado!

medir las personas con respecto a este continuum se les atribuyeron marcas que dieran como resultado una curva claramente normal. Las marcas extremas en ambas direcciones de la escala lineal significan modos opuestos de ajuste. Desde el punto de vista estadístico hay aquí una sola variable, pero desde el punto de vista psicológico la composición de esta variable de ningún modo es simple.

En defensa de la opinión de que estos continuos lineales representan una sola variable psicológica es habitual citar la supuesta preferencia de la naturaleza por las distribuciones simétricas. Tantas pequeñas influencias determinan la estatura de un hombre, por ejemplo, que la estatura final de una amplia población masculina no seleccionada varía alrededor de una tendencia central del mismo modo en que varía la probabilidad. La curva normal de variación que se encuentra frecuentemente en las mediciones biológicas en que actúan múltiples causas, es, por lo tanto, la curva normal de la probabilidad. Y es por esto que los ingredientes innatos de la personalidad, aspectos del físico, el temperamento y la plasticidad nerviosa, que dependen de los complejos determinantes hereditarios, muestran, con frecuencia, curvas simétricas de distribución. Cuanto más depende una cualidad de la determinación biológica fortuita tanto más fácil es que esté normalmente distribuida.

Pero los rasgos no dependen por completo de la determinación biológica fortuita. Dependen también de la determinación cultural, y en este campo encontramos en acción un principio por entero opuesto, pues podemos decir que en general cuanto más depende una cualidad de las costumbres, menos probable es que esté normalmente distribuida. Las tradiciones populares, las leyes civiles y todas las otras compulsiones exteriores tienden a destruir la variación "natural" de la conducta, debido a la exigencia de *conformidad* que esas formaciones introducen.

Por ejemplo, conductores que se acercan a una intersección sin ningún control externo variarán su conducta de acuerdo a factores fortuitos. La curva correspondiente a un continuum "mantenimiento de la velocidad-detención" es una curva normal. Pero sólo cuando falta la presión social aparece una distribución gaussiana. Si se introduce un elemento de coerción social, como, por ejemplo, signos de "Pare", luces rojas o un policía, ya la distribución de las velocidades deja de ser "normal". Se tuerce marcadamente hacia el lado de la *obediencia*. Se ha estudiado un gran número de casos de conformidad social y el resultado ha sido siempre el mismo.¹⁹ En lugar de una curva normal correspondiente a una determinación biológica fortuita aparece una curva en J. En la figura 23 damos una representación de la conducta de conductores enfrentados físicamente a señales luminosas que les ordenan detenerse y a un policía.

¹⁹ F. H. Allport: "The J-Curve Hypothesis of Conforming Behavior", *J. Soc. Psychol.*, 1934, 5, 141-183.

En muchas situaciones se encuentra una *doble* curva en J. Una fuerte presión social actúa en favor de la conformidad; se espera que todo individuo se adecue al mismo molde y, en efecto, la mayoría se adecua. Pero al mismo tiempo, vuelven a actuar factores incontrolados en medida suficiente como para causar desviaciones menores con respecto a la norma. Un buen ejemplo es la marcación de un reloj-control

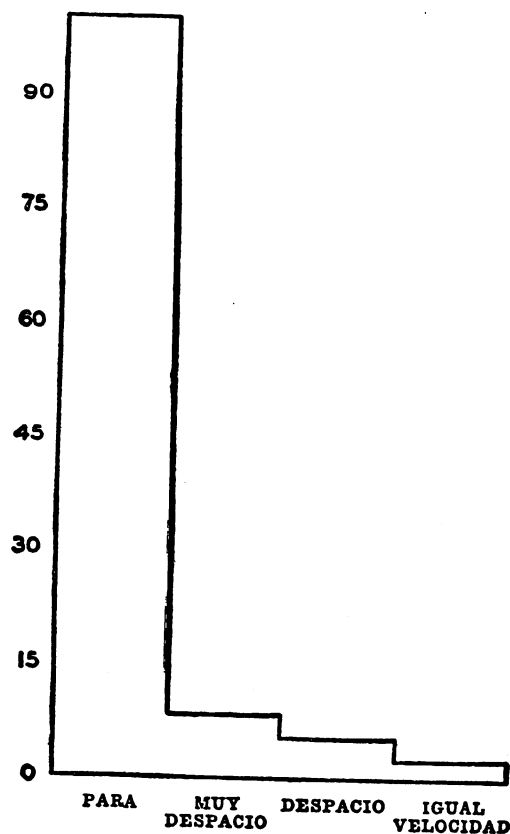


FIGURA 23

Curva en J de comportamiento adaptado a una coerción social

Comportamiento de conductores que llegan a una intersección sin que se acerquen vehículos en sentido transversal pero que deben hacer frente a luces rojas y a un agente de tránsito: 102 casos. Según F. H. Allport, *J. Soc. Psychol.*, 1934, 5, p. 144,

en una fábrica, cuya representación se ve en la figura 24. Aquí todos los incentivos llevan a la puntualidad; si en verdad puede haber una desviación que esté permitida, sólo se puede tratar de una desviación hacia el adelanto. La distribución resultante es marcadamente asimétrica, con el modo en la "hora de marcación" establecida por el empleador.

En consecuencia, la variación biológica subyacente favorece una distribución cercana a la curva normal de la probabilidad; la conformidad cultural, que en el caso de los rasgos comunes también opera, tiende, en cambio, a hacer asimétrica la distribución, con el modo en el último grado definido por la norma misma. ¿Cómo pueden reconciliarse estas formas opuestas de distribución?

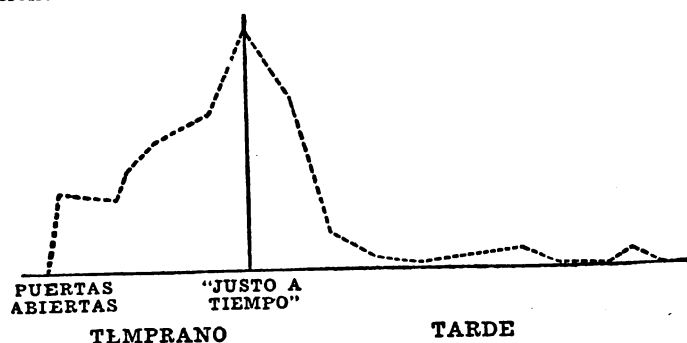


FIGURA 24

Doble curva en J de comportamiento adaptado a una coerción social.

Curva lisa que representa el tiempo de llegada a una fábrica: 1.277 casos. Según F. H. Allport, op. cit., p. 145, Figura 5A.

Antes de intentar una solución del enigma, tenemos que plantearnos otro problema: en el caso de una variable escalable dada, ¿es más razonable suponer que estamos ante *un* rasgo común o ante *dos*? Tomando como caso típico la variable ascendencia-sumisión, ¿nos encontramos ante un aspecto de la conducta (como la unión de ambos términos con un guión indica) o ante dos aspectos diferentes unidos arbitrariamente por conveniencias de medición? La segunda alternativa es la más probable. Pues la sumisión no es la mera ausencia de ascendencia: una elevada marca en sumisión no implica simplemente una ausencia de ascendencia. La sumisión es una forma *positiva* de ajuste, tan positiva como la ascendencia misma. Mucha gente tiene una disposición bien integrada a ceder, a tomar el papel pasivo en las situaciones cara-a-cara; ése es su estilo de vida. La concepción de un rasgo común de sumisión hace lo posible por aproximarse a esta tendencia tal como se manifiesta en las vidas individuales. Y lo mismo puede decirse de la mayor parte de los otros rasgos para los que comúnmente se construyen escalas. La introversión es tan positiva (en el sentido psicológico) como la extraversión; el radicalismo es un rasgo tan definido como el conservatismo. En semejantes continuos lineales evidentemente están involucrados dos rasgos.²⁰ El ponerlos

²⁰ No es verdad, sin embargo, que los rasgos comunes, tal como los conciben los creadores de tests, sean siempre una combinación de dos modos opuestos de ajuste.

juntos está justificado no porque sean uno y el mismo rasgo sino porque, desde el punto de vista de la significación adaptativa, son *complementarios*.

A la luz de estas consideraciones, las sugerencias siguientes servirán para explicar la distribución cuasi-normal de los continuos del tipo del representado en la figura 22. Dos rasgos comunes están allí presentes, pero como representan aspectos del ajuste que pueden ser considerados complementarios, han sido unidos en un continuum lineal. La verdadera distribución de uno cualquiera de ambos rasgos *por separado* no es normal. Se acerca a la curva en J del comportamiento cultural: la mayor parte de la gente no se aparta marcadamente de la norma culturalmente establecida; en estos casos la presión social tiende a producir moderación. Sin embargo, debido a ciertos conjuntos especiales de influencias (una de las cuales es con seguridad el temperamento biológico) algunos individuos se desvían de la tendencia modal.

En el caso de la escala ascendencia-sumisión nuestra hipótesis afirma que en la figura 22 se encuentran representadas dos distribuciones diferentes. La mayoría de la gente no es ni decididamente dominante ni decididamente sumisa: esto es precisamente lo que significa el hecho de que en este test la mayoría de las marcas son marcas medias o cercanas al término medio.²¹

En algunas escalas se mide la mera presencia o ausencia de una tendencia, como, por ejemplo, en el caso de los *intereses* estéticos, políticos o religiosos, o en casos en que determina la intensidad de algún prejuicio o alguna ambición. En estos casos, una marca elevada indica la presencia del rasgo en cuestión, mientras una marca baja sólo señala la ausencia de ese rasgo. La presente observación se aplica a las escalas, tanto de rasgos como de actitudes, cuyas denominaciones han sido formadas con los nombres de dos tendencias unidos por un guión o que podrían recibir una denominación de ese tipo, como, por ejemplo, radicalismo-conservatismo, expansividad-reticencia, introversión-extraversión, fascismo-comunismo, militarismo-pacifismo y muchas otras.

²¹ Un análisis de las razones por las cuales en el estudio sobre la reacción ascendencia-sumisión se da una gran proporción de marcas medias revela la influencia de muchos factores. En primer lugar, la influencia primaria parece corresponder a una tendencia de los sujetos a seleccionar respuestas moderadas virtualmente para todas las preguntas, esto es, que el sujeto se muestra como siendo coherentemente "medio" (ni dominante ni sumiso) en la mayoría de las situaciones. Muy probablemente se trata de un efecto doble: por un lado, las normas sociales favorecen a las personas ni muy dominantes ni muy sumisas; por el otro, los factores fortuitos de temperamento y otras causas biológicas tienden en todos los casos en la misma dirección. Una causa, menos frecuente, de puntajes o marcas medios es la neutralización de las respuestas fuertemente dominantes por un número igual de respuestas marcadamente sumisas. En tales casos, se está haciendo un mal uso de la escala y ésta ofrece resultados engañosos, ya que es evidente que ese sujeto no es "medio" en ningún sentido inteligible de la palabra. Tiene dos rasgos bien integrados, pero por completo contradictorios. Finalmente, una marca media podría resultar (aunque esto raras veces ocurre) de una serie enteramente al azar de respuestas, en la cual una respuesta dominante es neutralizada por otra de sumisión, con el agregado de una cantidad de respuestas no diagnósticas (moderadas), tal como requeriría la teoría de la especificidad. Hay, entonces, muchas causas del gran número de respuestas medias y por esta razón una marca *media* obtenida por un individuo dado tiene poca significación psicológica.

Cuando se unen los dos rasgos para constituir un solo continuum artificial, el resultado es una curva cuasi-normal. Si la distribución es todavía asimétrica, como sucede a menudo, el creador de la escala modifica un ítem y otro hasta que obtiene una curva satisfactoria. El último paso, tan completamente arbitrario, es olvidado a menudo por el autor del test cuando interpreta sus resultados. Pasa por alto el hecho de que él personalmente tiene mucho que decir acerca de la distribución que alegremente atribuye a la naturaleza.

Para terminar hagamos un resumen final: todo el problema de la distribución de los rasgos comunes es en altísimo grado complejo. Aunque por ahora es bueno dejarlo abierto a nuevos planteos, se han hecho algunas sugerencias acerca de factores que influyen sobre la distribución. Ante todo, la curva normal para los rasgos comunes refleja en parte la preferencia de la naturaleza por los niveles término medio (no-distintivos); pero además refleja la presión social que lleva a la conformidad con algún nivel "medio" de conducta, el único aceptado. La distribución normal resulta a menudo de una yuxtaposición arbitraria de modos opuestos de ajuste reunidos en una escala lineal. Finalmente, la distribución es afectada en cierta medida por el creador del test, quien se preocupa de que sucesivas revisiones de su escala den como resultado una distribución cada vez más simétrica de las marcas. No se puede hacer ninguna objeción seria contra este último procedimiento ni tampoco contra la curva normal así obtenida, dado que siempre las escalas de rasgos comunes no son sino un modo poco estricto y provisorio de aproximarse a la personalidad. En interés de la recta teoría, sin embargo, es bueno advertir cuántas complicaciones se introducen en una variable "simple" a fin de lograr una medición conveniente. Sólo si nos damos cuenta de esto podemos evitar la falacia de suponer, como lo ha hecho más de un autor, que "en la personalidad todo está distribuido normalmente".

RASGOS CARDINALES, RASGOS CENTRALES Y RASGOS SECUNDARIOS

En toda personalidad hay rasgos de significación principal y rasgos de significación menor. A veces un rasgo es tan ubicuo y tan sobresaliente en una vida que merece ser llamado el *rasgo cardinal*. Un rasgo semejante es tan dominante que hay pocas actitudes que no puedan ser referidas directa o indirectamente a su influencia. La lista de términos derivados de los nombres propios de personajes históricos y de la ficción, que citamos anteriormente, muestra con claridad qué se entiende por rasgos cardinales. Ningún rasgo de ese tipo puede permanecer oculto durante mucho tiempo; por él se conoce a un individuo, que hasta puede hacerse famoso por tal rasgo. Semejante cualidad rectora ha sido llamada a veces *el rasgo eminente*, *la pasión conductora*, *el sentimiento-rector* o *la radix* de una vida.

Se ha objetado que la concepción de un rasgo cardinal es esencialmente

tautológica, ya que, se dice, ¿el rasgo cardinal no se identifica acaso con la personalidad toda? Esta objeción no puede admitirse. Por más bien integrada que pueda estar una vida alrededor del rasgo cardinal quedan siempre hábitos específicos, tendencias incidentales y no-organizadas y rasgos menores de algún grado que no pueden ser subsumidos funcionalmente bajo el rasgo cardinal. Por más ubicuo y fundamental que sea, un rasgo cardinal está siempre dentro de la personalidad, nunca coincide con ella.

La personalidad que posee un rasgo eminente y sólo uno es siempre un caso fuera de lo común. De ordinario, los focos de la personalidad (si bien no están por entero separados el uno del otro) parecen corresponder a un grupo de *rasgos centrales* diferenciables. (Cf. los cuatro rasgos "benignos" de William James, que enumera Perry, p. 331, nota 2.) Los rasgos centrales son los que habitualmente se mencionan en las cuidadosas cartas de recomendación, en las escalas de evaluación en las que el evaluador marca las características sobresalientes del individuo o en las descripciones verbales breves de una persona.

En un nivel aún menos importante, se puede hablar de *rasgos secundarios*, menos visibles, menos generalizados y menos puestos en juego que los rasgos centrales. Son puestos en movimiento por una serie más limitada de estímulos y dan lugar a una serie más limitada de respuestas equivalentes. Como están tan circunscriptos, estos rasgos pueden pasar inadvertidos para todos a excepción de las personas más cercanas al sujeto.

Resulta evidente sin que sea necesario decirlo que estas tres gradaciones son arbitrarias y que sólo son formuladas por una conveniencia de exposición. No hay criterios, ni estadísticos ni de ningún otro tipo, que permitan distinguir un grado del otro. En realidad existen en los rasgos todos los grados posibles de organización, desde la más circunscripta e inestable hasta la más ubicua y más firmemente integrada. Con todo, es útil tener a mano estas distinciones cuando se quiere hablar en forma no muy estricta de la preeminencia relativa de diversos rasgos en una personalidad dada.

LOS RASGOS Y LA PERSONALIDAD TOTAL

Dado que los rasgos semi-separados son las unidades más razonables para la exploración psicológica de la personalidad, ha sido necesario discutirlos con cierto detalle. Sería, sin embargo, lamentable dejar la impresión de que una personalidad ha sido *adecuadamente* estudiada una vez que se ha reunido una lista de estos rasgos interdependientes. El problema de las subestructuras no es la misma cosa que el problema de la estructura total. Los rasgos son meramente las principales *Teilfunktionen* de la personalidad; más allá de ellos se extiende el problema de su inter-fusión. Diversas teorías han sido propuestas para explicar la homogeneidad de la personalidad total, que Stern

ha caracterizado tan bien como una *unitas multiplex*. Hasta aquí hemos estado considerando teorías que explican su multiplicidad; la próxima pregunta ha de versar acerca de su unidad. Nótese, sin embargo, que la teoría de los rasgos interdependientes significa un buen paso hacia la síntesis.

RESUMEN DE LA DOCTRINA DE LOS RASGOS

En la vida cotidiana nadie, ni siquiera un psicólogo, duda de que por debajo de la conducta de una persona madura hay rasgos o disposiciones características. Sus entusiasmos, intereses y estilos de expresión son demasiado coherentes y demasiado evidentemente estructurados para que se pueda dar razón de ellos en términos de hábitos específicos o elementos idénticos. Tampoco es posible resolver el problema de la estabilidad y coherencia de la conducta invocando teorías nominalistas; la estabilidad y la coherencia no se deben a ordenaciones biosociales de actividades desvinculadas entre sí, que serían subsumidas bajo categorías que sólo son rótulos verbales. Los rasgos no son creaciones de la mente del observador ni tampoco ficciones verbales; en este volumen se los acepta como hechos biofísicos, como disposiciones psicofísicas efectivas vinculadas —si bien nadie sabe aún cómo— a sistemas neurales persistentes de presión y determinación.

Los rasgos no son, a diferencia de las viejas facultades, abstracciones derivadas de una teoría de la mente-en-general. No hay ningún parecido entre facultades impersonales como memoria, voluntad y sagacidad, por un lado, y sub-estructuras focalizadas de una mente particular (intereses, sentimientos, actitudes generales), por la otra. Las facultades son universales, los rasgos, personales; las facultades son independientes, los rasgos, interdependientes; las facultades son a priori, los rasgos deben ser descubiertos empíricamente en el caso individual.

La doctrina de los rasgos difiere también de la teoría de los factores o de cualquier otro sistema de dimensiones comunes que se aplican indiscriminadamente a todo individuo. Las unidades nomotéticas conceptualizadas (factores, instintos, necesidades, etc.) acentúan lo que es universal en los hombres, no lo que se muestra organizado en sistemas personales indivisibles. La doctrina de los rasgos acentúa la individualidad concreta.

Los rasgos no son observables en forma directa, son inferidos (como es inferido todo tipo de tendencia determinante). Sin tal inferencia no sería posible explicar la estabilidad y la coherencia de la conducta personal. Toda acción específica es un producto de innumerables determinantes, no sólo de rasgos sino de presiones momentáneas y de influencias especializadas. Pero lo que hace necesaria la postulación de rasgos como estados del ser es la repetida presencia de acciones que tienen el *mismo significado* (equivalencia de respuesta) y que siguen a la aparición de una serie definible de estímulos

dotados del mismo significado personal (equivalencia de estímulos). Los rasgos no están siempre activos, pero persisten aun cuando se encuentran en estado latente. Además, se distinguen por tener bajos umbrales de excitación.

Una cosa es admitir los rasgos como la unidad más aceptable para la investigación en la psicología de la personalidad y otra determinar en forma autoritaria el preciso carácter de estos rasgos en una vida dada. Para evitar la proyección de sus propias características y tantas otras fuentes de error, el investigador psicológico debe emplear todos los instrumentos empíricos de su ciencia que puedan servir para que sus inferencias resulten válidas. Los rasgos no pueden ser conjurados a la existencia, deben ser descubiertos.

El dar nombre a los rasgos descubiertos es una operación en la cual el psicólogo está expuesto a muchas trampas, la principal de las cuales es la confusión de la personalidad con el carácter que puede suscitarse a causa del uso de términos elogiosos y condenatorios. Cada vez que esto ocurre la estructura existencial de la personalidad queda enredada sin salvación con juicios sociales de mérito y demérito. Es posible, aunque difícil, organizar un vocabulario de nombres de rasgos no críticos. La mayoría de estos términos son anteriores en siglos a la psicología: fueron inventados porque eran necesarios. No porque resulte difícil emplearlos con corrección, el investigador tiene derecho a dejarlos de lado por completo e intentar sustituirlos por símbolos matemáticos o artificiales. Por más lamentable que esto parezca, los atributos de la personalidad humana sólo pueden ser pintados con la ayuda del lenguaje corriente, pues sólo éste posee la necesaria flexibilidad y sutileza y una probada inteligibilidad.

Para los fines de la comparación y medida, ciertos segmentos de conducta (en virtud de la similitud del bagaje humano y de las exigencias comunes de los medios cultural y físico) pueden ser considerados como distribuidos en una población general. Estos rasgos *comunes*, tal como son conceptualizados por el investigador, pueden ser escalados y representados sobre un continuum lineal, si bien sólo de un modo aproximado y poco estricto. La normalidad de la distribución obtenida para esos rasgos es un complejo producto de la variación biológica fortuita, la conformidad cultural y el artificio. Por más cuidado que se ponga al concebir un rasgo común y al escalarlo, sólo se tratará en el mejor de los casos de una abstracción, ya que en su forma concreta, esto es, tal como aparece en cada vida particular, actúa siempre en una forma única. Los rasgos *individuales* no pueden ser escalados de ningún modo en una población general y por esa razón han sido pasados por alto hasta hoy por todos los investigadores, con excepción de los psicólogos clínicos.

Algunos rasgos son claramente motivacionales, en especial las sub-clases conocidas por lo general como intereses, ambiciones, complejos y sentimientos. Otros rasgos son menos dinámicos en su modo de actuar y tienen la capacidad

de guiar (estilizar) la conducta más que de iniciarla. Pero a menudo los rasgos que son en un comienzo directivos adquieren poder impulsor y los que antes han sido impulsores se convierten en meramente directivos.

Los rasgos no son totalmente independientes unos de otros, como tampoco es independiente ningún otro tipo de sistema neuropsíquico. Frecuentemente existen en grupos y la excitación de una parte tiende a extenderse a todas las regiones prestas para la comunicación. En toda esta compleja interacción, pueden descubrirse focos de organización, hecho éste que justifica la doctrina que afirma la existencia de *múltiples* rasgos aun cuando éstos se superpongan claramente.

Así como esta segregación entre los rasgos es sólo relativa, también lo es su coherencia interna. En verdad, la utilidad de cualquier rasgo para su poseedor depende en gran medida de la flexibilidad que ese rasgo tenga. No porque establezca la conducta y economice esfuerzo, debe el rasgo ser rígido en su acción, ya que el dominio y el ajuste efectivo requieren variación. La serie de situaciones que hacen entrar en acción a los rasgos cambiará probablemente de acuerdo con las circunstancias. Además, en toda personalidad se encontrará alguna contradicción y conflicto entre los rasgos, tal como los novelistas y los clínicos nunca se cansan de decir.

Pese a lo variables que son los rasgos, sin embargo en toda personalidad madura se pueden identificar normalmente ciertos rasgos *centrales* y también rasgos *secundarios*, si bien estos son menos distintivos, menos prominentes y más circunscriptos en su actuación. Siempre que una disposición esté tan poco generalizada que sólo sea excitada por una limitada serie de situaciones-estímulo, es más adecuado llamarla *actitud* que rasgo. Algunas raras veces se encuentran también personalidades dominadas por un rasgo *cardinal* sobresaliente, al cual están subordinadas las otras disposiciones como focos meramente subsidiarios y armónicos.

Como ocurre con todas las otras formas de organización mental, la estructura de los verdaderos rasgos (individuales) es una cuestión de grado. Pero por más que puedan variar en lo atinente a su coherencia, alcance e independencia, tienen —de acuerdo con la teoría desarrollada en estos capítulos— ciertas características esenciales. Siempre son de naturaleza biofísica, concretos y personales en su organización, contemporáneos en su efecto, capaces de autonomía funcional, pero no estructuralmente independientes unos de otros y, además, constituyen disposiciones generalizadas (en la medida en que los estímulos efectivos sean equivalentes y que las respuestas resultantes también lo sean). Son *modi vivendi*, que en última instancia derivan su significación del papel que desempeñan como promotores de la adaptación al medio personal y del dominio del mismo.

CAPÍTULO XIII

LA UNIDAD DE LA PERSONALIDAD

Compuesto por miríadas de microscópicas vidas celulares, nacido como individuo, para sí mismo, cada uno de nosotros es, no obstante, una entidad única, una unidad que tiene experiencias y actúa como un individuo.) En cierto modo, cuanto de mayor alcance y más plurifacéticas son las reacciones de que una mente es capaz, tanto más necesaria resulta, y tanto más campo tiene, la reunión de esas reacciones en una unidad. En verdad, cada uno de nosotros en cierto sentido no es un yo sino un sistema múltiple de yos. Sin embargo, ¡qué íntimamente están unidos e integrados estos yos en una personalidad!

C. S. SHERRINGTON

PESE A LA PREFERENCIA habitual del psicólogo por el enfoque analítico de todos los problemas, no por eso ha dejado por completo de lado la tarea de explicar del mejor modo posible el carácter de totalidad individual propio de la personalidad. Ciertamente, el psicólogo ha examinado el problema desde muchos ángulos y ha concebido muchas teorías e hipótesis, algunas de las cuales las ha sometido a pruebas empíricas. El problema muestra, entonces, muchas facetas y por eso nos veremos obligados a tratarlo en forma breve y ecléctica.

El único enfoque que puede ser excluido sin lugar a dudas es el declamatorio. Incluimos bajo esa denominación las teorías que apenas hacen algo más que afirmar que la personalidad es un "Todo Indivisible", "una pauta de comportamiento total integrada", una *Unteilbarkei*, una *in sich geschlossene Ganzheit*. Este entusiasmo arrebatado por la totalidad no explora la unidad que exalta; se limita a contemplarla y admirarla. La personalidad, nos dice, es como una sinfonía. Admitido, pero, ¿no es verdad acaso que la comprensión de la unidad sinfónica sólo viene por la inteligencia del entrelazamiento articulado de motivos, movimientos, transiciones, modulaciones, contrastes y codas? No otra cosa que vacíos y vagos adjetivos pueden emplearse para calificar la obra como totalidad. Si una totalidad no está articulada, es probable que sea un borrón incomprensible: puede ser ensalzada pero no com-

prendida. Lo más nefasto es que el enfoque declamatorio simplifica exageradamente todo el problema, no dando su verdadera importancia a los conflictos y discordias presentes en toda vida. La unidad es, en el mejor de los casos, una cuestión de grado.¹

RECAPITULACIÓN

El problema de la unidad presenta, como ya hemos dicho, muchas facetas. En los últimos nueve capítulos ha sido incidentalmente discutido en diversos lugares. Antes de considerarlo desde nuevos puntos de vista, una mirada hacia atrás nos recordará los problemas tal como hasta ahora han ido presentándose.

Hay pruebas abundantes de que en la infancia existe una "unidad dinámica", que nunca parece alcanzar un grado tan notable en épocas posteriores de la vida. El niño pequeño responde mucho más "como un todo" cada vez que alcanza un estado de emoción, lo expresa o lo abandona. Hemos representado esa situación a la manera de Lewin en la figura 4 (p. 52), en la cual se ve que en los primeros meses sólo hay unos pocos sistemas psíquicos segregados y que las barreras entre éstos son débiles. Aún después de los primeros meses de vida el niño responde durante largo tiempo en lo que parece ser una forma "todo o nada", en particular cuando está en juego una emoción. Es incapaz de respuesta diferida, de discriminación y de gradación precisa. A medida que va siendo mayor y que la *diferenciación* va teniendo lugar dentro de los sistemas psíquicos, esta unidad dinámica elemental disminuye, si bien durante toda la vida quedan vestigios de ella en los estados de posesión emocional y en la persistencia de la *sinkinesis* (pautas de movimiento expresivo indeferenciadas entre sí).

Como si se tratara de neutralizar la desunión que surge con la diferenciación, se produce un proceso compensatorio de *integración*. En virtud de la unión funcional de sistemas psíquicos (por el condicionamiento, la generalización de los hábitos y por todos los procesos asociativos) surgen nuevas unidades. En su mayor parte estas unidades representan focos coherentes de desarrollo, que se han mostrado útiles para el ajuste y el dominio del medio. La figura 15 (p. 158) representa esa multiplicidad de unidades en un ordenamiento jerárquico y muestra que estas unidades funcionales, aunque son

¹ "La mayor dificultad que presenta el estudio científico del carácter aparece cuando advertimos que los hombres de ningún modo se comportan siempre como si su vida mental tuviera un cuño único. Cada persona lleva a cabo actos o dice palabras "no características" de ella misma y que en verdad parecen ir contra el carácter que le adscribimos. Ningún hombre es una máquina cuyo funcionamiento sea perfectamente predecible y cuya actuación pueda ser subsumida bajo fórmulas matemáticas. Pero pese a todo esto, tampoco es el hombre una creación totalmente caótica." R. Müller-Freienfels: *Lebensnahe Charakterkunde*, 1935, p. 13.

independientes en cierta medida, tienden, no obstante, en los casos normales a converger en sistemas más abarcadores. Si bien la unidad perfecta nunca se alcanza, se puede decir que existe un desarrollo constante en esa dirección, obstaculizado sin embargo por la formación y fijación de estereotipos, complejos y disociados y niveles primitivos de adaptación.

Mientras la diferenciación y la integración están efectuándose, se desarrolla gradualmente un núcleo importante de *autoconciencia*. Quizá nada contribuye tanto a la unidad de la personalidad como este punto subjetivo de referencia, en virtud del cual el individuo siente que hay coherencia entre sus recuerdos del pasado y sus planes para el futuro. La autoconciencia es necesaria para la autoestima y la aspiración y es una condición previa para el status en el grupo social (por el cual, a su vez, es profundamente modificada). Todos estos factores tienen efectos unificadores. Poco a poco el yo se extiende de tal modo que se identifica íntimamente con las posesiones personales, con otras personas y con normas culturales e ideales introceptados. El yo llega a ser el centro de un universo psicológico ordenado. No tiene mayor importancia que el yo sea considerado como el núcleo más íntimo de todos los sistemas conscientes del ego (Koffka) o como el juego recíproco de todos los estados conscientes (James). En ambos casos el yo es el árbitro subjetivo de toda unidad que pueda tener la personalidad.

Muchos autores han acentuado particularmente el papel de la memoria, señalando su carácter de puente y su extensión hacia atrás, que hace posible una fácil comunicación entre las experiencias pasadas. Estos puentes de la memoria sólo pueden ser rotos por completo por una desarticulación histérica de la personalidad. Y, como dice Sherrington, las disociaciones patológicas de este tipo muestran testimonios importantes de la unidad ineludible de los esquemas de la memoria normal:

"Aun en los extremos de la llamada doble-personalidad, una de las características que mueven a engaño es que en cada momento dado el individuo es para sí mismo sólo una personalidad o la otra y nunca las dos mezcladas. La opinión según la cual la histeria es una disociación mental ilustra la tendencia integradora de la mente sana total."²

Para lograr la unión del pasado con el futuro, la memoria debe complementarse con la *imaginación*, otra capacidad unificadora del yo. Con su ayuda el ser humano puede planear su vida cuando es joven y dedicar años de esfuerzo concertado para alcanzar los objetivos elegidos.

Quizá la propiedad más significativa del yo es su peculiar cualidad interna de vida emocional, que ha sido representada de diversas formas:

² C. S. Sherrington: *Mental Hygiene*, 1923, 7, p. 16. Esta cita sigue inmediatamente al pasaje citado al comienzo de este capítulo.

como egoísmo, auto-estima, sentimiento de auto-consideración o como "la tendencia ascendente del Ego". Siempre que el yo amado es el objeto de consideración, tal como sucede con gran frecuencia, la unidad se acrecienta, porque en esos momentos todas las actividades tienen un claro punto común de referencia.

Ese egoísmo, sin embargo, no lo abarca todo. Un individuo que se consagra a un sentimiento rector y cuya personalidad se distingue por una *Bestimmung* primaria (Bühler) alcanza también unidad psicológica. En realidad el esfuerzo por lograr objetivos externos puede ser mantenido en forma más consecuente que el esfuerzo oportunista por realizar fines egoístas, el cual necesariamente varía de tanto en tanto. Esta concepción de la *intención* como principio unificador está vinculada también con la concepción del ideal del yo. Siempre que el ideal del yo es derivado de las normas culturales en virtud de la introcepción, ayuda a mantener al individuo dentro de un curso unitario de desarrollo. Toda *Weltanschauung*, cualquiera sea su origen, al otorgar inteligibilidad a la diversidad de la experiencia, sirve como una importante influencia unificadora.

Luego están los numerosos agentes equilibradores corporales que preservan la integridad funcional en el curso del desarrollo: la homeostasis de las glándulas endocrinas, la recuperación o transferencia de funciones después de algún daño, las notables propiedades adaptativas de los órganos de los sentidos. Todas estas *condiciones biológicas de unidad* no deben pasarse por alto, pues la naturaleza parece ocuparse seriamente de preservar la integridad del organismo individual. Este hecho es la más básica de todas las garantías de unidad. El bagaje hereditario en su aspecto de *temperamento* contribuye a esta estabilización del curso del desarrollo, con el resultado de que a medida que una personalidad cambia parece cambiar en forma coherente consigo misma. La naturaleza pone límites más allá de los cuales no puede extenderse la variación en el desarrollo individual.

En un sentido por entero diferente, la unidad (del momento) es garantizada por el principio de *convergencia*. En cualquier momento dado, las energías psicofísicas disponibles son movilizadas en un curso de conducta integrado al máximo por intermedio de la vía final común. Este tipo de unificación, si bien es, por supuesto, importante, tiene dos limitaciones. En primer lugar, este fenómeno no significa, como a veces se sostiene erróneamente, que el "organismo responde como un todo". Este enunciado es una exageración (a excepción quizá de los primeros días de la infancia en que la acción masiva domina toda la conducta). Muchas actividades concurrentes pueden estar en curso al mismo tiempo. Un hombre puede caminar, fumar, evitar los autos, digerir su cena y al mismo tiempo estar ocupado con sus pensamientos. La vía final común no significa que sólo una actividad *integrada al máximo* ocurre a la vez. Nuestro hombre no

puede estar siguiendo varios cursos diferentes de pensamiento en un mismo momento. La segunda limitación del principio de convergencia es que, cuanto más, sólo garantiza la unidad en un momento. En sí mismo no explica la coherencia entre actos sucesivos. Para cubrir esta falta es necesaria una explicación de la coherencia *estructural* que asegura la unidad durante un período de tiempo.

La hipótesis de los rasgos llena esta necesidad. Mucho mejor que cualquier otra doctrina de elementos esta hipótesis permite explicar la coherencia de la personalidad, siempre que tal coherencia se pone de manifiesto, y la incoherencia, en los casos en que prevalece el conflicto y la discordancia. Entre los rasgos hay estabilidad y también hay contradicción; hay rasgos cardinales y centrales, a los cuales pueden ser subordinados los rasgos menores como focos subsidiarios, y hay rasgos disociados. Además, el concepto de equivalencia proporciona la elasticidad necesaria para explicar la variabilidad de la conducta dentro de cierto campo. Después de todo, la unidad nunca es mecánicamente rígida; sólo se muestra dentro de un *campo* de conductas equivalentes.

De todos los atributos de los rasgos, el más significativo para el problema de la unidad es su *interdependencia*. Toda teoría que admita elementos separados e independientes se encontrará confundida sin salvación al querer dar una representación de la coherencia entre estos elementos. (cf. figura 17a, pág. 263). La psicología factorial, por ejemplo, tiene que hacer frente a una alternativa, ninguno de cuyos miembros es aceptable. O puede admitir que la personalidad total es simplemente la suma de los factores independientes, con lo cual comete la falacia de la concepción aditiva (tipo "haz") de la personalidad, o, si no, debe encontrar algún tipo de cemento que una los factores separados y desvinculados. Con la admisión de rasgos que *se superponen* la tarea resulta más fácil ya que la concepción misma contiene la idea de *fusión*. La unidad reside en la superposición mutua de los rasgos.³ Sin duda, este enunciado no resuelve definiti-

³ A. Kronfeld ha considerado los diversos modos en que las *Teilfunktionen* o rasgos podrían estar relacionados con la personalidad total. La primera posibilidad es la suma formal (teoría aditiva) que él rechaza directamente. La segunda es que cada rasgo contenga, microscópicamente, las cualidades esenciales de la personalidad total. Este modo de ver parece confundir la convergencia en la acción (la vía final común) que es un principio correcto, con un curioso e insostenible principio de inmanencia, según el cual el todo residiría en cada una de las partes. Parece más inteligente considerar que las disposiciones son porciones incompletas de la personalidad total y admitir que su convergencia se produce sólo en la acción, donde realmente un pequeño acto es diagnóstico de muchas cualidades, como cuando decimos: "Ese pequeño gesto suyo dice más que volúmenes enteros". La tercera posibilidad de Kronfeld es la que aquí sostenemos, esto es, que la unidad de la personalidad consiste en la compleja interrelación funcional de los rasgos y su ordenamiento combinado en jerarquías. A. Kronfeld: *Lehrbuch der Charakterkunde*, 1932, p. 35.

vamente el problema, ya que es necesario conocer la naturaleza de la superposición y su *raison d'être*. Pero intrínsecamente, toda hipótesis que afirma la existencia de rasgos *interdependientes* es mucho más ventajosa en el estudio de la unidad que una hipótesis que admite elementos separados y desperdigados.

Todas estas consideraciones han sido discutidas en detalle en los capítulos anteriores. Son importantes como factores que trabajan en favor de la coherencia de la personalidad. Pero ellos solos no agotan el tema.

La triple tesis de este capítulo sostiene que el problema de la unidad debe ser atacado desde muchos ángulos; que las contribuciones más importantes se logran con la ayuda de conceptos de un nivel algo más complejo que el que los psicólogos están acostumbrados a usar y finalmente que es posible una solución empírica de muchos de los problemas involucrados en este tema. Pero antes de correr el peligro, siempre presente en el camino empírico, de perderse en un laberinto de detalles, será instructivo oír lo que dicen algunos de los autores racionalistas acerca de la unidad. Las hipótesis del racionalismo son a menudo la mejor guía para los psicólogos cuando entran en un territorio nuevo o sólo parcialmente explorado.

LA UNIDAD COMO PRINCIPIO FILOSÓFICO

El capítulo II dejó en claro que el término personalidad tiene muchos significados distintos del significado psicológico especial adoptado en este volumen. Metafísicamente se podría definir la personalidad como "la esencia indestructible del ser individual (el alma)." Semejante definición supondría necesariamente que la unidad es un atributo esencial de la personalidad. Esta proposición, aunque muy bien puede ser verdadera, está situada por completo en un universo de discurso no psicológico. Al decidir renunciar al alma, los psicólogos se apartaron en forma deliberada de semejantes proposiciones especulativas de la teología y la filosofía. Por desgracia cayeron al mismo tiempo en el hábito más bien pasado de moda de declarar que todas las concepciones metafísicas de las cuales se negaban a ocuparse carecían *ipso facto* de sentido. Sería mucho más inteligente conceder que la unidad metafísica puede ser una propiedad de la personalidad e insistir al mismo tiempo en que la unidad empírica es un problema diferente, que cae dentro del campo de la psicología.

Algo más cercanas al interés del psicólogo están esas filosofías de la naturaleza a las que se da los diversos nombres de organísmicas, sistémicas u holísticas. Tales filosofías ven la naturaleza como compuesta de sistemas coherentes llenos de significado y de valor para la supervivencia; con frecuencia citan la personalidad como ejemplo supremo. Ese era el modo de ver de Fechner, quien consideraba todo organismo como una expresión

de la ley primaria de la "tendencia a la estabilidad". De acuerdo con este principio todo sistema supone un ordenamiento interno regular de sus partes y una forma externa regular, cuya estabilidad es garantizada por el mandato de la Naturaleza.⁴ También en la filosofía de Spinoza encontramos estos sistemas ordenados, cuya clave reside en la concepción spinoziana del *conatus*. En el mundo material un objeto en descanso o en movimiento expresa su *conatus se conservandi*, resistiendo todo lo que tiende a cambiar su estado de movimiento o de descanso. En los seres humanos el principio se expresa más bien como un impulso activo hacia el crecimiento y la autoexpresión. El hombre es único en tanto sólo él tiene conciencia de la posesión de este *conatus*.⁵ Hay filosofías del sistema y del orden que ven la unificación de la personalidad como un hecho ilustrativo de un cosmos entregado a ordenaciones coherentes: la de Whitehead es una de estas filosofías.

Incluso los fisiólogos adoptan a menudo una filosofía de la "pertinencia sistemática". Los procesos de auto-conservación, auto-restauración y autorregulación del cuerpo implican para ellos una tendencia raigal a mantener la totalidad. En el retorno constante de todos los sistemas psicofísicos a un estado de equilibrio, algunos ven una "sabiduría del cuerpo", otros un "estado de vigilancia". Los más prosaicos se refieren meramente a la "homeóstasis". Pero cualesquiera sean los términos que empleen, todas estas doctrinas fisiológicas admiten que a todo organismo es inherente una tendencia a darse a sí mismo la forma de un complejo sistema homogéneo.

Algunos filósofos, notablemente Keyserling, han observado la gran dificultad que tienen los seres humanos, en comparación con los animales inferiores, para lograr la unidad. La unidad, dicen, se alcanza sólo cuando todas las posibilidades de la vida han sido realizadas. Los animales inferiores son una expresión abarcadora de sus potencialidades; los seres humanos rara vez lo son. Un martín pescador consiguiendo vivazmente su alimento en las orillas de una charca es una unidad, si bien menos compleja, más perfecta que un ser humano en busca de su pan cotidiano.

LA UNIDAD COMO ESFUERZO

Los románticos del siglo xx gustaban decir que "un hombre es lo que ama". A veces el adagio variaba y decía: "Todo hombre lleva el sello de su experiencia favorita". En años recientes han aparecido versiones algo más técnicas de la misma doctrina. Los psiquiatras, por ejemplo, nos dicen que la personalidad normal siempre está activa, esforzándose por lo-

⁴ G. Fechner: *Einige Ideen zur Schöpfungs- und Entwicklungsgeschichte des Organismen*, 1873, cap. III.

⁵ B. Spinoza: *Ética*, libro II, cap. III, secc. 2.

grar sus objetivos elegidos, mientras que la anormalidad se caracteriza por la apatía, por una deficiencia en sus intereses vitales. En muchas de las neurosis y psicosis un letargo patológico se apodera del paciente y se produce un amortecimiento de la personalidad.

Enunciando la doctrina en forma aún más específica, algunos autores afirman que la unidad de la personalidad se logra a través del trabajo de toda la vida. Burnham ha señalado que así como una tarea concreta (*Aufgabe*) integra la energía disponible en el momento, del mismo modo, a la larga, el trabajo de toda la vida confiere estabilidad y coherencia. Voltaire dio una expresión clásica a este pensamiento cuando sostuvo que para el individuo la salvación reside en "cultivar su jardín". La misma opinión es enunciada por John Dewey, quien, sin embargo, se apresura a agregar que no debe haber ningún cerco alrededor del jardín para que así el alcance de la devoción del individuo siempre se vaya extendiendo. También Goethe encontró una posible salvación para Fausto en el trabajo útil, que finalmente absorbió todas sus inquietas energías y proporcionó el estado más cercano posible a la totalidad que él buscaba.

En el curso de este esfuerzo es natural que la "imagen conductora" o el ideal del yo deban desempeñar un papel prominente. Una persona centra sus esfuerzos en llegar a ser lo que quiere llegar a ser y se desarrolla consecuentemente de un modo que, según cree, conduce a ese fin. La imagen conductora fija la atención en una dirección, indica qué capacidad debe adquirirse y prescribe los criterios de acuerdo con los cuales tienen que ser probados todos los cursos posibles de conducta antes de ser emprendidos. Aun si los detalles inmediatos de una vida son discordantes, aun si al observador le parece que hay en esa vida un chocar aturdidor de propósitos, no obstante puede haber una unidad de imagen entre ellos que les otorgue coherencia subjetiva pese a toda la desarmonía visible.

En este punto nos enfrentamos con un hecho curioso: el logro de la unidad depende más de saber qué es lo que uno quiere que de conseguirlo. Lo que confiere unidad es el esfuerzo hacia el objetivo conocido, no la llegada exitosa. El amor al saber, para poner un ejemplo, es una fuerza unificadora más intensa que la posesión del saber y lo mismo sucede con el amor al arte, al dinero o a la fama. El hecho de alcanzar el objetivo puede llegar a destruir la unidad, pues ese logro significa la abolición del deseo unificador. Desde este punto de vista la unidad sólo reside en la lucha por la unidad. Mefistófeles apostó que él podría engañar a Fausto de tal modo que éste dejaría de luchar por alcanzar la plenitud y se entregaría a algún estado tentador de autosatisfacción que encontraría en el camino. Si Fausto hubiera cedido a la ilusión de que su búsqueda había llegado a su fin, habría sido condenado. Al final se salvó porque se forzó sin cesar por alcanzar la plenitud que nunca alcanzó.

*Wer immer strebend sich bemüht
Der können wir erlösen.*

Fausto, como prototipo del hombre, encontró que el esfuerzo por alcanzar la plenitud no es algo meramente abstracto. Y la única condición practicable de unidad que descubrió fue la búsqueda de objetivos específicos vinculados con el trabajo de toda la vida. Cuando todo momento de esfuerzo está enderezado en forma directa o indirecta a la misma serie progresiva de objetos, estos momentos están ligados el uno al otro. Tal serie entrelazada de momentos constituye lo que Paulhan ha llamado "armonía del esfuerzo" y sirve como principal condición de unidad de la personalidad. La armonía rara vez es perfecta, ya que en la mayoría de las vidas los fines se entrechocan casi tanto como se esfuerzan entre sí.⁶ Desde el punto de vista psicológico ese entrechocar de propósitos es enemigo de la unidad.⁷

ESTUDIOS EMPÍRICOS DE LA UNIDAD

Muchos de los factores a que hemos pasado revista en las páginas precedentes pueden ser sometidos a estudio empírico. Esto es realmente una suerte, pues como la unidad es una cuestión de grado, es de considerable importancia contar con métodos que permitan determinar en un caso dado qué grado se ha alcanzado.

Los estudios empíricos de la unidad, aunque están todavía en sus primeros estadios de desarrollo, han tenido el efecto saludable de revelar y corregir las exageraciones de la unidad que por lo común se hacen en la vida cotidiana. Por regla general damos forma estereotipada a nuestros juicios, aun a los referentes a nuestros amigos más íntimos y vemos en su

⁶ Lasurski advierte con razón contra el error de tomar la pseudo-unidad por unidad. La primera es un producto ilusorio de la supresión y la disociación, "que consiste en el hecho de que alguna inclinación o grupo de inclinaciones vinculadas controla a todas las otras y las inhibe o suprime. Los hombres que se entregan a la auto-negación y al ascetismo sirven a menudo como ejemplo de esta engañosa unidad." A. Lasurski: "Über das Studium der Individualität", *Pädag. Monog.*, 1912, Nº 14, 27. La psicología freudiana se ocupa largamente de la duplicidad y la falta de genuina unidad de ese tipo de personalidades.

⁷ Desde el punto de vista metafísico, esta afirmación puede ser negada. W. Stern ha sostenido que dado que el choque de propósitos diferentes tiene lugar por entero dentro de la persona (ya que es la persona quien está en conflicto consigo misma) por lo tanto, ésta debe ser una unidad englobante, capaz de albergar todos los conflictos que se produzcan. Asimismo, dice Stern, la existencia de un conflicto personal presupone un ideal de unidad para la persona o, si no, un estado anterior de unidad o una unidad futura; de otro modo un conflicto no podría ser considerado tal; no tendría sentido alguno. *Allgemeine Psychologie*, 1935, p. 623. En otras palabras, la persona, ontológicamente considerada, es en más alto grado una unidad que desde el punto de vista empírico. Sin duda esto es verdad, pero aquí sólo estamos atendiendo a la unidad empírica (psicológica).

conducta mayor coherencia que la que hay. La razón de esta exagerada simplificación es sin duda la misma de todos los clisés que nos permiten ahorrar tiempo: no somos capaces de pensar los objetos o de entrar en contacto con ellos en todos sus aspectos complejos y contrarios. Por eso buscamos la "esencia", y al hacerlo a menudo no nos queda entre manos más que un casillero.⁸ Es por esta razón que la psicología, con su paciencia correctiva, puede progresar por sobre las percepciones demasiado simples del sentido común.

Considerado desde el punto de vista empírico, el problema de la unidad coincide con el problema de la *coherencia*. Este último término debe ser preferido siempre para el trabajo experimental, pues abarca holgadamente todas las aproximaciones a la unidad y puede ser aplicado tanto a estructuras parciales como al todo.

A continuación hacemos una breve caracterización de los principales métodos que en la actualidad emplea la psicología para el estudio de la coherencia personal.

La predicción. Hay tres formas de hacer predicciones sobre la conducta humana. Primero, cuando las personas son vistas *en masse* y sólo el comportamiento promedio es de algún interés. El administrador experimentado de un restaurante o de un cine puede predecir notablemente bien cuánta gente de entre los miles que pasan cada hora delante de su establecimiento ha de entrar allí. La compañía de seguros predice con exactitud cuánta gente morirá o sufrirá accidentes en un año dado. Ese tipo de predicción actuarial, como no tiene nada que ver con el individuo, no tiene relación directa con la psicología de la personalidad. El segundo tipo de predicción, empleado por lo general por el psicólogo, apenas si se acerca algo más a nuestro tema. Se basa sobre el conocimiento de la mente-en-general. El psicólogo predice que todo hombre habrá de guiñar el ojo si se le toca la córnea o que todo individuo normal mostrará un gradual aumento de su destreza a medida que aprende una habilidad motriz. La predicción de este tipo es posible por el conocimiento de las propiedades generales de los reflejos y hábitos; lo que es común en la naturaleza humana provee la base para la predicción.

El tercer tipo de predicción, más vinculado con la psicología de la personalidad, pronostica qué hará *un* hombre individual (y quizá ningún otro) en una situación de un cierto tipo. Tales profecías se refieren a la

⁸ En las biografías, aun en las de gran extensión, se produce una inevitable exageración de la coherencia. Las actividades y rasgos "ajenos al asunto" son descartados y esto favorece la exagerada simplificación. Esta exageración resulta particularmente clara en el caso de las necrologías. El autor desea extractar la "esencia" o el sentido de esa vida. Se logra así una notable unidad, mayor que la que nunca estuvo presente en tal persona en vida.

mente-en-general y son absolutamente indispensables en la vida ordinaria. Sólo en virtud de ellas somos capaces de elegir regalos que vayan a gustarle a nuestros amigos, de reunir para una cena un grupo que armonice, de elegir las palabras que han de tener el efecto deseado sobre algún conocido o de elegir el empleado, el inquilino o el compañero de pieza satisfactorio. Es verdad que nuestras predicciones a veces resultan erradas, pero el hecho de que con tanta frecuencia resulten exitosas es una de las principales pruebas en favor de la existencia de disposiciones relativamente estables en la personalidad.

Lo predecible no es por cierto la respuesta *exacta* de un individuo. Sólo se puede predecir el *campo* dentro del cual se dará su respuesta. Es raro que podamos prever las palabras precisas que empleará nuestro amigo para expresar el placer que le produce el regalo que le hemos hecho, pero estamos seguros de que le gustará. No sabemos con qué movimiento precisamente una persona agresiva ha de mostrar su naturaleza en una situación dada, pero podemos apostar con confianza que será agresivo de algún modo. En otras palabras, predecimos la actuación de un *rasgo*, pero dejamos lugar a una serie bien amplia de respuestas equivalentes que serán suscitadas por otros determinantes en el momento en que el comportamiento tenga lugar.

No es difícil llevar al laboratorio este tipo de predicción. Un experimento basado en este procedimiento fue expuesto anteriormente. El experimentador predecía con éxito considerable cuál de los sujetos examinados violaría las prohibiciones contenidas en las directivas para su participación en el experimento, si bien es casi seguro que el experimentador no podría haber pronosticado precisamente cuándo y cómo ocurriría esta violación. Hemos de recordar que en ese experimento se había introducido una condición algo rara: la predicción se hacía de acuerdo con las primeras impresiones (relación de cinco minutos). Aun así, las predicciones fueron correctas en el 69 % de los casos (azar = 50 %). Se puede suponer que una relación más larga hubiera aumentado la validez de la predicción.

Otro experimento, basado en una relación más larga, fue realizado por Bender.⁹ Después de cuatro conferencias de una hora con ocho sujetos, este investigador predijo las marcas que haría cada uno en diez diferentes "tests de personalidad". Una vez llevados a cabo los tests y establecida la correlación entre las 80 predicciones y los 80 resultados, se obtuvo un coeficiente de $+0.55 \pm 0.05$.

Después de una mayor vinculación (dieciséis conferencias de una hora con cada uno), Bender pronosticó los resultados de cuatro nuevos tests, no ya las marcas totales

⁹ I. E. Bender: *A Study in Integrations of Personalities by Prediction and Matching*, 1935 (Syracuse University Library).

sino la respuesta exacta que cada sujeto daría a cada ítem. Esto, como antes hemos señalado, es algo mucho más difícil que la predicción de las marcas totales. Sin embargo la mayoría de las respuestas pronosticadas resultaron correctas.

Otra variante de este trabajo consistió en usar 100 jueces que no conocían personalmente a los sujetos. Estos jueces debían guiarse por un bosquejo de las ocho personalidades preparado por el experimentador después de su prolongado estudio de cada caso.¹⁰ En base a cada retrato condensado (llamado por el experimentador "hipótesis integracional"), los jueces predijeron qué respuestas habrían de dar los ocho sujetos a una escala que medía diversas actitudes e intereses (ninguno de los intereses y actitudes en cuestión era mencionado específicamente en el bosquejo). Aun en estas precarias condiciones, el éxito superó al azar en un grado marcado.

Estas son sólo unas pocas de las variedades del plurifacético método de la predicción. Este método demuestra inequívocamente la coherencia personal que se manifiesta en la conducta, si bien en verdad no ilumina el problema de las causas de la coherencia. Tal como se lo aplica de ordinario este método probablemente yerra más en el sentido de subestimar la coherencia de la personalidad que en el sentido de sobrestimarla, pues con la introducción de jueces en la investigación las fallas de éstos pueden ser interpretadas erróneamente como un signo de inconsecuencia en el sujeto. Siempre que se usan jueces en las investigaciones de la personalidad se comprueba que esas personas, como instrumentos humanos, varían en gran medida en cuanto a su sensibilidad y destreza (cf. capítulo XVIII).

Apareamiento. Un método afín al anterior, pues emplea también la impresión del juez, ha alcanzado amplio favor en los últimos años.¹¹ En este caso el juez debe aparear diferentes registros de una personalidad, seleccionándolos en medio de un conjunto de registros correspondientes a muchas personalidades. Los registros pueden ser de todo tipo: historias

¹⁰ A continuación se ofrece un ejemplo que ilustra el tipo de "bosquejo a grandes rasgos" que los psicólogos ofrecen a veces como una rápida síntesis de la personalidad que han estudiado empleando métodos analíticos.

"K. se caracteriza por una dignidad de maneras y de porte calculada para protegerla de ciertos contactos que desdén. Le interesa el matrimonio siempre que le asegure su seguridad económica, lujos, viajes y prestigio social. Sus reacciones ante la gente, si bien a menudo son formales, tienden a convertirse en contactos intensamente personales. Con los hombres tiene un alto grado de conciencia del sexo. Es egoísta, esto es, centrada en sí misma, buscadora de placeres, diletante en sus intereses más que profunda. En general está insatisfecha y cansada de su vida. Hay en ella una tendencia a ponerse taciturna y a veces lánguida. Es pulcra hasta llegar a ser melindrosa. Aunque introvertida, es dominante. Su gran inteligencia social está bien integrada alrededor de su esfuerzo por lograr aprobación social. Lo que a su personalidad le falta en fuerza y seriedad de intenciones es compensado por su atracción física y su encanto personal."

¹¹ Directivas para el uso de este método así como un valioso sumario de la investigación hecha mediante su empleo se encuentran en P. E. Vernon: *Psychol. Bull.*, 1936, 33, 149-177.

personales, fotografías, muestras de escritura, resultados de diversos tests, creaciones artísticas o cualquier otra cosa.

En su investigación, Bender usó este método además del de predicción. En un experimento, 91 jueces recibieron los ocho bosquejos a grandes rasgos ("hipótesis integracionales") y un "testógrafo percentilado" para cada sujeto, construido en base a las marcas de los sujetos en una serie de tests. El número de apareamientos correctos obtenidos, se comparó con el número de apareamiento correctos atribuibles al azar; en seis de los ocho casos los jueces mostraron que podían ordenar los dos conjuntos de registros; percibieron la unidad existente entre el bosquejo sumario y las marcas de los sujetos en los tests.

El método del apareamiento tiene la ventaja de permitir que producciones complejas sean reunidas con otras producciones complejas sin pasar primero por el proceso destructivo del análisis artificial. Para decirlo de otro modo, el apareamiento permite el estudio cuantitativo de muestras cualitativas. Su utilidad será discutida con más detalle en capítulos posteriores.

Correspondencia de medidas. La predicción y el apareamiento dependen ambos de la habilidad de los jueces para ordenar los registros que tienen en sus manos. Algunos métodos eliminan esta fuente de error comparando directamente el registro de un individuo en una esfera de actividad con su registro en otro campo. Por ejemplo, mediante el uso de la correlación es fácil determinar si la posición que ocupan diversos sujetos en la ejecución de un acto se mantiene esencialmente igual para otros actos. Para tomar un ejemplo típico, recordemos que en la pág. 240 decíamos que para un grupo de sujetos la correlación entre las medidas de la introversión y del humor fue de $+0.88$. Interpretado, este coeficiente quiere decir que en la mayoría de los individuos del grupo estudiado ambas cualidades estaban presentes (o faltaban) aproximadamente en el mismo grado. (En este caso particular las medidas usadas fueron evaluaciones, en las cuales puede incluirse un error inicial de origen subjetivo, quizá un "halo"; en verdad, también en las medidas objetivas es posible que se produzca algún error experimental.) Siempre que la correlación entre dos o más cualidades es elevada (eliminando los errores iniciales) queda demostrado que existe coherencia entre esas dos cualidades dentro del grupo tomado en conjunto; se prueba así que existe en los sujetos una tendencia a ser coherentes *del mismo modo*. (Pero el grado de coherencia alcanzado por un individuo dado no puede ser determinado por este método.)

Una forma algo semejante de correspondencia fue expuesta en la pág. 333, donde se interpretó que la *coherencia interna* de cualquier escala para la medida de un rasgo común significa que este rasgo (siempre dentro de la población total) es coherente consigo mismo. Este procedimiento tampoco dice nada acerca del tipo individual de unidad, sino que sólo

indica que algún rasgo común, tal como es concebido por el experimentador, es coherente consigo mismo en una población de sujetos tomada en conjunto. Asimismo, los productos del análisis factorial, provenientes de una extensión de los métodos correlacionados, son empíricamente coherentes consigo mismos. Pero también estas determinaciones tienen que ver sólo con el abstracto hombre medio y no con el individuo concreto.

Sirviéndose de un empleo más sutil de las medidas de correspondencia se han hecho intentos de determinar si la coherencia (o su opuesto la variabilidad) es en sí misma un atributo coherente de la personalidad. La variabilidad individual con respecto a la media en las marcas de muchos tests es tomada como una especie de "índice de integración". Estamos ante el problema de la "coherencia de la coherencia" (o su complemento la "coherencia de la variabilidad"). Si bien se trata de un lindo problema para los expertos en estadística, este tipo de trabajo no ha dado hasta ahora ningún resultado de mérito desde el punto de vista psicológico.¹² Dado que la unidad de la personalidad no consiste en una aproximación a la misma "marca media" en muchos rasgos comunes, este procedimiento no se adapta al problema de que nos estamos ocupando.

LA CONGRUENCIA Y LOS MÉTODOS PARA DESCUBRIRLA

Existe un hondo abismo entre el tipo de coherencia que se demuestra por medio de la correspondencia de medidas y la coherencia radical (de raíz) de que se ocupa la psicología clínica. El primer método examina un amplio conjunto de personas y pretende descubrir qué grupos comunes de cualidades coherentes se dan en esa población; el clínico se interesa únicamente por la congruencia que se da en una vida *individual*.

Un joven artista tomó parte una vez en experimentos psicológicos en los cuales se hicieron muchos registros de sus movimientos expresivos junto con los de otros 24 sujetos. Una vez establecida la correspondencia de medidas para todas las variables estudiadas, se comprobó que los registros de este sujeto eran a menudo "incoherentes". Por ejemplo, la presión media que ejerció sobre la punta de un lápiz al escribir o sobre la punta de un punzón al golpear ocupaba el 7º lugar en el grupo, esto es, que el contacto que hacía sobre una superficie era algo más *firme* que el término medio. Pero los registros de la presión que ejerció al dejar descansar su *mano* sobre la superficie mostraron que para este acto su número de orden en el grupo era el 19. Evidentemente no existía correspondencia entre estas dos medidas: la presión de la punta era intensa, la presión de la mano en descanso, leve. No había correlación alguna. ¿No existía entonces coherencia? Sin duda no, en lo que respecta a la presión. Pero

¹² Cf. G. W. Allport y P. E. Vernon: *Studies in Expressive Movement*, 1933, pp. 123-133.

la presión es una variable superficial, un concepto de origen físico y no psicológico. Una mayor consideración de los resultados sugiere que aunque las medidas no llegaron a corresponder entre sí, no por eso son menos congruentes desde el punto de vista psicológico. Por ser un artista (y ésta es la condición unificadora) este sujeto, siguiendo su estilo habitual de ejecución, deja descansar levemente su mano sobre su trabajo pero maneja los lápices o el pincel con cierta firmeza sobre la superficie de que se está sirviendo.¹³

Esta simple ilustración de la congruencia tiene muchas correspondencias en el estudio de la personalidad. La búsqueda habitual de correspondencias de medidas, destinadas a comprobar alguna dimensión preconcebida de unidad (en el caso arriba citado, la *presión*) con frecuencia resulta desilusionadora. A veces logra su objeto, pero a menudo fracasa. La debilidad de este método reside en que busca la coherencia sólo en la dimensión horizontal, esto es, entre las actividades periféricas de muchas personas, y no en la dimensión vertical, o sea, mirando hacia atrás en la estructura de la personalidad individual. Cuando se define la coherencia únicamente en términos de correspondencia y nunca en términos de congruencia, es probable que resulte un cuadro por entero unilateral (de especificidad).

Por debajo de actividades superficialmente discordantes puede haber a menudo una coherencia más profunda. El caso de D (pág. 348) nos puede servir como ejemplo de esto. Este hombre, un profesor, parecía en un momento dado escrupulosamente ordenado, al siguiente descuidado e incluso desaliñado. En este caso, es seguro que las medidas de la pulcritud no se corresponderían. Pero si se observa más largamente el caso, la ilusión de especificidad desaparece, porque se pone de manifiesto que D es siempre ordenado en lo que respecta a sus posesiones personales y siempre desordenado en lo que respecta a otras personas. El primer paso en el análisis de la congruencia establece, entonces, la existencia de dos rasgos opuestos. Si se sigue considerando el caso, se ve que también estos rasgos opuestos se pueden reconciliar, pues ambos están relacionados con una cualidad esencial única, peculiar de este individuo: D es una persona centrada en sí misma. Esta cualidad raigal "explica" la incoherencia de sus rasgos expresivos. Al mismo tiempo explica casi toda su naturaleza y sirve así para reconciliar otros hábitos, rasgos y actitudes en apariencia discordantes. Para tal tipo de rasgo cardinal Wertheimer ha propuesto la designación de *radix*. La *radix* nunca puede buscarse en el nivel de las actividades, porque se encuentra en la raíz de las actividades. Y por más incoherentes que las actividades parezcan ser, en verdad son congruentes en

¹³ Este caso ha sido tomado de *Studies in Expressive Movement*, pp. 137-141 con autorización de The Macmillan Company.

tanto surgen de la misma raíz. Este desarrollo, tal como lo hemos aplicado al caso de D, puede ilustrarse con el diagrama esquemático de la figura 25.

H. A. Murray ha dado una representación ligeramente diferente del rasgo cardinal o *radix* bajo la designación de *tema de unidad*. También esta concepción sostiene que las tendencias dominantes de una vida derivan de un solo principio central dinámico, el cual, comprendido correctamente,

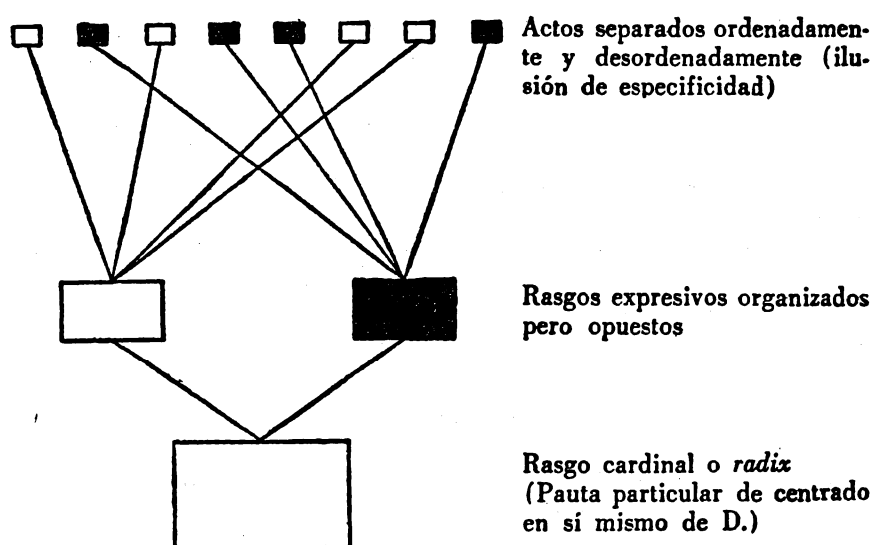


FIGURA 25

Una ilustración de la congruencia

La unidad de la personalidad se vuelve visible cuando se buscan sistemas más dinámicos.

explicaría tanto las acciones de la persona entre las que existe colaboración como aquellas entre las que se da conflicto. Pero según Murray, el tema de unidad a menudo surge de fijaciones producidas en los primeros años de la vida y no puede ser descubierto sin una exploración psicoanalítica. Estamos entonces ante el principio de congruencia interpretado en forma freudiana.

Sin embargo, no hay que llevar la congruencia demasiado lejos. Decir que todo lo que ocurre en una vida personal es *ipso facto* coherente con todo el resto de esa misma vida es llegar a un extremo casi sin sentido. El párrafo que a continuación reproducimos es un ejemplo de ese tipo de exageración:

"La unidad de una persona puede señalarse en cualquier instante de su vida. No hay nada en el carácter que sea contradictorio. Si una persona que conocemos nos parece incongruente consigo misma esto es sólo una evidencia de lo inadecuadas y superficiales que han sido nuestras anteriores observaciones." ¹⁴

La falacia de este razonamiento reside en su confusión entre la mera unidad espacio-temporal (de localización) con la unidad psicológica.

Es difícil mantenerse en un punto bien equilibrado. Por un lado, no hay duda de que la mayor parte de los experimentalistas han subestimado la coherencia de la personalidad, simplemente porque sus métodos para determinarla carecen de penetración. Por el otro, es fácil *atribuir* a una conducta discordante alguna unidad mítica, tomando erróneamente como realidad una interpretación arbitraria. En el caso del artista, que más arriba hemos discutido, no hay ninguna *prueba* cierta de que su comportamiento expresivo diferencial (sus diversas presiones) surgieran en realidad de una raíz común (su estilo artístico de trabajo). Afirmar tal relación parece algo bien plausible, pero en este caso particular la congruencia afirmada no ha sido efectivamente probada.

¿Pero existe alguna prueba de la coherencia? ¿Puede ésta ser comprobada alguna vez objetivamente? El positivista estricto responde con una negativa. La congruencia, nos dice, depende siempre de la interpretación del investigador; es imposible demostrar en forma objetiva la existencia de una unidad significativa. Se queja porque un psicoanalista, por ejemplo, encuentra que la raíz de cierta vida es un odio inextinguible, aunque inconsciente, hacia el padre. ¿Cómo sabe eso el psicoanalista? Sólo porque "siente" que toda la información que ha obtenido por medio del análisis "encaja" perfectamente con esta "hipótesis integracional" básica. Pero otro investigador ¿no podría sentir el mismo "encaje" satisfactorio cuando da con una hipótesis enteramente diferente?

¿Y qué decir del estudio de casos, el más asequible de todos los métodos destinados a poner de manifiesto la coherencia? La interpretación dogmática parece ser un peligro, cualquiera sea la variedad que se emplee, se trate de la biografía, la autobiografía, el registro clínico, la historia personal, el sumario psiquiátrico o el bosquejo a grandes rasgos. Es verdad que en la práctica rara vez se controla la validez de los resultados del estudio de casos. Se parte del supuesto de que dada una acumulación de incidentes, la única pauta verdadera de unidad emergerá por la pura virtud de la "pertinencia sistemática" de un incidente para con otro. De tal modo la única prueba a que es sometido el estudio de casos es su inteligibilidad interna, su coherencia interna. Esa prueba ha sido llamada el criterio

¹⁴ R. Franke: "Gang und Character" (ed. por H. Bogen y O. Lipmann), Beihefte, *Zsch. f. ang. Psychol.*, 1931, N° 58, p. 45.

"lógico-significativo" de integración.¹⁵ Si bien para un positivista este método es insatisfactorio, para muchos investigadores es en última instancia el más correcto.

Dejaremos para el capítulo XIX una discusión más detallada de este problema y aquí sólo hemos de sugerir que el cuadro no es tan oscuro como pretende el positivista. Un pronunciamiento acerca de la coherencia de una vida no tiene por qué ser necesariamente un *ipse dixit* del investigador, ante el cual no hay posibilidad alguna de prueba o refutación. Aunque más no fuera, siempre hay muchos investigadores que se ocupan del problema. Si todos llegaran a la misma decisión acerca de la coherencia, se habría satisfecho por lo menos el requerimiento científico básico de acuerdo.

Es sin duda deseable que para este múltiple diagnóstico los investigadores trabajen en estricta independencia los unos de los otros. Pero las deficiencias que afectan el trabajo de los diversos investigadores hacen difícil lograr el acuerdo. Quizá la opinión de la mayoría pueda ser incorrecta y la de la minoría correcta. También se puede pensar que sólo un juez esté en lo correcto. Para superar este peligro, pueden convenirse conferencias entre los investigadores, en las cuales éstos reúnan todo su material de prueba e intenten alcanzar una interpretación *sintética*. El procedimiento de la conferencia sacrifica el control estricto del diagnóstico independiente, pero significa cierta ganancia en tanto posibilita la influencia correctiva de la consulta. La mejor variedad del método podría ser la que permitiera la consulta en cuanto al material de prueba, pero admitiera la independencia en cuanto al diagnóstico.¹⁶

El perfeccionamiento de los métodos destinados a establecer qué grado de coherencia presenta la personalidad es tarea para el futuro. Hay necesidad de criterios para determinar si una pauta que sea pretendidamente congruente lo es en realidad o si la congruencia está siendo "atribuida" al sujeto por el investigador. Ya se ha hecho algún progreso. A este efecto la predicción y el apareamiento tienen cierta utilidad, así como también el método del diagnóstico múltiple discutido más arriba. Cada vez más, los psiquiatras y psicoanalistas están sometiendo su diagnóstico a pruebas. También el estudio de casos será mejorado y se desarrollarán criterios para determinar su validez. Esta área de investigación es, sin duda, una de las más merecedoras de exploración detenida y de investigación metodológica.

¹⁵ P. A. Sorokin: *Rural Sociol.*, 1936, 121-141, 344-374. Este autor define el método lógico-significativo como la determinación de "la identidad (o semejanza) de sentido central, idea o inclinación mental que satura todos los fragmentos lógicamente vinculados" (p. 347).

¹⁶ El método del diagnóstico múltiple es ilustrado muy bien en el estudio experimental *Explorations in Personality*, de H. A. Murray *et al.* Este estudio intenta conciliar los beneficios de la consulta entre jueces con ciertos controles que favorecen la independencia en el diagnóstico.

UNA REPRESENTACIÓN GESTÁLTICA DE LA UNIDAD

Toda escuela psicológica que se proponga deliberadamente ocuparse de *totalidades* está obligada a decir algo acerca de la unidad de la personalidad. No es sorprendente, por lo tanto, que en los últimos años la psicología de la forma haya hecho muchas contribuciones a este tema. Algunas de estas contribuciones (en especial las de Wertheimer, Koffka y Köhler) corresponden más bien a otros contextos, ya que no se relacionan tanto con el problema de la personalidad total como con el de la unidad de sus sub-estructuras, con el de sus pautas de movimiento expresivo y con el proceso de captación de la personalidad como un todo integral.

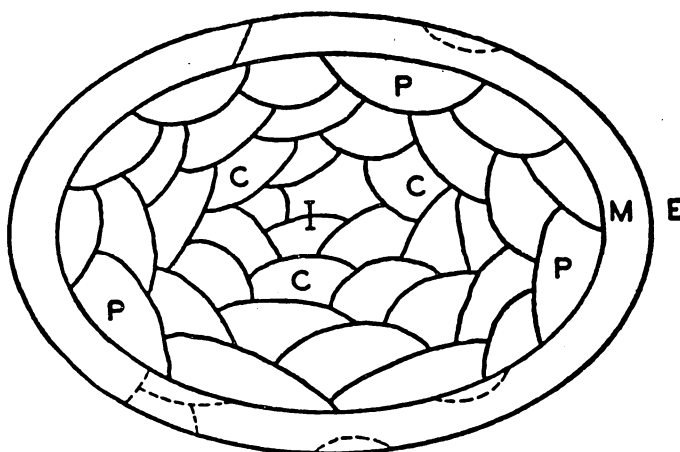


FIGURA 26

Representación topológica de la estructura de la personalidad

(M: región motriz-perceptiva; I: región intra-personal; P: partes periféricas de I; C: partes centrales de I; E: ambiente.)

En este momento el problema que nos ocupa es el de saber si la personalidad total puede ser considerada *objetivamente* como una Gestalt, en tanto se define una Gestalt como un "sistema cuyas partes están dinámicamente conectadas de tal modo que un cambio en una de sus partes trae consigo un cambio en todas las otras partes".¹⁷ Lewin da a este problema una respuesta afirmativa y justifica su posición por un gran número de hallazgos experimentales. Conceptualmente representa su teoría de la estructura de la Gestalt personal con diagramas "topológicos". En la figura 26 reproducimos uno de esos diagramas.¹⁸

¹⁷ K. Lewin: *Principles of Topological Psychology*, 1936, p. 218.

¹⁸ *Principles of Topological Psychology* (McGraw-Hill Book Co.), p. 117. Reproducido con autorización.

La persona es considerada como una región diferenciada, separada por un límite permeable de su medio exterior. En contacto directo con el medio están ciertos sistemas perceptuales-motores, ocupados en sentir y actuar en forma adaptativa. Uno de los procesos más importantes de esta región es, por ejemplo, el lenguaje, que desempeña un papel principal en la comunicación entre la persona y su medio social. Por regla general la región perceptual-motriz posee una unidad relativamente elevada; sus sistemas son fluidos, en el sentido de que la interacción es fácil entre ellos, y a menudo la región es llamada a actuar como un todo cuando son necesarios actos adaptativos.

En el interior, rodeadas por esta región perceptual-motriz, se encuentran las regiones periféricas de la personalidad interior. Estas regiones son más duraderas y de ordinario mejor estructuradas y más claramente segregadas una de otra que las regiones perceptuales-motrices. En algunos aspectos estas regiones periféricas parecen corresponder a los rasgos directivos o expresivos discutidos en las páginas 340-1. Cuando están en tensión son consideradas *sistemas* y pueden actuar en forma independiente o, lo que es más probable, como partes de sistemas más amplios. Esta es una concepción similar a la expuesta en la pág. 343 para explicar la activación de los rasgos interdependientes.

Más hacia el interior encontramos regiones más centrales, que, según parece, representan los intereses y motivos más profundos y los prejuicios y sentimientos más constantes. Estas regiones centrales no son muy distintas de los rasgos "centrales" descritos en las págs. 354 y sigs.

Finalmente, en el corazón de la región intra-personal se encuentra la zona más íntima de todas, que Lewin en otra parte llama "núcleo". Este centro íntimo es activado en los estados de aguda emoción autoconsciente y siempre está involucrado en la aspiración y en la fantasía. Esta es la región más difícil de ser penetrada o comprendida por otra persona. Sin embargo, es una región cuya existencia es atestiguada no sólo por la introspección sino también por una cantidad de investigaciones experimentales.¹⁹ Este núcleo garantiza, más que ningún otro factor, la relativa estabilidad de la estructura total. Si bien en algunos aspectos es única, la concepción del núcleo que enuncia Lewin no carece de toda relación con el principio, más antiguo, de la autoconciencia.

No hay que ver las sub-estructuras de la personalidad aquí descritas como formaciones rígidas. Sus límites son relativamente permeables y toda la organización es en cierto grado fluida, tal como lo demuestran varios hechos. En primer término, es más que probable que toda estimulación intensa afectará el estado de la persona toda, superando fácilmente las

¹⁹ K. Lewin: *Principles of Topological Psychology*, 1936, p. 180.

barreras que en otras circunstancias son eficaces. Además, aunque la representación topológica no incluye la dimensión temporal, se admite que con el tiempo las regiones alteran en alto grado sus contornos y su alcance. Con el tiempo tienden a volverse más finas y más segregadas (principio de diferenciación) y tienden asimismo a reestructurarse, constituyendo pautas diferentes. Los sistemas "jóvenes" pueden volverse más fuertes que los sistemas más antiguos y en su aspecto dinámico pueden ser por entero independientes de ellos (principio de autonomía funcional). Resulta claro que en la regresión puede haber un regreso a sistemas más viejos y un abandono de los nuevos.²⁰

Estamos entonces ante un cuadro de la personalidad en que ésta aparece como un sistema estratificado, dotado de una estructura definida con regiones separadas distinguibles, pero que al mismo tiempo deja lugar a cualquier grado de fusión y de interdependencia de las partes, a cualquier grado de cambio, progresivo o regresivo, y a todo tipo de diferencias individuales. En efecto, Lewin dice que la personalidad es una Gestalt, pero una Gestalt con *mayor* o *menor* unidad, dependiendo el grado en que ésta se da de su propia naturaleza individual, del estado del organismo y del campo en que se está comportando. Quizá ningún otro psicólogo ha logrado pintar con tanto éxito a un mismo tiempo tantos de los complejos problemas involucrados aquí y demostrar tan adecuadamente que la unidad de la personalidad es siempre una cuestión de grado.

Otra virtud del método topológico es su aptitud para representar el caso individual, con todas sus peculiaridades. Por cierto que una de las demandas más insistentes de la psicología topológica es que se acuerde al caso individual una posición de la más alta respetabilidad en la investigación psicológica. Lewin llega hasta insistir en que las predicciones científicas nunca podrán tener éxito si son hechas sólo en base a un conocimiento de las leyes generales, derivadas del análisis abstractivo. Es necesario comprender la topología de la persona en toda su peculiaridad individual antes de que sea posible discernir sus verdaderas tendencias dinámicas.²¹

Una extensión del método topológico agrega un tercer nivel al diagrama: un "nivel de la irrealidad". De este modo Lewin trata de representar el hecho de que en la fantasía, en las ilusiones o en el juego, la estructura de la personalidad se altera en cierto grado. Puede ponerse en duda si esta adición constituye una gran ventaja, ya que en todas las regiones de la vida hay muchos aspectos que pueden ser llamados irreales. Sin embargo, lo real y lo irreal están ligados, constituyendo disposiciones o

²⁰ *Principles of Topological Psychology*, 1936, p. 190.

²¹ "Aun si todas las leyes de la psicología fueran conocidas, sólo se podría hacer una predicción acerca del comportamiento de un hombre si además de las leyes se conociera la naturaleza especial de la situación particular." *Ibid.*, p. 11.

sistemas integrales bien entramados. En última instancia es imposible saber qué es real y qué es irreal en cada estado psicológico. Porque, ¿quién podrá decirnos qué es la realidad? Una ambición, ¿es real o irreal? ¿Y qué decir de un ideal del yo o de una imagen conductora?

La principal ventaja atribuida generalmente al tratamiento topológico de la personalidad aún no la hemos mencionado. Se trata del hecho de que esta doctrina coloca a la persona dentro del dominio de la llamada "teoría del campo", que intenta tratar todo fenómeno psicológico en relación con su contexto total. Para decirlo sin mucho rigor, la teoría de la personalidad considera que tanto el contexto ambiental total como la estructura interna de la persona son factores decisivos en la configuración de la conducta. Sin duda, a una enunciación tan vasta como ésta no se le puede hacer ninguna objeción. Pero en la práctica la teoría del campo se inclina a poner un énfasis demasiado grande sobre la determinación momentánea de la conducta sin conceder el crédito debido a los sistemas duraderos de la personalidad, que a menudo ni siquiera llegan a ser afectados por los cambios de las condiciones circundantes. Una consecuencia desafortunada de la teoría topológica del campo es su actitud más bien despreciativa hacia toda "teoría de la clase", esto es, hacia toda teoría que explica las uniformidades del comportamiento de acuerdo con las propiedades de sus estructuras constituyentes.²²

Sin embargo, debería resultar evidente que las regiones que se ven en la figura 26 son en verdad "clases". Y ellas constituyen la única garantía de estabilidad de la conducta personal. Aun cuando dentro del campo se produzcan frecuentes alteraciones, las regiones mismas son factores relativamente estables en la determinación del comportamiento. Lewin mismo admite que "la estructura de una persona es con frecuencia relativamente constante durante un largo período de tiempo".²³ Pero una teoría del campo no es capaz de atender adecuadamente a este hecho. Los rasgos, actitudes, hábitos y sentimientos son la garantía de la estabilidad. Son conceptos de clases y es imposible escribir una adecuada psicología de la personalidad sin su ayuda.

No es necesario continuar considerando aquí este problema. La hemos mencionado simplemente para mostrar que la psicología topológica se extiende mucho más allá del limitado problema que aquí está en discusión, esto es, que excede el problema de la unidad de la personalidad. En la

²² Véase J. F. Brown: *Psychology and the Social Order*, 1936, esp. pp. 34-41. Este autor, después de condenar las teorías de la clase se muestra enteramente incapaz de discutir el problema de la estructura de la personalidad sin recurrir a ellas. Por ejemplo, se adhiere a la teoría de la "distribución normal" de los rasgos de la personalidad, la cual evidentemente se aplica sólo a una "clase" de fenómenos y no a un campo.

²³ *Op. cit.*, p. 188.

mayor parte de su trabajo la psicología topológica se ocupa de la persona sólo en tanto ésta se está comportando en alguna situación experimental momentánea.²⁴ Pero pese a toda su brevedad y a su carácter quizá incidental, el tratamiento topológico del problema de la unidad es uno de los más fructíferos que se pueden encontrar en toda la literatura sobre la personalidad.

Necesariamente este capítulo ha tenido un tono ecléctico. Se han expuesto una serie de enfoques diversos del estudio de la coherencia y la unidad. Se ha visto que cada uno tenía sus méritos, pero que de ninguno se puede decir que representa el único camino. La verdad en este asunto es que la organización total de la personalidad constituye todavía un problema nuevo y pobremente formulado en el campo de la psicología. Es una cuestión con muchas facetas cuya solución está todavía en manos del futuro.

²⁴ Todos los trabajos incluidos en la obra de Lewin, *Dynamic Theory of Personality*, son de esta índole, hecho que hace algo inapropiado el título dado al volumen.

PARTE IV

EL ANÁLISIS DE LA PERSONALIDAD

CAPÍTULO XIV

UNA REVISTA DE LOS METODOS

Es propio de un hombre educado buscar en cada clase de cosa el grado de precisión que la naturaleza del tema admite.

ARISTOTELES

LA PERSONALIDAD es algo tan complejo que todo método legítimo debe ser empleado en su estudio. Sólo quedan excluidos los caminos engañosos que hace ya mucho tiempo que la ciencia ha aprendido a evitar: el “se dice”, la observación prejuiciada, el dejarse impresionar por las coincidencias, el caso único sobrevalorado, los cuentos de viejas, las inducciones y deducciones basadas en círculos viciosos y tantas otras falacias semejantes. Usan tales métodos las caracterologías charlatanescas (astrología, numerología, quiromancia y craneoscopia) así como también la conversación cotidiana acrítica. No conducen a ningún lado. Pero aparte de éstos, hay una gran cantidad de métodos legítimos para estudiar la personalidad, cada uno de los cuales ocupa un lugar específico en el bagaje del psicólogo.

El método básico es para la psicología el mismo que emplea el sentido común: la observación de un dato, acompañada de la interpretación de su sentido. La única diferencia reside en que de ordinario la psicología sigue el camino señalado por las ciencias más antiguas y hace uso de técnicas ingeniosas y controladas, para obtener así observaciones normalmente inaccesibles al profano, y en que en la interpretación la psicología se protege con diversas reglas de prueba y de razonamiento a que no están sometidos el profano o el artista.

La figura 27 ofrece una tabulación gráfica de los principales métodos empleados en las investigaciones psicológicas de la personalidad. En el centro se encuentran las operaciones indispensables de observación e interpretación compartidas por la ciencia y el sentido común. Sólo un segmento está consagrado al método del sentido común, en el cual la observación y la interpretación se hacen sin las técnicas especiales empleadas habitualmente por el psicólogo. Cuando no está actuando en su calidad pro-

fesional de psicólogo, éste entiende la personalidad al modo del sentido común, al igual que todas las demás personas. Aún en su condición profesional se esfuerza por llevar al laboratorio este tipo "intuitivo" simple de comprensión para complementar su comprensión científica (por inferencia).¹

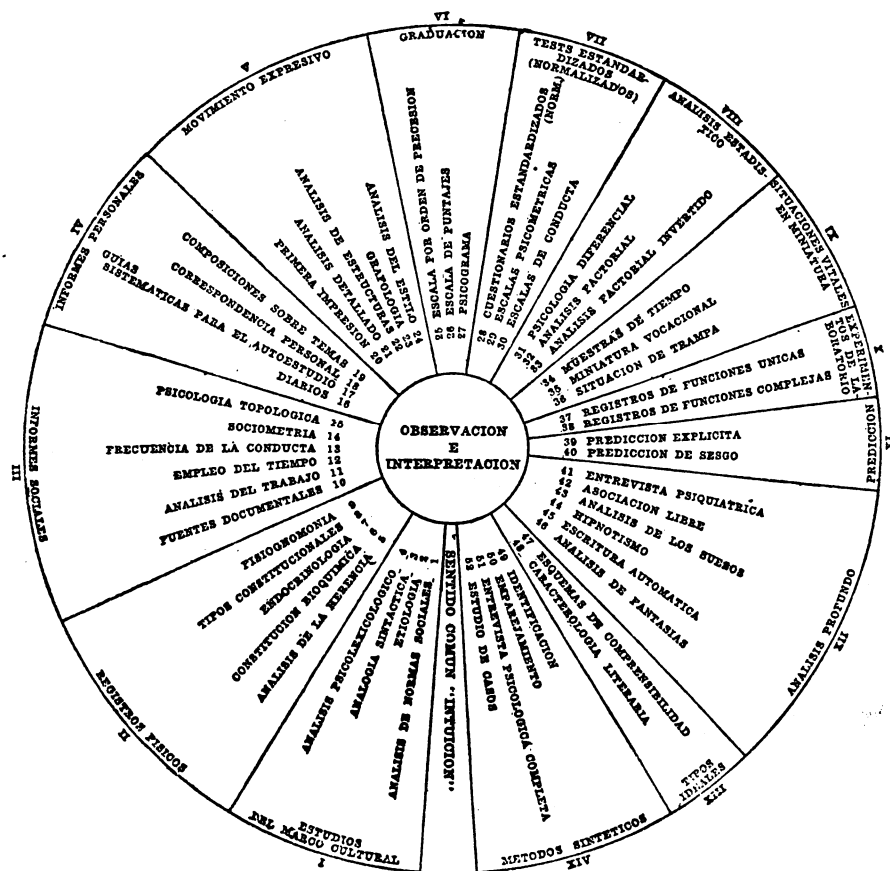


FIGURA 27

Revista de los métodos destinados al estudio de la personalidad

Exceptuando el segmento correspondiente al sentido común, el diagrama está ocupado por métodos especializados, técnicas auxiliares diversamente empleadas. Una parte de estos métodos ha sido descrita ya en

¹ La relación entre la comprensión por inferencia y la comprensión intuitiva de la personalidad es un tema demasiado complejo para ser discutido aquí; es tratado largamente en el capítulo XIX.

capítulos anteriores, pero algo se puede ganar si se vuelve a considerarlas otra vez, estudiando ahora su relación mutua. De este modo el lector podrá ver hasta qué punto ha progresado la metodología empírica en nuestros días.

La ordenación circular es una forma conveniente de representar un continuum de métodos que van desde los que, hablando en general, podemos llamar externos a la persona hasta los internos, y al mismo tiempo permite diferenciar los que estudian registros parciales del comportamiento y los que atienden a la homogeneidad y congruencia de la personalidad total. Sin que esto implique la existencia de alguna forma lógica estricta de sucesión, parece conveniente catalogar los métodos bajo catorce subdivisiones principales, ordenándolos más o menos del siguiente modo:

1. Estudios del contexto cultural
2. Registros físicos
3. Registros sociales
4. Registros personales
5. Movimiento expresivo
6. Evaluaciones
7. Tests estandarizados
8. Análisis estadístico
9. Situaciones vitales en miniatura
10. Experimentos de laboratorio
11. Predicción
12. Análisis profundo
13. Tipos ideales
14. Métodos sintéticos

Rara vez se emplea un sólo método. La experimentación puede complementarse con la estadística; los estudios de la expresión pueden tomar prestados técnicas y conceptos del análisis profundo. Las divisiones son arbitrarias en alto grado, pero servirán a nuestros fines, que son los de hacer una rápida revista panorámica. Para ilustrar los 52 métodos catalogados, salvo en los casos en que éstos se expliquen por sí mismos, se ha de citar una aplicación, y de ordinario sólo una.

I. ESTUDIOS DEL CONTEXTO CULTURAL

Bajo este rótulo quedan incluidos ciertos métodos que se ocupan no de la personalidad directamente sino del marco social dentro del cual la personalidad se desarrolla. Los argumentos en su favor son obvios. Dado que la personalidad se constituye en gran medida por la introcepción y modificación de códigos, costumbres y convenciones sociales, es instruc-

tivo saber a qué estímulos culturales y modelos está expuesto el individuo en el curso de su desarrollo. El conocimiento de este marco social es esencial para una plena apreciación de la personalidad de todo individuo. Gran parte de su naturaleza resultará esencialmente un reflejo de normas prevalecientes, pero incluso sus desviaciones con respecto a estas normas exigen que el investigador tenga conocimiento de ellas. Por esta razón siempre es bueno especificar a qué grupos raciales, religiosos y ocupacionales pertenece una persona, así como todos los grupos de los que es miembro o con los que tiene relaciones de afiliación.

Pero un mero informe sobre el contexto cultural y las afiliaciones no es suficiente por sí solo, ya que ningún individuo refleja exacta y exclusivamente su medio social. Aun dentro de un círculo cultural estrecho y homogéneo, la individualidad muestra formas sorprendentemente diversas. La personalidad es más que el "aspecto subjetivo de la cultura", verdad ésta que los sociólogos y antropólogos culturales, con sus unilaterales estudios sobre "cultura y personalidad", son propensos a olvidar.

Lo que hace la cultura es ofrecer modelos para actos adaptativos comunes y para estilos de comportamiento expresivo. El individuo puede adoptar o no estos modelos. En tanto los adopta se adecua al "tipo cultural"; en tanto no lo hace, su personalidad se destaca marcadamente sobre el fondo cultural del cual se aparta.² Ninguna personalidad es una réplica exacta de las normas culturales prevalecientes, pero para comprender los casos que se desvían de ellas, al igual que los casos relativamente típicos, es indispensable el conocimiento de estas normas.³

Un sureño blanco que confraterniza con negros es, por ejemplo, una personalidad más notable que el blanco del norte que hace lo mismo. El hijo de un rico banquero que se afilia al Partido Comunista presenta un problema psicológico distinto que el hijo de un líder revolucionario que hace eso mismo.

Hay innumerables técnicas especiales, desarrolladas en la antropo-

² Un excelente estudio de la personalidad racial "típica" es el de K. Lewin mencionado en el Capítulo VI. Este autor señala que el alemán típico está de algún modo a la defensiva con respecto a su medio social y por consiguiente está menos abierto a él, mientras que el norteamericano típico se encuentra en mejores términos con su ambiente, menos confinado dentro de su torre de marfil, con la consecuencia de que los estratos sucesivos de su personalidad son más permeables. Es raro, por ejemplo, que un funcionario alemán deje la puerta de su oficina abierta, que permita que los diarios publiquen detalles íntimos de su vida o que felicite a un oponente victorioso en una lucha electoral, mientras que todos estos actos son comunes en la conducta que es típica dentro del área norteamericana de cultura.

³ Este tipo de conocimiento tiene para el psicólogo la misma importancia que tiene para el grafólogo el conocimiento del tipo predominante de escritura. A menos que el grafólogo sepa en qué país y de acuerdo con qué normas escolares de escritura ha aprendido a escribir una persona, no puede valorar la individualidad de un escrito.

logía y la sociología, para el estudio de la base cultural de la personalidad. Se han hecho innumerables análisis de culturas primitivas, comunidades civilizadas, vecindades, costumbres, códigos profesionales y sobre las normas mantenidas por castas, credos y clases. Sin mayores exigencias de precisión podemos agruparlos en tanto constituyen una técnica propedéutica para el estudio de la personalidad y darles el nombre de

Análisis de normas sociales (1)

Teniendo en cuenta que los procedimientos que esta técnica emplea no son primariamente psicológicos, no es necesario considerarla aquí en forma más detallada.⁴

Hay una provincia especial de la cultura que tiene una relación peculiarmente estrecha y multilateral con la personalidad: el lenguaje. El lenguaje es una codificación de la experiencia humana común y de su análisis pueden obtenerse muchos resultados que reflejan la naturaleza de la personalidad humana. En el capítulo III ya hemos expuesto una técnica analítica: la

Etología (2)

Por el estudio sistemático de proverbios, aforismos y obras literarias, John Stuart Mill y sus sucesores esperaban reunir los datos necesarios para constituir una ciencia del carácter. Había que clasificar, y si fuera posible explicar, las formas típicas de carácter immortalizadas en el lenguaje. Aunque el plan de Mill resultó estéril, sin embargo en un cierto sentido tanto los psicólogos como los profanos hacen uso abundante de la sabiduría proverbial. Atendiendo a que, con el tiempo, el método de Mill puede ser mejorado y revivido, merece que lo cataloguemos aquí.

Otro método lingüístico es el de la

Analogía sintáctica (3)

del cual es un ejemplo la obra de E. E. Southard.⁵ Este autor, un psiquiatra, ha señalado el parecido entre los cuatro modos gramaticales (el imperativo, el indicativo, el subjuntivo y el optativo) y los temperamentos tradicionales (el colérico, el flemático, el melancólico y el sanguíneo, respectivamente). Propone además el uso de denominaciones gramaticales tales como tiempo, voz, modo, persona y número para la pintura de la

⁴ Un importante tratamiento teórico de la forma en que las normas sociales llegan a influir sobre la perspectiva mental del individuo se encuentra en M. Sherif: *The Psychology of Social Norms*, 1936. Como ilustraciones concretas del "impacto" de la cultura sobre la personalidad, véase P. Freuchen: *Eskimo*, o C. R. Shaw: *The Jack-Roller*.

⁵ E. E. Southard: *Phil. Rev.*, 1916, 25, 424-455; *J. Abnorm. Psychol.*, 1916, 11, 189-202.

personalidad. Southard cree que existe necesariamente una estrecha correspondencia entre las formas posibles de estructura lingüística y las características básicas de la vida mental humana representadas por las estructuras típicas de la personalidad.

No sólo la gramática sino también el vocabulario de una lengua muestran que la personalidad está reflejada en la evolución del lenguaje. Un estudio reveló que alrededor del cuatro y medio por ciento de todo el léxico inglés (o sea alrededor de 18.000 palabras) se aplica a caracterizaciones de la conducta general y la personalidad. Este enfoque puede ser designado con el nombre de

Análisis psico-lexicológico (4)

Uno de sus méritos es la ayuda que proporciona al investigador para la preparación de listas de control de adjetivos descriptivos, escalas de evaluación y registros psicográficos para exploraciones profundas. Lleva también a realizar estudios especiales de sinónimos, antónimos, grupos de rasgos, etc. De estos trabajos puede resultar con el tiempo un vocabulario básico para el estudio de los rasgos comunes.

II. REGISTROS FÍSICOS

En contraste con estos métodos de análisis cultural, el estudio de las características físicas y fisiológicas supone la investigación de una vida *individual*.

Hay muchas técnicas, por ejemplo, para el

Análisis de la herencia (5)

Se emplean planillas de registros, que se pueden conseguir en las sociedades de eugenesia. Con la ayuda de estas planillas o de tests psicológicos se estudian los parecidos familiares. Se comparan los hijos adoptivos con otros niños para determinar si el medio común es tan importante como la herencia común. A menudo se emplea la técnica inversa, destinada a determinar si mellizos idénticos criados separadamente son afectados en alto grado por sus distintos medios ambientales.⁶

Otro campo especial y bien amplio es el estudio de los

Correlatos bioquímicos (6)

Este enfoque apela a fisiólogos y a otros investigadores cuyos intereses los llevan a atacar los problemas de la personalidad desde el aspecto cor-

⁶ Cf. capítulo IV.

poral.⁷ Hay estudios que emplean el reflejo psicogalvánico cutáneo, cambios circulatorios, la composición de la sangre y "ondas cerebrales" (el ritmo de Berger). Hay otros que tratan de establecer una correlación entre el grado de concentración iónica de hidrógeno en la saliva y diversos rasgos de personalidad. Otros trabajos se ocupan de los efectos de las glándulas de secreción interna y constituyen un grupo de técnicas que catalogaremos separadamente: la

*Endocrinología*⁸ (8)

Los enfoques y criterios de estos diversos métodos bioquímicos con frecuencia son fragmentarios, incluso atomísticos, como cuando buscan correlaciones específicas entre la presión sanguínea y el humor, o el hipertiroidismo y la extraversión. Pero a menudo se mezclan con algún enfoque más totalitario, como el representado, por ejemplo, por los estudios sobre el

Tipo constitucional

Este procedimiento, expuesto en el capítulo III, trata de poner en relación el *habitus* físico total del individuo con las funciones más vastas de la personalidad (un ejemplo de esto es la afirmación de que un físico alargado, asténico, estará probablemente asociado con una perspectiva idealista y soñadora de la vida).

Un método afín es la

Fisiognómica (9)

Bajo esta denominación queda incluida una amplia variedad de técnicas psicodiagnósticas que van desde el estudio de los correlatos psíquicos de rasgos faciales específicos hasta la lectura del carácter de acuerdo con el movimiento, llamada a menudo *patognomía*.⁹

III. REGISTROS SOCIALES

No menos importantes que los registros físicos son los registros sociales. En primer lugar encontramos en este grupo los registros institucionales accesibles o

Fuentes documentales (10)

tales como las reunidas por instituciones sociales, hospitales, visitadores judiciales, escuelas o empleadores. De estos documentos puede obtenerse una

⁷ Una buena ilustración es C. W. Darrow y L. L. Heath: "Reaction Tendencies Relating to Personality", en *Studies in the Dynamics of Behavior* (ed. K. S. Lashley), 1932.

⁸ Cf. capítulo IV.

⁹ Cf. capítulo III.

valiosa información, si bien a menudo los registros sólo se preparan con fines prácticos, sin la intención de dar una pintura bien acabada de la personalidad total.

El investigador no tiene por qué satisfacerse con el uso de estos registros preexistentes, sino que puede hacer registros él mismo de acuerdo con su interés especial. Un ejemplo de esto es el

Análisis del trabajo (11)

La conducta de una persona en su trabajo, si es estudiada en forma sistemática, revela muchos de sus rasgos personales, como, por ejemplo, sus tipos característicos de errores, su propensión a los accidentes, su puntualidad, sus cualidades de orden, iniciativa y prontitud.¹⁰

Un método que requiere la cooperación del sujeto es el

Estudio de la distribución del tiempo (12)

en el cual se hace un registro del tiempo que éste dedica a sus diversas ocupaciones cotidianas.¹¹ Si este estudio abarca un período de varios meses, es seguro que revelará intereses significativos así como peculiaridades personales de la conducta observada (apuro, demora, propensión a la distracción, etc.).

En vez de registrar todos los tipos de actividad cotidiana, el método puede variar y limitarse a hacer sólo registros de un tipo específico de conducta. Esta técnica ha sido usada para estudiar la frecuencia de la risa o del enojo o la propensión al mal humor, a la sugestión o al miedo.¹² Puede ser denominado análisis de la

Frecuencia de las conductas (13)

Otro tipo de registro social lo constituye la representación topográfica de la esfera de conducta del individuo. Un ejemplo de este método es el estudio del espacio vital de chicos de ciudad que hizo Muchow, en el cual se ponen de manifiesto los horizontes, intereses, contactos personales y ambiciones de esos niños.¹³ Para denominar este método podemos servirnos del término que emplea Moreno para su interesante "geografía psicológica", de círculos de amistad y relaciones.¹⁴ Da a estos estudios el nombre de

¹⁰ Cf. B. Katzenstein: "Die eignungspsychologische Erfassung des Arbeitscharakters", *Zsch. f. ang. Psychol.*, 1932, 41, 69-137.

¹¹ Cf. J. D. Rankin: "The Use of Time in Farm Homes", *Univ. of Nebraska Agri. Exper. Stat. Bull.*, Nº 230, 1928.

¹² Cf. G. S. Hall: *Amer. J. Psychol.*, 1897, 8, 147-249.

¹³ Cf. M. Muchow: *Der Lebensraum des Grosstadtkindes*, 1935.

¹⁴ J. L. Moreno: "Who Shall Survive?", *Nerv. & Ment. Dis. Monog.*, 1934, Nº 58.

Sociometría (14)

Semejante en algunos aspectos, si bien de mucho más amplia significación teórica, es el método empleado por Lewin para representar muchas variedades de relaciones psicológicas. A este método lo llama

*Psicología topológica*¹⁵ (15)

Con su ayuda no sólo se representan los contactos sociales del individuo sino también sus actitudes personales hacia sus afiliaciones y hacia los obstáculos (resistencias) que encuentra en su medio.

IV. REGISTROS PERSONALES

Más íntimos que los registros sociales son los documentos preparados por el individuo para dar salida a sus sentimientos y pensamientos privados. Especial significación debe concederse a los

Diarios (16)

Estos van desde las notas semi-personales hasta las autobiografías íntimas, reveladoras de la personalidad, que son a menudo de gran valor como datos psicológicos.¹⁶ Si bien hay psicólogos que han sometido ocasionalmente a una consideración analítica algunos documentos, hasta ahora se ha hecho poco por sistematizar esas colecciones con fines de estudio comparativo.

Más formales que los diarios son las

*Guías sistemáticas para el auto-estudio*¹⁷ (17)

Estas pueden ir desde las preguntas informales, ordenadas al azar para ser contestadas por el sujeto en la forma en que quiera, hasta el test estandarizado de papel y lápiz. En este último caso, la técnica es tan especializada que merece un lugar por separado en nuestra lista (sección VII).

Un método que en general se pasa por alto es el análisis de la

Correspondencia personal (18)

A menudo se cuenta con series de cartas a amigos o parientes que se extienden durante muchos años y que podrían ser objeto de estudio. Tales colecciones han sido publicadas muchas veces, pero sobre todo por su

¹⁵ Cf. K. Lewin: *Principles of Topological Psychology*, 1936. El aspecto de la psicología topológica expuesto aquí es el referente a la "locomoción en el espacio vital" y no el que se ocupa de la estructura de la personalidad, discutido ya en el capítulo anterior.

¹⁶ Cf. W. Stern: *Anfänge der Reifezeit*, 1925.

¹⁷ Cf. nota pág. 254.

valor literario.¹⁸ Los psicólogos han hecho hasta ahora poco uso sistemático de este tipo de material.

Un método empleado especialmente en estudios realizados en escuelas es el *Aufsatzmethod*, nombre que podríamos traducir como

Redacción temática (19)

Cuando se le indica a un niño que escriba una composición escolar sobre un tema tal como "A qué héroe me gustaría parecerme" o "Mis ambiciones personales" a menudo se obtiene una cantidad sorprendente de información. Algunos chicos otorgan su favor a héroes religiosos o filantrópicos, otros a héroes atléticos o domésticos. Una adolescente elige como su ideal a una estrella de cine, otra a su madre, una tercera a Jane Adams. Pero cuando se emplea este método hay que determinar si el autor de la composición está dando una mera respuesta convencional a una exigencia del trabajo escolar o si está revelando espontáneamente su imagen conductora. El método puede usarse también con adultos, quienes al escribir por ejemplo sobre lo que les disgusta o sobre sus pequeñas aversiones, pueden poner a la vista una cantidad de rasgos personales, como el descontento constante, la lascivia, la paranoia, la irascibilidad o el humor.

V. MOVIMIENTO EXPRESIVO

Demasiadas formas de movimiento expresivo son accesibles al estudio para que sea posible catalogarlas aquí por separado.¹⁹ Para enfocar este rico campo podemos servirnos de cinco procedimientos principales. El método de las

Primeras impresiones (20)

es discutido en detalle en las págs. 511/19. La ventaja que ofrece el empleo de impresiones a primera vista reside en que de ese modo pueden determinarse la importancia relativa de los diferentes índices expresivos. Más perfecto es el método del

Análisis detallado (21)

que estudia por separado las diferentes zonas expresivas (p. ej. el rostro, los ademanes o la voz), de ordinario con ayuda de películas de movimiento ultra-rápido o de otros aparatos registradores.²⁰

¹⁸ Por ejemplo, *The Letters of William James*, editadas por H. James, 2 vols., 1920.

¹⁹ Un extenso catálogo se encontrará en G. W. Allport y P. E. Vernon: *Studies in Expressive Movement*, 1933, en especial págs. 24-35.

²⁰ Cf. W. A. Hunt y C. Landis: *J. Exper. Psychol.*, 1936, 19, 309-315.

El análisis de estructuras (22)

abarca campos más complejos de expresión y trata de establecer las relaciones existentes entre secuencias totales de movimiento y las estructuras y sub-estructuras de la personalidad total.²¹

En estas investigaciones del movimiento expresivo se pueden tener en vista dos objetivos por entero diferentes. Uno es simplemente el estudio de la actividad en sí misma y por sí misma; el otro es el psicodiagnóstico dirigido al descubrimiento del valor sintomático de la expresión en tanto revela cualidades "íntimas" de la personalidad. Ambos objetivos son legítimos, pero el progreso en el último campo depende en gran medida del estadio de desenvolvimiento que alcance el primero (cf. capítulo XVII).

La grafología (23)

es un método especial de psicodiagnóstico, mucho más complejo de lo que parece a primera vista. Su uso comercial probablemente sea prematuro, pero en sí mismo este método representa un campo importante para la investigación.

El análisis del estilo (24)

se ocupa del estudio de todos los tipos de actividad creadora de una persona. Entre los productos del esfuerzo creador que pueden ser objeto de estudio se cuentan los escritos en prosa y en verso, la composición musical, el vestido, la ornamentación, el arreglo del hogar, la pintura, las producciones científicas, las actividades recreativas, la oratoria, la forma de recibir a las personas, etc. (Muy a menudo el apodo de una persona deriva de su estilo de expresión, por ejemplo apodos como "la duquesa", "el brigadier general", "el tieso", "el hombre del trapecio volante", etc.) Los críticos literarios se ocupan hace ya mucho del análisis estilístico y de la relación de éste con la personalidad del creador, pero los psicólogos se han quedado atrás en este campo de estudio.²²

VI. EVALUACIÓN

Cada vez que un individuo hace una estimación cuantitativa de las cualidades de otra persona está haciendo uso del método de la evaluación.

²¹ Cf. G. W. Allport y H. Cantril: "Judging Personality from Voice", *J. Soc. Psychol.*, 1934, 5, 37-55.

²² Un ejemplo de investigación lograda en este campo es el estudio sobre "Written Composition and Characteristics of Personality" por F. H. Allport, L. Walker y E. Lathers, *Arch. of Psychol.*, 1934, N° 173. Esta investigación será expuesta en el capítulo XVII.

Si bien existe una multitud de refinamientos en cuanto a escalas de evaluación, parece posible dividir las en dos tipos.²³

La escala de ordenación jerárquica (25)

compara dos o más individuos de un modo relativo. Una persona es juzgada superior o inferior a otra respecto a alguna cualidad común aislada. No se hace ninguna afirmación acerca de la intensidad o magnitud absoluta de la variable en cuestión, ni en lo que se refiere al individuo ni en lo atinente al grupo. La posición relativa es todo lo que cuenta.

La escala por puntaje (26)

emplea intervalos definidos de juicio. Se sitúan las marcas del individuo en tal o cual percentil, decil, cuartil o en una escala de tres, cinco, siete o más grados, según el caso. A veces, como ocurre en la escala gráfica de evaluación, son posibles infinitos grados, pero en la práctica éstos se reducen a unidades absolutas.

Cuando se dispone de evaluaciones de un individuo con respecto a varias cualidades, éstas pueden ser representadas en forma de perfil o

Psicograma (27)

En verdad, este registro puede emplearse para representar marcas obtenidas por medio de tests o de cualquier otro método cuantitativo y no sólo las que provienen de evaluaciones. En el próximo capítulo describiremos en detalle la construcción de un psicograma.

VII. TESTS ESTANDARIZADOS

Alentadas por el uso exitoso de tests de inteligencia, durante los últimos quince años han aparecido muchas escalas estandarizadas destinadas a la personalidad.²⁴ En su mayoría pertenecen al grupo de los

Cuestionarios estandarizados (28)

o "tests de papel y lápiz", en los cuales el sujeto elige una respuesta entre varias alternativas ofrecidas en la escala, y pone así de manifiesto el tipo de conducta o pensamiento que es más característico de su personalidad entre estas alternativas. A cada alternativa elegida corresponde una marca, de acuerdo con su significación diagnóstica empíricamente determinada. Por lo común, esos tests están destinados a medir una sola variable, si bien algunos proporcionan marcas para varias. A veces se los llama tests de

²³ Para una discusión más detallada véanse págs. 438-449.

²⁴ Una bibliografía adecuada de tests se encuentra en P. M. Symonds: *Psychological Diagnosis and Social Adjustment*, 1934.

actitudes, a veces de *intereses*, *opiniones* o *rasgos*. Existe una tendencia creciente a utilizar la ambigua designación de *inventario*, con lo cual queda librada a cada uno la decisión acerca de qué es lo que el test registra.

Estas escalas están limitadas necesariamente a la medida de rasgos comunes y, como repetidas veces se ha señalado en este volumen, las medidas obtenidas deben ser consideradas sólo *aproximadas*, dado que la significación de cada rasgo es diferente en cada vida. Otra seria limitación es el hecho de que estos cuestionarios permiten respuestas falsas, si así lo quiere el sujeto o si éste es deficiente en cuanto a la inteligencia o la comprensión. Por lo tanto, sólo tienen valor cuando a un sujeto competente se le ofrece una motivación suficiente para que responda honesta y cuidadosamente.

También puede estudiarse, incidentalmente, la personalidad durante la aplicación de tests de inteligencia o

Escalas psicométricas (29)

La manera en que un sujeto enfrenta un test de rompecabezas, un test de laberinto o un test verbal ordinario varía según su temperamento y según otras cualidades no-intelectuales. Un individuo es muy prudente, otro se descorazona fácilmente, un tercero puede ser impulsivo y terco.

Siguiendo la tradición de la psicometría se ha desarrollado un variado grupo de

Escalas de conducta (30)

Este grupo incluye los tests de asociación de palabras, que ponen de manifiesto el grado en que el proceso asociativo se desarrolla según formas comunes o peculiares al sujeto, y asimismo diversos tests de imaginación que revelan las características fantasiosa, prosaica, fluyente o inhibida que tiene la vida imaginativa del sujeto.²⁵ Aquí hay que situar también los tests estandarizados de movimiento, tales como el test de voluntad-temperamento de Downey o el test de intensidad de la decisión volicional de Fernald.²⁶ Este es un grupo en alto grado misceláneo, pero todos los métodos en él incluidos se parecen en que basándose en alguna respuesta relativamente simple dada por el sujeto evalúan la intensidad de uno o más rasgos comunes. La debilidad de estos tests reside en que pretenden medir un rasgo *generalizado* y para ello se basan sólo en la actuación del sujeto

²⁵ Uno de los tests más populares en la actualidad es el test de Rorschach, de manchas de tinta. Manchas vagas y vaporosas son interpretadas por los sujetos de maneras individuales y a menudo reveladoras cuando se les pregunta "¿Qué podría ser esto?" Cf. S. J. Beck: "Introduction to the Rorschach Method: A Manual of Personality Study", *Monog. Amer. Orthopsychiat. Assoc.*, 1937, N° 1.

²⁶ J. E. Downey: *The Will-Temperament and Its Testing*, 1924; G. G. Fernald: *Amer. J. Insanity*, 1912, 68, 523-549.

en una situación *específica*. Es indudable que la forma en que una persona interpreta manchas de tinta, por más significativa que pueda ser, constituye una base insuficiente para un juicio sobre su extraversión, su creatividad o su esteticismo *en general*. En este sentido el cuestionario estandarizado es superior, ya que su diagnóstico final depende de lo que afirma el sujeto acerca de su conducta en *muchos* tipos diferentes de situaciones vitales.

VIII. ANÁLISIS ESTADÍSTICO

El análisis estadístico es sólo una técnica *auxiliar* en la investigación de la personalidad, ya que la estadística únicamente puede aplicarse después que se han reunido los datos por *otros* métodos. El valor del análisis estadístico para clasificar, comparar y determinar la confiabilidad de los datos acumulados es indiscutible, pero también es indiscutible su poder para fomentar la confusión, al oscurecer el sentido y los fines psicológicos de la investigación por la mera exuberancia de los números.

Los instrumentos estadísticos comunes (p. ej. las medidas de la tendencia central, de la dispersión y de la correlación simple) son el sostén principal de la

Psicología diferencial (31)

Este método, expuesto en el capítulo I, requiere siempre una población mensurable de sujetos, cuyas actuaciones (en general en alguna función aislada) son comparadas. El predominio que históricamente mantuvo este procedimiento en la psicología ha conducido a muchos psicólogos a la falsa conclusión de que la psicología de las diferencias individuales y la psicología de la personalidad son la misma cosa. El lector sabe ya que el primer método sólo puede establecer relaciones entre cualidades de una persona y las mismas cualidades en otras personas, mientras que el otro intenta ir más allá y establecer las relaciones entre ciertas cualidades y todas las demás cualidades de una *misma* persona.

Un representante moderno de la psicología diferencial, mucho más respetado que su antecesora, es el

Análisis factorial (32)

Este método, discutido brevemente en el capítulo IX, intenta descubrir factores que no se correlacionan para explicar con ellos la compleja superposición de marcas o evaluaciones que de ordinario resulta de la aplicación de una batería de tests a una población de sujetos. La escuela inglesa del análisis factorial, por ejemplo, ha concluido que existe un factor *w* (fuerza de voluntad) que todas las personas ponen en acción en mayor o menor grado, un factor *p* (tendencia a la perseverancia) y un tercer factor *o*

(oscilación, variabilidad). La concepción de los factores, como opuesta a la teoría de los rasgos, ya ha sido discutida suficientemente (pág. 262) y la utilidad del análisis factorial para la formulación de rasgos escalables (comunes) ya ha recibido también el debido reconocimiento. Hay diversas críticas al método que no es necesario repetir aquí, aunque es bueno volver a insistir sobre su excesivo empirismo, que a menudo promueve el uso de cualquier viejo test sin considerar previamente su significación y pertinencia.

Para superar la falla común al análisis de factores y a la psicología diferencial, esto es, el exclusivo interés en lo que es común a todos los hombres, Stephenson y otros han hecho un ingenioso intento destinado a establecer un

Análisis factorial invertido (33)

Este método no se ocupa de una variable factorial a la vez y de su distribución en una población de sujetos, sino que trata a una persona por vez con referencia a una población de variables.²⁷ Hasta ahora, sin embargo, este método sólo ha producido una psicología de tipos (cf. págs. 265/7). Si se pudiera extenderlo y lograr que mostrara qué grupos de variables existen en una persona *concreta*, ayudaría a resolver el enigma de la ordenación jerárquica *individual* de los rasgos. Si existiese un rasgo cardinal, el método lo pondría de manifiesto, y lo mismo ocurriría con los rasgos centrales y menores. En cambio habría que descartar el supuesto de que todas las personas deben ser comparadas inevitablemente respecto a los mismos grupos de rasgos. El lograr esto es una tarea para el futuro (cf. nota al pie en pág. 265).

IX. SITUACIONES VITALES EN MINIATURA

El estudio del comportamiento natural bajo condiciones controladas es uno de los métodos importantes de investigación de la personalidad. Un procedimiento que goza de especial favor en el estudio de niños es el

Muestreo temporal (34)

Para descubrir el carácter habitual y coherente de la conducta de un niño es necesario observar su actividad durante un período prolongado. Pero como la confusión práctica e intelectual que resulta de la observación *continua* reduce su valor, puede usarse el muestreo temporal. Se observa a un niño durante unos pocos segundos cada cinco minutos o también durante cinco minutos a intervalos establecidos, a lo largo de todo el día. Es posible y fácil determinar si ese niño es perezoso o activo, conductor o secundador, dado a la risa o al llanto, inclinado a jugar con materiales o con otros niños,

²⁷ W. Stephenson: "Some Recent Contributions to the Theory of Psychometry", *Char. & Pers.*, 1936, 4, 294-304.

etc. A la larga se obtiene una pintura de la coherencia de su conducta. Pero como lo que cada vez puede observarse es poco y como el registro es discontinuo, no surgen con claridad las *causas* de esa conducta ni tampoco se capta la *interrelación* de los rasgos. Pero el método se ha mostrado valioso para ciertos fines limitados.²⁸

Durante muchos años la psicotécnica ha empleado el método de la

Miniatura vocacional (35)

El aspirante a relojero es sometido a pruebas que miden el control de los dedos, la coordinación audio-manual y otras cualidades afines. Para esto no se expone un reloj a sus manipulaciones, sino que se emplea un aparato, que mediante la ejecución de operaciones paralelas revela la magnitud de sus habilidades. El aspirante a aviador es sometido a pruebas que miden su sentido del equilibrio, su acuidad visual y su coordinación, antes de ser autorizado a subir a un aeroplano. Estas tareas no sólo permiten juzgar la competencia motriz e intelectual sino que durante el proceso el sujeto puede revelar características de su personalidad, por ejemplo, su irritabilidad, la facilidad con que se distrae, sus cualidades de orden, su agresividad o su sugestibilidad.²⁹

Una técnica afín a la miniatura es la

Situación trampa (36)

de la que son una buena ilustración los procedimientos empleados por la investigación sobre la educación del carácter (cf. págs: 267/71). Se le da a un niño la oportunidad de que haga trampas y de este modo ofrece sin saberlo un registro duradero de su deshonestidad, o se le presentan ocasiones que lo llevan a desplegar sin advertirlo sus disposiciones para la cooperación, la perseverancia o la mendicidad.

X. EXPERIMENTOS DE LABORATORIO

Algo más artificiales, pero por eso mismo mejor controlados, son los métodos de laboratorio. Estos métodos siguen el consejo de Galton según el cual hay que "improvisar las circunstancias cruciales de la vida" bajo la completa supervisión del investigador. Muchos de los métodos antes expuestos pueden a veces ser llevados al laboratorio, pero hay también otros que son productos exclusivos de la ciencia experimental. Algunos de ellos están destinados a proporcionar meramente

²⁸ Cf. págs. 332/3.

²⁹ La miniatura vocacional es descripta por M. S. Viteles: *Industrial Psychology*, 1932, cap. XII y por H. L. Hollingworth: *Vocational Psychology and Character Analysis*, 1929, cap. XVI.

Registros de funciones aisladas (37)

Se estudia un solo tipo de conducta, se pone de manifiesto un aspecto aislado de la conducta. Por ejemplo, se determina el tipo de imaginación característico del individuo, o también su velocidad para el juicio, o su tendencia a culpar a la tarea que debe efectuar de sus fracasos en ella o su "nivel de aspiración" característico.³⁰

Los registros de funciones complejas (38)

se obtienen cuando se emplea, por ejemplo, una cámara filmadora, un taquígrafo o un dictáfono oculto para registrar todo lo que el sujeto dice y hace. El análisis subsiguiente de estos registros permite obtener un cuadro complejo y fiel de la personalidad. No es necesario decir que ninguna personalidad puede ser englobada por completo en la situación de laboratorio. Los experimentos varían entre dos polos: el de la estrecha segmentación y el del registro complejo de varias variables coexistentes. De ordinario los estudios más conductistas son los más segmentarios, mientras que los que involucran prolongadas introspecciones o informes verbales son más ricos y más completos, si bien a menudo son más difíciles de interpretar.

XI. PREDICCIÓN

La capacidad de predecir el comportamiento es parte de la ambición científica del psicólogo. Realizando pronósticos en diversos estadios de sus investigaciones, puede controlar el progreso que ha hecho en la comprensión de las causas y los efectos y de los rasgos principales de los sujetos que estudia. En el capítulo precedente hemos distinguido dos tipos principales de predicción.

a. El pronóstico explícito (39)

es ilustrado por los experimentos de Bender (pág. 369), en los que se hizo un intento de predecir las respuestas exactas de ciertos sujetos a ítems específicos de una escala de medición. Semejante pronóstico explícito tiene una seria desventaja, porque los actos específicos son mucho más difíciles de predecir que la dirección general de la conducta. Cuando se exigen demasiados detalles explícitos, la profecía fracasa. Las biografías no pueden ser escritas por adelantado, por lo menos en detalle.

El pronóstico de direcciones de la conducta (40)

es mucho más fácil, si bien es más difícil probar su validez (a causa de las

³⁰ Cf. J. D. Frank: "Individual Differences in Certain Aspects of the Level of Aspiration", *Amer. J. Psychol.*, 1935, 47, 119-128.

ambigüedades verbales y de la subjetividad de toda interpretación del "sentido" de la conducta). La prognosis hecha en el caso de un preso puesto en libertad bajo palabra es un buen ejemplo de este método. No se profetiza en detalle su conducta posterior a la liberación, sino que se indica la *dirección* social o anti-social de su conducta. En el capítulo IV se citó otro ejemplo, en el cual en base a la conducta de un infante de cuatro meses se hacía un pronóstico de los rasgos que posteriormente mostraría el niño. El psicólogo espera poder mejorar, con el tiempo, la exactitud de tales pronósticos por medio de la modificación continua de la importancia atribuida a uno u otro síntoma.

XII. ANÁLISIS PROFUNDO

La metodología se ha visto enriquecida en alto grado durante los últimos tiempos por el desarrollo del psicoanálisis, con sus explicaciones intensivas del "inconsciente". Tenemos ante todo la

Entrevista psiquiátrica (41)

que preguntando y escuchando descubre todo lo que puede en cuanto a motivos ocultos y secuencias oscuras de la conducta. A menudo este método informal se complementa con técnicas auxiliares, tales como

La asociación libre (42)

El análisis de los sueños (43)

El hipnotismo (44)

La escritura automática (45)

A estos métodos familiares puede agregarse todo un grupo de ingeniosas técnicas destinadas al

Análisis de fantasías (46)

Para todos los psicólogos profundos las fantasías tienen una importancia primaria en la investigación de la personalidad. H. A. Murray enumera una larga lista de técnicas para la investigación de ese material.⁸¹ Podemos enunciarlas en forma resumida del siguiente modo: (a) interrogar al sujeto acerca de sus ensueños, (b) preguntarle acerca de sus temas favoritos en el teatro, en las novelas, en la literatura, (c) tests de asociación de palabras, (d) asociación libre, (e) visiones inducidas (estados de trance), (f) tests de símiles (instrucciones al sujeto: "Este es un test de imaginación verbal. Voy a enumerar una serie de adjetivos, de uno en uno. Por favor responda a cada adjetivo nombrando los símiles buenos o llamativos que se le ocurran. Debe decir los que surjan realmente de usted"). Durante un período de tres minutos el sujeto propone tantos símiles como puede para completar la

⁸¹ J. of Psychol., 1936, 3, 115-143.

frase "tan desgraciado como...", "tan malicioso como..." y otras semejantes. Los restantes métodos son (g) test de ensoñación musical (asociaciones surgidas mientras se escucha música); (h) test de completamiento de cuadros; (i) test de imaginación olfativa; (j) tests de manchas de tinta; (k) test de elaboración de historias; (l) test de composición literaria (cf. *Aufsatzmethod*). Hay también (m) un test de proyección verbal, basado en el empleo del "sumador verbal" de B. F. Skinner, un aparato que reproduce a baja intensidad diversas combinaciones de sonidos vocales elementales; se invita al sujeto a responder a esos sonidos solicitándole que diga qué palabras oye (en realidad esos sonidos no constituyen palabras).³² El (n) test de apercepción temática consiste en pedirle al sujeto que interprete una ilustración que muestra una persona del mismo sexo y de aproximadamente la misma edad que él en una situación dramática.³³ Es probable que en estas condiciones el sujeto revele su propia personalidad al identificarse con el personaje de la ilustración. Semejante a éste es (o) el test de producción dramática, destinado a estudiar fantasías creadoras. Una versión infantil de este método es la "técnica del juego", que consiste en darle al niño juguetes, plastilina o muñecos y en observar entonces su juego creador, que a menudo pone de manifiesto deseos o conflictos ocultos.

XIII. TIPOS IDEALES

Como ya señalamos en las págs. 245/7 muchos investigadores prefieren trabajar con tipos ideales o puros. Según afirman, estos tipos les sirven como

Esquemas de comprensibilidad (47)

Consideran que su método es una ayuda para la comprensión y lo defienden en tal carácter, sosteniendo que si bien ningún individuo concreto coincide perfectamente con los tipos establecidos, a cambio de eso la pureza y la simplicidad de estos esquemas acentúan las formas comunes de desarrollo a las que se aproximan en mayor o menor grado todas las personalidades.³⁴

No muy diferente es la tradición de la

Caracterología literaria (48)

expuesta en el capítulo III. Hemos de recordar que Teofrasto empleó el método de simplificación para representar ciertas formas universales de conducta humana. En menor grado, toda la literatura pinta formas unifi-

³² *J. of Psychol.*, 1936, 2, 71-107.

³³ C. D. Morgan y H. A. Murray: *Arch. Neurol. & Psychiatr.*, 1935, 34, 289-306.

³⁴ Cf. H. Klüver: *Psychol. Rev.*, 1924, 31, 446-462; *J. Phil.*, 1925, 22, 225-233; *J. Phil.*, 1926, 23, 29-36.

casos (y simplificadas) de personalidad que pueden ser comparadas con los casos concretos. En cierto sentido, los tipos ideales sirven como paradigmas en el estudio científico de la personalidad, aunque si se los usa solos, sin complementarlos con la corrección empírica, difícilmente pueda considerarse que constituye un método científico.

XIV. MÉTODOS SINTÉTICOS

Algunos autores expresan dudas acerca de la capacidad de la ciencia para estudiar la personalidad indivisa. El todo, dicen, se limita a estar ahí. ¡Quede a cargo del poeta o del sentimental el contemplar su perfección inmaculada! Para tratarlo en forma científica es necesario analizarlo en sus partes. Pero, como ha mostrado el último capítulo, el problema no puede enunciarse en términos tan simples. La personalidad no es nunca, en rigor, un "todo" perfecto; siempre es una organización compleja y variable. Como tal es objeto de consideración para el psicólogo en igual medida en que lo es para el poeta.

Hasta el presente los métodos segmentarios han sido preferidos a los sintéticos simplemente porque las variables elementales son más adecuadas para el estudio que las variables complejas. Y sin embargo, muchos de los métodos expuestos en este capítulo (en especial la predicción y las técnicas empleadas por el psicoanálisis y la psiquiatría) se adaptan bien al estudio de niveles complejos de organización. A los citados hay que agregar los diversos métodos que atienden a la "unidad" de la personalidad, expuestos en el capítulo precedente e incluidos en distintos puntos de la presente revista. Además existe la

Identificación

(49)

un método empleado en los casos en que una serie de registros complejos de la personalidad (composiciones en prosa, películas, creaciones artísticas, etc.) son estudiadas por un juez con el fin de identificar a sus autores.³⁵ Todo el proceso de percepción, juicio y reconocimiento tiene lugar en un nivel complejo de organización; se trata por eso de un método sintético. La experiencia común de descubrir al autor de un pasaje literario o de una composición musical sobre la base de un conocimiento previo de su estilo creador es un ejemplo cotidiano de este método, que al ser llevado al laboratorio es objeto de algunos refinamientos. Una variación la constituye la técnica del "adivine quién es", en la cual se usan bosquejos ficticios de personalidades y se pide al juez que "identifique" las personas a las cuales

³⁵ Cf. G. W. Allport y P. E. Vernon: *Studies in Expressive Movement*, 1933, pp. 226 y sigs.

se aplican.³⁶ De este modo, retratos ideales (p. ej., del conductor, del bravucón, del cobarde o del bromista popular) pueden servir para descubrir en un grupo dado los individuos que poseen esos particulares rasgos prominentes. La técnica del "adivine quién es" es particularmente aplicable en escuelas de niños.

Una extensión de este método, expuesta en las págs. 370/71, es el

Apareamiento (50)

A diferencia del método de identificación, este método no presupone el conocimiento personal entre el juez y el sujeto. Es muy usado para determinar la semejanza perceptible entre diversos conjuntos de datos provenientes de un mismo sujeto, pero que se presentan mezclados con otros datos correspondientes a un grupo de sujetos.³⁷

Los dos métodos anteriores permiten el tratamiento cuantitativo de datos cualitativos. Los dos métodos siguientes son por entero cualitativos y en la figura 27 son los más cercanos al segmento inicial correspondiente al sentido común. Al igual que el sentido común son deliberadamente sintéticos, aunque a diferencia de éste tratan de seleccionar en forma crítica sus datos y de sistematizarlos. La

Entrevista psicológica completa (51)

está destinada a reunir toda la información que sea posible obtener del sujeto mismo. Es entonces un método de amplio alcance, aunque no fácil de controlar. Es particularmente valioso como complemento y control de técnicas más objetivas pues la interpretación errónea a menudo puede evitarse si el psicólogo obtiene del sujeto las opiniones que éste mismo tiene sobre su propia conducta. En el capítulo XVIII se discuten diversos métodos para conducir una entrevista psicológica y se hacen también sugerencias para su mejora y estandarización.

Finalmente, tenemos la preparación de la historia personal o

Estudio de un caso (52)

Este método es lógicamente el último de nuestra serie, porque es el más amplio de todos y es el más cercano al punto de partida, o sea, al sentido común. Ofrece un marco dentro del cual el psicólogo puede colocar todas las observaciones que ha reunido por otros métodos; es su afirmación final de la individualidad y unicidad de toda personalidad. Es un método completamente sintético, el único que es lo bastante amplio como para abarcar

³⁶ Cf. H. Hartshorne, M. A. May: *Studies in the Nature of Character*, Vol. III, 1930, pp. 221-223.

³⁷ Cf. P. E. Vernon: *Psychol. Bull.*, 1936, 33, 149-177.

todos los hechos reunidos mediante los diversos métodos. Empleado en forma inhábil, se convierte en una cronología sin sentido o en una confusión de realidad y ficción, de adivinación y mala interpretación. Usado correctamente es el método más revelador.

El estudio de casos no ha sido reconocido por lo común como método psicológico, porque hasta nuestros días la psicología ha tenido poco interés por la persona completa. Se ha desarrollado principalmente en manos de clínicos y sociólogos que lo encontraron valioso debido a la luz que arroja sobre los desajustes o sobre las influencias culturales que rodean al individuo. Por haberle negado su atención los psicólogos, el método cayó en manos de especialistas interesados sólo en ciertos aspectos limitados de la personalidad.³⁸

El contenido de cualquier estudio de un caso resulta naturalmente limitado de acuerdo con los fines ulteriores de su autor. El estudio de un caso elaborado por un asistente social mostrará un indebido predominio de hechos correspondientes a la salud y al presupuesto familiar; el inspector de jóvenes delincuentes liberados a prueba se interesa principalmente por el paradero del joven y sus malandanzas; el seleccionador de empleados insiste en la capacidad para el trabajo; el psicólogo clínico dice más acerca de la enfermedad que acerca de la salud y los autores de estudios de casos destinados a los suplementos dominicales o a las revistas populares realizan todo tipo de distorsiones sensacionalistas. Tomado en su forma más pura, como un medio de comprensión (no de cura, reforma, explotación, investigación estadística o entretenimiento), el estudio de casos es un método que se aplica primariamente a la psicología de la personalidad.

SUGESTIONES PARA LA PREPARACIÓN DE LOS ESTUDIOS DE CASOS

La revista de métodos efectuada en este capítulo ha sido necesariamente rápida y breve. El que nos detengamos en lo que nos resta de este capítulo en el estudio de casos no significa que menospreciemos los otros métodos. Sólo le concedemos esta atención especial debido a que se trata de un campo en el que hasta ahora se han hecho muy pocos progresos, pese a ser ésta la técnica más comprensiva. Muchas de las sugerencias para la preparación del estudio de un caso que haremos a continuación, no son más que aplicaciones prácticas de diversos principios abstractos en los que se insiste en toda la extensión de este volumen.

Como el individuo es algo que nunca se repite dos veces, los estudios psicológicos de casos no pueden tener una forma fija. Es imposible prescribir en detalle qué información debe incluir o la manera exacta en que

³⁸ Un ejemplo de acentuación excesiva de la significación cultural y psicoanalítica del estudio de casos es J. Dollard: *Criteria for the Life-History*, 1935.

ésta debe ser presentada. Lo que es importante en una vida puede carecer de importancia en otra y, en consecuencia, una forma adecuada en un caso puede ser inútil en otro caso. Sólo hay una regla inviolable: es la fidelidad a la vida tratada, que incluye sin duda la exactitud en todos los detalles. Hay además otras pocas reglas que, si son interpretadas en forma liberal, constituyen guías útiles.

Ocuparse sólo de personalidades conocidas. Es esencial que el estudio del caso se base sobre un largo conocimiento de la persona o, si no, sobre una información desusadamente completa y de confianza, proveniente de una batería de métodos auxiliares que incluyan la entrevista psicológica. Es importante que no existan claros serios en el conocimiento que tenga el psicólogo, que no existan largos períodos acerca de los cuales se carezca de información ni tampoco aspectos importantes de la vida del sujeto (tales como sus actitudes sexuales o religiosas) que estén totalmente ocultos. Es probable que los sucesos de la niñez sean los más oscuros y requieran un cuidado especial para su reconstrucción. La información de primera mano es la preferible; si se carece de ella, el investigador debe ser crítico con las fuentes que emplea. Lo ideal es que dos o más investigadores escriban estudios independientes del mismo caso, lo que permite controlar los hechos registrados así como las interpretaciones propuestas.

Excepto en casos poco corrientes, es deseable que el investigador y el sujeto pertenezcan a razas y culturas semejantes. Asimismo, es tanto mejor cuanto menor es la diferencia de edad. Es particularmente difícil para un psicólogo joven valorar las experiencias y actitudes de una persona mayor que él, y pocos investigadores son capaces de retratar en forma exacta y convincente una personalidad del sexo opuesto. De ordinario, cuanto más se parece el ritmo con que vibra nuestra vida mental al de otra, tanto mejor la comprendemos. En casos en que el estudioso tiene dotes desusadas de "imaginación artística" (esto es, una capacidad para ver otra vida mental como una unidad independiente) el requerimiento de semejanza puede pasarse por alto.

Escribir en forma objetiva y directa. Cuanto menor sea la intrusión del psicólogo en el estudio, tanto mejor. La inclinación emocional es fácil de advertir y hace sospechoso todo el estudio. Es inútil, por ejemplo, que un joven intente hacer un estudio objetivo de su novia.

La agudeza y excentricidad de expresión son perjudiciales; incluso deben evitarse la fuerte coloración y la acentuación artística, a menos que el caso lo exija. Con todo, una redacción correcta es una ventaja; la pesadez y la repetición, una desventaja.

Aunque la longitud es un factor enteramente secundario, la experiencia muestra que los estudios más satisfactorios son los no tan cortos como para

excluir informaciones importantes ni tan largos como para incluir repeticiones y datos sin importancia. Muchos estudios excelentes desde el punto de vista del psicólogo tienen una extensión de entre 4.000 y 8.000 palabras.

Describir la personalidad tal como aparece en el momento del estudio. El estudio puede empezar identificando al sujeto respecto al sexo, la edad, la ocupación, la raza y el aspecto físico. Generalmente conviene usar un seudónimo. Las meras iniciales o designaciones tales como el "Sr. X" o la "Sra. N. N." representan una desventaja, ya que su impersonalidad sugiere un individuo hipotético más que un sujeto real.

A continuación, si bien no necesariamente en el orden seguido aquí, debe haber algún informe acerca de la inteligencia y el temperamento del sujeto (para poner de manifiesto su bagaje básico, que penetra todos los rasgos). También es útil que forme parte de la identificación un sucinto bosquejo inicial de la personalidad, tan completo y bien proporcionado como puede serlo un retrato verbal hecho en pocas palabras. Este método sirve para llamar la atención a la vez sobre los rasgos centrales y sobre las corrientes conductoras de pensamiento y deseo.

Después de esta introducción debe seguir una exposición de los rasgos expresivos, intereses, valores, gustos y maneras del sujeto. En esta parte del estudio podría ser útil un psicograma (pág. 417), pero no un mero registro de estimaciones cuantitativas de rasgos predefinidos. Cada uno de los rasgos comunes que figuran en el psicograma tiene su aspecto individual y los estudios de casos *deben* hacer patente este aspecto. Los términos psicológicos con que se designan los rasgos comunes y los aspectos comunes del crecimiento a menudo parecen altisonantes y no es necesario usarlos a menos que efectivamente logren expresar con precisión las distinciones que se quieren señalar. Un estudio de un caso no debe tener aspecto de tratado.

La parte descriptiva del estudio debe incluir asimismo una exposición de los objetivos principales del sujeto. ¿Para qué está viviendo? ¿Qué pretende hacer? ¿Está bien organizado en su esfuerzo por lograr esos objetivos? Debe haber una mención de sus gustos y aversiones primarios, de sus hobbies, sus admiraciones, sus éxitos y fracasos. ¿Cómo es su carácter? ¿Tiene introversión? ¿Tiene síntomas neuróticos? ¿Cuáles son sus fantasías? ¿En qué grupos sociales le gusta estar? ¿Es su modo de ser en todos los grupos el mismo? ¿Su "comportamiento institucional" es diferente de su comportamiento privado? ¿Cuál es su religión y cuál su filosofía de la vida?

Emplear la descripción general e ilustraciones específicas. No es eficaz escribir exclusivamente en términos generales o limitándose a exponer episodios. Los mejores resultados se obtienen haciendo una descripción general de la actitud, rasgo o conflicto en cuestión y dando luego una ilustración específica y decididamente *típica*. La capacidad de seleccionar episodios que

sean buenas condensaciones de rasgos exige dotes de perspicacia. Las descripciones generales llaman la atención sobre la organización dinámica como totalidad, mientras que los episodios específicos, al particularizar la actuación de los rasgos, les dan un aspecto más personal y más vivo. La descripción general sin los episodios específicos es incompleta, pero estos episodios deben ser expuestos *después* de presentado el rasgo general que ilustran. Una comparación entre las cuatro caracterizaciones siguientes permite ver la superioridad del método que hace primero una enunciación general a la que sigue la ilustración específica y típica.³⁹

Tom era un blanco pobre; era originariamente perezoso, pero después que se despertó su ambición viajó y finalmente se convirtió en inventor.

(Enunciaciones generales exclusivamente.)

El padre de Tom no sabía leer. Vivían a la orilla del Mississippi. A Tom le gustaba estar sentado en un bote. Su padre murió. Tom fue a Pickleville, Ohio, y fabricó una máquina para plantar repollos.

(Enunciaciones específicas exclusivamente.)

Tom compró un libro de mecánica; hizo solo largas caminatas y aunque no hablaba a nadie, miraba a la gente ávidamente, todo lo cual pone de manifiesto su hambre de asociación humana y el deseo de olvidar su soledad.

(Enunciaciones específicas seguidas por otras generales.)

Los rasgos básicos de Tom son su hambre de compañía humana y su determinación de no dejar que este anhelo lo venza. En el parque pasará una y otra vez ante un paseante con la esperanza de que el paseante le hable y luego volverá a su cuarto y se sumergirá con tristeza en sus estudios.

(Enunciaciones generales seguidas por las específicas.)

Dar toda la información esencial concerniente a influencias formativas. Dado que desde el punto de vista genético todas las causas residen en estados pasados, la corriente longitudinal de una vida debe ser delineada con cuidado. Es verdad que el énfasis exagerado sobre los sucesos tempranos de la vida es el pecado que acosa a muchos psicólogos, quienes olvidan que las fuerzas motivacionales del adulto han sufrido muchas transformaciones desde la niñez. Aun cuando a menudo se exagera la importancia de los orígenes, el conocimiento del curso del desarrollo y del proceso de transformación representa una gran ayuda para la comprensión. Para no pasar por alto condiciones importantes el autor del estudio debe considerar la significación probable de diversas influencias tales como la herencia, la posición económica, el fondo religioso y moral, las enfermedades y accidentes, la historia escolar, la historia de los juegos, el "destete" del hogar, las relaciones subsiguientes con los padres, la entrada al mundo de las ideas, las expe-

³⁹ Es un hecho experimentalmente comprobado el que la comprensión y el valor mnemotécnico óptimos corresponden a la caracterización general seguida por la ilustración específica; véase H. Cantril "General and Specific Attitudes", *Psychol. Monog.*, 1932, N° 192, cap. IV.

riencias sexuales tempranas, los sentimientos de inferioridad, desengaños, sufrimientos, crisis, conversiones y sucesos significativos.

Considerar la personalidad también desde el punto de vista del futuro. ¿Qué planea hacer el individuo? ¿Tiene una *Bestimmung* (cf. p. 237) o su vida carece de dirección? ¿Qué direcciones generales muestra en forma inequívoca; qué prognosis general podría hacerse y qué predicciones específicas?

Muchos de los buenos estudios de casos parecen dividirse naturalmente en tres secciones: (a) la descripción del status presente, (b) una exposición de las influencias pasadas y de los sucesivos estadios de desarrollo y (c) una indicación de futuras direcciones generales. Las tres secciones son importantes para la comprensión. Muchas veces la predicción del futuro sirve admirablemente para definir y resumir tendencias que en el momento del estudio son difusas y discordantes. Se podría decir que en cada caso la prognosis delinea el "tipo ideal" del individuo. Constituye un esquema de comprensibilidad mediante el cual la significación de las direcciones presentes de desarrollo y de los conflictos en curso resulta clarificada. Es un método que la conversación corriente emplea a menudo: "Este muchacho llegará a ser un buen corredor de bolsa, como su padre" o "Cualquiera puede ver que ella será una viejecita suave que tejerá carpetitas al crochet y dará a los chicos frutas de su jardín." Semejantes predicciones no sólo nos dicen algo acerca de la personalidad futura, sino que también ponen de manifiesto ciertas características de la personalidad presente.

El estudio de casos es el método más completo y más sintético de todos los métodos con que puede contar el estudio de la personalidad. Empleado en forma correcta tiene todo el valor de una obra de ciencia y al mismo tiempo el de una obra de arte. Puede incluir datos provenientes de tests, experimentos, registros psicográficos, análisis profundo, y estadísticos; puede incorporar explicaciones derivadas de las leyes generales de la psicología, de sus ramas genética, comparativa, anormal. En resumen, engloba tanto el aspecto científico (conocimiento por diferencia) de la comprensión como su aspecto intuitivo.⁴⁰

Pero no hay que pasar por alto un inconveniente que presenta este método. Como en toda actividad en que la intuición desempeña un papel, existe el peligro de que el intérprete entremezcle su propio mensaje con el caso y lo oscurezca. Las biografías, en especial las autobiografías, con frecuencia no son sino un palimpsesto caracterológico. La pintura que el

⁴⁰ Esa fue la conclusión de un experimento de aplicación del método de casos a la enseñanza: "La actitud mental natural en el estudio de la personalidad se caracteriza porque, aun cuando analiza y compara, siempre mantiene su esfuerzo dirigido hacia la captación del caso particular". G. W. Allport: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1929, 24, 14-27.

intérprete desea efectuar no es la pintura verdadera. Esta es la razón por la cual el método de los casos sólo debe ser empleado por quienes estén preparados para evitar el partidismo.

La lectura de obras literarias constituye un valioso recurso educativo en la preparación para el uso de este método. La literatura enseña al estudiante a evitar la concentración en lo que carece de importancia y a atemperar su interés por las leyes generales con una sensibilización para la individualidad. Allí aprenderá también que ninguna personalidad es aburrida o trivial, sino que cada una tiene, si se la comprende adecuadamente, una cierta grandeza.⁴¹

LA GENERALIZACIÓN EN BASE A LOS ESTUDIOS DE CASOS

El valor del estudio de casos no termina con su tratamiento sintético de la personalidad individual. El análisis y la comparación de muchos de estos estudios permite pasar a la construcción de leyes psicológicas y a nuevas hipótesis. Este uso más amplio del estudio de casos es ilustrado muy bien por una investigación realizada en el Instituto psicológico de la Universidad de Viena.⁴²

Como primer paso de esta investigación se preparó un conjunto de aproximadamente doscientas historias personales de figuras europeas y norteamericanas de los últimos dos siglos. Los datos para estas historias fueron tomados de exposiciones biográficas, de diarios y correspondencias así como de los resultados objetivos de la obra de esas personas. Se evitaron las fuentes afectadas por prejuicios. Los casos seleccionados fueron principalmente personas eminentes: entre los hombres Goethe, von Humboldt, Rockefeller, Carnegie, Stresemann, Wilde; entre las mujeres, Jenny Lind, Isadora Duncan, Belle Livingston, Selma Lagerlöf y Mary Baker Eddy.

Estos estudios de casos fueron tratados al mismo tiempo como un fin en sí mismos y como materia prima para el análisis y la concepción. Diseminadas entre las historias personales se encuentran discusiones acerca de las generalizaciones a que los casos parecen conducir. El método es entonces en parte intuitivo y en parte empírico y estadístico. Es una contribución a la comprensión de la mente-en-general y de la mente-en-particular. Es como debe ser la psicología de la personalidad: nomotética e idiográfica.

Una generalización que resultó del estudio comparativo de estas historias perso-

⁴¹ Las siguientes novelas de caracteres, biografías y autobiografías son ejemplos de obras literarias que contienen valiosas lecciones de psicología para quien quiera aplicarse al estudio de la personalidad: W. E. Leonard: *The Locomotive God*; Somerset Maugham: *Of Human Bondage*; Frank Morris: *McTeague*; León Tolstoy: *Ana Karenina*; Franz Werfel: *The Pure in Heart*; Theodore Dreiser: *Dawn*; Willa Cather: *My Mortal Enemy* y *Paul's Case*; James Joyce: *Ulysses*; Clifford E. Beers: *A Mind that Found Itself*; I. A. Goncharov: *Oblomov*; James T. Farrell: *Studs Lonigan*; H. G. Wells: *Experiment in Autobiography*; F. Dostoievsky: *Los hermanos Karamazov*.

⁴² Ch. Bühler: *Der menschliche Lebenslauf als psychologisches Problem*, 1933; resumido en inglés por E. Frenkel, *Char. & Pers.*, 1936, 5, 1-34.

nales es la hipótesis de que hay cinco períodos diferenciales en las fases ascendente y descendente de la vida. Hasta los 15 años se extiende un período de rápido crecimiento dentro de la niñez; de los 15 a los 25, un período de creciente capacidad reproductora; de 25 a 45 la madurez y flor de la vida; entre 45 y 55 se alcanza un punto decisivo en que se cambia la dirección y comienza la retirada de los poderes vitales, y de los 55 en adelante se produce una marcada declinación en los poderes físicos. ¿Hay en las funciones psicológicas un ascenso y descenso análogos? Se comprobó que la capacidad máxima de los atletas coincide con el período de máximo poder biológico o que, si no, declina antes que este período termine. En cambio, la destreza completa en el trabajo manual persiste por regla general durante un período de diez años con posterioridad a la culminación biológica y la plena capacidad para el trabajo mental sigue vigente por lo menos otros diez años.⁴³

Además de las cinco fases biológicas hay en todo curso vital cinco períodos psicológicos: 1) niñez y juventud, época durante la cual no se plantea seriamente el problema de por qué cosa se debe vivir; 2) adolescencia posterior, período durante el cual el deseo de vivir *por* algo aparece y se hace una elección provisional de cursos a seguir; 3) primera adultez, época durante la cual la decisión llega a definirse más, la vida se ordena y se planea, en un comienzo más a prueba y luego más definitivamente; 4) madurez, dedicada al esfuerzo por alcanzar el objetivo elegido, a hacer que los resultados correspondan a las ambiciones; 5) vejez, período dedicado a mirar hacia atrás y a esperar. Esta última fase se extiende más allá del "curso vital" propiamente dicho, del mismo modo que la primera fase se desarrolla antes de él.

Si bien no hay nada de original en el intento de dividir la vida humana en edades (Shakespeare habló de siete, la Esfinge de tres), Bühler encuentra algo de final y último en su clasificación en cinco períodos. Esta clasificación parece servir bien como una clasificación de los períodos del *trabajo* a que se consagra el individuo durante su vida. Pero el trabajo no es el único factor importante en el *Lebenslauf*. A menudo es menos importante que la vida amorosa, que la enfermedad, que las distracciones. Si se concediera su justa importancia a estos factores, las cinco divisiones de la vida se desbaratarían. Las "edades del hombre" existen sólo respecto de alguna fase de la existencia, seleccionada en cierta oportunidad para su estudio.

Cada curso vital parece estar definitivamente ordenado o dirigido hacia un objetivo elegido por el curso mismo. Cada hombre y cada mujer viven para algo. Subjetivamente este fenómeno parece como la *Intention*, objetivamente como *Bestimmung* (cf. pág. 237). Los modos en que los cursos vitales pueden ser orientados o dirigidos son diversos. Algunos individuos se juegan toda su vida en pos de algún gran objetivo; otros tienen metas alternantes y otros, metas cambiantes. En un estudio acerca de personas que querían suicidarse se comprobó que la vida se vuelve intolerable sólo para los individuos que sienten que no hay nada *por* lo cual puedan

⁴³ La investigación que realizó en Norteamérica W. R. Miles (*Psychol. Rev.*, 1933, 40, 99-123) confirmó estos resultados. Miles encontró que la fuerza física, la velocidad de respuesta, la memoria y la capacidad sensible alcanzan su punto culminante en la primera adultez y muestran una marcada declinación con la edad. Ciertas habilidades motrices, como se ve en el caso del trabajo manual, permanecen en su punto máximo aproximadamente hasta los 50 años y las funciones psicológicas como la imaginación, el razonamiento, el juicio y la capacidad crítica persisten en el nivel máximo casi hasta el final de la vida del individuo.

vivir y a lo cual puedan aspirar. Los objetivos que adoptan las personas son en general vagos en un comienzo, para crecer luego en definición. Pero en todos los eminentes cursos vitales tratados en este volumen, se advierte la presencia del principio-director; es ésa una condición previa para la madurez de la personalidad. Bühler no dice qué importancia tiene el principio director en las vidas ordinarias de personas más comunes. Aunque se consideran unas pocas historias personales de ancianos indigentes albergados en el asilo de Viena, no se discute el papel que desempeña la *Bestimmung* en estas vidas menos coloridas.

La mayor parte de los individuos miden la satisfacción que logran en la vida por la proporción existente entre su éxito objetivo y sus ambiciones y pretensiones (fórmula ésa idéntica a la ofrecida por William James), pero Bühler muestra con toda razón que también existen muchas diferencias individuales en lo atingente a la autoestima. Algunos individuos alcanzan su mayor alegría planeando, otros en la realización de sus planes y hay también otros que sólo llegan a esa satisfacción con el logro final. De ordinario, los sujetos sitúan "el punto culminante de su vida", el período del más intenso sentido de la vida, en la primera adultez; en algunos individuos corresponde a la adolescencia y en otros con valores más mentales, en especial en el caso de los filósofos, corresponde a la última madurez.

Estas son algunas de las generalizaciones que pueden resultar del análisis y la comparación de estudios de casos. El interés de los investigadores de Viena estaba centrado decididamente en el sector del trabajo al que se consagra la vida y en los cursos vitales, pero su método podía ser aplicado a historias personales mejor redondeadas y más diversamente elegidas.

Resumiendo brevemente la utilidad del estudio de casos para la psicología de la personalidad podemos decir que (a) Proporciona un marco individual dentro del cual pueden ser compilados y ordenados todos los datos importantes y significativos, de tal modo que el investigador no tiene en sus manos una mera masa confusa de marcas y desechos fisiológicos que no concuerdan entre sí. (b) Mantiene la atención constantemente concentrada sobre una vida individual concreta, punto éste que debiera concentrar la atención del psicólogo mucho más de lo que de ordinario ocurre. (c) Al tener siempre en vista toda la vida, los actos aislados y los sucesos individuales pueden ser interpretados y valorados más adecuadamente, con referencia a su contexto estructural. d) Al comparar muchos casos pueden surgir pruebas de formas comunes de respuesta que conduzcan a nuevos conceptos aplicables a la mente-en-general. Las nuevas generalizaciones psicológicas así logradas difieren de la mayoría de las generalizaciones en que han sido derivadas no de segmentos comunes de conducta considerados en forma aislada, sino de vidas íntegras tal como efectivamente son vividas, con todas sus complejas interrelaciones plenamente a la vista.

CONCLUSIONES

De este panorama de métodos debemos sacar una conclusión principal: que no existe un método "único" para el estudio de la personalidad. Todos los métodos tienen su valor, pues la mayoría se adapta a la exploración de distintos aspectos especiales del problema. Respecto a la exactitud y la confiabilidad, algunos de los métodos segmentarios deben ser preferidos; respecto a la *adecuación* del enfoque, los diversos métodos sintéticos o relacionales son mejores.

Cada método tiene sus partidarios entusiastas. Por desgracia el entusiasmo por un método a menudo enseguece al investigador para los méritos de los otros. Así, por ejemplo, se hacen afirmaciones unilaterales y exageradas respecto a los poderes diagnósticos del test de asociación de palabras, del análisis de las glándulas endocrinas, del test de Rorschach, de la grafología, del psicoanálisis. De cada uno se dice que es la última palabra y hace innecesario el uso de todos los otros. Esto es insensato. Para algunos problemas hay un método de ataque que es el mejor, para otros, es mejor aplicar diferentes métodos. El investigador inteligente no pondrá su fe en uno exclusivamente, sino que empleará varios para abarcar un campo mayor y al mismo tiempo para controlar los hallazgos que haga con un método mediante los que resulten de otro.

En este capítulo el término "método" ha sido empleado principalmente para referirse a las maneras de obtener información, esto es, al tratamiento de los datos. En un sentido más amplio, la expresión "método científico" involucra sin duda el uso del razonamiento lógico, de normas adecuadas de verificabilidad y de una confirmación independiente de las conclusiones. Todas esas salvaguardias son necesarias, aunque no corresponde a este capítulo discutir las en detalle. Los procedimientos para obtener datos carecen de valor sin normas para interpretar los datos obtenidos. Pero hay algo así como una lucha por lograr un equilibrio entre normas excesivamente rígidas y exigentes de perfección (que no consiguen más que esterilizar la investigación, limitándola a fragmentos de conducta sin valor alguno, que no tienen ninguna relación esencial con la personalidad) y normas vagas que permiten afirmaciones injustificadas y pretensiones extravagantes que sólo responden al empeño de actuar sin control ni prueba. En favor de este equilibrio arguye Aristóteles cuando nos advierte que busquemos el más alto grado de exactitud que sea compatible con el logro de una concepción adecuada y de una perspectiva clara acerca del problema que tengamos entre manos.

CAPITULO XV

LOS RASGOS COMUNES: LA PSICOGRAFIA

CUANDO EL PSICÓLOGO decide estudiar los rasgos *comunes* debe contentarse con las mejores *aproximaciones* a la estructura de la personalidad que pueda lograr. Deliberadamente excluye de la consideración los rasgos individuales y toda la coloración individual de los rasgos comunes y busca moldes universales dentro de los cuales pueda comprimir y hacer entrar todas las personalidades. Si éstas no se adecuan perfectamente a sus moldes (y sin duda eso es lo que ocurrirá), sólo puede hacer una mueca y cargar con las consecuencias, esto es, admitir que las dimensiones son *dimensiones* y las personas son *personas*.

Una vez aceptada esta limitación, el psicólogo comienza por dar una definición tan correcta como sea posible de algún rasgo que desea estudiar en forma diferencial. Es esencial elegir sólo una variable tal que, en virtud de una humanidad común y de la influencia cultural común, pueda servir previsiblemente como un modo comparable de ajuste, que varíe "normalmente" entre todas las personas situadas dentro del área dada de cultura (cf. págs. 315/21). También es conveniente elegir una variable psicológica y no una variable caracterológica. Hay que evitar, por ejemplo, conceptos biosociales complejos tales como la "popularidad", la "atracción", la "delincuencia", la "reputación", la "condición social", el "liderazgo" y la "personalidad agradable". Conceptos normativos como éstos, correspondientes todos al "valor de estímulo social" del individuo, son legítimos en ética social y ofrecen también problemas a la psicología social, pero son dimensiones pobres en la psicología de la personalidad, donde sólo son adecuadas las variables biofísicas, ajenas al juicio social.

Una vez elegido algún rasgo común de acuerdo con estos principios, el psicólogo lo somete a controles empíricos. Con la ayuda de experimentos, evaluaciones o tests determina si en el rasgo en cuestión hay verdaderas diferencias individuales, si los sujetos son razonablemente coherentes consigo mismos respecto a este rasgo tal como él lo ha definido y también cuál puede ser la amplitud y la forma de distribución de esa variable dentro

de la población de sujetos que ha elegido. A menos que la amplitud sea grande y que el rasgo esté "normalmente" distribuido (cf. págs. 349/51), la utilidad de esa dimensión será limitada. Si después de este estudio preliminar la variable parece resultar promisoría, el investigador puede entonces dedicarse, sirviéndose de diversas técnicas auxiliares, a la estandarización de su escala de medida. Así se obtiene un "test de personalidad" o una "escala de actitudes".

Finalmente, será necesario considerar la relación de esta variable y esta escala con otras variables y escalas que según otros investigadores abarcan la misma área de la personalidad. Si una escala tiene una alta correlación con otras, sería cuestión de descartar todas menos la más eficiente o de combinar las escalas (y los conceptos) para promover su mejora mutua. Pero no siempre es fácil decir cuál entre varias escalas es más eficiente o cuál entre varias definiciones de la variable debe ser preferida. Por lo común el investigador que "descubre" una variable defenderá su criatura contra todos los competidores.

En parte por esta razón es imposible decir cuántos rasgos comunes existen, esto es, con respecto a cuántas variables fundamentales puede ser situada la personalidad (aun si se admite que en toda vida hay mucho que no puede ser subordinado a ninguna variable). En un sentido hay tantos rasgos comunes posibles como nombres no críticos de rasgos (cf. págs. 321/28), o sea, por lo menos 5.000 y más todavía si, tal como a menudo se hace, se emplean palabras y expresiones compuestas (p. ej. "complejo de inferioridad", "de buenas inclinaciones", "actitud cívica"). Todo investigador interesado en *cualquier* segmento común de la conducta humana puede, si así quiere, proponerlo como un rasgo común. Casi no hay límites para ese proceso. En cambio, si sólo se consideran los tests y escalas propuestos hasta ahora, el número de rasgos comunes disminuye mucho. En este momento hay, hablando muy aproximadamente, alrededor de 900 rasgos tratados lo suficiente como para ser tomados en cuenta.¹ El número disminuye más todavía si sólo se incluyen las variables que todos los psicólogos aceptan como demostradas cabalmente. Las que se encuentran en esas condiciones constituyen una cantidad casi insignificante. A menudo se lamenta esta falta de acuerdo acerca de los "rasgos básicos"; sin embargo es inevitable en tanto los psicólogos estén en desacuerdo acerca de la *naturaleza* de los rasgos.

¹ En este capítulo sólo mencionamos dieciséis. En las siguientes bibliografías se encontrarán catalogados otros: G. B. Watson: "Character Tests and Their Applications Through 1930", *Rev. Educ. Res.*, 1932, 2, 185-270; H. J. Baker *et al.*: en la misma revista, 1935, 5, Nº 3; G. H. Hildreth: *Bibliography of Mental Tests and Ratings Scales* (Psychological Corporation), 1933; P. M. Symonds: *Psychological Diagnosis in Social Adjustment* (Apéndice), 1934, *The Psychological Bull.*, 501-524; 1935, 500-523.

En este capítulo elegiremos para la discusión ciertos rasgos comunes en los que los psicólogos están interesados ahora. La selección es dictada en parte por la preeminencia relativa de estos rasgos en la investigación contemporánea y en parte por su conformidad con la lógica de los rasgos desarrollada en los capítulos XI y XII. Para la presentación de estos rasgos comunes se emplea un esquema psicográfico ilustrativo. Con la ayuda de este armazón resulta posible visualizar una cantidad de importantes distinciones y acentuar adecuadamente la naturaleza cuantitativa de los rasgos comunes.

CONSTRUCCIÓN DEL PSICOGRAMA

El término "psicograma" tiene varios significados. A veces es sinónimo de biografía literaria, a veces de algún catálogo al azar de hechos psicológicos inconexos entre sí, concernientes a una persona determinada. Igualmente, puede designar una historia personal o estudio de caso metódicamente ejecutado desde el punto de vista clínico. Pero en el sentido en que se lo usa aquí, significa simplemente un gráfico o perfil impreso en el cual se representa la magnitud efectiva que corresponde a un individuo en los diversos rasgos comunes.²

En la figura 28 reproducimos un psicograma en el cual se supone —y en la mayor parte de los casos se ha comprobado— que se incluyen variables normalmente distribuidas en una población norteamericana media o, si no, variables constituidas por dos rasgos separados unidos de tal modo que resulte una distribución cuasi-normal (cf. págs. 351/3). La mitad de las marcas correspondientes a cada variable caen sobre o por arriba de la línea media que atraviesa el gráfico en su centro, y la otra mitad sobre o por abajo de esa línea.

En el gráfico no se marca ninguna unidad vertical, dado que éste es igualmente utilizable para cualquier intervalo que se desee emplear. Las unidades percentiles o deciles pueden ser cómodamente colocadas contra el margen izquierdo o, también, se puede establecer una escala de siete puntos poniendo el 1 en el margen inferior, el 7 en el superior y el 4 exactamente a la altura de la línea media. Para una marcación más refinada pueden emplearse unidades sigma o marcas T. O si se usa un grupo de sujetos como punto de referencia, es posible usar el gráfico para comparaciones de orden de rango, para lo cual al individuo más sobresaliente respecto de cada variable le corresponderá el puesto más elevado y el individuo que ocupe el extremo opuesto, irá al más bajo. En ese caso el número de intervalos será igual al número de sujetos que integre el grupo.

Para hacer más legible el gráfico, los puntos deben hacerse en el medio de las respectivas columnas y se los debe unir mediante líneas rectas, de modo que resulte un perfil dentado. Los puntos pueden determinarse de una cantidad de modos dife-

² Una discusión clásica de los métodos psicográficos se encontrará en W. Stern: *Differentielle Psychologie*, 3ª ed., 1921, págs. 327-371.

PSICOGRAMA DE

RASGOS COMUNES DE LA PERSONALIDAD											
FACTORES PSICOBIOLÓGICOS BÁSICOS						DE ACTITUD					
FÍSICO			INTELIGENCIA			EXPRESIVOS			DIRIGIDOS HACIA OTROS		
Simetría	Salud	Vitalidad	Abstracta (verbal)	Mecánica (plástica)	Amplitud de emociones	Intensidad emocional	Dominación	Expansión	Persistencia	Extraversión	DIRIGIDOS HACIA SI MISMO
											Autoobjetivación
											Seguridad de sí mismo
											Gregarismo
											Altruismo (socialización)
											Inteligencia social (tacto)
											Técnicos
											Económicos
											Estéticos
											Políticos
											Religiosos
Deformidad	Mala salud	Baja vitalidad	Inteligencia abstracta baja	Inteligencia mecánica baja	Emociones limitadas	Emociones débiles	Sumisión	Reserva	Vacilación	Introversión	Autoengano
											Desconfianza en sí mismo
											Deseo de soledad
											Egoísmo (conducta antisocial)
											Inteligencia social baja (falta de tacto)
											No técnicos
											No económicos
											No estéticos
											Apolíticos
											Arraigados

FIGURA 28
Ejemplo de psicograma

rentes: para algunos de los rasgos se pueden emplear tests en los que se obtengan resultados en percentiles o deciles. Cuando un test sólo ofrece marcas absolutas, éstas deben ser convertidas en percentiles o en algún otro tipo de unidades relativas, de tal modo que la representación de todos los rasgos se haga en el mismo tipo de intervalos. Cuando no se puede disponer de tests, los puntos pueden determinarse por medio de evaluaciones (de acuerdo con ciertos principios que expondremos en el capítulo siguiente) e incluso por auto-estimación.

Algo similar puede decirse del método para usar el gráfico. El psicograma representa una estructura en alto grado flexible, que varía fácilmente de acuerdo con las necesidades del investigador. No sólo se puede hacer variar los métodos para obtener las marcas sino también el contenido mismo, cuya elección es arbitraria. Los rasgos comunes aquí incluidos son meramente ilustrativos y algunos de ellos han sido 'incluidos a prueba. En resumen, la forma del gráfico no es ni completa ni final.³

La elección del extremo superior e inferior de cada dimensión es en cierto grado arbitraria. No supone cualidades de moralidad, deseabilidad o superioridad. Desde el punto de vista psicológico todas las representaciones son estrictamente objetivas y desprovistas de mérito o demérito, aprobación o desaprobación. En general, la ordenación de los rasgos desde el extremo superior hasta el inferior sigue la tendencia a correlacionarse en forma positiva que éstos tienen, aunque hay excepciones a esta regla; este problema es explicado con más detalles en las págs. 443/5.

El uso muestra inmediatamente las limitaciones de este psicograma (o de cualquier otro). Por más cuidadoso que sea el investigador para reproducir las marcas, encontrará que ninguna personalidad queda representada en forma exacta en un perfil. Pese a sus líneas de conexión el perfil no logra expresar el equilibrio cualitativo entre dos o más rasgos. Una persona cuyo perfil desciende en "ascendencia" y sube en "expansión" no tiene meramente una posición baja en un rasgo y alta en otro. Hay en verdad una combinación, que es lo que se muestra en su comportamiento, coloreado también por otros rasgos coexistentes que el psicograma deja por entero de lado. Este descubrimiento descorazonador es una consecuencia inevitable del falso supuesto de que la personalidad es la suma de las marcas alcanzadas en variables comunes.

Con todo, la psicografía tiene una notable ventaja, que le permite neutralizar sus limitaciones. Es un método particularmente adecuado para el estudio *comparativo* de la personalidad, el cual exige sin duda el uso de rasgos comunes.

³ Este psicograma ha sido publicado ya otras dos veces: la primera en el *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1921, 16, 6-40; la segunda en A. A. Roback: *The Psychology of Character*, 1927, p. 427. Una elaboración y revisión de la segunda edición fue publicada por Roback bajo el título de "Personalysis" en *Char. & Pers.*, 1934, 3, 144-156. En Henry Holt & C^o. están en venta reproducciones del psicograma que publicamos en este volumen.

LOS FACTORES PSICOBOLÓGICOS

Excepto en el sentido más indefinido y popular del término, las primeras siete variables incluidas en el gráfico no son de ningún modo rasgos. Son más bien factores psicobiológicos subyacentes, que representan la materia prima a partir de la cual se desarrollan los rasgos. Colocados a la izquierda de la doble línea vertical del gráfico, estos factores llaman la atención hacia la base de la personalidad, en tanto esa base incluye la constitución física, las dotes intelectuales y el temperamento.

La cantidad de dimensiones posibles es en este campo casi ilimitada. Se podría medir y representar por separado la altura, el peso, la presión sanguínea, el pulso, el metabolismo basal, diversos tiempos de reacción, agudezas sensoriales, la fuerza manual o la eficiencia de cada coordinación sensorio-motriz. Pero tal refinamiento de detalles no es practicable en un psicograma ni tampoco vale la pena. En un cuadro psicológico no es necesario incluir por separado cada función fisiológica sino que bastan evaluaciones más gruesas y compuestas, pues la personalidad no está ligada a ninguna función fisiológica. Discriminar con sutileza los *resultados* psicológicos que tienen las condiciones orgánicas es más importante para la personalidad que aplicar la sutileza al diagnóstico de las condiciones fisiológicas mismas.⁴

Evitando, entonces, distinciones demasiado finas, elegimos para el psicograma las siete variables menos discriminadas, a las que son aplicables escalas cuantitativas. Cada una de estas variables considerada como un todo ejerce una profunda influencia sobre la personalidad. Las primeras tres están agrupadas bajo la denominación general de *físico*, las dos siguientes bajo la de *inteligencia* y el par final bajo el rótulo de *temperamento*.

1. La *simetría* (como cualidad opuesta a la deformidad) es una variable que, como debe reflejar la excelencia de la forma corporal en conjunto, requiere una marca compuesta que incluya la estructura, los rasgos faciales, la complexión y el uso normal de los miembros. En cierto grado es un concepto inevitablemente biosocial por incluir en parte juicios acerca de la belleza y la fealdad. Pero su presencia en el gráfico es necesaria, pues es alrededor de esta variable, más que alrededor de ninguna otra, donde se desarrollan los sentimientos de inferioridad y sus consecuencias compensatorias. La marca correspondiente a esta variable muchas veces ilumina claramente otras porciones del gráfico. Para determinar la marca puede usarse un sistema de "puntos" objetivamente determinados (al modo de los que

⁴ Por lo general los endocrinólogos y los fisiólogos invierten el énfasis. Con precisión técnica dan un diagnóstico exacto de los estados corporales, pero sólo emplean toscos y confusos conceptos para representar la personalidad.

emplean los jueces en los concursos de belleza) o evaluaciones a cargo de personas que conocen al sujeto.

2. La *salud* es evidentemente una variable amplia que podría ser dividida indefinidamente. Se la incluye por la misma razón que a la simetría. Es posible obtener una marca compuesta proveniente de un examen médico, quizá con la ayuda de una escala de puntos tal como la que es usada a menudo por las compañías de seguros de vida.

3. La *vitalidad* es al mismo tiempo una variable oscura e importante. A veces ha sido llamada "potencia energética", en forma más popular "vivacidad" o "vigor". Algunas personas parecen no cansarse nunca, se muestran capaces de trabajar sin cesar y luego del trabajo están listas para una cansadora recreación. Otros hacen muy poco en el día y ese poco los fatiga. En cierta medida esta variable depende de la salud, pero también es en cierto grado un atributo permanente del temperamento, vinculado sin duda con condiciones básicas del metabolismo. Su significación para la fuerza del "impulso", para la vigorización del comportamiento expresivo y para el desarrollo de todos los otros rasgos exige su inclusión. Las medidas fisiológicas de la tonicidad y el metabolismo pueden ayudar a establecer la marca correspondiente a esta variable, aunque también puede ser captada muy bien por evaluaciones, ya que surge indefectiblemente a la actividad abierta.⁵

Un segundo grupo diferenciable de variables comunes corresponde a la *inteligencia*. Aquí también es posible hacer una extensa subdivisión; por cierto, la mayor parte de los antiguos psicogramas incluían muy poca cosa que no correspondiera a las funciones intelectuales. (Se representaban por separado el tiempo de reacción simple, el tiempo de reacción asociativa, la agudeza visual, la discriminación de los colores, la atención, la memoria mecánica, el razonamiento, etc.) Hoy en día se discute cuántos factores comunes debe haber en este grupo. La creencia común es que el análisis factorial ha de llegar a proporcionar una lista de funciones intelectuales razonablemente separadas con respecto a las cuales puedan ser ordenados todos los sujetos.⁶ Entretanto las dos variables siguientes, algo anticuadas,

⁵ Es más bien raro encontrar discutida esta variable en obras psicológicas o que se reconozca su importancia. Una excepción es W. B. Pitkin: *The Psychology of Achievement*, 1930, libro II.

⁶ Un estudio factorial sugiere que los siete constituyentes básicos de la inteligencia son: la facilidad para el manejo de los números, la fluidez verbal, la visualización, la memoria, la velocidad en la percepción, la capacidad inductiva y la capacidad deductiva (L. L. Thurstone: *Psychol. Bull.*, 1936, 33, 780 y sig.).

Si finalmente se llega a un acuerdo acerca de esta lista o de alguna otra similar, será fácil sustituir con ella la clasificación en dos variables incluida ahora en el psicograma. Se obtendrían así considerables ventajas, ya que esas funciones constituyentes, presumiblemente estarían definidas con más claridad y se medirían más exactamente. Pero la formación personal de la inteligencia no será iluminada con toda claridad ni por este método ni por ningún otro esquema dimensional.

pero todavía útiles, servirán para enfocar la atención sobre dos de los más importantes aspectos de la inteligencia.

4. *Inteligencia abstracta o "verbal"*. La capacidad de resolver problemas nuevos mediante el uso de símbolos (por lo común palabras) parece ser, dentro de ciertos límites, un "poder" homogéneo, que todo individuo posee en cierto grado. (Si esto no fuera así no habría justificación posible para los tests destinados a medir la inteligencia.) Con las muchas escalas de que ahora se dispone, nada es más fácil que obtener una marca para cualquier individuo en esta variable particular. Nada es más fácil y nada es más traicionero si la marca es ofrecida sin interpretación, esto es, sin tomar en cuenta la formación personal de la inteligencia en la vida en cuestión.

5. *La inteligencia mecánica o "práctica"* es una variable concomitante. A veces se le da el nombre de "habilidad para las manipulaciones espaciales" o "destreza" y es medida con la ayuda de tests de ejecución. No es enteramente independiente de los procesos simbólicos y a menudo tiene con la inteligencia abstracta una correlación que alcanza a + 0.50.⁷ Sin embargo en general existe acuerdo respecto a que es correcto mantener clasificaciones separadas para ambos tipos de inteligencia. Como en el caso de la inteligencia abstracta, para obtener la marca correspondiente deben emplearse tests y no evaluaciones y la marca así obtenida debe ser interpretada a la luz de las capacidades y deficiencias especiales de los intereses y el adiestramiento y de todos los otros factores que moldean la inteligencia mecánica hasta darle sus múltiples formas personales.

Se ha sugerido que la capacidad individual para actuar con eficacia en las situaciones sociales configura un tercer tipo principal de inteligencia. Pero es evidente que la "inteligencia social" no puede ser una capacidad hereditaria en el grado en que pueden serlo la inteligencia abstracta y la inteligencia mecánica. Es más bien un *rasgo*, desarrollado por la oportunidad y por el interés sobre la base de una inteligencia general innata. Por ser esto así, debemos posponer la discusión para reiniciarla en el lugar que lógicamente le corresponde entre los rasgos de la personalidad, págs. 441 y sigs.

Las restantes variables comunes y primariamente innatas corresponden al temperamento. En el capítulo II el temperamento fue definido como:

Los fenómenos característicos de la naturaleza emocional de un individuo, que incluyen su susceptibilidad a la estimulación emocional, su intensidad y velocidad de respuesta habituales, la cualidad de su estado de ánimo predominante y todas las peculiaridades de fluctuación e intensidad en el estado de ánimo; todos estos fenómenos son considerados dependientes de la estructura constitucional y, por lo tanto, como de origen principalmente hereditario.

⁷ R. Pintner: *Intelligence Testing: Methods and Results*, 2ª ed., 1931, p. 62.

Algunos de estos aspectos del temperamento son demasiado individuales para que sea posible escalarlos. Sin embargo hay dos aspectos que parecen sugerir continuos cuantitativos.

6. *Emociones amplias — emociones estrechas.* Una persona tiene una vasta "amplitud afectiva" si reacciona emocionalmente a una amplia serie de objetos y situaciones. La persona de amplitud emocional estrecha responderá rara vez de un modo emocional; su comportamiento es por lo común de un tenor uniforme y muestra poca variación en sus sentimientos. Pressey ha propuesto un test para medir la amplitud de la respuesta emocional. Es un procedimiento simple: el sujeto debe tachar palabras que para él tienen tono emocional.⁸ El método tiene su valor, pero su principal dificultad es su baja confiabilidad; la actitud o el estado de ánimo del momento tienen marcada influencia sobre la respuesta del sujeto.

7. *Emociones fuertes — emociones débiles.* La intensidad característica del sentimiento parece ser una dimensión por entero diferente de la amplitud emocional. No se trata aquí de cuántas situaciones provocan una respuesta emocional sino del grado medio de la respuesta. Aunque todo individuo que haya salido ya de la infancia es capaz de graduar su reacción emocional de tal modo que a las estimulaciones fuertes reacciona fuertemente y a las estimulaciones leves sólo levemente, sin embargo algunos individuos parecen llevados más *fácilmente* a dar respuestas de un grado intenso y su nivel promedio de respuesta es más alto. Para esta variable pueden usarse medidas objetivas, entre ellas índices tan bien conocidos como la presión sanguínea, el pulso y la respuesta psicogalvánica cutánea. Las evaluaciones parecen particularmente pobres en este aspecto del temperamento, debido sin duda al enmascaramiento voluntario de la expresión emocional que tiene lugar en nuestra cultura. Hay que agregar que esta variable es incluida en el psicograma sólo a prueba; puede ser fácilmente desplazada o modificada si la investigación futura muestra que no se trata de un verdadero continuum cuantitativo.

Si el perfil resultante ocupa una posición bien por encima del término medio tanto en la amplitud como en la fuerza de la emocionalidad, tales características sugieren el antiguo retrato del tipo *colérico*; si la amplitud es vasta pero la intensidad baja, el tipo *sanguíneo*; si la amplitud es estrecha pero la respuesta intensa, el tipo *melancólico*, si la vida emocional es estrecha y débil, el tipo *flemático*. Se señaló anteriormente que una razón de la longevidad de los cuatro temperamentos antiguos reside en su correspondencia con estas dos simples escalas cuantitativas. Esos temperamentos representan los cuatro tipos extremos de dos dimensiones comunes, la amplitud y la intensidad emocionales.

⁸ J. L. Pressey: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1921, 16, 55-64.

Hay además un gran número de variables comunes vinculadas por un lado a la vitalidad, la inteligencia y el temperamento y por el otro a los rasgos expresivos, ninguna de las cuales se incluye en el psicograma. Tómese, por ejemplo, una variable como la velocidad de movimiento, el supuesto factor de "tempo psíquico". Evidentemente (si existe) es en parte una función del bagaje biológico, mientras que al mismo tiempo influye sobre todas las formas de expresión y habilidades adquiridas, confiriéndoles un estilo temporal característico. Tal variable podría ser llamada un rasgo "psico-motor".⁹ En el caso del "tempo psíquico" parece dudoso que exista tal variable en una forma lo bastante uniforme para que sea posible medir a los individuos con respecto a ella como continuum independiente. Pocas personas parecen ser uniformemente lentas o uniformemente rápidas en todas sus acciones. El material de prueba favorece más bien la postulación de por lo menos dos factores comunes de velocidad, a cada uno de los cuales podría corresponder una escala separada en el gráfico. Se trata de la *velocidad verbal* (que abarca actos tales como el hablar, contar, leer, escribir) y una *velocidad rítmica* (como en el golpear, caminar y manipular objetos).¹⁰ Una investigación más completa puede mostrar la necesidad de otras categorías más para la velocidad, susceptibles de constituir escalas y dotadas de coherencia interna.

Otra variable de motilidad es la de *impulsión-inhibición* (Downey) o la *volición explosiva versus volición obstruida* (James). Algunos individuos se caracterizan por responder al instante (a menudo antes de estar realmente preparados para responder), otros tienen que vencer la inercia y están obstruidos en sus movimientos.¹¹

Otros tres rasgos psico-motores han sido derivados del estudio de diversos estilos naturales de movimiento registrados bajo condiciones de laboratorio (en el escribir, hablar, dibujar, golpear, caminar, alcanzar objetos y otros actos similares). Se puede, por ejemplo, comparar a individuos respecto al movimiento *espacioso* o *circunscripto*. Algunos parecen ser con-

⁹ En el psicograma no se incluyen variables de este tipo, en parte porque como rasgos "directivos" son menos dinámicos y motivacionales que los otros rasgos incluidos (cf. págs. 336/41) y en consideración a la uniformidad de la exposición el perfil no abarca más que rasgos del último tipo.

¹⁰ G. W. Allport y P. E. Vernon: *Studies in Expressive Movement*, 1933, pp. 100-108.

¹¹ Cf. J. Downey: *The Will-Temperament and Its Testing*, 1924. Este libro contiene asimismo una discusión de varias otras variables de motilidad. Emplea también el método psicográfico. Con la ayuda de una serie de tests psico-motores (por desgracia no de alta confiabilidad) se construye un perfil de voluntad-temperamento para cada persona. Los críticos de Downey tienen razón cuando señalan que esta autora identifica demasiado pronto estas variables psico-motrices con rasgos motivacionales "internos" de la personalidad, sin demostrar en forma adecuada que existe una correspondencia entre ambos términos.

secuentes en hacer movimientos expansivos, espaciosos, al escribir, hablar o gesticular; sus acciones son vastas y libres. Otros se caracterizan por ser restringidos y circunscriptos en sus acciones. Otra dimensión diferenciable es la de movimiento *enfático* y *no enfático*. Algunas personas emplean en forma persistente más "presión psicológica" que otras cuando hablan, gesticulan o escriben. Una tercera variable común es el movimiento *centrífugo* o *centrípeto*. Algunos individuos muestran una tendencia predominante *hacia afuera* en su gesticulación y lenguaje. Otros, por el contrario, son típicamente *centrípetos* en sus pautas de movimiento.¹² Si bien no están establecidas en forma definitiva, estas variables representan probablemente el *tipo* de análisis dimensional más útil en el estudio de los aspectos de la personalidad correspondientes a la motilidad. En principio parecería más simple lograr un acuerdo acerca de las variables de motilidad que lograrlo respecto a los rasgos motivacionales, que son más complejos; sin embargo el hecho es que se han realizado menos progresos en la primera área de investigación, aparentemente más simple, que en la otra, pese a sus dificultades.

LOS RASGOS EXPRESIVOS

A continuación sigue en el gráfico un grupo de tres rasgos que, algo ambigüamente, pueden ser llamados "expresivos". Al igual que los otros rasgos que aparecen en el psicograma, estos tres concuerdan en todos sus aspectos con los criterios que identifican a los rasgos comunes, establecidos en los capítulos XI y XII. Son modos dinámicos de ajuste, generalizados y distribuidos cuasi-normalmente en la población en general. Estos rasgos son expresivos en el sentido de que imponen un determinado matiz a conductas que por su motivación específica tienden hacia algún fin ulterior. O sea que, casi siempre, en sus esfuerzos por lograr un fin, la persona dominante será dominante, la persona expansiva será expansiva y la persona persistente, persistente. Estos rasgos son, entonces, "directivos" (cf. págs. 336/41). También *pueden* adquirir, además, un carácter motivacional. La persona dominante de ordinario *desea* tomar el papel activo; la persona expansiva *busca* oportunidades para expresar sus ideas, la persona persistente *resiste activamente* la interrupción y la interferencia. En comparación con los rasgos de actitud, que aparecen a continuación en el psicograma, estos rasgos son relativamente abiertos en su manifestación y son más directivos que motivacionales; por estas razones han sido agrupados en una sección del gráfico bajo la denominación genérica de rasgos *expresivos*.

¹² *Studies in Expressive Movement*, págs. 109-117; véase también capítulo XVII del presente volumen.

8. *Ascendencia y sumisión.* Siguiendo la costumbre traducimos "ascendance" por ascendencia, pero como adjetivo empleamos "dominante" por ser más claro. Allport emplea varias veces "dominant" como sinónimo de "ascendant". En toda relación social hay, en cierto sentido, conflicto de personalidades. Siempre que dos individuos se enfrentan, por lo común uno debe ceder en todo o en parte ante el otro. En las relaciones amistosas, así como en las hostiles, uno dominará y será el "vencedor" y el otro cederá y se convertirá en el "vencido". Como dice el refrán, uno será el botín, el otro el felpudo. Asimismo, en las situaciones no sociales un individuo por lo regular debe convertirse en agresor contra su medio o, si no, someterse a la presión de éste, cediendo a las fuerzas que se le oponen. Así, un hombre que advierte que ha metido su auto en un profundo pozo de nieve lo fuerza a seguir adelante atravesando el obstáculo; otro en la misma situación retrocede por donde ha venido y retoma el camino en una forma no agresiva, esquivando los obstáculos. (¡Ambos pueden llegar a destino con igual retardo!)

Los sociólogos del siglo XIX consideraban la ascendencia y la sumisión como las dos formas básicas de la adaptación social, sin duda porque esos conceptos se adecuaban tan bien a la filosofía de la evolución entonces corriente. Cuando las dos primeras fieras se encontraron en el bosque —cuenta la parodia— se echaron una mirada para medir sus respectivas fuerzas y cada una se preguntó a sí misma: "¿Seré comida o comeré?" La fiera más dominante decidió que ella comería y la otra se resignó derechamente a ser la comida. Spencer dio a esto el nombre de Principio de Supremacía y Subordinación y lo encontró actuando en todas partes, en la sociedad humana tanto como en la selva. El criminólogo italiano Sighele explicó los distintos papeles que desempeñan los delincuentes en un crimen esencialmente del mismo modo: una parte, la más dominante, era para él el *suggestionneur*, la otra, la más sumisa, el *suggestionné*. En las bandas criminales el primero es el que planea y dirige el crimen, el segundo lo ejecuta cumpliendo órdenes. Sociólogos posteriores extendieron este principio a otras relaciones diádicas.¹³

Pero aparece ahora en escena el psicólogo y pregunta si alguna persona toma *habitualmente* un papel o el otro. ¿Los individuos son coherentes respecto a este rasgo? ¿No es evidente que en ciertas situaciones en

¹³ Una discusión de las jerarquías de dominio entre los animales puede encontrarse en A. G. Skard: *Acta Psychologica*, 1936, 2, 175-232; véase también R. M. Yerkes: *Almost Human*, 1925, págs. 153-155. La discusión de este tema por Spencer está más bien diseminada en distintas obras, pero en *First Principles*, págs. 366 y sigs., se encuentra una exposición representativa. [Hav trad. cast.: *Primeros principios*, Buenos Aires, E.M.C.A., 1945.] Las ideas de Sighele están contenidas en *Le Crime à Deux*, 1892. Buenas discusiones de los grupos diádicos son las de G. Simmel: *Amer. J. Sociol.*, 1902, 8, 1-46; también L. von Wiese y H. Becker: *Systematic Sociology*, 1932, cap. XXXIX.

que el talento o la experiencia capacitan a una persona para ejercer la dirección esa persona será dominante y, por el contrario, en otras esferas de actividad donde carece de experiencia o competencia, la misma persona será necesariamenté sumisa? No es extraño ver a un hombre de negocios, tiránico en el círculo de sus propias ocupaciones, reducido a la "voz pasiva" por su médico o su sacerdote. Es esto precisamente lo que ocurre en la realidad: los rasgos de ascendencia y sumisión en ningún individuo son fijos y constantes en toda situación, así como no es fijo y constante ningún rasgo de la personalidad. Sin embargo hay pruebas suficientes de que la conducta dominante o sumisa está lejos de ser caprichosa o de estar ligada sólo a situaciones-estímulo específicas. Las escalas para la medida de estos rasgos son todas de alta confiabilidad y la predicción del comportamiento en general es correcta. Aun cuando se producen excepciones, la regla es que cada individuo busca respecto al dominio y a la sumisión lo que para él es su "plano de comodidad" y mantiene ese plano en muchas y variadas situaciones.

Como señalamos en las págs. 347 y sigs. la ascendencia y la sumisión son rasgos *separados*, aun cuando por conveniencia resulte mejor unirlos en un solo continuum en el registro psicográfico. La sumisión no es una mera ausencia de ascendencia, es un *modus vivendi* por sí misma. Cediendo, admitiendo, apaciguando, la persona sumisa consigue en forma indirecta lo que desea. En verdad todo el mundo tiene en algún grado este rasgo. McDougall lo presenta como un instinto fundamental, con lo que acentúa correctamente su carácter *positivo*. Si bien es universal, algunas personas lo emplean con menos frecuencia que otras y en cambio emplean el modo dominante de ajuste más a menudo. Lo mensurable es esta frecuencia diferencial. Un test, por ejemplo, describe situaciones como las que a continuación reproducimos y pide al individuo que señale cuál de las respuestas alternativas expresa con más exactitud su modo típico de comportamiento en cada situación representada. La escala en cuestión incluye treinta y cinco situaciones del tipo de las que reproducimos y tiene formas distintas para hombres y mujeres. A cada alternativa se le atribuye su marca de acuerdo con su demostrado poder diagnóstico.¹⁴

Alguien trata de adelantarse a usted en una fila. Usted ha estado esperando durante algún tiempo y no puede esperar mucho más. Supóngase que el intruso sea del mismo sexo que usted, por lo común

¹⁴ G. W. y F. H. Allport: *The A-S Reaction Study*, publicado por Houghton Mifflin Co, Boston y expuesto en el *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1928, 23, 118-136. Una revisión de la escala para su empleo en el comercio es expuesta por R. O. Beckman: *Pers. J.*, 1933, 11, 387-392 y ha sido publicada por la Psychological Corporation.

- increpa al intruso
 mira con violencia ostensible al intruso o hace comentarios clara-
 mente audibles dirigiéndose a su vecino
 decide no esperar e irse
 no hace nada
 ¿Se siente usted trabado en presencia de sus superiores en el mundo académico
 o en el mundo de los negocios?
 marcadamente
 algo
 nada
 Un objeto de su propiedad está en arreglo en un taller. Usted quiere retirarlo en
 el momento convenido y el encargado del arreglo le contesta que "apenas acaba de
 comenzar el trabajo". Su reacción habitual es
 protestar
 expresar desagrado suavemente
 encubrir por entero sus sentimientos

Al estudiar la ascendencia y la sumisión, los psicólogos han encontrado una cantidad de hechos interesantes. Estos rasgos se muestran como constantes incluso a una edad temprana,¹⁵ lo que sugiere que el temperamento es un factor importante en su formación. Y sin embargo una influencia suficiente puede alterarlos, tanto en los niños como en los adultos.¹⁶ Pero los intentos deliberados de modificación tienen mucho mayor éxito en transformar a las personas sumisas en personas dominantes o de tipo medio que en convertir en sumisas o de tipo medio a las dominantes. ¿Por qué ocurre esto? Quizá porque la ascendencia es (en nuestra cultura) un modelo más deseable y por eso la población experimental de sujetos sumisos respondió más vehementemente a su adiestramiento mientras que los que ya eran dominantes estaban bien satisfechos con su suerte. O, quizá, este último grupo era demasiado dominante para ser influido por el apurado y ocupado experimentador. Hay también una correlación leve pero persistente entre la sumisión y los estudios avanzados en el secundario y en la universidad, si bien no es fácil decir cuál es la causa y cuál el efecto.

Para la selección y orientación profesional, estos rasgos tienen considerable importancia práctica. La mujer dominante probablemente no encontrará su lugar como modista, mucama, secretaria privada o ayudante de bibliotecario; en iguales circunstancias, se desempeñará mejor como ama de llaves, directora de una confitería o maestra de reformatorio. El hombre sumiso nunca servirá como agente de tránsito. En una organiza-

¹⁵ Cf. L. M. Jack: *Univ. Iowa Stud. in Child Welfare*, 1934, 9, Nº 3.

¹⁶ M. A. McLaughlin: *Univ. Iowa Stud., Educ.*, 1931, 6, Nº 5; M. L. Page: *Univ. Iowa Stud. in Child Welfare*, 1936, 12, Nº 3.

ción de tiendas en cadena, se estableció, mediante el empleo del test que acabamos de exponer, que existía un constante aumento en la ascendencia en las cuatro jerarquías de puestos ejecutivos: desde los jefes de piso (con marcas sólo medias), pasando por los directores de departamento, por los directores de sucursal, hasta llegar a los directores generales (los más dominantes). Pero, sin embargo, es bueno no confundir la ascendencia con el liderazgo. Este último no es un rasgo calibrable independiente, pues involucra muchas capacidades y rasgos y los requerimientos para el liderazgo varían grandemente de situación en situación. Es muy posible que una persona sumisa sea jefe, en especial si tiene lugartenientes ejecutivos, por mediación de los cuales puede ejercer un control y una influencia tanto prácticos como proféticos.

9. *Expansión y reserva.* De todas las variables comunes incluidas en el psicograma, este par de rasgos expresivos de manifestación abierta es quizá el más fácil de identificar. Nuestro primer encuentro con una persona ya nos da la clave respecto a su expansión o su reserva y la experiencia posterior confirma nuestros juicios más a menudo de lo que los refuta. Lo que el decir popular llama con frecuencia "personalidad" es poco más que el rasgo de expansión en actividad. Una persona que es expansiva se entrega a sus relaciones sociales, habla y expresa sus opiniones con frecuencia y deja pocas dudas sobre sus puntos de vista acerca de cualquier tema. La persona reservada encuentra poco que decir, expone sus opiniones brevemente o se las calla. Es reticente. Como estos rasgos son por definición abiertos en su expresión, no es sorprendente que varios estudios demuestren que son los de evaluación más confiable de todos los rasgos comunes de la personalidad. Los jueces difieren muy poco en sus evaluaciones y los sujetos son coherentes en estos rasgos más que en ningún otro. Una persona locuaz parece ser casi siempre locuaz y a una "almeja humana" casi bajo cualquier circunstancia es difícil encontrarla abierta. Al igual que en el caso de la ascendencia y la sumisión, estos rasgos parecen ser coherentes ya a una edad temprana. Se ha comprobado que los niños pequeños hablan con una frecuencia característica y pueden ser escalonados fácilmente respecto a esta variable.¹⁷ A medida que progresa la sociabilización el rasgo puede, sin duda, modificarse, aunque a menudo es constante a lo largo de toda la vida del individuo.

Los conceptos de expansión y de reserva no deben ser confundidos con la ascendencia y la sumisión ni tampoco con la extraversión y la introversión. La reserva puede encontrarse en personas a la vez dominantes y extravertidas. Inversamente, la persona expansiva puede estar desplegando una compensación de una sumisión profunda. Resulta claro que

¹⁷ Cf. C. T. Zye: *Teachers College Record*, 1927, 29, 46-61.

su expansión puede asegurarle cierta autoridad momentánea basada en una impresión de fuerza personal y fluidez intelectual. A menudo se lo incluye en comisiones o se le dan puestos de autoridad por error, y demasiado tarde ya, se pone de manifiesto que no es capaz ni de "salvar la ropa". Siempre existe el peligro de que las capacidades de la persona expansiva sean sobreestimadas. Muchos introvertidos son marcadamente expansivos, en parte a causa de que su vida interior es tan rica que busca expresión y en parte porque necesitan una compensación social para sentimientos profundos de inferioridad y para su enojosa conciencia de sí mismos. Hay profesores, en especial los de universidad, que son con frecuencia expansivos en el aula y en la conversación, aunque a menudo son fundamentalmente introvertidos y sumisos. No hay nada intrínsecamente deseable en la expansión o en la reserva (ni en la ascendencia o en la sumisión). El que sean rasgos agradables u objetables depende del grado de inteligencia, generosidad y educación con que estén combinados y modificados en la acción y las valoraciones éticas que se le atribuyan a la conducta promovida por ellos.

Hay algunas pruebas en favor de la distinción de dos dimensiones dentro de la expansión y la reserva, la una como una tendencia a hablar libremente (o a ser reticente) *acerca de uno mismo*, la otra como una tendencia a hablar libremente (o a ser reticente) *acerca de tópicos impersonales*. A menudo se encuentran personas que parecen ser expansivas en una de estas direcciones y reservadas en la otra. El hacer o no la distinción depende del grado de refinamiento que se desee dar al psicograma. Probablemente sea poco inteligente complicar el gráfico indebidamente, en especial teniendo en cuenta que el matiz individual de los rasgos comunes nunca puede ser expresado en forma plena en un psicograma por más subdivisiones que se hagan. También es verdad que este rasgo ha demostrado poseer una alta coherencia interna, aun definido del modo más amplio. Parece innecesario, por lo tanto, dividir la variable en dos.

El método algo indirecto de medir los rasgos por medio de un cuestionario estandarizado (test de "papel y lápiz") no es fácil de aplicar a la expansión y a la reserva, sobre todo por lo difícil que resulta redactar preguntas de tono neutral y que no ofendan al sujeto. Se pueden emplear, en cambio, métodos más directos.¹⁸ Un método quizá tosco pero sorprendentemente eficaz consiste en contar el número de veces que un individuo habla de sus opiniones personales o de sí mismo durante un período de tiempo dado. Incluso la frecuencia con que se usa el pronombre de primera persona es sorprendentemente reveladora, aunque no hay duda de

¹⁸ Cf. F. H. Allport y G. W. Allport: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1921, 16, 6-40.

que un poco de educación social correctamente impartida puede establecer el hábito de evitar el uso de este pronombre sin que eso afecte en lo esencial al rasgo de expansión. En otra prueba se puede pedir a los sujetos que contesten a avisos de pedido de personal tomados de un diario como si en realidad estuviesen tratando de conseguir el puesto. Resulta notable ver qué variaciones extremas en las respuestas pueden obtenerse con avisos como éstos:

Se necesitan hombres para trabajo de detective; experiencia innecesaria. Escriba a *Herald*, casilla de correo 111.

Se necesita una mujer joven con tacto, iniciativa e interés por su trabajo para hacerse cargo de una biblioteca, un servicio circulante de películas para iglesias, escuelas, industrias, etc. Las interesadas deben escribir detallando todos sus antecedentes a O. F. T. *Herald*, casilla 112.

Algunos aspirantes dan muchas referencias acerca de sus cualidades, y de sus ideas sobre la profesión en cuestión y dejan pocas dudas respecto a sus aptitudes. Otras respuestas son breves, pobres y poco comunicativas. Cuando este test es empleado junto con otros métodos de determinación de la expansividad, por lo común concuerda bien con ellos, aunque es demasiado inseguro para ser usado solo. Hasta este momento no ha sido creada una batería de tests de ejecución como éste, pero sería una tarea relativamente fácil hacerla.¹⁹

10. *Persistencia y vacilación.* Una de las formas más comunes de caracterizar a las personas es la que se hace en términos de su nivel característico de perseverancia. Esta persona, decimos, es tenaz, resuelta, pertinaz, obstinada o constante, dotada de firmeza o de marcada fuerza de voluntad; de otra decimos que es inconstante, irresoluta, fluctuante, caprichosa, que es una persona oportunista, que se desvía fácilmente del camino elegido. En el lenguaje popular estos rasgos reflejan la posesión o carencia de "fuerza de voluntad". Pero los psicólogos, aterrorizados ante la posibilidad de llegar a atascarse en el problema de si la voluntad es o no libre, esto es, en el problema del libre albedrío, han preferido en general una concepción indirecta o menos precaria de estos importantes rasgos.

G. E. Müller fue uno de los primeros psicólogos que llamó la atención sobre la "tendencia perseverativa" (éste es su propio término) como rasgo personal. Müller comprobó observándose a sí mismo cómo lo incomodaba su incapacidad de dejar una tarea al producirse una interrupción y también cómo se sentía molesto ante la intrusión

¹⁹ Será inteligente observar las diferencias sexuales en cuanto a las normas. Es un hecho experimental que las mujeres en la edad escolar muestran en general superioridad lingüística sobre los hombres y al realizar la misma tarea usan por término medio más palabras. Tales hechos deben ser tomados en cuenta al proyectar una escala para la variable expansión-reserva.

de sílabas sin sentido *previamente* aprendidas dentro de series nuevas que estaba intentando aprender. Pensó entonces que estos fenómenos estaban vinculados con su aptitud para llevar adelante resoluciones y comisiones de todo tipo, sin que importara el que fueran triviales o no. Observó que existían marcadas diferencias personales con respecto a este rasgo y que algunas personas, de tipo opuesto al suyo, se distinguían por un modo flexible, "asociativo", de ajuste, que les hacía ganar en versatilidad adaptativa lo que perdían en capacidad de persistencia.²⁰

Independientemente de Müller, pero alrededor de la misma época, un psiquiatra austriaco, Otto Gross, llegó a interesarse en los mismos rasgos. El fenómeno que Müller había llamado "tendencia perseverativa" fue designado por Gross como "función secundaria" y al rasgo opuesto de oscilación o vacilación, le dió el nombre de "función primaria".²¹

Siguiendo muy de cerca los pasos de Gross, el psicólogo holandés Heymans trabajó durante muchos años en el mismo problema. Heymans caracteriza la función secundaria como un "complejo relativamente constante de factores que confiere unidad y coherencia a la vida, y en el caso de cambios inevitables es capaz, merced a su poder restrictivo, de efectuar un viraje gradual en lugar de cambios súbitos. Cuando la función secundaria alcanza un desarrollo altamente exagerado, conduce a la melancolía y la paranoia. A menudo es causa de estériles cavilaciones y de que se posea sólo un reducido sentido de la realidad; produce además falta de presencia de ánimo así como también baja adaptabilidad. La función primaria, en cambio, debe asociarse con la superficialidad y la incoherencia".²²

El término de Müller, "perseverancia", prevaleció sobre el término menos descriptivo, "función secundaria", e inició una serie sorprendente de investigaciones experimentales. Estos trabajos han sido más numerosos que fructíferos, por preocuparse sólo de fenómenos motores o sensoriales simples, como la persistencia de las imágenes concomitantes, la resistencia a las fusiones de colores, la adaptación a la luz o la oscuridad, la velocidad en el golpeteo, en el borrar, en el dibujo o en la asociación de palabras y la inercia en el cambio de la pauta de movimiento exigido por una nueva tarea. Correlacionando las marcas obtenidas por los sujetos en tareas tan diversas como éstas, ciertos investigadores decidieron que la perseverancia o "p" es un factor coherente que puede ser calibrado en una población general, pero otros investigadores llegan a la conclusión exactamente opuesta.²³

Sobre la base de sus propias investigaciones, Shevach sugiere una explicación de estas conclusiones opuestas: sólo para ciertos sujetos, en especial para los niños y para sujetos ingenuos, la perseverancia (tal como es definida operacionalmente por los tests motores y sensoriales) posee alguna unidad funcional. En todos los otros

²⁰ G. E. Müller y A. Pilzecker: "Experimentelle Beiträge zur Lehre von Gedächtniss", *Zsch. f. Psychol., Erg. Bd.*, 1900, cap. III.

²¹ O. Gross: *Die cerebrale Sekundärfunktion*, 1902. Una buena exposición de este tema se encuentra en A. A. Roback: *The Psychology of Character*, 1927, pp. 245-248.

²² G. Heymans: *Die Psychologie der Frauen*, 1910, págs. 54 y sig.

²³ La literatura en favor del factor "p" es resumida por C. Spearman: *The Abilities of Man*, 1927, 291-307, [Hay trad. cast.: *Las habilidades del hombre*, Bs. As., Paidós, 1955.] Estudios negativos típicos son los de H. H. Jasper: *J. Soc. Psychol.*, 1931, 2, 28-51 y R. M. Dorcus: *J. Gen. Psychol.*, 1935, 13, 345-356.

sujetos el fenómeno es ampliamente específico de cada test.²⁴ La perseverancia parece entonces no ser un rasgo común en un grado suficiente como para que se pueda calibrar eficazmente, aunque para ciertos sujetos puede ser coherente y significativo.

En todos estos trabajos la dificultad parece residir en la naturaleza de los tests empleados, los que, sin duda, definen el rasgo. Esos tests son demasiado triviales para poner en juego las funciones volicionales desarrolladas de la personalidad. La adaptación a la luz o la oscuridad, por ejemplo, es primariamente una característica retinal y tiene sólo una leve relación, si es que tiene alguna, con la personalidad. Más adecuadas a lo que se busca serían tareas que involucraran la superación de obstáculos, la resistencia a la sugestión, el planeamiento a largo plazo y la puesta en ejecución de planes. El ingenioso test de Fernald, que determina durante cuánto tiempo un individuo permanecerá parado en puntas de pie merced a un esfuerzo voluntario, es más pertinente aunque algo artificial. Hay que elegir entre la persistencia *voluntaria* y la perseveración *involuntaria*. El primero es un concepto significativo y no popular, el segundo es muy popular entre los psicólogos, pero es relativamente trivial y no se ha comprobado en forma inequívoca que sea una dimensión escalable. Como señala Lankes, hay poco parecido entre estos dos conceptos.²⁵ Pero como con la perseveración no se ha llegado a ningún lado, habría que hacer un buen tratamiento experimental de la persistencia.

Hay ya algunas pruebas en el sentido de que la persistencia y la vacilación, consideradas como "hábitos de la voluntad", pueden considerarse rasgos comunes escalables. Howells, por ejemplo, encuentra que la persistencia en tareas frente a la incomodidad física es una disposición coherente que concuerda con otras medidas de la tenacidad.²⁶ Clark ha desarrollado un test confiable de persistencia para la edad escolar. Consiste en encargar varias tareas a los alumnos indicándoles que "no deben abandonar antes de haber hecho todo lo que puedan".²⁷ Para los adultos, Wang ha estandarizado un test que comprende 111 preguntas, cada una de las cuales tiene una respuesta que, según se ha determinado, es diagnóstica de persistencia positiva. Las preguntas se refieren al gusto del sujeto por asumir responsabilidades, a su capacidad para persistir en una tarea hasta terminarla, a su insistencia pese a las críticas y a otras conductas de ese tipo. A esta escala le corresponde, según se informa, una confiabilidad de $+ 0.91$.²⁸ Este tipo de prueba favorece evidentemente la admisión de la persistencia en nuestra lista de rasgos comunes.

El ajetreado concepto de perseverancia involuntaria era el gesto tímido y poco entusiasta del psicólogo frente a un problema dificultoso pero

²⁴ B. J. Shevach: *J. Psychol.*, 1936, 3, 381-402, 403-427.

²⁵ W. Lankes: *Brit. J. Psychol.*, 1915, 7, 387-419.

²⁶ T. H. Howells: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1933, 28, 14-29.

²⁷ W. H. Clark: *J. Educ. Psychol.*, 1935, 36, 604-610.

²⁸ C. K. A. Wang: *J. Soc. Psychol.*, 1932, 3, 79-90.

ineludible de la personalidad. El concepto de persistencia es mucho más atrevido y a la larga se verá que es más correcto. Si eso ocurre, ese concepto permitirá hacer frente, en parte al menos, a los espinosos problemas de la "fuerza de voluntad", cuya inclusión en todo inventario de la personalidad es tan necesaria como enfadosa.

LOS RASGOS DE ACTITUD

La distinción entre actitud y rasgo es especialmente indefinida cuando el objeto hacia el cual se dirige la actitud se vuelve altamente generalizado (cf. págs. 311 y sigs.). En el caso de los rasgos expresivos que acabamos de describir, parece no haber limitación alguna en el objeto de referencia; son estilísticos y todo lo penetran en la personalidad. Pero hay otros rasgos que están más cerca de la categoría de las actitudes; son modos de ajuste por intermedio de los cuales la persona se orienta hacia algún aspecto especificable de su situación vital. La extraversión, por ejemplo, aunque concuerda claramente con los criterios que definen un rasgo, es al mismo tiempo una actitud (sumamente generalizada) hacia la "realidad". De modo semejante, la *confianza en sí mismo* es manifiestamente un rasgo personal, pero al mismo tiempo representa una actitud general del individuo respecto a su competencia. La distinción entre actitud y rasgo no es de importancia fundamental, por lo menos en lo que tiene que ver con el psicograma.

11. *Extraversión e introversión.* Sin sombra siquiera de duda se puede afirmar que en los últimos veinte años los psicólogos se han interesado más por estos rasgos que por cualquier otro. Vigorosamente criticados y muchas veces repudiados, permanecen firmemente arraigados en el bagaje de conceptos del psicólogo y se han abierto camino dentro del lenguaje corriente. Probablemente ni el psicólogo ni el profano puedan volver a arreglarse sin ellos. Antes que Jung introdujera estos términos, era común hablar de "disposición mental objetiva" y "disposición mental subjetiva"; también los conceptos paralelos de James de "disposición mental rígida" y "disposición mental laxa" llegaron al lenguaje común. Pero fueron los términos de Jung, con su transparente etimología, los que finalmente se impusieron.

Según Jung, un hombre es extravertido "cuando otorga su interés fundamental al mundo exterior u objetivo y atribuye a éste un valor esencial y superior en importancia a todo lo demás; es introvertido, por el contrario, cuando el mundo objetivo sufre una especie de depreciación o falta de consideración debido a que es exaltado el individuo mismo." Para definir por ejemplos, puede hacerse la siguiente enumeración:

La extraversión implica

preferencia por la participación en el mundo de la realidad objetiva (social) y en los asuntos prácticos;

realismo como principio fundamental en el trabajo y en la comunicación;

vida afectiva no finamente matizada; expresión espontánea y natural en la esfera emocional;

despreocupación por los fracasos y resolución de conflictos en la acción;

ausencia de prolongado autoanálisis y auto-crítica;

relativa independencia respecto a las opiniones ajenas;

no ser dado a interpretar lo que se oye como alusiones personales;

disposición mental rígida y modo de ver pragmático.

La introversión implica

preferencia por el mundo de la imaginación, que es rico y creador;

producciones y expresiones oscurecidas por sentimientos subjetivos, polarización hacia el Ego más que hacia el Alter;

delicadeza general de sentimientos;

tendencia a no expresar la emoción inmediatamente sino a diferir la expresión o a variarla dándole formas no comunes;

poca resolución abierta de conflictos y en cambio tendencia a interiorizarlos y a reaccionar a través de la fantasía;

gran cantidad de autoanálisis y auto-crítica;

sensibilidad a las críticas; las experiencias de importancia personal son retenidas largo tiempo en la mente, en especial las que involucran elogio y condena;

"susceptibilidad" y una tendencia a tomar todas las cosas en forma personal;

disposición mental laxa y modo de ver idealista.

De ordinario el extravertido considera al introvertido un alma enferma, mientras que el introvertido a menudo es de la opinión de que el extravertido es un filisteo y un pesado.

Esta caracterización que hemos hecho es un ejemplo del empleo de "tipos ideales". Sólo hemos descripto casos extremos. En verdad la hipótesis inicial de Jung era que estaba proponiendo tipos psicológicos básicos, pero la mayor parte de los psicólogos han llegado a la conclusión de que estos tipos no son de ningún modo tipos últimos sino meramente los extremos de algún tipo de variable continua, de distribución normal.

Se han propuesto muchos tests para medir esta variable, casi todos del tipo del cuestionario estandarizado.²⁹ En los últimos años estos tests han sido sometidos a un vasto estudio crítico, del que resultó la conclusión de que si bien la variable puede ser calibrada con éxito moderado, no por eso deja de ser demasiado indefinida (demasiado amplia) para cooperar

²⁹ Para referencias y descripciones de estas escalas véase P. M. Symonds: *Psychological Diagnosis in Social Adjustment*, 1934, págs. 241-246.

en una pintura discriminada de la persona. Este destino de la dicotomía epica de Jung era previsible. Un concepto lo bastante amplio como para caracterizar todas las actitudes hacia la realidad objetiva y subjetiva es necesariamente vago e indefinido. Tal como a menudo se la define, la extraversión engloba la ascendencia, la expansión, la resistencia y muchos otros rasgos comunes. Una limitación del concepto era inevitable.

El análisis factorial de los puntos incluidos en muchos tests de extraversión-introversión, hecho por los Guilford, muestra específicamente que en sus respuestas pueden estar involucrados muchos grupos por entero independientes.³⁰ En lugar de una variable, los Guilford sugieren que hay en este campo al menos tres: en primer lugar, *S* (extraversión social), que constituye un rasgo de tipo unitario, coherente y dotado de sentido. Las personas se caracterizan por mostrar la misma respuesta en diversos tipos de grupos sociales poniendo de manifiesto una tendencia a salir de sí o a encerrarse en sí mismas. Separable de *S* es la variable *E*, que parece tener menos que ver con la timidez social que con diversas formas de dependencia emocional. El sentirse herido muy fácilmente, por ejemplo, parece estar vinculado con inclinaciones hacia la inquietud o ansiedad, el ensueño y hacia la languidez como estado de ánimo. El tercer factor, *M* (masculinidad-feminidad), es un factor vago, confundido con la consideración del sexo, por entero ajena al problema. Cuanto más, es una contraparte empírica de la variable más adecuada descripta antes como ascendencia-sumisión. Ni este factor ni tampoco otros factores menores descubiertos por estos autores merecen ser retenidos. Pero los dos primeros de los factores de los Guilford bien podrían ser adoptados para ocupar el lugar de la variable única extraversión-introversión, que ahora aparece en el psicograma. Hablar de extraversión-introversión *social* y extraversión-introversión *emocional* parece no sólo correcto desde el punto de vista empírico sino también inteligible psicológicamente. Subsiste sin embargo algún problema, pues no está del todo claro si los ingredientes del factor *E* pueden ser interpretados con claridad como introsversión emocional y extraversión emocional. Es necesario trabajar ese punto. Entretanto, pero sólo entretanto, la variable única, pese a toda su excesiva vastedad, puede quedar en el psicograma bajo la forma en la cual todavía es comunmente aceptada.

12. *Auto-objetivación y auto-engaño*. Ya hemos insistido en el capítulo VIII en que la introspección y el humor son especialmente importantes en el desarrollo de la personalidad madura. La buena introspección no sólo impide que una persona se deje engañar por sus propias racionalizaciones, sino que también la obliga a encarar en forma objetiva las debilidades y la fuerza

³⁰ J. P. y R. B. Guilford: "Personality Factors *S*, *E* and *M*, and Their Measurement", *J. Psychol.*, 1936, 2, 109-127.

de su bagaje personal. Se mostró allí que el sentido del humor está tanto empírica como teóricamente en una relación tan estrecha con la introvisión que desde el punto de vista psicológico no es útil distinguirlos. Por esta razón se ha elegido una designación que incluye a estas dos variables gemelas: *auto-objetivación*. Según la doctrina de los rasgos, ninguna disposición psicológica es por sí misma intrínsecamente deseable o indeseable. Hay tantos *modi vivendi* exitosos, tantos modos de vivir adaptativa o creadoramente, que nadie que no sea un moralista dogmático podría declarar que un rasgo es siempre bueno y otro es siempre malo. La moral perfeccionista aboga en favor de rasgos totalmente diferentes que la moralidad hedonista, y el dorado medio de Aristóteles requiere cualidades diferentes que la ética de *Sturm und Drang* de Fausto. Sin embargo es interesante señalar que la mayoría de las doctrinas éticas desde la época de Sócrates han recomendado especialmente el autoconocimiento. Una actitud imparcial y objetiva hacia uno mismo es considerada una virtud primaria, básica para el desarrollo de todas las otras. Pocas defensas tiene el auto-engaño con sus inmovilizadoras auto-justificaciones y racionalizaciones, que impiden la adaptación y el crecimiento. Y puede decirse entonces que si algún rasgo de la personalidad es intrínsecamente deseable, ese rasgo es la disposición y capacidad para verse a uno mismo con perspectiva.

La amplitud de distribución de este rasgo de actitud es muy grande. Algunas personas tienen una notable objetividad en sus opiniones sobre sí mismas; otras, los psicóticos, se engañan por completo y están por entero desprovistas de autoconocimiento. Probablemente la mayoría de la gente cae dentro de la algo ambigua amplitud media y esto pese a la tendencia a sobreestimar a uno mismo que existe en las auto-evaluaciones de la introvisión y el humor.

La dificultad principal para medir esta variable es la falta de un criterio seguro para la introvisión (cf. págs. 238/40). Un camino practicable para salir de esta situación consiste en estudiar la disparidad entre la auto-evaluación del sujeto respecto a diversos rasgos y las evaluaciones promedio de sus conocidos acerca de estos mismos rasgos. Este método informa por lo menos si el individuo se ve a sí mismo como lo ven los otros, si bien no establece si se conoce a sí mismo tal como "realmente" es. Sin embargo, si los jueces son capacitados y si existen medidas objetivas de la personalidad para verificar sus juicios, este método no es inferior a ninguno de los que hasta el presente existen.

Una técnica gráfica para estudiar la introvisión emplea un perfil similar al que desarrollamos en este capítulo. En él pueden representarse ante todo las auto-evaluaciones del sujeto acerca de todos sus rasgos. Luego, superpuesto a este perfil, se hará otro, preparado con las evaluaciones colectivas de los jueces o con marcas provenientes de algunos tests de los

que sea posible servirse. Pueden determinarse entonces las desviaciones del sujeto con respecto a la norma resultante y si se quiere se pueden comparar esas desviaciones con las de otros sujetos en sus propias auto-evaluaciones. De este modo se puede establecer para cada sujeto de la población experimental un "índice de introvisión" comparable.

13. *Confianza en sí mismo — falta de fe en sí mismo.* A primera vista podría parecer que la confianza en sí misma que tenga una persona en las distintas esferas de su actividad, ha de depender por entero de sus experiencias y de la destreza que haya comprobado tener en cada esfera y que en consecuencia no puede existir un rasgo generalizado de confianza o falta de fe en sí mismo. Las actitudes de confianza o falta de fe serían entonces específicas de cada situación. Sin embargo, en la vida corriente decimos que este hombre, aunque es capaz, carece de confianza en sí mismo; de otra persona decimos que se tiene a sí misma en menos de lo que vale y de un tercer individuo opinamos que está demasiado seguro de sí mismo, y de este modo pensamos caracterizar la conducta toda del sujeto, prescindiendo de su grado de destreza y competencia.

Hay pruebas experimentales que conceden la razón a este hábito del lenguaje. Estudiando las tendencias que se dan en la auto-evaluación, por ejemplo, Shen encuentra que en general la gente juzga sus capacidades *coherentemente* como altas, bajas o medias. "Parece entonces que la tendencia constante de la auto-estimación depende más del individuo que del rasgo" (que aquél está juzgando en su propia persona).³¹ Se puede recordar en este punto que se encontraron diferencias individuales del mismo tipo en el "nivel de aspiración" (pág. 401). Algunas personas se caracterizan por poner sus objetivos por encima de sus capacidades y otras por ponerlos por debajo. Además, hay ciertos tests de papel y lápiz que pueden valer como medidas (o medidas parciales) de la confianza y la falta de fe en sí mismo, todos los cuales ofrecen indicaciones muy satisfactorias de coherencia interna, p. ej., el test de Benreuter de *auto-suficiencia*, la escala de Pallister de *actitud negativa o de apartamiento* y la escala de Heidebreder de *sentimientos de inferioridad*.³²

14. *Gregarismo y retraimiento.* Esta variable, como las dos siguientes y a diferencia de las que hasta ahora hemos discutido, es de referencia exclusivamente social. Gregarismo significa nada más que el deseo de estar presente en grupos sociales; retraimiento significa aversión a ellos. Hay otros aspectos, completamente separados, de la "sociabilidad", p. ej., la genero-

³¹ E. Shen: *J. Educ. Psychol.*, 1925, 16, 104-107.

³² R. G. Benreuter: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1933, 28, 291-300; H. Pallister: *Arch. of Psychol.*, 1933, N° 151; E. Heidebreder: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1930, 25, 62-74.

sidad y la inteligencia social, que a veces son confundidos con el gregarismo, pero que con más propiedad deben ser tratados por separado.

El gregarismo es un rasgo tan familiar que a menudo se lo confunde con un instinto. Que no puede ser tal cosa lo prueba el hecho de que es posible encontrar muchas personas que paradójicamente carecen de ese "instinto", ya que prefieren la soledad a la compañía. Es mejor pensar que el gregarismo y el retraimiento son ejemplos de rasgos dinámicos (motivacionales). Algunas personas pueden no soportar el estar solas, tienen hambre constante de compañía y quedan marcadamente inquietas cuando se ven privadas de ella. Inversamente, el eremita o cuasi-eremita recorre grandes distancias para encontrar soledad y se siente molesto cuando está en presencia de gente. La mayoría de las personas, sin duda, tiene ambos tipos de deseos, por lo común en forma rotativa: cuando se sacian de la compañía, anhelan soledad; cuando se sacian de la soledad, ésta los pone tristes. Pero la incidencia relativa de un deseo sobre el otro parece ser una medida adecuada de la variable en cuestión.

Una aproximación a la medida de este rasgo común puede lograrse mediante el empleo de datos acerca de la distribución del tiempo (cf. pág. 392). La cantidad de tiempo que una persona emplea voluntariamente en la compañía de los otros, junto con la cantidad de los grupos sociales de que es miembro, la magnitud de su correspondencia, la extensión de su información referente a la vida social contemporánea (deportes, música popular, chismes corrientes, etc.) son todos datos que proporcionan claves para el estudio del gregarismo. Hasta ahora han sido puestas a prueba unas pocas escalas, construidas en parte siguiendo las líneas generales que acabamos de indicar.³³

Pese a estos comienzos todavía no es corriente que los psicólogos conciben el gregarismo y el retraimiento como rasgos comunes de la personalidad, quizá porque estos conceptos están demasiado cargados con las tradiciones del instinto y las "fuerzas sociales". Sería fácil sin embargo cambiar los nombres y, más aún, deben ser cambiados si con eso se logra promover la investigación psicológica acerca de esta importante variable.

15. *Altruismo y egoísmo*. A primera vista estos rasgos pueden parecer fuera de lugar en un inventario psicológico, pues tienen un inconfundible aire normativo y caracterológico. Por desgracia no hay nombres de rasgos totalmente neutrales e imparciales que puedan designar las cualidades en cuestión, a menos que se adopten las incómodas expresiones *socializa-*

³³ Cf. J. Hsaia: "A Study of the Sociability of Elementary School Children", *Teach. Coll. Contrib. to Educ.*, 1928, N° 322; J. J. Stauter y L. M. Hunting: *J. Soc. Psychol.*, 1933, 4, 377-380; también A. R. Gaillard y R. S. Burke: *J. Appl. Psychol.*, 1926, 10, 315-326.

ción de la conducta y no socialización de la conducta. Aun estas caracterizaciones, si bien son neutrales y técnicas, parecen referirse a estadios estáticos del desarrollo más que a modos activos de ajuste y por consiguiente son pobres como nombres de rasgos. Altruismo es una designación aceptable siempre que se la tome como significando meramente el hecho verificable de que algunas personas modifican coherentemente su conducta de acuerdo con los intereses de otros individuos e introceptan todas las normas corrientes de su área cultural que son consideradas favorables al "bien social". El término egoísmo (menos ambiguo que egotismo) también puede usarse sin implicar evaluación. Los individuos que no han logrado introceptar normas sociales en sus personalidades buscan sólo su propio bien, en general a expensas de los intereses de los otros. Pueden ser agresivamente egoístas, e incluso apoyar su conducta con racionalizaciones peyorativas o pueden ser simplemente insensibles, inconscientes de los intereses de las otras personas.

Concebir el altruismo y el egoísmo como rasgos de personalidad no es más que echar nueva luz sobre un problema antiguo. Ningún infante está socializado, aunque algunos temperamentos parecen responder desde el comienzo a las influencias socializadoras del ambiente más fácilmente que otros. Pero en todos los casos, el desarrollo de una disposición altruista lleva tiempo. Entre el quinto y el séptimo año hay por lo común un marcado acrecentamiento de la conducta cooperativa y una creciente conciencia de los derechos de los otros; el proceso está ligado a la edad durante toda la niñez.³⁴ Las reglas de la relación social se aprenden, la simpatía, la cortesía, la generosidad son fomentadas socialmente. No es extraño encontrar individuos que en la madurez han transformado tan completamente sus impulsos egoístas originales que viven ante todo para el bienestar de los otros. Están tan socializados que sus propios intereses exigen que se tenga consideración antes que nada por los intereses de los que los rodean. El reverso de este proceso es la tenaz persistencia en el estado del egoísmo infantil, pese a la elaboración y variación de sus expresiones a lo largo del tiempo. La persona egoísta puede desarrollar una máscara que cuente con la aprobación social y algunos útiles pseudo-rasgos, pero siempre hay poca socialización auténtica en sus actitudes o en su conducta.

El grado de socialización alcanzado por los niños en diversas edades ha sido medido mediante tests de "madurez social", "juicio moral" o "discriminación ética". Hay también tests de honestidad, de servicialidad y de generosidad, basados a menudo en observaciones de niños en situaciones vi-

³⁴ Cf. S. Baley: "Research on Ethics and Aesthetics of Children in the Preschool Age", *Polish. Arch. of Psychol.*, 1936; la investigación sobre la educación del carácter comprueba también este hecho.

tales concretas.³⁵ En el caso de los adultos resulta mucho más difícil crear una escala que sea sutil y no promueva la falsa información. Un test de papel y lápiz no satisface esa exigencia; es demasiado fácil estimular la inclinación social y desfigurar los propios motivos, en especial cuando la simulación y la racionalización están ya consolidadas por el hábito. Sólo se puede obtener una representación de esta variable por medio de registros objetivos de comportamiento o sirviéndose de evaluaciones competentes.

16. *Inteligencia social*. Un término virtualmente sinónimo de inteligencia social y que en ciertos aspectos merece ser preferido, es *tacto*, el poder de apretiar y hacer en todo momento lo que las circunstancias sociales requieren. Otras expresiones equivalentes son "comprensión social" y "susceptibilidad a la estimulación social". Los psicólogos prefieren la denominación de "inteligencia social", aunque al hacer eso corren el riesgo de caer en el falso supuesto de que es algo perteneciente al bagaje innato, tal como lo es la "inteligencia abstracta". Si algún rasgo depende de la experiencia y el adiestramiento, ese rasgo es la inteligencia social. El ama de casa habilidosa, de elevada inteligencia social, que sabe hacer que cada persona se sienta como en su propia casa, que puede prever las necesidades de cada uno, que consigue inducir a todos a participar de la conversación y logra mantener su presencia de ánimo ante las pequeñas catástrofes sociales, sabe hacer todo esto, porque lo ha *aprendido*.

No hay duda de que la inteligencia social es un rasgo generalizado. Diferentes circunstancias pueden exigir tipos enteramente diferentes de comportamiento y la flexibilidad en pasar de una conducta a la otra es la verdadera esencia de este rasgo. En un hogar norteamericano, un caballero que tiene tacto elige un sofá incómodo si de ese modo deja las sillas más cómodas para las damas, pero en Alemania pronto aprende a evitar el sofá, por más incómodo que éste sea, pues es el asiento de honor reservado a las matronas de mayor edad. En Norteamérica, en la calle le dejará la pared a las mujeres, en Europa caminará a su izquierda. En un hogar esquimal tendrá que eructar con todas sus fuerzas para mostrar que aprecia la comida que le han servido; en Beacon Hill no hará tal cosa. La inteligencia social no consiste en llevar a cabo un acto determinado en todas las ocasiones, sino en variar (e incluso invertir) la conducta de acuerdo con las circunstancias. Por esta razón es absurdo considerar la inteligencia social como un cúmulo de hábitos específicos (cf. págs. 278/80).

El enigma fundamental que presenta esta variable es la naturaleza de la poca inteligencia social: ¿se trata de una mera deficiencia o es un modo positivo de ajuste?

³⁵ En la bibliografía de Symonds, *op. cit.*, págs. 277-298 se pueden encontrar las referencias correspondientes.

Parece difícil concebir la torpeza social o la falta de tacto como una disposición activa, a menos que sea un resultado de una rebelión social o de valores contradictorios, más altamente apreciados por el individuo. Estamos aquí ante un ejemplo de la arbitrariedad que supone toda construcción de una variable común. O con rasgos opuestos se construye un único continuum, con lo que resulta una distribución normal útil pero artificial, o, si no, tal como parece ocurrir en este caso y como sucede con las variables de físico, inteligencia y todos los rasgos de valor, la variable representa la *presencia* o *ausencia* de alguna característica. Para los fines prácticos de la medida no importa cómo haya sido construida la escala en tanto ésta sea empíricamente correcta; pero en bien de la teoría es conveniente tener siempre en la mente esta pregunta acerca de *qué* es lo que se mide con la escala empírica.

Han sido sugeridos diversos métodos ingeniosos para medir la inteligencia social, entre ellos tests de memoria de nombres y rostros, de capacidad para seleccionar el acto socialmente "correcto" en una serie de alternativas, de información acerca de códigos sociales y creencias populares.³⁶ Ninguno de estos tests en su estado actual es totalmente satisfactorio, pero la variable puede ser incluida provisoriamente por su plausibilidad y porque estas escalas sugieren ciertas pruebas iniciales. Una delimitación más precisa de la variable será una consecuencia de la obtención de mejores métodos de medida.³⁷

Las últimas cinco variables que aparecen en el psicograma son claros ejemplos de intereses o rasgos motivacionales. Ningún perfil sería completo sin algunas dimensiones que representaran los valores subjetivos, que son el núcleo de la dinámica de la conducta y desempeñan un papel tan importante como unificadores de la personalidad. Pero no por eso es necesario aceptar las variables aquí propuestas. Podrían elegirse otras, como, por ejemplo, los cuatro tipos principales de intereses ocupacionales distinguidos por Thurstone, o sea, el interés por la *ciencia*, por el *lenguaje*, por la *gente*, por los *negocios*.³⁸

Los intereses incluidos en el presente psicograma son cinco de las seis "direcciones del esfuerzo personal" descritas por E. Spranger y definidas en

³⁶ Una conveniente revista de todos los métodos aprovechables es proporcionada por R. L. Thorndike y S. Stein: *Psychol. Bull.*, 1937, 34, 275-285. El cargo que se hace frecuentemente a estos tests en el sentido de que se correlacionan con medidas de inteligencia general (abstracta) no es concluyente. Es *previsible* que la inteligencia general ha de influir sobre la formación de este rasgo y una coincidencia moderada no refuta la concepción de la inteligencia social aquí propuesta.

³⁷ No sólo la definición de esta variable, sino también las de todas las otras incluidas en el psicograma, están hechas decididamente en función de la técnica (o de las operaciones) mediante la cual la variable es medida. Pero esta concesión al operacionalismo no significa que se puedan pasar completamente por alto los criterios racionales. Siempre es necesario que la variable esté en conformidad con alguna lógica de los rasgos.

³⁸ L. L. Thurstone: *Psychol. Rev.*, 1931, 38, 406-427; *J. Person*, 1931, 10, 198-205. Otras dimensiones de interés son discutidas junto con las escalas en D. Freyer: *Measurement of Interests*, 1931.

detalle en el capítulo VIII. Pueden ser medidos con una sola escala y todos coinciden decididamente con la curva normal de distribución.³⁹

17. *El interés teórico*
18. *El interés económico*
19. *El interés estético*
20. *El interés político (por el poder)*
21. *El interés religioso.*

Excluimos de esta lista el interés social, que no ha sido definido en forma adecuada y que por consiguiente no es medido satisfactoriamente por la escala en cuestión. También ha sido omitido debido a su superposición conceptual con otras dos dimensiones que aparecen en el registro psicográfico: la *gregaridad* y el *altruismo*.

Algunos autores han propuesto el agregado de un interés *vital* o *hedonista* a esta serie, y si se puede establecer su carácter de rasgo escalable no habría inconveniente en incluirlo.

LA INTERCORRELACIÓN DE LOS RASGOS

Nos queda aún un problema. ¿Cuál es la relación existente entre las variables incluidas en el psicograma? ¿Son independientes o de ordinario las marcas en una tienen correlación con las marcas en otra? Esta última situación es la que por lo general predomina. Para tomar unos pocos ejemplos, citemos ante todo los tests de ascendencia que por lo general se correlacionan en cierta medida con los tests de extraversión (+ 0.30 a + 0.40); las evaluaciones de la fuerte emocionalidad con las evaluaciones de la introversión tienen una correlación aún más alta; un test de ascendencia se correlaciona con un test de interés religioso con un índice de + 0.23; un test de introversión con un test de valores teóricos, + 0.32; en un estudio, la inteligencia se muestra asociada positivamente con intereses teóricos, + 0.23, y negativamente con intereses económicos, - 0.41. De ordinario se comprueba que los tests de inteligencia social tienen una correlación de + 0.40 con tests de inteligencia abstracta. En general, las marcas superiores a la línea media muestran una tendencia a la correlación positiva y las marcas inferiores a esa línea tienden también a tener una correlación positiva, o, en otras palabras, el perfil tiende a ser coherentemente alto o bajo.⁴⁰ Este hecho sugiere que hay pruebas de la existencia de una pauta "fuerte" de personalidad y una pauta "débil".

³⁹ P. E. Vernon y G. W. Allport: "A Test for Personal Values", *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1931, 26, 233-248; también H. Cantril y G. W. Allport: "Recent Applications of the Study of Values", en el mismo *Journal*, 1933, 28, 259-273.

⁴⁰ Sin embargo también tienden a ocurrir ciertas inversiones, como, por ejem-

Con todo, las intercorrelaciones promedio no son altas y existen diversos modos de explicar las asociaciones pobres que se ponen de manifiesto. Sin duda alguna, éstas resultan en parte de errores experimentales. En los tests hay a menudo duplicaciones de preguntas o situaciones, lo que trae como consecuencia una correlación positiva espuria entre las marcas en rasgos separados; en las evaluaciones se produce el conocido "efecto del halo" o impresión general que colorea uniformemente los juicios de cada evaluador respecto a todas las variables. Las correlaciones positivas pueden deberse también en parte a definiciones y concepciones iniciales de las variables que en verdad se superponen. Los investigadores no se esfuerzan por tener siempre en vista dimensiones totalmente separadas (a menos que estén buscando factores que no se superpongan). Pero aun aceptando la existencia de estos aspectos espurios de las correlaciones, existe una genuina causa neuropsíquica para que haya superposiciones. En los sujetos que desarrollan con fuerza un rasgo hay una tendencia a desarrollar otros, en parte a causa de que todos los rasgos presentes en el individuo se desarrollan a partir de una matriz primordial de temperamento, vitalidad e inteligencia y en parte a causa del principio de integración que tiende a formar rasgos cada vez más amplios. En general, sin embargo, las pruebas en favor de la existencia de tipos "fuertes" y "débiles" de personalidad son demasiado escasas para tener valor predictivo en cada caso individual y son seguramente demasiado escasas para desplazar el método más discriminativo que estudia la personalidad con la ayuda de variables separadas.

Surge entonces el problema de si no es deseable redefinir todos los rasgos del psicograma con la ayuda de algún procedimiento estadístico que los vuelva "unitarios", esto es, totalmente independientes unos de otros. El análisis factorial podría cumplir esta tarea. En ciertos casos en que una variable mal concebida se muestra demasiado indefinida y amplia, se puede mejorar la situación sirviéndose del análisis factorial, que sugerirá la distinción de componentes separados (cf. el análisis de la extraversión-introversión hecho por los Guilford) o inversamente, tal ayuda podrá ser eficaz en el caso de una gran correlación positiva, en que parezca inteligente combinar los rasgos concebidos separadamente en una variable única (tal como la introvisión y el humor fueron combinados para constituir la auto-objetivación). Pero en otros casos de superposición *moderada*, la redefinición empírica de rasgos no parece ser deseable, ya que las variables empíricas (rasgos unitarios) pierden a menudo en inteligibilidad psicológica lo que ganan en independencia. Manteniendo las variables comunes incluidas en el gráfico, la lógica de los rasgos se conserva intacta, mientras que cons-

plo, entre marcas "altas" en emocionalidad y "bajas" en los rasgos expresivos y en extraversión. Las relaciones positivas parecen ser más seguras entre los nueve rasgos agrupados en el psicograma desde la ascendencia hasta la inteligencia social.

truyendo factores artificiales (estadísticos), se abandonan las consideraciones puramente psicológicas (derivadas de la experiencia clínica, de laboratorio y cotidiana) al igual que la lógica racional de los rasgos.

Esta argumentación no implica que la búsqueda de variables comunes más satisfactorias deba cesar. Por el contrario, todas las dimensiones propuestas en este capítulo están declaradamente a prueba. Con el tiempo, los nuevos tests, los progresos que realice la antigua crítica, racional y empírica, y el uso juicioso del análisis estadístico han de llegar a eliminar algo de la tosquedad de las variables aquí discutidas y a establecer nuevas y mejores dimensiones para la comparación de una personalidad con otra. Pero este progreso no se producirá a menos que la inteligibilidad de la dimensión se valore en más que su independencia respecto a otras dimensiones. La independencia estricta no es un requerimiento vital ni siquiera razonable para los rasgos humanos.

RASGOS COMUNES NO INCLUIDOS EN EL REGISTRO PSICOGRAFICO

Sólo son incluidas en el registro psicográfico las variables que han sido sometidas por los psicólogos a un considerable estudio empírico y racional y que al mismo tiempo concuerdan con la concepción de los rasgos comunes expuesta en este volumen. Pero podrían agregarse también muchas otras variables que satisfacen igualmente bien (o casi igualmente bien) estos mismos criterios. Aunque sería una tarea demasiado larga examinar cada uno de esos rasgos comunes en detalle, unos pocos de ellos merecen una mención especial.

La de *radicalismo-conservatismo* es una variable de actitud vastamente discutida en la psicología contemporánea. Una persona enteramente radical es un individuo que alteraría todas las instituciones sociales y todas las convenciones, dándoles formas nunca intentadas; un hombre enteramente conservador es un individuo que ha de mantener el statu quo y se resistirá a *todas* las formas nuevas. Sin duda, tales extremos no se encuentran en la realidad. Los objetos o las costumbres hacia los cuales el individuo puede estar dispuesto radical o conservadoramente son tan numerosos que sería muy notable que estas actitudes mostraran una unidad funcional perfecta en algún grado constante de intensidad. Es por entero posible que un hombre sea radical en cuanto a las costumbres y conservador en política, o radical en el arte y conservador en la religión.

Sin embargo, tenemos pruebas que demuestran que por regla general estas actitudes no son de ningún modo específicas. En efecto, tanto el radicalismo como el conservatismo poseen una amplitud y una coherencia interna casi desconcertantes. Se realizó, por ejemplo, un estudio según cuyos resultados las personas partidarias de un gobierno socialista son tam-

bién internacionalistas, pacifistas, atípicas en sus creencias religiosas y rebeldes en moral. Pero la coherencia no termina aquí. Son también, en general, aficionadas a la poesía, realizan estudios más avanzados que el término medio en el secundario y la universidad y están más libres de prejuicios y falsas informaciones que los conservadores. ¿Dónde termina el rasgo de radicalismo? Parece tener aún más manifestaciones y dar lugar a una mezcla de disposición mental laxa, conciencia, humanitarismo y disposición para crear nuevas posibilidades, a la que resulta imposible dar un nombre. El término radicalismo parece una designación estrecha y engañosa; la denominación de "puritania" propuesta por T. L. Kelley para esta compleja variable sería en verdad más adecuada. También el conservatismo es por lo común un rasgo altamente generalizado. Si no fuera así, ¿por qué la composición de la Corte Suprema de los Estados Unidos constituiría un asunto al que se presta tan grande atención? La coherencia en la perspectiva liberal o conservadora de los diversos jueces, cualquiera sea el caso de que se trate, es verdaderamente asombrosa. Todo abogado comienza su alegato ante la Suprema Corte con la admisión implícita del supuesto de que nada de lo que pueda decir volverá a algunos de los jueces contra su cliente ni ganará a otros para su causa.

Muchas escalas muestran que el radicalismo y el conservatismo, pese a lo vastos que son, pueden ser medidos en forma confiable.⁴¹ De ahí que la aceptación de esta variable sea muy frecuente. ¿Y entonces no debería ser incluida en el psicograma? La única base para la duda reside en la posición indefinida en que deja ciertas actitudes afines, como, por ejemplo, el "liberalismo" y el "reaccionarismo". Un liberal no es simplemente un radical tibio; en muchos aspectos tiene una perspectiva por entero diferente. Ni tampoco el reaccionario es meramente un ultra-conservador, ya que en muchos aspectos coincide con el radical: él también está en favor del cambio (si bien hacia lo antiguo y no hacia lo nuevo); él también está descontento y en algunos estudios se muestra tan excitable y mal ajustado como el radical crónico. Ante todo esto podemos decir que la variable no está todavía lo bastante definida como para ser incluida en el psicograma.

Neurotismo. En favor de la inclusión de esta variable en el psicograma habla su familiaridad como concepto psicológico y la existencia de escalas muy usadas para su medida. Sin embargo, las razones en favor de la inclusión de esta disposición entre los rasgos comunes están lejos de ser concluyentes.

El neurotismo se mide por lo general mediante alguna escala com-

⁴¹ Cf. G. B. Vetter: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1930, 25, 26-39, 149-189; G. W. Allport: *Amer. J. Sociol.*, 1929, 35, 220-238. Entre varios tests existentes para esta variable uno de los más satisfactorios es el "opinionario" de T. F. Lenz: *J. Soc. Psychol.*, 1934, 5, 338-365.

puesta por muchos ítems, tomados en parte de tests preexistentes de introversión y sumisión. Según Thurstone el neurotismo consiste en "no lograr expresar efectivamente la imaginación en la realidad social".⁴² Esta es una concepción aditiva de dudoso valor, impuesta por una escala con una variedad demasiado amplia de ítems. Su correlación con medidas de la introversión es fatalmente alta, tan alta que es imposible considerarla una variable separada. Posiblemente pueda mostrarse que el neurotismo no se puede distinguir de la "introversión emocional". No parece tener relación con el factor de "introversión social" de los Guilford. Pero este reagrupamiento de rasgos ha de esperar necesariamente los resultados de futuros estudios de la introversión y el neurotismo.

Otra dificultad que se presenta para admitir esta disposición como rasgo común es su distribución asimétrica, dado que la mayor parte de la gente tiene pocos síntomas y unas pocas personas tienen una gran cantidad. Hay también una enfadosa diferencia sexual en las normas, ya que las mujeres son más neuróticas que los hombres (según la escala).⁴³

En consecuencia, como variable común, la disposición neurótica no está ni lo bastante bien definida ni lo bastante normalmente distribuida como para justificar su admisión en el psicograma. Si bien no se la puede considerar una variable común, esta disposición es sumamente importante como rasgo *individual* en toda vida en que esté presente, pero sólo en la forma particular en que esté presente.

Sugestibilidad — negativismo. Esta variable ha sido estudiada muchas veces y se han proyectado varias escalas, pero sólo con éxito dudoso.⁴⁴ Cuando discutimos antes este problema en el capítulo VI, llegamos a la conclusión de que es mejor considerar la sugestión como un *aspecto del crecimiento*, como una función mental que actúa en todo ser humano, en grado que varía según la situación. Sólo en pocas personas encontramos una naturaleza generalmente sugestionable o generalmente negativista y estos casos de coherencia son demasiado raros para justificar la construcción de una dimensión mensurable de la personalidad.

Masculinidad — feminidad. El extenso trabajo de Terman y Miles sobre esta variable es un ejemplo excelente de establecimiento empírico de una dimensión común de la personalidad, que culmina en una escala de medida.⁴⁵ Se emplearon dos formas de un test, de más de 400 ítems cada

⁴² L. L. y T. G. Thurstone: "A Neurotic Inventory", *J. Soc. Psychol.*, 1930, I, 3-30. Una forma abreviada de la escala de Thurstone es ofrecida por R. R. Willoughby: *J. Soc. Psychol.*, 1934, 5, 91-97.

⁴³ Cf. R. R. Willoughby: *J. Soc. Psychol.*, 1934, 5, 2-36.

⁴⁴ Cf. M. Otis: *Arch. of Psychol.*, 1924, N° 70; G. y L. B. Murphy: *Experimental Social Psychology*, 1931, pp. 155-168.

⁴⁵ L. M. Terman y C. C. Miles: *Sex and Personality*, 1936.

una. Cada ítem tiene un valor de *uno* para el puntaje total y se marca con el signo (+) si es sintomático de "masculinidad" y con el signo (—) si es sintomático de "feminidad". La significación diagnóstica de los ítems se determina comparando el porcentaje con que cada respuesta se encuentra en grupos masculinos y femeninos. Los ítems del test abarcan esferas tan diversas como la asociación de palabras, la asociación en base a manchas de tinta, la información, los intereses, las actitudes emocionales y éticas y las respuestas a personalidades y opiniones. Por ejemplo, en inglés, asociar "train", que significa a la vez tren y cola de un vestido largo, con "engine" (máquina), es una respuesta masculina, y en cambio asociarla con "gown" (bata) es una respuesta femenina; el miedo a los truenos es una característica femenina y el gusto por la química constituye una característica masculina.

Lo altamente llamativo de esta escala es el descubrir que en tantos ítems se manifiestan diferencias sexuales importantes. (En los años recientes ha sido común entre los psicólogos minimizar las diferencias entre los sexos.) No obstante, Terman y Miles comprobaron que dado un alto grado de cultura y educación las marcas de hombres y mujeres se acercan en mayor grado. Comprobaron también que hombres homosexuales que actúan al modo de las prostitutas logran marcas señaladamente femeninas, hecho éste que habla en favor de la validez del test.

Esta variable podría ser incluida en el psicograma siempre que la marca de cada individuo fuera representada en relación a la marca media de su *propio* sexo. No obstante, la pareja masculinidad-feminidad (al igual que el neurotismo) constituye un rasgo vasto y de tipo aditivo, algo carente de profundidad y discriminación. Las pautas particulares quedan ocultas y desfiguradas bajo las marcas correspondientes a la masculinidad "total" y a la feminidad "total". Por ejemplo, parece evidentemente erróneo situar a un hombre como "femenino" sólo porque tiene un marcado interés por la lengua y la literatura y no por la ciencia. *En este caso el único hecho cierto es que ese hombre se interesa por la lengua y la literatura (y no que es femenino).*

La interpretación correcta de una variable empírica como ésta es tanto más difícil cuanto que las expectativas culturales con que se enfrentan hombres y mujeres varían muchísimo en los diferentes grupos sociales. Para poder hablar con seguridad del rasgo masculinidad-feminidad como de "uno de los pocos núcleos alrededor de los cuales se modela gradualmente la personalidad" es necesario que llegue a tomar cuerpo un criterio mucho más definido y menos vasto, de bases biológicas más firmes. En resumen, antes de admitirla en el psicograma ha de exigírsele a esta variable una mejor fundamentación.

Podemos cerrar esta discusión mencionando brevemente algunos otros rasgos comunes, propuestos todos por activos investigadores. Si bien en su mayoría las variables citadas han sido estudiadas por varios psicólogos, en cada caso sólo se hace una referencia. Hasta cierto grado, todas estas variables satisfacen los criterios enunciados para la selección de rasgos comunes, pero al mismo tiempo todas parecen necesitar aún una consideración más atenta. En algunos casos lo que hace falta es un afinamiento de las definiciones o un mejor escalamiento, mientras en otros parece existir una superposición innecesaria con otras variables mejor concebidas.

- Ambición* (F. Baumgarten, *Prak. Psychol.*, 1922, 3, 333-349.)
Propensión al enojo (H. Cason, *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1930, 25, 224-236.)
Apreciación del arte (T. E. Karwoski y E. O. Christensen, *J. Educ. Psychol.*, 1926, 17, 187-194.)
Disposición a actuar cuidadosamente (T. Valentiner, *Zsch. f. päd. Psychol.*, 1931, 32, 263-274.)
Cooperación-competición (J. B. Maller, *Tech. Coll. Contrib. to Educ.*, 1929, Nº 384.)
Depresión-exaltación (H. H. Jasper, *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1930, 25, 307-318.)
Madurez emocional (R. R. Willoughby, *J. Soc. Psychol.*, 1932, 3, 3-36.)
Disposición mental laxa (G. B. Watson, *Teach. Coll. Contr. to Educ.*, 1925, Nº 176.)
Felicidad (temperamento) (G. B. Watson, *J. Educ. Psychol.*, 1930, 21, 79-109.)
Honestidad (H. Hartshorne, M. A. May, *Studies in Deceit*, Vol. I en *Studies in the Nature of Character*, 1928.)
Sentimiento de inferioridad (R. B. Smith, *Arch. of Psychol.*, 1923, Nº 144.)
Inhibición (H. Hartshorne, M. A. May, *Studies in Service and Self-control*, Vol. II en *Studies in the Nature of Character*, 1929, pp. 437-439, 450.)
Disposición frente a lo internacional (actitud general) (H. R. Harper, *What European and American Students Think of International Problems*, 1931.)
Militarismo-pacifismo (actitud general) (D. D. Droba, *J. Educ. Psychol.*, 1931, 33, 96-141.)
Inclinación al dinero (actitud general) (F. K. Shttleworth, *Sch. & Soc.*, 1924, 19, 679-682.)
Amaneramientos nerviosos (motilidad) (W. C. Olson, *Univ. Minn. Inst. Ch. Welfare Monog.*, 1929, Nº 3.)
Originalidad (inteligencia) (L. M. Chassell, *J. Educ. Psychol.*, 1916, 7, 317-328.)
Puntualidad (G. J. Dudycha, *Arch. of Psychol.*, 1936, Nº 204.)
Prejuicio racial (actitud general) (E. S. Bogardus, *J. Appl. Sociol.*, 1925, 9, 299-308.)
Aplicación al estudio (A. C. Eurich, *J. Appl. Sociol.*, 1930, 14, 577-591.)
Credulidad para la superstición (G. E. Lundeen y O. W. Caldwell, *J. Educ. Res.*, 1930, 22, 257-273.)
Susceptibilidad a la monotonía (L. A. Thompson, *Pers. J.*, 1929, 8, 172-195.)

CAPÍTULO XVI

ANÁLISIS POR MEDIO DE EVALUACIONES, TESTS Y EXPERIMENTOS

En verdad la psicología procede como todas las otras ciencias: se sirve del análisis. Al yo, que originariamente se le da en una intuición simple, lo resuelve en sensaciones, sentimientos, ideas, etc., que estudia por separado. Sustituye, entonces, el yo por una serie de elementos que constituyen los hechos de la psicología. ¿Pero estos elementos son realmente partes? Ese es el problema, y el haberlo eludido es la causa de que el problema de la personalidad humana haya sido tan a menudo formulado en términos insolubles.

BERGSON

“ANALIZAR” SIGNIFICA desatar o desligar. Por medio del análisis se busca lograr el conocimiento de algún fenómeno complejo considerándolo *en detalle*. Como hay muchas formas en que un fenómeno, en particular un fenómeno psicológico, puede ser examinado en detalle, hay por consiguiente muchos niveles posibles de análisis. Todos los niveles son legítimos y apropiados para algún fin, aunque en el estudio de la personalidad, como indica Bergson, algunos niveles deben ser preferidos decididamente a otros.

Un nivel de análisis es deseable cuando revela algo significativo concerniente a la personalidad. Hace esto del mejor modo cuando se ocupa de lo que Bergson llama “partes” de la personalidad y no de meras dimensiones elegidas en forma arbitraria por el experimentador. A menos que las unidades constituyentes mismas tengan un sentido propio, el investigador no puede esperar que de ellas resulte una pintura inteligible de las sub-estructuras de la personalidad ni tampoco que, una vez vueltas a colocar esas unidades dentro del armazón de la personalidad total para ser observadas, se obtenga un cuadro convincente.¹

¹ Cf. la afirmación de W. Köhler: “Desde el punto de vista de la psicología de la forma hay, después de todo, un análisis perfectamente genuino, admitido y pro-

De acuerdo con este razonamiento el nivel más deseable de análisis se alcanza cuando los rasgos y actitudes *individuales* de cada persona son estudiados por separado y en combinación. Este objetivo debe ser en consecuencia la meta primaria de la investigación de la personalidad. Sin embargo, no tiene por qué ser la única meta, ya que también es legítimo el estudio comparado de la personalidad, el cual sólo puede llevarse a cabo mediante el empleo de unidades diferentes de análisis (rasgos comunes).

El capítulo precedente (junto con el capítulo XI) ha mostrado que si bien los rasgos comunes no satisfacen la exigencia de Bergson de que sólo deben ser segregadas para el estudio verdaderas "partes" de la personalidad, con todo no carecen de significación y valor. Los rasgos comunes son fragmentos de conducta con sentido, que a menudo reflejan formas culturales de adaptación. Aunque estos segmentos están incluidos en forma inseparable en rasgos únicos y no comparables, pueden no obstante ser segregados desde el punto de vista especial del estudio comparativo. Si bien no son verdaderas disposiciones de la *persona*, son, en cierto sentido, verdaderas disposiciones del *socius*.

Tres de las técnicas analíticas más usadas en el estudio de la personalidad son *la evaluación*, *los tests* y *la experimentación*. Tal como en general se emplean, los dos primeros métodos sólo se adaptan al estudio de los rasgos comunes. (Son los dos instrumentos principales para determinar las marcas que luego son representadas en el psicograma descrito en el capítulo anterior.) El método de la experimentación, en cambio, se adapta tanto al estudio de los rasgos comunes como al estudio de los rasgos individuales.

La discusión de estas tres técnicas, que hemos de hacer a continuación tiene un triple propósito: (1) señalar algunos de los hechos sobresalientes que han resultado de su uso en el curso de investigaciones recientes; (2) dejar sentadas ciertas reglas prácticas que promuevan el uso más fructífero de estos métodos; (3) ilustrar el principio general según el cual las técnicas son más productivas cuando se las aplica a niveles verdaderamente significativos de análisis, como, por ejemplo, a rasgos comunes o individuales, tal como son definidos en este volumen, o si no a conjuntos y estructuras integrados por esos rasgos (análisis relacional y significativo).

ductivo en todos los casos: la simple descripción del campo en términos de unidades y sub-unidades en tanto éstas son sus partes reales que se definen en términos de límites, sub-límites, etc." *Ped. Sem.*, 1925, 32, p. 705. Para una útil discusión de las diversas formas de análisis que se emplean en la investigación psicológica, véase A. J. Harris: *Psychol. Rev.*, 1929, 36, 1-12.

PRINCIPIOS DE LA EVALUACIÓN

La evaluación es una estimación formal y articulada de la intensidad de una o más cualidades en una personalidad, estimación que se hace sobre la base del contacto directo con esa personalidad. Los maestros, los oficiales militares, los capataces, los directores de personal y los asistentes sociales son todas personas que emplean frecuentemente evaluaciones para fines prácticos. Pero la evaluación es también un método indispensable para los psicólogos, quienes, pese a su desconfianza por los juicios subjetivos, se ven obligados en sus investigaciones a confiar una y otra vez en las evaluaciones como criterios básicos.

Las evaluaciones proveen comparaciones cuantitativas de diferentes personas respecto a una variable por vez. Por sí mismo el método no atiende a la situación de la variable evaluada en la vida personal. Es un instrumento para el análisis de aspectos y su comparación, nada más. Pero pese a su limitación, el método de la evaluación tiene sus usos y muchos años de experiencia han enseñado cómo obtener el mayor rendimiento de él. Las reglas siguientes resumen la situación bastante bien.

1. *Las variables deben ser definidas claramente.* Una escala de evaluación cuyas variables no son comprendidas por los jueces o, lo que es aún peor, son comprendidas de diferente modo por los distintos jueces, carece de valor.

La selección de las variables que usará el investigador es algo que sin duda depende de sus fines específicos. Virtualmente no hay límite para el número de posibilidades, ya que es inherente al análisis dimensional el que cualquier aspecto de la personalidad pueda ser separado del todo y considerado comparativamente en una población de acuerdo con las preferencias del investigador. Si se tienen propósitos puramente prácticos (admitir o rechazar postulantes, distribuir ascensos o descensos) se puede elegir una lista de variables "caracterológicas", que incluya dimensiones biosociales, como "atractivo personal", "liderazgo", "cualidades cívicas", "valor para los negocios" y otras por el estilo. Pero para los fines de un análisis estrictamente psicológico es necesaria una teoría más metódica de la estructura de la personalidad y también cierta lógica de los rasgos comunes que sirva de guía.

Para definir las variables ante los evaluadores es posible: (a) dar términos sinónimos; (b) describir de un modo general el tipo de conducta a que corresponde la variable, y (c) dar ejemplos específicos de su actuación en la conducta manifiesta. En el capítulo precedente hemos definido una cantidad de variables evaluables y en general lo hemos hecho con la ayuda de los tres tipos de definición. Como sin duda se advertirá, una buena

medida evidente es discutir la escala de evaluación en forma oral con los jueces y dejar bien comprobado en la conversación que todos ellos tienen en vista exactamente la misma dimensión para su juicio.

2. *Hay dos tipos básicos de escalas de evaluación.* De ambas la escala por *puntaje* es la más común. En ésta se evalúa al sujeto sin comparación directa con otras personas de su círculo inmediato. Sin duda, este sistema, al igual que cualquier otro juicio cuantitativo, requiere que el evaluador tenga en su mente *algún* punto de referencia, pero en general basta una referencia más bien vaga a la "población general". Para situar este juicio en una escala, el evaluador emplea las unidades prescritas en cada caso. Puede ser una marca porcentual (que, sin embargo, requiere discriminaciones tan finas que tiende a conservar sólo los números redondos, p. ej. 60 %, 70 % u 80 %). O puede ser una escala tosca en la cual sólo se empleen dos intervalos, que sirven para indicar meramente la presencia o ausencia del rasgo. (La lista de términos descriptivos es en lo esencial una escala por puntaje con dos intervalos: un término señalado indica la presencia del rasgo.) Más a menudo se incluye algún número *impar* de intervalos —que la mayoría de las veces son cinco, siete o nueve— probablemente porque con números impares es más fácil expresar el juicio de "término medio".

En la escala *gráfica* de evaluación (una variante de la escala por puntaje) el juez hace una discriminación tan fina como le parezca conveniente y coloca una señal sobre una línea recta en el punto en que desea entre el extremo superior y el inferior. Mediante el empleo de este método se obtiene un número teóricamente infinito de intervalos distinguibles. En la práctica, sin embargo, como la escala gráfica está más finamente graduada de lo que corresponde a su exactitud, el investigador siempre la traduce a algún tipo de unidades aritméticas o estadísticas.

Estudiando el problema de la confiabilidad relativa de las escalas por puntaje que emplean pocos y muchos intervalos, Symonds concluye que el número óptimo de grados es siete. La evaluación con una escala de un número mayor de clases exige un grado de discriminación que no produce un aumento material de la confiabilidad. La evaluación con menos intervalos, en cambio, sufre una pérdida de confiabilidad a causa de la tosquedad de los agrupamientos.²

A modo de ilustración, es fácil ver cómo se pone en práctica todo lo que hemos dicho en la construcción de una escala por puntaje para la evaluación de la variable ascendencia-sumisión:³

² P. M. Symonds: *J. Exper. Psychol.*, 1924, 7, 456-461.

³ Adaptación de un texto aparecido en *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1928, 23, p. 127.

Por favor, sírvase evaluar al Sr. respecto de la variable abajo definida. Coloque una señal en la frase que le parezca representar mejor el nivel habitual de conducta de esa persona.

- Tendencia fuertemente marcada a tomar en el trato con sus compañeros el papel activo, a dominar, a conducir, a organizar.
- Marcada tendencia a tomar el papel activo.
- Ligeramente por encima del término medio en la tendencia a tomar el papel activo.
- Término medio: ni notablemente activo ni notablemente pasivo.
- Ligeramente por debajo del término medio en la tendencia a tomar un papel activo.
- Tendencia a ser pasivo en contacto con sus compañeros, a ser conducido más que a ser conductor.
- Tendencia fuertemente marcada a ser pasivo en sus contactos.

Recuerde: No es necesario hacer una evaluación "alta" para cumplir con el amigo al que está juzgando. Esta variable no implica nada intrínsecamente deseable. Hay tantas personalidades excelentes por debajo del término medio como por encima. Usted no está juzgando el mérito general de la personalidad de su amigo, sino simplemente un aspecto de ella con fines de investigación científica. ENTONCES SEA OBJETIVO EN SU EVALUACIÓN.

El evaluador marca el intervalo que elige; luego de lo cual el investigador convierte estas señales en puntaje. En este caso es conveniente una serie de siete intervalos, de +3 a -3 y con 0 como evaluación para el "término medio". Nótese la advertencia final del investigador al evaluador, que representa un intento de disminuir el familiar "efecto del halo" en la evaluación.

La escala de *ordenación jerárquica* se usa sólo cuando se trata de evaluar a todo un grupo de individuos en su relación mutua. El juez pone los nombres de los sujetos en orden serial de acuerdo con el status de cada uno para una variable dada. En tal escala no hay verdaderas unidades aritméticas, dado que es imposible demostrar que los intervalos entre los sucesivos individuos de la serie son equidistantes. Si las distancias fueran iguales estaríamos ante una distribución regular y no normal de la variable, situación ésta muy desusada. Es por esta razón que todos los cómputos estadísticos ordinarios basados sobre estas ordenaciones son precarios, aunque a veces se intente erróneamente llevarlos a cabo.

La utilidad del método de ordenación jerárquica está limitada a investigaciones que desde el comienzo hasta el final emplean un solo grupo de sujetos y no necesitan más unidades que las posiciones seriales de esos sujetos. En todos los casos en que el método es aplicable, tiene el mérito de ser más concreto que una escala de marcas. Cada sujeto puede ser comparado con cualquier otro sujeto antes que se determinen sus posiciones finales. A veces se piensa que semejantes comparaciones tangibles son más exactas que el método "solitario" del puntaje. Pero el que eso suceda o no, depende en medida considerable del número de individuos incluidos

en las comparaciones. Cuantos menos sean, mejor. Es casi imposible ordenar jerárquicamente más de una veintena de personas a menos que se permitan muchos empates. Es probable que los casos extremos sean ordenados en forma confiable, pero los individuos más moderados reciben su puesto casi por conjetura.

Es posible combinar los métodos del puntaje y del ordenamiento. La escala de comparación hombre a hombre usada en el ejército de los Estados Unidos es de ese tipo. El evaluador asigna marcas en una escala de cinco puntos, pero para llegar a esas marcas hace una comparación concreta entre el sujeto que está evaluando y los cinco hombres escala, elegidos como representantes de la variable en cuestión, cada uno de los cuales corresponde a uno de los intervalos de la escala.⁴

3. *Los jueces deben recibir una preparación previa.* Para emplear el método de la evaluación con los mejores resultados es necesario contar con tres buenos instrumentos: una lista de variables bien definida y delimitada, una escala adecuada con intervalos ni demasiado toscos ni demasiado finos y jueces tan talentosos como bien preparados. A menos que estas tres condiciones sean óptimas no es posible obtener evaluaciones verdaderamente satisfactorias. Los dos primeros ya han sido discutidos.

Los jueces difieren mucho en capacidad, pero cualquiera sea el grado de habilidad que les sea inherente, para rendir al máximo todo juez necesita: (a) instrucción acerca de la naturaleza de las variables, (b) instrucción acerca de los intervalos empleados y al mismo tiempo una nota que les advierta que no deben situar sus evaluaciones dentro de un campo demasiado estrecho sino que deben usar libremente toda la escala, (c) instrucción en el sentido de que cada evaluación debe ser un juicio nuevo e independiente, libre de prejuicios provenientes de los juicios precedentes. Necesita también: (d) contacto adecuado con los sujetos, (e) suficiente experiencia en el trato con gente en general para tener un punto apropiado de referencia para sus juicios, y (e) suficiente tiempo, paciencia e incentivo para trabajar cuidadosa y honestamente.

4. *La confiabilidad de las evaluaciones depende del grado de acuerdo entre los jueces.* Como rara vez es posible decidir qué juez "tiene razón" cuando los jueces están en desacuerdo acerca del puntaje o el puesto que corresponde a un sujeto dado, de ordinario se considera que la media de todos los juicios representa la aproximación más cercana a la verdadera posición del sujeto. Sin embargo, si los jueces han estado seriamente en desacuerdo, esta posición media puede carecer por completo de valor. (Así, si dos jueces evalúan un sujeto como +3 en una escala de siete puntos

⁴ Para una descripción más detallada de ésta y otras variedades de escalas véase P. M. Symonds: *Diagnosing Personality and Conduct*, 1931, cap. III.

y dos jueces lo evalúan como -3 , la evaluación media de 0 sería absurda, ya que sea lo que fuere el sujeto evidentemente *no* es un sujeto medio.) Por lo tanto, antes de usar la evaluación media de un sujeto como su verdadera evaluación es necesario determinar el grado de acuerdo existente entre los jueces. Resulta claro que si la desviación media (o error promedio) de los puestos atribuidos por los jueces con respecto a la media de los puestos es pequeña, los jueces han concordado entre sí estrechamente. Por el contrario una gran desviación media (o una alta marca en cualquier otra medida de dispersión) señala que hay confusión en la mente de los jueces o quizá contradicción en la conducta del sujeto, y sea verdad una u otra cosa, esto implica que las evaluaciones carecen de confiabilidad.

Por ejemplo, dieciocho jueces, todos bien conocidos entre sí, dedicaron cinco horas cada uno a ordenar jerárquicamente a los diecisiete restantes respecto de un conjunto de variables comunes. Las desviaciones medias para las distintas variables fueron las siguientes:

Ascendencia	2.88
Expansión	2.96
Adaptabilidad social	3.02
Inteligencia	3.07
Engreimiento	3.17
Egoísmo	3.27
Conservatismo	3.38
Intensidad emocional	3.51
Extraversión	3.60
Amplitud emocional	3.66
Comprensión	3.75

Vemos entonces que el mayor acuerdo entre los jueces se alcanzó en los casos de la ascendencia y la expansión (los más confiablemente evaluados de estos rasgos), y el menor en los casos de la amplitud emocional y la comprensión (los menos confiablemente evaluados de los rasgos). Siempre supone cierta arbitrariedad el establecer cuál es el grado de acuerdo por debajo del cual las evaluaciones deben considerarse totalmente desprovistas de confiabilidad y seguridad, si bien los estadísticos sostienen, por lo general, que antes de otorgar alguna confianza a la evaluación compuesta hay que contar con un acuerdo de tres a cuatro veces superior al que podría obtenerse por azar.

Por el mismo método es posible determinar para cuáles de los sujetos hay más desacuerdo entre los jueces (los más "enigmáticos" y menos confiablemente evaluados); para cuáles hay mayor acuerdo (los más "abiertos" y más confiablemente evaluados); también se puede determinar qué juez se desvía más de la media en sus evaluaciones (presumiblemente el juez menos eficiente) y qué juez se aproxima más a la media (presumiblemente el juez más eficiente). Poniendo en juego técnicas estadísticas auxiliares

algo más elaboradas, este método de estudio de la confiabilidad puede ser extendido en gran medida, pero para nuestros propósitos basta con tener presentes los rudimentos del método.⁵

5. *Las variables de expresión abierta son evaluadas más confiablemente que las variables no manifestadas.* Todos los investigadores concuerdan en que cuanto más objetiva es una variable mayor es el acuerdo. El acuerdo es especialmente bueno cuando una variable puede ser juzgada sobre la base de realizaciones pasadas y presentes conocidas por todos los jueces. En otras palabras, la conducta que deja señales de su paso o que influye sobre sucesos externos contribuye en alto grado a que exista acuerdo entre las evaluaciones. Parecería que sin temor a dudas se puede generalizar y afirmar que las variables correspondientes a la autoexpresión y a la conducta social figuran entre las más confiablemente evaluadas, mientras que las variables correspondientes a la vida interior y a las actitudes hacia uno mismo son de mucha menos confianza.

Además de la influencia que ejerce el hecho de que las variables sean o no de expresión abierta, Spielman y Burt señalan que las cualidades activamente emocionales y socialmente aceptables pueden ser sometidas a una evaluación confiable (las tendencias antisociales, en cambio, son enmascaradas por los sujetos).⁶ En los casos de la sumisión, el miedo, la disposición a la afirmación, la sociabilidad, la confianza en sí mismo, la energía y la emocionalidad general, se comprobó su acuerdo especialmente bueno, mientras que la curiosidad, el ser o no digno de confianza y la tendencia a la adquisición mostraron un acuerdo pobre. Wolff y Murray concuerdan en que las variables que involucran emoción son evaluadas confiablemente, siempre que las situaciones en que se basen las evaluaciones proporcionen una oportunidad apropiada para la expresión emocional y

⁵ La confiabilidad de las evaluaciones puede ser también estudiada de muchas otras formas, como, por ejemplo, repitiendo los juicios después de un intervalo, determinando el acuerdo entre las evaluaciones de los jueces y sus juicios acerca de sí mismos, estableciendo correlaciones entre los ordenamientos hechos por dos o más jueces y otros métodos semejantes. Discusiones de estos métodos se encuentran en P. M. Symonds, *op. cit.*, pp. 93-96; E. Shen: *J. Educ. Psychol.*, 1926, 16, 232-236; J. P. Guilford: *Psychometric Methods*, 1936, cap. IX.

Sin embargo no hay que esperar que ninguno de estos métodos asegure una confiabilidad perfecta. Cada juez ve al sujeto bajo una faz diferente y cada uno es falible a su propio modo. "Se puede decir que el coeficiente de confiabilidad típico de la evaluación de rasgos de personalidad por medio de los métodos ordinarios de juicio es de + .55. Algunos rasgos muestran coeficientes de confiabilidad más elevados, otros los tienen más bajos. Es fácil que esta cifra promedio de + .55 disminuya más aún si los evaluadores son descuidados, si los rasgos están definidos en forma vaga, si los jueces conocen poco a los evaluados o si la observación ha sido inadecuada." (Symonds, *op. cit.*, p. 95).

⁶ W. Spielman y C. Burt: *Industrial Fatigue Research Board*, London, Informe N° 33, 1926, pp. 57-72.

siempre que las variables hayan sido definidas y comprendidas en forma adecuada.⁷ Específicamente, estos investigadores encuentran el mayor acuerdo entre los evaluadores clínicos de la *agresión*, la *ansiedad*, la *impulsión* y la *emocionalidad general*.

6. *La certeza subjetiva de los jueces es una indicación de la confiabilidad de sus evaluaciones.* Si se pide a los jueces que indiquen junto con cada evaluación el grado de certeza que tienen al hacerla, se comprueba que los juicios a los que se atribuye confianza son en efecto los de más confianza. Este es un hecho bien comprobado, acerca del cual están de acuerdo virtualmente todos los investigadores.

Por regla general, los jueces tienen más confianza en sus evaluaciones extremas y es en éstas en las que con más probabilidad concuerdan. Para interpretar este hecho es necesario referirse nuevamente a la subyacente debilidad teórica de todos los rasgos comunes. Estas variables son uniformes y absolutas y son impuestas a la fuerza a toda la población experimental. No debe sorprender que haya gran número de personas a quienes las variables no pueden aplicarse e inclusive que a menudo estén en esa situación la mayoría de los sujetos. Sólo los casos extremos poseen rasgos que se parecen estrechamente a la variable en cuestión. Todos los otros casos caen en campo de las marcas medias desprovistas de significación. Siempre que una variable no se adapta a un caso, los jueces no se sienten seguros respecto a sus evaluaciones.

7. *Algunas personas son evaluadas más confiablemente que otras.* Hay personalidades "abiertas" acerca de las cuales los jueces concuerdan excepcionalmente bien; hay personalidades "enigmáticas" acerca de las cuales es difícil que se produzca siquiera el más leve acuerdo. ¿Quiénes son estas personas? En un estudio (no publicado) se ordenó jerárquicamente a dieciocho sujetos sobre la base del acuerdo de los jueces en todas las evaluaciones. Luego se estudió la relación de este orden jerárquico con las evaluaciones de diversos rasgos. Las únicas correlaciones de algún interés que se obtuvieron fueron las siguientes:

Apertura-extraversión	0.61
Apertura-adaptabilidad social	0.44
Apertura-ascendencia	0.29
Apertura-expansión	0.24

Los primeros coeficientes sugieren que la persona introvertida (que tiene una rica vida interior) es la persona acerca de la cual resulta más difícil estar de acuerdo; es la más enigmática. Agrupando los cuatro coeficientes

⁷ R. Wolff y H. A. Murray: *J. Psychol.*, 1936, 3, 345-365.

parece verse que las personalidades abiertas tienen una estructura "fuerte" de rasgos (tal como ésta ha sido definida en el capítulo anterior) y que las personalidades enigmáticas tienen una estructura "débil".

En este punto se presenta un problema bastante sutil. Encontramos tres factores variables que contribuyen a dar confiabilidad a los rasgos: (a) el que la variable evaluada se manifieste o no abiertamente, (b) la habilidad del juez, (c) el que el sujeto sea abierto o enigmático. ¿Cuál de estos factores es el más importante? En otras palabras, para obtener evaluaciones válidas, ¿con qué es más necesario contar: con rasgos de manifestación abierta, con jueces bien dotados o con personalidades abiertas? El problema aún no ha sido resuelto, pero un experimento, descrito en la pág. 518, indica que bajo condiciones ordinarias de evaluación la habilidad del juez es el factor más importante, luego sigue la naturaleza de la variable y en último término el carácter abierto o enigmático del sujeto.

8. *Los jueces evalúan mejor a las personas que son más parecidas a ellos.* Se ha mostrado a menudo que existen correlaciones positivas entre la posesión de un rasgo en alto grado y la capacidad para juzgar acerca de la presencia de ese rasgo en otras personas.⁸ Comentando su hallazgo de que los jueces evalúan mejor a las personas a las que se parecen más y evalúan pobremente a aquellas a las que se parecen menos, Wolff y Murray escriben: "La mejor explicación parece ser la explicación corriente: que un hombre sólo puede comprender lo que ya ha experimentado él mismo. Se podría arriesgar la afirmación de que sin empatía un hombre no puede hacer un diagnóstico exacto y que la empatía se establece en el mayor grado con las personas cuyas respuestas se parecen a las propias".⁹ En el capítulo XIX mostraremos que este hallazgo tiene importantes consecuencias teóricas.

9. *En la auto-evaluación hay una tendencia a sobreestimar las cualidades consideradas deseables y a subestimar las consideradas indeseables.* Los sujetos se juzgan a sí mismos especialmente dotados de ciertas cualidades consideradas necesarias para el éxito social.¹⁰ Por lo menos, esta sobreestimación se produce efectivamente en la mayoría de los auto-juicios que se dan en el área norteamericana de cultura, en la cual la confianza en sí mismo es una característica tan común. Sin embargo, en el caso de los estudiantes chinos, aun de los que estudian en Norteamérica, se verifica

⁸ Uno de los primeros estudios que llegó a esta conclusión fue el de I. C. Cogan, A. M. Conklin y H. L. Hollingworth: *Sch. & Soc.*, 1915, 2, 171-179. Esa correlación se verifica seguramente en el caso de cualidades socialmente aceptables. En cambio, no está todavía tan claro si la posesión de tendencias anti-sociales convierte al sujeto en mejor juez de esas tendencias en otros.

⁹ R. Wolff y H. A. Murray, *op. cit.*, p. 358.

¹⁰ Cf. Cogan, Conklin y Hollingworth, *loc. cit.*

la tendencia inversa. Sus estimaciones en cuanto a rasgos deseables son inferiores a la realidad.¹¹

Pero cualidades no tan deseables muestran también una persistente sobreestimación. En un estudio de auto-evaluaciones (inédito) trece variables fueron sobrevaloradas persistentemente:

- ascendencia
- amplitud emocional
- intensidad emocional
- apreciación estética
- expansión
- gregaridad
- humor
- introvisión
- inteligencia
- introversión
- radicalismo
- adaptabilidad social
- generosidad

Sin duda, algunas de estas características son altamente apreciadas en nuestra cultura como socialmente deseables. Pero no es ése el caso de todas. En verdad, el radicalismo, la introversión y la emocionalidad, si tienen alguna significación para el éxito social es el de obstáculos. Sin embargo, en cierto sentido, las auto-evaluaciones altas en introversión y emocionalidad pueden ser tomadas también como una forma sutil de auto-alabanza. Al juzgarse a sí mismo con altas marcas en estas cualidades, la mayor parte de las personas dan a entender de ese modo que sus vidas interiores son más ricas y más interesantes que las de los que los rodean. Pero dejando de lado la auto-alabanza, también es verdad que cada persona conoce sus deseos, frustraciones e inquietudes privadas de primera mano, mientras que su conocimiento de la vida interior de los otros no sólo es de segunda mano sino que debe lograrse a través del velo del tabú social, cuya función principal es amortiguar la expresión emocional.

También es interesante el caso de la alta auto-evaluación en radicalismo. Exteriormente los sujetos son conformistas, pues en caso contrario las evaluaciones hechas por personas vinculadas a ellos darían pruebas en sentido contrario, pero interiormente la rebelión es fuerte. Cada evaluador se siente opuesto a las restricciones sociales, mientras que ve a los otros como aceptándolas y sufriendolas. En cierto sentido toda persona es un revolucionario potencial. Esto quiere decir que es bastante menos convencional de lo que parece ser y que conscientemente se considera más radical que el común de los que lo rodean. Lo que lo retiene es, en parte por lo menos,

¹¹ W. C. Trow y A. S. T. Pu: *Sch. & Soc.*, 1927, 26, 213-216.

la impresión errónea de que la mayoría de los que lo rodean son conservadores. Sin duda los levantamientos de tipo social se deben en parte al hecho de que un gran número de personas descubre repentinamente que otras personas (por más sosegado que fuera su modo de actuar exterior) estaban pensando en privado los mismos pensamientos rebeldes.

10. *En general, las evaluaciones son complementarias.* A menos que medie una prohibición efectiva, lo probable es que el juez haga evaluaciones demasiado generosas. Ha de asignar marcas superiores a una proporción demasiado amplia de los sujetos. A veces directamente se abstiene de usar el extremo "inferior" de la escala. No obstante, esto ocurre sólo cuando piensa que el punto superior de la escala es *deseable*. Y sólo sucede en las escalas por puntaje, ya que una escala de ordenación jerárquica exige que se otorguen tanto las posiciones inferiores como las superiores. El evaluador se siente menos culpable al otorgar posiciones desfavorables que al asignar puntajes desfavorables, porque en una escala de ordenación no implica nada acerca del nivel *absoluto* de la evaluación. Aun un coro de ángeles puede tener su miembro menos favorecido.

La falacia de la generosidad se encuentra sobre todo en la evaluación de amigos.¹² Se extiende también en marcado grado a la evaluación de miembros del mismo grupo profesional que el juez, de miembros de asociaciones a las que también éste pertenece y de personas del mismo sexo. O sea que se hacen cumplimientos a los que pertenecen a "grupos nuestros" más fácilmente que a las personas pertenecientes a "grupos de ellos".

Constituye un problema interesante establecer por qué debe haber tanta generosidad en la evaluación. En el caso de la amistad o de los "grupos nuestros" la explicación es fácil de encontrar en los fenómenos de identificación y auto-estima. ¿Pero por qué como evaluadores también nos mostramos bien dispuestos hacia conocidos no íntimos? ¿Se trata del miedo de ser injustos con ellos, de la aplicación de la regla de oro o de algún tipo peculiar de "error espacial" que nos hace agrupar nuestras evaluaciones tendiendo hacia un polo atractivo de la escala? ¿O debemos recurrir para explicar esto al hábito norteamericano de agrandarlo todo y a la concomitante perspectiva optimista? Hay unos pocos jueces que asignan una mayoría de marcas adversas: quizá se trate de una corrección exagerada de una tendencia a evaluar demasiado alto o quizá de una perspectiva misantrópica de la humanidad. En todo caso, tanto el juez que adula como el que subestima merecen ser estudiados ellos mismos como problemas de la psicología de la personalidad.

Para reducir el error sistemático de adulación, el experimentador puede: (a) prescribir el número de sujetos que debe asignarse a cada intervalo de

¹² E. Shen: *J. Appl. Psychol.*, 1926, 9, 66-68.

la escala, tanto a los grados bajos como a los altos; (b) permitir al juez que emplee el campo que quiera pero transmute sus evaluaciones en algún tipo de marca estándar en relación con la media de las evaluaciones del propio juez, con lo cual se corregiría su prejuicio sistemático; (c) emplear variables que no sean valorativas sino por completo neutrales, de tal modo que la adulación resulte imposible. Es peculiarmente difícil, sin embargo, seguir este tercer camino, porque el juez ve mérito y demérito en casi todo rasgo según la inclinación que su cultura le ha dado o según sus propios prejuicios; confunde así sus evaluaciones con la censura.

11. El "efecto del halo" impide que se otorgue estricta independencia a los juicios sobre variables separadas. En su discusión de la escala de evaluación del ejército de los Estados Unidos (*U. S. Army Rating Scale*), Rugg define el efecto del halo como sigue: "Evaluamos o juzgamos a nuestros conocidos en función de una actitud mental general hacia ellos" y "dominando esta actitud mental hacia la personalidad total hay una actitud mental similar hacia cualidades particulares".¹³ La impresión general influye así sobre todo juicio específico y a su vez alguna observación específica particularmente impresionante puede ser la fuente de la impresión general. Por ejemplo, un atributo físico superficial, tal como una leve deformidad puede producir un "halo" y colorear el juicio acerca de todos los rasgos psicológicos, aun hasta el punto de llegar a quitarles todo valor.¹⁴

El efecto del halo aparece con uniformidad monótona en casi todos los estudios de evaluaciones y su magnitud a menudo es sorprendentemente grande. El juez parece atento a dar su opinión final acerca de la fuerza, la debilidad, el mérito o el demérito de la personalidad total más que a hacer una evaluación lo más independiente posible para cada característica separada. Cuando las variables tienen una connotación moral el efecto del halo es mayor, dado el hecho notable de que una actitud general de aprobación o desaprobación respecto al sujeto colorea todo juicio singular acerca de sus diversos vicios y virtudes. El efecto del halo también es grande cuando alguna variable no es fácil de observar en acción o cuando está mal definida; en tales casos el juez usa su impresión general como sustituto de la variable que no puede evaluar en forma directa.

El halo tiene considerable significación teórica. Su existencia es una prueba positiva de que al percibir una personalidad y al reflexionar acerca de ella estructuramos rápidamente nuestras impresiones creando una totalidad dotada de coherencia interna. La estructuración es mucho más rígida y coherente de lo que debería ser. Si bien embota nuestra capacidad de discriminación, nos demuestra una de las características esenciales del cono-

¹³ H. O. Rugg: *J. Educ. Psychol.*, 1922, 13, p. 37.

¹⁴ Cf. C. Landis: *J. Pers. Res.*, 1925, 4, 7-19.

cimiento intuitivo: su tendencia a captar estructuras totalizadas (cf. capítulo XIX).

Aunque imposible de desarraigar por completo, hay muchas maneras de disminuir el efecto del halo, por ejemplo (a) por una advertencia específica al respecto; (b) empleando variables distintivas y bien definidas, (c) empleando jueces alertas y preparados, (d) evitando las variables características y críticas, (e) variando la presentación de las cualidades a ser evaluadas de tal modo que se requiera una consideración nueva e independiente de cada una, (f) evitando el apresuramiento y la superficialidad al hacer las evaluaciones, (g) promediando juntas las evaluaciones de varios jueces de modo que los prejuicios de esos jueces se neutralicen en cierto grado los unos a los otros.

En conclusión, debe decirse que pese a todas las limitaciones que le son inherentes el método de la evaluación tiene un valor permanente. De todas las técnicas de análisis es la más fácil de emplear. Es también la de antigüedad más venerable, ya que los juicios comparativos acerca de los individuos son tan viejos como la sociedad humana y es de presumir que han de durar tanto como ella. La contribución de la psicología consiste en el desarrollo crítico de mejores escalas de evaluación, basadas sobre los principios que acabamos de exponer. Y las mejoras no han llegado aún a su fin.

PRINCIPIOS DE LA CONSTRUCCIÓN Y USO DE TESTS

Boring ha definido el test *mental* como "un experimento abreviado sobre un sujeto, durante el cual se observa el comportamiento de éste para determinar su capacidad con respecto a algún uso biológico". La definición sirve para los tests de personalidad siempre que se entienda con cierta amplitud el concepto de "uso biológico". Un test de personalidad no pretende medir necesariamente el mero éxito en la adaptación biológica; puede aplicarse a algún modo de auto-expresión, a alguna actitud social o a alguna aspiración privada. Como cualquier test mental, un test de personalidad es un breve experimento estándar destinado a medir la capacidad, pero la capacidad en cuestión es una *disposición* más que una mera *capacidad* biológica.

Los tests de personalidad, tal como ya hemos explicado en la p. 396 y sig., son de dos tipos: *cuestionarios estandarizados* (tests de papel y lápiz) y *escalas de conducta* (tests de ejecución). Como ambos son igualmente experimentos psicológicos, los principios básicos del análisis experimental han de aplicarse a su construcción y uso. Las escalas de conducta de ordinario son de contenido especializado (p. ej. asociación de palabras, interpretación de manchas de tinta, comportamiento en alguna situación miniatura). Su mayor peligro reside en la posibilidad de que se hagan generalizaciones poco firmes sobre la base de un tipo de conducta demasiado específico (la falacia del diagnós-

tico monosintomático). Cierta analista del carácter tenía el hábito de hacer una pausa durante su entrevista con un cliente para intentar venderle un libro. Si el cliente se resistía, el diagnóstico era "testarudo"; si aceptaba, "condescendiente". Se trata sin duda de un experimento abreviado, pero de un experimento pobre, ya que un ejemplo aislado de conducta no puede bastar para demostrar la existencia de un rasgo coherente. Siempre debe usarse una *batería* de tests de conducta y no un solo test.

Aunque son menos objetivos que las escalas de conducta, los cuestionarios estandarizados tienen el mérito de hacer intervenir un trascurso de conducta más amplio, por intermedio del informe que da el sujeto acerca de sus actitudes o su conducta habitual en una vasta variedad de situaciones. Estos tests de papel y lápiz son populares por una cantidad de razones. Ante todo, son entretenidos en su construcción y en su solución. Los estudiantes los encuentran divertidos y los profesores los emplean entonces como demostraciones agradables que se pueden hacer durante el curso y en el aula. Además, las marcas que se obtienen con estos tests pueden ser manipuladas de distintas formas, y cuando el rendimiento cuantitativo de los coeficientes y las diferencias entre grupos es completo, todos quedan con la reconfortante seguridad de que se ha hecho un estudio científico de la personalidad.

¿Pero tienen los tests algún valor más sólido? ¿Significan una verdadera ayuda para comprender la personalidad? ¿Representan algún progreso sobre los métodos más venerables de la entrevista, la solicitud por escrito o la evaluación? ¿Constituyen un moderno y eficaz auxiliar para los educadores, los especialistas en higiene mental, los empleadores? La respuesta es sólo parcialmente afirmativa. Empleadas con cautela, las mejores escalas probablemente se justifiquen tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico, de un modo muy parecido a como ocurrió con las escalas psicométricas para medir la inteligencia. Pero tienen ciertas limitaciones inherentes.

Una de estas limitaciones reside en que en todo test los ítems han sido estandarizados de acuerdo con su significación promedio para la gente en general. Se parte del supuesto de que la situación-estímulo es idéntica para todos los sujetos y se admite que las respuestas tienen una significación constante. Un test supondrá, por ejemplo —y con cierta justificación desde el punto de vista de la probabilidad estadística—, que una persona que notoriamente elige un asiento del frente en la iglesia o en algún acto debe recibir una marca positiva en ascendencia. Pero la verdad es que esta persona *puede* buscar un asiento del frente no porque es dominante sino porque no oye bien. O, para poner otro ejemplo, un test supondrá, asimismo con justificación estadística (empírica), que una persona que confiesa llevar un diario es introvertida; sin embargo, de un estudio más íntimo (que ningún

test puede ofrecer) quizá resulte que el diario es casi por entero una lista de gastos, llevada no debido a una introversión sino a causa de cierto interés por el dinero. Es una falacia suponer que todas las personas tienen las mismas razones psicológicas para sus respuestas semejantes. En el nivel de la personalidad no se puede decir con certeza que los mismos síntomas indican en dos personas la presencia del mismo rasgo, ni tampoco que respuestas diferentes indican necesariamente rasgos diferentes. Ningún test mental logra dejar libertad suficiente para una interpretación individual de las secuencias de causas y efectos.

La única respuesta posible a esta objeción contra los tests es la dada por Binet: "Que los ítems sean toscos pero que sean muchos." Se tiene la esperanza de que la mera longitud de la serie hará que los diagnósticos erróneos se neutralicen entre sí, con lo cual quedará una marca residual digna de fe. Pero aun esto es tan poco seguro, que la admisión de este supuesto significa aceptar francamente que las marcas de tests son y serán, en el mejor de los casos, toscas aproximaciones a las cuales no hay que dar una interpretación demasiado precisa y a las que tampoco hay que someter a una elaboración estadística indebida.

Una limitación vinculada a la anterior deriva del hecho de que los tests sólo miden rasgos comunes, lo que necesariamente aparta la atención del sujeto individual para centrarla en su mera posición dentro de la población total. La variable es inmutable y todos los sujetos son incluidos siempre en ella. Nada puede hacer la crítica protestando porque las líneas naturales que delimitan las formaciones de la personalidad no coinciden con las líneas del presunto rasgo común. Al ser sometido al test, todo individuo debe recibir una marca, aplíquese o no a él la variable. No puede sorprender que la marca resultante de este proceso mecánico a menudo tenga sólo un leve parecido con la persona de la cual proviene. Como réplica a esta objeción se aduce que la alta confiabilidad de una escala es una demostración *ipso facto* de que en general los sujetos responden de modo coherente al test, manteniéndose en un nivel constante respecto a la mayor parte de los ítems contenidos en el test. Sin embargo la confiabilidad nunca es tan perfecta como para garantizar que cada individuo es medido apropiadamente por la escala.

Otra severa crítica señala la capacidad que tiene el sujeto de falsear el test si así lo desea. En este aspecto, los tests de personalidad están en desventaja comparados con los tests de inteligencia. Cualquiera que quiera puede simular (en el papel) introversión, conservatismo e incluso felicidad. Y si piensa que obrando de ese modo puede ganar algo, es muy probable que finja. Es por esta razón, más que por ninguna otra, que la aplicación de escalas en la selección de personal es limitada. Muchas personas, en especial las jóvenes o sugestionables, darán las respuestas que piensan que

se desea o se espera de ellos. Los presos, siempre desconfiados respecto a la psicología, a menudo dan respuestas falsas. Incluso sujetos bien intencionados pueden carecer de introvisión o pueden dejarse llevar por alguna preferencia o error sistemático que vicia el valor de sus respuestas.

Para reducir estos riesgos por lo común se da a las escalas un título engañoso que vela su verdadero fin ante el sujeto o, si no, pueden incluirse preguntas ajenas al tema ("engañifas") que desorientan al sujeto. Hay unas pocas escalas tan cuidadosamente disfrazadas que el fundamento de las marcas está en ellas por entero fuera del control y del poder de comprensión del sujeto. Pero estos engaños a menudo influyen sobre la validez del test y en general son mucho más eficaces con los niños o con personas estúpidas que con los adultos normalmente vivaces, a quienes por lo común están destinados los tests.

Mucho mejor que confiar en estas tretas es realizar un esfuerzo directo para obtener una cooperación honesta y decidida por parte de los sujetos. La excesiva conversación acerca de la naturaleza de la escala antes de aplicarla provocará actitudes perjudiciales, pero si no se predispone desfavorablemente al sujeto, por lo común es posible llevarlo a colaborar con su esfuerzo honesto en el experimento. De ordinario también es necesario asegurarle que el resultado del test no ha de constituir para él una desventaja. (Precisamente porque no se puede dar esta seguridad en los casos en que la contratación, el rechazo o el ascenso depende de los resultados del test, las escalas son de valor limitado en la selección de personal.)

El experimentador puede usar una serie de incentivos para lograr la cooperación del sujeto.¹⁵ Puede pagarle por sus servicios o, si el sujeto es estudiante, puede convertir el test en un crédito para otros trabajos escolares. Este incentivo económico asegura un *quid pro quo* respecto al tiempo y la atención consagrados al test, pero no garantiza respuestas totalmente honestas o concienzudas. Es mucho mejor entusiasmar al sujeto prometiéndole hacer los resultados del test accesibles a su comprensión. Es raro que la gente se niegue a hablar francamente acerca de sí misma si se le presenta con habilidad este incentivo. Otros incentivos excelentes son el interés del sujeto por el material del test y su deseo de ver con qué grado de objetividad puede narrar su propia conducta o, también, su preocupación genuina por el éxito del experimento como empresa científica. Por regla general los cursos de universidad u otros grupos comparables son los más fáciles de motivar y al mismo tiempo los que tienen la mayor capacidad de auto-objetivación. Constituyen los mejores sujetos para un test. Pero aun en estos grupos selectos es necesario evitar preguntas demasiado íntimas o impertinentes, a menos que existan condiciones desusadas de vinculación.

¹⁵ Cf. P. E. Vernon: *J. Appl. Psychol.*, 1934, 18, 165-177.

Las preguntas referentes a la conducta sexual o antisocial están sometidas a un tabú demasiado fuerte para que puedan ser incluidas en algún test general. Las investigaciones de estas áreas de conducta deben llevarse a cabo empleando métodos de estudio por entero diferentes. Respecto a este problema de la accesibilidad, hay interesantes diferencias culturales; diferentes naciones y grupos sociales difieren marcadamente en su reticencia y su disposición a negarse o a aceptar preguntas de tipo personal.

Las tres limitaciones principales de los tests son, entonces, (a) la subordinación imperativa de todos los sujetos a la misma variable, (b) la interpretación fija de cada respuesta en función de su significación promedio (empírica) para la variable en cuestión, (c) la necesidad de contar con sujetos competentes y dispuestos a cooperar como condición *sine qua non* del uso de un test. Además los tests corrientes están afectados de muchos defectos mecánicos, pero si se los construye de acuerdo con los principios que a continuación enumeramos esos defectos pueden reducirse en alto grado:

1. *Las variables deben tener significación psicológica.* Esto es, las variables deben ser tomadas de niveles significativos de organización mental. No deben ser tan vastas como para resultar vagas e intangibles ni tampoco tan limitadas como para ser triviales o carentes de sentido. La lógica de los rasgos comunes debe prevalecer en todo momento. Además, todo ítem de la escala debe estar significativamente vinculado a la variable elegida, con lo que contribuirá de un modo inteligible a su definición.

2. *La escala debe tener íntegramente una construcción racional.* No sólo es necesario que las variables y los ítems sean significativos desde el punto de vista psicológico, sino también que las respuestas alternativas ofrecidas al sujeto tengan siempre una relación razonable con el rasgo. En el ítem que reproducimos a continuación, por ejemplo, es imposible interpretar una respuesta que eligiera el signo de interrogación:

¿Ha tenido usted alguna vez una visión? ¿sí? ¿no?

¿Significa esa respuesta que el sujeto no está seguro de haber tenido o no una visión o significa que la definición de "visión" no está clara para él en la pregunta? ¿Y qué decir si elige el signo de interrogación en el ítem siguiente?

¿Se desanima usted a menudo? ¿sí? ¿no?

¿Quiere decir el sujeto que no sabe si su estado de ánimo puede ser llamado desánimo? ¿O quiere decir que es incapaz de decidir qué entiende por "a menudo" (lo que por cierto sería una duda razonable)? Un signo de interrogación es demasiado ambiguo. Las medidas estadísticas de la coherencia interna pueden demostrar que los que eligen el signo de interrogación en estos casos deben ser sospechados de disposición neurótica. Pero el puro

empirismo nunca puede poner en claro algo que es intrínsecamente ambiguo.

Aun los ítems y las alternativas redactados con más cuidado pueden en ocasiones provocar dificultades al sujeto. Por esta razón, el sujeto debe ser autorizado a omitir las respuestas que no le resulten claras o las que por otras razones le resulten imposibles de responder. Esto ayuda también a eliminar las marcas sin valor y ahorra al sujeto un sentimiento de irritación que puede llevarlo a adoptar una actitud de rechazo contra toda la escala.

Una serie finamente graduada de alternativas (múltiples opciones) es preferible a las respuestas categóricas por sí o por no, en parte debido a que de este modo hay más diversidad en el valor diagnóstico de las respuestas y en parte porque todo sujeto duda antes de decidirse por una contestación de tipo todo o nada.

3. *Los ítems deben ser diagnósticos.* Para el experimentador es algo muy importante mostrar que existe una relación de sentido entre cada ítem, cada alternativa y el objetivo de la escala, y sin embargo no le es posible determinar sobre bases *a priori* solamente el grado en que es confiable un ítem en particular. Sobre todo es incapaz de asignar inmediatamente el valor diagnóstico que corresponde a cada una de las respuestas alternativas. En este punto la ayuda de la estadística es indispensable, pues sólo ésta puede mostrar si cada ítem contribuye en algo a la marca total. Si el ítem no aporta lo que debe, ha de ser descartado. Asimismo, cada respuesta alternativa debe justificarse a sí misma. Ninguna debe ser tan extrema o tan desprovista de atractivo como para que nadie la elija ni tampoco tan popular que impida la diferenciación. El análisis es un control valioso de la destreza inicial del experimentador para seleccionar y redactar los ítems y alternativas.

4. *La escala debe ser confiable.* La confiabilidad de un instrumento ha sido definida como el "predecirse solamente a sí mismo". Si todos los ítems de una escala son diagnósticos del mismo rasgo, es evidente que cada ítem ha de tener una correlación positiva con todos los demás y la escala estará dotada de coherencia interna. O sea, que se puede confiar en ella para medir lo que mide con cierto grado de regularidad. A menos que esta condición prevalezca, el test carece de cohesión y está desprovisto de valor.

La confiabilidad puede determinarse no sólo por la relación de cada ítem con el todo sino también estableciendo la correlación de una mitad del test con la otra, o empleando escalas equivalentes e intercambiables de igual construcción, o repitiendo la aplicación del test a algún grupo de sujetos después de un cierto intervalo. Este último método tiene ciertos

defectos, el principal de los cuales reside en que los sujetos pueden cambiar en el intervalo, hecho éste del cual resultará la falsa impresión de que la escala carece de confiabilidad o, inversamente, los sujetos pueden recordar el test y responder coherentemente a él por esa razón, de lo cual se derivará una impresión espuria de confiabilidad. Se puede decir que, en general, cuantos más métodos se empleen para demostrar la confiabilidad de una escala mejor es.

5. *La escala debe ser válida.* Que una escala es confiable no significa sino que ésta concuerda consigo misma, mientras que una escala válida es la que tiene el poder de predecir la conducta más allá del conjunto inmediato de ítems contenidos en ella. Aunque un test puede ser confiable sin ser válido, es difícil que sea válido sin ser ante todo confiable.

Para determinar la validez es necesario adoptar algún criterio externo respecto al rasgo en cuestión. A este fin se pueden usar evaluaciones del sujeto hechas por sus conocidos o mejor todavía pruebas directas de sus hábitos de comportamiento. Al tratar de establecer la validez de una escala destinada a medir intereses, por ejemplo, puede descubrirse que un criterio ocupacional bastará a ese efecto y que el test diferencia correctamente entre sí los grupos de maestros, de ministros, de comerciantes, de artistas y políticos. O se logra la convalidación externa comprobando que un test de introversión obtiene sus marcas más altas entre pacientes que se sabe que están afectados de *dementia praecox*. Hay muchas fuentes posibles de convalidación externa para un test, las que varían según la naturaleza de la variable, que se está investigando.

Para ser válida, una escala debe ser también sensible. Difícilmente pueda diferenciar un grupo de otro a menos que permita una vasta latitud de respuestas. Debe haber campo libre para las diferencias individuales y deben quedar ocupados los extremos al igual que la zona media. De ordinario un test que en un comienzo no muestre una distribución normal de las marcas debe ser alterado hasta que eso ocurra.

6. *Un test debe ser simple.* La construcción y la elaboración de tests están sujetas a la influencia de muchos factores que pueden falsear los resultados. Por esta razón las marcas sólo pueden ser consideradas medidas toscas. No es posible edificar sobre ellas finos diagnósticos ni tampoco interpretaciones demasiado precisas. Y su tosquedad hace también que el tratamiento estadístico excesivamente refinado resulte fuera de lugar. En otras palabras, los tests deben ser de construcción simple y han de ser aplicados sin complejos requisitos.

La simplicidad requiere ante todo el empleo de rasgos claramente diferenciados y la exclusión de variables empíricas mal definidas. La simplicidad requiere además que la redacción de los cuestionarios sea direc-

ta, sin ambigüedades, y que las alternativas sean claramente comprendidas por el sujeto y estén desprovistas de expresiones de doble sentido y de prolongadas calificaciones. Particularmente peligroso para la simplicidad es el proceso, que tanta confusión trae, de asignar varios valores a cada alternativa basándose en el dudoso supuesto de que es posible distinguir las contribuciones relativas de cada uno de varios rasgos a una respuesta verbal (cf. pág. 343). Incluso en una escala que mide un solo rasgo no hay que otorgar un valor indebido a las pequeñas diferencias en las marcas. Además, las marcas medias (dentro del campo de la "media no significativa") deberían de ordinario ser descartadas como virtualmente imposibles de interpretar (cf. p. 353). Simplicidad significa que ninguna marca debe emplearse para basar sobre ella un juicio acerca de la personalidad total, sino que sólo debe ser interpretada una vez que es conocida su posición dentro del contexto personal (no del contexto de una población). Significa, en resumen, que los instrumentos sean menos complejos e intrincados y que en su uso se emplee más cautela.

Las reglas para la construcción y uso de tests han sido enunciadas brevemente y en términos generales. Pero al lector que haya seguido la argumentación de los capítulos precedentes no le resultará difícil comprender la base teórica de cada regla o aplicarla en casos específicos.

La posición de los tests en el estudio de la personalidad es tan firme como la de la evaluación, si bien el movimiento de los tests es mucho más nuevo y el margen de error mucho mayor. Discutir en detalle los centenares de escalas que han sido publicadas en las últimas dos décadas es algo que está fuera del alcance de este volumen.¹⁶ Desde el punto de vista histórico, la extensión de la medición mental al campo de la personalidad es sin duda uno de los sucesos sobresalientes dentro de la psicología norteamericana del siglo xx. El movimiento está todavía en su fase de veloz ampliación y la rápida producción de ingeniosos tests ha dejado muy atrás el progreso en la crítica y en la teoría. De ahí las reglas y las advertencias de la presente sección.

PRINCIPIOS DE LA EXPERIMENTACIÓN

No mucho después que los psicólogos comenzaran a usar las técnicas experimentales en el estudio de los fenómenos mentales elementales, Sir Francis Galton propuso que los mismos métodos se aplicaran a la investigación del carácter humano. Aconsejó entonces a los psicólogos que "improvisen las circunstancias básicas de la vida" en tanto éstas reflejan el carácter y las examinaran bajo condiciones controladas. En su época la

¹⁶ En la nota hemos citado fuentes bibliográficas. Se puede agregar J. B. Ma-ller: *Descriptive Bibliography of Character and Personality Tests* (Teachers College), 1937.

proposición pareció demasiado audaz. Más de una generación había de transcurrir antes que los psicólogos llegasen a estar lo bastante bien preparados en los métodos básicos de laboratorio y lo bastante fortalecidos en coraje e imaginación para seguir el consejo de Galton. Ahora, por fin, la marea de las investigaciones experimentales ha comenzado a crecer y con fuerza tan notable que la experimentación (al igual que los tests) se ha convertido en uno de los hechos más importantes dentro del progreso de la psicología contemporánea.

El procedimiento experimental tiene dos atributos que le dan la posición de preferencia entre todos los métodos analíticos: su *objetividad* y su *exactitud*. En la era de la ciencia sería superfluo exaltar estas virtudes manifiestas. Pero no es superfluo señalar ciertos dilemas creados por estas indiscutibles virtudes.

La exigencia de objetividad pone muchos problemas de la personalidad fuera del radio de la técnica experimental. De ningún modo todas las circunstancias cruciales de la vida pueden ser improvisadas o controladas. ¿Cómo someteremos a experimento la influencia del pesar sobre la personalidad, o el primer amor, la culpa, la conversión religiosa, la melancolía de la soledad o la desesperación? ¿Cómo someter a experimento los cambios graduales que se producen a lo largo de todo el curso de la vida o los súbitos cambios traumáticos? ¿Dónde están los métodos objetivos para estudiar la autoconciencia, la imaginación inventiva, la lealtad, el odio? Muchas formas delicadamente equilibradas de pensamiento y sentimiento, ambición y desconfianza, esperanza y desesperanza, son demasiado sutiles para las poco delicadas pruebas de laboratorio. La experimentación todavía no está preparada —y quizá nunca llegue a estarlo— para suplantarlo al medio centenar de otros métodos ya sancionados, que enumeramos en el capítulo XIV.

El segundo ideal del análisis experimental, la *exactitud*, ha llevado a la psicología de la personalidad a un serio problema. Resumiendo, podemos decir que el deseo de precisión, si bien es digno de elogio, ha conducido a muchos investigadores a trabajar exclusivamente sobre procesos tan elementales que se desarrollan por entero en un *nivel sub-personal*. La devoción por el ideal cuantitativo ha llevado a estos investigadores a rehuir las formas complejamente estructuradas de comportamiento y pensamiento, aun cuando *sólo en estas formas se puede decir que existe personalidad*.

Muchos son los ejemplos de este tipo de investigación mal orientada. Cierta investigador estableció la correlación existente en un grupo de individuos entre el ancho de las caderas o los hombros y el interés por el juego y el conocimiento de deportes, con lo cual pensaba estudiar la masculinidad de los sujetos. Otros, para encontrar los correlatos de la inteligencia comparan cuidadosamente el C. I. en la niñez con el número de dientes, o con la altura, o con la concentración del ión hidrógeno en la saliva. Otros, llevados por un interés bioquímico, comparan el ácido

libre por kilo de peso con la perseverancia, el fósforo por kilo de peso con el buen carácter o la cantidad de orina excretada con el liderazgo. Otros, acercándose al campo del psicodiagnóstico (pero sin llegar a entrar en él), determinan la relación entre las tildes de la t en la escritura y la ambición, o entre la convexidad del perfil y el optimismo.¹⁷

En investigaciones psicológicas tales como éstas se acostumbra establecer la magnitud de los atributos físicos con una exactitud microscópica y, asimismo, por medio de evaluaciones u otros criterios se obtiene una estimación definitiva, aunque menos confiable, de las variables de personalidad en cuestión. Con estas magnitudes en sus manos, el investigador ejecuta una correlación con el máximo de precisión, a menudo sacando el coeficiente hasta con tres decimales. Se determina luego el error probable y por lo común se comprueba (¿puede esto sorprendernos?) que es casi tan grande como el coeficiente de correlación.¹⁸

Los experimentos son exactos y los resultados son negativos. ¿Por qué? Demasiado apresurada es la conclusión de Paterson cuando afirma que los resultados "tenden decididamente a contradecir la idea de que existe una unidad funcional entre la mente y el cuerpo." No es posible esperar que se obtengan correlaciones entre variables tan separadas y elementales como la mayoría de las estudiadas en estos experimentos. Hasta que los experimentos sean proyectados de modo que permitan que las expresiones físicas *complejas* muestren sus relaciones complejas con disposiciones *amplias y estructuradas* de la personalidad, es necesario suspender todo juicio. La verdad es que muchos investigadores están más interesados en la exactitud que en la adecuación de sus métodos. Por consiguiente, han pasado por alto las complejidades de las estructuras y han creado variables artificiales para sus estudios o han debido caer en niveles infra-personales de análisis.

La paradoja reside entonces en que, por lo general, cuanto más exactos son los métodos de investigación, menor es la información que proporcionan. Vernon llega incluso a sugerir que las altas confiabilidades pueden ser consideradas precisamente como una señal de método *pobre*, porque de ordinario las altas confiabilidades se obtienen sólo para datos tan elementales que no tienen ninguna significación para la comprensión de la personalidad.

Se sabe, por ejemplo, que es posible obtener excelentes confiabilidades en los registros de observadores independientes que cuentan simultáneamente el número de "contactos físicos" que ocurren entre niños en un patio de recreo, mientras que los juicios acerca de la *naturaleza* de estos contactos, p. ej., acerca de si representan bromas, actos de bravuconería o de afecto, son considerablemente menos confiables. Pero

¹⁷ Muchos más ejemplos podrían tomarse del valioso panorama de D. G. Paterson: *Physique and Intellect*, 1930. Por desgracia este libro tiende a aceptar esas investigaciones en su valor aparente y no pone en cuestión la *adecuación* de los métodos a los problemas que se pretende estar estudiando.

¹⁸ En gran parte de la investigación acerca de la personalidad el uso mismo de la correlación representa un método excesivamente refinado, pues otorga demasiado valor a las diferencias no significativas. Cf. la discusión de este punto por Dudycha, pág. 335.

el "concepto físico" no tiene ningún significado psicológico. ¿Hay que elegir altas confiabilidades obtenidas en un nivel infra-personal de conducta o confiabilidades más bajas en el nivel personal?

1. Recapitulando la discusión hecha hasta este momento, podemos enunciar la regla más importante del análisis experimental del siguiente modo: *El estudio de aspectos muy limitados ("moleculares") de la conducta, aunque es a menudo exacto, proporciona resultados que son de poco valor para la comprensión de la personalidad humana. Mucho más significativa es la investigación en niveles complejos ("molares") donde las formas estructuradas de la organización personal se manifiestan libremente.* En apoyo de esta regla citaremos tres ejemplos de investigación. En los tres se han empleado deliberadamente dos niveles de análisis, uno relativamente elemental (aunque no necesariamente "molecular") y uno complejo y bien estructurado. En los tres casos queda demostrada la superioridad del segundo nivel.

El primer ejemplo lo citamos en forma textual tomándolo de la exposición del propio experimentador.¹⁹ "Como una parte de una investigación más amplia sobre la personalidad, el autor y otros dos experimentadores observaron a 20 ó 25 sujetos, estudiantes universitarios norteamericanos, que estaban ocupados en la solución de diversos tests de ejecución. Estos tres experimentadores, que hicieron sus observaciones ya solos, ya en pareja, expusieron sus impresiones sobre la personalidad de los sujetos en bosquejos interpretativos y en evaluaciones de cuatro rasgos: 'inteligencia', 'vivacidad', 'extraversión' y 'estabilidad emocional'. Cuando se estableció la intercorrelación de las evaluaciones hechas por los diferentes experimentadores, el promedio de los doce coeficientes fue de 0.44 ± 0.032 . Además, cada experimentador trató de identificar o aparear los bosquejos de los otros con sus propias impresiones y tuvieron éxito en el 23,3 % de los casos. Hubiese sido mejor que los bosquejos hubieran sido divididos en grupos más pequeños y apareados, por ejemplo, de a cinco por vez; 20 ó 25 son demasiados para ser tratados convenientemente. Resulta entonces que se podría haber obtenido una proporción mayor de apareamientos correctos si en la época en que se hizo el experimento (1930) la técnica hubiese estado ya más elaborada. No obstante el coeficiente de contingencia que corresponde al 23,3 % de apareamientos correctos es de 0.72 ± 0.055 . Esto indica que los experimentadores concordaron más en sus impresiones generales y estructuradas acerca de los sujetos que en sus evaluaciones de rasgos separados."

Un segundo ejemplo lo tomamos de una investigación sobre la capacidad de los jueces para estimular cualidades personales en base a la voz exclusivamente.²⁰ En este estudio se oyeron sucesivamente por radio tres voces que dijeron las mismas palabras. En diversos experimentos se usaron 15 voces diferentes y 8 grupos de jueces (con un promedio de 63 jueces por grupo). Se pidió a los jueces que aparearan las tres voces con tres registros con datos personales. Por ejemplo, después de oír las tres voces

¹⁹ P. E. Vernon: "Can the 'Total Personality' Be Studied Objectively?", *Char. & Pers.*, Duke University Press, 1935, 4, págs. 7 y sig.

²⁰ G. W. Allport y H. Cantril: *J. Soc. Psychol.*, 1934, 5, 37-55.

los jueces trataban de decir cuál de entre tres tipos de escritura correspondía a cada voz y lo mismo con tres edades, alturas, fotografías y descripciones de la complexión física. Las voces fueron apareadas también con afirmaciones acerca de la vocación y las preferencias políticas de las tres personas que hablaron y con los resultados (previamente obtenidos) de tres tests de personalidad (referentes a extraversión, ascendencia y valores personales). Finalmente, los *mismos* ítems de información fueron combinados de modo de constituir un bosquejo sumario de cada persona que había hablado, ofreciendo así una descripción estructurada de su personalidad, y los jueces trataron entonces de aparear estos bosquejos con las voces que habían oído.

Los resultados de estos experimentos son bien decisivos. Los apareamientos menos exitosos fueron los de las voces con la escritura, la complexión y la altura. Un éxito algo mayor se logró con la edad y las fotografías. Más éxito aún, con la vocación, el punto de vista político, la extraversión, la ascendencia y los valores personales predominantes (la lista de Spranger, cf. págs. 246 y sigs.). Los apareamientos más exitosos fueron los de la voz con los *bosquejos sumarios*.

Computando los coeficientes de contingencia para estos datos, Vernon muestra claramente el aumento progresivo de la validez de los apareamientos a medida que las características a ser apareadas con las voces pasaban de los tributos más segmentarios y físicos a los rasgos y estructuras psicológicas más complejas.²¹ La cifra final de la serie muestra en qué alto grado el *agrupamiento* de características aisladas en un cuadro único para cada individuo aumenta la validez.

<i>Descripción del experimento</i>	<i>Error constante y error probable</i>
Tres voces que leen el mismo pasaje son apareadas con la edad de los que pronunciaron esas palabras, su altura y su complexión (esto es, sus características físicas). Promedio de 6 experimentos con cuatro grupos diferentes de voces.	0.13 ± 0.042
Voces apareadas con fotografías o con la presencia de las personas (después de la lectura); 9 experimentos, 6 grupos de voces.	0.20 ± 0.058
Voces con preferencias políticas y valores dominantes (esto es, marcas obtenidas en el Estudio de valores de Allport-Vernon); 10 experimentos, 7 grupos de voces.	0.25 ± 0.050
Voces con marcas en las escalas de extraversión-introversión (Heidbreder) o de ascendencia-sumisión (Allport); 13 experimentos, 7 grupos de voces.	0.29 ± 0.047
Voces con breves bosquejos del carácter contruidos sirviéndose de voces.	0.41 ± 0.048

Un tercer experimento, efectuado empleando un método diferente pero que dio resultados similares, fue llevado a cabo por von Bracken, quien pidió a varios jueces adultos que averiguaran ciertas características desconocidas de personalidades de niños "deduciéndolas" de dos grupos de datos: 1) descripciones libres de las personalidades de esos niños y 2) una lista de 26 características separadas correspon-

²¹ P. E. Vernon: *Psychol. Bull.*, 1936, 33, p. 170.

dientes a cada niño presentadas en la forma típica de los informes escolares, con un apartado independiente para cada característica. Los jueces hicieron muchas deducciones cuya corrección debieron comprobar luego los autores de la descripción original. En todos los experimentos se encontró que las deducciones basadas en las descripciones libres fueron más exactas, más comprensivas y más fecundas que las basadas en las descripciones de segmentos de conducta.²²

Todos estos experimentos prueban que se obtienen juicios más válidos, predicciones y deducciones más exactas, cuando el análisis no se ve obligado a descender a los más bajos niveles moleculares. Si se quiere que el experimento dé resultados óptimos es necesario tener en vista la organización, las estructuras, los procesos molares. En efecto, a menos que se tengan estos fenómenos en vista, el experimento corre el peligro de deslizarse hacia alguna región sub-personal donde pierde toda relación con la personalidad.

2. *El análisis experimental puede aplicarse al sujeto aislado no menos apropiadamente que a un grupo de sujetos.* En otras palabras, los experimentos diferenciales no son el único tipo legítimo de experimento.

Lewin cuenta que la pregunta que más le hicieron luego de una proyección de films psicológicos basados en la conducta de un chico fue si todos los chicos se comportan del mismo modo. Parecería como si el caso individual, por más convincente y claro que pueda ser, no ofreciera interés para la mayoría de la gente a menos que sirva como un ejemplo de una ley general. Como dice Lewin, las personas que lo interrogaban parecían sentir que el caso individual es "fortuito, desprovisto de importancia y científicamente indiferente". Esa gente pasa por alto la verdad de que una ley científica de desarrollo no deja de ser una ley aun cuando sólo se aplique a un individuo.²³

F. H. Allport ha propuesto extender más aún la experimentación acerca del individuo por la aplicación de la "estadística intra-individual".²⁴ Este autor cree que sería posible escalar para cada individuo la frecuencia con que los actos singulares de su conducta concuerdan con lo que ese individuo "parece estar tratando de hacer". Para emplear el ejemplo antes citado, cierto niño parece tener un rasgo dominante que consiste en tratar de ganar la atención de sus mayores de cualquier modo que sea. En un comienzo este diagnóstico se formula sólo como una hipótesis. Repetidas observaciones (hechas por varios jueces) permiten establecer marcas para sus actos separados según confirmen o no esta hipótesis. Con el tiempo la

²² Para una breve exposición de este trabajo véase P. E. Vernon: *Char. & Pers.*, 1935, 4, pp. 4 y sig. El estudio original se encuentra en H. von Bracken: *Jenaer Beitr. zu Jugend-und-Erziehungs-Psychologie*, 1925, 1, 1-50.

²³ K. Lewin: *J. Gen. Psychol.*, 1931, 5, p. 151.

²⁴ "Teleonomic Description in the Study of Personality", *Char. & Pers.*, Duke University Press, 1937, 5, 202-214.

existencia de este rasgo llega a ser comprobada o refutada. Se determina su amplitud e intensidad de expresión. Extendiendo este método se establece la preeminencia relativa de este rasgo en la vida del niño, en comparación con otras tendencias importantes de su personalidad. Este procedimiento es por entero cuantitativo aun cuando nunca involucra el comportamiento de más de una persona.²⁵ El autor de esta propuesta comenta la significación teórica que ésta tiene en los siguientes términos:

"Existe entre los psicólogos una aversión peculiar al estudio del caso individual. Esta aversión se basa sobre el saludable principio científico de que no hay que generalizar en base a un solo caso. Pero no hay que olvidar que los datos científicos pueden componerse de sucesos de tipo muy diferente. Un «caso» no es necesariamente un individuo; puede ser igualmente bien un solo acto de conducta de un individuo. Y un buen muestreo de las conductas de un individuo representa no un solo ítem sino un gran número. Por consiguiente, en tanto la generalización hecha en base a este muestreo no trascienda el campo de los datos en base a los cuales se la ha formulado, esto es, en tanto se la formula para ser aplicada a la conducta de ese individuo particular y no a la de ningún otro, semejante generalización no involucra violación alguna del correcto procedimiento científico. Y el intento de descubrir de este modo leyes de individuos es precisamente lo que entendemos por estudio científico de la personalidad.²⁶

3. Un tercer principio de la experimentación puede ser enunciado del siguiente modo: *Dado que en el campo de la personalidad nunca es posible la reproducción de los experimentos, el máximo de confiabilidad debe alcanzarse mediante el empleo de varios experimentadores, de métodos suplementarios de investigación y de tanta repetición como el caso permita.* Esta regla se dirige a asegurar que en todas las investigaciones se obtenga tanta exactitud como sea humanamente posible. Este enunciado amplio y general quiere ser una advertencia contra los procedimientos descuidados y las interpretaciones apresuradas e inexactas de los resultados. Después de todo, pese al tono crítico de algunas partes de la discusión precedente, los cánones básicos de la ciencia de laboratorio se aplican al estudio de la personalidad tan bien como cualquier otra investigación psicológica. Los métodos deben ser adecuados, pero asimismo deben ser tan exactos como sea posible.

4. El principio final es un alegato en pro de la simplicidad y la flexibilidad del método. *Las condiciones del experimento deben provocar la actividad más espontánea y natural que sea posible.* Si se emplean aparatos, los instrumentos deben ser poco llamativos o, si no, el sujeto debe estar plenamente adaptado a su presencia. Si el experimentador mismo es un

²⁵ Esta propuesta es idéntica a la sugestión hecha anteriormente en el sentido de que los rasgos *individuales* pueden ser escalados con no menos éxito que los rasgos *comunes*, aunque de un modo totalmente diferente, dado un continuum individual y no societal.

²⁶ *Loc. cit.*, págs. 203 y sig.

factor decisivo en el experimento, existe el peligro de que los resultados puedan ser función sólo de una forma especial de relación social. Además, la actitud del sujeto hacia el experimento en conjunto es a menudo fundamental para la determinación de las respuestas.²⁷ Si es posible, todas estas variables deben ser controladas o, en todo caso, debe tenerse en cuenta plenamente su influencia.

Las respuestas en que se pone de manifiesto la personalidad cambian continuamente. En tanto sea posible, estas respuestas cambiantes deben ser estudiadas con un instrumento cambiante. Se podría formular una analogía entre la experimentación y la conversación natural. Para inducir a hablar a una persona, el interlocutor le hace sucesivas preguntas que varían según la naturaleza de la respuesta precedente. Siempre que sea posible, un experimento debe hacer lo mismo. De este modo las respuestas se van *desenvolviendo* y no se vuelven rígidas o estereotipadas. Alterar el curso de un experimento en cada estadio sucesivo es algo que de ningún modo es fácil de poner en práctica, pero representa sin embargo un ideal de flexibilidad que los experimentadores harán bien en tener presente.

En el campo de la personalidad humana, donde el método experimental es tan nuevo, la invención de técnicas novedosas merece el mayor de los alientos. Los cuatro principios que hemos enunciado son probablemente lo bastante liberales como para poder incluir los progresos significativos que hará el futuro. Pero ninguno de ellos ni tampoco ningún otro tipo de reglas debe ser invocado para restringir la inventiva y la libertad de la exploración.

En toda generación, dice Whitehead, el oscurantismo está representado por esos científicos que practican inexorablemente la metodología dominante, sin alcanzar a especular libremente sobre sus limitaciones y posibilidades de superación. Desde este punto de vista, el presente capítulo, que ha sido dedicado por entero a la metodología de la evaluación, los tests y la experimentación, puede ser considerado en parte como una protesta contra el oscurantismo vigente en el estudio científico de la personalidad. Pero con el trascurso del tiempo, los principios aquí enunciados pueden convertirse a su vez en anticuados. Si eso ocurre, deberán ser alterados o descartados para impedir que ellos también lleguen a oscurecer la senda del progreso.

²⁷ Cf. S. Rosenzweig: "The Experimental Situation as a Psychological Problem", *Psychol. Rev.*, 1933, 40, 337-354.

CAPÍTULO XVII

EL COMPORTAMIENTO EXPRESIVO

Chacun fait son salut comme il peut.

CUANDO EL PSICÓLOGO habla de "expresión" puede estar refiriéndose a cualquiera de las tres clases siguientes de fenómenos. Puede querer decir (y de ordinario quiere decir) expresión *emocional*, tal como ésta se refleja en cambios corporales involuntarios del esqueleto y de las vísceras: en el rubor, la contracción de las cejas, la dilatación de la pupila, el apretar los puños o el temblor de las rodillas. Estas manifestaciones involuntarias de la emoción representan por lo general todo el contenido del capítulo sobre "expresión" en los manuales de psicología, probablemente porque este problema fue el que cautivó el interés de cuatro grandes investigadores del siglo XIX: Bell, Piderit, Darwin y Wundt. Como ha mostrado K. Bühler, las formulaciones de estos cuatro sabios ocuparon el centro de la escena durante cien años.¹

El segundo significado de expresión es menos especializado y más familiar para el profano. Decimos que un hombre "expresa" una opinión o una preferencia, una actitud o un punto de vista. Tales afirmaciones implican que el contenido del comportamiento de ese hombre nos informa algo acerca de su personalidad. Nos está diciendo directamente algo sobre sí mismo. Su expresión no tiene que ser necesariamente verbal. El hecho de que se lo vea con frecuencia en partidos de pelota o de que sea un concurrente regular a la biblioteca pública también "expresa" sus intereses, tan verdaderamente como su comunicación verbal (o quizá más verdaderamente).

El tercer sentido del término es algo más sutil, pero es el más importante para los propósitos del presente capítulo. Se refiere a aspectos *involuntarios* del comportamiento que reflejan más de lo que directamente exponen. La *manera* en que un individuo se comunica no está totalmente determinada por lo que dice. Está marcada por una individualidad que se superpone a la actividad volicional. Las peculiaridades individuales en la

¹ *Ausdruckstheorie*, 1933.

manera de llevar a cabo actos adaptativos son llamadas a menudo *movimiento expresivo*.

Tanto la segunda como la tercera forma de expresión dicen mucho acerca de la personalidad. El hecho de que un hombre se dirija a la cancha de pelota todas sus tardes libres expresa su interés por el juego, pero su modo de andar, según sea seguro y firme o irregular y desmañado, es también revelador. El *hecho* de que una persona aproveche todas las oportunidades para hablar acerca de su trabajo es indudablemente sintomático, pero también lo es su manera de hablar tímida, arrogante, jovial y anhelante.

En este capítulo el tópico en discusión es el evasivo problema del movimiento expresivo. Dejaremos de lado la manifestación refleja de emoción (en sus aspectos meramente transitorios); lo mismo haremos, aunque no en el mismo grado, con el problema de *qué* está haciendo la persona, esto es, el problema de la revelación de sus actitudes y motivos por el contenido de sus actos adaptativos. La separación entre el *qué* y el *cómo* es difícil de mantener en forma rígida, pero la discusión siguiente mostrará que esa distinción es justificable.

COMPORTAMIENTO EXPRESIVO VERSUS COMPORTAMIENTO ADAPTATIVO

Toda respuesta es la resultante de muchos determinantes; es la culminación natural de la acción de algún estímulo sobre muchos efectores musculares y glandulares por intermedio de las llamadas "tendencias determinantes centrales". Como el acto final es indivisible y convergente, sólo es posible distinguir sus dos fases primarias realizando un análisis algo arbitrario. La expresión nunca existe como fenómeno aislado. Es meramente una corriente submarina de la corriente de comportamiento.

Sin embargo, con vista al análisis se pueden distinguir dos clases de tendencias determinantes que contribuyen en grados cambiantes al proceso efector último. Un conjunto de determinantes corresponde a la actuación adaptativa especial, prescripta por la tarea en curso. Hay algo que debe hacerse: hay que reparar una cerradura, responder una pregunta, llamar a un médico o cortar un árbol. La acción resultante es intencional, diestra, voluntaria y específica con referencia a las exigencias de la ocasión y a las tensiones especiales creadas. Pero esta actuación adaptativa rara vez se produce sola. No todo se limita a poner en actividad una actitud de tarea y las habilidades pertinentes, sino que también entran en acción una multitud de determinantes más sutiles, más profundos y menos específicos. Muchos son los modos en que puede ser reparada la cerradura, según el interés, la paciencia y la capacidad para la mecánica del que hace el trabajo. Muchos son los modos de responder a una pregunta, según el tacto, la cortesía, la confianza en sí mismo o el humor del que responde. Todas las

actividades, aun el parpadeo, representan al mismo tiempo un acto *adaptativo* y una *expresión*. Sin duda el parpadeo es esencialmente una respuesta adaptativa provocada por la irritación de la córnea, pero en ésta, la más simple de las respuestas, intervienen sutiles influencias contribuyentes de las áreas más "altas" (más integradas) de la personalidad. Algunas personas parpadean con regularidad, otras con ritmos irregulares; algunos cierran sus ojos por completo, otros no.² De acuerdo con lo que nos muestra el cine, Mussolini parpadea no sólo en una forma extraña sino también "delibe

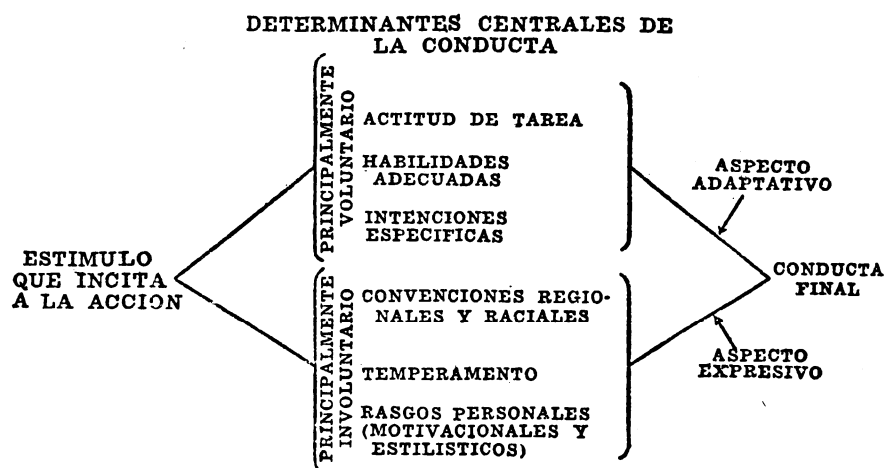


FIGURA 29

El comportamiento como una confluencia de conductas adaptativas y expresión

radamente", como si su personal "voluntad indomable" se ejerciera incluso en este remoto rincón de su conducta adaptativa.

La parte expresiva de la conducta resulta, entonces, de determinantes profundos, que funcionan por regla general inconscientemente y sin esfuerzo. La parte adaptativa, en cambio, es un sistema más limitado, circunscripto por el propósito del momento y estrechamente dependiente del estímulo y del esfuerzo voluntario o de los hábitos de destreza. La *razón* de un acto presente de conducta debe ser buscada en los deseos e intenciones presentes del individuo (aunque éstas a su vez pueden provenir de intereses y rasgos personales profundos); pero el estilo de *ejecución* siempre es guiado directamente y sin interferencias por disposiciones personales profundas y duraderas. La figura 29 representa la situación esquemáticamente.

Se puede decir que en general el acto adaptativo es tanto más eficaz cuanto menos expresión involuntaria incluye. Esto es verdad particular-

² E. Ponder y W. P. Kennedy: *Quart. J. Exper. Physiol.*, 1927, 18, 89-110.

mente en todas las tareas que han sido uniformadas para concordar con la dominación de la máquina. El manejar una máquina fresadora o estampadora y sacar innumerables copias de un mismo modelo, deja menos espacio para la individualidad de expresión que la artesanía de otros tiempos. Antes del advenimiento de la máquina, el estilo de un producto era la clave que revelaba a su autor; gabinetes, iglesias, sillas de montar, piezas de ajedrez, todo estaba marcado con la individualidad y estilo de quienes lo hacían. Pero en nuestra época, no sólo los artesanos y obreros de fábrica sino también los policías, impresores, bibliotecarios, anunciadores de radio e incluso los maestros son adiestrados para hacer las mismas cosas del mismo modo. Se aprecia más la precisión en sus actos que la individualidad del estilo. Y se sacrifica así el factor expresivo para otorgar mayor eficacia a la actuación adaptativa.

Aunque los determinantes adaptativos y expresivos del comportamiento confluyen y se unen, están no obstante en una relación de oposición. El ejercicio de la volición tiende a suprimir el movimiento expresivo voluntario.³ El esfuerzo por hacer una tarea *correctamente* destruye el impulso a hacerla estilísticamente y todo intento deliberado de desfigurar la expresión inhibe en alto grado su carácter individual. Ejemplos extremos de tales intentos son el *poseur*, el mimo, el actor de carácter y el falsificador, quienes hacen un esfuerzo consciente por despojar por completo a sus realizaciones de las formas espontáneas de expresión. En estos ejemplos los determinantes voluntarios predominan en tal medida que la expresión natural personal es suprimida por completo.

En resumen, ningún acto de comportamiento puede ser denominado exclusivamente expresivo y ninguno es no-expresivo. Todo acto tiene al mismo tiempo un carácter adaptativo (*zweckmässig*) y un carácter individual o estilístico (*ausdrücklich*). El primer carácter oculta el otro, aun cuando converge con él. Bajo ciertas circunstancias la significación expresiva de un acto cae hasta un grado mínimo; así, por ejemplo, cuando hay una desfiguración deliberada o cuando median requerimientos ineludibles de eficiencia, uniformidad y conformidad.

³ Según Klages este antagonismo es el principio básico en la ciencia de la expresión. Las funciones adaptativas precisas de la volición y la destreza las considera correspondientes al *Geist* del hombre moderno; el carácter difuso y primitivo del comportamiento expresivo lo adscribe al surgimiento elemental de la *Seele*. El antagonismo entre estos dos principios, mente y alma, es completo. El primero actúa como un freno, como un impedimento, incluso como un destructor de los ritmos básicos que son los portadores de la expresión vital. Para percibir la individualidad del comportamiento expresivo es necesario, por lo tanto, mirar más allá del designio específico del acto, más allá del control consciente y de las manifestaciones de la convención y la destreza. L. Klages: *Der Geist als Widersacher der Seele*, 3 vols., 1929-1932.

Este análisis en dos partes de los determinantes del comportamiento, si bien es correcto con el alcance que hasta ahora le hemos dado, representa sin embargo una simplificación un tanto excesiva. No basta con tener en cuenta las exigencias del objetivo inmediato, la intención deliberada y la eficiencia del acto y considerar entonces el residuo como expresivo de la personalidad. Hacer eso sería perder de vista muchos otros determinantes:

- a. la tradición racial;
- b. la convención o los modos regionales;
- c. los estados emocionales y estados de ánimo transitorios, no característicos de la persona en otros momentos;
- d. los estados de tensión o fatiga;
- e. la edad;
- f. el sexo;
- g. las peculiaridades de la estructura muscular y la constitución corporal innatas;
- h. los estados de salud y enfermedad;
- i. las deformaciones accidentales del cuerpo;
- j. los hábitos especiales provenientes de un adiestramiento especial (p. ej., elocución, educación dramática, educación militar) que pueden cubrir y ocultar la expresión individual más sutil;
- k. las condiciones accidentales del medio físico (p. ej. la lapicera, la tinta y el papel en la escritura; los factores suelo y clima al caminar).

Todos estos determinantes son importantes y todos parecen caer, por lo menos a primera vista, fuera de la clasificación en dos partes discutida hasta el momento. Sin embargo, rápidamente pueden establecerse sus papeles en relación con esta clasificación. Los factores enumerados se dividen en cuatro grupos (factores *a* y *b*, factores *c* y *d*, *e-i* y *j* y *k*).

Los primeros dos factores, la tradición racial y la convención o los modos regionales, ya han encontrado su lugar en la figura 29. Allí han sido clasificados entre los determinantes del movimiento *expresivo*, pues su influencia es involuntaria, profundamente implantada y permanente, sin ninguna dependencia respecto de la intención deliberada y consciente del momento.

Los estilos convencionales de expresión, pese a todo lo uniformados que están, no dejan de ser determinantes *personales*. El niño adopta (introyecta) las normas culturales de expresión del mismo modo que todas las otras normas sociales. Para un recién llegado a una cultura esta adopción de una "base" común de expresión es evidente en el más alto grado. En verdad sólo después de una considerable adaptación a esta base cultural puede discernir la presencia de la individualidad o apreciar la amplitud de la variación personal.

En realidad, en una cultura no sólo están uniformadas las formas de expresión sino también hasta cierta medida el "carácter racial" mismo. Toda expresión, aun la que es convencional, debe tener una base en disposiciones psicológicas subyacentes. Schopenhauer se refiere a esta correlación entre la expresión racial y los rasgos raciales comunes cuando afirma: "Los ingleses tienen un desdén peculiar por la gesticulación y sostienen que ésta es algo sin valor y común; a mí me parece que ése es sólo uno de los ejemplos de la gazmoñería inglesa." El diagnóstico de Schopenhauer puede ser erróneo, pero tiene razón al suponer que debe existir *alguna* base para la peculiaridad en cuestión.

Desde el punto de vista de la psicología de la personalidad se presenta mejor la situación describiéndola del siguiente modo: Lo que se llama "carácter racial", es el *socius*. El *socius* es ese aspecto de cada vida personal que está uniformado dentro de una cultura (cf. nota pág. 317). La expresión convencional es el reflejo exterior y visible de la naturaleza de este *socius*. En cada cultura hay algunos individuos cuyas personalidades concuerdan más íntimamente que otras con el tipo ideal correspondiente a esa cultura. En algunos casos de marcada concordancia casi podría decirse que el *socius* es la personalidad, pero tal grado de realización de lo típico es raro. Pues la persona sólo en parte toma el carácter del *socius* y sólo en parte sus expresiones concuerdan con la norma.

No obstante, lo que un extranjero recién llegado advierte en seguida es la concordancia que existe entre los habitantes del lugar. Sólo con el tiempo llegará a percibir la presencia de la individualidad más allá de los límites de la convención. Por más raro que esto sea, en la propia cultura, en cambio, el patrón común se da por supuesto y rara vez se advierte; hecho éste que ha limitado fatalmente la perspectiva de muchos psicólogos sociales.

Los factores *c* y *d*, que incluyen las condiciones transitorias del estado de ánimo y la fatiga, a menudo son decisivos en la conducta. También deben ser clasificados como determinantes expresivos, aunque en este caso se trata de la expresión de estados personales momentáneos y no de disposiciones duraderas. La importancia que tiene el estado de ánimo bajo condiciones normales es un problema discutido en las págs. 498/99.

Los factores *e* a *i* representan ciertas influencias estructurales y orgánicas sobre el curso del comportamiento. Una mujer de poco peso no puede tener una pisada tan pesada ni dar la mano con tanta fuerza como un hombre medio, ni puede tener una voz tan profunda como la masculina común. Una mano lisiada por la artritis se pondrá de manifiesto en el ademán y en la escritura. Un físico pesado, pícnico, no puede posarse con levedad y delicadeza sobre el borde de una silla. La vejez achacosa hace temblorosamente lo que la juventud hace con vigor. Es difícil clasificar todas estas influencias como determinantes adaptativos o expresivos. En parte afectan al movimiento a través de la influencia especial que ejercen sobre la habilidad; en parte están vinculadas a cambios de la personalidad y son por lo tanto expresivas de la personalidad. La ambigüedad inherente

a estos ítems es lo que lleva a algunos analistas del carácter (grafólogos, por ejemplo) a exigir que se les dé información acerca de estos determinantes antes de emprender una interpretación del movimiento expresivo.

Los factores finales, *j* y *k*, constituyen casos especiales de determinantes *adaptativos*. Esto es especialmente verdadero en el caso de las condiciones del medio físico. Durante un día de calor o en un terreno desigual es probable que cualquier persona retarde su paso o reduzca el largo de sus zancadas; empleando una lapicera probablemente cualquiera escribirá con una presión desigual. Algo más sutil es la influencia de los hábitos especiales de destreza (la voz educada, el porte militar). Sin duda, en alguna medida tal adiestramiento influye directamente sobre la personalidad y por lo tanto llega a incorporarse a la fase expresiva de la acción. Pero a menudo confiere una habilidad que actúa como una máscara y oculta, más de lo que revela, las cualidades personales del individuo. Por ejemplo, es más difícil juzgar correctamente, en base a la voz nada más, las personalidades de los anunciadores de radio que juzgar por la voz las personalidades de individuos sin adiestramiento vocal. En este caso el adiestramiento especial oscurece por completo el carácter expresivo natural de la voz.

LA GÉNESIS DEL COMPORTAMIENTO EXPRESIVO

Volviendo por un momento a la discusión entablada en el capítulo V, hemos de recordar que en la primera infancia los movimientos del cuerpo son de ordinario difusos y masivos. El bebé acostado en su cuna trata de alcanzar un objeto no con una mano sino con las dos y a menudo con las piernas también. A medida que va creciendo y adquiere precisión en el uso de los miembros y de la voz, este carácter difuso del movimiento va desapareciendo. Cierta tiempo después un mero fruncimiento de las cejas significa tanto dolor como el chillar y el sacudirse al azar de los primeros tiempos, un leve movimiento de la cabeza significa un rechazo tan definido como la contracción de todo el cuerpo. Este refinamiento tiene lugar no sólo en los actos adaptativos sino también en el movimiento expresivo. El niño irritable muestra su irritabilidad en casi todos sus movimientos; en cambio el adulto casi siempre aprende a controlarse de tal modo que sólo quedan como claves de su estado de ánimo los dedos crispados o la voz cortada.

Este hecho de que con la creciente madurez la expresión tienda a quedar confinada en regiones limitadas del cuerpo tiene importantes consecuencias para el psicodiagnóstico. Ante todo significa que diversas manifestaciones expresivas * tienen mayor o menor significación según las per-

* Allport emplea aquí la palabra inglesa *feature*: rasgo. Si empleáramos ese término en castellano nos expondríamos a provocar confusiones con los rasgos de

sonas. Algunas caras son más reveladoras que otras; lo mismo sucede con las voces. En algunos casos los ademanes son meramente convencionales e incluso pueden estar ausentes por completo; en otros son marcadamente individuales. A veces un modo de vestirse o de escribir puede parecer "exactamente concordante" con la persona que lo emplea, en otros casos son fenómenos por entero no expresivos. Una cierta persona se revela sobre todo en el modo de hablar, otra en el andar y en el porte, una tercera en los ademanes y la escritura, una cuarta en las ropas y adornos. Cada vida tiene un diferente *Schwerpunkt* de expresión. Por eso tantos intentos de diagnóstico dan fuera del blanco, en especial en los casos en que el observador sólo atiende a sus índices favoritos, quizá a los ojos, o a las manos, o a la escritura.⁴

Pese a la diferenciación psicomotora que se produce con el aumento de la edad, siempre persiste durante toda la vida una cierta coherencia en la expresión. El temperamento impone su presencia en todos los estadios del desarrollo. De ordinario el niño que ríe fácil y alegremente es también de expresión alegre en los años posteriores de su vida, mientras que el niño solemne tiene más probabilidades de convertirse en un adulto solemne. Todos los factores innatos de la expresión son resistentes al cambio. Los gemelos idénticos son notablemente similares en los amaneramientos y en el estilo de su escritura, aun cuando vivan separados. A menudo es posible reconocer en abuelo, padre e hijo, parecidos de familia en los amaneramientos, en los modos de inclinar la cabeza, de inflar los carrillos, de tomar la mano, etc. Hay que recordar, sin embargo, que en esos casos la causa del parecido puede ser la imitación más que la herencia.

También la convención desempeña un papel. Todo niño introcepta formas corrientes de expresión, que están en conflicto con su individualidad de movimiento y que en cierto grado llegan a suprimirla. Aprende a escribir imitando un modelo, a tocar el piano o a bailar según ciertas reglas y a hacer su adiestramiento manual sólo del modo aceptado. Pero a medida que su destreza se desarrolla, el niño se aleja en parte (pero sólo en parte) de sus modelos estereotipados. Su escritura adquiere "madurez gráfica", su interpretación musical y sus pasos de baile son más suyos y su trabajo manual adquiere un estilo individual. Aun la taquígrafa con el

personalidad, en inglés *traits*. Por eso debemos recurrir al término manifestación expresiva, lamentablemente demasiado amplio. En algunos casos en que no es posible especificar los *features* como rasgos físicos empleamos esta expresión. [T.]

⁴ Esta consideración es lo que lleva a W. Stern a repudiar lo que él llama los métodos "monosintomáticos" de psicodiagnóstico y a recomendar que cualquier método particular, como la grafología, por ejemplo, sea complementado con el estudio de la expresión facial, el modo de andar, la postura, los ademanes, etc. "Ausdruck und Leistung", en *Die Wissenschaft am Scheidewege von Leben und Geist* (L. Klages Festschrift), 1932, págs. 219-223.

tiempo modifica su sistema de taquigrafía y el médico cuando termina su práctica de internado comienza a practicar su arte a su modo propio.

Klages, como hemos visto, otorga gran importancia a la lucha constante entre los requerimientos de la destreza y la convención, por un lado, y la presión interior, la *Gestaltungskraft*, por el otro.⁵ Las personas difieren grandemente en cuanto al grado en que son capaces de abrirse paso a través de las prescripciones de la enseñanza y la convención y de colocar su sello propio de individualidad en toda actividad que practican.

El papel de la imitación en el desarrollo del comportamiento expresivo no debe pasarse por alto. El muchachito que envidia la madurez y mundanidad del dependiente de almacén imita la manera sobradora en que éste se inclina la gorra y escupe. La adolescente dispone sus cabellos y su modo de vestir rindiendo evidente tributo a su actriz favorita. El estudiante universitario imita los amaneramientos de algún profesor o de algún atleta a quien admira.

Este tipo de imitación externa es de considerable interés psicológico. Es evidente que el joven admirador no imita directamente lo que más codicia: la competencia, la madurez y el equilibrio interior de su héroe. Hasta es dudoso que comprenda plenamente qué es lo que codicia. El joven oficinista tiene una vaga sensación de que su patrón tiene experiencia y sabiduría mundana, pero estos atributos están más allá de lo que el muchacho puede alcanzar de inmediato. Entonces imita las corbatas y los cortes de pelo de su patrón. No está en sus manos el apresurar el largo proceso del aprendizaje y la experiencia; lo más que puede hacer es tratar de hallar un atajo. Estas características son para él un signo exterior y visible de las cualidades inaccesibles que desea tener. Tiene lugar aquí una sustitución *pars pro toto*. El símbolo accesible es adoptado como sustituto del éxito inalcanzable.

Con la llegada de la madurez muchos de estos amaneramientos imitativos son abandonados, a veces porque el individuo ya ha dejado de admirar al héroe y otras veces porque ya es capaz de reemplazar estas imitaciones parciales con otras más completas y apropiadas. El joven oficinista que ha alcanzado la sabiduría mundana puede llevar la corbata que le guste; ya no necesita los distintivos exteriores.

Pero la madurez no siempre borra los amaneramientos, pese al hecho

⁵ Klages emplea el término *Gestaltungskraft* para designar la fuerza que trabaja en favor de la madurez o la culminación de la individualidad expresiva. Un alto grado de *Gestaltungskraft* "llena el marco de todo acto con una rica significación expresiva". Un bajo grado de *Gestaltungskraft* provoca indecisión en la expresión. Las producciones de niños y adultos inmaduros —dominados por la convención— serán probablemente "borrosas" y carentes de ritmo y fuerza individual. Cf. *Ausdrucksbewegung und Gestaltungskraft*, 4a. ed., 1923.

de que la personalidad pueda ya haber cambiado y haberlos superado. Tómese el caso de un joven que sufre de una extrema y molesta conciencia de sí mismo y desarrolla entonces un cierto modo furtivo de actuación; se ruboriza fácilmente, muestra embarazo o timidez ante extraños y quizá posee una cantidad de amaneramientos compensatorios. Al ir siendo mayor puede adquirir mucha más confianza en sí mismo; no obstante el modo furtivo persiste en su expresión. Aun sin una molesta conciencia de sí mismo puede ruborizarse espontáneamente. Su expresión es un reflejo de rasgos que antes tuvo. Los rasgos mismos los ha perdido o se han transformado, pero las formas de expresión persisten como sistemas funcionalmente autónomos. Se ve entonces cómo una expresión a menudo revela lo que una personalidad ha sido más que lo que es en el momento presente.

No hemos mencionado hasta ahora el papel que desempeña el conflicto mental en la creación de amaneramientos expresivos.

Krout ha dado a los movimientos de este tipo el nombre de *ademanes autísticos*.⁶ Son movimientos "dirigidos por sí mismos", dotados sólo de un significado inconsciente para el sujeto y de ningún significado para el observador (a menos que éste haga un cuidadoso estudio). Se originan en alguna experiencia de frustración y se hacen presentes en toda situación que tenga algún contacto, aun remoto, con esa frustración. En sus experimentos Krout ha encontrado que palabras-estímulo semejantes (vinculadas a la misma constelación de sentido) eran acompañadas a menudo por el mismo ademán simbólico. Así, una mujer examinaba sus uñas o cerraba los puños cada vez que en la serie-estímulo aparecía la palabra "trabajo" o alguna otra palabra afín. Tras la investigación, se comprobó que se había chocado con un "complejo", pues se trataba de una persona que se mantenía por su propio trabajo contra su voluntad y por esa razón tenía una inclinación al resentimiento y a la auto-conmiseración.

La teoría de los ademanos autísticos de Krout se basa, siguiendo una línea freudiana de pensamiento, en los conceptos de bloqueo y conflicto. Si un impulso es objeto de un tabú, queda privado de su plena expresión motora. El individuo no debe quejarse de su suerte, ni admitir que tiene miedo ni confesar vergüenza. En los momentos en que sería normal ejercer estas actividades adaptativas, todas ellas son rápidamente bloqueadas. Se produce un conflicto. El impulso a hablar o a actuar se pone en marcha pero pronto es reducido a un mero estado de vestigio, a un ademán rudimentario. Este ademán se repite en todas las situaciones en que el conflicto entra en actividad.

⁶ M. H. Krout: "Autistic Gestures: an Experimental Study in Symbolic Movement", *Psychol. Monog.*, 1935, N° 208; también "The Social and Psychological Significance of Gestures", *J. Genet. Psychol.*, 1935, 47, 385-412.

Un remilgado pintor de paredes, que siente que su ocupación está muy por debajo de su persona, revela su conflicto por un cuidado escrupuloso de sus uñas, que lustra y revisa frecuentemente mientras trabaja.

Otro joven tiene el hábito peculiar de sacudir los brazos cuando piensa en cosas embarazosas. Se pudo establecer que este hábito se había originado en una época en que el joven tenía desagradables pensamientos compulsivos que le hacían sentir que iba a golpear a la gente en la calle. En esos momentos sacudía sus brazos para alejar de sí el impulso. Con el tiempo llegó a usar este hábito en otras ocasiones en que deseaba liberarse de un pensamiento desagradable. Aunque liberado de la compulsión inicial, el ademán permaneció y finalmente llegó a expresar y simbolizar nuevos conflictos.

Una de las peculiaridades de estos ademanes autísticos es el hecho de que de ordinario no son percibidos ni por el que los hace ni por el observador. A menos que sean muy llamativos o demasiado frecuentes, pasan inadvertidos. El hacer girar un anillo, un ruido hecho con la nariz, una mirada por sobre el hombro, son cosas tan comunes y parecen tan triviales que nadie se demora en ellas. Y sin embargo, como ha mostrado Krout, pueden ser señal de un conflicto actuante en las profundidades de la personalidad.

Pero hay que cuidarse de descubrir sentidos ocultos donde no los hay. Un temperamento muy sensible puede engendrar muchos movimientos sinkinéticos inútiles, desprovistos de todo significado simbólico. Algunos tipos de ademanes son simples hábitos motores que entran en juego debido a la fatiga, a un calambre o a causa de algún remoto condicionamiento por estímulos exógenos o endógenos. Personas con una cantidad excesiva de amaneramientos nerviosos pueden estar notablemente libres de represiones y conflictos, mientras que otras que sufren mucho pueden tener un aspecto exterior perfectamente plácido.

EL PSICODIAGNÓSTICO

Psicodiagnóstico es el nombre técnico de lo que popularmente se llama *lectura del carácter*. En todas las épocas ha ocupado un lugar entre los principales intereses del hombre. Un primoroso alegato del siglo XVIII en su favor se encuentra en Tristram Shandy:

"Hay", continuó mi padre, "un cierto aire y movimiento del cuerpo y de todas sus partes, al actuar lo mismo que al hablar, que indica muy bien lo que un hombre es y no me sorprende nada que Gregorio Nacianceno, al observar los ademanes rápidos e indóciles de Julián, predijera que éste se convertiría un día en apóstata, o que San Ambrosio echara a su amanuense a causa de un movimiento indecente de su cabeza, que oscilaba para atrás y para adelante como un mayal, o que Demócrito afirmara que Protágoras llegaría a ser un erudito por haberlo visto atar una gavilla poniendo las ramas pequeñas en la parte interior... Hay millares de inadvertidas

aberturas", continuó mi padre, "que permiten a un ojo penetrante llegar al instante al alma de un hombre; y yo sostengo", agregó, "que un hombre sensato no deja su sombrero al entrar en una habitación ni lo toma al salir sin que haya algo que lo delate."

En el siglo xx encontramos muchos textos decididamente comparables a éste. Tómese, por ejemplo, el siguiente pasaje que no suena muy distinto que las palabras del padre de Tristram:

"Hay manos humanas que tienen el aspecto de garras de mono, y a veces, si los huesos y los tendones son prominentes, se asemejan a las garras de un pájaro de presa. Parecen proclamar un profundo egoísmo, una falta de consideración por los demás, una tendencia a agarrar con voracidad y a retener con tenacidad. Dan una impresión de comportamiento animal o elemental, de carencia de todos los matices de la auto-limitación. Algunas manos no tienen un aspecto voraz o codicioso, sino decididamente cruel... De las manos en reposo tendemos a inferir la crianza de los hombres y las mujeres, por lo cual entendemos su sangre y su raza, el grado de su sensibilidad para los demás, su disciplina o indisciplina natural... Y también inferimos el poder artístico y la apreciación de la belleza... Los movimientos de las manos tenderán a acentuar esos puntos y a hacerlos aún más claros. Todos conocemos y reconocemos los ademanes y movimientos —¿acaso no nos asombra esto a todos en alguna ocasión?— que expresan desasosiego, violencia, amabilidad, egoísmo, gracia, sensibilidad, amor a la belleza".⁷

En el capítulo III pasamos revista a la historia del psicodiagnóstico. Allí señalamos que hay que elegir entre dos caminos. Uno es el camino de la afirmación dogmática, a recorrer bajo la guía de la observación aguda y los *aperçus* brillantes. Las dos citas precedentes son de ese tipo. Su cautivante perspicacia puede encantar al lector, pero al mismo tiempo lo deja pensando hasta qué punto se puede confiar en tales hallazgos.

El segundo camino es mucho más tedioso, es el camino del estudio experimental, en el cual hasta el momento poco se ha progresado. Se han hecho pocos experimentos, y muchos de ellos destinados sólo a refutar las pretensiones de los charlatanes, son endebles en su concepción y en su ejecución. Merced a estos estudios de combate sabemos que muchas prácticas psicodiagnósticas corrientes son incorrectas y que muchas creencias populares carecen de fundamento. Pero lo que no sabemos es qué resultados positivos pueden esperarse en este campo ni tampoco cómo hacer para lograrlos.

Las demostraciones negativas tienen por cierto algún valor. Quizá sea bueno saber, por ejemplo, que las rubias y las morenas no constituyen clases de temperamentos apreciablemente distintos; que ciertos signos de detalle en la escritura, como el largo del tilde de la t o la altura de las

⁷ J. G. Vance: *A Mirror of Personality*, 1927, págs. 113 y sig. Cita hecha con autorización de los editores, William and Norgate, London.

proyecciones hacia abajo y hacia arriba, no tienen una simple correspondencia punto por punto con las cualidades de personalidad medidas; que las solicitudes por escrito provocan impresiones marcadamente diferentes en diferentes jueces y que se puede obtener muy poco acuerdo en los juicios en base a fotografías. Es bueno contar con una demostración de que una de las formas en que los analistas del carácter obtienen reputación de eficaces se basa en el empleo de términos ambiguos que pueden aplicarse a cualquier ser humano. Mediante el uso de una *Universalscharakteristik aduladora*, el analista consigue que se le atribuya penetración, pues logra que el cliente quede contento.⁸

Ya en el capítulo III hemos discutido algunos errores del análisis popular del carácter. Estamos llegando al momento en que los psicólogos deberán dejar de ocuparse de lo que es falso en el psicodiagnóstico para atender a lo que en él es verdadero. Francis Bacon afirmó que el estudio de la expresión había progresado poco desde la época de Aristóteles. Y desde la época de Bacon hasta ahora también fue escaso el progreso.

A todos nos gustaría, sin duda, ver una guía completa y sistemática basada por entero sobre principios experimentalmente verificados, que capacitara por igual al psicólogo y al profano para leer la personalidad en los signos externos. Pero tal exigencia es prematura, pues ninguna rama de la psicología es más compleja que el psicodiagnóstico y ninguna está más atrasada. Por ahora tenemos que contentarnos con ayudar a poner sus fundamentos reuniendo el conocimiento adecuado acerca de la génesis del movimiento expresivo y su coherencia y todas las otras pruebas experimentales con que podamos contar.

LA COHERENCIA DE LA EXPRESIÓN

¿En qué medida las manifestaciones expresivas del cuerpo concuerdan entre sí? ¿Es verdad, como afirmó Lavater, que "uno y el mismo espíritu se manifiestan en todo"? ¿O bien hay en la expresión cierta marcada especificidad, de tal modo que una manifestación expresiva tiene poca relación apreciable con otra? ¿Los músculos faciales reflejan sólo inclinaciones fugaces, la escritura es sólo un hábito *manual*, la postura es una función neuromuscular separada y todas estas manifestaciones expresivas no tienen ninguna relación con la voz y el modo de hablar? Si a estas últimas preguntas correspondiera una respuesta afirmativa, el psicodiagnóstico estaría en una situación muy comprometida, ya que la interpretación de una manifestación expresiva podría ser negada por la interpretación de otra.

⁸ Cf. O. Bobertag: *Zsch. f. ang. Psychol.*, 1934, 46, 246-249.

Aun si las manifestaciones expresivas que sirven como *Schwerpunkt* de la personalidad fueran correctamente identificadas, no se podría contar con pruebas suplementarias confiables provenientes de otras manifestaciones expresivas, y toda la tarea de interpretar los rasgos de la personalidad en base a signos externos parecería vana.

Por fortuna este problema es accesible al estudio experimental por dos caminos. El primero es el método consistente en comparar medidas objetivas provenientes de manifestaciones expresivas separadas. El segundo es el método de la impresión y consiste en determinar el grado en que diversas manifestaciones expresivas les parecen estar relacionadas a varios observadores (p. ej., estableciendo la medida en que pueden ser apareadas correctamente entre sí). Ambos métodos han sido empleados. Descriptos en otro lugar largamente, aquí sólo requieren una breve ilustración.⁹

El método de la comparación directa se lleva a cabo tomando un grupo representativo de sujetos y obteniendo de ellos, bajo condiciones experimentales equivalentes, registros de muchas formas de movimiento. En un estudio de este tipo se emplearon veinticinco sujetos de sexo masculino, de dieciocho a cincuenta años. Se les pidió que escribieran, caminaran, dibujaran, contaran, leyeran, dieran golpecitos, se pasearan, estimaran distancias y llevaran a cabo muchas otras tareas simples, siempre a la velocidad que les fuera habitual y "a su modo". Se obtuvieron medidas con la ayuda de instrumentos adecuados y registradores de tiempo en varias sesiones experimentales diferentes¹⁰.

La correlación de las medidas obtenidas mostró que todos los sujetos tendían a mantener la misma posición entre los veinticinco con respecto a diversas "dimensiones" de movimiento. Por ejemplo, correlacionando todas las medidas que parecían tener que ver con la "expansividad" del movimiento se obtuvo un coeficiente promedio de + .33, que por provenir de nueve medidas compuestas implica una coherencia interna corregida de + .82. La relación puede ser expresada asimismo como una serie de correlaciones entre cada medida compuesta y la suma de los otros ocho compuestos correspondientes a este factor expansivo o "de área".

Área total de escritura	.69
Extensión total de las figuras	.67
Área de figuras dibujadas en pizarrones	.64
Lentitud en el dibujo	.52
Área de cuadrados dibujados con el pie	.48
Sobreestimación de ángulos	.45
Evaluaciones de movimientos efectuados en momentos de ocio	.39
Longitud de las señales hechas en las auto-evaluaciones	.38
Longitud de los pasos al caminar	.37

⁹ Véase G. W. Allport y P. E. Vernon: *Studies in Expressive Movement*, 1933. Véase también en el presente volumen págs. 371/81.

¹⁰ Para una exposición completa de este experimento, véase *Studies in Expressive Movement*, caps. II-IV.

La correlación promedio entre cada componente y la suma de los otros ocho es de $+ 0.51$.¹¹

Estos resultados, aplicados al caso individual, significan simplemente que un sujeto de escritura amplia *tiende* también a cubrir mucho espacio en sus dibujos (sean hechos con la mano o con el pie), a sobrestimar los ángulos, a caminar con pasos largos (en proporción a su altura) e incluso a poner señales alargadas en el papel cuando se le pide que marque sus rasgos personales.

Del mismo modo, estableciendo correlaciones se comprobaron otras coherencias además de la expansividad, como, por ejemplo, coherencias con respecto al énfasis o fuerza del movimiento y a su carácter centrífugo o centrípeto predominante.

Este método, basado en la comparación de registros cuantitativos de movimiento, sólo aplicable a *grupos* de sujetos, es un producto de la investigación *masiva*. Como tal demuestra que todos los sujetos tienden a ser coherentes consigo mismos *del mismo modo*. El grado de coherencia se establece por la *correspondencia* de las medidas. Es notable que las cifras favorables a la coherencia que se obtienen con este método sean tan marcadas, ya que, como antes demostramos, todos los estudios basados en la correspondencia de medidas tienen serias limitaciones.¹² En el mejor de los casos la correspondencia prueba la coherencia dentro de un grupo. Hay que buscar otros procedimientos para establecer la congruencia o sea la verdadera coherencia personal.

Uno de los métodos es el apareamiento (cf. págs. 370 y sigs.) que representa un recurso muy útil, pese a sustituir la correspondencia de medidas por jueces falibles. La ventaja más notable del apareamiento reside en que permite la reunión de *cualquier* registro de la expresión con cualquier otro tipo de registros, por más complejos que sean y por más inconmensurables que resulten desde el punto de vista matemático. Se pueden aparear fotografías (que no pueden ser medidas) con la cualidad formal total de un modelo de escritura (que tampoco puede medirse), o una parte de una fotografía con otra parte, o complejas creaciones artísticas con historias personales de las vidas de los artistas.

El mérito de haber usado por primera vez este valioso método le corresponde a M. Wertheimer junto con su discípulo Arnheim.¹³ Recientemente Vernon ha mejorado marcadamente el método, al ofrecer una técnica para expresar los resultados de todos los experimentos de apareamien-

¹¹ *Op. cit.*, p. 110.

¹² Por ejemplo, en las págs. 269/70 donde señalamos que la falta de correspondencia de medidas no podía considerarse una prueba contra la existencia de rasgos individuales coherentes de personalidad; asimismo en las págs. 471/72 donde se comprobó que el concepto de correspondencia era inferior al concepto de "congruencia" en tanto se lo quería hacer servir para representar la coherencia de la personalidad individual.

¹³ R. Arnheim: "Experimentell —psychologische Untersuchungen zum Ausdrucks— problem", *Psychol. Forsch.*, 1928, 11, 1-32.

to en términos uniformes (coeficientes de contingencia).¹⁴ Este autor presenta también una tabulación de los resultados de muchos experimentos acerca de la coherencia del movimiento expresivo y su captación por observadores. A continuación reproducimos unas pocas muestras ilustrativas; después de la descripción de cada experimento citamos los nombres de los experimentadores originales.

DESCRIPCIÓN DEL EXPERIMENTO	Error constante y error probable
Cuatro fotografías de cuerpo entero (con la cabeza borrada) apareadas con cinco fotografías de cabezas (estas últimas fueron tomadas en otra oportunidad, vestidos los sujetos con diferentes ropas). (Vernon)	0.42 ±.046
Pares de dibujos que representan una casa y un hombre hechos por 490 niños (de 10 a 13 años) agrupados en 70 conjuntos. Cada grupo de siete apareados por adultos educados, con un tiempo límite de 30 segundos. (Vernon)	0.59 ±.062
Manuscritos apareados con registros fonográficos de las voces de las personas a quienes corresponde esa escritura. (Wolff)	0.39 ±.042
Fotografías de manos apareadas con siluetas de perfiles. (Wolff)	0.14 ±.052
Muestras de escritura apareadas con retratos de las personas a quienes corresponde la escritura. (Arnheim)	0.25 ±.055
Ocho temas escritos por 70 estudiantes apareados con uno o más temas redactados por las mismas personas. Dos jueces aparearon grupos de 5 autores por vez. El resultado es el promedio de 112 experimentos (Allport, Walker y Lathers)	0.60 ±0.42
Se dieron a los jueces 9 grupos de 5 "incidentes" (incluyendo resultados de tests, vocación probable, citas de ensayos, etc.) Estos tuvieron que ordenar todos los incidentes en 5 grupos "congruentes". De este modo cada grupo fue apareado con los 8 restantes. (Vernon)	0.34 ±.045
Muestras de escritura y curvas kymográficas de presión en un punto apareadas con bosquejos sumarios del carácter (Allport y Vernon)	0.38 ±.056
Manuscritos de Leonardo da Vinci, Rafael y Miguel Angel apareados con los nombres de estos artistas. ¹⁵ (Arnheim.)	0.59 ±.020

En consecuencia, los resultados experimentales, tanto los provenientes del método de correspondencia como los logrados con el método de congruencia, demuestran que existe una coherencia considerable entre las manifestaciones expresivas del cuerpo. A los experimentos aquí citados se

¹⁴ P. E. Vernon: *Psychol. Bull.*, 1936, 33, 149-177.

¹⁵ Los últimos dos experimentos muestran que el apareamiento puede usarse no sólo para estudiar la coherencia de diferentes manifestaciones expresivas, sino también para determinar la significación psicodiagnóstica de la expresión. Otro ejemplo se encuentra la p. 474, donde mostramos que el sonido de las voces podía ser apareado con buen éxito con los rasgos, vocaciones y retratos sumarios de las personas a quienes correspondían las voces.

podrían agregar otros testimonios.¹⁶ Pero ya se ha dicho bastante como para justificar tres conclusiones principales:

1. Las manifestaciones expresivas del cuerpo no son activadas independientemente. Cualquiera de ellas es afectada del mismo modo que las demás. Por consiguiente, en cierto grado Lavater está justificado al decir que "uno y el mismo espíritu se manifiesta en todo."

2. Pero nunca se encuentra una coherencia perfecta. Una vía de expresión no es una réplica exacta de todas las otras. Si por el contrario lo fuera, todos los métodos monosintomáticos de psicodiagnóstico estarían justificados. La personalidad completa se revelaría igualmente bien en cualquier manifestación expresiva. La escritura aclararía todo el problema, o también los ojos, las manos o los miembros. El grado de concordancia que se ha comprobado no justifica una interpretación tan simple de la situación.

3. La unidad de expresión, tal como era lógico esperar, resulta ser por entero una cuestión de grado, del mismo modo que la unidad de la personalidad. No hay que esperar que las manifestaciones expresivas reflejen una coherencia mayor que la que la personalidad misma posee (ni tampoco una coherencia *menor*). La expresión está estructurada en forma compleja, precisamente como la personalidad misma. Hay coherencias principales y coherencias secundarias; se da una amplia congruencia y también algo de conflicto y de contradicción. El psicodiagnóstico debe proceder entonces, como cualquier otra rama de la psicología de la personalidad, a estudiar fenómenos *complejos* en un nivel *complejo*.

LAS MANIFESTACIONES EXPRESIVAS

Toda región móvil del cuerpo, en descanso o en movimiento, es expresiva: los ojos, la boca, la cabeza, el tronco, los hombros, las manos, los dedos, las piernas. Y cada una de las innumerables actividades de esas regiones puede ser analizada en cuanto a su significación expresiva: el estar de pie, caminar, gesticular, correr, saltar, bailar, estar sentado, estar acostado, dormir, hablar, reír, llorar, estrechar las manos, escribir, fumar, pin-

¹⁶ Por ejemplo (a) experimentos de educación cruzada, con los cuales se muestra que tanto el comportamiento adaptativo como el expresivo, ejercitados primero en un miembro del cuerpo, se transfieren sin práctica específica a otros miembros (cf. T. W. Cook: *Psychol. Rev.*, 1936, 43, 149-178); (b) experimentos sobre desorganización afectiva y desórdenes emocionales, que muestran la influencia de estas perturbaciones no sólo sobre el lenguaje, sino también sobre la firmeza de los actos motores y sobre el tono de los músculos no empleados (cf. A. R. Luria: *The Nature of Human Conflicts*, trad. 1932); (c) ciertos estudios tipológicos que establecen la marcada coherencia de grupos opuestos de sujetos en una amplia variedad de actos motores (Cf. W. Enke: "Die Psychomotorik der Konstitutionstypen", *Zsch. f. ang. Psychol.*, 1930, 36, 237-287).

tar, tocar música, el trabajo científico, el juego, el vestido, la ornamentación. Todas estas actividades y muchas más son accesibles al estudio, por separado o combinadas.¹⁷ Sería imposible considerar aquí todas estas vías de expresión o considerar alguna en forma exhaustiva. Pero como nuestro propósito presente es meramente señalar el camino para la investigación constructiva, bastará con seleccionar algunos sectores representativos y dedicarles un comentario.

La cara. Ricamente provista de nervios y músculos estriados, la cara es capaz de la más variada expresión. Por estar dotada de receptores a distancia, es la región donde la persona se encuentra con el mundo, podríamos decir, de frente. No sólo es la región donde se reciben la mayor parte de las impresiones, sino que por estar expuesta de ese modo al mundo exterior resulta también una estación de señales de rechazo, amenaza o invitación a las otras personas. Quizá por esta razón es el centro al que otorgamos nuestra mayor atención cuando observamos a los demás. Es asimismo el principal foco de expresión emocional y la región en la cual la mayoría de la gente sitúa su sentido de la yoidad. Su íntima conexión con la alimentación y con la comunicación vocal son también razones para su posición estratégica entre los agentes expresivos del cuerpo.

Los psicólogos han estudiado la cara principalmente como reflejo de estados emocionales temporarios y no como reveladora de las cualidades permanentes de la personalidad. Es verdad que la práctica de la *fisiognómica* se retrotrae hasta épocas muy lejanas, pero hasta hace muy pocos años el papel del psicólogo con relación a este arte nunca fue constructivo; se había contentado siempre con la posición crítica, recusando los signos legendarios de "cejas altas", "barbilla débil", "labios sensuales", "nariz de ventanas sensibles", sin hacer mucho más. Pero el rápido crecimiento de la psicología de la personalidad ha llevado al descubrimiento de que la provincia de la fisiognómica es más rica de lo que los psicólogos habían sospechado y que bien vale la pena explorarla.

Unos pocos tópicos de investigación representativos han de sugerir cómo puede efectuarse el estudio de la cara y cómo este estudio puede vincularse a problemas básicos de la psicología de la personalidad.

1. ¿Tiene la configuración ósea de la cara una relación significativa con una clase de cualidades personales y los conjuntos musculares con otra? En tiempos antiguos el autor de la *Physiognomonica* escribió: "Lo que es durable en la forma expresa lo que es inmutable en la naturaleza del ser, lo que es móvil y fugitivo en esta forma, expresa lo que en esta naturaleza es contingente y variable." Trasladada a términos modernos esta hipótesis sostiene que los factores innatos de la personalidad, tales como el

¹⁷ Una clasificación más detallada se encontrará en Allport y Vernon, *op. cit.*, pp. 24-25.

temperamento y la inteligencia, se reflejan en la forma y estructura del cuerpo, mientras que los rasgos adquiridos se manifiestan en las configuraciones y cambios musculares.

2. ¿Por qué los ojos nos parecen, como observa Köhler, el "centro visible de la personalidad de los otros hombres"? ¿Se debe eso a que la mayor parte de nuestra información acerca de éstos la obtenemos de nuestros propios ojos y por algún curioso acto de proyección consideramos entonces sus ojos como igualmente importantes en el proceso de la comprensión? ¿Es porque muchos de nosotros situamos nuestro sentido de la yoidad en el punto medio entre nuestros ojos y tratamos, por decirlo así, de fijar nuestra atención sobre el "yo" con que nos enfrentamos? ¿O es porque las sutilezas de la mirada y del movimiento ocular (incluyendo el movimiento de los párpados y de las cejas) son especialmente ricas en significación expresiva? El trabajo experimental realizado hasta el momento parece hablar en favor de la primacía de la boca, y no de los ojos, como agente de expresión.¹⁸ ¿Por qué entonces son los ojos el foco de nuestra atención?

3. Las estructuras de la expresión facial (sean momentáneas o consolidadas) ¿pueden ser analizadas y descompuestas en contracciones de músculos separados? ¿O puede especificarse la contribución de cada rasgo físico o combinación de rasgos físicos dentro de la estructura total? Los experimentos muestran que los rasgos físicos aislados no son tan inteligibles como la expresión total, y sin embargo es evidente que de algún modo la estructura total está *compuesta* precisamente de estos mismos rasgos físicos. ¿Sería posible determinar por medio del análisis cuantitativo qué combinaciones de rasgos físicos dan lugar a diferencias críticas de estructuras?

Un ingenioso comienzo en la consideración de este problema ha sido hecho por Brunswik y Reiter.¹⁹ Las seis caras esquemáticas que reproducimos en la figura 30 han sido seleccionadas de una serie experimental de 189 dibujos semejantes, cada uno de los cuales está construido de modo de obtener una serie irregular de pequeñas variaciones cuantitativas respecto a: (a) distancia entre los ojos, (b) altura de las cejas sobre los ojos, (c) posición de la nariz, (d) longitud de la nariz, (e) altura de la boca. Se pidió a un conjunto de jueces que evaluaran cada cara de la serie de 189 según ciertas características biofísicas y biosociales (p. ej., inteligencia, estado de ánimo predominante, edad, ocupación, belleza, energía, agradabilidad). En la figura 30 citamos los juicios descriptivos obtenidos de esta manera acerca de seis caras. Un hallazgo de particular interés es el hecho de que la altura de la boca es la variable de mayor importancia entre todas

¹⁸ Cf. K. Dunlap: *Genet. Psychol. Monog.*, 1927, 2, N° 3.

¹⁹ La breve exposición que hacemos aquí la hemos tomado de un corto informe preliminar contenido en E. Brunswik: *Wahrnehmung und Gegenstandswelt*, 1934, p. 221.

las usadas. Una boca alta crea a veces una impresión de juventud y alegría y otras veces de falta de viveza y de carencia de energía, según la estructura de los otros rasgos físicos con los cuales está asociada. Hemos de recordar que la preeminencia de la boca fue establecida también por Dunlap.

Este método de investigación tiene implicaciones de muy amplio alcance. Las estructuras (sin duda las simples) son reducidas de este modo a algo dependiente de variaciones cuantitativas. Las relaciones complejas entre rasgos físicos son examinadas con mayor detalle de lo que por lo general se pensaba que era posible. Además, por primera vez se consiguió introducir una cuña experimental en el problema del *ordenamiento* de los

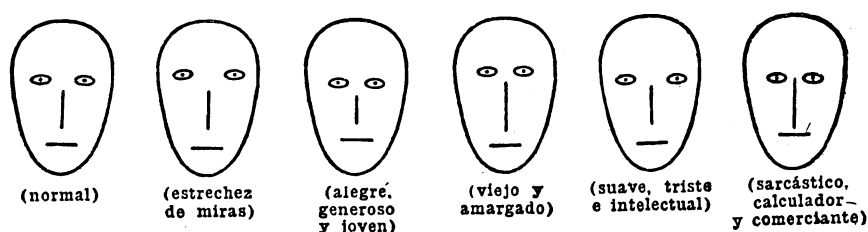


FIGURA 30

Caras esquemáticas de Brunswik

Se emplean para la determinación cuantitativa de la influencia de diversas características faciales (por separado y combinadas) sobre juicios fisiognómicos. (Cortesía de Franz Deuticke, Viena.)

índices en base a los cuales se hacen los psicodiagnósticos. El proceso, al menos en un nivel simple, parece entonces no ser tan imposible de analizar como algunos habían sostenido. Ha habido ya antes investigaciones acerca de la significación psicodiagnóstica de manifestaciones expresivas separadas del cuerpo, pero nunca se ha hecho, como en este caso, un estudio cuantitativo de las interrelaciones de estas manifestaciones.²⁰

4. ¿Por qué la sonrisa como pauta expresiva nos deja desarmados en tan gran medida? Es un hecho experimental familiar el que una cara sonriente es juzgada más inteligente que una cara seria, y logra además que se le atribuyan todas las gracias y virtudes sociales. Las sonrisas provocan una actitud afectiva tan favorable en los observadores que el juicio impar-

²⁰ Una posible excepción es el interesante estudio de Blake. Empleando fotografías de cuerpo entero de un actor en varias poses emocionales, este investigador comprobó que los juicios más exactos se producen cuando está visible todo el cuerpo, inclusive la cara; le sigue en valor el cuerpo entero excluyendo la cara; luego el torso incluyendo los brazos y las manos; luego los pies, las rodillas, las piernas, las caderas (toda la parte inferior del cuerpo), y el fragmento de menor valor es el formado por la cabeza y los hombros con la cara cubierta. (El valor relativo de la cara sola no fue determinado.) W. H. Blake: "A Preliminary Study of the Interpretation of Bodily Expression", *Teachers College Contrib. to Educ.*, 1933, N° 574.

cial resulta virtualmente imposible. Recíprocamente, las desfiguraciones y asimetrías de la cara promueven juicios adversos. Estamos ante un caso de compulsión indebida que se encuentra frecuentemente en los procesos perceptivos y que consiste en que algún ítem particular del campo reclama la atención del observador y contribuye en forma desproporcionada a configurar el sentido de lo captado, eclipsando por completo los datos provenientes de los sectores que lo rodean. Una sonrisa o una desfiguración es un "punto de fijación" y a ningún juicio se le permite apartarse de él.

5. ¿Por qué es tan frecuente que una reacción afectiva de gusto o de disgusto preceda al juicio objetivo acerca de un extraño? A menudo personas que acabamos de conocer suscitan sentimientos tan fuertes de favor o desfavor que las inferencias racionales acerca de sus personalidades quedan inhibidas. ¿Se trata en tales casos de un parecido inconscientemente percibido entre esa persona y otra hacia la cual experimentamos fuertes sentimientos? Si ése es el proceso, ¿por qué el juicio *afectivo* es más rápido que el reconocimiento consciente de la semejanza?

6. Si, como sugiere el trabajo de Landis, las pautas de expresión difieren marcadamente de individuo en individuo, en tanto que permanecen coherentes para cada persona, ¿cómo somos capaces de juzgar a las demás personas tan bien como efectivamente podemos? Si cada nueva cara tiene una pauta única de expresión y no una pauta que ya antes hemos encontrado, ¿no debería resultarnos ininteligible? Todos los juicios por inferencia requieren experiencia, ¡pero ahora estamos ante una cara con la cual no hemos tenido experiencia alguna! ¿Se basa nuestro juicio en la experiencia anterior más afín a ésta o hay algún otro factor involucrado en el proceso, algo que podemos llamar "intuición"? Si esta segunda alternativa es la verdadera, ¿cuál es la naturaleza de esta misteriosa función? El capítulo XIX discutirá en mayor detalle este problema.

Los ademanes, el modo de andar, la escritura. En los movimientos de los miembros por lo común se puede distinguir la influencia de tres factores primarios: tarea, convención y personalidad. El agente de tránsito detiene la corriente de los vehículos con su brazo izquierdo y hace señal de adelantarse a los peatones con su brazo derecho. En este caso las imposiciones ejercidas sobre estos movimientos por la naturaleza de la tarea y por la convención son los factores predominantes en su comportamiento, pero además de estos movimientos prescritos se percibe una sutil individualidad de expresión, que a veces sugiere una actitud amistosa, otra impersonalidad o quizá arrogancia y egotismo.

La presencia de estos tres factores es demostrada claramente en un experimento de Giese. Se le dio a cada sujeto una batuta y se le indicó que marcaran el compás de diversas composiciones musicales cuyas grabaciones se les haría escuchar. La pieza

estaba a oscuras y un bulbo luminoso situado en la punta de la batuta permitía que una máquina de cine registrara los movimientos. Estos registros permitieron identificar los efectos de la pura convención (educación previa acerca del modo de marcar el compás o imitación de directores de orquesta), un tipo común interpretativo de movimiento según el estilo de la composición para cada compositor o para los compositores de una época dada (los aspectos prescriptivos o adaptativos de la tarea) y finalmente una definida individualidad en el movimiento (expresiva sólo del sujeto mismo).²¹

Un análisis más detallado de los ademanes revelaría sin duda la influencia de otros factores determinantes, como la edad, el sexo, la constitución corporal y los estados de salud y enfermedad; pero estos factores, como mostramos en la pág. 481 y sigs., pueden a su vez ser incluidos con buen éxito como subgrupos dentro de los tres determinantes principales: la tarea, la convención y la personalidad. Pero la influencia pasajera de la emoción o el estado de ánimo requiere una mención especial, pues bajo ciertas circunstancias la depresión, la fatiga o el júbilo pueden ser tan marcados que llegan a dominar la región motriz y a desfigurar por completo el curso normal del movimiento. Bajo circunstancias ordinarias, en cambio, la influencia de estados fugaces de sentimiento, de la fatiga o del estado de ánimo pasajero no es decisiva.

Algunos datos acerca de este punto se encuentran en el experimento descrito en la pág. 491. Todas las medidas repetidas durante la *misma* sesión experimental tuvieron una confiabilidad de repetición promedio de ± 0.75 . Cuando estas medidas fueron repetidas después de algunas semanas, la confiabilidad bajó a ± 0.64 . La diferencia entre estos dos coeficientes sugiere el papel que desempeñan en la determinación de la coherencia expresiva factores transitorios, como el estado de ánimo o la actitud predominante ese día en el sujeto. Aunque ese papel es apreciable, de ningún modo es vasto. Pues más influyentes son las disposiciones duraderas, que ponen su sello en el movimiento durante largos períodos de tiempo.²²

Cuando hablamos de ademanes en general pensamos en el uso de los brazos y las manos. Pero en sentido más amplio el término incluye también las posturas del cuerpo, que son especialmente significativas, pues rara vez son objeto de control voluntario. Las posturas de una persona se caracterizan por ser tensas y en rápido cambio, las de otra son laxas o aun carentes de tono muscular. A veces hay una sobrecarga de vitalidad, otras veces un cansancio crónico o una animación forzada.

Hay interesantes estudios sobre la postura y el cambio de postura durante el sueño. Con instrumentos registradores y cámaras, Johnson y Weigand han descubierto marcadas diferencias individuales en la manera

²¹ F. Giese: "Individuum und Epoche in Taktierbewegungen bei verschiedenen Komponisten" *Arch. f. d. ges. Psychol.*, 1934, 90, 380-426.

²² *Studies in Expressive Movement*, pp. 98 y sig.

de dormir. Llegaron a la conclusión de que "el modo en que duerme una persona es una característica personal muy estable, tan estable como la fuerza con que da la mano o su velocidad y exactitud en los cálculos mentales".²³ Esta investigación se refiere sólo a la *coherencia* del movimiento expresivo, no dice nada acerca de la significación psicodiagnóstica de las posturas que se toman durante el sueño. Adler, en cambio, se atreve a sugerir que los pesimistas pueden ser reconocidos por la postura que toman cuando duermen: tienden, afirma, a enrollarse hasta ocupar el menor espacio posible y a estirar las cobijas por sobre su cabeza.²⁴ Pero la investigación psicodiagnóstica aún no ha progresado tanto, de modo que hasta hoy no nos ofrece una comprobación de estos hechos.

También en la observación del *modo de andar* la ciencia del psicodiagnóstico parece estar atrasada. De primera impresión uno esperaría que el modo de andar fuera una de las formas de movimiento más reveladoras. Vance escribe:

"Así, una observación del modo de andar permite captar claramente si hay en el individuo determinación o debilidad de intenciones, auto-estima o auto-humillación —cada una de las cuales es a su modo una forma de auto-afirmación— animación o pesadez de espíritu, un temperamento vivaz o lento, celeridad reflexiva para la acción, impulsividad o irresolución, mientras que muchas observaciones dan índices valiosos acerca del orgullo, el coraje y la sujeción."²⁵

Todas estas afirmaciones pueden ser correctas, pero hasta el momento ninguna ha sido probada científicamente.

El método más satisfactorio para el estudio del modo de andar es el que se sirve de registros cinematográficos. Si se viste a los sujetos con ropas sueltas que no les marcan el cuerpo y se les cubre la cabeza o, si no, se tapa su cabeza en la película, es posible controlar todos los índices extraños y proceder a estudiar en forma experimental la significación del modo de andar exclusivamente.

Empleando este método, Wolff hizo un sorprendente descubrimiento acerca del reconocimiento por parte de los sujetos de su propio comportamiento expresivo. Con considerable prontitud todos los sujetos reconocieron su propio modo de andar, mientras que fracasaron en el 70% de los intentos de identificar el modo de andar de sus amigos. Este es un descubrimiento curioso en tanto se piensa que rara vez uno se ve a sí mismo caminando (nunca, a menos que esté presente alguna superficie que refleje la imagen), mientras que a menudo ve el modo de andar de sus amigos. La frecuencia de las impresiones visuales no puede explicar estos resultados. Además, se comprobó que aunque el auto-reconocimiento es universal en el caso del modo de andar, es mucho menos frecuente en otras manifestaciones del comportamiento

²³ H. M. Johnson y G. E. Weigand: *Proc. Penna. Acad. Sci.*, 1927, 2, 43-48.

²⁴ A. Adler: *Understanding Human Nature*, 1927, p. 176.

²⁵ J. G. Vance: *A Mirror of Personality*, 1927, p. 20.

expresivo. Una y otra vez, los sujetos de Wolff no lograron identificar sus propias voces cuando las oían reproducidas mecánicamente dentro de una serie de otras voces; no reconocieron tampoco su estilo de narrar un cuento ni fotografías de sus manos y a veces ni siquiera sus propios perfiles si las fotografías habían sido tomadas sin que ellos lo supieran. Todos estos auto-reconocimientos son inferiores al reconocimiento de las mismas manifestaciones expresivas en los amigos.²⁶

Estos resultados indican la gran importancia de la *empatía* postural en el proceso del auto-reconocimiento. La persona se identifica infaliblemente con el movimiento total del tronco y de los miembros, pero no con los productos más finos y precisos de regiones limitadas del cuerpo. Hay en el andar un "vaivén total" que tiene cierta relación peculiarmente íntima con el yo.

Aunque el modo de andar tiene sin duda un vaivén total, no por eso deja de suscitar intentos de análisis. Wilsmann propone siete atributos mensurables: regularidad, velocidad, presión, largo de cada paso, elasticidad, definición en la dirección y cambiabilidad o variabilidad.²⁷ Sin embargo, se apresura a agregar un octavo atributo (no-mensurable): la estructura cualitativa del todo, que él llama *ritmo*.

Una y otra vez, en toda esfera de expresión, vuelve a aparecer el problema del "ritmo". Se trata de un concepto pobremente definido. A menudo significa periodicidad respecto a algún rasgo particular de expresión, pero con igual frecuencia significa el efecto imposible de analizar creado por la estructura total del movimiento. Muchos investigadores hacen como Wilsmann: enumeran primero los aspectos de la expresión que pueden ser tratados en forma analítica y luego recurren al "ritmo" para englobar la *coexistencia* de estos aspectos, la cual debe ser tomada en cuenta además de los factores constituyentes separados.

Este parece ser el punto de vista de Klages acerca del ritmo en la escritura, donde, insiste, éste es la característica más importante de todas las características del movimiento gráfico. Es algo no reducible a los atributos particulares (y en su mayor parte mensurables): el ritmo no es cuestión de presión, velocidad, amplitud, inclinación, encadenamiento, dirección, énfasis sobre las letras iniciales, distancia sobre el renglón, distribución de los espacios, pastosidad, conformidad cultural o regularidad. En especial no es cuestión de mera regularidad, producto ésta totalmente de la voluntad, que se refleja en la uniformidad en los espacios,

²⁶ W. Wolff: "Zuordnung individueller Gangmerkmale zur Individual-charakteristik", en *Gang und Charakter* (ed. por H. Bogen y O. Lipmann), *Beihefte zur Zch. f. ang. Psychol.*, 1931, N° 58, cap. VI. También *Char. & Pers.*, 1933, 2, 168-176; *Imago* 1934, 20, 104-122.

²⁷ A. C. Wilsmann: "Charakterologische Bedeutung von Einzelmerkmalen", en *Gang und Charakter*, vid. sup., cap. IV. Para un análisis aún más refinado del modo de andar y una descripción de las técnicas "microscópicas" aplicables a su estudio, véase G. Kreezer y A. D. Glanville: "A Method for the Quantitative Analysis of Human Gait", *J. Genet. Psychol.*, 1937, 50, 109-136.

el tamaño, la inclinación y la composición mecánica. El ritmo de la escritura expresa la fuerza vital subyacente (*Seele*) del individuo y no debe ser confundido con el control regulador del *Geist*. El ritmo tiene que ver con las impresiones recurrentes de fuerza o debilidad, cualidad estética, *Gestaltungskraft* (cf. pág. 484). Significa la reproducción semejante de rasgos semejantes, pero no la repetición matemáticamente exacta de rasgos mensurables. Según Klages, no hay criterios objetivos precisos para el ritmo; está siempre sujeto sólo a la impresión y a la evaluación.²⁸

Muchos concienzudos estudiosos de la personalidad, y no sólo grafólogos profesionales, consideran que el análisis de la escritura ofrece el mejor de los caminos para el psicodiagnóstico. Sostienen que la escritura a mano es después de todo "escritura del cerebro" y que nada en ella es accidental o periférico, que es un "ademán cristalizado", mucho más fino en los detalles que los fugaces y poco sutiles movimientos de los miembros y que además ofrece registros más precisos.

Hay que admitir que la situación de un alegato *a priori* en favor de la grafología científica es excelente. Pero lo mismo ocurre con el alegato *a priori* a favor de la fisiognómica científica o de cualquier otra rama del psicodiagnóstico basada en la voz, el modo de andar, las posturas o algún otro comportamiento muscular expresivo. Pero el mejor alegato es el que defiende una ciencia amplia del psicodiagnóstico, que englobe todas las manifestaciones de la personalidad y evite la atención unilateral a un solo aspecto. Parte del entusiasmo por la grafología surge naturalmente del acceso fácil a los registros; pero este afortunado accidente no es una justificación suficiente para limitarse a un enfoque monosintomático de la cuestión.

Este problema ha sido omitido aquí en vista de la exposición bastante detallada que se puede consultar en la obra *Studies in Expressive Movement*, citada a menudo en este volumen. Además de una revista histórica del tema, esa obra contiene la descripción de varios experimentos que llevaron a los autores a las siguientes conclusiones generales:

"Los resultados muestran que los grafólogos prácticos parecen en conjunto hacer mejores juicios y apareamientos más correctos que las personas sin preparación especial. Pero aun en el mejor de los casos, los resultados no demuestran que la grafología profesional esté establecida sobre una base segura; según nuestros criterios los resultados están más cerca del azar que de la perfección. Pero en favor de los grafólogos puede aducirse que los criterios psicológicos están lejos de ser perfectos, que muchos ítems de un análisis pueden ser predicciones que sólo el tiempo puede confirmar o refutar, que las condiciones de nuestros experimentos han

²⁸ Cf. T. Stein-Lewinson: "An Introduction to the Graphology of Ludwig Klages", que apareció en una de las entregas de *Char. & Pers.* Este artículo constituye la mejor exposición existente en inglés sobre la ciencia de la expresión, tal como la entiende Klages.

sido controladas con un rigor perjudicial para el libre ejercicio de las dotes del grafólogo.

Acerca del valor de la grafología comercial los autores no tienen ninguna opinión definitiva. Probablemente los grafólogos han exagerado sus méritos y los psicólogos los han negado con exceso. Prácticamente todas las líneas de investigación expuestas han sido favorables a ella en un grado leve. El éxito de los grafólogos profesionales parece por lo común superar el éxito fortuito y en ocasiones hasta llega a ser brillante. Algunos expertos parecen hacer interpretaciones mejores que otros, aunque todos parecen ser irregulares y variables en cuanto al valor de sus juicios".²⁹

El movimiento gráfico es un tema sumamente complejo, que debe ser explorado a fondo o dejado en paz. En semejante tema la comprensión parcial y las verdades a medias son más perjudiciales que beneficiosas.

EL ESTILO

El estilo representa la forma más compleja y más completa de comportamiento expresivo. Afecta toda la actividad, no meramente habilidades especiales o regiones particulares del cuerpo. Ha sido llamado el "idioma personal" de la conducta; la máxima francesa ha expresado incluso que "el estilo es el hombre mismo". Cada pintor tiene un estilo propio, y lo mismo ocurre con cada compositor, pianista, escultor, bailarín, poeta, dramaturgo, actor, orador, fotógrafo, acróbata, con cada ama de casa y con cada mecánico. Por su solo estilo podemos reconocer las composiciones de Chopin, las pinturas de Van Gogh y las tortas de tía Sara. El estilo está presente siempre que entra en juego el comportamiento bien integrado y maduro de la personalidad.

Es evidente que el concepto de estilo es uno de los conceptos más amplios y llenos de contenido que tiene que estudiar la psicología. En el estilo están involucrados los niveles realmente más altos de integración, por lo cual nos hace recordar el concepto de "personalidad total". Ya hemos discutido en el capítulo VIII los peligros de un uso meramente declamatorio de tales conceptos "de alto nivel" y hemos propuesto un tratamiento más diferenciado de los fenómenos de la unidad (o casi-unidad). Como alternativas a la exagerada doctrina de la totalidad perfecta se ofrecieron allí puntos de vista más articulados, tales como la teoría de los sentimientos rectores, las teorías de la radix, del tema unificante, el núcleo, el rasgo cardinal, la congruencia y la interrelación entre los rasgos.

No es necesario discutir el problema del estilo con referencia a cada uno de estos conceptos estructurales, pero cualquiera sea la teoría finalmente aceptada como explicativa de la *coherencia* estructural de la per-

²⁹ *Studies in Expressive Movement*, p. 246 y sig. Reproducido con autorización de The Macmillan Co.

sonalidad, será necesario considerar el estilo como el aspecto externo de esta coherencia. Pues, en efecto, el estilo está íntimamente ligado a la estructura de la personalidad: cambia cuando la estructura cambia y alcanza su desarrollo pleno sólo cuando la personalidad misma ha llegado a la madurez.

El problema del estilo es un problema de gran interés para la estética al igual que para la psicología. Se dice que en literatura el estilo parece ser un producto de las peculiaridades de la estructura de la oración, del vocabulario, del número y variedad de las sílabas, de su ordenación y acentuación, de la aliteración y otros recursos destinados a obtener "color", de las imágenes favoritas, de las asociaciones sugeridas, del uso de la metáfora y de todo tipo de figuras retóricas características. A veces se agrega también el principio del "ritmo" para llamar la atención sobre el hecho de que estos atributos separados de estilo se basan para su efecto no sobre su impacto sucesivo sino sobre su coexistencia. Pero este análisis estético del estilo no es adecuado.

Un análisis estético como el que hemos bosquejado llama la atención sobre los soportes mecánicos del estilo. No logra pintar el estilo del único modo en que puede ser entendido plenamente: como una expresión de rasgos centrales de la personalidad. El siguiente experimento psicológico dejará bien claro este hecho.³⁰

Este estudio empleó las composiciones de 70 estudiantes universitarios. Se tomaron nueve composiciones a cada estudiante: tres en octubre, tres en enero y tres en mayo. Los temas de las composiciones les habían sido fijados y fueron uniformes para todos los estudiantes.

Después que las composiciones fueron pasadas a máquina y despojadas de todo signo que pudiera identificarlas, dos experimentadores se pusieron a la tarea de clasificarlas cuidadosamente de modo de agrupar sólo según el estilo las composiciones escritas por el mismo estudiante. Para ambos experimentadores los resultados fueron notablemente positivos, muy por encima del éxito fortuito. (En la pág. 491 damos el cálculo hecho por Vernon del éxito de este experimento en términos de coeficientes de contingencia.)

Lo interesante en este caso es el método por el cual se hicieron los apareamientos correctos. Sin duda ocasionalmente alguna característica mecánica llamativa retuvo la atención del experimentador y ayudó a hacer la identificación. Los escritos de algún estudiante se caracterizarían por el uso frecuente de los punto y coma o por alguna otra particularidad de puntuación o de ortografía. Pero la mayoría de las identificaciones no fueron hechas según este tipo de datos, sino por un diagnóstico de los rasgos personales de los autores. Los investigadores se sorprendieron a sí mismos buscando la "cualidad formal" del individuo. Sintieron en cada escrito un

³⁰ F. H. Allport L. Walker, E. Lathers: "Written Composition and Characteristics of Personality", *Arch. of Psychol.*, 1934, N° 173.

reflejo de ciertas cualidades complejas del autor. Estas cualidades eran diferentes en cada caso y, para el experimentador, difíciles de expresar en palabras.³¹

Pese a la dificultad de expresar en palabras estas hipótesis acerca de cierta "cualidad formal", queda el hecho de que tales hipótesis (y no las características mecánicas) fueron en general la base de los juicios y que esos juicios tuvieron éxito en un grado significativo.

Es de interés señalar algunas de las bases sobre las cuales se efectuaron estos apareamientos. Las producciones de un estudiante habrían reflejado siempre "una buena captación del ambiente, un sentido bien equilibrado del humor, una tolerancia tranquila y regocijada de las situaciones y las relaciones sociales." Otro mostró en todos sus temas "una positiva confianza en sí mismo; un carácter definido, pero no prejuiciado ni obstinado; sentido del humor." Un tercero parecía "constantemente aburrido. Mira a la vida como una experiencia monótona en la cual se sigue el curso más fácil." Un cuarto tenía una "actitud simple y optimista hacia la vida y la gente; frases simples, directas, expositivas."

Ante esto se llega a la conclusión de que el estilo no es cuestión de ordenaciones mecánicas de figuras gramaticales y retóricas. Es simplemente la personalidad expresada en lo que se escribe. *Le style est l'homme même.*

Una muestra breve pero reveladora de estilo se nos ofrece cuando un individuo narra hechos que ha visto o cuenta un libro que ha leído. Esta situación familiar ha sido convertida en una técnica experimental. Se lee a un grupo de sujetos el mismo pasaje, un cuento corto, por ejemplo, y después de cierto intervalo se les pide que narren el cuento con sus propias palabras. Se comprueban entonces notables diferencias individuales. En un caso la narración es corta y desprovista de color, en otro es elaborada e inventiva, en todos los casos se nota la introducción del factor personal. En las situaciones ordinarias de la vida este fenómeno puede observarse en una forma aún más marcada. Un individuo ha leído un libro, cientos de páginas de impresiones han llenado su mente. Más tarde en unas pocas oraciones resume en forma muy selectiva "las líneas principales" del libro que ha leído. Es verdad que de ese modo nos enteramos de algunas características del libro, pero es más aún lo que así llegamos a saber acerca de su propia mente, a través de la cual han pasado esas páginas.

El estilo es una característica no sólo de la expresión verbal sino también de todo nivel complejo articulado de actividad. No es posible

³¹ "Un hecho significativo referente al proceso de apareamiento de composiciones es que la característica que se busca para la identificación escapa a la posibilidad de ser expresada adecuadamente por nuestro lenguaje. Es demasiado altamente individualizada para que puedan expresarla en forma plena los significados comunes y universales propios de las palabras. Cuando para describirla se usa una palabra, por lo común se está dando a esa palabra una connotación única, aplicable sólo a ese caso y que se perdería o se alteraría si la misma palabra se aplicara a otro individuo." Allport, Walker, Lathers, op. cit., p. 69.

explicar el estilo que ponen de manifiesto compositores individuales sin investigar sus vidas. Había en la vida de Schubert, al igual que en su música, una cualidad lírica pero trágica; se decía de Haendel que era tan majestuoso en su conducta como en su música; la perfección y el orden de las composiciones de Bach no eran cualidades adventicias, ni tampoco la combinación de sentimiento rapsódico y sentimiento religioso en la música de Brahms.

Cierto violinista muy conocido cuyo estilo de ejecución es tierno y posee una cualidad distintiva de *vox humana*, muestra en su vida rasgos análogos. Cree, por ejemplo, que no debe emplear su talento para obtener ganancias monetarias. De sus voluminosas entradas se reserva sólo el dinero necesario para una vida modesta para él y para su familia y el resto de las ganancias las dedica a la caridad en favor de los niños abandonados. En este caso el estilo artístico es una evidente expresión de una actitud interior. Otra vez podemos decir: el estilo es el hombre mismo.

El estilo no sólo está presente en la actividad verbal y artística sino también en el comportamiento económico. Hay, por ejemplo, estilos de *error*, producto quizá de un apresuramiento o una superficialidad de pensamiento característicos o de la excesiva imaginación o el prejuicio personal.³² Hay estilos de *ponerse a trabajar*; en un caso con un modesto objetivo en vista, situado bien por debajo de la capacidad del sujeto, o en otro caso con una aspiración decididamente excesiva, condenada a llevar el intento al fracaso.³³ Hay *estilos ocupacionales*, presentes en los actos de todo individuo durante el curso de su trabajo cotidiano.

Katzenstein hizo entre empleados de oficina de una gran tienda un interesante estudio acerca de estilos ocupacionales. Estos empleados fueron sometidos a todo tipo de tests psicológicos (de capacidad aritmética, asociativa, lingüística y motora, de concentración, información y juicio profesional). Ninguno de estos tests de capacidades comunes reveló el estilo de trabajo. Dos empleados con marcas idénticas en todas las capacidades y de igual eficacia en su trabajo podían resultar enteramente diferentes en su manera de trabajar. Uno quizá mostrara un estado nervioso irregular, concordante con un temperamento sombrío y un serio conflicto mental. Un segundo individuo con un perfil ocupacional similar podría ser una persona regular en sus estados de ánimo, un trabajador aplicado y carente de imaginación. No había dos individuos cuyos estilos de trabajo fueran iguales y en todos los casos ningún test corriente ni ninguna combinación de tests puso de manifiesto el estilo.³⁴

El estilo es una forma expresiva de lento desarrollo; no es algo listo por adelantado, que se escoje al azar para calzárselo mecánicamente. Se desarrolla gradualmente desde dentro; no puede ser estimulado o fingido

³² A. Kiessling: *Vjsch. f. Jugendkunde*, 1932, 2, 232-236.

³³ J. D. Frank: *Amer. J. Psychol.*, 1935, 37, 119-128.

³⁴ B. Katzenstein: *Zsch. f. ang. Psychol.*, 1932, 41, 69-137.

durante mucho tiempo. Por detrás de las manifestaciones del estilo de un individuo, se extiende toda la historia de una vida, desde la cuna y las primeras desviaciones con respecto a la norma común a él y a todos los otros infantes. El estilo es la exteriorización gradual de las peculiaridades internas y las características únicas del individuo. La convención y la moda pueden poner límites al estilo, prescribiendo el marco dentro del cual el estilo (en el vestir, en la literatura, en la pintura, en la escritura, en la conversación, en la música, en la recreación y, en fin, en todo) debe mantenerse en cada momento dado. Y en cada momento dado esos límites son rígidos; sólo el genio es capaz de liberarse del marco vigente de la moda o la convención y crear un nuevo idioma (que determinará el marco del futuro). Pero aun dentro de estos límites ninguna personalidad en ninguna cultura repite exactamente el estilo de otra personalidad.

Hay una estética del ser uno mismo, aun en esas severas culturas represivas decididas a destruir todo rastro de individualidad. A la larga ese esfuerzo destructivo resulta vano, pues no es posible extinguir el estilo individual. La persona es la unidad fundamental y única de toda actividad y el estilo individual expresa esa unicidad fundamental. Por esta razón hay tantos estilos de expresión como personas vivientes; es imposible comprimirlos y hacerlos caber en un solo molde. *Chacun fait son salut comme il peut.*

RESUMEN FINAL

El comportamiento expresivo es una fase concomitante del comportamiento adaptativo. Este último es el que da las claves primarias de la estructura de la personalidad: *lo que* un hombre está haciendo o *lo que está tratando de hacer*, da el testimonio fundamental acerca de la naturaleza de sus rasgos personales. Pero a menos que exista una deliberada supresión volicional, el comportamiento expresivo muestra su presencia en casi todos los actos adaptativos. El comportamiento expresivo es determinado inconscientemente. A menudo nos permite saber algo más acerca de los mismos rasgos personales que nos son revelados por el comportamiento adaptativo, pero con frecuencia refleja cualidades personales profundas enteramente diferentes, que no tienen una intervención directa en el acto del momento.

La génesis y la coherencia interna de la expresión constituyen uno de los problemas psicológicos básicos de este campo de investigación. Además se estudian las vías separadas de la expresión, como el movimiento y la configuración facial, el modo de andar, la voz, la escritura. Pero el atender en forma exclusiva a una sola de estas vías es un camino que con toda probabilidad conduce a un método peligrosamente limitado

de diagnóstico monosintomático. El descubrimiento de la significación de estos signos expresivos con respecto a las cualidades internas de la personalidad recibe el nombre de psicodiagnóstico, extensión científica moderna de las antiguas artes de la fisiognómica.

El estudio del comportamiento expresivo *requiere* la doctrina de los rasgos, pues la única interpretación segura de la expresión parece ser la que recurre a disposiciones personales estables. El movimiento expresivo es, en resumen, el aspecto externo de la coherencia estructural interna.

La forma más compleja de expresión recibe el nombre de estilo. Estilo es la particular forma individualizada de ejecución presente en toda actividad volicional altamente integrada. Si bien más visible y más celebrado en el campo de la creación estética, el estilo está presente también en la conducta económica, doméstica y social, o más bien, en toda conducta que involucre la actividad de los rasgos fundamentales de la personalidad. Aunque las raíces del estilo deben encontrarse sin duda en el temperamento innato, la interacción mutua de los rasgos maduros y su efecto conjunto sobre los actos creadores y adaptativos son las fuentes inmediatas de la particularidad estilística.

PARTE V

LA COMPRENSION DE LA PERSONALIDAD

CAPÍTULO XVIII

LA CAPACIDAD DE JUZGAR A LAS PERSONAS

Difícilmente exista alguna persona viviente acerca de alguna parte esencial de cuyo carácter no haya diferencias de opinión incluso entre sus conocidos más íntimos. Y una sola acción o una conducta que dure sólo corto tiempo adelanta muy poco en el camino hacia el conocimiento de un carácter.

JOHN STUART MILL

NINGUNA PERSONA puede comprender completamente a otra persona, pues al ser humano le es imposible participar directamente en los motivos, pensamientos y sentimientos de otro. Este abismo insuperable entre mente y mente ha llevado a los filósofos a examinar este carácter egocéntrico de la raza humana y a los poetas a lamentar la soledad última de toda alma. Sólo por rutas indirectas, nos aseguran, y por el estudio de "sombras" podemos lograr alguna visión imperfecta de los otros. Como la psicología no puede hacer nada para cambiar esta "soledad metafísica", debe reconocer desde un comienzo que el problema de la comprensión de las personas es siempre el problema de su *parcial* comprensión. Podemos comprendernos *relativamente*, pero nunca completamente.

Desde el punto de vista del psicólogo, algunos de los problemas más importantes que involucran los juicios acerca de la personalidad ajena son los siguientes: (1) la naturaleza y la confiabilidad de las primeras impresiones, (2) los factores principales involucrados en el juzgar la personalidad ajena, (3) el valor de las entrevistas, (4) el problema de si la capacidad de juzgar a las personas es general o específica, (5) las cualidades de un buen juez, (6) la excelencia relativa de hombres y mujeres como jueces, (7) los tipos que conocemos mejor y (8) las fuentes comunes de error en los juicios. Estos problemas servirán como una guía de temas para este capítulo.

LAS PRIMERAS IMPRESIONES

El Sr. A y el Sr. B se encuentran por primera vez. Hablan acerca del tiempo, del último partido de pelota y del estado del mercado comer-

cial. Cinco minutos más tarde se separan sin haber revelado en forma directa ninguna información de naturaleza específicamente personal. No obstante, cada uno de ellos se va con cierta impresión acerca de la personalidad del otro. A puede pensar que B es recto, jovial, bien informado, de confianza y acogedor; B puede pensar que A es modesto, dotado de tacto, conservador y poco comunicativo, "una persona de esas que es una suerte conocer". Estas primeras impresiones son a menudo bien definidas, pero por desgracia, como señaló John Stuart Mill, con frecuencia no son tan dignas de fe como parecen.

En el breve período que dura el primer encuentro hay pocas probabilidades de que se pongan de manifiesto contradicciones o que el juez advierta qué rasgos son centrales y cuáles son incidentales en la personalidad. Algunas características quedan ocultas por completo, en especial las asociales; no es fácil penetrar la *persona* en el primer encuentro, aun cuando su presencia puede ser sospechada. No obstante, de un breve contacto resultan a menudo impresiones asombrosamente ricas, la corrección de muchas de las cuales se ve confirmada por un mayor conocimiento ulterior. Tales juicios correctos son significativos porque, sin contar con información personal ni con chismes que podrían proveer un contexto para la conversación, los índices para el juicio provienen casi por completo del movimiento expresivo: del aspecto, de los gestos y de la manera de hablar.

Se puede demostrar muy fácilmente con qué rapidez asombrosa se hacen los juicios "a primera vista". Mientras viaja usted en algún medio de transporte público, cierre sus ojos y gire su cabeza hacia algún pasajero al que antes no había observado, quizá hacia alguien sentado en diagonal con usted. Abra sus ojos y échele un breve vistazo durante dos o tres segundos y luego, con los ojos cerrados, considere sus impresiones a medida que vayan surgiendo. Tiene ante usted una persona que nunca ha visto antes y completamente desconocida. Con sólo una brevísima percepción visual se pone en marcha un complejo proceso mental, del que en muy poco tiempo, en treinta segundos quizá, resultarán juicios acerca del sexo, la edad, la nacionalidad, la profesión y la clase social de ese extraño, y también cierta estimación de su temperamento, sus sufrimientos pasados, su "dureza", su disposición a la ascendencia, su carácter amistoso, su pulcritud e incluso su integridad y honradez. Un mayor conocimiento mostrará sin duda que muchas de las impresiones fueron erróneas, pero ese ejercicio sirve para llamar la atención sobre la naturaleza velozmente "totalizante" de nuestros juicios. El hecho de que uno perciba una personalidad al primer contacto, no por fragmentos reunidos con penosa lentitud, sino por una rápida "intuición", es un fenómeno de con-

siderable importancia teórica, tal como lo mostrará el capítulo siguiente.¹

La confiabilidad de las primeras impresiones ha sido estudiada experimentalmente. Empleando un plazo algo generoso de tiempo (media hora), Spielman y Burt examinaron la concordancia entre dos investigadores independientes que entrevistaron a jóvenes de 16 años.² Cada investigador empleó una escala de evaluación de cinco puntos. Para los "instintos primarios" (lista de McDougall) se dio un acuerdo que se extendió desde + .85 para la *sumisión* y + .75 para el *miedo* hasta + .37 para la *curiosidad* y + .23 para la *adquisitividad*. Entre las cualidades secundarias las marcas máximas fueron + .77 para la *confianza en sí mismo* y + .64 para la *energía* y las mínimas + .44 para la *puntualidad* y + .36 para el *ser o no merecedor de confianza*. Los autores del estudio llegan a la conclusión de que las cualidades más confiablemente evaluadas en conjunto son las socialmente aceptables. Durante la primera entrevista las cualidades antisociales quedan ocultas tras la *persona* y por lo tanto resulta imposible evaluarlas. En este experimento no se considera el problema de la validez de estas impresiones y el acuerdo entre los jueces parece en conjunto más alto que el que se comprueba en la mayoría de los estudios de naturaleza similar.

Sobre la base de entrevistas extremadamente cortas, de sólo 30 segundos de duración, otro investigador hizo estimaciones acerca de la capacidad probable de aprendices de imprenta. Comparadas con una larga serie de tests, las estimaciones, nos dice, mostraron en la mitad de los casos "buen" acuerdo y en la otra mitad un acuerdo sólo "regular" o "pobre".³ Este estudio ilustra una de las maneras en que se puede *establecer la validez* de las primeras impresiones, pero por desgracia no expresa sus resultados en forma clara u objetiva.

Otra investigación estudió el acuerdo (entre dos jueces) y también la validez de las primeras impresiones obtenidas en breves entrevistas con 25 sujetos. La correlación promedio entre los dos conjuntos de evaluaciones en el caso de cualidades como la *expansividad*, la *pulcritud* y la *emocionalidad* fue de alrededor de + .40. Este grado de acuerdo puede ser comparado favorablemente con muchos estudios en que se emplearon evaluaciones provenientes de jueces que tenían la ventaja de conocer desde largo tiempo atrás a los sujetos evaluados. Las preguntas que en este estudio se les hicieron a los sujetos eran de naturaleza no directamente personal y cada entrevista llegaba a su fin a los noventa segundos.

¹ El término *intuición*, tal como se lo emplea en este contexto, significa simplemente una *percepción unitaria que capta una estructura compleja de índices interrelacionados*.

² W. Spielman y C. Burt: *Industr. Fat. Res. Bd. Rep.*, 1926, N° 33, págs. 57-72.

³ W. Englemann: *Industr. Psychotech.*, 1928, 5, 307-310.

Apenas terminada la entrevista, el juez hacía sus evaluaciones y además predecía el tipo de comportamiento que mostraría el sujeto en ciertas situaciones experimentales subsiguientes. Estos últimos experimentos fueron dirigidos por un tercer investigador y estaban destinados a comprobar la validez de las predicciones hechas "a primera vista". En muchos aspectos, en especial en lo referente a los juicios sobre *impulsividad, verbosidad, disposición para la cooperación y originalidad*, las predicciones acerca del comportamiento de los sujetos se confirmaron. En conjunto, las predicciones de uno de los investigadores fueron más correctas que las del otro ⁴.

Al interpretar todos los experimentos de este tipo se debe tener presente que la entrevista corta tiende a poner al sujeto en guardia. Por lo general durante los primeros momentos de toda entrevista no se comporta de un modo natural, sino que se cubre tras su máscara protectora. Por consiguiente las entrevistas experimentales no son apropiadas por suscitar un comportamiento espontáneo y ajeno a toda premeditación.

Las situaciones naturales son un mejor contexto para someter a prueba las primeras impresiones, aun cuando de este modo los juicios resultan mucho más difíciles de expresar. El siguiente texto fue escrito por una mujer que concurría por primera vez a un curso de verano sobre literatura dramática en una universidad del oeste de los Estados Unidos. El profesor era totalmente desconocido para ella. La mujer se sentaba al fondo del aula y durante los cincuenta minutos de la primera clase escribió, al correr de la pluma, una serie de observaciones, reproducidas aquí en forma algo condensada. Aun cuando en cierta medida su redacción ha sido necesariamente corregida, estas notas indican la forma en que puede trabajar la mente al formar sus juicios "a primera vista".

PRIMERAS IMPRESIONES ACERCA DEL PROFESOR D

Entrada: llega tarde, tranquilo y firme; saca papeles, se arregla los puños y el saco; no mira a la clase al hablar. Sentimiento levemente condescendiente hacia la clase compuesta por "no graduados". Algo de timidez —mucho más sereno de espaldas a la clase.

Tipo étnico incierto; apellido de origen británico, pero que se encuentra en todas las regiones de las Islas Británicas. En un principio pensé que era de tipo irlandés, pero una observación más detenida me movió a cambiar, es probablemente de Gales del Sur, quizá de Cornish. Rasgos físicos más bien finos, pero pequeño; en este aspecto carece de fuerza. Cabeza braquicéfala-mesocéfala, pero cara ovalada y larga. Ligeramente más curva de lo común en el tipo celta puro —cara inarmónica con índice cefálico. Labios delgados: niegan el sentido de delicadeza de percepción que el resto del contorno podría sugerir. Nunca sonríe realmente sino que separa

⁴ Este trabajo es expuesto por H. S. Odbert: *The Consistency of the Individual in his Imaginal Processes* (Cambridge: Harvard College Library), 1934.

ligeramente los labios. Los comprime con un aire casi animal de ira. Labios delgados: buena disciplina personal.

Tiene donaire pese a su aspecto rechoncho. Ademanos, bien. Más confianza en cuanto al conocimiento de los demás que en cuanto el conocimiento de sí mismo.

¿Procede del medio oeste? Las eres bastante fuertes (dice "prevailing" por "prevailing"); trata de emplear un acento inglés pero su aprendizaje temprano lo traiciona.

Complacencia para consigo mismo; indiferente con respecto a la ropa—saco demasiado corto, pantalones sin planchar. Normas de limpieza personal no son altas; piel de la cara limpia, pero no la de las manos. Moderadamente bien cuidado, pero no da impresión de limpieza; usa cremas. Se nota que le gusta su cabello gris y lo considera una distinción. Tendencia conservadora — no le gustan los dramaturgos desmelenados y sin embargo en el mismo punto se ve otra tendencia contradictoria pues evidentemente prefiere la literatura romántica.

La clase va siendo más confusa a medida que prosigue. La dureza y la severidad de la actitud pedagógica va creciendo. La apreciación poética se hunde en la actitud crítica. Oído poco fino para los sonidos procedentes de conversaciones.

Ingenioso pero ácido — sus observaciones no son realmente graciosas. Sería más agradable su compañía ligeramente — con las inhibiciones eliminadas. Aficionado a las observaciones satíricas hacia el mundo en general, en especial hacia las mujeres, pero posiblemente no es de mala fe ni injusto en su reacción general.

Tipo en algunos sentidos más femenino que masculino. Inquietud nerviosa — se rasca — se sienta como una mujer. Probablemente le gusta flirtear con las mujeres, pero muy consciente en su interior de que posee una superioridad esencial. Puede ser convencionalmente apegado a su mujer — o podría dejarla por una relación transitoria que racionalizaría como una "afinidad cerebral".

¿A quién se parece? Recuerda algo a L.E.W. (con los ojos fijos — aún no ha mirado directamente a su clase). Tensión sádica como en Y.T., que tenía una expresión semejante alrededor de la boca y los ojos. Planos corporales que rechazan decididamente, manos blandas, regordetas en las puntas. No es un tipo homosexual corriente — excepto por una cosa: aspecto desagradable del torso.

Siente que tiene un fuerte complejo y por eso emplea una poderosa máscara. Ningún amplio movimiento expresivo; puede ser debido a disgusto respecto de la enseñanza — seguramente debido a algún conflicto. Más bien sutil y complejo, no es sensible a la clase, cínico, hasta satírico respecto de toda situación. Es un tipo que a veces se encuentra en las universidades femeninas. Muy pocos profesores parecen tan indiferentes para con su clase.

No es un tipo que me guste. Me recuerda ahora a L.E.W., a J.P.J. y a L.L. cuando tenían su edad (alrededor de 40 años) y a otra persona que puedo ver claramente pero cuyo nombre no recuerdo en este momento, aunque su carácter está bien presente en mi memoria.

Reacción general — introversión. No tanta capacidad como le gustaría tener — ambiciones superiores a sus posibilidades; enfoque crítico y matemático más que artístico. Apreciación estética de las cosas pequeñas — de la fina estructura más que del efecto total — el gran sentimiento poético está más allá de su alcance. Se aburre bastante fácilmente. Pero ésa es una defensa antigua y profunda. Su pronunciación descuidada y la falta de variación tonal en la voz hacen probable un medio pobre

que ha tratado de superar pero sin éxito. No puede ver sus faltas con suficiente claridad, aunque no es marcadamente presumido; el mundo le resulta triste y él no sabe en verdad por qué. ¿Desarreglos endocrinos?

Cierta sutil truculencia en las maneras, como si pensara que el mundo no lo ha tratado bien. Oculta muchas de sus opiniones respecto del mundo, pero podría ponerse muy expansivo y confidencial después de unos pocos cocteles; muy sensible a ese estímulo. De humor cambiante y hosco. También podría ser expansivo si algo despierta su sentido de poder. No del todo merecedor de confianza.

Probablemente buen jugador de bridge, pero no por apuestas altas; no háy en sus ojos atrevimiento pero tampoco los desvía. Filosofía de la vida materialista y mecanicista. Políticamente es un radical diluido; bajo algunos tipos de estímulo emocional sentiría una gran satisfacción entregándose a la acción directa — compensación vicaria de faltas personales imaginarias.

La clase terminó como comenzó, sin entusiasmo, sin calor — es la conferencia más pobre sobre este tema que escuché en mi vida—. Los estudiantes se ponen de pie con sus hojas. Tomó la hoja de una persona de edad mediana con aspecto de maestra sin mirarla; chica sencilla tampoco llega a ser vista; chica bonita de cabellos rubios, ojos femeninos en acción — simple mirada. Dos lindos varones rubios de aspecto inexpressivo — ninguna reacción. Muchacho alto y lindo — los planos corporales cambian instantáneamente — ¿el único que espera? Primera sonrisa real que se ha permitido — atención instantáneamente centrada. Otros se apretujan alrededor de él y hacen preguntas — rostro inmóvil, pero los ojos todavía buscan al único que en apariencia conoce y que parece gustarle.

En este bosquejo se ponen de manifiesto varios hechos interesantes. Las primeras impresiones parecen ser notablemente ricas y muestran ramificaciones casi innumerables en el pensamiento y en el sentimiento. Son también desordenadas, probablemente mucho más de lo que se ve en el bosquejo, ya que el acto mismo de escribir pone necesariamente cierta forma sobre el caos de impresiones. Se pone de manifiesto también que las primeras impresiones están cargadas con la actitud afectiva y los juicios de valor del observador. No sólo se describe aquí la *personalidad* del profesor, sino también su *carácter*: se lo considera merecedor de poca confianza, bastante incompetente y, en conjunto, una persona nada agradable.

Es evidente que el interés de la observadora por los datos étnicos y antropológicos representa para ella un armazón para el "análisis del carácter". Asimismo se muestra muy atenta a las manos y a las posturas. Cuando hace referencia detallada a los rasgos anatómicos y expresivos eso no quiere decir que cada rasgo físico aislado revele algún rasgo personal separado, sino más bien que el rasgo físico actúa en su mente como un "punto de condensación" para juicios tan complejos y difíciles de concretar que la base en que se asientan no puede ser reconocida plenamente. El hecho de que ella dé muchos juicios sin explicar en qué se basan muestra asimismo que las impresiones provienen de estructuras no

analizables de movimiento y de lenguaje. Un rasgo fisiognómico particular puede a menudo *sugerir* un rasgo personal, pero por lo común se consultan también otras manifestaciones expresivas para ver si refuerzan, modifican o contradicen esa sugestión. Una cosa es totalmente segura: la observadora es incapaz de decir cuál es en cada caso la base *completa* de sus juicios acerca de la personalidad del profesor D.

Es interesante ver cómo la mente de la observadora oscila pasando de una observación por completo específica a una vasta generalización, para volver luego a algún detalle. Al comienzo del esbozo se señalan unos pocos actos específicos y más bien sin relieve, seguidos súbitamente por un juicio acerca de dos rasgos personales: "condescendencia" y "timidez". Parece ser característico de las primeras impresiones el estar compuestas por semejante alternación irregular de observaciones de detalle y "totalizadoras".

A medida que el escrito avanza parece ocuparse algo más de rasgos más amplios y fundamentales y en consecuencia disminuye la observación de detalles. El fenómeno de la *congruencia* personal se va mostrando más claramente. Lo mismo parece ocurrir siempre que nos acercamos a una nueva personalidad. Al comienzo los contornos son oscuros. Es algo así como observar la costa de un país extraño desde el puente de un barco que se va acercando a puerto. La estructura no se capta de entrada; los objetos no tienen límites marcados ni clara coloración; lo que al principio se toma por una montaña puede resultar una nube. La atención alumbra primero un detalle confuso y luego otro. Pero con el curso del tiempo los contornos gradualmente se vuelven más marcados y bien articulados; se vuelven visibles las subestructuras; lo que era extraño y borroso se vuelve claro tan pronto como puede ser enfocado.

El esbozo muestra también el papel importante que desempeñan la imaginación y la asociación de ideas en el proceso del juicio. Las inferencias van más allá de los datos directos presentes en el aula; se hacen conjeturas acerca de la sensibilidad a las bebidas de D, sobre sus actitudes respecto al bridge, a la política y la filosofía e incluso acerca de su fidelidad marital. En algunas ocasiones, la observadora lo compara en forma explícita con individuos con los cuales D puede tener algún parecido. Esas series de asociaciones sirven como base para la predicción y la generalización, que van más allá de los límites de la percepción inmediata. Pero además del movimiento de las imágenes asociadas y la inferencia parece haber mucho de intuitivo en el esbozo. No es necesaria serie compleja alguna de asociaciones para explicar la percepción del donaire, el aburrimiento, el desorden, la condescendencia, o el conflicto interior. Estas son cualidades tan intrínsecas en su comportamiento que parecen ser percibidas tan fácilmente como los rasgos físicos mismos.

Encontramos también en el esbozo unas pocas contradicciones manifiestas; por ejemplo, se hacen afirmaciones no coherentes acerca de su engreimiento, su autodomínio y sus ajustes sexuales. Pero sin un método adecuado para comprobar la validez de estas afirmaciones, método que en este caso está ausente, no es posible determinar si las contradicciones se deben a errores de observación o son una señal de la complejidad de la personalidad de D. Por lo común la única forma de determinar la validez de las primeras impresiones es el mayor conocimiento del sujeto juzgado.

Dentro de ciertos límites, sin embargo, se puede considerar que la validez de un retrato escrito como el que tenemos aquí se establece en base a él mismo. Si crea un cuadro convincente y pleno de sentido, si tiene un aire de "pertinencia sistemática", quedará aceptado; pero si el autor parece arbitrario o confuso en sus juicios, será rechazado. Ésta es la única prueba que se aplica a los retratos literarios de caracteres. Nadie le pide a Hamlet sino que, pese a toda la complejidad de su naturaleza, sea coherente consigo mismo. Cuando su estado de ánimo cambia, debe cambiar de un modo congruente con las corrientes subyacentes de su vida. La autora del esbozo acerca del profesor D puede no estar acertada en todos sus juicios, en especial si confiesa que el "tipo" de D es de los que le disgustan, pero no obstante ha bosquejado una personalidad que en lo principal parece plausiblemente coherente.

¿Una clase diferente u otro encuentro con D bajo circunstancias distintas conduciría a los mismos juicios? La mañana que dio esa clase D podía estar mal preparado, preocupado o quizá enfermo. Otro día podría mostrarse más ordenado, más interesado y más amistoso. O podría ser que su comportamiento profesional fuese enteramente diferente de su comportamiento fuera del aula. Ver a D en circunstancias diferentes es el único modo posible de distinguir sus rasgos permanentes de sus estados de ánimo transitorios y de sus hábitos específicos de la situación del aula. Pero muchas de sus "cualidades constitucionales" señaladas en el esbozo como, por ejemplo, su introversión y su conflicto, su afeminamiento, no son con toda probabilidad ni transitorias ni específicas. Un mayor contacto personal hubiera permitido, sin duda, descubrir nuevas características y corregir juicios erróneos, pero no obstante, como ocurre por lo común con las primeras impresiones, siempre hubiera quedado un residuo de juicio válido.

TRES FACTORES BÁSICOS EN LOS JUICIOS ACERCA DE LA PERSONALIDAD

Describiremos ahora un experimento que se ocupa en forma más explícita de la validez de las primeras impresiones y que nos servirá para

ilustrar el papel de las tres variables básicas involucradas en todo juicio acerca de la personalidad (trátase de juicios basados en primeras impresiones o en un largo conocimiento).

Nos referimos al experimento de S. G. Estes.⁵ Este investigador empleó películas cortas (dos minutos) para registrar el comportamiento de sujetos cuyas personalidades había estudiado en forma intensiva durante el período de un año académico. En esas películas los sujetos llevaron a cabo brevemente ciertas tareas "expresivas" (como sacarse el saco, la corbata y la camisa; jugar a las cartas y luchar con un oponente; sostener un fósforo prendido todo el tiempo que pudieran y hacer una casa de naipes).

En una parte del experimento se emplearon películas sobre ocho sujetos, con respecto a los cuales se contaba con datos extraordinariamente completos. Treinta y seis jueces observaron las películas (cada una de las cuales fue pasada dos veces, lo que hace una "primera impresión" de cuatro minutos). Todos estos jueces eran asistentes sociales psiquiátricos con por lo menos dos años de experiencia práctica además de sus cursos obligatorios. Las evaluaciones de los jueces se hicieron sirviéndose de la misma lista de variables que había sido empleada en la investigación intensiva de un año acerca de las personalidades de los sujetos. Por consiguiente resultó posible hacer una comparación directa entre los juicios basados sobre las filmaciones y los basados sobre el prolongado estudio experimental y crítico.

En estas condiciones se comprobó que la excelencia de los juicios variaba:

- 1) con la capacidad o agudeza propia del juez,
- 2) con la naturaleza de la variable (rasgo) evaluada,
- 3) con el carácter "abierto" o "enigmático" del sujeto.

Con referencia al primero de estos factores (que parece ser el más importante), se comprobó que los diez mejores jueces obtenían resultados uniformemente mejores que los diez peores jueces en la valuación de *todas* las variables de *todos* los sujetos. La eficacia (corrección) promedio de los 10 mejores jueces fue un 33 % más alta que la de los 10 peores y el juez más eficaz superó en 62 % al peor juez. De esto resulta la conclusión ineludible de que, aun en una profesión homogénea y con tan seria preparación como la de asistente social en psiquiatría, la diferencia de capacidad para "captar" la personalidad de individuos en base a su solo aspecto y tras un breve contacto llega a un grado muy notable. Cuáles son las

⁵ S. G. Estes: *The Judgment of Personality on the Basis of Brief Records of Behavior* (Cambridge: Harvard College Library), 1937.

cualidades personales que hacen a un juez más capaz que otro es un problema complejo que consideraremos más tarde (p. 524 y sigs.). Baste aquí con decir que Estes no encontró dentro del campo de variación de edad de sus jueces (25 a 52 años) ninguna influencia de la edad, ninguna relación con la antigüedad en el servicio profesional, con la rivalidad paterna ni tampoco con el hecho de que el juez hubiera sido psicoanalizado, como era el caso de la mitad de los que actuaron en este experimento.

El segundo factor es la variable o rasgo con respecto al cual son juzgados los sujetos. Ciertas cualidades fueron evaluadas en todos los sujetos con considerable uniformidad, en un grado muy superior al azar. Ocurrió eso, por ejemplo, con los rasgos de *inhibición-impulsión*, *apatía-intensidad*, *placidez-emocionalidad*, *ascendencia-sumisión*. Resulta claramente evidente que estas cualidades son de manifestación abierta; son rasgos personales expresivos que representan el modo característico de adaptación del individuo a su mundo circundante. El grupo de variables evaluadas con poco éxito incluyó cualidades no manifiestas, tales como *objetividad-proyectividad* (esto es, realismo-paranoia), *deseo de cambio* y la "necesidad" de rechazo (p. ej., el ser "estirado"), la "necesidad" de juego y la "necesidad" de criar (p. ej. "instinto parental"). Estos rasgos mal evaluados no son evidentemente del tipo que las situaciones presentadas en las películas podrían revelar y, asimismo, parecen peor definidos y por lo tanto más difíciles de entender para los jueces que los rasgos evaluados correctamente.

En resumen, los datos obtenidos en este experimento confirman la conclusión a que habíamos llegado en la p. 457, en el sentido de que para ser evaluados con exactitud los rasgos deben ser de manifestación abierta, expresivos y bien definidos. Cuando la cualidad está oculta y no se manifiesta fácilmente en la acción corriente o cuando está mal definida y por lo tanto puede mover al juez a confusión, lo probable es que se obtengan juicios poco exactos. El rasgo mejor evaluado (*inhibición-impulsión*) fue juzgado por los 37 jueces en forma 28.2 % más correcta que el rasgo peor evaluado (necesidad de *criar*).

El tercer factor importante en la situación es la "apertura" del sujeto (pág. 458). En el caso de uno de los ocho sujetos los 37 jueces concordaron con las evaluaciones modelo en un promedio 25 % superior al azar, pero en el caso de otro (el más enigmático) el promedio fue sólo 5 % superior al azar. Tanto los mejores como los peores jueces tuvieron la misma dificultad relativa. Aunque sus evaluaciones alcanzaron distintos grados de exactitud, a los dos tipos de jueces les resultaron fáciles o difíciles de evaluar los mismos sujetos. Considerando en conjunto los resultados de todos los jueces en todas las variables evaluadas, la corrección en el caso de la perso-

nalidad más "abierta" fue 22 % mayor que la correspondiente a la personalidad más "enigmática". Nos vemos obligados a concluir que la *persona* de algunos sujetos constituye en el primer encuentro una desventaja evidente para los jueces, mientras que el comportamiento expresivo de otros individuos es relativamente transparente.

Para terminar y como resumen podemos decir que para obtener el juicio más digno de confianza proveniente de primeras impresiones (y probablemente también después de un largo contacto personal) es necesario contar con un *juez bien dotado, que aplique su habilidad a ciertos rasgos de manifestación abierta y fácilmente accesibles de un sujeto que no sea engañoso o enigmático.*

LA ENTREVISTA

A diferencia de las primeras impresiones que, por regla general, se obtienen en el curso de una relación impersonal, la entrevista trata de obtener en forma directa toda la información acerca de la naturaleza personal del sujeto que resulte de interés para los fines del investigador. El método es muy antiguo pero sigue siendo de fundamental importancia en la mayoría de los sectores de la investigación social.⁶ Hasta ahora se han hecho pocos estudios científicos acerca de esta técnica y los que hay son en su mayor parte artificiales e insatisfactorios, pues una buena entrevista requiere variación y espontaneidad y sólo con grandes dificultades puede ser reducida a reglas y fórmulas.

Aunque el entrevistar es un arte, es evidente que involucra los mismos tres factores que toda situación de juicio. En primer término hay que contar con la habilidad del que hace la entrevista (probablemente el factor más importante y complejo de todos). En segundo lugar, tenemos la cualidad de abierto o enigmático del sujeto. En tercer lugar está el problema de la selección y estructuración de las preguntas, que deben revelar información significativa y veraz acerca del sujeto.

Al considerar el tercer factor hay que establecer ante todo cuál es el objetivo de la entrevista. Preguntas que son significativas para un psiquiatra pueden carecer de toda importancia para un censista. Pero partiendo de la base de que el objetivo de la entrevista es *psicológico*, esto es, que con ella se pretende obtener el conocimiento más completo y exacto que sea posible de una personalidad, ¿cómo debe proceder el entrevistador? Puede usar las diversas guías publicadas para el estudio de la personalidad.⁷ O puede tener a mano una lista de temas, con la ayuda de la cual puede estructurar preguntas específicas según la forma en que avance la entrevista. O puede

⁶ Un manual útil para los que deben hacer entrevistas ha sido preparado por W. V. Bingham y B. V. Moore: *How to Interview*, 1934.

⁷ En el capítulo IX damos una lista de varias guías accesibles.

proceder sin plan, dejando que unas preguntas sugieran las siguientes. En general el segundo procedimiento es el más satisfactorio, pues no es ni tan rígido y mecánico como el primero ni tan desarticulado y precario como el tercero. La siguiente breve lista de temas ha dado resultados satisfactorios como guía de investigadores que se decidieron por ese modo de proceder. Es bastante vasta y puede ser fácilmente ampliada o reducida para adecuarla al caso individual. No supone ningún orden inviolable. En una persona un tópico dado puede no ofrecer ningún dato de importancia, en otra el mismo tópico puede contener las claves más significativas, por lo cual será necesario ampliarlo. Y —esto es evidente— el investigador debe estar en guardia para distinguir las respuestas convencionales y defensivas de las francas y genuinas.

BREVE LISTA DE TEMAS PARA UNA ENTREVISTA PSICOLÓGICA

1. Edad.
2. Nacionalidad.
3. Instrucción recibida.
4. Enfermedades y accidentes.
5. Historia ocupacional y planes.
6. Hobbies.
7. Intereses culturales.
8. Ambiciones (p. ej., lo que desea realizar dentro de los dos años próximos).
9. Ligazones personales (p. ej. quién influyó sobre él).
10. Ensueños.
11. Temores y preocupaciones.
12. Humillaciones y desengaños.
13. Aversiones marcadas.
14. Experiencia sexual.
15. Dificultades neuróticas.
16. Experiencia religiosa.
17. Filosofía de la vida.

Estos tópicos se refieren en una proporción aproximadamente igual a la historia personal, a la situación presente y a la perspectiva del sujeto sobre su futuro. Representan una ayuda para la *comprensión* del sujeto más que para su descripción. Para obtener un registro "en sección transversal", esto es, un informe sobre el estado presente de esa personalidad, el investigador debe complementar sus observaciones y anotaciones con tests de actitudes y rasgos, con evaluaciones hechas por conocidos del sujeto y quizá encuentre ayuda también en la confección de un psicograma (capítulo XV).

Ciertos ítems de la lista anterior se refieren al status social del sujeto. La información de esta índole es esencial, pues sólo si conoce el marco dentro del cual se ha desarrollado la personalidad del sujeto al que entrevista puede el investigador comprender plenamente los preconceptos y códigos de éste. Pero por reunir datos acerca del marco cultural, el investigador no debe caer en el supuesto erróneo de muchos deterministas sociales para quienes el sujeto en su vida personal seguirá todas las normas que caracterizan a su raza, su religión o clase social.

El éxito de una entrevista depende no sólo del empleo de preguntas estructuradas en forma apropiada sino también de la actitud del sujeto. El investigador debe tratar de eliminar todo antagonismo y toda sospecha y de crear una situación en la cual el sujeto se sienta alentado a hablar y confiado en que sus intereses están protegidos. Pero cuando el sujeto carece de inteligencia o es reticente o de mala fe, todas esas condiciones favorables son más fáciles de enumerar que de lograr. Por lo común es más satisfactorio entrevistar a una persona de mucha inteligencia y de una buena situación cultural que a otra de poca inteligencia y de posición social inferior. Sin embargo, la persona de mente brillante, pero neuróticamente defensiva o propensa al engaño, es quizá el más difícil de *todos* los tipos. En general, el método de la entrevista resulta satisfactorio sólo cuando el sujeto posee un grado razonable de inteligencia, algo de introversión y está dispuesto (preferiblemente, deseoso) a que la entrevista tenga lugar.

El tercer factor, y el más complejo en la situación, es la habilidad del entrevistador. El psicólogo no puede por ahora señalar una fórmula que incluya la compleja combinación de capacidades necesarias para ser un buen juez de la personalidad ajena ni tampoco puede decirle a nadie qué debe hacer para convertirse de inmediato en un gran "lector del carácter". Pero puede ofrecer un análisis de algunos aspectos de esta habilidad y pronunciarse acerca de algunas cualidades que deben poseer los buenos jueces.

LA CAPACIDAD DE JUZGAR LA PERSONALIDAD, ¿ES GENERAL O ESPECÍFICA?

La mayoría de las capacidades mentales no son ni enteramente generales ni enteramente específicas. Por regla general, una persona dotada de "capacidad artística" no es igualmente diestra en la pintura, en el dibujo, en la música, en el baile y en la literatura. La instrucción, la experiencia y el gusto, al igual que las dotes innatas fluyen por cauces más estrechos. Pero, por otra parte, la capacidad artística no es por entero específica. Nadie tiene noticia de que haya personas capaces de dibujar bien un barco pero incapaces de dibujar un faro o capaces de producir una melodía original pero incapaces de crear ninguna otra. Por consiguiente, no sería razonable esperar que un juez de personalidades pueda alcanzar resultados uniforme-

mente correctos en la estimación de toda cualidad de toda persona o, inversamente, que sólo sea capaz de comprender *una* única cualidad en todas las personas o todas las cualidades de *una* personalidad. En el lenguaje corriente se dice de un hombre que es "un excelente juez del carácter" y de otro se afirma que "cualquiera lo engaña", pero la capacidad y la incapacidad a que se refieren estas caracterizaciones no son probablemente uniformes en un grado máximo.⁸ Hay ciertos grados límites de poder perceptual, de memoria, experiencia, interés e inteligencia social que dan lugar a grupos o clases diferentes de capacidad de juicio.

Sobre la base de datos experimentales, Vernon sugiere tres clases típicas: hay gente que se comprende bien *a sí misma*, hay otro tipo de gente que conoce especialmente bien a sus *amigos* y conocidos y finalmente hay gente que se destaca en el juicio de *desconocidos*. Los individuos del primer grupo se caracterizan por tener una alta inteligencia y gran sentido del humor. Los buenos jueces de sus amigos y conocidos son término medio menos inteligentes y tienen menor inclinación social que los buenos jueces de sí mismos pero son artísticamente más dotados. Los buenos jueces de los extraños se destacan claramente en inteligencia y dotes artísticas y tienden a ser asociales en ciertos aspectos.⁹ Estas cualidades son bien lógicas. El buen juez de sí mismo no sólo debe tener buena inteligencia sino también ese humor que está casi invariablemente asociado con la introversión (cf. p. 240). Dentro de ciertos límites el buen juez de sus conocidos puede compensar en experiencia lo que le falta de inteligencia, pero debe tener en sus puntos de vista la distancia y la objetividad que habitualmente acompañan a las tendencias artísticas y asociales. El buen juez de extraños debe tener la misma distancia pero además debe contar con más inteligencia, pues los índices sobre los cuales basa su juicio son más escasos y más transitorios. Esta última combinación de cualidades es precisamente la que parece dar lugar a un buen escritor de ficción o de biografías: para triunfar en esos géneros hay que ser inteligente, dotado de sensibilidad artística y lo bastante asocial como para tener distancia en sus modos de ver a la gente.

CUALIDADES NECESARIAS PARA SER UN BUEN JUEZ DE LA PERSONALIDAD AJENA

Combinando los hallazgos de Vernon con los resultados de otras investigaciones publicadas¹⁰ e inéditas, es posible hacer una enumeración suma-

⁸ Pero el considerar que la capacidad es enteramente específica parece representar un error mayor que el considerarla enteramente general. El lector recordará los experimentos de Estes, que mostraron considerable uniformidad en la capacidad de los diversos jueces, cualesquiera fuesen los sujetos y los rasgos que juzgaran (cf. p. 519).

⁹ P. E. Vernon: *J. Soc. Psychol.*, 1933, 4, 42-58.

¹⁰ P. ej. H. F. Adams: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1927, 22, 172-181;

ria de las cualidades necesarias para ser un buen juez de la personalidad ajena, según el modo de ver vigente en la actualidad.

1. *Experiencia.* Un buen juez necesita ante todo madurez, lo que significa no sólo haber alcanzado una edad de alrededor de treinta años sino también contar con un rico bagaje de experiencia de la naturaleza humana en sus diversas y más complejas formas. El joven ve a la gente dentro de la estrecha perspectiva de su limitada experiencia y si se ve forzado a juzgar a personas cuyas vidas difieren marcadamente de la suya, con frecuencia recurre a inadecuados clisés, como "un tipo entretenido", "un viejo atrasado" o "un tipo raro". La jerga de los adolescentes contiene gran número de este tipo de clisés caracterológicos. Pese a la protesta de toda generación joven en el sentido de que los mayores no llegan a comprenderlos, hay amplias probabilidades de que sean los jóvenes los que no comprendan a los mayores.

Si no existe un vasto y prolongado contacto con todo tipo de personas, falta la base elemental para la inferencia lógica. Cada juicio se sirve de juicios anteriores y es corregido por ellos. Para cada una de las innumerables expresiones de la personalidad, la persona de experiencia tiene a su disposición una rica cadena de interpretaciones bien probadas. Aun en el caso de que la asociación y la inferencia no representen los únicos procesos mentales implicados en el comprender a otras personas y se deba, como parece probable, hacer alguna concesión a las teorías de la comprensión intuitiva, con todo, los sólidos fundamentos de la experiencia seguirían constituyendo el primero y más esencial requisito, pues la intuición no puede tener lugar en un vacío experiencial.

2. *Semejanza.* Otro requisito importante, pero no ineludible, es que el juez se parezca al individuo al que quiere juzgar. Según Klages "la comprensión sólo es posible en virtud de *alguna* semejanza entre el yo percipiente y el objeto percibido; al crecer la desemejanza, la comprensión termina por dejar paso a la imposibilidad de comprender".¹¹ Este requisito es un simple corolario del primero. Los estudios experimentales han mostrado que los mejores jueces de un rasgo en otra persona son los que poseen ese mismo rasgo en alto grado. Pero la correlación no es perfecta y la situación está lejos de ser simple: la ductilidad imaginativa de un juez puede obtener mejores resultados que otro juez que cuente con una amplia experiencia pero que no se sirva de ella.

La semejanza, como se advertirá, es un caso especial de la "experiencia". Si un conocido se parece a mí, podríamos decir que cuanto mayor sea el parecido tanto más rico seré en experiencias acerca de él. Es por C. W. Valentine: *Brit. J. Psychol.*, 1929, 19, 213-238; H. Gross: *Criminal Psychology*, trad. 1918; G. W. Allport: *The Family*, 1930, 11, 124-128; H. L. Hollingworth: *Vocational Psychology and Character Analysis*, 19

¹¹ *The Science of Character*, trad. 1928, pp. 43 y sig.

esta razón que los miembros de un grupo racial, religioso o profesional encuentran por lo común sus mejores jueces en otros miembros del mismo grupo. Un capitalista comprende a un capitalista y un comunista entiende a otro camarada comunista más correctamente de lo que los miembros de uno de estos grupos entienden a miembros del otro. Y no es meramente por razones de democracia que los rotarianos se llaman entre sí por sus nombres de pila: existe un genuino sentimiento de camaradería que justifica esa familiaridad.

3. *Inteligencia.* En estudios experimentales se ha comprobado repetidas veces que existe alguna relación entre la inteligencia superior y la capacidad de juzgar a los otros. Las correlaciones positivas se mantienen aún dentro del tipo de inteligencia intensa y estrecha que caracteriza a los grupos seleccionados de jueces empleados en la mayor parte de los experimentos. Hemos de recordar que Vernon comprobó que la inteligencia superior es una característica que poseen en especial los buenos auto-evaluadores y los buenos jueces de desconocidos, pero que en el caso de los evaluadores que conocen bien a los sujetos, la experiencia puede en cierta medida ser un sustituto de la inteligencia excepcional. Sin embargo, por término medio la buena inteligencia es necesaria y la razón para ello es bien simple. Entender a la gente es en gran medida percibir las relaciones entre las actividades pasadas y presentes, entre el comportamiento expresivo y los rasgos internos, entre causas y efectos, y la inteligencia es la capacidad de percibir precisamente relaciones como éstas.

4. *Introversión.* El advertir claramente nuestras tendencias anti-sociales, nuestras hipocresías e inconsecuencias y nuestros motivos complejos, puede impedirnos muchas veces hacer un diagnóstico demasiado convencional y simple de nuestros semejantes. La ceguera y la confusión acerca de nuestra propia naturaleza se extenderá automáticamente a nuestros juicios acerca de los otros. Una neurosis compulsiva (o cualquier otro trastorno) no entendida en uno mismo, ha de introducirse como proyección o como juicio de valor en la estimación que uno haga de los otros. En la práctica del psicoanálisis hace mucho que ha sido reconocido el requisito previo del autoconocimiento. Antes que el analista pueda desatar los nudos de otras personalidades debe desenredar los propios.

5. *Complejidad.* Por regla general una persona no puede comprender a otras personas más complejas y sutiles que ella. La mentalidad simple y reducida tiene poca simpatía para la multitud de intereses de la mente cultivada y versátil y el filisteo desprovisto de conflictos emocionales es impotente ante las confesiones turbulentas de un Barbellion o una María Bashkirtseff. Dos almas moraban en el pecho de Fausto, pero sólo una dentro del pecho de su servidor, Wagner; Fausto fue el único de los dos que finalmente pudo alcanzar la comprensión de la vida humana.

De esto se sigue que el psiquiatra, como tiene frente a sí estados mentales sumamente complejos, debe poseer una naturaleza compleja. Si él mismo tiene dificultades neuróticas que sabe manejar bien, ésta puede ser también una condición favorable. Esto no quiere decir que nada le quede por hacer al psiquiatra simple y jovial cuyo papel consiste más en animar a pacientes cautivos en las trampas de una depresión que en comprenderlos. Desde el punto de vista terapéutico, a menudo es mejor irradiar salud y buen espíritu que introducirse con simpatía en las distorsiones y complejidades de la vida mental del paciente. Tal vez haya dos tipos de psiquiatras con éxito: los que curan mediante la tortuosa reconstrucción de la personalidad y los que curan por sugestión irradiante.

6. *Distancia.* Los experimentos han mostrado que por lo general las personalidades de los mejores jueces incluyen ciertas tendencias asociales. Entre estos jueces es más común la introversión que la extraversión y, más aún, tienden a ser enigmáticos y difíciles de juzgar. Además, por término medio tienen bajas marcas en los valores sociales. Los que se preocupan por valores sociales tienen poco tiempo para considerar desapasionadamente a los otros; sienten simpatía, piedad, amor o admiración, pero no se apartan lo suficiente de la relación emocional para poder obtener una visión imparcial. En cambio, un individuo que no está en todo momento participando de un sentimiento común pero que puede mantenerse a un lado y observar "sin perderse un detalle", hará probablemente juicios más válidos. Ocurre a menudo, como por ejemplo en el caso de los novelistas, que el buen juez en ciertos momentos participa también intensamente, pero después de eso se aparta y considera en una visión retrospectiva los sucesos y las personas con un desapego casi inflexible.

7. *La actitud estética.* La actitud estética está asociada frecuentemente a las características asociales. Como cualidad para ser buen juez, parece ser mucho más importante que todas las demás, en especial en el caso de los jueces más dotados. La actitud estética busca siempre comprender la armonía intrínseca de todo objeto que ocupe el centro de la atención. El objeto puede ser tan trivial como un adorno o tan importante como un ser humano; en ambos casos lo que interesa a la persona que tiene una actitud estética es la unicidad y la simetría de la estructura. Esta actitud es indispensable para el novelista o para el biógrafo. Cuando alcanza un gran desarrollo puede hasta cierto grado superar las limitaciones de la experiencia, la inteligencia, la introversión, la semejanza y la complejidad. Pero cuando está combinada con estas otras condiciones acrecienta enormemente la habilidad de un juez.

8. *Inteligencia social.* Esta condición no es indispensable. El novelista y el artista a menudo carecen de ella. El entrevistador, por su parte, debe poseer "talento social", pues su función es más compleja: debe escuchar

con tranquilidad y además aprobar, debe alentar la franqueza y además no parecer nunca escandalizado, debe ser acogedor y además reservado, debe ser paciente pero debe aguijonear a su interlocutor y mientras hace todo esto nunca debe parecer aburrido. Un equilibrio tan delicado de actitudes requiere en un alto grado todos y cada uno de los rasgos favorables al establecimiento de relaciones personales libres de fricciones. Para hacer y decir la cosa adecuada y no ofensiva es necesario disponer de un pronóstico de las respuestas más probables de la persona con la que se está hablando. Por eso la inteligencia social está unida a la capacidad de hacer juicios rápidos y casi automáticos acerca de la gente. Pero, por otra parte, la inteligencia social no se identifica con la *Menschenkenntniss*, ya que no implica necesariamente conocimiento *profundo* de un individuo ni tampoco la capacidad de sistematizar y de expresar el juicio resultante. La inteligencia social forma parte del nivel de la conducta más que del nivel conceptual. Lleva al ajuste social pero no necesariamente a la comprensión profunda.

DIFERENCIAS SEXUALES EN LA CAPACIDAD DE JUZGAR A LAS PERSONAS

A la proverbial "intuición" de la mujer se le atribuye la cualidad de manifestarse especialmente en sus juicios acerca de la gente. El hombre de negocios lleva a su casa al cliente que tiene en vista para que su mujer dé su opinión acerca de él y ella formula su juicio con rapidez y decisión. Cuando aparecen nuevos vecinos ella se forma muy pronto una idea acerca de los recién llegados y sus opiniones tienen un gran aire de seguridad. De vuelta de una cena, su esposo tal vez diga que la dueña de casa estaba bastante bonita con su nuevo vestido verde. Ante lo cual la mujer puede agregar que el vestido no era nuevo, que antes era blanco y que había sido alargado con tul para ponerlo a la moda y que además la dueña de casa está preocupada por problemas de dinero y porque su marido bebe, que no le va bien con su nueva mucama, que se ha teñido el cabello, que anda medio enredada en un flirt, no obstante lo cual está celosa de la dactilógrafa de su marido y que teniendo en cuenta todas esas circunstancias no sería sorprendente que antes de un año hubiera un divorcio.

Sin embargo, es fácil que la superioridad de la mujer haya sido exagerada. Los estudios experimentales, por el momento, establecen sólo un leve margen en favor de las mujeres. Es algo temerario hablar de diferencias sexuales innatas en cuanto al "tipo" mental.¹² Hay una explicación más

¹² Koffka, sin embargo, defiende la teoría de que las mujeres son superiores a los hombres en los juicios acerca de otras personas y atribuye esa superioridad al hecho de que las mujeres se identifican más fácilmente con situaciones que ocurren a su alrededor. Su "ego está menos separado del medio". Debido a esto son capaces

simple para esa leve superioridad y consiste en la importancia notable que tienen las relaciones personales en la vida de las mujeres. La joven o la mujer económicamente dependiente advierte que las atenciones que recibe dependen menos de sus realizaciones objetivas que de sus conquistas personales. Por eso, sutiles indicaciones de favor o desfavor, de rivalidad y derrota son para ella de la mayor importancia. Incluso la mujer económicamente independiente advierte por lo común que su éxito también depende de las actitudes de las otras personas hacia ella. Le resulta importante saber, por ejemplo, si sus colegas varones en los negocios tienen un punto de vista antagónico, burlesco, protector o imparcial acerca de la presencia de ella en la profesión; debe entonces desarrollar en alto grado su capacidad de comprenderlos.

Otra razón de la superioridad femenina puede residir en la naturaleza de la vida sexual de la mujer, que es más particularizada y personal que la del hombre.¹³ En consecuencia, detrás de sus juicios sobre la gente puede estar toda la fuerza de sus intereses sexuales. Asimismo, en una sociedad en que prevalecen normas dobles de moralidad es necesario que una mujer sea más vigilante y circunspecta acerca de las cualidades de sus amigos y conocidos. Finalmente, de acuerdo con el principio de la autonomía, alguna de las influencias básicas que hemos mencionado puede dar lugar a un genuino interés por la gente, que se convierte en un incentivo para estudiar a las personas y en una fuente de satisfacción. Tal interés podría llegar fácilmente a integrarse con el valor estético, que, según se sabe, es más intenso en las mujeres que en los hombres y que, como hemos mostrado, es indispensable para hacer juicios exactos sobre la personalidad. Pesados todos los factores, hay suficientes razones para explicar la superioridad de la mujer en cuanto a capacidad de juicio de la personalidad. Lo sorprendente es que esa superioridad no sea más marcada de lo que es.

¿A QUIÉN CONOCEMOS MEJOR?

Hemos señalado que la semejanza entre la personalidad del observador y la del sujeto observado es una de las condiciones para lograr un juicio correcto. Parecemos entender mejor a aquellos que son más parecidos a nosotros, a los que hablan nuestro mismo lenguaje. Un autor llega hasta a declarar que sólo podemos entender a las personas que están cerca de nuestro tipo mental y que, dada esta circunstancia, ningún psicólogo debe nunca intentar una interpretación de un tipo humano diferente al suyo.¹⁴

de captar inmediatamente los matices de sentimiento de las otras personas. (*Principles of Gestalt Psychology*, 1935, pág. 361).

¹³ Cf. K. Dunlap: *Social Psychology*, 1925, cap. II.

¹⁴ R. Friedmann: *Arch. f. d. ges. Psychol.*, 1913, 27, 195-203.

La situación, sin embargo, no parece ser tan simple. En primer lugar, a menudo parecemos ser capaces de entender con considerable éxito naturalezas directamente opuestas a la propia. La naturaleza franca, escribe Klages, "comprende al embustero en virtud de su propia franqueza", porque "todo impulso que me lleva a hacer algo provee a la mente de medios para juzgar la inhibición que podría ser causa de que me abstuviera de hacerlo".¹⁵ Hace ya mucho, los asociacionistas señalaron también que un curso de ideas consonante con nuestra naturaleza debe incluir ideas antitéticas, pues, ¿no son los opuestos esencialmente semejantes? Dostoievsky creía que cada hombre posee un "doble" inconsciente que incluye las cualidades directamente opuestas a las que ese hombre pone de manifiesto. La teoría de Jung acerca del papel de lo inconsciente es muy similar. El introvertido, pese a toda su incesante cavilación y referencia a sí mismo, tiene tendencias latentes que le permiten comprender muy bien el tipo de mente inquieta y extravertida que él no puede llegar a tener. Se dice a menudo que "los opuestos se atraen". Si tal cosa es verdad, el fenómeno podría deberse a una simpatía inconsciente por lo que en uno mismo está suprimido y latente.

En general parece ser verdad que los hombres entienden mejor las personalidades de los hombres que las de las mujeres y que, análogamente, las personalidades de las mujeres son mejor comprendidas por mujeres. Quien haya leído muchos estudios de casos personales habrá observado que es realmente muy raro encontrar un estudio enteramente satisfactorio y correcto cuyo autor no sea del mismo sexo que el individuo estudiado. Aun los novelistas expertos rara vez parecen capaces de ofrecer retratos convincentes de caracteres del sexo opuesto. Las mujeres de Dickens son en su mayor parte caricaturas desfallecientes y las mujeres de Trollope y Meredith son idealizaciones. Los hombres creados por Jane Austen y Charlotte Bronte son títeres. Sin duda vienen a la mente unas pocas grandes excepciones, tal vez Sigrid Undset, Tolstoy, Anatole France y Flaubert, pero el éxito de estos autores a menudo se limita a retratos de un solo tipo del sexo opuesto. Las opiniones pueden diferir acerca de las ilustraciones aquí empleadas, pero no es probable que haya disensiones acerca de la regla.

Si el hombre dedicado al estudio de la personalidad es capaz de superar su susceptible conciencia de sí mismo frente al sexo opuesto, si elimina su inclinación idealista o cínica y es capaz de liberarse de su "imagen materna", si no tiene preconceitos acerca del papel social y económico que deben desempeñar las mujeres, entonces ha de lograr cierta objetividad que mejorará sus juicios sobre mujeres. Y si debido a cierta compleja combinación de rasgos personales es capaz de tomar el punto de vista femenino, sus juicios serán aún mejores. Recíprocamente, la mujer que quiere llegar a

¹⁵ L. Klages, op. cit., p. 53.

ser un buen juez de personalidades masculinas debe tener análoga flexibilidad en su vida mental. Si ambos jueces están libres de inhibiciones y prejuicios, habrá suficiente semejanza entre los sexos como para que exista una base para una considerable comprensión mutua. Pero subsiste un abismo infranqueable: el papel de las funciones sexuales específicas. La actuación de estas funciones, que constituyen un factor decisivo en la génesis y subsistencia de las emociones, rasgos y actitudes, sólo puede ser objeto de especulación y no de comprensión directa.

La regla más general es que se comprenden mejor las personalidades que son parecidas a la propia. La semejanza en la raza, en el sexo, en la edad, en los rasgos y en la perspectiva general representa una gran ayuda. Pero como la semejanza, en cierta medida, engloba también cualidades opuestas, constituye asimismo una base para entender rasgos opuestos a los propios. La regla general tiene muchas excepciones. La práctica prolongada, por ejemplo, puede compensar la falta de semejanza, tal como en el caso del psiquiatra de sexo masculino que se especializa en desórdenes nerviosos de mujeres o en el caso de la maestra que logra comprender con gran éxito a los muchachos adolescentes de su curso. Hay que señalar también como excepción el caso de los jueces que han desarrollado un interés especial, similar al del naturalista, por los tipos poco comunes de personas. Sin duda, en tales casos pueden existir semejanzas no advertidas o afinidades inconscientes, pero también es verdad que el interés y la imaginación, sin estar basados en un parecido subjetivo, pueden ser para una persona dotada una ayuda para la comprensión de personalidades totalmente diferentes de la propia.

LAS FUENTES COMUNES DE ERROR

Casi toda forma concebible de cometer errores al pensar es al mismo tiempo una forma de hacer juicios erróneos sobre las personas. La observación superficial, la mala memoria, los errores en las premisas, las inferencias erróneas, los *non sequitur*, las supersticiones, el prejuicio, la racionalización, la proyección y muchas faltas más suman una cantidad demasiado grande para intentar cualquier clasificación. Pero hay una forma de error tan típica de los juicios acerca de la personalidad, tan persistente y en apariencia tan inevitable, que es necesario tenerla siempre presente. Por razones de conveniencia podemos llamarla la falacia de la *sobresimplificación*.

Ni la más larga novela ni la más trabajada historia de un caso pueden ofrecer un retrato y una explicación completos de un carácter. Las exposiciones más breves y selectivas exageran sin duda más aún la simplificación y las caracterizaciones corrientes en la vida cotidiana, que sólo mencionan una o dos de las cualidades centrales de un individuo, son casi caricaturas.

Aun cuando por lo común nos sentimos suficientemente satisfechos con nuestras rápidas caracterizaciones de las otras personas, nos quejamos enérgicamente de que se pretenda determinar nuestro carácter con una frase afortunada. Toda persona sabe que ella misma es demasiado compleja para que se la pueda pintar en pocas palabras e incluso sospecha que ninguna novela, ni aun una en tres tomos, podría hacerle entera justicia.

La sobresimplificación tiene dos causas principales. La primera es la limitación inherente al intelecto humano. Es imposible tener presentes en la mente tantas variables como aspectos tiene cada personalidad individual. La heterogeneidad de los motivos y la variedad de las expresiones son desconcertantes. La extensión y la duración de nuestros procesos cognoscitivos simplemente no están a la altura de esa tarea. Nos vemos entonces obligados a conformarnos con juicios aforísticos e inadecuados.

La otra causa de la sobresimplificación reside en la existencia de prejuicios emocionales de diversos tipos. Sentimientos como el terror, el amor, la admiración, la envidia, la desconfianza o el odio simplifican y distorsionan el juicio. Un cierto tono de voz o cierto acento, el color de la piel, maneras que consideramos extrañas o afectadas, un modo de vestir o una cara sonriente, provocan con frecuencia una inclinación afectiva que se convierte en el foco de nuestros juicios. Dejamos de atender a otros índices o los deseamos en favor de una impresión prominente. Los experimentos han demostrado que cuando los individuos son bellos, saludables y limpios y muestran una cara sonriente, por lo general se los juzga inteligentes, aunque en verdad hay muy poca o ninguna relación entre estos rasgos físicos y la capacidad intelectual. Casi todos los análisis de evaluaciones de rasgos de personalidad muestran el mismo "efecto del halo". Un atributo "bueno" o "malo" sobresaliente que tenga una persona proyecta su reflejo sobre todos los juicios acerca de ella.

Los personajes históricos o públicos son grandemente simplificados por la perspectiva con que se los ve y en general se los recuerda sólo por una realización o un rasgo; virtualmente llegan a convertirse en personificaciones de alguna cualidad abstracta. En la mente de la mayoría de la gente, Nerón, Casanova, Abraham Lincoln y Calvin Coolidge son fábulas más que personalidades. Es verdad también que el carácter de nuestros amigos o parientes muertos no sólo parece mejorar con el tiempo sino que también parece volverse más simple y mejor estructurado.

Para designar el efecto paralizante que la simplificación ejerce sobre los procesos del juicio se emplea muy frecuentemente el término *estereotipo*. Las causas y consecuencias de los estereotipos han sido discutidas muchas veces en la literatura psicológica.¹⁶ El fenómeno de ningún modo está

¹⁶ Para una discusión teórica del problema consúltase W. Lippmann: *Public Opinion*, 1922; G. W. Allport: "Attitudes", en *Handbook of Social Psychology*

limitado a los juicios sobre la personalidad, aunque su presencia en este campo ha sido reconocida a menudo.¹⁷

Otra fuente corriente de error en el juicio de la personalidad recibe el nombre de "tendencia central de los juicios".¹⁸ Se ha demostrado, por ejemplo, que los maestros de escuela y los padres tienen una marcada tendencia a sobreestimar la inteligencia de los niños retardados y a subestimar la inteligencia de los niños superiores. El mismo fenómeno se pone de manifiesto en la evaluación de rasgos. Los jueces evitan los valores extremos de las escalas de evaluación, como si la incertidumbre y la duda pudieran compensarse mediante la elección de los puntos *medios* de la escala. Esta tendencia, muy marcada en los distintos jueces por separado, aumenta considerablemente en magnitud cuando se reúnen las evaluaciones de varios juicios, pues entonces las desviaciones por encima y por debajo de la mediana tienden a neutralizarse. Es por esta razón que un juicio compuesto de un valor "medio" es difícil de interpretar, a menos que se conozca la dispersión de las evaluaciones individuales. En general, la tendencia tiene como consecuencia juicios tímidos y descoloridos.

Este "pálido medio" se complica más aún por la tendencia bondadosa de la mayoría de la gente, que cuando está en duda acerca de una evaluación da un juicio lisonjero (cf. pág. 461). Esto da lugar a que preponderen los juicios levemente superiores al término medio, que en verdad carecen de sentido. Casi todas las escalas de evaluación muestran esta doble tendencia a llevar a un nivel medio las estimaciones de la personalidad, eliminando las diferencias en uno u otro sentido. En la pág. 462 ya han sido discutidas diversas formas de evitar esta y otras fuentes persistentes de error.

Este capítulo se ha ocupado de problemas prácticos sin detenerse en problemas teóricos. Contiene un resumen de investigaciones psicológicas y, además, unos pocos principios tomados de la experiencia cotidiana. Pero ninguna discusión psicológica acerca de la capacidad de juzgar la personalidad es completa si sólo incluye una exposición de hechos empíricos. Debe considerar también las operaciones mentales que involucra el *proceso de la comprensión*. A este problema más abstracto, pero al mismo tiempo más básico, está consagrado el capítulo siguiente.

(ed. por C. C. Murchison), 1936; R. T. La Piere y P. R. Farnsworth: *Social Psychology*, 1936, cap. IX.

¹⁷ Estudios a propósito de este tema son los de S. Rice: *J. Pers. Re.*, 1926, 5, 267-276; O. P. Litterer: *J. Soc. Psychol.*, 1933, 4, 59-69; L. Gahagan: *J. Soc. Psychol.*, 1933, 4, 128-134; M. Sherif: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1935, 29, 370-375; M. Zillig: *Zsch. f. Psychol.*, 1928, 106, 58-106; G. W. Allport y H. Cantrill: *J. Soc. Psychol.*, 1934, 5, 37-55; G. Ichheiser: *Zsch. f. ang. Psychol.*, 1929, 33, 273-287.

¹⁸ Cf. H. L. Hollingworth: op. cit., págs. 124 y sig.

CAPÍTULO XIX

LA INFERENCIA Y LA INTUICION

Nunca percibimos un ser humano viviente sin percibir al mismo tiempo que es un ser humano viviente, lo que significa que no sólo percibimos un cuerpo en movimiento sino que en él y simultáneamente con él percibimos algo vivo y no sólo percibimos algo vivo sino, además, algo vivo de un modo personal.

J. KLAGES

HAY DOS EXPLICACIONES opuestas sobre la forma en que cada uno de nosotros obtiene conocimiento acerca de otros seres humanos. Por razones de conveniencia se puede llamarlas teoría de la *inferencia* y teoría de la *intuición*. Cada una de las teorías tiene muchas variantes, pero la distinción entre ambas es fundamental y, además, decididamente familiar para los psicólogos, pues la primera es un correlato de la doctrina de la asociación y la segunda, de la doctrina de la configuración. La primera es en lo esencial un caso especial de la teoría del sentido como "contexto" y la segunda un caso especial de la teoría de la "comprensión" (*insight*).

LA INFERENCIA

Muchas veces se ha planteado este problema: "¿Cómo pueden los investigadores humanos comprender las mentes de los animales infrahumanos?" La respuesta más frecuente consiste en afirmar que esa comprensión proviene de la capacidad que tiene el hombre de razonar por analogía e inferencia. Cuando los animales se comportan como el observador se hubiera comportado bajo circunstancias análogas, éste se siente autorizado para adscribir a los animales procesos mentales y estados conscientes similares a los propios. El hecho de que los perros sean capaces de tener celos se comprueba por el parecido de su comportamiento con el de los seres humanos celosos, pero el hecho de que frecuentemente se muevan en

círculo antes de acostarse no tiene contraparte humana y, en consecuencia, este pequeño ritual es consignado a la *terra incognita* del instinto animal o del hábito ancestral. Se supone también que los otros seres humanos tienen con nosotros la misma relación analógica que los animales: si se comportan como nosotros nos hubiéramos comportado bajo similares circunstancias, los comprendemos; en caso contrario nos resultan ininteligibles.¹

El proceso de razonamiento por analogía o inferencia ha sido tratado con la mayor deferencia por la ciencia de la lógica, la epistemología y la psicología desde que Aristóteles enunció por primera vez las condiciones del silogismo. Partiendo de una experiencia indiscutida, sólo es necesario demostrar que un nuevo hecho es un caso de esta clase de experiencia para dejar establecido que ese hecho debe estar dotado de la misma significación. Si tenemos la experiencia de que todos los hombres son mortales y si Sócrates pertenece a la clase "hombre", entonces él también debe ser mortal. O, si según mi experiencia todos los hombres altos y delgados tienen temperamento esquizotímico, se sigue de esto que este nuevo conocido que es también alto y delgado posee el mismo temperamento.

Ahora bien, la verdad es que rara vez tenemos *conciencia* de razonar de ese modo silogístico. La descripción del proceso ofrecida por la *lógica* no es exactamente igual a la que ofrece la psicología. La teoría *psicológica* identifica la inferencia con el familiar proceso de la asociación. Un solo ejemplo bastará para demostrar esto. La mayoría de la gente tiene familiaridad subjetiva con las posturas y expresiones faciales que acompañan a un estado de desesperación. Por su experiencia personal ha asociado los sentimientos de desesperación con las diversas formas de expresión propias de esos sentimientos. Cuando una persona percibe las manifestaciones exteriores de la desesperación en otra persona, se despiertan en ella (quizá en forma inconsciente) sus propias experiencias de este estado y entonces el estado de ánimo del otro se le vuelve inteligible. Si el observador es tan joven o tiene un temperamento tan alegre que nunca ha experimentado desesperación, no podrá captar de ningún modo las manifestaciones de ese estado de ánimo en otro individuo. La fórmula esencial de la comprensión según este punto de vista es:

Núcleo sensitivo + asociación₁ + asociación₂ + asociación_n = comprensión. Algunos autores preocupados por el carácter meramente aditivo de esta fórmula, que no pasa de ser un mosaico, han introducido en la

¹ "Toda experiencia o proceso mental de otro organismo puede ser inferido en base a la estructura, situación, historia y conducta de ese organismo sólo cuando una experiencia o proceso mental semejante está o ha estado asociado en uno mismo a una estructura, situación, historia y conducta semejantes, y la probabilidad de la inferencia será proporcional al grado de semejanza." D. K. Adams: "The Inference of Mind", *Psychol. Rev.*, 1928, 35, 235-252.

ecuación un "sentimiento de relación" (James) o una *Gestaltqualität* (von Ehrenfels). Pero con estos agregados no se llega a modificar la teoría de la inferencia, pues en realidad el mosaico mismo subsiste.

Una variante de la teoría asociacionista es la doctrina de la reintegración² o, como a veces se la llama, de la *euforia*.³ Esta doctrina refiere el proceso al poder que tiene un índice sensible, aun cuando éste ocurra en un contexto nuevo y extraño, de restaurar el sentido original total que antes estuvo asociado a este índice. Una fugaz expresión facial, una leve contracción muscular o el empleo de ciertas palabras en la conversación, puede ser suficiente para reactivar todo un bagaje de experiencia anterior almacenada. Aunque el proceso no es enteramente consciente, se podría decir que es como si uno se dijera a sí mismo: "Aquí está el Sr. X usando ciertos vulgarismos. Los he oído en boca del Sr. A cuya personalidad conozco muy bien. El Sr. A es el siguiente tipo de persona: mal educado, tosco y desprovisto de sensibilidad, aunque cree que causa buena impresión a quienes lo escuchan por su empleo de lo que considera un lenguaje viril y sin afectaciones. Todos estos atributos he de atribuirlos a X, por lo menos hasta que haya pruebas en contrario que me obliguen a modificar mi inferencia."

La teoría asociacionista tiene también el apoyo de los behavioristas, quienes la adecuan a los conceptos de la doctrina del reflejo condicionado. Una hipotética historia personal ilustrará el asunto. De niño S. tuvo la experiencia de ser golpeado por un vecino en cuyo huerto había penetrado. El castigo provocó naturalmente una contracción general, que es el equivalente motor (y operacional) del "miedo". A la respuesta de miedo estaba asociado el aspecto físico del vengador de rostro malhumorado. Pasados muchos años, S encuentra un hombre cuyos rasgos físicos tienen la misma configuración (elementos estímulos "idénticos"). Debido a la intensidad del condicionamiento original, esta nueva cara tiene el poder de volver a excitar el miedo y la contracción original. Pero entretanto el niño se ha convertido en un hombre y la respuesta original ha sufrido una "modificación eferente". Ya adulto no grita ni se contrae de un modo infantil sino que responde con cambios viscerales ocultos, que son un sustituto de la original respuesta manifiesta de miedo; el "sentido" sigue siendo el mismo. Por un proceso de condicionamiento verbal cruzado, entran en acción hábitos laríngeos que unidos a las respuestas afectivas constituyen el juicio que da S. acerca de la personalidad del desconocido. Sin advertir cuál es la base de su juicio, S. declara: "Este hombre no me gusta", "es cruel" o

² H. L. Hollingworth: *The Psychology of Thought*, 1926.

³ R. Semon: *Mnemic Psychology*, trad. 1923.

"no es de confianza". En la figura 31 presentamos esta teoría en forma de diagrama.

Las virtudes de la teoría de la inferencia son evidentes; ella da razón admirablemente de muchas de las conclusiones a que llegamos en el capítulo precedente. Explica inmediatamente por qué las personas conocen mejor a quienes se les parecen, por qué una prolongada experiencia vital es esencial para hacer juicios correctos, por qué las personalidades de estructura sutil no son entendidas bien por observadores de personalidad simple y, por fin, explica los abismos infranqueables que existen entre los

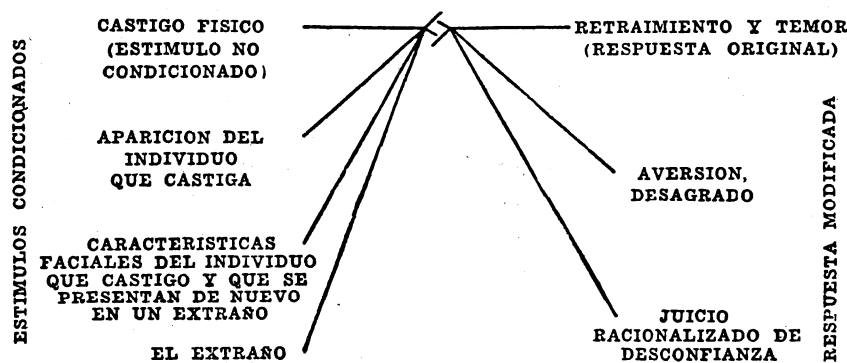


FIGURA 31

Un juicio por inferencia sobre una personalidad interpretado como respuesta condicionada.

dos sexos, entre diferentes razas y entre tipos de personas que tienen puntos de vista incompatibles, como, por ejemplo, entre los estetas y los atletas, entre fascistas e internacionalistas, filisteos y bohemios. Pero si bien la teoría de la inferencia explica el porqué de los requisitos de experiencia y semejanza, no logra explicar en forma adecuada el proceso de la comprensión, pues está afectada por los mismos defectos teóricos de que sufre la anticuada doctrina de la asociación.

CRÍTICAS A LA INFERENCIA

1. *La teoría de la inferencia recibe poca confirmación de los datos introspectivos.* Si el sentido es el "agregado de un contexto asociativo a un núcleo sensible", ¿por qué habríamos de tener tan poca conciencia de ese hecho? Si yo leo en la cara de otro que está sufriendo, ¿por qué soy incapaz de distinguir los componentes que deben estar presentes allí según la teoría de la inferencia: las líneas presentes en su cara + mis experiencias? La introspección sólo revela que su cara y su sufrimiento pertenecen ambos a un mismo sistema. Yo no percibo una cara allí a la cual le agrego

un sentido que está *aquí*; el proceso tiene exclusivamente referencia objetiva.

Conscientes de este dilema, los asociacionistas han postulado la existencia de "inferencias inconscientes" y de una "rápida abreviación de los reflejos condicionados" para explicar la carencia de confirmación introspectiva. Se ha dicho también que existe algún proceso mental selectivo que borra los recuerdos específicos, pero deja no obstante una huella asociativa que puede ser empleada en futuras inferencias. Puedo olvidar, por ejemplo, que en ciertas fechas de 1920, 1924 y 1930 he tenido experiencias definidas en las cuales la percepción de líneas faciales como las que muestra la persona que hoy tengo ante mí estuvieron asociadas con mi sufrimiento personal. Sólo subsiste el "efecto" de la asociación original, que constituye la base de la inferencia inconsciente que ahora estoy haciendo. Este olvido de las causas al que acompaña la subsistencia de los efectos explica, según Leuba, muchísimas experiencias consideradas de ordinario maravillosas intuiciones.⁴ Es sabido que en el curso de un psicoanálisis a veces parecen volver a hacerse presentes asociaciones olvidadas, que parecen explicar muy bien gustos y aversiones de otro modo inexplicables.

Cualquiera sea el papel que puedan desempeñar las inferencias inconscientes, sigue sin embargo en pie el hecho de que la introspección favorece decididamente la hipótesis de la percepción inmediata y objetiva y no la de la inferencia. Describiendo su encuentro con George Bernard Shaw, Helen Keller escribe: "Apreté la mano de Shaw, esa mano irradiaba egotismo". También Köhler ha señalado que cuando decimos que un hombre es *melancólico*, *indeciso* o *de gran corazón*, es claro que es *él* quien parece tener esas cualidades y no nosotros: las manifestaciones expresivas están indisolublemente ligadas a los rasgos de *su* personalidad y no a nuestra vida subjetiva.⁵ Incluso el pequeño experimento de mirar a un extraño en un subterráneo prueba que los juicios son demasiado inmediatos y demasiado objetivos para ser explicados por completo en base a la acción de tortuosas cadenas de experiencias, por más inconscientes y abreviadas que puedan ser.

2. *La comprensión parece ocurrir en ausencia de experiencias previas pertinentes.* El ataque al asociacionismo se vuelve más radical cuando se pone en cuestión su premisa fundamental: que es indispensable contar con experiencias pertinentes. Es casi imposible negar esta premisa si se la interpreta en forma amplia. En algún oscuro rincón de su mente, toda persona ha almacenado una vasta cantidad de vaga experiencia que, si se da a las leyes de asimilación y semejanza una formulación generosa, puede

⁴ H. J. Leuba: *The Forum*, mayo de 1928, 694-704.

⁵ W. Köhler: *Gestalt Psychology*, 1929, págs. 234-268.

ser pertinente de algún modo en casi todas las situaciones que se presenten. Pero habría que preguntar si tal experiencia no es demasiado remota y demasiado borsosa para concurrir con su ayuda a la percepción rápida y segura de pautas *nuevas* de personalidad. Parece difícil explicar en función de la experiencia pertinente por qué el empenachado caballero medieval que de un salto sube a su dama a su corcel y cruza al galope el puente levadizo, apartando desafiante con su lanza al burlado y furioso centinela, debe ser comprendido tan plenamente por el niño que nunca ha subido a caballo ni ha llevado lanza y cuyo conocimiento de las damas medievales y los centinelas burlados es decididamente limitado.

Aun en los casos en que disponemos de experiencias previas, la facilidad y seguridad de nuestros juicios no siempre es directamente proporcional a ellas. Una inferencia "fijada" y justificada por la experiencia en noventa y nueve casos, puede no ocurrírsenos para nada en el centésimo caso, debido a algún signo extraño que parece alterar toda la situación objetiva. Supóngase que un amigo nos dice que se siente bien, que no tiene preocupaciones y que es feliz, y supóngase que su comportamiento en virtualmente todas las circunstancias confirma esas declaraciones. Según las leyes de la asociación debemos aceptar sus declaraciones y hacer las inferencias correspondientes acerca de una vida bien adaptada. Pero sucede a veces que un incidente trivial, la ausencia de un tono de voz familiar o una desusada tirantez en la cara, puede desmentir lo que parecía evidente. Descartamos entonces lo que nuestro amigo nos dice y también la mayor parte de lo que vemos, junto con todos nuestros hábitos de inferencia; *descartamos todo eso frente a un dato pequeño y menos familiar*. Un amaneramiento único o desusado en la conversación o el comportamiento puede prevalecer sobre toda la experiencia común, que, según la ley del "ejercicio", debería predominar. Y no es un capricho mental lo que nos lleva a hacer el juicio heterodoxo. Algo que hay *en ese hombre*, por poco familiar que ese algo nos resulte, nos dice qué tipo de juicio debemos hacer. La fuerza con que se imponen tales datos parece anular todas las leyes de la asociación.

Uno de los argumentos más eficaces contra la teoría de la inferencia proviene de la observación de infantes. A la edad de un año o menos, los infantes muestran un tipo apropiado de respuesta a expresiones con las cuales no pueden haber tenido experiencia alguna imaginable. El niño que no ha sufrido ningún castigo ("causa biológicamente adecuada") puede responder en forma sorprendentemente pertinente ante una cara reprensiva o enfurruñada. Aun cuando éste es un campo en el cual las afirmaciones con frecuencia carecen de validez por ser resultado de observaciones prejuiciadas, no obstante esta afirmación se halla respaldada por exce-

lentes testimonios.⁶ Nadie que haya observado infantes atentamente dudará de que éstos tienen la capacidad de responder a emociones presentes en otras personas.

También después del período de la infancia la teoría de la inferencia encuentra dificultades. Durante muchos años el niño se inclina a ver su vida subjetiva como algo no más auténtico o personal que los innumerables objetos con que tiene trato; sean éstos de naturaleza animada o inanimada. Esta tendencia al animismo, que es una característica muy conocida de la mente infantil, crea una situación difícil para las teorías para las cuales la comprensión consiste en la reunión de un conjunto de experiencias subjetivas.

3. *La comprensión del comportamiento emocional no provoca sentimientos semejantes en el observador, tal como lo requeriría la teoría de la inferencia.* De acuerdo con la doctrina de la inferencia, el índice, el estímulo condicionado o el elemento idéntico (nombres todos estos que pueden aplicarse al estímulo reintegrador) deberían tender a restablecer la plena experiencia original a la cual estaba asociado. La percepción de una cara enojada debería suscitar un estado de enojo en nosotros, gestos de naturaleza sensual deberían despertar sentimientos de concupiscencia. Pero en vez de actuar del modo consecuentemente lógico que las teorías asociacionistas del sentido requerirían y provocar tales efectos, esas expresiones pueden no suscitar en nosotros ningún sentimiento o también sentimientos por entero contradictorios, como la diversión y el disgusto. Ninguna compleja elaboración teórica de los conflictos asociativos o del condicionamiento cruzado parece totalmente adecuada para explicar la ausencia casi universal en nuestra comprensión objetiva de otra persona de todo sentimiento de parecido con ella.⁷

Pesados todos estos factores, resulta obvio que la teoría de la inferencia no ofrece una explicación satisfactoria de los procesos mentales que involucra el entender a otras personas. Incluso algunos asociacionistas han advertido este hecho y han propuesto modificaciones destinadas a dar a la

⁶ Cf. W. Stern: *Psychology of Early Childhood*, trad. 1924, págs. 101-104, 133 y sig.; también S. M. Blanton: *Child Guidance*, 1927, pp. 26-30. Köhler (*Mentality of Apes*, trad. 1927) da muchos ejemplos de comprensión por parte de los monos de expresiones (p. ej. máscaras) con las cuales no podían haber tenido experiencia de ese tipo. Köhler sostiene que el "campo sensible" mismo, sin ayuda de la asociación, dicta la comprensión emocional espontánea que muestran los monos.

⁷ Este hecho presenta dificultades no sólo para la teoría de la inferencia en sus formas más simples, sino también para las teorías de la "imitación" y de la "inducción simpática de la emoción", que introducen un factor instintivo en el proceso de la inferencia. También estas teorías requieren que los sentimientos del observador sean análogos a los de la persona observada. Como esta exigencia está en contradicción con los hechos, se puede afirmar que ni un "instinto de simpatía" ni una teoría del "contagio emocional" podrán explicar nuestra comprensión de la personalidad ajena.

teoría la flexibilidad necesaria. Wundt, por ejemplo, llegó a la conclusión de que el conocimiento acerca de otra persona requiere, además de la inferencia, un proceso de re-consideración (*umdenken*) de la propia personalidad en función de la del otro. Sostuvo que este tipo de actividad mental es común entre los historiadores, los actores y entre otra gente cuya ocupación consiste en entender a las personas. Aunque Wundt consideraba que este proceso de "ponerse dentro del Ego ajeno" constituye uno de los principales problemas de la psicología, no llegó a ofrecer ningún análisis más concienzudo al respecto.⁸ Wundt nunca abandonó la teoría de la inferencia, pero advirtió los defectos que ésta tenía.

También se ha sugerido que si se emplearan más generosamente algunas leyes un poco postergadas de la asociación, las explicaciones en función de la inferencia ganarían en flexibilidad.⁹ La "ley de familiaridad", por ejemplo, sostiene que el mero conocimiento de un ítem, sin que importen sus asociaciones conectivas previas, puede *favorecer* la entrada del ítem en nuevos contextos y la adquisición por parte de éste de nuevos sentidos. El contacto con caras sonrientes, por ejemplo, no supone el establecimiento de vínculos fijos e inviolables de asociación, de tal modo que una sonrisa siempre deba significar afabilidad. La familiaridad con sonrisas nos capacita también para interpretarlas más fácilmente en nuevos contextos, donde su significado con seguridad tendrá que modificarse. La riqueza de experiencias vinculadas a un fenómeno, en lugar de engendrar un sentido estereotipado, le confiere a ese fenómeno versatilidad asociativa. La "ley de asimilación" es también una ley flexible, pues permite que las asociaciones ocurran sobre la base de semejanzas tenues y remotas. Según esta ley, virtualmente toda experiencia, por más remota que sea su relación con la percepción del momento, puede dotar a ésta de "sentido".

Por más remiendos que se le agreguen, la teoría de la inferencia nunca llega a parecer satisfactoria. Si en algún momento las asociaciones desempeñan algún papel, éste parece reducirse, al menos dentro del campo de la conciencia, a reforzar y a verificar un juicio que se hace de modo inmediato bajo los dictados de factores externos. Cualquiera sea la forma que tome la teoría de la inferencia, el misterio de la *objetividad* del juicio subsiste.

LA EMPATÍA

La adopción imitativa de las posturas y las expresiones faciales de otras personas desempeña en la vida cotidiana un papel más importante de lo que por lo común se advierte. La figura 32 ofrece una ilustración

⁸ W. Wundt: *Logik*, III, 1895, cap. II, secc. 5.

⁹ E. S. Robinson: *Association Theory Today*, 1922, esp. págs. 117-119, págs. 81-93.

de este hecho.* La cámara ha registrado las tensiones y movimientos de los espectadores de un concurso atlético. Si no fuera que se cuenta con esta prueba gráfica, resultaría difícil creer que muchos espectadores levantaron sus piernas en algunos casos hasta una altura de dos pies por encima del suelo o que mostraron intensa tensión en sus caras y en sus brazos.

Algunos autores han sostenido que nuestra comprensión de las otras personas deriva de nuestra capacidad de imitar, por lo común en forma imperceptible, el comportamiento de la persona que queremos entender.¹⁰ Con su teoría de la *empatía*, Teodoro Lipps encuadró esta imitación motora dentro de un contexto sistemático. Según Lipps, la empatía es la explicación más satisfactoria de nuestro conocimiento de los otros.¹¹

Han dicho a menudo los partidarios de esta teoría que la comprensión de la personalidad es un proceso análogo a la comprensión de una obra de arte. La contemplación de una obra de arte involucra innumerables movimientos leves de las cejas, los ojos, el tronco y los miembros, como también cambios internos que escapan a la observación. Los movimientos empáticos graciosos, ininterrumpidos, pero no demasiado simples serían los que dan lugar a los juicios de agradabilidad y belleza. Los movimientos espasmódicos, asimétricos o demasiado simples, en cambio, hacen que el objeto parezca desagradable o feo. Cuando alguien dice que la aguja gótica *sube* hacia el cielo, o que el arco de la nave se caracteriza por su *exaltación* o que una caída de agua *brinca* o que una nube de tormenta es *opresiva*, en realidad está describiendo sus respuestas kinestésicas. Análogamente, en muchos juicios acerca de personas resultan visibles los elementos empáticos, como por ejemplo cuando se dice "su placidez tiene un efecto calmante", "sus movimientos vigorizan con sólo mirarlos", "su gracia es irresistible" o "su depresión me abrumó".

Obsérvense las expresiones faciales de un auditorio que ha establecido una relación simpática con el orador. Es probable que sus integrantes muestren tensiones, sonrisas y cambios análogos a los de la persona que les dirige la palabra. Sucede a menudo que los actores y los imitadores son jueces ex-

* La figura 32 es reproducida por cortesía de *The Dartmouth Alumni Magazine*.

¹⁰ Kempf escribe: "Cuando no podemos imitar la conducta de un individuo nos sentimos perdidos si queremos comprenderlo." *The Autonomic Functions and the Personality*, 1921, p. 124.

¹¹ "Hay tres esferas de conocimiento. Tengo conocimientos acerca de las cosas, acerca de mí mismo y acerca de los demás. El primer tipo de conocimiento tiene su fuente en la percepción sensible. El segundo en la percepción interior, esto es, en la visión retrospectiva del yo con todas sus cualidades, sentimientos y relaciones con sus contenidos y con los objetos. La fuente del tercer tipo de conocimiento es la empatía (*Einfühlung*)." *Leitfaden der Psychologie*, 1903, p. 187. Una exposición más completa de la teoría de Lipps está contenida en su artículo "Das Wesen von Fremden Ichen", *Psychol. Untersuchungen*, 1907, I, 694-722.



FIGURA 32
Empatia

cepcionalmente buenos de la personalidad ajena. Empleando el método experimental, un investigador encontró que muchos jueces interpretan más exactamente las expresiones faciales cuando imitan en forma activa esas expresiones que cuando las perciben pasivamente.¹² Los grafólogos, frente a formas nuevas y extrañas de escritura, a veces trazan esos rasgos con una pluma seca para obtener una kinestesia que los haga capaces de reconstruir en su propia persona, por lo menos en cierto grado, los impulsos afectivos y motores del autor de esas letras.

En la forma simple en que aquí ha sido expuesta, la doctrina de la empatía es meramente un caso especial de la teoría de la inferencia: cuando índices kinestésicos asociados originariamente a experiencias subjetivas reaparecen en una respuesta imitativa, vuelven a provocar la misma experiencia original. La empatía se convierte en una simple "inferencia kinestésica".¹³

Pero Lipps tiene una concepción más compleja de la naturaleza de la empatía. Para él, si bien es un *inneres Mitmachen*, es también algo inseparable del objeto exterior. Aun cuando el sentido empático depende de nuestras experiencias pasadas, tiene exclusivamente referencia objetiva. Dado que en ningún momento se admite que la actividad esté localizada en el cuerpo del observador, no hay que considerar que se trata de un mero proceso imitativo. No hay una dualidad entre la tensión, el orgullo, la pena o la jovialidad que siento empáticamente y la personalidad del individuo que estoy tratando de entender. "Un objeto unitario exige una percepción unitaria".¹⁴ La unidad no es una síntesis de asociaciones sino algo exigido por la unidad del objeto mismo. Lipps no explica por qué nos damos cuenta de que la vida consciente que hemos captado por empatía es la vida consciente de *otro* yo. Esta objetividad es simplemente un atributo "dado", inherente a la empatía, y que la distingue del proceso ordinario de la inferencia.¹⁵

¹² F. H. Allport: *Social Psychology*, 124, p. 22.

¹³ Freud hace la interesante sugestión de que la empatía sólo desempeña un papel en la comprensión de lo que es esencialmente *extraño* al propio yo. A las personas que no tienen ninguna significación emocional particular nosotros las comprendemos por empatía, pero a las que son especialmente semejantes a nosotros o de algún modo tienen valor emocional las comprendemos por un proceso que es más apropiado llamar *identificación*. La empatía es un intento intelectualista de comprender por imitación e inferencia las actividades que no son inmediatamente inteligibles; la identificación es emocional e inconsciente y no requiere una imitación específica. *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, trad. 1921, p. 66. [Título del original en alemán.] Hay trad. cast.

¹⁴ *Leitfaden der Psychologie*, págs. 188 y sig. La idea de que la unidad de la apercepción es exigida por la unidad del objeto mismo aparece desarrollada más extensamente en *Einheiten und Relationen*, 1902.

¹⁵ La teoría de la imitación de Baldwin y la teoría de la asunción del papel de Mead acentúan asimismo el sutil papel desempeñado por la imitación muscular en

Una limitación visible de la doctrina es que una cualidad intensa en mí mismo me impediría asumir una expresión opuesta. Si estoy apenado no puedo empatizar con el júbilo de mi amigo. Sin embargo, puedo comprenderlo muy bien. Para responder a esta objeción Lipps postula algo oscuramente una empatía "negativa" que tiene lugar, por decirlo así, contra la resistencia del sujeto, pero de la cual resulta una comprensión verdadera, aun si la acompaña un sentimiento de conflicto y desagrado.

Otras objeciones a la teoría de la empatía parecen aún más difíciles de refutar. Por ejemplo, se deduce de la teoría que los ciegos, que son menos capaces de empatizar, deben ser jueces de inferior valor y que los paráliticos deben perder hasta cierto grado su capacidad de juzgar a las otras personas. Ninguna de estas dos consecuencias parece tener nada de cierto.

Pese al deseo de Lipps de sacar a la empatía del simple reino de la inferencia, se lo ha criticado sosteniendo que no logró su propósito. Según los fenomenólogos, que son sus críticos filosóficos, la empatía sólo puede ser una explicación aceptable de nuestro conocimiento de otras personas si se la considera como un "acto teórico" puro, que no involucra ni imitación motora ni ningún otro estado subjetivo, sino que sólo presupone la completa objetivación del *fremdes Ich*. No basta con admitir que el conocimiento empático alcanza la unidad por la soldadura de lo objetivo y lo subjetivo; hay que afirmar que el conocimiento de los otros tiene una completa prioridad sobre el autoconocimiento y por lo tanto sobre toda posibilidad de inferencia. La conciencia original es la del tú y esta conciencia siempre tiene prioridad sobre la magra contribución de la empatía motora.¹⁶

Desde el punto de vista de la teoría de la inferencia, Lipps es culpable de agregar un elemento intuitivo en la percepción de la *fremde Seele*; desde el punto de vista del intuicionismo filosófico, la teoría de la empatía permanece demasiado cerca de la psicología de la asociación. En verdad, esta doctrina está a mitad de camino entre las dos que la critican. La teoría de la empatía es una combinación peculiar y en realidad representa a la vez una teoría de la inferencia y una teoría de la intuición. La decisión en uno u otro sentido dependerá del distinto matiz que adopte en manos de los diferentes autores.

nuestra comprensión de los otros. Para hacer frente al dilema de la objetivación del juicio por inferencia, Baldwin postula un mecanismo separado de "expulsión". Mead, por el contrario, está de acuerdo con Lipps en que el acto empático *presupone* la conciencia del otro yo y que este otro yo, como dado, llega a ser intencionalmente el objeto de conocimiento.

¹⁶ Cf. E. Stein: *Zum Problem der Einfühlung*, 1917.

LA INTUICIÓN

En la mente del lector medio de psicología el concepto de "intuición" está rodeado de connotaciones de misterio y oscurantismo que hacen que se lo mire con desconfianza. Es, sin embargo, el único concepto precisamente contrario a "inferencia" y que puede aplicarse a una amplia variedad de teorías afines, todas las cuales sostienen que el conocimiento es, de un modo u otro, inmediato y directo. El término *insight* (comprensión) es un equivalente bastante adecuado, pero como en este volumen ha sido reservado para el autoconocimiento, resulta necesario emplear la palabra *intuición* pese a sus connotaciones. Aunque hay diversas variedades de intuicionismo, todas ellas concuerdan en que el conocimiento de los otros no se deriva únicamente de la inferencia y la analogía.

1. *Percepción directa.* Una de las más simples de las teorías intuicionistas, que por lo general no es incluida en el grupo, es la que coloca a la personalidad en la misma categoría que todos los objetos claramente definidos en el espacio sensible. Según este modo de ver, la colaboración de la experiencia es menor de lo que afirma la teoría de la inferencia y el papel de la presentación original del otro yo es mucho más importante de lo que admite esa teoría. La percepción, por más compleja que sea, resulta siempre bien estructurada por acción de las imposiciones del campo exterior. Con una persona ocurre lo mismo que con un dibujo geométrico: por lo común es imposible ver el dibujo más que de *un* modo determinado. Si de algún modo la experiencia previa desempeña algún papel, es la configuración sensible la que decide cuál debe ser ese papel. La experiencia misma no es lo bastante poderosa como para imponerse en forma espontánea a las ordenaciones que originariamente se presentan a los sentidos. El papel de la inferencia, cuando se la emplea, consiste meramente en confirmar o verificar el juicio que, por su parte, es inmediato. Koffka es un exponente de esta concepción¹⁷, Köhler es otro:

"Creo que fue Nietzsche quien ocasionalmente dijo que de algún modo el 'tú' es anterior al 'yo'. Esto parece aplicarse sobre todo a nuestro conocimiento del 'carácter' y la 'personalidad', dado que es extremadamente difícil lograr un cuadro definido de nuestro carácter en base a nuestras experiencias subjetivas, mientras que los rasgos principales del carácter de las otras personas pueden a veces resultar sorprendentemente visibles en la actitud de éstas.

¹⁷ K. Koffka: *Principles of Gestalt Psychology*, 1935, en especial págs. 655-661. Koffka habla de "características fisiognómicas" externas del comportamiento de los otros que tienen un carácter de exigencia para nuestra percepción. No podemos dejar de advertir su estructura objetiva. La emoción o el estado de ánimo que percibimos está desprovista de nuestra "base en el Ego" y no es entonces una verdadera emoción sino una emoción percibida (p. 407). El yo no está involucrado en ella. Así es como conocemos a los otros sin sentir lo que los otros sienten.

No creo que el lenguaje de los otros sea nuestro índice principal o más digno de fe, en el sentido de que su contenido pudiera tomarse como una descripción de la experiencia de cada persona. [Esto es, las inferencias a partir de índices verbales no son una guía primaria para la comprensión.] Las personas no hablan sinceramente sobre sus experiencias subjetivas y nosotros les adscribimos pomposidad o modestia, una disposición amistosa o fría, sin que ellas nos digan una palabra acerca de estos rasgos. En un país extranjero apreciamos en gran medida si los otros son provocativos, o 'benévolo', aunque nos resulta absolutamente imposible entender su lenguaje. En los casos en que entendemos su lenguaje, su manera de hablar es para nosotros un índice mejor y confiamos más en esa característica que en el contenido de su conversación. También un cierto tipo de silencio en algunas ocasiones puede decirnos acerca de los otros más de lo que en la misma situación podría revelarnos cualquier cantidad de palabras".¹⁸

Köhler señala también nuestra capacidad para percibir en forma inmediata en los que nos rodean estados tales como la vacilación y la falta de determinación interna, la perturbación, la creciente excitación emocional, actitudes de rechazo y apartamiento y cambios súbitos de humor. Estas actividades observables en forma directa corresponden a tendencias dinámicas que no están actuando dentro de nosotros mismos sino dentro de la persona que estamos observando.

Hay en esta doctrina guesáltica de la comprensión cierto supuesto, de ordinario no explícito, que la sitúa decididamente entre las teorías intuitivistas. El supuesto es simplemente que el sentido mismo está presente de algún modo en el mundo exterior. La *indecisión*, la *suavidad*, la *melancolía*, para usar la ilustración del propio Köhler, residen en el objeto percibido. Esta teoría constituye claramente una concepción *biofísica* de la personalidad, porque considera que la personalidad es por completo independiente del observador. Lo que hace el observador es tratar de obtener una comprensión de las cualidades de otra persona tal como éstas son en sí mismas.¹⁹ El observador no crea el sentido, lo *recibe*.

Este punto de vista no pretende negar toda contribución de la analogía y la inferencia al proceso de la comprensión. Las ilustraciones de Köhler provienen en gran parte de los estados de ánimo y estados emocio-

¹⁸ W. Köhler: *Gestalt Psychology*, Liveright Publishing Corp., 1929, págs. 234 y sigs.

¹⁹ Según la teoría de la forma, el sentido se presenta objetivamente no sólo en el caso de la personalidad sino también en todas las otras esferas de la percepción. La música puede ofrecer un buen ejemplo. En cierto experimento, C. C. Pratt pidió a un gran número de jueces que oyeran cuatro composiciones, típica cada una de un compositor distinto. Pocos entre los jueces reconocieron las composiciones o los compositores, pero más del 90 % eligió el adjetivo *majestuoso* como el que mejor caracterizaba la composición de Brahms, el adjetivo *vivaz* para Mendelssohn, *anhelante* para Mozart y *vigoroso* para Chaicovsky. Para Pratt, tal unanimidad debe surgir del "carácter intrínseco de la composición y no de la asociación extrínseca y variable." *J. Phil.*, 1934, 31, 38-45.

nales transitorios y no del campo de los rasgos permanentes y profundos. En la mayor parte de los casos Köhler parece hablar de la percepción de un *estado de ánimo* más que de la percepción de la *personalidad*. La percepción directa nunca revela la relación entre las causas *distantes* y los efectos *presentes*, mientras que para entender a una persona resulta necesario conocer precisamente estas relaciones. La comprensión requiere contacto con las personas, un amplio bagaje de experiencia, el uso de análisis causales y estructurales, todo lo cual involucra evidentemente una amplia gama de actividad asociativa. En resumen, los datos provenientes del proceso de la inferencia son tan necesarios como los que tienen su origen en el "campo sensible".

2. *Conocimiento innato e identidad*. Un tipo diferente de intuicionismo es el platónico, según el cual la comprensión requiere una actividad que consiste en la cooperación entre las impresiones externas y las ideas innatas. Hay en la mente conceptos *a priori* —arquetipos, podríamos decir— de las cualidades que poseen los seres humanos; esos conceptos son excitados por la actividad de los sentidos y a su vez le confieren inteligibilidad a ésta. La comprensión se produce cuando "la luz interior se encuentra con la luz exterior."

Una variante de la teoría platónica es la hegeliana. Para Hegel, la comprensión es posible debido a la esencial universalidad de la mente. Cada persona no es sino una encarnación individual de una vida mental común y en consecuencia debe participar de la estructura esencial y los atributos de las mentes de todos los mortales. La comprensión mutua está basada en última instancia sobre el hecho de que todos los hombres poseen una mente común. *Es ist der Geist selber, der in seinen Individuationen sich selbst versteht*.

No tienen gran diferencia con esta doctrina las teorías de *lo inconsciente racial* (C. G. Jung) y del *yo subliminal* (F. W. H. Myers). Ambas tienen en común la creencia de que ciertas partes de la mente de cada individuo son coextensivas con las mentes de los otros. Una herencia común, una civilización común o una humanidad común (según la variante de que se trate) capacitan a todos los que participan de ella para comprenderse mutuamente y por simpatía.

Las teorías de este tipo están fuera de moda entre los psicólogos, pues, al partir de ideas innatas y de la existencia de una mente supra-individual, niegan los principios básicos del empirismo. En verdad estas teorías son sólo las variedades más extremas del intuicionismo, aunque a veces se cree erróneamente que son sus únicos representantes.

3. *Conocimiento inmediato*. Según Bergson, la intuición es la actitud simpática hacia la realidad exterior a nosotros que nos hace sentir que nos

introducimos en esa realidad, que nos unificamos con ella y que la vivimos.²⁰ La intuición es lo opuesto a la actitud artificial del científico, que trata los hechos y las cosas como algo por entero exterior a él, como entidades externas que deben ser analizadas, disecadas y comparadas hasta que se logre obtener de ellos leyes y generalizaciones de índole puramente conceptual. El conocimiento resultante de esta operación del *intelecto* (que es lo opuesto a la *intuición*) es indirecto y a semejanza del registro cinematográfico está compuesto por una sucesión de estados fijos. La combinación y re-combinación de estos estados da lugar al conocimiento asociativo o por inferencia, extraño a la comprensión intuitiva normal, que es más inmediata y mucho más vital.

La teoría de Lossky es similar.²¹ Este autor considera que la intuición es la capacidad de conocer un objeto en la forma original propia de éste. La conciencia es capaz de tomar posesión inmediata de cualquier configuración que se presente a los sentidos. En cambio, los sentidos por sí mismos son incapaces de alcanzar la unidad de la percepción. Me es posible ver el color de una naranja, o sentir su forma, u olerla, o gustarla, pero es imposible ver, sentir, tocar o gustar su *unidad*. La unidad no es una suma de estos aspectos sensibles. Es algo original que está en el objeto y de lo cual tomamos posesión en forma directa con la conciencia. Análogamente, para comprender una personalidad es necesario primeramente, finalmente y constantemente captar su unidad subyacente, no por el análisis sino por la intuición.

La razón por la cual es difícil explicar la forma en que actúa la intuición o comunicar sus revelaciones, reside en que el análisis verbal es él mismo una herramienta del razonamiento por inferencia y un producto de la asociación. La intuición no puede ser explicada: simplemente existe. Si se intenta explicarla, se llega siempre a la falaz conclusión de que sólo es una forma sutil de la inferencia. Según Bergson, la obra del artista es prueba suficiente de que existe la intuición, pues demuestra que la comprensión propia del artista involucra una especie de coincidencia entre éste y el objeto de su atención. El método intuitivo del artista, a diferencia del método del científico, no conduce a explicaciones razonadas, a una *cognitio circa rem*, sino más directamente a una comprensión del fenómeno mismo, a una *cognitio rei*.

4. *La percepción de la individualidad.* La teoría de la intuición de Croce, al igual que la de Bergson y la de Lossky, también considera que

²⁰ H. Bergson: *An Introduction to Metaphysics*, trad. 1912. [Título del original: *Introduction à la Métaphysique*, contenido en el volumen *La pensée et le Mouvant*. Hay trad. cast.: *Introducción a la metafísica*, Leviatán, Buenos Aires, 1957.]

²¹ N. Lossky: *Rev. Phil.*, 1928, 53, 50-87.

la intuición es el método mediante el cual se obtiene una comprensión de la pertinencia sistémica de un objeto o un suceso. Croce pone también el acento sobre la intuición como percepción de la *particularidad*. La ciencia, dice, se ocupa sólo de conceptos. Estos, por ser generalizaciones, son hostiles a la comprensión de la peculiar armonía que posee el objeto singular. Los conceptos se forman mediante imágenes y asociaciones, y de las imágenes y las asociaciones nunca resulta una unidad. "El dilema es inexorable: o nos quedamos con el asociacionismo y renunciamos a la unidad o nos quedamos con la unidad y renunciamos al asociacionismo. No hay ningún tercer camino que permita superar esta dificultad".²² Como Bergson, Croce considera el arte como la forma más pura de intuición, pues trata siempre con la individualidad que nunca se repite. Dado que una persona, al igual que una obra de arte, es un suceso individual y nunca un hecho repetido, también ella debe ser comprendida con la ayuda de la intuición y no por medio de la ciencia.

Pero para Croce la intuición no es una apreciación meramente pasiva de la individualidad: debe ser en sí misma una forma de expresión. "En realidad, no conocemos sino intuiciones expresadas; un pensamiento no es para nosotros un pensamiento a menos que podamos formularlo en palabras." Croce no está de acuerdo con los que consideran que las intuiciones son inefables. La expresión verbal, pictórica o mimética es el criterio de la verdadera intuición. Un juez satisfactorio de la personalidad debe ser capaz de algún modo de reaccionar en forma adecuada e inteligible ante la individualidad que percibe. Debe tener naturaleza de artista, aunque no es necesario que posea talento artístico; debe ser un artista y, efectivamente, los experimentos prueban que a menudo lo es.²³

5. *Verstehen* (comprensión). Las formas de intuicionismo expuestas hasta este momento son teorías generales del conocimiento; no se refieren en forma exclusiva a la comprensión de la personalidad ajena. Existe una vigorosa e influyente escuela que se ha ocupado más directamente del problema de *cómo un individuo comprende la personalidad de otro*. Esta escuela, conocida en general como *Verstehende psychologie* tiene su centro principal en Alemania y su voluminosa literatura está escrita casi en su totalidad en el idioma de ese país. Es peculiarmente difícil reproducir en inglés las teorías de esta escuela. Para ilustrar ese dilema, basta con enumerar algunos de los equivalentes y variantes alemanes del tosco y casi solitario verbo inglés *to intuit* (intuir). Cada uno de los términos que citamos

²² B. Croce: *Aesthetic*, trad. 1909, p. 171. [Título del original: *Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generale*. Hay trad. cast.]

²³ En el experimento de Estes (pág. 519), en el cual había que juzgar la personalidad de un grupo de sujetos en base a registros cinematográficos, los juicios hechos por psicólogos fueron mucho *menos* válidos que los provenientes de artistas.

a continuación ha sido empleado por uno o más escritores alemanes adjudicándole una connotación sistemática que lo distingue de todos los demás:

<i>ahnen</i>	<i>sich hinein fühlen</i>
<i>deuten</i>	<i>sich hinein versetzen</i>
<i>einleben</i>	<i>sinn deuten</i>
<i>eins fühlen</i>	<i>umdenken</i>
<i>intuitives erfassen</i>	<i>verständlich machen</i>
<i>intuitives umfassen</i>	<i>verstehen</i>
<i>kapieren</i>	<i>wesens erfassen</i>
<i>nach fühlen</i>	<i>wesens fühlen</i>
<i>sich hinein denken</i>	<i>wesens verstehen</i>

En ausencia de equivalentes verbales exactos, la tarea de poner de manifiesto esos matices sutiles de pensamiento es demasiado poco rendidora. Pero el punto de vista general de esta escuela es de tal importancia que debe ser expuesto, aunque más no sea bajo la forma de un imperfecto bosquejo.²⁴

LA PSICOLOGÍA DEL "VERSTEHEN"

La doctrina del *Verstehen* (la comprensión) es la concepción central de la escuela psicológica establecida alrededor del fin del siglo XIX por el filósofo Dilthey. Devoto estudioso de la biografía, Dilthey sostuvo la convicción de que cada individuo es único e inefable. Ciertas secuencias de la vida de un hombre pueden ser *explicadas* en términos de ciencia natural, pero su vida como totalidad sólo puede ser *comprendida* por el método de la ciencia del espíritu. El método de las ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*) debe trascender los procedimientos analíticos de la psicología tradicional. El modelo de las ciencias naturales está fuera de lugar en el estudio de la individualidad, porque del análisis experimental, fisiológico y genético resulta, en el mejor de los casos, la construcción de leyes uniformes y la uniformidad es la precisa antítesis de la individuali-

²⁴ Discusiones en inglés sobre la *Verstehendepsychologie* se encuentran en A. A. Roback: *Psychology of Character*, 1927, caps. XVIII, XXIV; A. Wenzle: *Monist*, 1928, 38, 120-157; D. Klein: *Psychol. Rev.*, 1932, 39, 552-569; E. Stern: *Psyche*, 1923, 3, 358-366; H. Klüver: Apéndice a la *Historical Introduction to Modern Psychology* de G. Murphy, 1929; G. W. Allport: *J. Abnorm. & Soc. Psychol.*, 1924, 19, 132-141; 1929, 24, 14-27.

Todas estas discusiones sufren de una carencia de terminología adecuada. El verbo inglés "to understand" (comprender) carece de forma adjetiva; el sustantivo "intuition" (intuición) tiene la inadecuada e impopular forma verbal "to intuit" e incluso "intuition" mismo es un término insatisfactorio y del que se ha abusado mucho. Roback propone la nueva palabra *perilepsis* como nombre común para todas las teorías que se ocupan de la captación de la personalidad como totalidad compleja y con sentido.

dad. Dilthey opone que una psicología descriptiva eleve al individuo al puesto central del interés psicológico.²⁵

El pensamiento de Dilthey ha sido desarrollado por su discípulo Eduard Spranger. Manteniendo la misma cortante distinción entre psicología *explicativa* y psicología *descriptiva*, Spranger también está en favor de esta última, que "no retrocede en busca de los elementos últimos diferenciables, sino que permanece en un nivel más elevado de concepción y aprehende procesos internos como totalidades inteligibles que pertenecen a una situación mental total y toman de ésta su significación".²⁶

Sólo comprendo a otra persona cuando su vida y sus acciones están ligadas íntimamente y en forma inteligible. De la observación de fragmentos de comportamiento, seguida de un razonamiento por analogía (que en realidad significa unir estos fragmentos a las vidas de otras personas), nunca resultará una comprensión de la individualidad. El *Verstehen* es el único proceso mental guiado por una conciencia de la estructura. Spranger lo define como la actividad mental que "capta los sucesos como cargados de sentido en relación a una totalidad".²⁷

Ahora bien, es imposible aprehender sucesos en "relación a una totalidad" a menos que exista en la personalidad algún foco que sirva de punto de fijación para la atención del observador. ¿Qué debe buscar primero el observador y a qué debe referir cada observación? Este punto de fijación se logra descubriendo la dirección hacia la cual tiende el esfuerzo del individuo, esto es, captando su constelación de valores personales (cf. págs. 243-249). Dilthey ha propuesto tres formas de *Weltanschauung*, que sirven como base para la unidad de las personalidades de los grandes filósofos. Existe en primer lugar la visión materialista o naturalista (representada por Demócrito, Hobbes y Hume), en segundo lugar, el idealismo trascendental (representado por Platón, Kant, Fichte) y finalmente el idealismo objetivo (Goethe, Schopenhauer, Hegel). Estas *Lebensverfassungen* típicas penetran no sólo los escritos de estos filósofos sino también sus vidas personales. La filosofía de la vida de un hombre se refleja en su lenguaje, en su conducta, en sus amaneramientos: "es una con su carácter". *No bien se conoce la filosofía de la vida de un individuo, se comprenden sus actividades personales, que por sí solas carecen de sentido.*

²⁵ Los escritos de Dilthey más pertinentes para estos temas son *Ideen über eine beschreibende und zergliedernde Psychologie* (1894) y *Beiträge zur Studium der Individualität* (1895) en: *Gesammelte Schriften*, vol. V. [Hay trad. cast. de ambas obras, la primera: *Ideas acerca de una psicología*.]

²⁶ E. Spranger: *Lebensformen*, 1922, p. 11.

²⁷ E. Spranger: *Proceed. Eighth Internat. Congress of Psychol.* (Groningen), 1927, p. 148.

Spranger, no satisfecho con la clasificación en tres tipos propuesta por Dilthey, desarrolló con el carácter de "esquemas de comprensibilidad" sus famosos seis "tipos ideales" descriptos en las págs. 246-8. Estos tipos deben ser vistos como meras guías teóricas para la comprensión de las personas, pues ningún individuo es una representación pura de un tipo. En última instancia cada individuo es único; sin embargo, la comprensión de las formas ideales que pueden tomar los valores humanos será de gran ayuda para entender los casos "mixtos" concretos.

En consecuencia, la unidad de la vida de un hombre no se comprende mediante la referencia a sus procesos nerviosos o al curso temporal de su vida, sino más bien por la aproximación de ese hombre a una escala ideal de valores supraindividuales (el valor teórico, el económico, el estético, el social, el político y el religioso). Se ve a cada individuo como entregado al esfuerzo por adecuarse al *Geist* objetivo que engloba en sí estos valores. Por eso, para entender a una persona es necesario primero comprender el "espíritu de los tiempos" y el "espíritu de la cultura" en los que vive.

Este paso final, basado en la metafísica hegeliana, es quizá la razón de que se hayan producido tantas interpretaciones distintas del proceso del *Verstehen*, en particular entre los psicólogos a quienes les resulta desagradable la admisión de una mente supraindividual. Todas estas diversas interpretaciones concuerdan con Dilthey y Spranger en que el conocimiento inductivo y por inferencia no es el único tipo de conocimiento que actúa en el proceso de comprensión de la personalidad, pero la mayoría de ellas tratan de suavizar algo la oposición, en Dilthey y Spranger irreconciliable, entre la psicología concebida como una ciencia *descriptiva* y la psicología concebida como una ciencia *analítica*.²⁸

²⁸ Entre las discusiones más importantes del problema pueden mencionarse los siguientes trabajos:

G. Kafka: *Arch. f. de ges. Psychol.*, 1928, 65, 7-40. (Considera que el *Verstehen* es el problema central de la metodología psicológica.)

R. Müller-Freienfels: *Zsch. f. ang. Psychol.*, 1928, 31, 410-470. (Muestra que el *Verstehen* toma muchas formas según la naturaleza del interés y de los propósitos del investigador.)

W. Peters: *Zsch. f. Psychol.*, 1929, 112, 379-444. (Considera que las partes válidas de la teoría ya han sido reconocidas en la práctica y la teoría de la psicología dinámica.)

G. Heymans: *Zsch. f. Psychol.*, 1927, 102, 6-34. (Considera que el *Verstehen* es en última instancia una estructuración subjetiva de contenido asociativo.)

S. Bernfeld: *Zsch. f. ang. Psychol.*, 1932, 42, 448-497. (Discute el equivalente psicoanalítico del *Verstehen*, la *Deutung*.)

Hay varios volúmenes que ofrecen una amplia consideración del problema, entre ellos, T. Erismann: *Die Eigenart des Geistigen*, 1928; K. Jaspers: *Psychologie der Weltanschauung*, 1919; G. Roffenstein: *Das Problem des psychologischen Verstehens*, 1926.

Podríamos citar un ejemplo de concepción conciliatoria. Ewald cree que siempre que los psicólogos se ocupan de problemas de la vida práctica emplean inevitablemente el *Verstehen*.²⁹ Pero este método no está libre de mezclas con la empatía y la inferencia. En realidad, sólo por medio de la actividad *asociativa* es posible verificar la comprensión. De la intuición no controlada sólo resulta la convicción dogmática, a la que acompañan los errores comunes provenientes del prejuicio y la proyección. El psicólogo debe emplear la inferencia para elevar sus juicios por encima del nivel del sentido común.

Tampoco está dispuesto Ewald a seguir a Spranger en el rechazo completo de los "elementos". Aun cuando la personalidad tiene una estructura única, no por eso deja de constar de ciertos elementos: impulsos, sentimientos, rasgos y hábitos. La comprensión completa de un individuo requiere un estudio de su constitución bajo la guía de un análisis fisiológico y genético, pero también exige, sin duda, que se aprecie la significación y el sentido de su conducta mediante el proceso del *Verstehen*. La intuición es un camino auténtico e indispensable del conocimiento, pero no es ni debe ser un proceso separado y opuesto a la actividad mental crítica e ilativa.³⁰

CRÍTICAS A LA INTUICIÓN

Los naturalistas testarudos siguen sin convencerse, a pesar de todas las argumentaciones. Störing dice que las teorías de la intuición son todas confusas y oscuras, meras transformaciones verbales de la psicología del sentido común; que la psicología del *Verstehen* es nada más ni nada menos que la glorificación del fracaso del observador, incapaz de reconocer la relación asociativa entre los datos sensibles y la inferencia subjetiva.³¹ Esencialmente el mismo punto de vista expresa Leuba: "La fórmula para obtener una 'intuición' de este tipo es simple: ¡No recuerde cómo llegó usted a obtener cierto conocimiento; olvide! De este modo la torta parecerá haber sido preparada sin ingredientes".³² Semejantes refutaciones no son en verdad sino nuevas enunciaciones de la teoría de la inferencia y no responden específicamente a los cargos hechos contra esa doctrina.

²⁹ C. Ewald: *Zsch. f. Psychol.*, 1927, 103, 228-241.

³⁰ La solución que da a este problema W. Stern es similar: "Es erróneo poner la psicología *verstehende* como una disciplina independiente en oposición con la psicología como ciencia natural. Sólo hay una psicología unitaria, que trata de conocer sus objetos en su naturaleza elemental y en términos de leyes conceptuales bajo las cuales puedan ser subsumidos, y también en su totalidad como estructuras concretas de valor dotadas de significación única." *Weltphilosophie*, 1924, p. 380.

³¹ G. Störing: *Arch. f. d. ges. Psychol.*, 1927, 58; 1928, 62.

³² J. H. Leuba: *op. cit.*, p. 696.

Bechterev, en cambio, a pesar de ser un asociacionista intransigente, está dispuesto a admitir las consecuencias de su posición.³³ Concede entonces que el conocimiento por inferencia debe ser siempre indirecto e inexacto. Dado que las palabras y los gestos nunca *traen* hasta mí el sentido de otra personalidad sino que sólo *despiertan* en mí mis propias ideas acerca de la significación de esos hechos, basadas en mi experiencia anterior, es probable que la interpretación resultante que yo dé sea errónea en muchos aspectos, y seguramente será incompleta. *Jedes Verstehen ist ein Nichtverstehen*. El conocimiento de los otros es inevitablemente tan parcial y tan subjetivo que sería mejor abandonar todo intento de recrear sus personalidades en nuestra imaginación para confinar, en cambio, nuestros esfuerzos al estudio de las formas elementales de conducta, accesibles a los métodos objetivos. Bechterev llega de este modo al escepticismo, que es, como hace ya mucho lo probó Hume, el destino lógico del asociacionismo genuino.

Lo mismo se puede decir del enfrentamiento de las teorías. Hay quienes creen hasta el fin en la analogía y en la inferencia, hay quienes están convencidos de que los procesos asociativos nada tienen que ver con la comprensión de la personalidad y de que es posible algún tipo de comprensión directa e inmediata y, finalmente, hay conciliadores que creen en la inferencia y en la intuición a la vez. La mayor parte de lo que dicen los proponentes y oponentes de cada teoría parece muy sensato. ¿Qué significa entonces la controversia?

No se arregla la cosa afirmando que esta controversia es meramente una batalla gnoseológica de juguete y que los psicólogos deben olvidarla, volver a sus tests y sus mediciones y dedicarse a reunir *hechos*. Los hechos no hablan por sí solos. Cada hecho referente a una persona humana, en tanto ésta es considerada *como* una persona, requiere interpretación, y esa interpretación ha de involucrar probablemente el empleo conjunto de la inferencia y la intuición. La proporción en que cada una es empleada en el curso de una investigación y la forma en que estos procesos pueden ser combinados en el trabajo psicológico son problemas de suma importancia metodológica. El psicólogo que estudia la personalidad debe usar todos los métodos legítimos, pero en particular debe saber cómo *combinar* los métodos para obtener la comprensión óptima. Hasta la época actual (en los países de habla inglesa) su confianza ha correspondido casi por entero a los métodos de investigación que le dicen más acerca de grupos de personas que acerca de las personalidades concretas. Sus estrictas normas de experimentación científica lo han cegado para verdades evidentes, respecto

³³ V. M. Bechterev: *General Principles of Human Reflexology*, trad. 1932, cap. I.

de las cuales llaman la atención las doctrinas intuicionistas. Por eso nuestro psicólogo sufre hoy una disociación dentro de sus propias operaciones mentales: usa un método en sus investigaciones profesionales y otro en la vida cotidiana. El problema que ahora hay que considerar es cómo puede recuperar su integridad mental, sazónando su conocimiento acerca de las personas con la comprensión de esas personas.

EL PUESTO DE LA INTUICIÓN EN EL ESTUDIO DE LA PERSONALIDAD

En los últimos años se ha producido una revolución en la psicología de la *percepción*. Análoga revolución debe producirse ahora en la psicología de la personalidad. Antes de la actual generación, los psicólogos pasaban por alto las características más significativas de la percepción: su orden y su organización. Todo se explicaba en términos de sensación más asociación. Las percepciones eran presentadas como una unión o mosaico de elementos. Hoy se reconoce su verdadero carácter y se las trata como estructuras mentales unificadas y articuladas.

La concepción anticuada de la percepción tiene una réplica perfecta en la teoría de la comprensión de la personalidad por la inferencia, que es una teoría tipo mosaico. Luces reflejadas por la cara y los vestidos de otra persona, de usted, por ejemplo, ondas sonoras provenientes de su laringe y otras formas de energía física que excitan mis órganos del tacto o del gusto, imponen en mi cerebro una serie de sensaciones elementales. Por sí solas estas sensaciones son un alboroto carente de sentido. Pero durante mis muchos años de desarrollo otros impactos sensibles han dejado huellas en mi cerebro. Estas huellas, con todas sus ramificaciones de experiencias asociadas, entran en acción para proveer un "sentido" a la nueva luz y las nuevas ondas sonoras no bien estos estímulos hacen su impacto. El resultado es que, por decirlo así, con una rapidez fulmínea yo lo *compongo* a usted a partir de las vibraciones luminosas y sonoras, del tacto y del gusto. Lo conozco a usted (en la medida en que lo conozca) debido a mi experiencia previa con vibraciones similares. Usted no es usted. Usted es meramente una fuente de energía física. Soy yo quien le da a usted todo el sentido que usted posee para mí. Yo lo compongo, yo lo construyo, yo lo unifíco. Estos son los supuestos de una teoría de la inferencia pura.

Esta concepción es tan errónea como la teoría asociacionista de la percepción, que es su contraparte. Al igual que las figuras rotas e incompletas que aparecen en el campo perceptivo tienden a ser vistas como sólidas y completas y así como los dibujos geométricos tienden a ser percibidos como una unidad y no como un conjunto de líneas independientes, del mismo modo existe una tendencia compulsiva a hacer juicios estructurales acerca de las personas. No podemos dejar de ver a la personalidad como

una estructura, que aunque es multilateral, es única. Del campo sensible mismo parte una imposición que nos obliga a captar todos los índices como vinculados *entre sí*. La imposición es un fenómeno objetivamente determinado. Nunca puedo pensarlo a usted como una mera fuente de energía física, desprovista de estados complejos, ni tampoco me resulta posible considerar su persona como una mera proyección de mí mismo. *Usted*, y no yo, está apesadumbrado; es usted quien es tímido, sensible, turbulento o dominante, no yo. La *unidad* y la *objetividad* penetran todo el proceso de la comprensión.

Es una desgracia que el término "intuición" haga pensar en misterios mayores que la objetividad y la estructuración unificada, atributos éstos que la mayoría de los psicólogos hoy reconoce y acepta en sus interpretaciones de la percepción.

En lo que se refiere al problema de la comprensión de la personalidad, la intuición implica tres simples hechos, ninguno de los cuales en verdad puede ser puesto en duda: (1) La personalidad es una estructura biofísica, es algo objetivo que puede ser comprendido, con mayor o menor exactitud; (2) las fuentes de energía física a través de las cuales se comunican las manifestaciones de la personalidad actúan sobre el observador de un modo estructurado y no en forma atómica y crean en él impresiones estructuradas y no caóticas; (3) el interés y la atención del observador están empeñados no en la generalización y la conceptualización de las impresiones recibidas sino en la comprensión de la estructura objetiva que en un momento dado se presenta ante la mente. Este factor final, la actitud del observador, es importante, pues éste, si quiere, puede negar su actividad intuitiva normal en favor del análisis conceptual. Pero en la misma proporción en que hace esto deja de captar la individualidad de la estructura.

En una palabra, en el estudio de la personalidad intuición significa simplemente *comprensión de la organización bajo un sostenido interés por la estructura de la personalidad misma*. En esta definición se emplea la palabra "comprensión" y no "percepción" para evitar el peligro de hacer referencia sólo a la experiencia momentánea originada en la conducta presente de la persona. Es correcto hablar de la percepción de la emoción, como hace Köhler, pero no es muy exacto hablar de percepción de la personalidad, pues la personalidad no se da por entero de una sola vez. La estructuración del campo exterior es más importante en las percepciones momentáneas que en la comprensión de la personalidad, si bien en ambos casos desempeña un papel predominante.

La intuición está presente ya en el comienzo mismo de nuestros esfuerzos por comprender a otra persona. Desde nuestra primera mirada captamos un individuo completo. No comprendemos en seguida todos los

ángulos y facetas de su naturaleza, pero desde el comienzo nunca perdemos nuestra firme convicción de que es un mortal como nosotros, cuya conducta muestra cierta coherencia, que para resultar visible sólo exige nuestra comprensión. La primera intuición es la guía para el estudio posterior. Un psiquiatra, un psicólogo asesor o un entrevistador no puede hacerse idea alguna acerca de cómo dar forma a sus preguntas y a su investigación hasta que comprende, por más oscuramente que sea, la clase de individuo con que está tratando.

El psicólogo obtiene del mismo modo su comprensión inicial del problema que estudia: por el uso de la intuición ingenua. Sin ella no puede tener idea alguna acerca de cuáles son los mejores medios para llegar al fin que busca. A menos que capte primero la estructura de la personalidad que está tratando de estudiar, corre el peligro de que su estudio no llegue siquiera a ocuparse de ella. Este peligro no es de ningún modo hipotético. En el estudio de la personalidad se ha desperdiciado más esfuerzo debido al uso de variables ajenas a este campo y de conceptos artificiales que por ninguna otra causa. Muchas veces se ofrece (sin sonreír) en calidad de retrato psicológico de una persona un conjunto de perceptibles o de marcas sigma correspondientes a las más fantásticas variables. La confusión no se produciría si el psicólogo captara en un comienzo la naturaleza de la estructura que está tratando de analizar.

La intuición no sólo es indispensable al comienzo de una investigación, sino también en todos los estadios posteriores. Cuando el psicólogo siente que sus investigaciones comienzan a atascarse en la metodología no puede hacer nada mejor que retornar a una visión intuitiva y simple de la estructura que está tratando de estudiar. Cuando sus resultados ya están completos, la forma más convincente de establecer la validez para él de sus conclusiones consiste en controlarlas del mismo modo. Los factores a que ha llegado, ¿"tienen sentido"? El psicograma que ha preparado, ¿se parece realmente a la persona estudiada?

En la intuición, la vida de otra persona se ve necesariamente desde el punto de vista de esa *persona*. En un original dístico Pope expresa la idea de que "un juez perfecto leerá cada obra con el mismo espíritu con que la escribió su autor". Son los intereses, intenciones, pretensiones, planes, ambiciones, valores, aversiones, esfuerzos y esperanzas del *autor* los que vitalizan y confieren sentido a lo que éste dice y hace. Lo mismo ocurre con la personalidad. En última instancia, es vano estudiar experimentalmente rasgos personales expresivos, capacidades, síntomas nerviosos, cambios fisiológicos, la popularidad, la adaptabilidad, la originalidad, la energía, la duplicidad y cualquier otra cualidad, si no es posible referir estas características a la corriente vital de cada personalidad separada que ha sido objeto de estudio. La intuición es el método fundamental para

apreciar esas congruencias, aun cuando pueden usarse otros medios sintéticos (cap. XIV) para comunicar esas intuiciones a los demás.

¿Difiere la intuición de la "actitud estética" que hemos examinado ya antes?

En verdad ambos conceptos son casi equivalentes. En los dos casos existe una "actitud" orientada hacia la aprehensión de la estructura. Asimismo en ambos casos estamos ante una compulsión por parte del objeto sobre su representación fenomenal en la conciencia. Si es que existe alguna diferencia, ésta sólo reside en el matiz de placer que acompaña a la actitud estética. Cuando durante todo el día nuestra atención va de particularidad en particularidad estamos empleando la intuición (como lo opuesto al análisis). Cuando decimos, por ejemplo: "he aquí algo bueno que debo gozar por sí mismo", estamos empleando esa forma especial de intuición conocida como actitud estética.

La intuición, ¿puede enseñarse? Al niño no es necesario enseñarle a interesarse por los objetos, a percibir figuras sobre fondos; hace eso en virtud de su capacidad perceptiva innata. A nadie puede enseñársele a oír una estructura tonal, pero a un individuo se le puede enseñar a *escuchar* y a *buscar* características significativas en la estructura que ha oído instintivamente. Es interesante comprobar el hecho de que en el campo de la apreciación artística la instrucción consiste casi por completo en un proceso de disección y análisis. No es posible enseñarle al estudiante a apreciar el todo, pero se puede enriquecer su bagaje mental de tal modo que su captación intuitiva sea más aguda y más sagaz. Del mismo modo no es posible enseñarle al estudiante a comprender la personalidad, pero es posible llevar su atención hacia los detalles significativos y hacia leyes y principios cuyo conocimiento puede ser empleado para aguzar y enriquecer la comprensión.

LA NATURALEZA EMPÍRICO-INTUITIVA DE LA COMPRENSIÓN

No hubiera sido necesario discutir tan largamente qué papel desempeña la intuición en el proceso de comprensión de la personalidad si no fuera por el hecho de que el psicólogo (él solo entre todas las personas) tiende a olvidarlo. El psicólogo se siente encantado usando instrumentos registradores, galvanómetros, kimógrafos y todo tipo de escalas. Y por más extraño que parezca, desacredita el más delicado de todos los instrumentos registradores: se desacredita a sí mismo. La mente humana es el único instrumento entre todos los existentes capaz de registrar simultáneamente innumerables variables y de revelar las *relaciones entre ellas*. Es el único instrumento capaz de comprensión. Al dejar de emplear la intuición, el psicólogo limita indebidamente sus recursos. Sin ella su trabajo comienza

con el análisis y termina con la concepción y por el camino sacrifica toda posibilidad de comprender a las personas.

Tras todo lo que se ha dicho, debe resultar evidente que *el proceso de comprensión de la personalidad requiere a la vez intuición e inferencia*. Es cierto que hay índices sensibles, respuestas empáticas, actividad reintegradora y asociaciones rápidas, tal como lo afirma la teoría de la inferencia. Pero también es verdad que estos procesos normalmente están subordinados a la actividad estructuradora de la mente, que tiene lugar siempre que se ejerce la acción de una estructura exterior y de un interés por lo concreto.

En un acto dado de comprensión no es posible distinguir los productos de la intuición y los de la inferencia. La sensibilidad original para la forma es sin duda una posesión *a priori* de todo individuo, al igual que su capacidad para otorgar a esta forma un interés y una atención sostenidos. A su vez, el empleo del pensamiento asociativo y la analogía son también una parte intrínseca del proceso de la comprensión. (El lector recordará que en el capítulo anterior se estableció que la *experiencia* es una cualidad indispensable para ser un buen juez de la personalidad.)

En consecuencia, nuestra comprensión de la personalidad proviene en parte del exterior pero en parte también del interior. Los primeros índices provienen de la estructuración del campo exterior; cuando éstos resultan insuficientes (como ocurre por lo común) la memoria, la imaginación y la concepción abstracta van en ayuda del proceso. Obtenemos del campo exterior tanta organización como podemos y proveemos el resto desde el interior.

El valor del análisis y la inferencia es especialmente visible cuando se interrumpe el curso fluido de la comprensión. Cuando la conducta de mi amigo me desconcierta y me intriga, es probable que yo me pregunte: "pero ¿qué lo ha llevado a hacer esto?" Me he encontrado con un acto que no concuerda con su carácter y esa circunstancia ha desbaratado mi comprensión previa de su naturaleza. La pauta que yo me había formado se ha roto y surge entonces un deseo de reparar la estructura. Me sentiré molesto hasta que me forme un nuevo juicio. Busco en la conducta anterior de mi amigo actos análogos a este acto presente o, si así nada logro, hago inferencias en base a mi comportamiento o al de otras personas en circunstancias semejantes. Pero aun cuando intente una analogía tras otra y pruebe primero con esta generalización, luego con aquélla, mi interés está siempre dirigido hacia la comprensión intuitiva de mi amigo como individuo concreto.

CAPITULO XX

LA PERSONA EN PSICOLOGIA

LA MAREA rápidamente creciente de interés por el estudio sistemático de la personalidad lleva aparejada una negación de la creencia tradicional de que la individualidad está más allá de los límites de la ciencia, o por lo menos más allá de los límites de la ciencia psicológica. En el punto de vista contemporáneo está implícita la exigencia de que la psicología amplíe sus fronteras, revise sus métodos y extienda sus conceptos para poder así acoger, en forma más hospitalaria que en el pasado, el estudio de la vida mental concreta e individual.¹

Esta exigencia es decididamente radical. Está dirigida contra la práctica vigente en la psicología general, acostumbrada a despojar a la personalidad humana de su sangre y de su carne para dejar sólo un arriazón mental tan esquelético como exijan los estrictos cánones y métodos de la ciencia nomotética. Así, al despojarla de todas sus engorrosas particularidades, la psicología general ha destruido la naturaleza esencial de la persona. El nuevo punto de vista invierte la perspectiva. La persona deja de ser considerada como un fondo neutral sobre el cual se destacan las únicas líneas de real importancia, esto es, las que constituyen la figura de la mente-en-general. Sucede exactamente lo contrario: la figura uniforme trazada por la psicología general se convierte en el fondo sobre el

¹ Las definiciones de la psicología que dieron Wundt, James y Titchener ofrecen considerable interés en este contexto. Wundt escribió: "[La psicología] *investiga el contenido total de la experiencia en sus relaciones con el sujeto.*" Para James "*la psicología es la ciencia de las mentes individuales finitas*" y para Titchener "*la psicología es el estudio de la experiencia considerada como dependiente de alguna persona*". Sin embargo ninguno de estos eminentes autores desarrolló su consideración de la vida mental de acuerdo con su respectiva definición. Todos estaban preocupados por los aspectos meramente uniformes de la mente. Algún vago sentimiento de sujeción a un dato que se les imponía como correcto los guió en la redacción de sus definiciones: ellos *sabían* que la mente (como dato psicológico) existe sólo en formas finitas y personales. Pero su situación histórica —el espíritu de los tiempos en que trabajaron— les impidió seguir consecuentemente sus propias definiciones hasta el fin. Si alguno de ellos hubiera actuado de ese modo la psicología de la personalidad habría logrado un padrinazgo competente y temprano.

cual emerge como rasgo saliente el individuo integral, tridimensional y único.

En esta revuelta moderna se pueden distinguir dos frentes. El primero es la agresiva doctrina conocida de ordinario como *psicología personalística*. El segundo frente de ataque es la *psicología de la personalidad*, tal como es expuesta en este volumen. Las balas de la primera están ricamente provistas de munición metafísica, el arma de la segunda es la necesidad empírica. Aunque las dos líneas de ataque tienen algo en común, que es su insistencia en que la psicología debe reconocer en forma más adecuada el papel de la persona, es bueno considerarlas por separado y señalar sus diferencias. En la próxima sección se expondrán a grandes rasgos los principales argumentos de la escuela personalística. En la sección siguiente se hará una rápida revista de los principios fundamentales para el estudio empírico concreto de la personalidad establecidos en este volumen.

LA PSICOLOGÍA PERSONALÍSTICA

Existen varias versiones del pensamiento personalístico, pero todas concuerdan en afirmar que la persona individual vista como unidad multilateral debe ser el centro de gravedad de todas y cada una de las investigaciones y formulaciones teóricas que realice la psicología. Lo que se pretende es volver a escribir la ciencia de la vida mental estructurándola íntegramente alrededor de ese nuevo centro. Y eso indudablemente es algo que hay que advertir bien. El objetivo no consiste meramente en liberar el estudio de la personalidad de las barreras rígidas en exceso de la psicología general sino en demoler y reconstruir todo el edificio de la psicología general desde sus cimientos. En este aspecto, la psicología personalística tiene una actitud más extrema que la psicología de la personalidad, que se satisface con desempeñar un papel *dentro* de la multilateral ciencia de la psicología.

¿Por qué exigen los personalistas una reconstrucción tan completa? Las razones que dan para ello son tantas y tan complejas que no hemos de reproducirlas aquí totalmente. Bastará con indicar brevemente algunos de sus argumentos.

1. Sin el concepto coordinador de persona (o sin algún equivalente como el yo o el ego) es imposible explicar, e incluso describir, la interacción mutua de los procesos mentales. La memoria afecta a la percepción, el deseo influye sobre la intención, la intención determina la acción y la acción modela la memoria y así indefinidamente. Esta interpretación constante tiene lugar dentro de cierto *ámbito* y ese ámbito es la persona; el proceso ocurre con algún fin y el fin sólo se puede representar en términos de servicio para la persona.

2. El fenómeno de la *organización* mental puede carecer de significación a menos que se lo vea como teniendo lugar dentro de un armazón definido. Los estados mentales no se organizan por sí solos ni llevan existencias independientes; su ordenación constituye siempre una parte de una ordenación más amplia: la vida personal. "Todo lo que es mental es una totalidad o una parte de una totalidad."

3. Conceptos tales como *función, adaptación, uso y ajuste* carecen de significación si no se los refiere a la persona. Una adaptación debe ser la adaptación *de* algo *a* algo; lo mismo se puede decir del ajuste. El uso y la función implican también un agente personal interesado.

4. Es por sobre todo en la experiencia inmediata donde el alegato en favor de un agente coordinador central resulta indiscutible. La posición central del yo está implícita en todos los estados de conciencia. La frase de Descartes "*cogito, ergo sum*" difícilmente pueda ser refutada. Este enunciado, si bien expresado en términos metafísicos, tiene una confirmación psicológica en la vívida sensación de presencia del yo que se da en las experiencias de tensión, conflicto y elección.²

5. Otro argumento acentúa las propiedades *creadoras* de la persona o del yo. Todo sistema de pensamiento se origina en algún individuo. El más objetivo de los científicos en última instancia crea o "quiere", en no menor grado que todo filósofo, los cánones de su ciencia. Los desacuerdos provienen en último análisis de la individualidad de sus mentes. Lo mismo sucede en el caso de los psicólogos. Si abrazan un positivismo nomotético y vacían la personalidad de toda la molesta individualidad que encuentran en ella, en última instancia hacen eso porque *quieren* hacerlo. Un acto previo de voluntad es, entonces, la causa de los austeros límites que ellos señalan a su especulación. Todos construimos nuestro mundo científico en base a símbolos tomados de nuestras propias personalidades. Entonces, ¿cuál hecho es previo: la persona creadora o los principios que ella crea?

Tales son algunos de los argumentos filosóficos con los cuales los psicólogos personalísticos y los psicólogos del yo fundamentan su exigencia de reconstrucción de la psicología. Estos investigadores no objetan la existencia de ciencias impersonales (naturales) capaces de explorar problemas limitados. Pero concuerdan en afirmar que la *psicología*, cuya tarea con-

² En verdad el sentido del yo es un dato peculiarmente evasivo para la introspección. Captarlo y mantenerlo presente ante la conciencia para un examen directo le parecía a James un intento semejante al de pisar la propia sombra. En términos de Brentano, el yo, aunque está siempre presente, sólo puede ser objeto de una percatación "secundaria". Primariamente tengo conciencia del objeto al que atiendo: un tono, un paisaje, un gesto amenazador y sólo secundariamente tengo conciencia de que soy yo quien aprehende, admira o teme esos objetos.

La situación resulta aún más evasiva cuando se considera al sujeto no sólo como conocedor (reflejado ante sí mismo en una especie de "percatación secundaria") sino también como *fundamento* de lo que es conocido. No sólo sé que soy yo quien percibe un objeto, sino que también siento que este objeto tiene una significación especial para mí. (Cf. la discusión acerca del Ego en Koffka, Capítulo VI.) La intimidad de todo el proceso consciente es desconcertante y constituye una causa de consternación para filósofos y psicólogos por igual. Lo importante es que esta intimidad es uno de los argumentos principales en favor de la psicología personalística.

siste en tratar el todo de la vida mental, no ha de poder ejecutar su labor sin vincular los estados o procesos que estudia a la persona, que es la organizadora, la portadora y la reguladora de tales estados y procesos. No puede haber ajuste sin alguien que ajuste, ni organización sin un organizador, ni memoria sin continuidad personal, ni aprendizaje sin un cambio en la persona, ni conocimiento sin un conocedor, ni valoración sin alguien que posee deseos de valorar y capacidad para ello. La psicología debe tomar en serio la afirmación de James de que toda operación mental ocurre en una "forma personal" y, más aún, debe tomarla más en serio de lo que la tomó el mismo James.

No es raro encontrar en las obras contemporáneas de psicología general un último capítulo, sin vinculación con el resto del libro, destinado a tratar el problema de la personalidad, algo así como un intento de aplacar al lector aburrido por la excesiva abstracción. La psicología personalística seguiría un proceder inverso. La personalidad, o por lo menos la persona, constituiría el *punto de partida* de un tratado de psicología general. Por referencia a ese marco establecido desde el comienzo y dentro de él, se situarían todos los demás hechos.

Un ejemplo concreto de reconstrucción de la psicología general según este modo de proceder lo ofrece W. Stern con su *Allgemeine Psychologie, auf personalistischer Grundlage*.³ Además de suscribir en lo fundamental todos los argumentos generales antes expuestos en favor del sistema personalístico de pensamiento, Stern hace muchas aplicaciones concretas de este punto de vista a problemas psicológicos particulares. Como el problema que estamos considerando es el modo en que el método personalístico reconstruiría la psicología general, resulta aconsejable pasar revista a algunas de estas aplicaciones.⁴

³ *General Psychology, from Personalistic Standpoint*, trad. 1938 (The Macmillan Co.) [Hay trad. cast. *Psicología general desde el punto de vista personalístico*, 2ª ed. Buenos Aires, Paidós, 1957].

El breve sumario de esta obra que damos a continuación es un resumen de un examen más extenso: G. W. Allport: "The Personalistic Psychology of William Stern", *Char. & Pers.*, 1937, 5, 231-246 (con autorización de Duke University Press).

⁴ Hay que advertir que para Stern la psicología es sólo una rama de una disciplina más amplia, la personalística. La psicología es la ciencia de la persona considerada como teniendo experiencia o como capaz de tener experiencia. Pero la experiencia es limitada. La personalística engloba todo el reino de la existencia personal. Para Stern, como para Aristóteles, hay personas superiores y personas inferiores: por un lado está la divinidad, la humanidad, un pueblo, una familia, y en el otro extremo las células, las moléculas, los átomos. Atributos comunes a todas estas formaciones son la unidad, la individualidad y la actividad télica. Entre ambos tipos extremos se encuentra la persona humana, vínculo de unión entre las personas superiores y las inferiores. Esta concepción, como lo afirma el propio Stern, va mucho más allá del dominio de la psicología propiamente dicha y de ningún modo tiene por qué afectar los méritos de la psicología personalística.

La dimensión persona-mundo. Por más unificada y autosuficiente que pueda ser la persona en sentido metafísico, en acto está efectivamente abierta en todo momento al mundo circundante. Actúa sobre su medio y éste actúa sobre ella. Siempre existe una tensión. Cuando la tensión alcanza su mayor agudeza se produce un estado de conciencia. El más importante de todos los hechos referentes a la conciencia es que ésta presenta grados. A veces resalta, por decir así, sobre el fondo difuso de la vida personal. Es entonces *emergente* (*aufgehoben*). Siempre que tenemos aguda conciencia de objetos o de nosotros mismos se trata de ese estado. Otras veces, como por ejemplo en muchos estados de mero sentimiento, la conciencia es *entrante* (*eingebettet*) y permanece a mayor profundidad, hay menos claridad, menos saliencia. La saliencia representa un acto de apuntar hacia, un estar dirigida la persona hacia algo que en ese momento tiene especial significación para ella. Cuanto más saliente es una experiencia tanto mayor es su sentido objetivo; cuanto más entrante, tanto mayor es su sentido subjetivo. Evidentemente la entrancia completa corresponde a la inconciencia. La entrancia alcanza un alto grado especialmente dentro del campo de los procesos vitales. Por ejemplo, las experiencias provenientes de los sentidos inferiores, esto es, del olfato, el gusto y las modalidades orgánicas, se caracterizan por su entrancia. La vista y el oído, por el contrario, dan lugar por lo común a experiencias salientes, debido a su capacidad superior para establecer contactos con el mundo exterior. En este sentido el tacto representa una modalidad intermedia. La experiencia también es entrante cuando es enfática, cuando es introceptiva (cf. p. 235) o cuando guarda una correspondencia "fisiognómica" con los hechos que ocurren a su alrededor (cf. p. 545).

La percepción. La categoría histórica de "sensación" recibe un tratamiento tan escaso en la psicología personalística como en la teoría de la forma, porque el concepto de "sensación" no es sólo un concepto elementarista sino también no personal. Ambas escuelas están de acuerdo en que sólo en el nivel de la *percepción* sensible comienzan los problemas a ser psicológicos. Pese a este acuerdo inicial, la psicología personalística se aparta decididamente del enfoque gestaltista. Stern teme que si se considera que las "formas" son los fenómenos fundamentales de la percepción, dotados, podríamos decir, de leyes propias (la "auto-distribución", por ejemplo), se puede caer en un nuevo elementarismo. Podría ocurrir entonces que las formas mismas fueran consideradas elementos de los que está compuesta la actividad mental, con lo cual éstas pasarían a desempeñar el papel que antes correspondía a las sensaciones. Para Stern no puede haber forma alguna sin una persona que la forme (*Keine Gestalt ohne Gestalter*). No se pone en duda que a veces en la forma dominan rasgos de imposición externa, pues la situación estímulo objetiva determina por lo definido de sus límites el tipo de saliencia que ha de mostrar la experiencia resultante. Pero aun en estos casos, la significación de la forma fenomenal reside invariablemente en la pertinencia que tiene para la persona en el complejo proceso por el que ésta se adapta a la complejidad del mundo. En última instancia las formas requieren siempre cierta participación activa de la persona; nunca son autosuficientes. Depende de *mí*, por ejemplo, el que yo ordene el tic-tac de mi reloj en un ritmo tripartito o cuatripartito, o que cuando estoy por ir de pic-nic vea las nubes como una amenaza o como un factor sin importancia.

Además, no toda experiencia es saliente; la categoría de *Ungestalt* (entrancia)

es tan importante como la categoría de *Gestalt*. Su significación es especialmente visible en el dominio del sentimiento, para cuyo tratamiento la psicología de la forma está mal equipada. En consecuencia, el ámbito de la personalística es más vasto que el que abarca la teoría de la forma.

Ambas teorías se interesan mucho por los fenómenos de la percepción intersensorial. El enfoque personalístico sostiene que la experiencia obtenida por medio de las modalidades separadas está "disociada" de la percepción total no específica, que es profundamente entrante en la persona y corresponde originalmente a un estado de sentimiento difuso. Por ejemplo, no debe explicarse la "agudeza" en el olfato, el gusto, el oído y el tacto por la asociación de diversas sensaciones específicas. Se trata de una experiencia total previa que bajo ciertas condiciones puede resultar primariamente adscripta a una modalidad u otra. Pero la teoría de la forma no toma en cuenta el sustrato unificante de la persona, ni supone, tal como la teoría de Stern, un proceso genético de diferenciación entre las modalidades.

Las experiencias del espacio y el tiempo son casos de percepción intersensorial. No hay "espacios" particulares para cada modalidad sensorial, sino sólo un espacio personal. La localización y el volumen de un tono puede parecer una experiencia espacial de naturaleza predominantemente auditiva, pero el espacio *en* que existen esas impresiones no es un espacio del sonido sino *mi* espacio, el mismo espacio que es también la base común de mis experiencias visuales y táctiles.

La nueva formulación que hace de las experiencias de espacio y tiempo es uno de los rasgos más originales de la psicología personalística. ¿Qué psicología no personalística es capaz de ofrecer un contexto inteligible al siguiente hecho: "mi compañero de asiento de ómnibus está lejos de mí mientras mi amigo a cuyo encuentro voy está ya 'cerca de mí'? La esencia del espacio y el tiempo, desde el punto de vista psicológico, es su *pertinencia personal*. Los sucesos están distantes cuando carecen de esa pertinencia; cerca cuando la tienen. Asimismo, sobre la base de la teoría personalística resulta posible la síntesis del espacio y el tiempo, puesto que en el centro de mi experiencia se encuentra el sentimiento de *aquí-y-ahora*, una fusión de espacio y tiempo imposible de analizar.

La memoria. También la memoria implica el problema del tiempo personal que es, por cierto, mucho más irregular que el esquema unidimensional del tiempo objetivo. Así, un segmento de vida transcurrido diez años atrás puede estar más cerca de mí subjetivamente que un período de hace dos años o, viceversa, algún acto que he llevado a cabo ayer puede resultarme hoy incomprensible, puede parecerme un elemento totalmente extraño en un pasado que, aparte de ese hecho, se despliega sin interrupción.

La significación de la memoria deriva de la posición media que ésta ocupa en la vida personal entre la función del instinto (el factor conservador), por un lado, y la función de la inteligencia (el factor progresista), por el otro. La memoria conserva el pasado y proporciona así al presente rasgos salientes de experiencia para ser puestos al servicio de objetivos futuros. No se trata entonces de una mera reactivación de huellas. Sin la memoria cada estado presente sería autosuficiente y rígido; al haber perdido su conexión con la persona total resultaría carente de sentido.

En la mayoría de los actos de memoria, el recuerdo del *yo* y el recuerdo del

mundo exterior no están diferenciados. Ni siquiera los intentos de análisis crítico dan nunca cuadros totalmente separados de lo que ocurrió en nuestro mundo circundante y de lo que ocurrió en nosotros. Es que el episodio ha quedado ya incluido en el sustrato de la existencia personal. Y ésta es la razón por la cual el recuerdo objetivo nunca posee una fidelidad completa. Recíprocamente, el recuerdo de los estados personales está inevitablemente coloreado por las experiencias presentes del mundo vividas por el individuo.

El pensamiento. La psicología personalística logra otorgar un lugar adecuado a todos los hechos conocidos en el campo de la imaginación, la comprensión (*insight*), las actitudes, la fantasía y la inteligencia. Pero subordina estos hechos a principios teleológicos. El pensamiento tiene lugar cada vez que nuestro mundo personal parece inseguro, esto es, cada vez que surgen ocasiones que no podemos dar por resueltas sin más. En esto difiere su función de la del instinto, el hábito o la memoria. El pensamiento tiene entonces un valor de instrumento para la supervivencia; facilita el ajuste. Pero no se limita a eso. El pensamiento no es meramente reactivo, es también espontáneo y creador. Podríamos decir que sale a *buscar* problemas. La persona no sólo se adapta en un sentido pasivo, sino que, al tener la capacidad de auto-desarrollo, de afirmarse frente al mundo, tiene por consiguiente una *necesidad* activa de pensamiento.

Al pensar pre-categorial y a la fantasía les corresponde un papel especial. El pensamiento puramente objetivo y racional es demasiado frágil y artificial. Es tan saliente que siempre corre el peligro de resultar despersonalizado. Es *demasiado* objetivo; está lejos de la vida y carece de *comprensión*. Los productos más adecuados y comprensivos del pensamiento, las obras de arte, la religión, la literatura y la metafísica, son un resultado de experiencia entrante que proviene del sentimiento, de la empatía y de la comprensión fisiognómica en igual grado que del análisis racional agudamente saliente.

El sentimiento. Dado el hecho de que el sentimiento es el "más cercano a la persona" de todos los tipos de experiencia, lo lógico sería esperar que la psicología personalística alcanzara su mayor fecundidad en este campo. Y eso es lo que ocurre. Las dimensiones que emplea son muchísimas y establece más distinciones de lo que nunca soñaron otras escuelas psicológicas. Frente a todo este trabajo el esquema tridimensional de Wundt nos parece un monigote.

Aunque todos los sentimientos son entrantes, algunos son relativamente más salientes que otros, esto es, algunos corresponden a objetos y otros, como el estado de ánimo, a la mera existencia pasiva. Algunos son de referencia cercana y otros de referencia distante (p. ej. terror *versus* pena). Hay sentimientos de expectación y sentimientos retrospectivos, de extrañamiento respecto al mundo (ansiedad) y de armonía con éste; hay sentimientos de familiaridad, de extrañeza, de premonición y de recuerdo; hay sentimientos positivos y negativos respecto del futuro (esperanza y temor). Hay sentimientos de éxito y de fracaso, de expansión o de insignificancia del yo (como en diversas experiencias estéticas), de preparación para la acción o de reflexión para la acción. Algunos sentimientos son amplios, otros estrechos; algunos intensos o débiles, algunos duraderos o transitorios. Los sentimientos poseen profundidad o superficialidad, genuinidad o falsedad, seriedad o jovialidad; pueden estar vin-

culados a funciones vitales o a funciones culturales y pueden conducir a la acción adaptativa o a la acción expresiva.

Y todas estas dimensiones son reconocidas y empleadas además de las de Wundt: placer y desagrado, tensión y relajación y excitación y calma.

La motivación. En este campo, Stern enfatiza los objetivos personales y el esfuerzo personal. Para representar la gran diversidad de comportamiento motivado, Stern ha recurrido virtualmente a todos los conceptos aprovechables de la psicología dinámica: instinto, impulso, motivo, necesidad, disposición, apremio, interés, inclinación, deseo, pulsión, esfuerzo hacia el objetivo y voluntad, por no mencionar conceptos no tan bien desarrollados como entelequia y "energía personal". Sirviéndose de este rico conjunto de conceptos el autor establece el importante principio personalístico de que el individuo no es meramente un ser reactivo que busca una adaptación pasiva a su medio. Es un ser creador y capaz también de conducta espontánea y no sólo de conducta reactiva. Los problemas de la intención, la tentativa, el esfuerzo y de la distintiva capacidad humana para el *planeamiento consciente*, ocupan todos un puesto prominente en el pensamiento personalístico, mientras que, en general, la psicología los ha dejado de lado.⁵

En esta sección no hemos hecho diferencia entre la psicología personalística y la psicología del yo, cuyos puntos de vista son muy parecidos. Y en efecto existe una gran similitud. Las principales características del yo, tal como lo define Calkins, son también características que Stern considera altamente centrales en la persona.⁶ La persona, al igual que el yo, *es persistente, cambia a medida que se desarrolla, es única, es multilateral, es el fundamento de todas sus experiencias y está vinculada a su medio físico y social.*

⁵ En este punto abandonaremos el método expositivo y haremos cierta crítica a la forma en que Stern trata la motivación. Esta crítica servirá para llamar la atención hacia una importante diferencia entre su punto de vista y el del presente volumen.

Al emplear en su tratamiento del problema de la motivación todos los conceptos convencionales, Stern se sitúa en el grupo de los que ven los sistemas motivacionales individuales como meros casos especiales de sistemas motivacionales universales. Este tipo de psicología dinámica fue criticada largamente en el capítulo VII. Para ser verdaderamente personales, los motivos no deben ser mirados como variaciones sobre temas universales. Hay una considerable diferencia entre una doctrina flexible de los auténticos motivos personales (intereses, deseos, inclinaciones, gustos, actitudes y rasgos) y la confianza estereotipada en el instinto, el impulso y las necesidades universales. Es imposible edificar una estructura concreta de motivos sirviéndose de abstracciones.

Hay que admitir que el principio de la autonomía funcional de los motivos encuentra cierto lugar menor en el sistema de Stern. Sirva de testimonio la siguiente cita: "Tal como ocurre con las inclinaciones, intereses indirectos o mediatos pueden convertirse en inmediatos. No es raro encontrar un hombre que en un comienzo se ocupó de química porque necesitaba llegar a ser farmacéutico y llegó luego a absorberse más y más en los problemas de la química por sí mismos, hasta encontrar completa satisfacción en tales estudios." Pero Stern no sigue esta línea de pensamiento hasta su conclusión lógica. Si lo hubiera hecho habría llegado a formular una teoría de la motivación más radicalmente personalística.

⁶ Cf. M. W. Calkins: *Psychol. Rev.*, 1917, 24, 279-300.

Hay, sin embargo, una diferencia, si bien no se trata de una diferencia vital para nuestros propósitos de este momento. Calkins ve una clara separación entre los hechos mentales y los corporales. El yo, sostiene, no consta de mente y cuerpo, sino que más bien *es* mente y *tiene* un cuerpo. Este dualismo da lugar a una fuerte enfatización del papel de la captación de sí mismo y de la introspección como método de estudio psicológico. La persona de Stern, en cambio, es "psicofísicamente neutral". No se la puede caracterizar como *mental*, porque la mente, a su vez, no tiene significación alguna excepto en función de su puesto dentro y al servicio de la persona.

El espacio con que contamos aquí no nos permite discutir otras doctrinas personalísticas, como, por ejemplo, las de Bowne, Ward, Müller-Freienfels y Klages. Ni tampoco es éste el lugar de considerar las objeciones opuestas a esta línea de pensamiento.⁷ Nuestro propósito presente es simplemente mostrar de *qué modo* la psicología general puede ser influida con ventaja por una orientación que considera la persona como el hecho central de la ciencia mental. La sección siguiente mostrará que este libro, aunque no es adverso a la reconstrucción personalística de la psicología general, ha intentado una tarea algo diferente.

LA PSICOLOGÍA DE LA PERSONALIDAD

En algún lugar entre los intersticios de sus leyes nomotéticas, la psicología ha perdido a la persona humana que conocemos en la vida cotidiana. Salvarla y restablecerla como dato psicológico, tal como merece, es el propósito confesado de la psicología de la personalidad. Para colaborar en este restablecimiento han sido propuestos una cantidad de principios no familiares pero importantes. Su valor no reside esencialmente en su carácter iconoclasta. No pretenden destruir la estructura tradicional de la psicología general, sino más bien ampliarla. Que la psicología continúe sus análisis del modo que le parezca útil e instructivo, siempre que

⁷ Quizá la objeción más común opuesta a la personalística y a las psicologías del yo es la afirmación de que esas escuelas dicen poca cosa que no sea evidente por sí misma. Los críticos dicen: "no hay duda, la vida mental toma formas personales, ¿pero qué hay con ello? Los animales también tienen formas personales, pero eso no nos obliga a reconstruir la zoología como ciencia. La clasificación, la abstracción, la generalización siguen estando justificadas". Para esta objeción hay dos réplicas: 1) En el caso de la psicología, sus clasificaciones, abstracciones y generalizaciones podrían ser más realistas y útiles si se basaran sobre el modo personalístico de análisis. Las dimensiones elegidas serían menos artificiales. 2) Aceptando que el análisis de aspectos esté justificado, éste no debería ser tan rígido en sus métodos y sus conceptos como para excluir la consideración de la mente-en-particular. Pues si la persona es evidente por sí misma, hay entonces aún más razones para eliminar los obstáculos que se oponen a los que desean explorar este dato evidente por sí mismo.

deje lugar también para el análisis en función de los límites *naturales*: las formas personales deben ser tan admisibles como los conceptos impersonales.

Los capítulos precedentes pretendían entonces ampliar el marco de la ciencia psicológica, de tal modo que dejara de excluir el estudio directo de la individualidad. Con este fin se ha insistido particularmente sobre los siguientes principios más bien novedosos:

1. La proposición que afirma que la psicología busca establecer leyes no ha sido negada, pero se ha mostrado que *una ley general puede ser una ley que dice cómo tiene lugar la unicidad*. La parte II de este volumen está especialmente consagrada a la discusión de leyes de esta índole, entre las cuales la central es el principio de la autonomía funcional de los motivos. Esta ley —básica para toda la psicología de la personalidad— da razón de los impulsos concretos que están en la base de la conducta personal, como ningún otro principio de la psicología dinámica puede hacerlo.

También en otro sentido se ocupa de leyes la psicología de la personalidad. Se puede decir (con profunda exactitud) que cada personalidad es una ley para sí misma, en el sentido de que cada vida individual, comprendida plenamente, revelaría su propio proceso ordenado y necesario de crecimiento. El curso de cada vida es un hecho que transcurre conforme a ley, aun cuando sea distinto de todos los otros de su clase. El ser conforme a ley no depende de la frecuencia ni de la uniformidad, sino de la necesidad. Hay en cada vida una estructuración necesaria, separada de toda otra vida. Los capítulos precedentes han tratado de liberar de trabas el pensamiento psicológico, y de explicar así que esta estructuración conforme a ley puede ser comprendida con una mayor exactitud.

2. Como en toda ciencia, la *predicción* es uno de los objetivos de la psicología de la personalidad. Es un axioma que la predicción sólo se puede lograr merced a una *generalización* previa. ¿Pero qué *tipo* de generalización? Todas las leyes generales de la conducta humana juntas no podrán decirle al psicólogo qué hará su mejor amigo en la próxima Navidad. Tal predicción sólo es posible en base al conocimiento de ese individuo en particular. Sin duda el conocimiento necesario para tal predicción supone en cierto sentido una generalización, pero la generalización se aplica a las *equivalencias* presentes en la conducta de una persona y no a las uniformidades entre todos los seres humanos. Si la capacidad de predecir la conducta en casos concretos es la prueba de pericia científica, los honores no corresponden al método psicológico, sino a la psicología de la personalidad.

3. En el capítulo II se admitió la posibilidad de enfocar la personalidad desde muchos ángulos, desde el del poeta, el del hombre religioso,

el del filósofo, el del novelista, el del bioquímico, el del sociólogo, el del asistente social y el del político, cada uno de los cuales tiene sus puntos de vista preferidos. Se admitió asimismo que cada una de las personas que conocen a un individuo lo ven de distinto modo. Pero en este volumen no se permitió de ningún modo que toda esa variabilidad biosocial velara la definición existencial adoptada en el capítulo II. Las impresiones bio-sociales son como los espejos de los parques de diversiones. Cada uno deforma la cara y la figura de un modo diferente, alargándolas, acortándolas, ensanchándolas o contrayéndolas, pero manteniendo siempre algún parecido. Pero a lo largo de todas las desfiguraciones hay una sola persona presente, que sigue siendo una sola por más que se multipliquen las imágenes que la representan. La psicología de la personalidad procede desde el punto de vista de la persona misma. Pregunta a qué se parece *la persona* en su naturaleza esencial. Si ésta es igual a muchas cosas, si cambia de ambiente en ambiente, muy bien. Siempre quien cambia es *la persona* y el número y las formas de sus variaciones pueden ser determinados. Ella misma es el dato: *es algo y hace algo* (o si se prefiere *es muchas cosas y hace muchas cosas*) pero siempre podemos descubrir qué son esas variaciones vistas desde *dentro*, desde el punto de vista de la persona *misma*.

4. Una vez aceptada la concepción biofísica es vital establecer el principio de que *el análisis de la personalidad sólo debe hacerse en niveles significativos*. ¿Cuáles son las unidades o sub-estructuras naturales de la personalidad? Con toda seguridad no son los hábitos específicos, ni los elementos idénticos, ni tampoco las dimensiones abstractas obtenidas por la comparación entre las distintas mentes. Las unidades de la personalidad son disposiciones neuropsíquicas complejas, que en este volumen han sido llamadas genéricamente *rasgos*. Son disposiciones internamente generalizadas, flexibles, interdependientes, sintonizadas con una serie de estímulos equivalentes y de las que resulta una serie equivalente de respuestas. Su función consiste en garantizar la estabilidad y la economía en la vida personal.

No sólo en la doctrina de los rasgos muestra este volumen una preferencia por los niveles complejos de análisis. Esta preferencia está presente durante toda la exposición. Pues la personalidad sólo aparece cuando los individuos tienen en su estructura suficiente variedad y multiplicidad como para garantizar un alto grado de organización compleja. Debemos adaptar no sólo nuestras teorías sino también nuestros métodos a la existencia de estructuras englobantes. Las técnicas microscópicas pierden de vista los únicos niveles en que se puede decir que existe personalidad.

5. Lo que es verdad de las sub-estructuras es verdad también de la estructura total. El problema de la unidad es tema de la psicología con

tanta razón como lo son sus elementos. El capítulo XIII mostró que el enfoque más eficaz de este problema plurifacético lo constituye el método empírico guiado por hipótesis racionales. Con toda seguridad la unidad nunca es perfecta, pero sólo conceptos de coherencia "de alto nivel" son capaces de representar en forma adecuada el grado de unidad existente. Los recursos comunes de la correlación y las otras medidas de correspondencia no son suficientes. Para expresar la organización total se necesitan formulaciones nuevas y más adecuadas.

6. En todo momento se da preferencia a los conceptos que tienen sabor a individualidad. Ciertos términos, cargados durante mucho tiempo de significado nomotético, nunca pueden servir como "señuelo" adecuado para captar las formas estrictamente individuales de vida mental. La lista siguiente, aunque no es completa, servirá para recordar la clase de conceptos que los capítulos precedentes *no* aprueban. La mayor parte de ellos se adaptan sólo a la representación de la opaca uniformidad, dejando lugar en el mejor de los casos para variaciones cuantitativas sobre alguna pauta uniforme. Muchos son también estáticos, con lo cual pasan por alto el hecho de que en la vida personal no existe absolutamente regreso o repetición perfecta de procesos anteriores. Estos conceptos no dejan lugar para el cambio y el crecimiento constante que siempre se producen. Algunos implican una exagerada simplificación de la personalidad, a la que reducen a un número demasiado pequeño de tipos o variables aplicables a todos los individuos. Y algunos acentúan las secuencias genéticas tempranas y uniformes, olvidando que la personalidad normal madura es post-instintiva y post-infantil.

Conceptos que tal como por lo común son empleados en la psicología tienen poco valor individualizador:

anormalidad	especificidad del hábito
atributo	estadios uniformes de desarrollo
cociente intelectual	factor
complejo de Edipo	facultad mental
correspondencia de medidas	impulso sexual
cualidades de carácter	instinto
desviación estándar	ley nomotética
determinación cultural	necesidad
determinante situacional	reflejo prepotente
dimensión	super-yo
distribución normal	término medio
elemento idéntico	tipo (de cualquier índole)
ello	variable uniforme

La lista no es completa, pero sirve para recordar algunas de las discusiones críticas de los primeros capítulos. Con ella se puede contrastar la siguiente lista de términos que ayudan a extender los límites tradicionales del pensamiento psicológico, de tal modo que éste pueda llegar a englobar más adecuada y concretamente el estudio del individuo.

Conceptos que tal como son usados en este volumen tienen marcado valor individualizador:

actitud	ideal del yo
autoconciencia	imagen conductora
autonomía funcional	integración
<i>Bestimmung</i>	interés
configuración	introcepción
congruencia	intuición
diferenciación	necesidad integrada
disposición focal	parte
equivalencia de estímulos	raíz (<i>radix</i>)
equivalencia de respuestas	rasgo
estilo	sistema del yo
estructura	sub-estructura
estudio del caso	tema de unidad
historia personal	valor subjetivo

7. Aunque el objetivo primario de la psicología de la personalidad consiste en ayudar a comprender formas individuales de vida mental, tiene también como objetivo secundario la comparación de una persona con otra respecto a sus *rasgos comunes*. En los capítulos XI y XV se estableció en detalle la lógica de esta comparación. Su novedad consiste en la yuxtaposición de ciertos principios culturales y evolutivos, que vuelven comparables a los seres humanos, aun cuando, en el sentido más estricto, sigan siendo siempre únicos.

8. Esencialmente la psicología de la personalidad no es sino una codificación moderna del conocimiento acerca de la naturaleza humana en sus aspectos concretos. Esa tarea resulta posible por la aplicación de severas normas de recolección de hechos e inducción crítica, desarrolladas por sus predecesores científicos, en particular por la psicología experimental durante los últimos sesenta años. Por lo tanto, la exactitud en la observación y la libertad respecto de toda interpretación prejuiciada están entre sus fines primarios. La fidelidad al hecho es su objetivo.

Al mismo tiempo, algunas de las más brillantes captaciones penetrantes de la personalidad y algunas de las hipótesis más valiosas que

encontramos en este campo no provienen de la actividad del laboratorio sino de campos adyacentes de estudio. Muchas provincias del pensamiento humano han dado su contribución. De fórmulas del remoto pasado se obtienen bien probadas observaciones, llenas de sabiduría, y de antiguas formulaciones psicológicas nos llega una ayuda inesperada. Por esta razón el enfoque de este libro está marcado por una intensa *orientación histórica*, no sólo en el capítulo III, su sección más larga, sino también en todos los otros capítulos. Si parece existir parcialidad en favor del valor sustentatorio que pueden tener las humanidades —por las contribuciones de la literatura y la filosofía—, nuestra posición se debe a que en ellas se encuentran las exposiciones más ricas y vivas del tema.

9. Otro principio bastante novedoso es la *teoría empírico-intuitiva de la comprensión*, desarrollada en los capítulos XVIII y XIX. Su especial significación reside en el hecho de que hace con el nivel de la impresión lo que el resto del libro hace con el nivel objetivo de estudio. Existencialmente considerada, la personalidad es una estructura multilateral. Y también es *percibida* como tal (dentro de ciertos límites impuestos por el proceso del juicio). El establecer de este modo una equivalencia entre la representación objetiva y la representación subjetiva de la personalidad es un paso hacia la unificación conceptual del campo como totalidad.

10. Invirtiendo el enunciado hecho en el prefacio diremos que por sobre todo el objetivo de estos capítulos consiste en lograr una *pintura adecuada*. Todo método legítimo con que se pueda contar en la actualidad ha sido empleado. Nuestra hospitalidad se ha extendido también a muchas doctrinas racionalistas y al sentido común, por lo general acompañando sugerencias acerca de cómo sus contribuciones pueden recibir nuevas formulaciones empíricas más seguras. Dado que en el presente estadio de nuestro conocimiento no es posible hacer enunciados definitivos, nuestro objetivo ha sido evitar la pedantería y dejar que la nueva ciencia sea tan flexible como su objeto. Sólo semejante perspectiva liberal permite proyectar el máximo de claridad sobre el asunto principal que nos ocupa.

PERSPECTIVA

Hay quienes dirían que la expresión "psicología de la personalidad" es una mera tautología. Son los que insistirían en que la psicología en todas sus ramas se ocupa de la personalidad y sólo de ella. Dirían tal cosa los psicólogos personalísticos y también ciertos psicólogos dinámicos, que de todas las formas personales de vida mental sólo se interesan por aquellas que tienen raíces profundas. Pero éste no es el modo de ver del presente volumen.

No todo problema de la psicología es un problema de personalidad. La mayoría de los problemas planteados por la psicología animal no lo son y tampoco lo son los problemas de la psicofisiología, de la psicología de los sentidos, de la psicometría o la psicología aplicada, social o del desarrollo. En estas ramas, y en otras más, queda un lugar para esa abstracción histórica que es "la mente generalizada". En muchos campos el estudio progresa mejor con la ayuda de este concepto, aun cuando en esos casos sólo tiene en cuenta la conducta promedio o la conducta mayoritaria. La individualidad no siempre es el objeto de interés.

La validez de un concepto sólo puede probarse por su adecuación al fin para el cual ha sido concebido. Como el fin de una amplia parte del trabajo psicológico es lo que es, resultaría injusto aplicar criterios personalísticos a sus objetivos impersonales. Debe aceptarse todo concepto que ayude a comprender alguna clase de fenómenos que se quiera conocer.⁸

La causa más frecuente de pesimismo acerca del futuro de la psicología como ciencia es la interminable guerra entre terminologías. Cada autor que edifica un sistema inventa sus propios conceptos, que pronto son rechazados por todos los psicólogos a excepción de un estrecho círculo de partidarios. Sin embargo, de acuerdo con la argumentación que antes hicimos, todos estos conceptos opuestos están justificados en tanto sirven al fin para el cual sus autores los destinaron. La característica más notable de la mente es que puede ser examinada y dividida de un número infinito de formas. La única pregunta legítima que se puede hacer respecto de las divisiones propuestas es si representan adecuadamente las intenciones del examinador. En la mayoría de los casos se adecuan en verdad a tales fines.

La existencia de muchas escuelas de psicología no es por lo tanto un mal. Es más bien una demostración de la riqueza de la mente. Cada examinador competente tiene su propio punto de partida y su examen y el mapa resultante abarcará tanto territorio como él sea capaz de explorar. Y en su tarea se manejará con su propio sentido de los límites y de las conexiones (en otras palabras, con sus conceptos) que puede servir admirablemente para el mapa que él está preparando. La desventaja que tiene el emprender un estudio sistemático de la ciencia mental es que resulta necesario aprender muchos mapas de memoria. No hay dos que hayan sido

⁸ "Descubrir una ley científica es descubrir que un esquema hecho por el hombre sirve para unificar, y por lo tanto para simplificar, la comprensión de cierta clase de fenómenos naturales. No se debe pensar que una ley científica tiene una existencia independiente con la cual algún científico tiene la suerte de tropezar. Una ley científica no es parte de la naturaleza. Es sólo una forma de comprenderla". L. L. Thurstone: *The Vectors of Mind*. University of Chicago Press, 1935, págs. 144 y sig.

hechos desde el mismo punto de vista ni que tengan los mismos objetivos. A menudo ni siquiera coinciden los territorios que abarcan.

Sólo puede producirse una disputa cuando un investigador que ha examinado el terreno con un objetivo en vista pretende que su mapa conducirá igualmente bien a una meta por entero diferente. Esto ha sucedido cada vez que se han aplicado conceptos inadecuados al estudio de la individualidad mental. Todas las partes críticas de los capítulos precedentes han estado dedicadas a la exposición de esta falsa pretensión injustificada. *No nos oponemos a los conceptos nomotéticos como tales sino a la pretensión de que estos engloban el fenómeno de la individualidad.*

Muchas de las enseñanzas de la psicología general contribuyen considerablemente a la comprensión de la personalidad. En verdad son indispensables. Para mencionar sólo unas pocas de entre las que hemos utilizado en este volumen enumeraremos los siguientes conceptos de ese origen: ajuste, autismo, compensación, condicionamiento, covariación, diferenciación, empatía, equivalencia, vía final común, efecto del halo, imitación, inferencia, sentimiento de inferioridad, integración, inteligencia, aprendizaje, métodos de medición, predicción, racionalización, confiabilidad, represión, semejanza, socialización, sublimación, temperamento, trauma.

A menudo estos conceptos y otros del mismo tipo han recibido una interpretación algo especial para hacerlos servir al propósito de esta obra. Pero su profusión demuestra la estrecha dependencia de la psicología de la personalidad respecto a mucho de lo que antes de ella se ha hecho en la investigación clínica y de laboratorio.

La influencia debe ser recíproca. Tener presente al individuo es enriquecer la investigación en todos los sectores de la ciencia mental. Algunos pueden argüir con la escuela personalística que todos los aspectos del pensamiento psicológico deben recibir una nueva forma centrada en la persona y han de señalar como ejemplo de reforma deseable la reconstrucción de la percepción, el pensamiento, la memoria, el sentimiento y la emoción que Stern lograra hacer.

El problema de la inteligencia nos servirá para dar otra ilustración de los progresos que podrían sobrevenir si se tomara más seriamente en cuenta la orientación personalística. El que ese campo de estudio quedara inmovilizado en el callejón sin salida en que se encuentra en la actualidad es una consecuencia de la búsqueda de constituyentes universales de la capacidad mental. Si se asumiera el punto de vista personalístico, toda la búsqueda sería desplazada (sin duda alguna con provecho) y convertida en un intento de dar razón de las pautas altamente individuales de poder intelectual. Aunque el concepto de "inteligencia general" ha probado ser de valor *para ciertos fines* y tiene por lo tanto cierta validez, sin embargo, como todos saben,

es fuente de deformaciones. Algunas inteligencias sólo pueden ser caracterizadas en forma apropiada diciendo que son "poéticas" o "matemáticas" o "domésticas". Un hombre, por ejemplo, es inteligente en el campo de la literatura, de lo social y de la horticultura; otro es sagaz en mecánica con una extraña incapacidad para la electricidad y la plomería. Otro es capaz en materia de música, de comercio y de decoración. En las capacidades de todos los individuos hay cimas, valles y mesetas. Expresarlas mediante un C.I. representa el tipo más tosco de aproximación. Es cierto que las capacidades enumeradas más arriba están complicadas por la presencia de los intereses y del adiestramiento. Pero separar la inteligencia del interés y el adiestramiento es quizá una de esas abstracciones engañosas que una concepción más personalística de la vida mental remediaría.

Según la tesis desarrollada en este capítulo, la exposición personalística de la psicología general es deseable, puesto que introduce un punto de vista más válido y particularmente saludable en la multilateral ciencia de la mente. La multiplicación de los puntos de vista no es un mal en tanto se permite que actúen unos sobre otros para enriquecer así nuestra comprensión de la vida mental. Cuantas más formas de considerar estos fenómenos existan, mejor. No debe excluirse ninguna que satisfaga los requisitos de la fidelidad a los hechos y la coherencia interna. Sólo se rechaza el dogma exclusivo que afirma que a la psicología por su constitución le está prohibido tomar nota de la individualidad.

Hay entonces muchas formas de estudiar al hombre desde el punto de vista psicológico. Pero el modo de estudiarlo más plenamente es tomarlo como un individuo. Un hombre es más que un manojo de hábitos, más que un nexo de dimensiones abstractas, más también que un simple representante de su especie. Es más que un ciudadano de un estado y más que un mero incidente en los gigantescos movimientos de la humanidad. Trasciende a todo esto. El individuo, esforzándose siempre por asegurar su propia integridad, ha existido bajo muchas formas de vida social, formas tan variadas como la nómada, la feudal y la capitalista. Sigue luchando aún bajo la opresión, orientadas sus inextinguibles esperanzas y sus planes hacia una democracia perfecta en la que la dignidad y el desarrollo de cada personalidad seránpreciadas por encima de todo.